

CONTENIDO DE ESTE VOLUMEN

- 1 JUAN RODRIGUEZ DORESTE
RAIZ Y ESTILO DEL ALMA CANARIA
- 2 JUAN RODRIGUEZ DORESTE
TRES RASGOS LACERANTES DEL ALMA CON
TEMPORANEA
- 3 JUAN RODRIGUEZ DORESTE
UN SUGERIDOR FRAGMENTO CANARIO DE LA
HISTORIA DE COLON
- 4 ENRIQUE MARCO DORTA
RECUPERACION DE BAHIA POR DON FADRI
QUE DE TOLEDO (1625)
- 5 ANDRES DE LORENZO CACERES
EL POETA Y SAN MARCOS
- 6 JUAN DIAZ QUEVEDO
UN OBISPO CANARIO
- 7 LUIS GARCIA DE VEGUETA
LAS NUBES Y EL TIEMPO. ELEGIA SERENA
- 8 AGUSTIN ESPINOSA
SOBRE EL SIGNO DE VIERA
- 9 ANDRES DE LORENZO CACERES
MALVASIA Y FALSTAFF. LOS VINOS DE
CANARIAS
- 10 ANDRES DE LORENZO CACERES
LAS CANARIAS DE LOPE
- 11 SEBASTIAN PADRON ACOSTA
EL INGENIERO AGUSTIN DE BETHENCOURT
MOLINA
- 12 AMBROSIO HURTADO DE MENDOZA
TEMA CON VARIACION SOBRE EL ARTE

JUAN RODRIGUEZ DORESTÉ

Raíz y estilo del alma canaria

(ENSAYO DE ENTENDIMIENTO)

J. M. Alzola
Peregrina, 15
Las Palmas de G.C.

Viñetas de Felo Monzón

LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

1960

A José Miguel Alzola,
con buen corazón como sincera
inteligencia, canario por todos los
costados, del espíritu, con la honrada
estimación y respetuoso afecto de

Junio de 1.960

Conferencia pronunciada en el Teatro Leal
de San Cristóbal de La Laguna, el día 17
de Junio de 1959, con ocasión de las fiestas
y Romería Regional de San Benito Abad.

Raíz y estilo del alma canaria



Canariedad esencial de La Laguna

Cuando hace ahora poco más de tres años expresaba yo, desde este mismo lugar, la devoción de los hombres de mi isla y de mi generación por esta prócer ciudad de La Laguna, en la que el tiempo parece remansarse milagrosamente, estaba muy lejos de pensar que se me brindaría tan pronto otra ocasión de renovar mis viejos votos de adhesión. De un antiguo libro, leído y releído en el curso de su existencia, decía con elogio un viejo poeta francés:

*Siendo mozueto recorría sus páginas
y las leo todavía cuando tengo el pelo gris.*

Con el pelo gris yo también vengo a renovar con La Laguna los viejos votos de mi amor intacto, los mismos votos, estremecidos de gozosa sorpresa, que mi mocedad subyugada pronunciara cuando por primera vez se asomó a las perspectivas únicas de su noble y rancio caserío y de su verde y anchurosa campiña. Desde entonces la reputé como la ciudad más esencialmente canaria de todo el Archipiélago, como la más representativa de lo canario en su doble dimensión física y espiritual. En lo físico, derrama la limpia

ordenación de su dintorno urbano sobre una llanura armoniosamente conformada, asomándose, sin demasiado compromiso, a las dos fuentes nutricias de nuestra belleza natural: de un lado, la cumbre, los montes dorsales de la isla que culminan en el Teide; del otro, casi salpicando las primeras tierras de su término, el Océano, majestuoso é inmenso. En lo espiritual, porque aun se siguen conservando aquí, entre sus gentes, gloriosamente preservadas de impurificador contagio, las cualidades que confieren al alma canaria su definida peculiaridad. Es natural, pues, que en su ámbito propicio se desenvuelva con toda soltura y propiedad esta incomparable Romería de San Benito, que es también una verdadera antología de lo canario. Nunca hubo marco más adecuado para unas fiestas más representativas. El brillante colorido, la sencilla poesía, el encanto pintoresco y la fina savia costumbrista de un pueblo amante de sus tradiciones y poseedor de un certero instinto de la belleza, todo lo que esta Romería pone soberbiamente de manifiesto, no podía hallar escenario más ajustado, más perfecto y más luminoso que las calles de este viejo pueblo que es la única ciudad del Archipiélago a cuyos pies, como los sollozos ante Dios en el verso de Beaudelaire, vienen a morir nuestras menudas querellas insulares en obligado y tácito homenaje a su entrañada canariedad.

En un marco tan canario, con ocasión de unas fiestas tan isleñas y, sobre todo, frente a unas deliciosas mujercitas —la Romera Mayor y su corte— que compendian en su apostura, en su gracilidad y en sus encantos la triple belleza de nuestro campo, nuestro cielo y nuestro mar, me ha parecido apropiado hablar esta noche de la raíz y del estilo del alma de nuestra tierra. Del alma regional canaria, porque, no obstante los rasgos privativos que puedan diferen-

ciarlos entre sí, los isleños de las siete islas poseen una unidad de espíritu, una similitud tan acusada en su idiosincrasia espiritual como acusada es la similitud de los rasgos volcánicos de estas rocas que a todos nos sustentan. No hay como alejarse de las islas —y yo he vivido la aleccionadora experiencia de evocarlas desde la otra ribera del Atlántico— para percibir su fundida unidad geográfica y espiritual, el compacto cristal de aristas bien talladas que constituye la categoría humana de lo canario, este sello específico de nuestra alma dentro de la vasta variedad en la unidad que es el alma española.

Vamos a discurrir, pues, esta noche acerca de las constantes espirituales del alma canaria, de la naturaleza de nuestro pueblo. Ya comprendereis que tal empresa, como todo lo que atañe al estudio de cualquier psicología popular, rebasa, no ya los límites de una breve disertación, sino hasta los de una vida entera que se consagrara a esclarecer los mil ocultos cauces que confluyen para formar ese caudal complejo, contradictorio, tan inasible como el azogue, que es el alma viva de un pueblo. Lo que yo consiga desvelar sólo tiene por ello el valor de una tentativa, de un primer ensayo para iniciar caminos hacia un estudio más profundo y más detenido. Lo de primer ensayo me recuerda una vieja historia, también de psicología nacional. Se celebró una vez un Congreso internacional de Zoología consagrado al estudio de los elefantes. El sabio inglés presentó un pequeño volumen, muy bien encuadernado, que se titulaba simplemente: «El Elefante»; el sabio americano, otro de parecidas dimensiones, pero lleno de gráficos y estadísticas, denominado: «Más y mejores elefantes»; el profesor ruso un volumen considerable, también atestado de cifras y diagramas, bajo el título de: «El papel del elefante en el plan quinque-

nal»; el profesor francés, un libro en rústica, expresivamente titulado: «El elefante y sus amores». Y por último el sabio alemán concurreó con un mamotreto de más de mil páginas, con esta interesante rotulación: «Ensayo de una introducción a un primer estudio de la vida del elefante». Tened la seguridad de que mis palabras de esta noche, aunque sean un ensayo de un primer estudio, no tendrán las dimensiones del trabajo del profesor alemán.

Sentido conservador de lo típico popular

Pero antes de entrar propiamente en materia, permítidme una breve digresión circunstancial, sugerida por la índole de estas fiestas que vamos a celebrar: ¿A qué se debe este auge que en muchas partes del mundo —no sólo en estas islas— alcanzan en nuestros días la exaltación de lo típico popular, el cultivo y el fomento del folklore, las medidas para preservar los usos y costumbres de viejo abolengo, la música, los trajes y las ceremonias que fueron patrimonio de tiempos pasados? ¿Es acaso ello reflejo indirecto, o efecto deliberado, de esas corrientes de furioso y casi siempre inmaduro nacionalismo que después de la última conflagración, como sueltos avisperos, vienen zumbando peligrosamente en todos los rincones del planeta? En algunos casos es posible que este celoso intento de conservar o de resucitar las tradiciones populares sea un *epifenómeno* del nacionalismo, una onda más o menos lejana del profundo seísmo espiritual que agita a los pueblos que ahora advienen a la libertad. Pero viéndolo más en la entraña, estimo que el fenómeno debe más bien atribuirse a una forma refleja, quizás subconsciente, del instinto de conservación. Ha escrito Don José Ortega y Gasset que el salvaje que pone sobre su cabeza una pluma de ave, o que sobre su pecho ensarta los dientes de una fiera, o se ciñe en torno a la muñeca un brazalete de piedras preciosas, afirma con ello su instinto de adorno, arte primigenio, pero también su instinto de llamar la atención, de mar-

car su diferencia y superioridad sobre los demás. Porque, en decir de Ortega, la biología va mostrando que más profundo que el instinto de conservación es el instinto de superación y predominio. Yo creo, sin embargo, que las oscuras raíces de esa tendencia de los pueblos a mantener celosamente el caudal de sus tradiciones ornamentales, que pudieron ser en su origen la forma de señalar una diferencia y un acento propios, deben brotar directamente, repito, del instinto de conservación. Los pueblos empiezan a tener conciencia cierta de que una corriente igualatoria, uniformadora, originada en países de explosiva vitalidad como, por ejemplo, el norteamericano, pero de escasa solera tradicional, amenaza con anegar bajo usos y formas de vida fáciles, prosaicos y desteñidos, los hábitos seculares que han formado siempre el sustrato de su verdadera personalidad. El hombre cultivó lo típico —su adorno, su vestido, su música, las prácticas laborales, los usos sociales, etc.— para singularizarse, para distinguirse, para destacar su estilo personal. Hoy lo preserva y, sobre todo, lo defiende para sobrevivir, para conservarse, porque percibe instintivamente que al fundirse y desaparecer su personalidad en la amalgama indiferenciada de los usos modernos pierde una de las primeras razones de su existencia: el cultivo de su individualidad.

Esta digresión viene a cuento de tratar de explicarnos el entusiasmo que los canarios ponemos hoy en exaltar lo que, con frase usual, se llama nuestro tipismo. No se origina ello, en nuestro caso, en un torpe y chauvinista nacionalismo. Aun teniendo conciencia de nuestra personalidad, aun sintiéndonos muchas veces dolidos o vejados por el olvido o la incomprensión de otros españoles, jamás ha apuntado seriamente en el espíritu de los canarios, por grandes que hayan podido ser su insatisfacción o su disgusto, el turbio

fermento de un nacionalismo separatista, porque en pocas regiones de nuestra patria se percibe como aquí, en nuestras islas, a pesar de nuestro alejamiento, la conciencia humana, el sentido universal, el orgullo tímido pero intenso y la responsabilidad histórica y vital de ser españoles, verdaderos españoles, en la ancha y honda dimensión del concepto. Porque a todos los canarios pueden aplicárseles los versos inmortales que nuestro gran poeta Tomás Morales dedicara a un viejo lobo de mar:

*Está bien orgulloso de su pasado inquieto,
ama las noches tibias y los días de sol;
y entre otras cosas grandes dignas de su respeto
es una, la más grande, ser súbdito español.*

Los factores del alma de un pueblo

¿Cuáles son los valores esenciales de su vida espiritual y colectiva, los valores de su propia alma, que el canario de hoy se afana en conservar? Henos aquí ya, como decía un ilustre y castizo andaluz, en el cascabullo de nuestro tema.

El alma de un pueblo, o si quereis, su espíritu —para no confundirnos con la sustancia inmortal que informa el cuerpo humano— es ese complejo núcleo que integran sus aptitudes, sus vocaciones, sus normas habituales de conducta, sus anhelos y sus vivencias, es decir, ese intrincado, oculto e inmaterial resorte que mueve su conducta colectiva, que es siempre compuesta resultante de la conducta individual de cada uno de sus miembros. En un esquema voluntariamente simplificado, para hacerlo más fácilmente comprensible, el alma de un pueblo, como el alma humana, es resultado y expresión de dos tipos principales de factores: los que constituyen su mundo exterior, su mundo circundante (o como se dice ahora su *biogeografía*), y los que actúan y la influyen a través de la herencia, por el conducto de los *genes*, en ese misterioso proceso de la creación y la transmisión de la vida. Expresado más simplemente: los pueblos humanos —y como es natural, el pueblo canario— son el producto de dos elementos principales: el lugar donde nacen y viven, y la herencia que en el curso de los años van recibiendo y acumulando en forma de vivencias, más o menos conscientes, al caudal de su experiencia cotidiana, pues, como decía Gustavo Le Bon, *del alma de los muertos está formada el alma de los vivos*.

La tierra canaria, volcán domeñado

¿Cómo es la tierra, el medio físico que sustenta al pueblo canario? ¿Cómo nacieron estos roquedales que hoy soportan el peso de casi un millón de españoles? Según ha observado justamente el Doctor Verneau, el Archipiélago ha sido una de las comarcas del globo sobre cuyo pasado han surgido más apasionadas controversias. Su origen geológico, especialmente, ha sido motivo de las más contradictorias opiniones, desde la que lo supone restos sobrevivientes de la Atlántida de que hablara Platón, en sus diálogos el *Critias* y el *Timeo*, hasta la teoría, hoy casi unánimemente aceptada, que afirma que las islas se han formado por sucesivos levantamientos volcánicos, emergiendo sobre el mar en el período terciario, en el Mioceno, por los mismos tiempos que los Alpes europeos. Es evidente que el aspecto actual de nuestras islas —su facies física, su paisaje quebrado y variadísimo— ha sido determinado por erupciones volcánicas, algunas muy recientes, otras muchas recogidas en las narraciones históricas, entre ellas en el propio Diario de Colón —«*el gran fuego de la sierra de Tenerife*»— y el mayor número, sin duda, anteriores a los primeros habitantes. Sobre esta accidentada topografía original han actuado en todo tiempo los fenómenos naturales de erosión. Y, finalmente, la labor del hombre: *Ecce miraculum*. He ahí el milagro.

Porque esta tierra tal como hoy la conoceis, un vergel artificial, sólo fué en un principio estrictamente roca y lava.

La tierra canaria, ha dicho certeramente la poetisa cubana Dulce María Loynaz, no es sólo la madre del hombre canario, es también su hija, o quizás más propiamente, tan sólo su hija. Cuando arribaron aquí los primeros núcleos humanos — y no se sabe todavía ciertamente por qué, ni cómo, ni cuándo— encontraron un mundo en el que el único factor vital favorable eran, como cantaba Viana,

los templados y suaves aires,

es decir, el régimen de vientos alisios que determinan la suavidad de nuestro clima. Todo lo demás lo ha hecho el hombre. La primera compulsión, el primer influjo que la Naturaleza ejerció sobre el canario fue, pues, obligarle a trabajar. La tierra, dura y arisca, hizo al hombre laborioso, tenaz e ingenioso. Aprendió a removerla, a transportarla y a cultivarla; convirtió en huertas feraces los campos calcinados, extrajo de sus entrañas plutónicas el líquido filón que es nuestro verdadero petróleo. Y la laboriosidad engendró otra condición: la sobriedad. El canario empezó siendo sobrio por necesidad y ha acabado siendo sobrio por virtud.

¡Qué mal se compagina esta ingente labor del canario con la generalizada leyenda de su desgana, de su desidia, de su *aplatanamiento*! Se han confundido la suavidad y la dulzura de nuestros modos con una falsa condición de renuentes o remisos para el trabajo. Bien es verdad que el defecto no se nos achaca a todos los isleños por igual y que la palma, hasta ahora, la tienen atribuida los mayoreros. Muchos conocerán la anécdota: Un caciquillo de Fuerteventura, queriendo sacar partido de un mozo muy gandul a quien sus convecinos, por su constante posición corporal, llamaban «el Tumbado», se lo recomendó al Jefe político de la capi-

tal. Este lo nombró guardia municipal. Pocos meses después el caciquillo inquiría noticias de su recomendado:

—No me hable, amigo, le dijo el Alcalde. Me han dicho que se pasa el día sentado en los poyos de la plaza...

—¿Sentado ha dicho, Don Agustín?

—Sí, sentado, ¿por qué?

—Porque si ya se sienta, tenemos hombre, señor Alcalde...

Los canarios en la historia de América

A propósito de la laboriosidad de los isleños, me parece adecuado explicaros brevemente lo que pudiéramos llamar la prueba americana de esta virtud de nuestros paisanos: el papel que el emigrante canario ha desempeñado en la colonización y en el progreso de la América hispana.

La emigración canaria al Nuevo Mundo empezó desde el primer viaje de Colón. Bien conocido es, a través del Diario del Almirante y las crónicas del Padre Las Casas y de Fernández de Oviedo, que nuestras islas dieron a las naves descubridoras, entre otras cosas, un nuevo timón a la «Pinta», un nuevo velamento redondo a la «Niña», víveres frescos, agua, animales vivos y plantas. Y también hombres, cuyo número exacto permanece desconocido, pero el hecho es evidente. Famoso es el episodio del *canario corredor* que capturó a la mujer de un cacique indígena que corría como un gamo. Y entre las plantas llevadas en diversas fechas conviene recordar que figuró, además de cepas de viña, plátanos y ñames, la que había de servir de inicial fundamento económico a la vida del nuevo continente: la caña de azúcar.

Muchos naturales de estas islas, después de la empresa colombina, se incorporaron sucesivamente a las numerosas expediciones colonizadoras que tocaron en nuestras aguas. Recordemos, en rápida enumeración, la de Nicolás de Ovando, en 1.502, la de Alonso Quintero, dos años después, en la que viajaba Hernán Cortés, la de Don Lope de Sosa, la de Pedro de Mendoza al Río de la Plata, en 1.535, para fundar la ciudad de Buenos Aires, a la que aquí se su-

maron —y nos lo cuenta el malogrado Buenaventura Bonnet, entre otros escritores— un sobrino del Adelantado Pedro de Lugo y dos hijos del famoso canario Bentaguairé. Los canarios tomaron parte en la fundación de muchas ciudades americanas y recordemos que, por ejemplo, la ciudad de Montevideo se fundó por Don Bruno Zabala —el 20 de Diciembre de 1.729— con cincuenta familias canarias llevadas expresamente para ello por orden del Rey Felipe V. Desde las islas, por mandato de Carlos I, en 1.519, se llevaron a la Española, para establecer el primer trapiche del Nuevo Mundo, en la ribera del Río Nigua, maestros y oficiales azucareros, y resultaría interminable la descripción de las numerosas aportaciones que las Canarias hicieron a la población americana desde el siglo XVI al siglo XIX, reciente y magistralmente resumidas en un estudio de José Pérez Vidal, ilustre escritor palmero. Hechos capitales en esta copiosa transfusión de sangre canaria en el inmenso continente fueron las expediciones a Santo Domingo, a Florida, a donde iban cincuenta familias anualmente, y a Luisiana, en donde, por curiosa sobrevivencia, existe una parroquia llamada de San Bernardo, habitada por unos cazadores, *trappers*, en la que, como un milagroso islote hispánico en medio del inglés, se sigue hablando hoy el castellano con una modalidad de acusado y bien discernible origen canario.

Las islas fueron desde siempre la escala obligada en las rutas hispánicas hacia América. La excelencia de su situación geográfica fue primeramente reconocida por el Rey Felipe II, que en una de sus instrucciones habla de la importancia de este Archipiélago «*para el trato y comercio de las Indias por estar en el pasaje que están y ser camino para ellas*». Fruto de otra posterior consideración de nuestra ex-

cepcionalidad fué la famosa Real Cédula de 1.772, que restableció la libertad de comercio de los puertos canarios con las islas de Barlovento, y que, ochenta años antes, puede considerarse como la precursora de la nunca bien ponderada y agradecida Ley de Puertos Francos de 11 de Julio de 1.852, dictada por el insigne gobernante Don Juan Bravo Murillo, que al reconocer con justo enfoque, certera comprensión e imprescriptible clarividencia la peculiaridad de los problemas que plantean nuestro emplazamiento y nuestra lejanía, asentó la firme base de nuestro progreso y de nuestra prosperidad.

El rasgo fundamental de la emigración canaria, sobre todo la de los siglos XVIII y XIX, canalizada principalmente hacia Cuba y Venezuela, fué en todo tiempo la calidad humana de sus elementos. Lo proclaman, entre otros muchos, dos elocuentes testimonios: cuando la isla de Jamaica estaba en trance de perderse para la corona de España, un jamaiquino de relieve, Don Francisco de Leiva, solicitaba en 1.659, entre otros remedios, el envío de una armada cargada de gentes —dice textualmente la solicitud— que *«han de ser de trabajo y provecho como lo es la de las Canarias»*. Muchos años después, en 1.823 y 1.836, la Real Sociedad Económica de Amigos del País, de la Habana, ante la necesidad de fomentar la población blanca de la Isla de Cuba, en notoria desproporción frente a la negra, pedía la inmigración de canarios a los que, aparte su robustez física y los grandes beneficios que habían procurado a la agricultura cubana, se les reconocía, preferentemente, *«su inclinación y buenas disposiciones al trabajo»*. Yo he sido testigo orgulloso y admirado de la huella inmensa que la laboriosidad del campesino canario ha grabado fecundamente en esa joya de riqueza que son hoy los campos de Cuba.

La isla como generadora de una actitud espiritual

Decíamos antes —y tomemos de nuevo el camino real— que la raíz de la primera virtud matriz del canario, su laboriosidad, está en la naturaleza arisca de su propia tierra. Pero esta tierra, estas tierras, no son una tierra cualquiera: son islas, como ha definido Arozarena,

*gotas de tierra
en el papel azul,*

en la inmensidad del mar.

Y si la tierra esquiva pudo ser una determinante inicial de su conducta, un imperativo categórico para su acción inmediata y sostenida, para su necesidad de subsistir, la isla, como tal entidad, y el mar, como elemento cósmico que la envuelve, van a ser las determinantes de algo más hondo y radical: su carácter, su alma. El descubrimiento del valor formativo, metafísico, de la isla, y de la sensación que inconscientemente engendra, el *a-isla-miento*, es bien reciente. El canario, desde siempre, soportaba estoicamente sus efectos físicos y se iba conformando interiormente, casi sin darse cuenta, por sus efectos espirituales. Pero hasta nuestros mismos días no ha logrado diagnosticar su dolencia, o mejor, conocer la etiología de un rasgo tan personal y significativo de su propia alma. Fué Don Miguel de Unamuno el que en las páginas inmortales que escribiera como prólogo al «*Lino de los sueños*», del poeta canario Alonso Quesada,

revelara primeramente el profundo sentido que tiene la palabra *aislamiento*, o como él dice, «*la fuerza de la voz a-islamiento*». Otros autores después de él, especialmente el que fué Profesor de La Laguna Angel Valbuena Prat, han hablado de este sentimiento en relación, sobre todo, con nuestra poesía lírica, explicándolo como la conciencia de la pequeñez de nuestro microcosmos ante el macrocosmos. También María Rosa Alonso, en un soberbio trabajo que publicó hace algunos años en «El Español», expuso iluminadores atisbos del hondo problema. Pero en mi concepto, las páginas más certeras que se han escrito últimamente analizando la significación sustancial de la isla como entidad generadora de una cultura específica y, sobre todo, de una mentalidad y de una actitud espiritual, del alma de un tipo humano, son las que puso como prólogo de su «*Antología de la poesía canaria*», el escritor tinerfeño Domingo Pérez Minik. Para este crítico, y compendió en exceso sus atinados vislumbres, la isla, con todo su vigor geológico, su especial condición vital y su contenido humano, es algo opuesto al continente, al gran valle o al río. Es una presencia física irremplazable, y al mismo tiempo una cultura y una historia que han querido y pretendido siempre bastarse a sí mismas, y que por ello se distinguen de las otras culturas separadas por el mar, aunque compartan su mismo patrimonio espiritual. Las islas no han sido siempre bien entendidas. Hasta Hegel, en su monumental «*Filosofía de la Historia*», al describir las culturas fundamentales —la altiplanicie, el valle y la costa— desdeña la función de la isla, distinta de la costa, en la creación de un tipo espiritual autónomo. La isla es posición de tránsito, esencial y puro tránsito. Para muchos hombres, tan sólo trampolín para un salto a más anchas aventuras. Para algunos otros ha sido lugar de destie-

ro, y de destierro fecundo. Recordemos a Napoleón recorriéndose sobre sí mismo en Santa Elena, y permitiéndole ello articular su famoso «Memorial», de tan apasionante lectura. Evoquemos los canarios el destierro de Don Miguel de Unamuno, en la isla que él llamó *fuertemente venturosa*, y que tan fértil influencia habría de ejercer en la obra posterior del gran escritor. En ella descubrió el valor del gofio, *esqueleto de pan*, hermano de la aulaga, *mata esquelética que alimenta al camello*, a su vez esqueleto de animal trasplantado *a una isla esquelética*. En Fuerteventura, sobre todo, como él mismo confiesa, *llegó a conocer la mar*, entró en comunión íntima con ella, *«sorbiendo su alma y su doctrina»*.

Pero la isla no es sólo lugar de paso o de destierro. Es también lugar de habitación permanente para el isleño. Y de esta mezcla de destinos, de este cruce de posibles y potenciales destinos, nace la profunda huella con que la isla marca para siempre a sus permanentes moradores. En el alma del isleño prende la conciencia de su especial situación, de su especial contradictoria situación. Surge ese estado anímico, ese sentimiento del *aislamiento*. De un lado, el tirón de las fuerzas que invitan al viaje, a la aventura, a los anchurosos caminos que llevan a tierras más ricas o más plenas, donde la vida ofrece mayores compensaciones, engañosas o reales, porque el mismo Unamuno nos decía que *«eso de la vida intensiva ha nacido de la desesperanza de la vida expresiva»*. De otro lado nos sujetan la dulzura y la paz de nuestra existencia isloteña, nuestro clima en perpetua primavera, el encanto sencillo de estos diminutos mundos en los que la gracia de Dios ha puesto una naturaleza tan bella y tan diversa, cuya honda poesía se hace igualmente sensible al espíritu del rústico que al del hombre cultivado, que mu-

chas veces espera ver surgir en valles y quebradas los mismos seres mitológicos que poblaban los de la antigua Grecia. No recuerdo si alguien antes ha subrayado la cercana y a veces sorprendente similitud del paisaje de algunas islas griegas con el de nuestro Archipiélago. No he recogido la comparación ni en los versos de Luis Rodríguez Figueroa ni en los de Manuel Verdugo, que fueron los poetas más cosmopolitas y viajeros de nuestro Parnaso regional. La isla, pues, tiene, como un cuerpo animado de movimiento, sus dos tropismos, sus dos fuerzas: la centrífuga, que nos empuja y nos invita a partir, y la centrípeta, que nos aferra a su suelo, nos aísla, nos vuelve hacia dentro, nos crea nuestra aptitud para el silencio y la intimidad, frente a un mar que es, como cantara Saulo Torón,

campo azul para todas las siembras del sueño,

un mar que en su infinita grandeza, dándonos la sensación de nuestra pequeñez, nutre la raíz de nuestra inclinación melancólica, de nuestro carácter soñador. Ya lo decía Don Miguel de Unamuno:

*pasando las cuentas
de tu eterno rosario acrecientas
el ansia de soñar que al pecho oprime.*

El complejo racial de los canarios.

Hasta aquí hemos tratado de explicarnos la acción modeladora, lenta, pero inexorable, de este binomio de isla y mar en el alma del canario. Pero a estos elementos exteriores, de pura causalidad geográfica, que podemos llamar *exógenos*, pues que actúan desde fuera, hay que sumar los *endógenos*, que por venirnos por la vía de la sangre llamaremos *exógamos*, ya que se trata en rigor, como dicen los antropólogos, de una secular *exogamia*, una unión entre personas de una misma familia pero no de una misma especie o linaje. Sabido es —postulado glorioso de todas las conquistas de España— que en nuestras islas se mezclaron copiosamente los aborígenes y los invasores, conquistados y conquistadores, canarios y peninsulares. Las crónicas y las leyendas nos hablan, principalmente, de los enlaces de princesas con paladines de la conquista: recordareis los amores de la princesa Dácil, hija de Bencomo, Mencey de Taoro, con el Capitán Castillo, que nos cuenta en clásico verso castellano Antonio de Viana, el más viejo poeta lagunero. Muy conocida también es la conversión, por su matrimonio, en Doña Catalina de Guzmán, de la Princesa Masequera, con cuya rendición acabó en 1483 la conquista de la isla de Gran Canaria. Y más poéticamente célebre el episodio de Tenesoya Vidina, la sobrina del Guanarteme de Gáldar, raptada cuando se bañaba en la marina:

*Estándose bañando con sus damas
de Guanarteme el bueno la sobrina,
tan bella que en el mar enciende llamas,
tan blanca que a la nieve más se empina,*

cómo cantara un juglar anónimo. La princesa indígena se convirtió en Doña Luisa de Betancor y es protagonista de aquel hecho milagroso que narran las crónicas: entregada por los castellanos que ocupaban Lanzarote en canje de unos cristianos cautivos, se escapó una noche de su encierro para volver junto a su marido en aquella isla, sin que, en su sigilosa huída, ni las *«puertas pesadas hicieran ruido ni ladrasen los perros muy bravos que las cuidaban.»*

Pero no fueron sólo princesas y capitanes quienes trabaron coyundá. También se unieron hembras y varones del estado llano. Los conquistadores empezaron por tomar como cautivos a los naturales de las islas. Fueron, primero, botín de guerra que se mostraba orgullosamente en la corte castellana. Después, esclavos y esclavas que eran ventajosamente mercadeados, alcanzando las hembras invariablemente precios superiores a los varones. La primera transacción que se registra —estudiada en un magnífico trabajo por Vicenta Cortés, del Archivo de Indias de Sevilla— se remonta nada menos que al 9 de Enero de 1489, y el objeto de la anotación para pagar el impuesto es una cautiva canaria de once años llamada Isabel. Las activas gestiones que de consuno realizaron obispos y familiares lograron que los reyes acabaran con el humillante comercio, pues aunque la esclavitud en aquellas épocas era lícita, la mayoría de los esclavos canarios se habían convertido en cristianos mediante el bautismo. Pero en todo tiempo, antes, durante y después de abolida la esclavitud, la población conquistadora se mezcló con los aborígenes, que pertenecían, totalmente, a la raza blanca. Según un estudio que hace poco ha realizado en los restos humanos que integran la valiosa colección antropológica del Museo Canario de Las Palmas el profesor Miguel Fusté, la antigua población del Archipiélago estaba dividi-

da principalmente en tres grandes grupos: el cromañóide, semejante al que poblara parte del África del Norte; un tipo euroafricano, el más abundante, parecido al de ciertas tribus bereberes y un tercer grupo en el que había individuos de raza orientálica y armenoide. Con ello se disipa, pues, por completo la vieja y errónea afirmación de que entre nuestros antepasados figuraban individuos de una raza negroide. El resultado más inesperado y sorprendente de este reciente trabajo del profesor Fusté es que ha permitido descubrir de un modo incontrovertible la persistencia de muchos rasgos definidos de las razas aborígenes entre los actuales pobladores de las islas, especialmente en el relativo aislamiento de los núcleos rurales, confirmándose así la mezcla secular de ambos grupos humanos.

No sabemos, por desventura, en qué sucesiva proporción contribuyeron a formar el actual complejo racial canario los naturales de las distintas regiones españolas, desde que el caballero normando Juan de Bethencourt iniciara la conquista de nuestro Archipiélago. No se ha hecho, ni creo que pueda llevarse a cabo por falta de materiales, un cálculo tan completo como el que para desentrañar la evolución de la lengua castellana han realizado los estudiosos que han medido la aportación de las diversas regiones españolas a la población del Nuevo Mundo. Digamos de paso que a pesar de los magníficos trabajos de Rufino José Cuervo, Pérez Bustamante, Henríquez Ureña y otros investigadores, los cómputos actuales en lo referente a la importancia de la emigración canaria son muy incompletos y fragmentarios. La principal dificultad para establecer este censo canario de viejos peninsulares, aparte la falta de documentos, pues sólo los pacientes genealogistas han logrado acopiar los relativos a las familias patricias, la constituye la condición transitoria,

de lugar de paso, de nuestras islas. Pero si conocemos, por aquellos estudios y otros más recientes, destacando entre éstos el del Profesor de La Laguna Diego Catalá, las regiones españolas que en los siglos de nuestra expansión americana suministraron los mayores contingentes. En los caminos de América iban siempre en cabeza los andaluces, seguidos de lejos por castellanos y leoneses, extremeños y portugueses. Nada tiene de extraño que en la misma proporción arribaran a nuestras islas, *verde mesón del extrarradio*, que ha dicho Pérez Vidal, unas veces para seguir, otras veces para quedarse. La prueba más irrefutable de la primacía de lo andaluz en nuestro espíritu nos la suministra la modalidad fonética de nuestro castellano. No se ha completado todavía el atlas lingüístico del Archipiélago que tantas luces podrá arrojar sobre la evolución de nuestro español. Pero es indiscutible la semejanza fundamental de nuestra habla con la de la Andalucía de la vertiente atlántica —Cádiz, Huelva, Sevilla— en la pronunciación y en una gran porción del léxico, aunque abunden también en nuestro español portuguesismos, americanismos y voces de la jerga hispana de la marinería. El *tempo*, que diría Amaro Lefranc, es también una curiosa mixtura de cadencia andaluza templada por la musical languidez americana. Nadie puede negar el hondo influjo que sobre nosotros ha ejercido el alma andaluza —la más profunda, original y misteriosa de toda España. Pero, por curiosa paradoja, los rasgos de nuestra alma más teñidos de tinte andaluz no nos han venido de la Andalucía atlántica que nos legó el *seseo*, sino de la Andalucía más hermética, más reservada y contenida, más apasionada en su ardor oculto, de Córdoba y Granada, la de Séneca el estoico, la de savia mozárabe y entraña mudéjar, aquella Andalucía misteriosa en la que, como en el cuen-

to de Paul Claudel, parece uno chocar de pronto con una estela sobre la que se lee: *límite de los dos mundos*. De esta influencia andaluza, base de nuestra reservada intimidad, debe provenirnos lo que Tomás Morales llamaba

desidia mora y arrogancia hispana.

Pero tiene también nuestra alma una curiosa dimensión, que no debe de arrancar del alma andaluza, cuya tristeza es, en el fondo, más dramática: el sentimiento de nostalgia, de la nostalgia que provoca la distancia, y que bien pudiera proceder del influjo de los portugueses, para los que la voz *saudade* evoca un sentimiento similar, o también de los glóbulos gallegos transfundidos en nuestra sangre, pues bien notoria es la afinidad que en muchos rasgos une a nuestros dos pueblos, ambos emigrantes, soñadores y nostálgicos en el exilio. Los dos emplean para designar el mismo sentimiento una misma palabra de cuño galaico: la *morriña*. También como el gallego es el nuestro un pueblo melancólico, humorista, socarrón e irónico, y ya sabéis que, como enseñara el maestro Gustavo Pittaluga, la ironía no es más que una forma larvada y defensiva de la ternura, asimismo una de nuestras constantes espirituales. La socarrotaría del isleño es proverbial. Es la forma que toma su espíritu cómico, que se semeja más al *humor*, de origen galaico, emparentado lejanamente con el inglés, que a la *gracia* andaluza, juego de espíritu que tiene más del *esprit français*, pues *humor* y *esprit* son en sustancia las dos formas que asume el sentido cómico del hombre. Os contaré un cuento canario muy conocido que pone de relieve nuestro humor socarrón. Vivía en Las Palmas hace muchos años un famoso y popular escribano, secretario de un Juzgado. Un

cliente del campo llegó una vez a su despacho a pedirle una partida de nacimiento.

—¿Cuánto es?, preguntó al recibirla.

—Cinco pesetas, contestó el Secretario.

—¿Cinco pesetas nada más?, exclamó espontáneo el cliente, que conocía la fama de carero que gozaba el escribano. Este saltó como un rayo:

—Pero, vamos a ver, ¿usted cuál quiere, la partida provisional o la definitiva?

—Hombre, como es para casarme, pues, la definitiva.

—¡Ah bueno!, esa le cuesta a usted veinte y cinco pesetas.

Y colocándole una estampilla más le devolvió la misma partida que antes le había entregado.

Los tres sentimientos fundamentales del alma canaria

Y ya nos llega la hora de resumir. A través de esta fugaz excursión por la geografía física y por la historia de nuestras islas, hemos escudriñado algunas de las raíces de unas cuantas cualidades del alma canaria, que son, sin duda, atributos comunes de todos los insulares.

¿Cuáles son, reducidas estrictamente al mínimo más expresivo, estas particularidades que otorgan al canario, al alma canaria, su estilo vital, su estilo existencial? Pueden cifrarse resumidamente en tres bien definidos estados de ánimo:

Primero. — *El sentimiento del aislamiento*, que crea la sensación de soledad melancólica, de tristeza de separación. El canario lo siente, pero no lo rompe. No se resigna, pero no se rebela. El aislamiento le hace percibir las inmensas posibilidades que están abiertas a su aventura, pero no acaba de decidirse a afrontarlas, con la oscura convicción de que valen más los anhelos que los logros, la agridulce incertidumbre que la certeza decepcionante de la meta alcanzada. *En el canario se da la triple visión de su aislamiento*, ha escrito Joaquín Artiles: *la isla aislada, el mar aislador y el propio corazón que es también, a su modo, un islote*. Ya sabéis que nadie recoge y expresa mejor que el poeta los sentimientos colectivos de un pueblo, la luz y el zumo de su espíritu. El poeta surge cuando los pueblos han alcanzado la plena sazón de su personalidad. Las alas del poeta, ha escrito León Felipe,

*entre todos los hombres las labraron
y entre todos los hombres en los huesos
de sus costillas las bincaron.*

Por eso han sido los poetas de nuestra tierra quienes han acertado a definir más profundamente nuestro *a-islamiento*. El primero de todos fué Alonso Quesada. Pero los ecos se van recogiendo de generación en generación. En estos días la voz juvenil de Rafael Arozarena vibra en sus poemas con la misma anhelante emoción. Frente a la isla, que lo limita, que *tiene y contiene su vida*, el poeta exclama:

*¿Eres tú, punto, cisco,
sólo mancha azarosa,
quien aprieta los grillos
en torno a mis sueños?*

Y es que tiene también este sentimiento otra manifestación angustiosa, angustiada: el sentido de frustración que con mucha frecuencia acongoja al isleño, sobre todo al artista y al escritor, para quien el breve mundo de su isla es insuficiente universo para el vuelo.

El canario se complace en el aislamiento. De ello debe derivarse uno de los más graves defectos de nuestra raza: nuestro extremado individualismo, nuestra incapacidad para toda acción de acuerdo colectivo, social. Es la nuestra la única región de toda España, laboriosa y productora, donde no hay ni un Banco regional, ni una empresa grande de seguros, ni una flota naval propia, tres renglones que hacen trasponer todos los años con rumbo a otros horizontes muchos millones de pesetas ganados con mucho sacrificio. Esta ansia radical de aislamiento debió mover la pluma de Don Nicolás Estévanez cuando escribió:



*Mi patria no es el mundo,
mi patria no es Europa,
mi patria es de un almendro
la dulce, fresca, inolvidable sombra.*

«Pobre del que no tiene otra patria que la sombra de un almendro —comentaba Unamuno—; acabará aborcándose en él».

Segundo.—*El sentimiento de cosmopolitismo.* El canario vive asomado a unos puertos en donde, como cantara Tomás Morales,

*...cien raros pabellones
desdoblan en el aire sus insignias navieras
y se juntan las parlas de todas las naciones
con la policromía de todas las banderas.*

Los puertos han traído siempre para el canario una *curiosidad* o afición a las culturas exóticas y foráneas, pasajeras o lejanas, y al propio tiempo una *familiaridad* con los usos y modos de vida ajenos, que le han permitido en todo tiempo adaptarse a las más variadas condiciones de existencia, en todos los lugares y bajo todos los climas. La curiosidad por lo exótico y lo extraño es la base de obras poéticas tan interesantes, entre otras, como la de Manuel Verdugo y una parte considerable de la obra de Tomás Morales. Es la base también de nuestra loada hospitalidad, virtud de solera española que tan lozana se mantiene en los países americanos que han recibido más directo influjo canario, como por ejemplo la isla de Cuba. La familiaridad con lo exótico lleva al canario a todos los puntos del planeta. En una experiencia tan limitada como es mi propia vida, yo he tro-

pezado con un canario que era aturbantado pianista, director de una orquesta turca, en un cabaret de un puerto italiano; otro pianista canario, falsamente polaco, que ocultaba bajo un esclavizado *Wicent Rodrewsky* a un Vicente Rodríguez de andar por casa, y, lo más asombroso, un faquir indio que tragaba cintas, clavos y tornillos y cuya casual indigestión permitió a un amigo médico descubrir su procedencia, que era nada menos que la bella e histórica Villa de Teror, en Gran Canaria.

Y por último, *el sentimiento del mar*. He aquí uno de los rasgos más hondamente canarios y que como tuvimos ocasión de indicar al hablar de la isla y el mar, se manifiesta en multitud de diversas y hasta históricas características: nuestra capacidad para el silencio, el silencio expresivo, *al tumulto parejo*, que dijera Pául Valery, o como cantara Alonso Quesada,

*Silencio,
lazarillo piadoso de mi alma;*

raíz indudable también de nuestra respetuosa continencia ante la majestad natural, humana o divina, de nuestra religiosidad sin aparato, de nuestro sentido de la intimidad, que se exterioriza en el amor al hogar, a las flores, a los animales, a las cosas pequeñas que encierran un mundo, y sobre todo, de nuestra capacidad para el ensueño, para el ensueño melancólico. El mar, o la mar como la llaman quienes saben de su profundo encanto inestable y de sus asechanzas y peligros, es el más inagotable manantial de sueños. Recordemos que Juan Ramón Jiménez nos decía:

*La tierra lleva por la tierra,
mas tú, oh mar, llevas por el cielo.*

Por eso los poetas canarios más hondamente significativos, fieles intérpretes del íntimo sentir del pueblo al que sirven de líricos voceros, vienen cantando el mar desde que las islas adquirieron conciencia poética, que es como decir conciencia histórica. Para unos es leyenda mitológica, mar atlántico; para otros mar cercano y familiar, mar de costa y puerto; para muchos, mar de nostalgia lejana, mar de anhelos difusos, mar que convierte nuestra isla en universo de ensoñación. *El mar con sus cosas*, ha escrito Gabriel Miró, *ha dado al canario el tono, el sabor y la medida de su existencia*. El sentimiento del mar es tan vivo en el canario porque el mar es, en lo físico, el mágico y cambiante telón de fondo de todos sus paisajes, y en lo espiritual, el bajo continuo que con su permanente y armónico bordoneo briza todas sus esperanzas. Hasta para morir el canario identifica su vida con las olas del mar. Oigamos lo que nos ha dicho Saulo Torón:

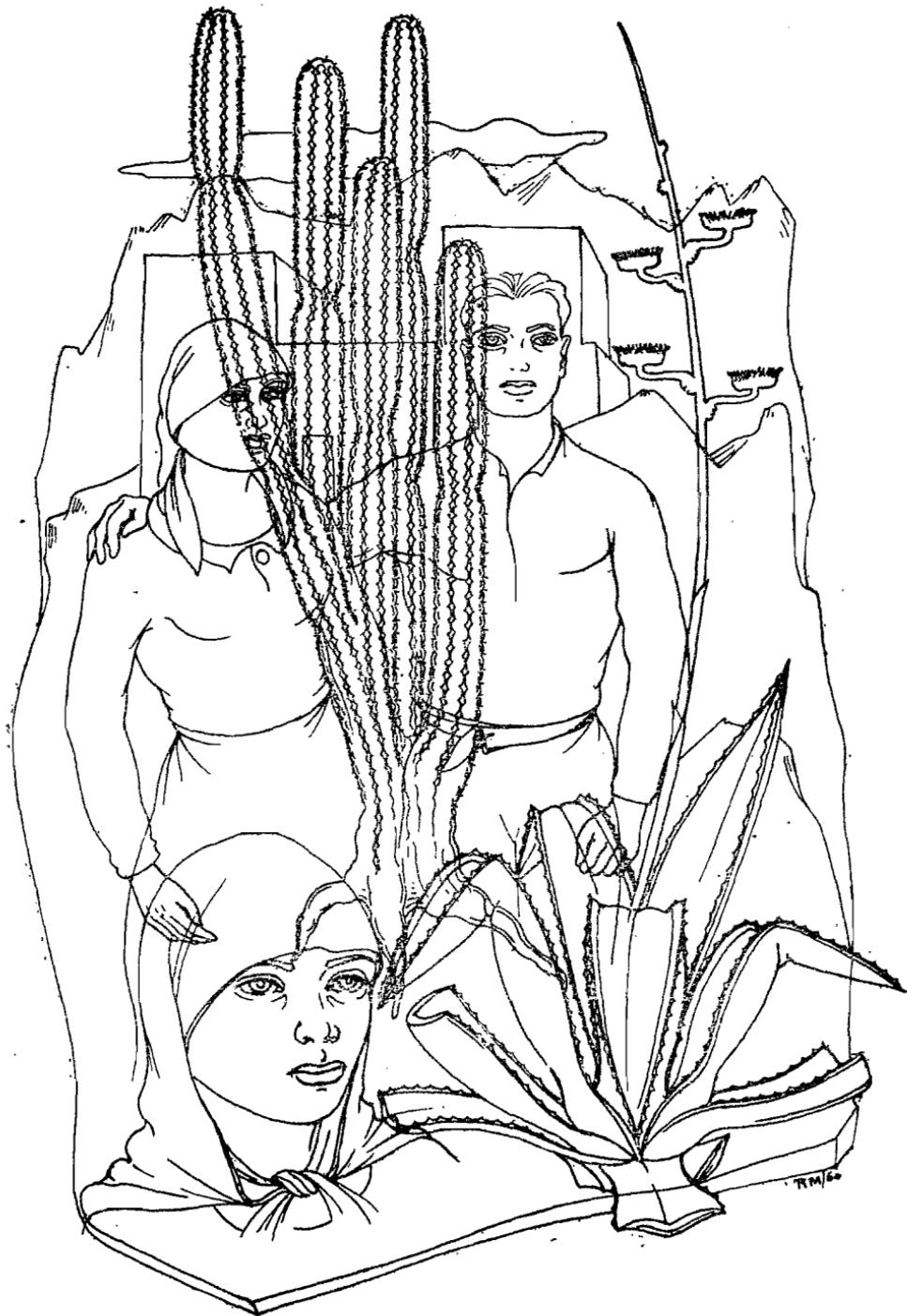
*Y he de morir, oh mar, he de morir
como una ola más en tu ribera,
entregaré mi alma al infinito
igual que el infinito me la diera,
pura y sin mancha, y en una noche clara
en lo azul brillará como una estrella.*

*
* *

Y nada más, amigos. A zancadas, casi con botas de siete leguas, hemos tratado esta noche de acercarnos cautamente, respetuosamente, con el pudor de nuestra limitación, al gran enigma del alma de nuestro pueblo. Alma difícil, alma etérea, de la que podríamos decir lo que un gran poeta andaluz, Luis Cernuda, decía de su pueblo:

*¡Ob hermano mío, tú!
Dios, que te crea,
será quien comprenda
al andaluz.*

Sólo Dios podría, pues, definirla justamente. Nosotros no hemos hecho más que levantar una punta del velo que cubre su misterio. Si ello os ha entretenido, y, sobre todo, si ello ha despertado en vuestro espíritu el deseo de seguir profundizando en el arriscado camino que, cual las pétreas galerías de nuestro subsuelo, conduce al hontanar de nuestra alma, y como en el consejo clásico, a conocernos a nosotros mismos, me sentiré profundamente recompensado de mi esfuerzo. Cuanto más la conozcais, en todos los entresijos de su alma y de su cuerpo, más amareis a vuestra sencilla patria chica. Y más amareis también con ello a vuestra inmortal patria grande, en cuyo maravilloso y bien concertado concurso de voces no es la nuestra, la voz canaria, por modesta y débil que sea, por lejana que suene, ni la menos fiel ni la menos amante.



INDICE

	<u>PAGINA</u>
Canariedad esencial de La Laguna	i
Sentido conservador de lo típico popular	9
Los factores del alma de un pueblo,	13
La tierra canaria volcán domeñado	15
Los canarios en la historia de América	19
La isla como generadora de una actitud espiritual	23
El complejo racial de los canarios	27
Los tres sentimientos fundamentales del alma canaria	33

Depósito Legal, G. C. 27 - 1960

JUAN RODRIGUEZ DORESTE
BIBLIOTECARIO DEL MUSEO CANARIO DE LAS PALMAS

TRES RASGOS LACERANTES DEL ALMA CONTEMPORANEA

(LIBERTAD, SOLEDAD, ANGUSTIA)

(DISCURSO PRONUNCIADO COMO MANTENEDOR DE LOS
JUEGOS FLORALES DEL ATENEO DE LA LAGUNA DE
TENERIFE, EN EL TEATRO LEAL DE AQUELLA CIUDAD,
EL DIA 12 DE SEPTIEMBRE DE 1955)

L A H A B A N A , C U B A
1 9 5 6

A José Miguel Alzola, un dol de amigo
y de hombre, en el que la radical reli-
giosidad de su espíritu se hace compa-
tible con unas humanas comprensión,
liberalidad y tolerancia, con toda la
profunda estimación de

Roberto
J

6 de febrero 1957

JUAN RODRIGUEZ DORESTE
BIBLIOTECARIO DEL MUSEO CANARIO DE LAS PALMAS

TRES RASGOS LACERANTES DEL ALMA CONTEMPORANEA

(LIBERTAD, SOLEDAD, ANGUSTIA)

(DISCURSO PRONUNCIADO COMO MANTENEDOR DE LOS
JUEGOS FLORALES DEL ATENEO DE LA LAGUNA DE
TENERIFE, EN EL TEATRO LEAL DE AQUELLA CIUDAD,
EL DIA 12 DE SEPTIEMBRE DE 1955)

IMPRENTA DE LA UNIVERSIDAD DE LA HABANA
LA HABANA, CUBA
1956

muchas ciudades de su tiempo. Aun su corazón íntimo se acelera preferentemente por estímulos de pura calidad espiritual. Todavía, al atardecer, cuando la llanura ancha y dilatada se envuelve en luces grises y cernidas que semejan fondos velazqueños, se ven cruzar por sus paseos umbrosos y recogidos las lentas siluetas de unos seres que siguen discutiendo un problema de métrica latina, una fiel traducción de Horacio o una justa interpretación de una cantata de Bach con la misma absorbente pasión de tiempos remotos. Como de su Salamanca cantara Don Miguel de Unamuno, pudiéramos también decir:

*¡Ay mi Laguna latina
con raíz gramatical!
¡Ay tierra que se declina
por luz sobrenatural!*

Por su luz, por su solera, por su “tempo” vital, por su estampa genuinamente española levemente teñida de acento criollo, por su historia y por su hospitalidad, la amamos tanto los canarios de Gran Canaria, la amamos tanto los hombres de mi generación.

Mi viejo amor se dobla hoy de gratitud al traerme su prestigioso Ateneo a esta tribuna tan prestigiada. Me abrumáis literalmente al invitarme a hablar ante vosotros sobre un escenario donde lucen, en su espléndida plenitud, algunos de los frutos mejores de vuestra tierra. A los cuales se une, honrándonos con su presencia, la suave y original belleza morena de una mujer, la señorita Y.M., de ilustre apellido, que si no poseyera ya, con la luminosa maravilla de sus ojos y la juvenil gracilidad de su cuerpo, títulos bastantes para rendir nuestra admiración, puede todavía invocar otro, para nosotros también entrañadamente afectivo: el de su nacimiento africano. Porque africanos somos también nosotros y nuestra islas sólo son, en su genuino origen geológico, como siete peñones desgajados del tronco antiguo y misterioso de su Mauritania nativa. Bien veo que es ello un truco ingenioso, de ático ingenio, como cumple a vuestra universitaria tradición: el mejor modo de soportar una soporífera disertación es encuadrando al orador sobre un fondo donde cinco bellísimas mujeres ofrecen, en la variedad de sus rostros, en la distinta luz de sus miradas, en la perfecta conjunción de sus encantos,

un halago distraente para la vista y un mágico trampolín para aliviar los oídos.

UNA GENERACION PROBADA

Os hablé antes de los hombres de mi generación. Somos los que nacimos con el siglo o en la primera década del siglo, los que hemos rebasado o rondamos la cincuentena, una cincuentena bien cargada y bien densa, sin duda alguna, los cincuenta años de vida más intensa, febril y dramática que registra la historia del hombre. Y no digo humanidad, porque, como afirmaba Goethe, la humanidad es una abstracción. “Nunca ha habido —añadía— más que hombres, ni habrá más que hombres”. Recuerdo haber leído un episodio de la vida de Víctor Hugo, cuya veracidad no garantizo. Se celebraba su famoso jubileo: una gran fiesta en el Palacio del Elíseo. Concurrían a ella representantes de todas las naciones. El gran poeta se hallaba en el centro del salón, en actitud de estatua. Los representantes extranjeros se adelantaban a expresar su homenaje y eran anunciados por un ujier estentóreo: “El señor representante de Inglaterra”. Y Víctor Hugo, con voz de trémolo y ojos en blanco, decía: “Inglaterra, ¡ah! Shakespeare”. “El señor representante de España”. Víctor Hugo: “España, ¡ah! Cervantes”. “El señor representante de Alemania”. El poeta: “Alemania ¡ah! Goethe”. Pero entonces le llega el turno a un señor bajito, de aire exótico. El ujier anuncia: “El señor representante de Mesopotamia”. Víctor Hugo, muy seguro hasta entonces, pareció vacilar y trató de buscar en su memoria algún hijo ilustre del viejo país. Debió encontrarlo, recobró la serenidad y con el mismo tono solemne y convencido exclamó: “La Mesopotamia, ¡ah! la Humanidad”.

No es de esta humanidad abstracta y genérica de la que vamos a ocuparnos esta noche. Vamos a discurrir concretamente sobre algunos aspectos —más bien diríamos llagas— del alma de los hombres de hoy, del hombre contemporáneo. Mi generación siente profundamente los problemas de su tiempo, se preocupa hondamente por el destino del hombre, por el futuro de la condición humana, y no sólo porque en ello le vaya su propio destino. Transcurrió nuestra in-

fancia en los últimos años de lo que se ha llamado “*la belle époque*”, la que va aproximadamente desde la guerra franco-prusiana de 1870 hasta la primera guerra mundial de 1914. Vivía el mundo entonces en una especie de feliz despreocupación que sólo turbaban algún que otro incidente colonial, como el de Fachoda, alguna guerra minúscula en países que nos parecían remotos y alguna que otra contienda fragmentada, balcánica, mientras las grandes potencias de la época se afanaban en mantener lo que se llamaba “el equilibrio de poder”. Nuestra educación intelectual, y aun sentimental, se completó entre las dos guerras, cuando nacían los signos de lo que se ha denominado la decadencia de Occidente o la desintegración de la civilización occidental. Pero como somos españoles, y ello quiere decir precursores, o como se dice ahora, “pioneros”, de tantos hechos nuevos en las letras, en las artes plásticas, y también ¡ay! en el dolor y en la guerra, habíamos experimentado antes que otros pueblos muchos de los problemas que comenzaron a inquietar la conciencia europea al terminar la primera contienda mundial. Nosotros sufrimos el desastre colonial, vimos descaecer nuestro país, sentimos en el espíritu el trallazo de la palabra fustigadora de aquellos hombres que fueron nuestros maestros —Unamuno, Ortega y Gasset, Ramiro de Maeztu, Angel Ganivet— y aprendimos a conocer el hombre, el amor y la sociedad por el nostálgico cauce de los versos de Antonio Machado y de Juan Ramón Jiménez, o la prosa desengañada de Pío Baroja y de Galdós. Por ello nuestra receptividad se halla tan aguzada; por ello nuestra sensibilidad, de raíces tan profundamente liberales en su más amplio sentido humano, se encuentra ahora tan conturbada.

Cuando nuestra dolorida mirada peregrina como un reflector sobre el panorama del mundo actual y aplicamos la luz de nuestro juicio y la escala ideal de nuestros valores al dramático relieve que aquél nos ofrece, vemos saltar, como piezas cobradas en un breñal, los perfiles de unos cuantos rasgos del ánimo contemporánea, capaces por sí solos de darnos una filiación de su circunstancia espiritual, como la fauna montaraz pueda dár-nósla de la circunstancia física de un país. De todos estos rasgos que enfoca nuestra atención tan sólo tres nos ocuparán esta

noche. Pero aunque los tres no sean esencialmente privativos de nuestra época, sí son esclarecedoramente sustantivos, los tres constituyen algunas de las constantes dramáticas que confieren timbre propio a este Proteo cambiante que es la voz de nuestro siglo: el ansia de libertad, el sentimiento de soledad y la angustia de la destrucción. Forzado será que para estudiarlos hayamos de atravesar por zonas del espíritu donde no todo es grato y confortador. La verdad obliga a tales sacrificios. En cierto modo puede que nos ocurra lo que otro escritor rival decía a propósito de Emile Zola. Se afirmaba delante de él que las novelas de Zola, tan crudas y descarnadas, no podían ser reales, no podían reflejar la verdad. Y comentó el escritor: —“Sí, sus novelas son el reflejo de la realidad. La lástima es que él viva en un barrio tan sucio...”

En nuestra empresa, y como mágicos trujimanes, van a ayudarnos tres grandes poetas. Después de cada uno de nuestros someros análisis la voz de un poeta vendrá a levantar ese eco de mil resonancias expresivas e iluminadoras que sólo es capaz de alcanzar la poesía. “La poesía debe tener por objeto la verdad práctica” ha dicho uno de ellos, Paul Eluard. Y aunque este sentido pragmático pugne un poco con el viejo concepto de la misión del poeta, el hecho es que esta noche nos servirá para rendir con su solo sonido, como las bíblicas trompetas de Jericó, con su desnuda y limpia eficacia verbal, el corazón, el secreto o la expresión de estos dramas del alma contemporánea que todos vivimos. Desde los tiempos más remotos ha desempeñado el poeta en la sociedad un papel excepcional. No sólo era el narrador, el que conservaba y transmitía la leyenda, prefigurando la historia. Era también el profeta, el adivino, la encarnación de la voz del pueblo, voz de Dios. “Los poetas —ha escrito Ernesto Prévost, delicado poeta— no pueden saberlo todo, pero deben adivinarlo todo”. El poeta posee un sexto sentido, quizás de entrañado origen metapsíquico, que le permite captar y traducir en ondas de infinita resonancia cuanto hiere y alcanza el ancho cordaje de su sensibilidad, desde la leve vibración de una hoja al horrendo fragor de una explosión. Recordemos a Juan Ramón Jiménez:

*Todo el otoño, árbol,
en esa hoja tuya
que cae.
Todo el dolor, niña,
en esa gota tuya
de sangre.*

Así en el poema, en la brevedad de sus líneas, en la cadencia de su musicalidad, en su sentido alusivo, cabe todo, el otoño con sus hojas caducas, el dolor con su gota de sangre, el ansia de libertad con su ala rota, el sentimiento de soledad con su evasión mística, la angustia de la destrucción con su horror petrificado.

EL SENTIMIENTO DE LIBERTAD.

¿Qué es el alma contemporánea, a qué cuerpo específico pertenece? Para abreviar etapas digamos que al hablar del alma contemporánea —confundiendo expreso y sólo a estos fines la dualidad de alma y espíritu— nos referimos al espíritu de nuestra civilización occidental, al de nuestra específica cultura occidental.

El concepto de cultura o civilización occidental es bien moderno. Si no descubierto plenamente en nuestro siglo, porque tiene precursores tan clarividentes como Goethe, ha sido articulado formalmente en nuestros mismos días. Oswald Spengler, el gran historiador alemán desaparecido, en su obra *La decadencia de Occidente*, fué el genial formulador de esta nueva concepción de la historia, de la historia como opuesta a la naturaleza, que ha revolucionado el estudio del paso del hombre por la tierra. “En lugar de la monótona imagen de una historia universal en línea recta, arbitrariamente dividida en Edad Antigua, Edad Media y Edad Moderna —dice Spengler— y que sólo se mantiene porque cerramos los ojos ante el número abrumador de los hechos, veo yo el fenómeno de múltiples culturas poderosas, que florecen con cósmico vigor en el seno de una tierra madre, a la que cada una de ellas está unida por el curso de su existencia”. Estas distintas culturas poseen una vida independiente de las razas, de las naciones o de las “fuerzas vitales” que las llevan en sí. “Cada una de estas culturas imprime

a su materia, que es el hombre, su forma propia; cada una tiene su propia idea, sus propias pasiones, su propia vida, su querer, su sentir, su morir, propios" (Spengler). En su vida respectiva estas culturas, que son como verdaderos organismos —Ortega dice que la cultura es un modo orgánico de sentir y pensar— tienen su nacimiento, atraviesan la juventud y la madurez y caen inexorablemente en la decrepitud, en lo que Spengler llama "Untergang", consunción, decadencia o ruina, que es la misma palabra que los alemanes aplican a la puesta del sol. Ya Goethe, que odiaba la matemática, percibía la oposición entre el mundo como mecanismo y el mundo como organismo, entre la naturaleza muerta y la naturaleza viva, entre la ley y la forma. Pero todas las fases y períodos necesarios de la vida de una cultura, de toda época, poseen una duración, se registran en el tiempo en ciclos, que como la propia vida, son elementos de un ciclo mucho más amplio que se extiende sobre siglos y milenios. Y la atención de Spengler se fija en esos períodos de cincuenta años, precisamente de cincuenta años, que en todas las culturas constituyen el ritmo del acontecer político, espiritual y artístico.

Spengler enumera hasta nueve culturas cuya existencia ha ido llenando el tiempo histórico. Las tres de mayor entidad histórica son, para él, la antigua o clásica, la occidental y la árabe, a cuyas almas respectivas califica de "apolínea", porque su ideal es el cuerpo singular, presente y sensible; "faústica", cuyo símbolo primario es el espacio puro, sin límites, y "mágica", la de la cultura árabe que toma, interpreta y hereda formas. Nosotros estamos inmersos en la cultura occidental, la de alma "faústica", la que posee una existencia conducida con plena conciencia, una vida que se vé vivir a sí misma, un concepto personal de las memorias y de las reflexiones, perspectivas y retrospecciones de la conciencia moral.

Con este concepto orgánico de la cultura spengleriana coincide inicialmente el gran escritor inglés Arnold Toynbee, el mayor historiador de nuestro tiempo. Como Spengler, Toynbee ve también las culturas, que ya él llama civilizaciones, como organismos pululantes en el gran plasma del tiempo. Sólo que Toynbee, en su monumental obra "*A Study of history*" —cuyos

cuatro últimos tomos han visto la luz a mediados de 1954 después de un silencio de quince años sobre el último de los seis anteriores— se niega a admitir la inexorabilidad fatal que lleva a la ruina a todas las culturas, y las hace depender mucho más estrechamente de la voluntad del hombre y de la gracia de Dios. Toynbee enumera veintiuna civilizaciones completas, y tres abortadas, donde Spengler estudia solamente nueve. En nuestros mismos días hace convivir la civilización occidental, a que pertenecemos, con otras cuatro de la misma especie: la cristiana ortodoxa del S.E. de Europa y Rusia; la sociedad islámica que llega desde el Norte de Africa a la cara exterior de la gran muralla de la China; la sociedad hindú en el subcontinente tropical de la India y una sociedad del Lejano Oriente en las regiones subtropicales y templadas entre la faja de los desiertos y el Pacífico. Los dos grandes historiadores divergen ligeramente al fijar la época en que nace la civilización occidental: Spengler la hace surgir en las llanuras nórdicas, entre el Elba y el Tajo, al despuntar el estilo románico en el Siglo X. Para el historiador inglés nuestra cultura nace de la partición que Carlomagno hiciera de sus dominios entre sus tres nietos, en virtud del Tratado de Verdún, en el año 843 D.C. La porción de Lotario, que comprendía las ciudades de Aquisgrán y Roma, fué el embrión de nuestra sociedad. Volveremos después sobre las conclusiones que formula Toynbee en su último libro sobre el porvenir de nuestra civilización. El plan de su obra, su sistemática y su filosofía, son completamente distintos al del trabajo de Spengler, pues al dar en el juego de las fuerzas vitales una mayor preponderancia a la voluntad humana, y tras ella, gigantesca y proyectada, a la gracia divina, su actitud final es más esperanzadora, más optimista, en cuanto al futuro del hombre.

La actitud optimista o pesimista de cada historiador parece proceder, más que de los sucesos que comentan, del propio carácter individual. Spinoza decía: “No es por estar caldeado, confortado, por lo que estoy contento; sino que, por estar contento, estoy caldeado”. Sin duda habréis oído contar la historia de dos ranas, una optimista y otra pesimista, que caen al mismo tiempo en dos jarras de leche. La rana pesimista dice: —“No puedo salir de esta jarra porque sus paredes son muy abruptas,

no puedo respirar dentro de la leche, voy a ahogarme, estoy perdida”. Y, en efecto, se ahoga, se muere. La rana optimista no sabe tampoco qué hacer, pero como es optimista lo intenta todo y se agita en todos los sentidos. Bate la leche con tal vigor que pronto se transforma en manteca y la rana se encuentra al final respirando tranquila sobre una pella sólida.

Sean cuales fueren los límites que atribuyamos a nuestra civilización occidental, es indiscutible que, como dice Georges Duhamel, la civilización representa para los grupos humanos un estado de equilibrio en el cual las fuerzas de construcción predominan sobre las fuerzas de ruina, el orden sobre el desorden y la vida sobre la muerte. Se dice que nuestra civilización está en crisis. La palabra “crisis” viene de un vocablo griego que significa “juzgar”. Ello quiere decir que para el hombre occidental ha llegado un momento en que debe juzgar la evolución de los fenómenos para buscarles una solución. Es indudable que nuestra civilización está en crisis porque los elementos materiales o temporales han alcanzado una preponderancia monstruosa sobre los elementos espirituales o morales. La ciencia y la técnica han procurado a los hombres, en menos de 50 años, un poder casi ilimitado. Al servicio de posibles ambiciones nacionales este poder es, por ahora, temerario, presto a convertirse en mortal para todo el planeta.

Nada ilustra mejor el progreso de los elementos materiales de nuestra civilización que el adelanto en las comunicaciones. “En el siglo XX —dice Paul Morand— sólo hemos inventado un vicio nuevo, pero un vicio de talla: la velocidad”. Y en uno de sus libros narra esta escena, certeramente profética:

—“Mamá— dice un hijo, que habita en París —me voy a la India.

—Pues llévate la merienda,— le recomienda sencillamente su madre.”

Como consecuencia de este enorme progreso, las condiciones de la vida humana han sido profundamente transformadas. En un día, en un mes, en un año de la existencia del hombre contemporáneo cabe un número de actividades infinitamente mayor que en igual período de hace un siglo. Ello le da a la vida una

sensación de fugacidad, de incoherencia y de inestabilidad que se inserta como una de las raíces de nuestro presente desasosiego. Se hace verdad el viejo verso de Boileau: "El momento en que hablo está ya lejos de mí". El concepto de la distancia también se ha revolucionado. La distancia no se mide útilmente sino por el tiempo que se emplea en recorrerla. Se nos presenta con un cierto sentido adivinatorio de este hecho moderno una costumbre de la Vieja China, de la civilizadísima vieja China. Los caminos de aquel país tenían dos clases de kilómetros, es decir, de medidas para las distancias: uno más corto cuando se bajaba y otro más largo cuando se subía.

El tamaño del mundo se ha reducido, se ha empequeñecido. El motor de explosión ha acabado prácticamente con el aislamiento geográfico. Si Fileas Fogg, el famoso personaje de Julio Verne, quisiera dar ahora la vuelta al mundo que en 1870 le ocupó ochenta días, tardaría justamente unos tres días y medio. A menos que tuviera que obtener los pasaportes, los visados de salida y entrada. Entonces, probablemente, el viaje le ocuparía muchos meses.

Y hemos puesto el dedo en la llaga de uno de los problemas del mundo contemporáneo. Las naciones se recluyen en sí mismas. Cuando todo contribuye a hacerlas penetrables y cercanas, el avión, la radio, que prácticamente han abolido las fronteras, sobre la tierra firme se teje un laberinto de corazas, de blindajes, de telones de acero o de papel que embarazan cada vez más los libres movimientos del hombre. El buen proteccionismo patriarcal de los tiempos de Bismarck ha quedado superado. Sin elevar las tarifas aduaneras, los gobernantes han ideado un diabólico sistema aislador que se enmascara bajo nombres tan eufónicos como "Cuotas de importación" y "Oficinas de control de cambios", las cuales ponen al comercio internacional y al libre paso de los hombres obstáculos más eficaces que las grandes murallas de la China.

Todo ello ha hecho que el europeo haya empezado a sentirse recluido. A esta sensación de claustrofobia se sumó poco a poco la creciente presión interior. El Estado moderno, típico fruto de la civilización occidental, ápice de una lenta evolución histórica que comienza en el Estado-ciudad, en los siglos XIII

y XIV, se convierte en el Estado contemporáneo, idolizado, absorbente, el Estado tutelar, defensor, instructor, previsor, asistencial, patrono, casero, que acaba haciéndonos evocar la irritada definición de Nietzsche: “El Estado es un monstruo frío que exclama: Yo, el Estado, soy el pueblo”. Y que provoca también la fina afirmación de Paul Valéry: “El Estado, amigo de todos, enemigo de cada uno”. ¡Qué lejos estamos ya de la aberración del famoso “El Estado, soy yo”, de Luis XIV de Francia, que no deja nunca de provocar en nosotros el paralelo recuerdo de aquella esclarecedora respuesta de Gustavo Flaubert cuando le preguntaron quién era Madame Bovary, su famoso personaje novelesco, y contestó: “La señora Bovary, soy yo”!

Y van apuntando así, en esta doble sensación de encierro dentro del universo y dentro de nuestro propio mundo cercano, los primeros signos de la compleja etiología de una de nuestras llagas: el sentimiento obsesivo, el ansia de libertad. En amplias zonas del mundo jamás en los tiempos modernos ha gozado el hombre de menor libertad. Aunque, por curiosa paradoja, jamás ha producido exteriormente mayor sensación de libre movilidad. Si cayera ahora en la tierra Micromegas, el pintoresco personaje de Voltaire que habitaba el planeta Júpiter, lo que más le sorprendería, antes que la minúscula pequeñez de nuestro astro y de sus medidas, sería la aparente libertad de movimientos de los humanos, y sin duda también el uso continuo, descomedido, multiplicado por las mil lenguas de nuestra Babel, de esta ilusoria palabra de libertad. Pero es que Micromegas ignoraría que junto al vicio nuevo de la velocidad, los hombres han dado en la viciosa costumbre de la desorbitada publicidad. Aunque fuerza es reconocer que, por exacerbado que esté hoy, es éste un hábito tan antiguo como el mundo y bien indispensable en el comercio humano, pues, como decía Lamartine, hasta Dios tiene necesidad de campanas.

La última guerra mundial, con su trágica estela de campos de trabajo y de concentración, contribuyó poderosamente a llevar a una tensión extrema el anhelo universal de libertad. “La dura limitación del cuerpo humano es aterradora”, ha escrito Kafka, el desventurado escritor checo de habla alemana. Para el dolor, sin embargo, el cuerpo humano no ha parecido tener límites en

aquellos años que todos hemos vivido con la mirada petrificada de asombro. De todos los países europeos Francia fué, quizás, la más probada por el sufrimiento. Al daño material de la repetida destrucción y al quebranto moral de la derrota, se sumó la viscosa humillación de los cuatro años en que el enemigo la ocupara. De la masa anónima, igualada por el rasero del padecimiento, brotó entonces como en toda ocasión semejante, la voz del poeta, que es la voz misma de su país, su palabra íntima, la expresión de su libre y auténtica existencia espiritual. El poeta transforma la palabra sencilla del pueblo en verdadera poesía, pues que en ella se encierra siempre latente, no de otra suerte que se encierra el fuego del cielo en la más humilde piedra de un camino.

Paul Eluard, compañero de Breton y de Péret, que vivieron aquí en Tenerife, supo estar a la altura de su misión y de su hora. Para él los sueños del poeta no son sentimientos del tiempo pasado, sino proyecciones hacia el tiempo que vamos a vivir, la adivinación cada vez más clara de los caminos por donde todos los hombres habrán de penetrar. Beaudelaire decía que la verdadera poesía es “la negación de la iniquidad”. El poeta deberá ser, pues, un hombre justo, que no se conformará con sufrir la injusticia, sino que habrá de ayudar a suprimirla. En el poeta debè refugiarse no sólo la “nostalgia de la justicia”, sino la esperanza del mundo.

La conducta del poeta ha de ser fuente de inspiración para la conducta de los demás. “El poeta es el que inspira, más bien que el inspirado”; “su principal cualidad no es evocar, sino inspirar”.

Con el parvo instrumento de la palabra cotidiana compuso Paul Eluard uno de los más bellos poemas de este siglo —y quizás de todos los siglos—, digna expresión del ansia de libertad que en aquella sazón desvelaba a su pueblo y que sigue siendo, hoy, como una llaga viva en la conciencia contemporánea. Voy a transcribirlo en mi inhábil traducción:

LIBERTAD

Sobre mis cuadernos de escolar
sobre mi pupitre y los árboles

sobre la arena sobre la nieve
escribo tu nombre.

Sobre todas las páginas leídas
sobre todas las páginas blancas
piedra sangre papel o ceniza
escribo tu nombre.

Sobre las imágenes doradas
sobre las armas de los guerreros
sobre la corona de los reyes
escribo tu nombre.

Sobre la jungla y el desierto
sobre los nidos sobre las retamas
sobre el eco de mi infancia
escribo tu nombre.

Sobre las maravillas de las noches
sobre el pan blanco de las jornadas
sobre las estaciones desposadas
escribo tu nombre.

Sobre todos mis retazos de azur
sobre el estanque sol enmohecido
sobre el lago luna viva
escribo tu nombre.

Sobre el fruto cortado en dos
del espejo y de mi cuarto
sobre mi lecho concha vacía
escribo tu nombre.

Sobre mi perro goloso y tierno.
sobre sus orejas derechas
sobre su pata desmañada
escribo tu nombre.

Sobre el trampolín de mi puerta
sobre los objetos familiares
sobre la onda del fuego bendito
escribo tu nombre

Sobre toda carne concedida
sobre la frente de mis amigos
sobre cada mano que se tiende
escribo tu nombre.

Sobre el cristal de las sorpresas
sobre los labios atentos
muy por encima del silencio
escribo tu nombre.

Sobre los campos sobre el horizonte
sobre las alas de los pájaros
y sobre el molino de las sombras
escribo tu nombre.

Sobre cada tufarada de aurora
sobre la mar sobre los barcos
sobre la montaña
escribo tu nombre.

Sobre la espuma de las nubes
sobre los sudores de la tormenta
sobre la lluvia espesa y sosa
escribo tu nombre.

Sobre las formas centelleantes
sobre las campanas de los colores
sobre la verdad física
escribo tu nombre.

Sobre los senderos despiertos
sobre las rutas desplegadas
sobre las plazas desbordantes
escribo tu nombre.

Sobre la lámpara que se enciende
sobre la lámpara que se apaga
sobre mis casas reunidas
escribo tu nombre.

Sobre mis refugios destruídos
sobre mis faros desplomados
sobre los muros de mi hastío
escribo tu nombre.

Sobre la ausencia sin deseos
sobre la soledad desnuda
sobre los peldaños de la muerte
escribo tu nombre.

Sobre la salud recuperada
sobre el riesgo desaparecido
sobre la esperanza sin recuerdos
escribo tu nombre.

Y por el poder de una palabra
vuelvo a comenzar mi vida
He nacido para conocerte
para nombrarte.

Libertad.

EL SENTIMIENTO DE SOLEDAD Y LA EVASION RELIGIOSA.

En uno de sus más luminosos ensayos, incluídos en el sexto tomo de "El Espectador", Ortega y Gasset estudia, con breve y enjundiosa concisión, los signos de una nueva vuelta hacia Dios, de una nueva presencia de la gran ciencia de Dios en el mundo del pensamiento moderno. Viene a decir en síntesis el maestro que del mismo modo que en la órbita de la tierra hay parhelio y perihelio, un tiempo de máxima aproximación al sol y un tiempo de máximo alejamiento, algo semejante acontece en la órbita de la historia con la mente respecto a Dios. Hay épocas de *odium dei*, de gran fuga lejos de lo divino, en que —son sus propias palabras— "esta enorme montaña de Dios llega casi a desaparecer del horizonte". Pero, al cabo, vienen ocasiones en que súbitamente emerge a sotavento el acantilado de la divinidad, y entonces, desde la cofa, grita el filósofo: ¡Dios a la vista!

Según Ortega, a una época de agnosticismo —actitud que consiste en no querer saber ciertas cosas, y que aun sabiendo que la realidad inmediata no es la realidad completa, se desentiende de toda otra realidad trascendente,— sucede una época de gnosticismo, que sólo considera como existente lo ultramundano y busca por todas partes un resquicio para la evasión.

Aunque el ensayo data del año 1926 no deja de ser sorprendente el acierto premonitorio con que el filósofo enjuicia una fase del movimiento pendular del alma humana que en estos últimos años alcanza su máxima elevación. Pero no es sólo como él registraba la vuelta a un Dios ajeno a toda religión positiva, premisa de todo principio y frontera de todo final; no es sólo la vuelta a un Dios hipotético, necesario para coronar una explicación científica, según antes y contrariamente había sido para Laplace una hipótesis innecesaria. El Dios cuya vista vienen ya señalando hace muchos lustros los semáforos espirituales del mundo moderno, es el Dios de las religiones, es concretamente el Dios del cristianismo. Asistimos ahora en Europa y América, es decir, en los países de cultura occidental, a una reavivación de la fé religiosa que alcanza a zonas cada vez más anchas y elevadas del pensamiento contemporáneo. Bastará

la ligera enumeración, en modo alguno exhaustiva, de unos cuantos grandes nombres de escritores contemporáneos para calibrar la importancia, y sobre todo la significación, de este movimiento espiritual. En Inglaterra nos limitaremos a mencionar los nombres gloriosos, ya desaparecidos, de Chesterton e Hilaire Belloc, junto a las grandes figuras vivas del gran novelista Graham Greene y del mejor poeta actual de habla inglesa, Thomas Eliot. En Francia encabezan una lista nutridísima los nombres gloriosos de Charles Peguy y Paul Claudel, poetas los dos, a los que siguen Francis Mauriac, Gabriel Marcel, Jean Guitton, Julien Green, Daniel Rops, Gilbert Cesbron, etc. En los Estados Unidos se congrega hoy el núcleo católico prácticamente quizás mayor del mundo y asistimos también en esa gigantesca nación al fenómeno de las conversiones en masa obradas por la eficacia publicitaria, el genio oratorio y la auténtica piedad del Reverendo Billy Graham, fundador de una sociedad anónima para la propagación de la fé evangelista, una de las ramas del proflíero protestantismo norteamericano.

Asumiendo formas más o menos recatadas, más o menos espectaculares, es indudable que asistimos a una reavivación del sentimiento religioso en amplias zonas del Occidente. Es un signo externo del alma contemporánea cuyos orígenes son muy complejos. Pero es indiscutible que una de las causas determinadoras de este creciente fervor espiritual, más directamente vinculada a la específica situación del hombre de hoy frente a su actual circunstancia, es el sentimiento de su soledad. La opresión vital, su embarazo frente a un horizonte cada vez más constrictivo, exacerba en el hombre el ansia de libertad, de libertad moral y de libertad física. Pero el sentimiento de la soledad, que es también un sentimiento de indefensión, no suele volcarse por otros cauces que los de la evasión mística, por el lecho pedregoso que conduce a la recreación de una conciencia religiosa.

Los místicos nos hablan de la noche oscura del alma, tema favorito de San Juan de la Cruz. La fé exige o se crea esta noche, que debe ser la ausencia de toda luz natural y el reino de esas tinieblas que sólo pueden disipar luces sobrenaturales. Sólo a través de ella puede llegarse "a la más alta contemplación".

*En una noche oscura
con ansias de amores inflamados
¡oh dichosa ventura!
salí sin ser notada
estando mi casa sosegada.*

Pero es también frecuente que en el alma contemporánea los meandros del camino que guía hacia la gracia tengan a veces oscuros orígenes de rebeldía. Un escritor francés, Albert Camus, ha analizado con suma penetración en un libro famoso "*L'homme révolté*" —El hombre en rebeldía— ese aspecto del alma contemporánea. El hombre de hoy tiene la oscura certidumbre de que estamos ahora en el tiempo de la premeditación y el crimen perfecto. Las guerras modernas, las persecuciones políticas —y como dice el propio escritor— "los campos de esclavos bajo la bandera de la libertad, los asesinatos en masa justificados por el amor al hombre o por el advenimiento del superhombre", inhiben el juicio, hacen totalmente imposible todo juicio. El crimen se adorna hoy con los despojos mortales de la inocencia que sacrifica. El crimen se ha dado a sí mismo una doctrina, se razona a sí mismo, prolifera como la propia razón y toma todas las figuras del silogismo. El crimen era solitario como el grito —afirma Camus. Hoy es universal como la ciencia. Una época que en cincuenta años desarraiga, subyuga o mata a setenta millones de hombres, debe ser juzgada, mas para juzgarla hay que comprender antes su culpabilidad, tratar de explicarla. Pero el hombre moderno no acierta a explicársela. No le sirven ni la reducción al absurdo, ni la duda metódica de Descartes para responder a las preguntas del siglo. Pero si yo grito que no creo en nada, que todo es absurdo —se dice a sí mismo el hombre de hoy— no puedo dudar de mi grito y debo creer al menos en mi protesta. La única evidencia que se me da es la rebelión. La rebelión nace del espectáculo de la sinrazón, ante una condición injusta e incomprensible. La única actitud humana posible es, pues, inicialmente, la rebeldía.

Al adquirir conciencia de la culpabilidad humana, de la culpabilidad del género humano, silenciosa o resonante, el hombre moderno se convierte, pues, en un rebelde. Si esta rebeldía fermenta en un alma apasionada puede llegar a romper sus

propios diques y verterse en el suicidio, que ya defendía Lau-tréamont, el gran poeta maldito del siglo pasado. Pero antes de llegarse al suicidio puede pasarse por el estado intermedio de la locura, término también de una rebeldía permanente. Recordemos al infortunado Vicente Van Gogh, pintor inmenso, rebelde sofrenado, suicida demente. En sus ratos de irónica y desesperanzada lucidez solía decir:

—“Cada vez creo más firmemente que no debemos juzgar al buen Dios por este mundo infeliz. Es tan sólo un estudio que le salió mal”.

Pero también se da el caso frecuente de que el rebelde, el que no acierta con la clave del enigma, sublime su rebeldía, serene su actitud airada y experimente entonces una gran sensación de soledad, soledad frente a un mundo incomprensible, frente a una fraternidad que se le niega, frente a un amor que se esquivo, frente al crimen como razón de Estado, frente a un semejante hermético, encerrado en sí mismo, frente a un ciego sectarismo intolerante. El solitario sólo ve ante sí, siempre igual a sí misma pero siempre renovada, en su viva alternancia de fecundidad y reposo, a la naturaleza, creación de Dios. Y se obra en su espíritu la sublimación definitiva. Por la mágica escala de su soledad entrañada el hombre sube hacia la divinidad, como el místico llega a la suprema luz a través de la noche oscura de su alma, a través de un reino de tinieblas que sólo disipa —como dice San Juan de la Cruz— la luz sobrenatural “de la más alta contemplación”. “Sólo en la soledad —ha escrito Miguel de Unamuno— rota por ella la espesa costra del pudor que nos separa a unos de los otros y a todos de Dios, no tenemos secretos para Dios; sólo en la soledad alzamos nuestro corazón al Corazón del Universo; sólo en la soledad brota de nuestra alma el himno redentor de la confesión suprema”. He aquí, esquemáticamente simplificado, el proceso de lenta adquisición de la conciencia religiosa que a través de los ásperos senderos de la soledad y de la rebeldía tantas veces se ha cumplido en el hombre contemporáneo.

Apenas dispone la literatura de este siglo de obras en las que este singular proceso pueda seguirse con el abreviado esquematismo que yo he empleado en mi descripción. Hay, eso sí,

casos ejemplares como el del sacerdote de “El poder y la gloria” del novelista católico Graham Greene. En este libro admirable se narra, más que un proceso de conversión, una dramática peripecia de recuperación de la gracia por un sacerdote que se sacrifica expiatoriamente en un acto de suprema inmólación. Pero existe una obra poética de extraordinaria calidad, de altísimo timbre personal, la del poeta inglés Thomas Stearns Eliot, a través de la cual, si no las etapas de una fé nueva o readquirida, se sigue al menos el curso de una creciente convicción religiosa. En uno de sus primeros poemas “Warren Land” —Tierra baldía— el poeta habla, con acento amargo, donde todavía no hay atisbos de religiosidad, de una tierra que se ha vuelto árida por la infertilidad de su monarca. Pero a partir de esta obra, toda la producción sucesiva va ganando en intensidad de convicción hasta llegar con el poema llamado “East Coker” a alcanzar alturas líricas transidas de un tembloroso misticismo. Dos o tres veces resuenan en el poema los ecos de versos de San Juan de la Cruz:

*Para venir a lo que no sabes
has de ir por donde no sabes.
Para venir a lo que no posees
has de ir por donde no posees.
Para venir a lo que no eres
has de ir por donde no eres.*

Y el poeta inglés acaba con un verso que podrían suscribir igualmente San Juan o Santa Teresa.

En mi fin está mi principio.

Pero este gran poeta es también un genial dramaturgo. Y entre sus obras teatrales hay una en que la peripecia dramática se centra sobre todo en unos problemas humanos derivados del sentimiento de soledad. Soledad de unas almas en conflicto que resuelven o liquidan su particular situación humana volviendo los ojos hacia Dios, bien en una auténtica dedicación total de la existencia, bien recurriendo a soluciones que responden a un estricto concepto católico de la existencia. Se trata del extraordinario drama “Cocktail Party”. Como aún no ha sido traducido al castellano, que yo sepa, y sólo es conocido en reducidos

sectores literarios, os haré un breve bosquejo de la obra, privado naturalmente de los matices del diálogo, de la belleza del verso —un verso largo sin rima pero con hondo ritmo interior—, del lenguaje depurado en que cada palabra está como engarzada en su justo contexto.

En casa de Eduardo se celebra un “party”. Pero su mujer Lavinia, se halla ausente. Aquel mismo día lo ha abandonado. Eduardo, que no ha podido eludir el compromiso social, busca fútiles excusas a la ausencia de su esposa. Entre los invitados está Celia, amante de Eduardo, más joven que él, y Pedro, enamorado de Celia pero no amado por ella. Hay además un huésped misterioso, que es en la obra algo así como la conciencia viva de cada personaje, que le ayuda a devanar su propia madeja espiritual. El huésped misterioso promete a Eduardo que Lavinia habrá de regresar y Eduardo, que cree no amar a su mujer, empieza a desear que vuelva. Celia reprocha a Eduardo el interés que de pronto éste muestra por su propia esposa y descubre que Eduardo no la ama. Celia sufre con ello como una dolorosa amputación. Lavinia regresa y su vuelta sólo sirve para avivar la lucha entre dos seres que no se comprenden. Pero un amigo les prepara una visita a casa de un Doctor que resulta ser el huésped misterioso. En presencia uno del otro, el médico les hace confesarse, poner al desnudo su graves flaquezas. Eduardo descubre que también Lavinia le era infiel con Pedro, pero que también, como él, el abandono del amante la ha sumido en profunda soledad. Eduardo exclama:

*Había una puerta y no podía abrirla
¿Cómo podría no salir de mi prisión?
¿Qué es el infierno? El infierno es uno mismo.
El infierno es la soledad y las otras figuras
son meras proyecciones.
No hay de donde escapar
ni nada adonde escapar.
Uno está siempre solo.*

Los dos están solos porque no aciertan a conjugar las cualidades diferentes que pudieran convertirlos en una pareja feliz. Los dos sufrían de la misma soledad, de la misma incomprensión. El uno creía no poder amar, ser incapaz de amar y la otra creía

que no podía ser amada, que no podía inspirar amor. Pero la confesión les revela mutuamente su respectiva laceración. La conciencia de sus pecados reconocidos y perdonados les permite partir juntos para intentar una nueva vida. Pero la más angustiosa soledad de todas es la de Celia, que ve hundirse su amor y se encuentra de pronto desasida de todo, como una pavesa flotante. También ha percibido de pronto el abismo de su profunda soledad. Pero hay en ella un ansia por algo que no puede encontrar. El doctor, que es como la voz de su conciencia, le sugiere que hay una fé, “una clase de fé que nace de la desesperanza”, que lleva por un camino solitario, no más solitario que los demás, pero los que toman ese otro camino pueden olvidar su soledad. Ella no podrá olvidar la suya: un camino que significa soledad y comunión.

Celia profesa. Eduardo y Lavinia se reconcilian. Vuelve a celebrarse el mismo “party” con que empieza la obra. Hasta allí llega pronto la noticia de que Celia ha muerto en tierras salvajes asistiendo a sus enfermos. Eduardo y Lavinia se creen responsables de aquella muerte. Pero el doctor les advierte:

—“Si todos fuéramos juzgados por las consecuencias de todas nuestras palabras y de nuestros actos, más allá de su intención y más allá de nuestro entendimiento de nosotros mismos y de los demás, todos seríamos condenados.”

El drama de la desamparada soledad de aquella mujer se resuelve, como en tantos casos semejantes, por un camino de evasión mística donde, concluye el poeta, “puede evitarse la desolación final de la soledad en este mundo fantasmal de la imaginación en que sólo barajamos recuerdos y deseos”.

LA ANGUSTIA DE LA DESTRUCCION.

Alcanzamos ahora este tercer misterio de dolor del alma contemporánea. Nuestro siglo ha exacerbado poderosamente dos sentimientos, ya conocidos y analizados antes de ahora, pero cuyo estudio se ha perfilado muy recientemente: el sentimiento de la angustia y el sentimiento de la frustración. El sentimiento de la angustia ha sido profundamente estudiado por un selecto

grupo de filósofos, desde Kierkegaard hasta los actuales existencialistas, para quienes es una de las piedras clave de su sistema. Para Kierkegaard existir es necesariamente sufrir desesperación y angustia. El hombre se halla siempre en la necesidad de elegir, y para elegir, en la necesidad de arriesgarse, que le lleva a desesperarse. La angustia es deseo de lo que se teme, miedo de lo que se desea. Como la vida es necesariamente una elección, pero una elección ante muchas posibilidades, el hombre obligado a actuar, obligado a elegir, experimenta inevitablemente el sentimiento de angustia.

La angustia, en su sentido filosófico vigente —y en sus perfiles coinciden todos los filósofos existencialistas, desde Kierkegaard a Jean Paul Sartre, pasando por Nietzsche, precursor, nuestro Don Miguel de Unamuno, agonista, clarividente, Heidegger, Jaspers, Marcel, etc.— se origina esencialmente en todo ser humano puesto en presencia de una alternativa dramática cuyo origen, cuya raíz está en él mismo, y de la cual depende su destino.

Esta definición de la angustia se ajusta a la verdadera disyuntiva en que la civilización occidental se ha puesto a sí misma. En su interior, como en el íntimo recinto de cualquier conciencia individual, se debate un conflicto entre dos series de instintos opuestos: el instinto de conservación, el instinto de vida, que es constructor y lo que Freud analiza bajo el título de instinto de muerte, instinto de destrucción, que es también de agresividad. El mundo de hoy se encuentra, pues, ante la dramática opción de forjar su propio aniquilamiento o su propia salvación con medios que él mismo ha descubierto. Los pasmosos descubrimientos de la física nuclear han planteado al mundo moderno esta angustiosa alternativa y la conciencia humana se ha conmovido, como antes conmovieron las explosiones los cimientos de Hiroshima. Del crecimiento vertiginoso de la ciencia en nuestros años da idea este simple hecho: La delegación francesa a la reciente conferencia atómica de Ginebra iba presidida por Francis Perrin, uno de los mejores físicos del mundo. Pues bien, su padre, Jean Perrin, fué de los sabios que tuvieron que defender la realidad de la existencia del átomo, atestiguándolo con sus experiencias. Su famoso libro "*Los Átomos*" sólo data

del año 1913, plazo que ha bastado para pasar del descubrimiento del átomo a la era nueva que su descomposición ha abierto en la historia del hombre.

La magnitud del peligro que ofrece el uso de estas nuevas fuentes de energía, al plantear la angustiada disyuntiva, ha desvelado a las mejores mentes del mundo civilizado. Casi desde su lecho de muerte, Alberto Einstein, padre de la física nuclear, lanza un patético llamamiento que es casi confesión de remordida culpabilidad. Oppenheimer, otro gran sabio, se deja desposeer de sus cargos oficiales por reconocer implícitamente que su conciencia le impidió colaborar en el descubrimiento de la nueva bomba de fusión. Desde su insobornable liberalismo individualista, Bertrand Russell publica un documento que es toda una condenación de la ciencia moderna. En estas altas cimas del pensamiento humano no ha hecho más que borbolar apavorosamente la angustia que ya hervía en la sangre y en el sueño de millones de seres. Pero todos estos gestos airados o contritos son casi de ayer mismo. Como siempre, adivinando el seísmo, percibiéndolo por los misteriosos signos que sólo alumbraba el sentido poético, que es sentido profético, un gran poeta español, desde el año 1946, había lanzado su grito desgarrador. En el prólogo de su libro *"Todo más claro"*, publicado en Buenos Aires en 1949, pero recogiendo poemas fechados desde 1937 a 1947, Pedro Salinas, muerto en Boston el 4 de Diciembre de 1951, nos hablaba ya del "ciudadano civilizado de nuestros días, heredero directo del siglo de las luces e inventor de la electricidad, que se dispone a transmitir, con una leve presión digital, y como el que no quiere la cosa, el impulso que haga trizas a todo Cristo y a todos los cristianos; con los infieles, por supuesto, de propina." Y añade: "Las angustias arremeten por muchos lados. Ahí están las mías en este librito, para el que no se quiera cerrar a verlas".

En este librito, entre otros, se inserta un angustiado y angustiante poema, bellísimo de imágenes, que se titula "Cero". El cero que cae del cielo es la bomba atómica. Ni una sola vez se la designa por su nombre "para que el lector lo sienta decir dentro, mudo, callado, avergonzadamente, igual que nombre de

pecado que no se atreve ni a nombrarse asomando a la luz de los labios". La bomba cae:

.....
*en donde el cero cayó
el gran desastre empezaba.*

Siento mucho no poderlo leer. No lo permiten ni su extensión ni el tiempo de que ya dispongo. El cero al caer deja detrás ruina y destrucción. Y acaba el poeta:

*Hay un crucifijo que agoniza
en desolado Gólgota de escombros,
de su cruz separado, cara al cielo.
Como no tiene cruz, parece un hombre.
Pero aúlla un perro, un infinito perro
—inmenso aullar nocturno ¿desde dónde?—
voz clamante entre ruinas por su Dueño*

Pedro Salinas es también autor de una novela "*La bomba increíble*" en que apunta igualmente su angustia ante la destrucción. Se trata del relato o fabulación de unos sucesos ocurridos en un país imaginario, llegado al paroxismo del progreso, cuya tranquilidad, consagrada al culto idolátrico de la ciencia y sobre todo de los medios más modernos de destrucción, se ve sacudida por la aparición de una bomba misteriosa, misteriosa por su origen y por su naturaleza. Nadie acierta a descubrir quién la trajo y qué contiene. Después de muchos infructuosos intentos, pues la bomba ni pesa ni se deja medir por ningún instrumento, un sabio obcecado la apuñala siete veces. Por las siete llagas comienzan entonces a brotar unas burbujas que estallan en los aires profiriendo quejidos y ayes tan lastimeros que enloquecen y matan a cuantos los escuchan. Poco a poco las oleadas de burbujas gemidoras invaden el país entero, obligan a evacuarlo, llegan hasta el mar y se vierten por encima del oleaje. Pero su efecto sólo lo perciben los hombres y las máquinas, que se paralizan a su contacto. Los animales permanecen incólumes, liberados en la alocada huída de sus amos. Aquellas quejumbres eran como los lamentos de los millones de seres que las guerras habían exterminado. Tan sólo quedan en el país una joven de candor inocente y corazón sencillo y su novio, un pacifista encar-

celado por sus ideas. La joven, Cecilia, con instinto adivinatorio, decide acudir al lugar donde la extraña bomba continuaba lanzando sus pompas quejumbrosas. Se acerca a ella, presiente el dolor inmenso que aquel artefacto simboliza y con arranque generoso lo estrecha tiernamente y lo acuna entre sus brazos. Una última queja, débil, tiernísima, como vagido de criatura, se exhala de la última herida de la bomba, que se desvanece sin dejar huella. La joven, entonces, se une a su novio y —concluye el poeta— con el vértice de sus corazones van abriendo vía al sueño de una humanidad donde el morir jamás le venga al hombre de mano de hombre; sólo de la voluntad de la Muerte. Hacia un mundo sin el ¡ay! desgarrador de Abel.

EL COLOR DE LA AURORA

No podríamos cerrar esta velada dejando en vuestros espíritus el amargo regusto de estas facetas del dolor o del penar humano que se hincan dramáticamente en la conciencia del mundo de hoy. Por fortuna, apuntan ya por el horizonte signos de un mundo mejor. Las mismas condiciones que han creado los adelantos de la técnica actualizan nuevamente sueños grandiosos que estaban soterrados. El viejo espíritu liberal de Europa, genuino transmisor de las mejores esencias de nuestra civilización, de esa rara flor de la cultura que se llama la tolerancia, y que nunca había enfundado sus armas, se apresta otra vez a incruenta batalla para conquistar los corazones de todos los hombres de buena voluntad. En torno a una mesa conciliadora los sabios de todo el mundo han cambiado en estos días los secretos de sus conquistas para poner al servicio de la paz las nuevas formas de energía.

Hace poco tiempo, en una reunión diplomática, comentando los difíciles trances del mundo, Oliveira Salazar decía con humor:

—“Todos los animales han enseñado algo al hombre; el águila, a volar; el cangrejo, a llevar armas; la ardilla le ha enseñado el ahorro... Sólo la paloma no le ha enseñado nada todavía...”

Tal vez sea posible que la tímida avecilla enseñe algún día al hombre el valor renovado de su clásico símbolo eterno. Unidos para fines concretos de cooperación pacífica —el “pool” del carbón y el acero— un grupo de naciones europeas de alta cultura nos dan ahora una feliz prefiguración de unos Estados Unidos de Europa, el bello sueño al que infundiera su poderoso aliento aquel gran espíritu liberal que se llamó Aristides Briand, pero que ya había apuntado en el siglo pasado en los escritos de Montesquieu y hasta Balzac nos habla de “la gran familia continental”.

Una voz excepcional se ha alzado en estos meses para prestar su valiosa cooperación a la causa de la paz, a la pacificación del mundo. A fines de 1954 el gran historiador inglés Arnold Toynbee ha publicado los cuatro últimos tomos de su monumental historia. Toynbee ha vuelto a actualizar un concepto espiritualista de la civilización. Los últimos volúmenes de su obra están dominados por la afirmación de que la religión, la creencia religiosa es no solamente una guía o una inspiración para la sociedad, sino su misma razón de existencia. “Yo no creo —nos afirma— que las civilizaciones tengan que morir... La civilización no es un organismo. Es un producto de voluntades”. Toynbee está seguro de que la existencia de un futuro estado universal —un solo gobierno sobre todo el ancho mundo— es consecuencia ineludible de la tecnología moderna. Su única pregunta es: ¿advendrá por la paz o por la guerra? Pero piensa que un espíritu inteligente trabajará siempre por una pacífica coexistencia. Una noche, en sueños, nos refiere el sabio profesor inglés, vió cómo sobre el altar mayor de la Abadía benedictina de Ampleforth, en Yorkshire, colgaba un hombre. Se prendía precariamente del pie de un crucifijo, mientras una voz resonaba en el templo: “Amplexus expecta” —“Sigue colgado y espera”—. El hombre del sueño era el propio profesor, y su visión nocturna tiene en sus propias palabras esta pacifista interpretación: El Occidente, el mundo occidental, la civilización occidental, que él llama post-cristiana, o ex-cristiana, porque el occidente comenzó a divorciarse de la cristiandad en el siglo XVII, asido con sincero fervor a sus creencias, debe también esperar, empleando un severo control de sí mismo, paciencia,

entereza y tolerancia. Los Estados Unidos dirigen, en efecto, la mitad del mundo; Rusia gobierna la otra mitad. Dejémosle seguir en esta pacífica partición del “*oikuméne*”, del mundo habitado, y esperemos que el tiempo juegue su carta decisiva. Roma y Partia —dos grandes colosos del mundo antiguo— vivieron seiscientos años en una paz relativa, que comenzó unos veinte años antes de Cristo. Los dos colosos de hoy —Estados Unidos y Rusia— pueden muy bien arrellanarse uno junto al otro para vivir y dejar vivir, tornándose cada día menos diferente el uno del otro. El mundo ha creado ya los medios tecnológicos necesarios para abolir la pobreza y hora es de que todo el género humano —el “*homo faber*” vuelto otra vez “*homo sapiens*”— pueda gozar de los espléndidos frutos de la civilización.

Un bello poema de Paul Eluard, el poeta que hoy nos ha llevado como un moderno Virgilio por uno de nuestros círculos dantescos, acaba así:

“Tout a la couleur de l'aurore”.

Confiemos en que la nueva aurora disipe con su fulgor los monstruos que, en decir de Goya, produce siempre el sueño de la razón. “A veces, nuestro destino se parece a un árbol frutal en el invierno, escribía Goethe. ¿Quién va a pensar ante su triste aspecto que esas rígidas ramas y espinosas ramillas reverdecerán con la primavera, florecerán y hasta darán frutos?” Sin embargo, todos lo sabemos. No perdamos, pues, amigos, el sostén de toda adversidad: nuestra esperanza.

JUAN RODRIGUEZ DORESTE
BIBLIOTECARIO DEL MUSEO CANARIO DE LAS PALMAS

UN SUGERIDOR FRAGMENTO CANARIO DE LA HISTORIA DE COLON

(CONFERENCIA PRONUNCIADA EN LA FACULTAD
DE FILOSOFIA Y LETRAS DE LA UNIVERSIDAD
DE LA HABANA EL DIA 21 DE NOVIEMBRE DE 1956)

EDICIÓN CONMEMORATIVA DEL
CINCUENTENARIO
DE LA
ASOCIACIÓN CANARIA DE CUBA
1906-1956

LA HABANA, CUBA
1956

A José Miguel Algola, amigo entraña-
ble, cuya auténtica canariedad toma
las formas de un hondo amor a las
cosas viejas y santas de mi tierra, con
todo el afecto de

Febrero 6/57.

Roberto
Q

JUAN RODRIGUEZ DORESTE
BIBLIOTECARIO DEL MUSEO CANARIO DE LAS PALMAS

UN SUGERIDOR FRAGMENTO CANARIO DE LA HISTORIA DE COLON

(CONFERENCIA PRONUNCIADA EN LA FACULTAD
DE FILOSOFIA Y LETRAS DE LA UNIVERSIDAD
DE LA HABANA EL DIA 21 DE NOVIEMBRE DE 1956)



EDICIÓN CONMEMORATIVA DEL
CINCUENTENARIO
DE LA
ASOCIACIÓN CANARIA DE CUBA
1906-1956

L A H A B A N A , C U B A
1 9 5 6

EL PAPEL DE CANARIAS EN EL DESCUBRIMIENTO.

La gesta del Descubrimiento de América no acabará nunca de ser estudiada. Fué tal el cúmulo de circunstancias de todo orden que, como arroyos multiplicados, confluyeron en el ancho cauce de su logro prodigioso; fué tan enorme su influjo en el curso de la historia de la humanidad y de tan vasto alcance y de tan honda repercusión, que jamás habrá de saciarse la voraz curiosidad que el espíritu humano siente por conocer los infinitos aspectos de la gran epopeya. La bibliografía del Descubrimiento es ya, más que ingente, monstruosa. Apenas queda por escudriñar un archivo, por exprimir un documento. En poco menos de un siglo se han debelado miles de noticias, perdidas en la inmensa maraña de los papeles de una época singularmente atacada de verdadera fiebre escrituraria.

En la historia de Colón, y en la de sus viajes especialmente, el Archipiélago canario jugó un importante papel. La participación directa, la que pudiéramos llamar externa, de estas islas ha sido casi exhaustivamente estudiada. Pero siempre quedan zonas de sombra en el retablo, hechos insuficientemente explicados y en apariencia inconexos, raíces motivadoras o determinantes cuyas perdidas ramificaciones podrían darnos la fuente nutricia de múltiples sucesos. Por eso, como ha dicho un historiador contemporáneo, nunca será tarea estéril "el enfocar con luces nuevas lo brumoso de ciertas zonas que el propio Colón tuvo más empeño en hacer inextricables". Aún quedan por explorar misteriosos parajes en los que se fraguaron episodios exteriormente insignificantes pero que pudieron haber tenido influencia decisiva en el curso de la historia, episodios que bien pudiéramos llamar "endógenos". Las crónicas de la vida del hombre sobre el planeta están llenas de "narices de Cleopatra",

de diminutos hechos que obran a la manera de ocultos fermentos de las grandes conmociones históricas. He aquí por qué, al estudiar en viejos documentos aún no agotados, los episodios de la gesta colombina vinculados al Archipiélago canario, algunos historiadores de mi tierra han creído hallar en el enmarañado revoltijo de los hechos, unos leves hilos, hasta hoy poco conocidos o estudiados, que cobran de pronto el vívido fulgor de esas hebras que hieren y revela en el aire vacío la súbita proyección de un rayo luminoso.

Estamos ahora los españoles empeñados en una de las tantas batallas que desde siglos venimos librando, no sólo por restituir nuestro buen nombre, sino, lo que vale más, por restituir y asentar firmemente la verdad histórica. Con aviesa intención se ha desfigurado el papel que nuestra nación desempeñó en la magna empresa del Descubrimiento. Esquilmada ya la leyenda negra, que va disipándose al calor de una comprensión y un conocimiento más cercanos de los hechos, se urde ahora esta otra invención encaminada a desvalorizar la aportación de mi patria a la epopeya. Asume esta maniobra dos distintas modalidades: la una consiste en idealizar excesivamente la misión de Colón, atribuyendo al nauta genial toda la gloria, toda la iniciativa, todo el valor de la gesta. La otra forma de la solapada difamación se cifra en asignar parcelas desmesuradas de la gloria a pueblos o países que apenas tuvieron arte ni parte en la obra descubridora, a costa de cercenar la genuina aportación de España. Se olvida con mucha frecuencia que el descubrimiento de América fué la empresa colectiva de un solo país: España. Fué español el eco inicial que hallara Colón, ensordecido antes en otras naciones; español el aliento, español el dinero de la empresa, españoles el músculo y la sangre, la ayuda soberana y el impulso popular, la fe y la creencia, todos los sumandos espirituales y materiales que el navegante iluminado supo conjugar con eficacia maravillosa. El Descubrimiento fué obra de España, querido por los Reyes Católicos, realizado por la inestimable colaboración de marinos españoles —Martín Alonso, Francisco y Vicente Yáñez Pinzón, Juan Niño, Juan de la Cosa, etc., etc.— secundado por todo un pueblo marinero, hirviente de aventuras —Palos de Moguer—, todos cuyos ele-

mentos ofrecieron al genio del nauta desconocido el clima favorable en que se expandiera su poderosa intuición.

Tuvimos también los canarios nuestra buena parte en esta empresa de signo eminentemente hispano. La externa aportación material ya la revelan El Diario del Almirante, que recoge y extracta su hijo Hernando, y las crónicas del Padre Las Casas y de Fernández de Oviedo. Nuestras islas le dieron un nuevo timón a “La Pinta”, un nuevo velamento redondo a “La Niña”, víveres frescos, agua, leña y animales vivos. Pero además en nuestras islas se reforzaron las esperanzas del Almirante, porque como refiere en su propio Diario, el día 9 de Agosto de 1492, *“hombres honrados españoles que en la Gomera estaban con doña Inés Peraza, que eran vecinos de la isla del Hierro, juraban que cada año veían tierra al oeste de las Canarias, que es al Poniente, y otros de la Gomera afirmaban otro tanto con juramento”*. Dímosle también hombres, cuyo exacto número permanece desconocido, pero el hecho es evidente y bien famoso es el episodio del “Canario corredor” —“un canario velocísimo y muy valiente”— que aprehendió a la mujer de un cacique que corría como un gamo. Esta hazaña, que elogian los cronistas, revela que, al menos desde el segundo viaje, fueron al Nuevo Mundo habitantes indígenas de las islas Canarias.

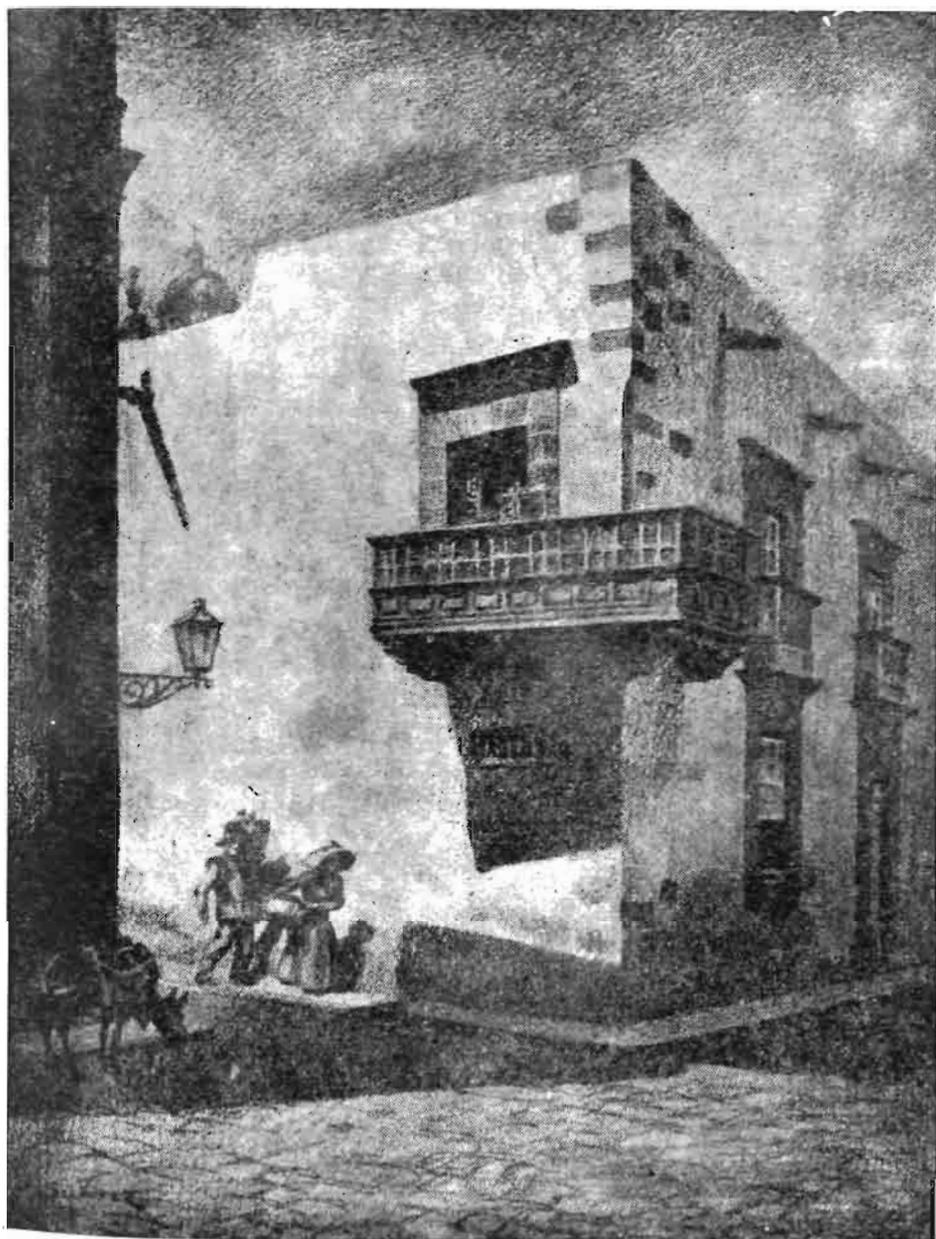
Pero hay otros muchos sucesos menos conocidos de la contribución del Archipiélago a la empresa descubridora, o si menos conocidos, interpretados en cierto modo con insuficiente conocimiento de todas sus facetas y con menor espíritu inquiridor de todo alcance y de todas sus potenciales consecuencias. De todos ellos acotaremos hoy *un personaje y un hecho* sobre cuya significación ha revelado inédita noticia la investigación crítica más solvente de nuestras islas, en especial una obra recién aparecida de la que es autor el docto historiador canario Néstor Alamo, Director del Museo de Colón, centro de investigaciones americanistas creado en Las Palmas por el Cabildo Insular de Gran Canaria. El personaje es doña Beatriz de Bobadilla, sinietra Circe de la isla de la Gomera; el hecho, la estancia de Colón en las islas antes de su gran aventura hacia el Mar Ignoto. La obra, *“El almirante de la Mar Oceana en Gran Canaria”*. Vamos, pues, con los datos más veraces que nos suministran los cro-

nistas del Archipiélago y sus comentadores y críticos posteriores, a reconstituir uno de los períodos “endógenos” del Descubrimiento, un cuadro que se insertó hasta ahora en el grandioso fresco de la epopeya colombina como una de esas zonas brumosas en que pareció complacerse el propio Colón al historiar su vida, una zona de sombras como la de su furtiva salida de Portugal, y que de pronto, cual una gota de agua a la luz del microscopio, va a tomar ante nuestros ojos la viva pululación de una colonia de infusorios.

BREVE CUADRO HISTORICO DEL ARCHIPIELAGO CANARIO.

Para ambientar debidamente el escenario donde se desenvuelve el “curriculum vitae” de estos personajes y de estos sucesos, permitidme que os trace previamente a grandes rasgos que no oculten lo sustancial de la historia, un cuadro de la conquista por las Armas de Castilla de las siete islas de la Gran Canaria, como llamaban al Archipiélago los cronistas de la época.

Aunque la existencia de las islas Canarias era conocida con mayor o menor exactitud desde tiempos bien remotos, tan sólo hasta los últimos años del siglo XIII y principios del XIV arriban a sus playas acogedoras los primeros aventureros que dan noticia cierta y escrita de su situación geográfica. Como ha observado justamente el doctor René Verneau, el archipiélago ha sido una de las comarcas del globo cuyo pasado ha provocado más apasionadas controversias. Su origen geológico, especialmente, levantó hasta casi nuestros mismos días una verdadera corriente de opiniones contradictorias. Numerosas teorías han tratado de explicarlo, desde la que lo estima resto superviviente de la Atlántica desaparecida, siguiendo a Platón en sus famosos diálogos *Critias* y *Timeo*, hasta las que afirman que las islas están formadas íntegramente por acumulaciones efusivas volcánicas. La teoría hoy más en boga es la que supone a las islas emergidas lentamente por erupciones volcánicas que ocasionaron su aparición sobre la superficie del mar en el período Terciario, en el Mioceno, aproximadamente en la misma época en que ocurrió la surrección de los Alpes. La mayor parte de las teorías



Casa del barrio de Vegueta, en Las Palmas de Gran Canaria, que ocuparon primitivamente los Gobernadores de las Armas de la isla, donde hoy se halla instalado el Museo - Casa de Colón, centro de estudios atlánticos. (Grabado de la obra "El Almirante de la Mar Océana en Gran Canaria").

tienen algún fundamento en un concreto aspecto de la realidad tectónica de las islas. La indiscutible verdad es que el aspecto actual de las mismas, su relieve exterior, sus facies física, su paisaje quebrado y variadísimo, han sido exclusivamente determinados por erupciones volcánicas, algunas muy recientes, muchas de ellas recogidas históricamente —recordemos incluso la observación de Colón en su primer viaje sobre “*el gran fuego de la sierra de Tenerife*”—. Sobre esta accidentada topografía han actuado luego los fenómenos naturales de erosión y finalmente la ingente labor de los hombres que han creado ese vergel artificial que son hoy las islas Afortunadas.

LAS PRIMERAS NOTICIAS ESCRITAS.

Del conocimiento de las islas anterior al siglo XIII hay pruebas fragmentarias e incompletas en publicaciones de diversa especie. Las primeras visitas que hubieron de hacer los fenicios y otros pueblos navegantes más antiguos dejaron las leves huellas de unos pocos objetos —abalorios y cerámica— de origen mediterráneo hallados en algunas excavaciones arqueológicas.

Numerosos autores pretenden que también las conocieron los griegos y romanos y que la Hesperia, o las islas Hespérides que describen Hesiodo, Plinio, Diodoro y otros escritores debieron identificarse con este Archipiélago.

El primer viaje de auténtica historicidad a las Islas Canarias ocurre hacia fines del siglo XIII o comienzos del XIV. Un navegante de estirpe genovesa, pero de apellido afrancesado, Lancelot Maloisel, surge en el archipiélago y descubre la isla de Lanzarote, que hoy lleva su nombre. El mapamundi de Angelino Dulcert, de Mallorca, fechado en 1339, es la primera carta en que aparecen las islas Canarias y sobre la de Lanzarote se hallan dibujadas las armas de Génova.

El episodio marítimo más destacado de esta época inmediatamente anterior a la Conquista es el viaje de Martín Ruiz de Avendaño, en 1377, arrojado a las costas de Lanzarote por una tormenta y que pagó la hospitalidad del rey indígena Sonzamas, seduciendo a su esposa y engendrándole una hija. La hazaña costó la vida al marino vascongado.

EL ENIGMA RACIAL DE LOS GUANCHES.

Digamos de paso que el origen de estos indígenas es uno de los enigmas que mayor interés ofrece a la investigación antropológica. Los marinos, aventureros y comerciantes que en los largos años que transcurren desde mediados del siglo XIII hasta fines del siglo XV recalaban en estas islas eran acogidos por indígenas de pura raza blanca, entre los cuales sobresalían unos hombres de cabellos rubios y ojos azules, de estatura tan aventajada que movía a asombro, con usos y costumbres de un raro nivel civilizado en un marco natural donde no existían los metales y por ello la existencia material tenía las mismas características que el neolítico en los pueblos primitivos.

Lástima grande ha sido que los cronistas que acompañaron a los primeros conquistadores, atentos principalmente a los hechos y gestos de sus amos y a sus luchas intestinas, nos hayan suministrado muy pocas noticias sobre la vida de las gentes que habitaban las islas. Algunos años después, sin embargo, el venerable padre Alonso Espinosa, al historiar el origen y milagros de la Santa Imagen de nuestra Señora de la Candelaria, en 1594, nos proporciona una información más detallada y verídica sobre el modo de existencia de los naturales de la isla de Tenerife. Pero la obra que mayor esclarecimiento arroja sobre la población indígena es sin duda el precioso manuscrito, fechado en 1590, de Leonardo Torriani, ingeniero cremonense enviado por Felipe II para estudiar la fortificación de las islas, cuyo original se conserva en la universidad de Coimbra.

El tipo humano peculiar al que se dió el nombre de *guanche*, y que forma el estrato inicial de la población aborigen, reúne todos los rasgos propios de la raza Cromagnon, que habitó la región francesa del Périgord. Investigaciones recientes llevadas a cabo sobre las poblaciones prehistóricas del Africa Menor han conducido al descubrimiento de un tipo étnico, la llamada *raza de Mechta-el-Arbi*, cuyos ejemplares principales han sido encontrados en Argelia, pero que debió extenderse desde la costa de Túnez al Atlántico. Se trata de una variante un poco más tosca y primitiva del grupo Cromagnon. El profesor francés Vallois ha lanzado la hipótesis de que esta raza es el origen de los guanches

canarios, ratificando su aserto el descubrimiento, cerca de Rabat, del eslabón que faltaba para explicar la posible expansión de la misma. Estos trogloditas serían, pues, los primeros pobladores del Archipiélago, a donde arribarían llevados por su espíritu viajero o empujados por la presión de los pueblos neolíticos. En apoyo de esta teoría se cita el hallazgo cerca de Valencia de un frontal humano igual al del cráneo guanche. Con estos datos puede afirmarse que entre los pobladores de Canarias y algunos de los elementos de la población española del Paleolítico existe un estrecho lazo y que una sola raza se difundió entonces por ambas orillas del Mediterráneo, rebasando el Estrecho y llegando a las Canarias.

En las islas existen también restos de una raza mediterránea de origen semítico, que debió llevar al archipiélago su cultura y su lengua, sus usos funerarios, su práctica de la momificación, su cerámica y finalmente sus hábitos agrícolas, pues los hombres primeramente arribados sólo practicaban el pastoreo.

EL IDIOMA DE LOS INDIGENAS CANARIOS.

El idioma también ha despertado gran número de discusiones. Sólo ha podido estudiarse a través de los nombres de lugares, de algunos apóstrofes, de la desfigurada fonética de algunos utensilios, y de dos poemas recogidos oralmente en Gran Canaria y Hierro. La opinión más generalizada es la de atribuirle un origen bereber, es decir, el idioma hablado por los habitantes de la zona montañosa de la cercana Mauritania.

Resulta curioso recordar la historia de un apóstrofe famoso que sirvió de base al profesor Marcy, del Instituto de Altos Estudios Marroquíes de Rabat, para establecer con seguro instinto de consumado lingüista la filiación del idioma que empleaban los nativos de la isla de La Gomera.

Era Señor de esta isla, por título que le confiriera su madre y Señora Doña Inés Peraza, el caballero español Hernán Peraza, figura de la que luego habremos de ocuparnos extensamente al entrar en el cogollo de nuestro relato. Sostenía éste ilícitas y clandestinas relaciones amorosas con una princesa guanche, la

gentil Iballa, con la que todas las tardes se reunía en una gruta natural de las que tanto abundan en las islas. Servía de pretexto para las furtivas escapadas del castellano amoroso la visita a unos predios agrícolas que poseía no muy lejos de su castillo solariego. Hernán Peraza era tiránico y soberbio. Gran parte de la isla se hallaba en permanente rebeldía ante sus despóticos modos de gobierno. Nada tiene, por ello, de sorprendente que al descubrir los bien celados encuentros del Señor español con su amante nativa los guanches insumisos le tendiesen una emboscada con la colaboración de los padres de la muchacha. Hernán Peraza trató de huir disfrazado con las ropas de su amante. Pero al ver ésta que lo perseguían, le gritó desde lejos, en dialecto gomero, una frase cuya fonía más o menos desfigurada, y que recogieron los cronistas de boca del escudero superviviente, decía así: "*Ajelilos juxaques aventamares*". La traducción que insertan los escritores que la recogen y la que, con puro sentido idiomático bereber, ha hecho Marcy, coinciden casi textualmente: "*corre, huye, éstos vienen por tí*". El tirano fué muerto a pedradas y aunque su muerte fuera luego vengada de un modo implacable y desmesurado, sirvió al menos para que la ciencia lingüística haya descornado una parte del velo de misterio que cubre el origen, la existencia y el arribo a estas islas de sus antiguos moradores.

LOS CANARIOS NO CONOCIAN LA NAVEGACION.

Y decimos el misterio de su arribo porque una de las incógnitas aún no despejadas que plantea el advenimiento de la población indígena es la de los medios físicos o instrumentales de su llegada. Coinciden los escasos datos que hasta ahora han permitido obtener los novísimos métodos de la cronología prehistórica —concretamente el Carbono 14— en que los vestigios de la cultura canaria no se remontan a más de 3000 años antes de Cristo. En el relativamente corto período que va desde su aportación a las islas hasta las primeras noticias históricas fidedignas de mediados del siglo XIV, los canarios habían olvidado por completo la práctica de la navegación. Ni un solo esquife rudimentario ha sido hallado en todo el Archipiélago. No existía aparentemente relación marítima alguna entre las distintas islas. El mar, que tan cósmico influjo habría de obrar luego en todos

los aspectos de la vida del Archipiélago, en su existencia material y en su vida espiritual, en su yantar y en su cantar, no ofrecía al indígena ninguna incitación huidora, ningún mágico camino de evasión. Y sin embargo los canarios eran unos excelentes nadadores. “*Nadaban como pejes*”, dicen los cronistas. Aptitud racial que aún siguen conservando los canarios de hoy, reiterados campeones de España, que ilustran sus proezas de hogaño con muchas bellas leyendas natatorias de antaño.

LA LEGENDARIA BRAVURA DE LOS ISLEÑOS.

Ello quiere decir que eran —según los califica el Doctor Verneau— hombres ágiles, llenos de bravura, que tenían en alta estima el valor guerrero. En la época de la conquista pudieron apreciar bien los europeos cómo brillaban esas cualidades en un pueblo de pobres pastores convertidos en héroes cuando se trataba de defender la independencia de su patria. Las mujeres les secundaban dignamente. Cuentan los capellanes de Bethencourt que habiéndose apoderado los soldados del normando de algunas mujeres en una gruta de Fuerteventura, vieron cómo una de ellas estrangulaba a su propio hijo para impedirle que cayera en manos de los invasores. Y bien conocido es el episodio del rey de Telde, Bentejuí, caudillo postrero de la resistencia en Gran Canaria, que se precipitó por un pavoroso acantilado, lanzando el famoso grito de *¡Atis tirma!*, antes de sufrir la humillación de la derrota. Y no menos famosa es la historia del caudillo palmero Tanausú, vilmente engañado por los conquistadores en una artera entrevista, que se dejó morir de hambre en la travesía a España, poniendo un lejano y guanche antecedente a la célebre huelga del hambre del irlandés Alcalde de Cork.

ETAPAS DE LA CONQUISTA.

Los primeros intentos de conquista del Archipiélago datan de la bula del papa Clemente VI, fechada en 1344, que las convierte en reino y las concede al príncipe Luis de la Cerda, Almirante de Francia, conocido por el *Infante Fortuna*. Pero el príncipe Luis no pudo posesionarse de sus islas, las “*noveyllament trobades*”, como las llaman, por oponerse los reyes de Castilla. Y

es, en efecto, uno de ellos, Enrique III de Trastámara, quien auspicia la primera seria y fructífera expedición conquistadora a las islas. Juan de Bethencourt, señor de Granville-la-Teinturière, barón normando, personaje modernamente retratado con negros perfiles, cruel, pirata, mal esposo, y además, “gafo” o leproso, acompañado de su amigo Gadifer de la Salle, conquista Lanzarote. Rinde pleito homenaje al Rey de Castilla que en Enero de 1403 le nombra Rey de Canarias, con carácter feudatario. Entre los años 1402 y 1405 se someten las cuatro islas de Lanzarote, Fuerteventura, Gomera y Hierro. Los episodios de la conquista normanda se recogen en el manuscrito de los capellanes Pierre Boutier y Jean Le Verrier, titulado “Le Canarien”, y cuyo original, que perteneció a Felipe el Bueno, Duque de Borgoña, se custodia hoy en el Museo Británico de Londres. Es el más precioso, más antiguo y mejor conservado de los documentos que ilustran la conquista del Archipiélago canario, realizada, como decimos, en el largo período que va desde 1402, en que se somete Lanzarote, hasta 1496 en que el Adelantado Don Alonso de Lugo consumó la rendición de Tenerife. La conquista de la isla de Gran Canaria la comienza el Capitán aragonés Juan Rejón —fundador el 24 de junio de 1478 de la ciudad de Las Palmas, mi ciudad natal,— de quien luego volveremos a hablar, y la remata el Capitán andaluz Pedro de Vera, cuya memoria mancha siniestramente su abominable conducta con los naturales del país.

LA BELLA LEYENDA DE TENESOYA.

Antes de diseñar la filiación y el cuadro existencial de los personajes que forman el mundo humano circundante de Doña Beatriz de Bobadilla, permitidme una breve digresión lírica para evocar un bello episodio cuyos exactos perfiles históricos cobran a través de la glosa poética ese nimbo de irrealidad, o de realidad mágica, difuminado, lejano y tembloroso, de una verdadera leyenda: la vida de Thenesoya Vidina, la princesa canaria.

La princesa Thenesoya fué hija del Faicán de Telde, y sobrina del Guanarteme de Gáldar. Su prima, con quien vivía y se había criado, fué la princesa Masequera, heredera del

Reino de la Gran Canaria, (la futura Doña Catalina de Guzmán), con cuya entrega finalizó el 29 de Abril de 1483 la conquista de esta isla. Al amanecer de un día claro, descendía Thenesoya por los arriscados senderos de la costa para tomar, blanca y desnuda, su baño marino. Pero en los tupidos matorrales de la playa hallábanse escondidos, en busca de buen botín humano, las gentes marineras que en sus navíos llevaba, de regreso a Lanzarote, el señor de aquella isla, Don Diego de Herrera. Un juglar anónimo nos describe el suceso en dos jugosas octavas que transcribiera a fines del siglo XVII el Alférez Mayor de Gran Canaria, Don Pedro Agustín del Castillo, autor de una “*Descripción histórica y Geográfica de las Islas Canarias*”.

Estándose bañando con sus damas
de Guanarteme el Bueno la sobrina,
tan bella, que en el mar enciende llamas,
tan blanca, que a la nieve más se empina,
salieron españoles de entre ramas
y desnuda fué presa en la marina:
y aunque pudo librarse, cual Diana,
del que la vió bañar en la fontana,
partir se vió la nave a Lanzarote,
donde con el santísimo rocío
la bañó en nueva fuente el sacerdote;
de dó salió con tal belleza y brío
que con ella casó Monsieur Maciote,
que el noble Bethencourt era su tío:
y de estos dos, como del jardín flores,
proceden los ilustres Betancores.

La princesa se convierte en Luisa de Betancor, con casa y fogón en Lanzarote. Su tío, el desconsolado Guanarteme canario, gestiona ávidamente su rescate y ofrece en trueque ciento trece cristianos que guarda prisioneros. Doña Luisa se presta al canje con el secreto designio de tornar subrepticamente a su esposo y dueño, cuando pasen quince noches. Acceden todos de buen grado a la bien urdida maniobra porque —cuenta el cronista Fray José de Sosa— sabían que no habría de “*faltar a su trato y palabra, néctar con que se había amamantado desde los gentiles pechos de su canaria madre*”. Consumado el canje, una noche la

Princesa se levantó sigilosa, abrió la puerta de la casa de su tío en que moraba, —lo diremos con las mismas palabras del cronista Sedeño—, “*que era muy pesada y que en abriéndola hace mucho ruido y pasó por los perros que tenían fuera y eran muy bravos, y la puerta no hizo ruido ni los perros ladraron, que todo se abrió con mucho misterio*”. La huída de su sobrina con los cristianos hirió de muerte al viejo Rey. Y apostilla el padre Sosa, con rara sabiduría: “*Quien se empeña en amar, se empeña por la cosa amada en padecer*”. Doña Luisa enviudó pronto y acabó sus días en la Villa de Gáldar, disfrutando los honores, duramente reivindicados, que correspondían a su propapia doblemente ennoblecida.

LA CONQUISTA DE LAS ISLAS SEÑORIALES. UN ROMANCE DEL 400.

Juan de Bethencourt, el barón normando que ocupara las islas llamadas de señorío: Lanzarote, Fuerteventura, Gomera y Hierro, enzarzado en ágría disputa con su esposa, abandonó las islas de su reinado por el año 1406, delegando en manos de su sobrino Maciot de Bethencourt, abuelo del futuro esposo de la princesa Thenesoya, los asuntos del Gobierno de las mismas. Autorizado por su tío, Maciot de Bethencourt vende en Sevilla el Archipiélago canario a Don Enrique de Guzmán, Conde de Niebla, otorgándose la escritura de venta el 15 de Noviembre de 1418. Los derechos sobre el Archipiélago son luego cedidos a Guillén de las Casas, de Sevilla, de quien a su vez los hereda su yerno el primer Fernán Peraza. Mientras tanto los portugueses, amparados en el derecho de otra venta de que fué beneficiario el Rey Don Enrique El Navegante, perturban de continuo la pacífica posesión del Archipiélago hasta que el pleito se zanja en favor del Rey Don Juan II de Castilla, padre de Isabel la Católica. El dominio señorial de las islas en aquellos confusos años del Cisma pontificio es todavía difícil de perfilar exactamente, pero al fin viene a manos de Doña Inés de las Casas o Doña Inés Peraza, casada con Don Diego García de Herrera, quienes ceden a los Reyes Católicos, como islas realengas, el derecho a las tres, La Palma, Tenerife y Gran Canaria, todavía inconquistadas. El hermano de Doña Inés, Guillén



Iglesia de San Antón Abad, emplazada sobre la que visitó Colón en sus estancias en la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria. (Cortesía de la Casa de Colón).

Peraza, murió en un vano intento de conquista de La Palma y su muerte originó un bellissimo romance que hasta fines del siglo XVII se cantaba en las islas, y que es el primer monumento literario de su historia.

Llorad las damas,
si Dios os vala;
Guillén Peraza
quedó en La Palma
la flor marchita
de la su cara.
¡No eres palma:
eres retama,
eres ciprés
de triste rama;
eres desdicha
y fortuna mala!
Tus campos rompan
tristes volcanes;
no vean placeres
sino pesares;
cubran tus flores
los arenales.
Guillén Peraza,
Guillén Peraza,
¿Dó está tu escudo,
dó está tu lanza?
¡Todo lo acaba
la mala andanza!

HERNAN PERAZA Y LA MUERTE DE JUAN REJON.

Y llegamos con esto al señorío de Hernán Peraza, primer esposo de Beatriz de Bobadilla. Hernán Peraza era uno de los hijos de Doña Inés y Don Diego, de quienes hemos hablado. Al morir Don Diego de Herrera, su padre, le correspondió el señorío de Hierro y Gomera. Hombre irascible, imbuído de una arisca soberbia feudal, ejercía su gobierno en forma tan despótica que era causa de permanente disputa y rebeldía entre sus vasa-

llos. La isla de la Gomera, en que tenía su Casa-fuerte, se hallaba profundamente dividida. Una buena parte de los isleños odiaba entrañadamente al tiranuelo feudal, al paso que otra fracción de los insulares, sin duda por razones de cercanía o imperativos de miedo, le era más aparentemente fiel. En la enconada rivalidad que enfrentó a los dos sucesivos capitanes de la conquista de Gran Canaria, el aragonés Juan Rejón y el andaluz Pedro de Vera, Hernán Peraza había tomado partido por el sanguinario Vera, en parte como consecuencia de la amistad y protección que sus padres brindaron al Dean Bermúdez, adversario de Juan Rejón, y en parte también como secuela de la seria refriega que en el propio feudo lanzaroteño de los Herrera, padres de Hernán, había éste sostenido con el caudillo aragonés cuando fuera a aquella isla a demandar ayuda para la conquista de Gran Canaria.

Juan Rejón, el gallardo caudillo protector de los indígenas, cuyo nombre resplandece en nuestra historia con timbre tan claro como empañado el de Pedro de Vera, fué un hombre de signo vital malhadado. Dos veces estuvo en Gran Canaria de Capitán de las armas castellanas. Otras dos veces fué destituido. Logró nuevamente recuperar el favor de los reyes, que le otorgaron la elevada merced de conquistar la isla de La Palma. Pero un hado adverso seguía soplando implacable la nave de su destino. Al encaminarse hacia el lugar de su nuevo empeño conquistador, el soplo de la fatalidad tomó forma de vendabal desatado. El navío en que viajaba en compañía de su esposa y de sus cuatro hijos, se vió obligado a refugiarse en las costas de la Gomera, el feudo de su implacable enemigo Hernán Peraza. Con la ciega irreflexión que asumían en aquellos turbios años las pasiones del ánimo, el Señor de la isla ordenó a un grupo de vasallos leales que capturasen vivo o muerto a Juan Rejón. Cumplieron los criados la orden superior al pie de la letra, pues al intentar resistirse a la afrenta, el valiente militar cayó abatido por mortal lanzada. Hernán Peraza hubo de acudir a la Corte a responder de su delito, a comparecer en el proceso que se le incoara como consecuencia del asesinato de Juan Rejón. Y allí había de tropezar con la heroína de nuestro relato, con Doña Beatriz de Bobadilla, el personaje femenino de más trágico

resalte en la historia del Archipiélago canario, descubierta posteriormente a la cruda luz de la investigación histórica en toda la vertiginosa atracción de su fuerte personalidad, que de no haber sido trasplantada a escenario tan lejano y modesto como el breve Señorío feudal de la Gomera, hubiese cobrado en los anales de la humanidad el siniestro y diabólico relieve de una Lucrecia Borgia.

MARCO FAMILIAR DE LA BOBADILLA.

Para los no familiarizados con la historia de España conviene que tracemos previamente una breve descripción histórica de aquella época. Hemos dicho antes que la conquista militar del Archipiélago canario consumió el largo período que va desde el año 1402, en que desembarcaran en Lanzarote los primeros guerreros por mandado de Castilla, hasta el año 1496 en que se consuma la conquista de Tenerife. En este dilatado lapso Europa vivía una época de gran agitación. El mundo católico aparecía desgarrado por el cisma de Aviñón. Portugueses, genoveses, mallorquines, cántabros y catalanes iniciaban las primeras proezas de la navegación de altura. Los reinos de España libraban las últimas y decisivas batallas para lograr la unidad nacional. En el siglo casi completo que los indígenas canarios pasaron hostigando y luchando con los invasores, varios monarcas ocuparon el trono de Castilla. Las primeras cartas reales para la conquista de las islas canarias las otorga Enrique III, de la dinastía de los Trastamaras, advenidos al poder tras una lucha fratricida. A este monarca le sucede su hijo Juan II —el Rey poeta— enconado rival del Rey portugués Enrique el Navegante, descubridor de la Guinea. Juan II fué el padre de Enrique IV y de los infantes Don Alonso y Doña Isabel, que a la muerte de su real hermano, tan misteriosa y súbita como otras tantas ocurridas en los albores del Renacimiento, cuando el veneno zanjaba con envidiable simplicidad intrincados problemas humanos y dinásticos, había de convertirse en la muy Católica reina Isabel I de Castilla, esposa luego —tras otro intento matrimonial también misteriosamente malogrado— del Rey Fernando de Aragón, la pareja real más eficaz y gloriosa de nuestra historia, la que arrojó a los moros de su último baluarte en Granada e hizo

posible, con una fe pertinaz, ciega y abnegada, la magna empresa del Descubrimiento.

En la corte de estos Reyes vivió Mosén Pedro de Bobadilla, hombre de confianza de Juan II y guarda después de sus hijos menores, Alonso e Isabel, la futura Reina Católica. Mosén Pedro tuvo tres hijos: un varón, llamado Francisco, Montero mayor de los Reyes Católicos, y dos hembras, Beatriz e Isabel. La primera fué la famosa Camarera Mayor de la Reina Isabel, ejemplo de virtud y lealtad, a la que llamaremos Beatriz de Bobadilla *la Buena*, y que, bien por artes propias o bien secundando a su esposo Andrés de Cabrera, primer Marqués de Moya, prestó a su soberana inestimables servicios, inspiró el audaz golpe de su coronación en Segovia, y fué su confidente y amiga hasta las mismas lindes de su muerte. Fué de tal magnitud su valimiento que era popular el avieso refrán: “*En Castilla gobiernan un fraile y la Bobadilla*”. Y también, más conciso: “*En Castilla, después de la Reina, la Bobadilla*”.

LA BOBADILLA FUTURA SEÑORA DE GOMERA.

La otra Beatriz de Bobadilla, *la Mala*, la del siniestro perfil sanguinario, la que ejercitó sobre la población canaria, indígena o forastera, una fría crueldad implacable que ha motivado ser calificada por un historiador como “*el tipo perfecto de la Bestia del Renacimiento*”, la futura Circe de Colón, fué sobrina carnal de la Beatriz de Bobadilla *la Buena*, hija de su hermano Francisco de Bobadilla, el Montero Mayor de la Reina. Sin duda por esto la llamaron “*la Cazadora*”. Creció y se educó en la Corte de los Reyes Católicos, donde su tía tenía tanto predicamento. Era una flor lozana y atrayente, sensual y capitosa, más que un “*bocato di cardinal*”, porque fué en realidad un bocado de Rey. Los ojos, siempre propicios, del Rey Fernando, hubieron de encandilarse en exceso con los juveniles encantos de Doña Beatriz. Tuvo siempre aquel buen Rey, de tan contradictorio perfil histórico, —Pío Baroja, el gran novelista, le ha llamado “*la estampa viva del maquiavelismo sin freno*”— una cualidad, para mí auténtica virtud, en la que sí están concordados todos los historiadores: su desmedida afición al bello sexo. Puede decirse que hasta le causó la muerte pues ya no hay dudas sobre la

historicidad de que fué, si no ocasionada, al menos precipitada por los afrodisíacos que para estar a la altura de la exultante juventud de su segunda esposa, su sobrina la gentil francesita Germana de Foix, ingurgitaba también sin freno y sin medida.

LOS AMORES DEL REY FERNANDO Y BEATRIZ.

La crónica escandalosa de aquel reinado —no la oficial y severa de Hernando del Pulgar, Jerónimo de Zurita, Diego de Valera, Andrés Bernáldez, Lorenzo Galíndez de Carvajal y otros que historiaron aquel denso período— sino la que recoge subrepticia los hilos internos e íntimos de la historia, los hilos invisibles que manejan a los muñecos humanos en el gran tablado de marionetas del destino, la crónica escandalosa, repito, recoge con los eufemismos del caso, pero con suficiente transparencia, algunos episodios de aquellos amores del Rey con la gentil damisela. El Conde Baltazar de Castiglione, —Embajador del Papa en la Corte española— y autor de “El libro del Cortesano” refiere algunas picantes anécdotas relativas a las relaciones, no tan sigilosas, del rey Fernando con la Beatriz mala. En decir del ingenioso diplomático, la joven Bobadilla era entonces famosa por su belleza y por los amores del Rey. Tan notorios eran éstos que un día se produjo la siguiente escena: Vivía en la corte un joven llamado Alonso de Carrillo, protegido del Rey, el cual, para castigarle ciertos errores juveniles de poca importancia, ordenó ponerlo en prisión. Liberado al día siguiente, el joven acertó a pasar por una sala donde estaban reunidas muchas damas y caballeros. Burlándose de este lance, la joven Bobadilla, la nuestra, la canaria adoptiva, le dijo:

—Señor Alonso, cuánto nos disgustó vuestra desventura porque todos los que os conocemos creíamos que el Rey os hacía colgar.

Y Alonso respondió, rápido como una centella:

—Señora, yo también tuve de ello gran temor: sin embargo, tenía la esperanza de que vos me pidiérais por marido...

La alusión directa —según Castiglione— era bien clara: En aquella época en España, como en otros muchos lugares,

era de usanza que cuando se llevaba a un hombre a la horca, si una meretriz pública lo demandaba por marido, se le perdonaba la vida, pues la afrenta se consideraba peor que la muerte.

Tal era, pues, la especial situación de nuestra heroína cuando llega a la corte el Señor de la Comera, Hernán Peraza, a responder de la muerte del noble caballero, amigo del Rey, Juan Rejón. El problema era peliagudo. Hernán Peraza era hijo de los bienquistos señores de Canarias, Doña Inés y Don Diego, y protegido de los religiosos de San Francisco, de tanto influjo en la Reina. Maquinó entonces ésta una treta de doble filo: casar a Hernán Peraza con la bella damita Beatriz que le causaba tanto encelado reconcomio. De este modo se libraba, alejándola, de una peligrosa rival y salvaba la vida del hijo de sus leales súbditos los Señores de Canarias. Y no fué precisamente Hernán Peraza quien, a pesar de cargar con mercancía averiada, se opuso al ingenioso plan: fué el propio Rey Don Fernando. Pero Doña Isabel era mujer entera y resuelta. La boda se hizo y Doña Beatriz, rumiando el dolor y el resentimiento, hubo de partir para su verdadero destierro en aquellas islas aun medio insumisas. Un destierro que ella procuró aliviar saciando en sangre o en amor irregular los bajos instintos de su alma que el exilio de su añorada corte hizo brotar como cizaña en campo estéril. Resulta curioso cotejar esta rígida, inflexible conducta de la Reina Católica frente a los amoríos de su esposo con su abierta norma en otros aspectos de la vida cortesana. La Reina Isabel se hacía siempre acompañar en sus continuas andanzas por mujeres muy bellas, porque así entendía enardecer el espíritu de sus guerreros.

DOÑA BEATRIZ EN SU EXILIO.

Con tan torcido ánimo llega a la Comera Doña Beatriz, aparentemente hacia fines de 1481 o principios de 1482. Ya las fechas comienzan a tener, para nuestro designio, importancia capital. Son las mismas fechas en que aparece más turbia la cronología colombina, los años de su fortuita recalada de naufrago en Portugal —que él mismo califica de milagrosa— de sus viajes a las islas de Madera, como traficante de azúcares, de su matrimonio con Doña Felipa Moniz de Perestrello, natural de

Porto-Santo, de sus desconocidos y numerosos viajes al servicio de los portugueses ejerciendo el confuso comercio de aquellas épocas, esclavos, maderas, oro y marfil, en rapiñadoras incursiones por las costas de la Mina de Oro, Senegal, islas de Cabo Verde, Guinea y el Niger, que los marinos lusitanos conocían perfectamente.

Doña Beatriz queda pronto sola en su isla de Gomera, pues el esposo tiene que cumplir en Gran Canaria la pena de guerrear por las armas de Castilla que le impusieran los Reyes. Pasea por aquellos solitarios andurriales sus juveniles sueños cortesanos, cegados en flor, y acumula lentos rencores que algún día desfogará trágicamente. Al regresar su marido se convierte en cómplice propicio, si no directa instigadora, de su tiránica conducta con sus vasallos, a los que abruma con tributos desmesurados y ofende con el humillante ejercicio de repelentes derechos feudales, entre los cuales debió de figurar el de pernada. Los isleños se sublevan y con ayuda del General de Gran Canaria, Pedro de Vera, presto en el auxilio, la revuelta se sofoca. Pero a poco, y con ocasión del amoroso lance de la princesa Iballa, de que ya os hablé, los gomeros conjurados arrebatan la vida a su tiránico señor. Y se inserta aquí el episodio más sanguinario que registra la historia de Canarias, una de las matanzas organizadas más abominables de todas las épocas, que no ha tenido la repercusión universal, la resonancia de otros hechos de menor bulto y crueldad, por el lejano escenario en que se fraguó y por el corto vuelo histórico —los anales de un pequeño archipiélago— de los cronistas que lo refieren, trasudantes de horror.

UNA HORRENDA MATANZA DE CANARIOS.

El horrendo suceso fué la venganza de la muerte de Hernán Peraza que llevó a cabo su abominable esposa, Doña Beatriz de Bobadilla, con la colaboración entusiasta de Pedro de Vera, su rendido servidor y quien sabe si solícito amante. Más de quinientos gomeros fueron ejecutados. El castigo asumió todas las formas de la barbarie: ahorcados, empalados, arrastrados y cuarteados: "*Mandó echar vivos a la mar con piedras amarradas a los pies y cuellos: cortó manos y pies vivos*", nos relata con espeluznante simplicidad un veraz historiador. Apenas quedó

en la isla un hombre vivo de más de quince años. Los niños y las mujeres fueron repartidos como esclavos. Y concluye el escritor: *“La Gomera quedó más despoblada que pacificada”*. Se dió entonces el famoso milagro de Pedro Aguachiche, un indígena gomero que vivía en Gran Canaria, adonde Pedro de Vera hubo de extender la vindicadora carnicería. Al intentar ahorcarlo, se desplomó la horca. Lo arrojaron al día siguiente, con piedras atadas, en alta mar, y apareció a poco en la costa libre y sin daño. Volvió a repetirse el castigo, esta vez, dice la crónica, *“atado a ley de Bayona y a dos leguas a la mar”* y nuevamente reapareció en la playa Pedro Aguachiche sano y bueno. El cual contaba: *“Luego que me echaron al agua llamé a Santa Catalina y vino a mí una mujer vestida de blanco caminando delante con dos luces, y vine andando y salí afuera como por aquí”*.

En el lugar de la costa donde ocurrió el milagro se levantó una iglesia a Santa Catalina, mártir de Alejandría, cuyo culto aún se conserva en una bella y minúscula ermita emplazada en uno de los rincones más pintorescos de la ciudad de Las Palmas.

OTRAS SANGRIENTAS HAZAÑAS DE DOÑA BEATRIZ.

Este sanguinario episodio, más digno de las crónicas de Nerón o Atila, que de una refinada beldad del Renacimiento, no es, sin embargo, el único de su especie en aquella conturbada existencia. Años adelante realizó por propia mano el asesinato de un notable de la Gomera que murmuraba de sus pecaminosas relaciones prematrimoniales con su segundo esposo, Alonso de Lugo, conquistador de Tenerife, y hubo también de hacer ahorcar en su propia estancia y en su presencia al supuesto noble caudillo de una de las tantas *grisquetas* que en la Gomera provocaron su vivir licencioso y su inhumana conducta.

La trágica vida de Doña Beatriz de Bobadilla, casada ya con Alonso de Lugo, enloquecedora Circe atlántica del Gran Almirante, progenitora de la famosa y noble línea de los Condes de la Gomera, tiene un final misterioso, acorde con el rojo trazo de su existencia. Muere súbitamente en Medina del Campo pocos días antes de que falleciera en la misma ciudad, el 26 de Noviem-

bre de 1504, la Reina Isabel la Católica. Las extrañas circunstancias de su muerte levantaron la sospecha, que hoy es casi certidumbre, de que fué una poderosa razón de Estado, o razón de familia, que tanto monta, pues su conducta empañaba los nobles blasones de los Bobadilla, y sobre todo los de su tía, la Camarera Mayor de la Reina, la que movió el oculto resorte que cortara instantáneamente, al modo de la época, el hilo vital de aquella insaciable Gorgona.

LA VIDA DE COLON DIEZ AÑOS ANTES.

Pero retrocedamos un poco, de diez a doce años, para tomar de la enmarañada existencia del Almirante genovés uno de los hilos que nos conducen a tangenciar su vida con la de Doña Beatriz de Bobadilla, a inscribir en su agitado discurso los densos episodios de sus relaciones con las Islas Canarias, esparcidos fragmentariamente a lo largo de sus anotaciones en el 'Diario de abordó', y que la crítica histórica actual, complementándolos, rectificándolos y precisándolos, ha articulado ya en una doctrina compacta donde apenas quedan resquicios a la duda. No olvidemos nunca que como afirma el más completo biógrafo del Gran Navegante Don Antonio Ballesteros, el docto maestro, *"nada en la vida de Colón es incuestionable. La interrogación acompaña siempre a los momentos más dramáticos del héroe y la novela de su existencia, que supera, con lo emocionante de la realidad, todo lo imaginado por el mejor novelista, se encuentra a cada instante interrumpida por las opiniones encontradas de sus modernos narradores"*.

Los primeros contactos de Colón con el Archipiélago canario se establecen precisamente en esa etapa de su vida que va desde el año 1476, en que llega nadando a Portugal, hasta el 1485, en que arriba al Monasterio de la Rábida de Huelva, es decir, en el período más controvertido, de más intensas tinieblas, más deliberadamente oscurecido por él y por su hijo Hernando, de toda su movida existencia. A partir de su entrada en España y su providencial encuentro con Fray Juan Pérez, verdadero elegido de Dios en su camino, ya los pasos del gran nauta tienen una relativa mayor fijeza. Pero no así el período anterior, a pesar de

lo cual poseemos ya datos suficientes para fijar algunos rasgos con visos de verosímil realidad.

En sus nueve años portugueses anteriores al Descubrimiento, Colón desarrolló una actividad incansable, de un dinamismo excepcional. Viajó incontables veces a la Mina del Oro, Cabo Verde y lo que se llamaba entonces Guinea, que era la porción descubierta y conocida del Africa Occidental. Hizo muchas excursiones a la Madera, contrajo matrimonio, tuvo su único hijo legítimo, Diego Colón, enviudó, comerció por cuenta de los célebres banqueros italianos Centurioni, trabó relaciones epistolares con el sabio florentino Toscanelli, cuyo error cosmográfico tanto influyera en el éxito de la empresa descubridora.

PRIMERAS ESTADIAS DE COLON EN LAS ISLAS.

Y estuvo varias veces en las Islas Canarias. He aquí varias pruebas concluyentes. La primera nos la suministra su conocimiento de nuestro idioma. Cuando Colón llega a Castilla en 1485 los historiadores han demostrado —sobre todo el italiano De Lollis y el español Ramón Menéndez Pidal— que hablaba el castellano. El único lugar del mundo entonces conocido donde pudo haberlo aprendido, fuera de Castilla donde aún no había estado, era el Archipiélago canario, en el que desde 1402 vivían y peleaban hombres de Castilla, y cuyas islas menores, entre ellas la Gomera, estaban totalmente sometidas. En la travesía hacia las Costas Africanas, las corrientes marinas y los alisios del Nordeste —que son la causa determinante del suave clima de aquellas islas— conducen fácilmente la derrota de los navíos aproados hacia el Sur por aquellas isleñas latitudes. Nada de extraño tiene, pues, que Colón desembarcara en ellas y en ellas aprendiera nuestro idioma. Algún día será incluso posible detectar en su habla alguna huella privativa del arcaico léxico canario de la época.

Una segunda prueba, aún más concluyente, nos la proporciona la observación de Fray Bartolomé de las Casas que antes se transcribió parcialmente. Nos referimos a la anotación de su Diario fechado el 9 de Agosto de 1492. Reza así: "*Dice el Almirante que juraban muchos hombres honrados españoles que en*

la Gomera estaban con Doña Inés Peraza que eran vecinos de la isla del Hierro que cada año veían tierra al oeste de las Canarias, que es al Poniente". El diario consigna el nombre de *Doña Inés Peraza*, madre de Hernán Peraza y suegra de la Bobadilla, que ya conocemos. Pues bien: unos preciosos documentos que hoy día se conservan demuestran de manera indiscutible que Doña Inés Peraza se encontraba en Sevilla, otorgando tales documentos, en los meses de Agosto y Septiembre de 1492. Es decir, que no estaba en la Gomera cuando pasó Colón en su primer viaje. Aquellos honrados españoles que, juntos con otros de que luego nos ocuparemos, le hablaron al Almirante de las tierras del Oeste tuvieron que hacerle esas revelaciones cuando doña Inés Peraza residía en las Islas Canarias y, por tanto, en una etapa anterior al año 1492, lo que equivale a decir en alguno de sus nueve años anteriores de vida y servicios en tierras y mares de Portugal. Estas sensacionales noticias las debemos al sabio historiador canario Antonio Rumeu de Armas, sucesor del Prof. Ballesteros en la cátedra de Historia de la Universidad de Madrid.

Pero es que, antes de contar con esta prueba bien reciente, ya existían algunas que mostraban hasta donde llegaba la familiaridad de Colón con las cosas canarias, familiaridad que no podía haber alcanzado solamente en los días de su estancia en el primer viaje, días angustiosos, apresurados, llenos de incertidumbre y de zozobra, días cargados con la preocupación de las primeras contrariedades del gran crucero y del ansia sobrehumana de resolver el gran misterio del Océano Desconocido. Ese conocimiento tenía que haberse originado en escalas más detenidas, más pausadas, más tranquilas. Recordemos las frecuentes alusiones a cosas canarias que se enhebran en las páginas del diario colombino, donde asumen una importancia pareja a las que se refieren a Guinea, paraje éste que conocía muy bien Cristóbal Colón y con el que hubo de familiarizarse en sus frecuentes viajes, documentalmente probados.

ALUSIONES A LOS CANARIOS EN EL DIARIO COLOMBINO.

Así, entre otros muchos, en uno de los pasajes de su Diario nos dice, refiriéndose a los habitantes de las nuevas tierras que

descubría: *“Vieron gente desnuda... de muy fermosos cuerpos... y ellos son de la color de los canarios, ni rojos ni blancos...”* O en el texto de su hijo Hernando: *“Eran de color aceitunado, como los canarios o los campesinos tostados por el sol...”* Y más adelante, en el *Sumario* del P. Las Casas, correspondiente al 13 de Octubre, se dice: *“Luego que amaneció vinieron a la playa muchos destos y... ellos ninguno prieto: (negro) salvo (sino) de la color de los canarios...”* Las alusiones son constantes, ya para las distancias, ya para las cualidades físicas de las islas, como por ejemplo el tamaño de la isla de la Tortuga, *“que, describe, es grande como la isla de Gran Canaria”*; o las alturas de algunos montes, que reputa tan altos como la isla de Tenerife; el recuerdo de las conchas *“que se pescan en Canaria y se venden en tanto precio en la Mina de Portugal...”*, etc., etc. Y existe todavía un episodio más significativo. Cuando las naves colombinas recalaban frente a las islas, en el primer viaje, anota el *Sumario* de Las Casas, el miércoles 8 de Agosto, que *“hubo entre los pilotos de las tres carabelas opiniones diversas de donde estaban y el Almirante salió más verdadero”*. Colón dictaminó, frente a la opinión de marinos tan avezados a aquellas rutas como el propio Martín Alonso Pinzón, que aquella isla que veían era Gran Canaria, y acertó. ¿De dónde pudo venirle esa certeza infalible sino de un completo conocimiento anterior de las costas de la isla? Para todos los historiadores actuales es ya un axioma indiscutible este conocimiento por Colón del Archipiélago canario muy anterior a los días de sus viajes descubridores al Nuevo Mundo.

EL PILOTO DESCONOCIDO.

Y volvemos a toparnos aquí con el tan debatido problema del piloto desconocido que entregara a Colón una carta de ruta posteriormente decisiva en su empresa náutica. Sobre el controvertido particular se han aducido, entre otros muchos testimonios, lo que dice Hernando en la biografía de su padre, López de Gómara en su famosa *“Historia de la India”*, que localiza el hecho en la isla de la Madera, y las largas explicaciones, sin tomar partido, del Padre Las Casas, que dedica al asunto un largo y prolijo capítulo del libro primero de su famosa *Historia*:



Casa de la Villa de San Sebastián de la Gomera que la tradición popular viene señalando desde hace siglos como residencia de Colón durante su estancia en aquella isla. (Dibujo del artista canario José Hurtado de Mendoza).

El núcleo central de la hablilla que nos refiere el padre dominico es, sustancialmente, el mismo que acogen todos los cronistas. *“Dijose que una carabela o navío que había salido de un puerto de España (que no acuerdo haber oído señalar el que fuese, aunque creo que del reino de Portugal, se decía) y que iba cargado de mercaderías para Flandes o Inglaterra, o para los tractos que por aquellos tiempos se tenían, la cual corriendo terrible tormenta y arrebatada de la violencia e ímpetu della, vino diz que a parar a estas islas (América) y que aquesta fué la primera que la descubrió.”*

El piloto que la dirigía fué recogido enfermo en la casa de Colón y antes de expirar le entregó a éste una carta *“con los rumbos y caminos que había llevado y traído”*. La leyenda es luego recogida y comentada copiosamente hasta que el inca Garcilaso de la Vega, en sus *“Comentarios reales”* aparecidos en 1609 da preciosos detalles que conoce por su padre, quien los oyó de labios de compañeros de Colón. Por primera vez llama al piloto Alonso Sánchez de Huelva. El sabio historiador de Colón, Ballesteros Baretta, después de pasar revista a la legión de opiniones vertidas en pro y en contra de la historieta del piloto, no cree en la conseja y la estima un cuento de marineros, pero concluye diciendo que hasta el presente todo está en el aire y envuelto en tinieblas.

Sin embargo, la conseja —como la llama Ballesteros— o la historia, como la reputan otros, alcanzó siempre ecos de extendida credulidad en las Islas Canarias. Un escritor tan concienzudo como Viera y Clavijo, el primero que realizó un intento completo para reconstituir la historia del Archipiélago, la recoge con absoluta seriedad y por primera vez en letra impresa asegura que la entrega del mapa revelador, así como la muerte de Alonso Sánchez de Huelva y sus tres compañeros, tuvieron por escenario la casa que en la isla de la Gomera tenía Cristóbal Colón, avecindado allí después de haberse casado en la Madera. En apoyo del hecho histórico cita Viera un suceso que había ocurrido hacía pocos años: una nave salida de Lanzarote para Tenerife, cargada de trigo, a la que una tempestad hizo perder la altura y que forzada por el impulso del viento recaló sobre las costas de Caracas.

UN ROMANCE GOMERO DESCUBIERTO POR UN FRAILE.

Esta firme creencia insular en la aventura del piloto desconocido acaba ahora de verse reforzada con la publicación de un bello romance que también sitúa el episodio en La Gomera. El romance en cuestión, según afirma el primer cronista que lo imprimió, con muy corta difusión, el año 1929, fué recogido del acervo popular de aquella isla por Fray Bernardino de Ramos, Provincial de la Orden de San Francisco, en visita oficial a San Sebastián de la Gomera, en 1573, es decir sólo veinte años más tarde de empezar a escribir el Padre Las Casas su monumental *Historia General de las Indias*.

De este manuscrito, perdido, se hizo una copia en 1671 que fué propiedad de los Condes de la Gomera, en cuyo archivo paraba. El romance tiene toda la frescura, la ingenua gracia, el acento arcaico y hasta la imperfección métrica y de rima de las obras populares de la época. Para juzgar de su veracidad tenemos un testimonio; nos da la noticia de que la enfermedad conocida por las bubas —la avariosis moderna— fué traída a las islas por los tripulantes compañeros de Alonso Sánchez. Y, en efecto, los primeros atacados de ese mal que registra la historia canaria son Guillén Peraza, hijo de la Bobadilla, y Fernando de Lugo, su hermanastro, hijo del segundo marido de la Señora de la Gomera, los cuales eran precisamente habitantes de esta misma isla adonde arribaron los enfermos.

He aquí el romance:

Ya Canaria conquistada
a la Gomera arribó
una nave empavesada
por buen tiempo que corrió
al ser en Cádiz armada
con Colón aquí fondeó.

De aquesta tierra gomera
el gran marino habitó
la casa que le ofreció
Diego García de Herrera
la que su hijo heredó
y después gozó su nuera.

Y sucedió en aquel tiempo,
cosa digna de contar,
que por fuerte temporal
de mar recia, lluvia y viento,
la nave de un *nautical*
corrióse a lejano puerto.

Ya en tierra desconocida
sus caciques indorinos
en tan penosa jornada
al *nautical* y marinos
—con motivo a la arribada—
tratáronles cual divinos.

Hizo el nautical del viaje
un derrotero y buen plano,
levó anclas, tomó aguaje
y partió del suelo indiano
con su nave al capeaje
cierto día de verano.

Se enfermaron los marinos
durante el viaje do fueron
de tumores, que por descuido
sin curarles ellos dejaron;
algunos destos murieron,
y seis, tornaron malignos.

II

Pero Fernández contó:
"Que vió una isla poblada
"que su gente iba pintada,
"y que en ella pernotó"
mas Juan Bermúdez afirmó
todo lo que aquél narraba.

Pedro Francés nos hablaba
de esa tierra y con encanto;
también Franco Nuño daba
más noticias, mientras tanto
Juan de Umbría sospechaba
fuese el Paraíso Santo.

Surcando olas violentas,
rota en la nave sus gavias,
las gentes, muy fiebroletas,
perdidias casi sus *sabias*
maltrechos por las tormentas,
llegaron a las Canarias.

De tal fusta marinera
los horrores del naufragio
lloró la villa gomera
Y Colón, aquí, en espera,
tendió en su casa agasajo
cuál pudo y a su manera.

Luego, y a los pocos días,
fallecia el nautical
de tan incurable mal

y Colón por simpatías
le sufragó el funeral
y aquellos, sus estadías.

Dicho derrotero y plano
los recogió el genovés
para su entrega a un huelvano
y como tuvo a su mano
documentos de interés,
los conservó muy ufano.

III

Ya referimos lo grave.
En dos años que vivió
hacia España con su nave
y la otra que arregló
desde aquí, Colón partió
a Cádiz, con viento suave.

Por ser el muerto atendido,
cedióle en Huelva, un pariente
a Colón, muy complacido,
el derrotero, excelente,
y aquel plano conocido
que iluminaron su mente.

Por los documentos vió
que el nautical había ido
a regiones que soñó
el gran Séneca instruído
y ese secreto guardó
para darle buen destino.

De ayuda al Descubrimiento
de las tierras, y con denuedo
dado su conocimiento
nuestro morador gomero
salióse de Huelva, luego
de conseguido su intento.

Colón, con aquel secreto
y otro que había adquirido
de antemano más completo
con aplomo y buen sentido,
descorrer quiso lo ignoto
por ser un hombre entendido.

Y al correr el año, presto,
Colón sube a Portugal
y en la Corte, ya depuesto
ante el Consejo Real
el discutido proyecto
no consigue su ideal.

IV

¡Oh, qué triste desventura
sufrió el genovés Colón
allá, donde con locura
prisión dió a su corazón
al ver su gloria insegura
y su fama casi al baldón!

Por no poder encontrar
quien tendiese protección
a su proyecto, y triunfar,
disgustado por la acción,
Colón se marchaba al mar
a disipar su aflicción.

Visita con devoción
vestido de peregrino

y en santa resignación
de Galicia, su Patrón
Santiago, ¡Apóstol divino!
y ante él hace oración.

Con firme y sana entereza
le ofrece, por ser cristiano,
toda la vida que aprecia
vestir sayo franciscano
y cumplir esta promesa
con favor de galiciano.

Por este voto ofrecido
mandó labrar un retrato
a un judío de su trato
muy bello y enegrecido
el que siempre, y con recato,
juró llevarlo consigo...

El mundo desconocido
vió Colón en lontananza
y cual fruto apetecido
a su triste bienandanza,
jamás perdió la esperanza
darlo a su España rendido.

El romance, como resaltan sus glosadores, está lleno de afirmaciones veraces junto a algunas inaclaradas hasta hoy. Pero nadie puede dudar del fondo de verdad que siempre encierra la poesía popular, sobre todo la de aquella época, tornavoz ágil y fiel de los sucesos que impresionan la mente del pueblo. ¿No está acaso gran parte de la crónica medieval de España historiada sobre los sencillos versos, cargados de verdad y de belleza, del Poema del Mío Cid? ¿Quién duda de la condición de pura fuente cristalina que el "mester" de los juglares asumiera en la labor reconstructora de aquellos fragmentos de nuestra historia? Ahí queda el romance y su reiterada afirmación. Vox populi, vox Dei.

COLON Y DOÑA BEATRIZ DE BOBADILLA.

Demostrada la presencia de Colón en las islas antes de su hazaña descubridora, se justifica plenamente, no sólo su cono-

cimiento seguro de las rutas que a ella conducían, su familiaridad con sus gentes y sus cosas, sino inclusive su pertinaz empeño en alcanzar desde el primer viaje las costas de la Gomera, en que había vivido. Pero es aquí donde vuelve a surgir la figura torvamente perfilada de Doña Beatriz de Bobadilla. La Bobadilla llegó a la Gomera en 1482, es decir, dentro del lapso que Colón consumió en sus andanzas lusitanas. Pudo muy bien el navegante conocerla en su propia isla desde aquel año hasta el 1485 en que aparece en Huelva. Pudo incluso sucumbir a sus evidentes encantos —los encantos que encandilaron al Rey Fernando— cuando el esposo estaba ausente combatiendo en Gran Canaria. ¿De dónde viene, si no, esa prisa de Colón por llegar a la Gomera, sin esperar siquiera que la *Pinta* arribe a Gran Canaria a reparar su timón? Pero en el primer viaje no la encuentra porque la dama se hallaba en Gran Canaria, auxiliando a Alonso de Lugo. Le dan sus noticias y las consigna en su Diario. La Señora de un minúsculo Señorío no hubiera merecido esa fiel recordación de no haber existido otras circunstancias que la hicieran inolvidable. Y la prueba rotunda de la existencia de estas otras circunstancias nos la da la famosa carta del piloto italiano Michele Cúneo, de una noble familia de Savona, dirigida a Gerolamo Aunari, amigo de Bartolomé Colón, y que es una de las mejores fuentes para historiar el segundo viaje del Navegante, cuyo propio y autógrafo Itinerario sufrió lamentable extravío. Michele Cúneo era piloto de una de las naves y refiere así la estancia de la armada colombina en la Gomera:

“En aquel lugar se hicieron tan grandes muestras de triunfo y tiros de bombardas y lanzafuegos, que serían largos de contar. Y esto fué hecho por razón y en honor de la señora de dicho lugar (Doña Beatriz de Bobadilla, ya viuda de Hernán Peraza) de la cual en otro tiempo nuestro señor Almirante estuvo tocado de amores” (tincto d’amore). En esta antigua aventura amorosa puede estar la razón determinante de este empeño de Colón en pasar por la Gomera, donde le aguardaban los brazos ardientes de Doña Beatriz, mujer sin duda alguna de hondo encanto femenino y de rara atracción.

En el tercer viaje vuelve Colón a la Gomera, pero esta vez se encuentra a Doña Beatriz casada con Don Alonso de Lugo.

Los nuevos señores le acogen hospitalariamente y le llenan sus naves de bastimentos valiosos. No olvidemos que las Islas Canarias son casi el granero y la cabaña de gran parte de la futura riqueza vegetal y animal del Nuevo Mundo. En el segundo viaje se llevaron ocho puercas de donde, según el P. Las Casas, *“se han multiplicado todos los puercos que hasta hoy ha habido y hay en las Indias. Metieron también gallinas, pepitas y simientes de naranjas, limones y sidras, melones y de toda hortaliza. Esta fué la simiente de todo lo que hoy hay acá de las cosas de Castilla”*, concluye el dominico.

En el cuarto viaje no aporta Colón a la Gomera. Pero ya el Almirante no era el de sus años anteriores. Era un hombre derrotado, envejecido, desalentado. Entre el tercero y el cuarto viajes se intercala la dolorosa página de su prisión y de su venida a España aherrojado. Es una peripecia que cobra nueva significación y más dramático sentido cuando se sabe que el personaje protagonista de la ensañada persecución al Almirante, el famoso Comendador Francisco de Bobadilla, que trató al gran navegante de forma *“miseranda y miserable”*, a juicio del P. Las Casas, era padre de Doña Beatriz, la Circe gomera que cautivó a Colón, escandalizó a sus vasallos, avergonzó a sus familiares y acabó envenenada quizás por ellos mismos. ¿No habrá habido en esa sañuda conducta del Comendador Bobadilla, excedido y desmedido en sus funciones, un intento sigilosamente vindicativo por parte de un padre contra el impune amador clandestino de su hija? He aquí un problema de índole casi psicoanalítica que se brinda a los amantes de escudriñar los oscuros y misteriosos resortes humanos de la historia.

NUESTRO LEGITIMO ORGULLO DE CANARIOS.

Y nada más, amigos. Hemos terminado ya esta rápida excursión por el pasado de las Islas Canarias, un pasado que no obstante nuestro origen europeo se inscribe en la historia de la humanidad en un total paralelismo, en absoluta simultaneidad, con el de las Repúblicas americanas, surgidas al mismo tiempo que nosotros a la civilización cristiana. A vuestro crecimiento, a vuestro desarrollo político y económico, al rápido proceso de vuestra genuina civilización y a vuestro admirable progreso

material y espiritual, hemos aportado los canarios, en una ininterrumpida afluencia de cinco siglos, una buena parte de nuestras mejores energías, la flor de incontables generaciones. Por poseer tantos vínculos hondos —el acento de nuestra peculiar habla castellana, la similitud de nuestra idiosincracia, el mismo sentido pausado y lírico de la existencia, el mismo amor a la libertad y al trabajo—, por haber teñido vuestra existencia de modo tan indeleble, y haber recibido de vosotros en cambio la savia generosa de vuestra riqueza, he creído que podríais interesaros este fragmento canario de la historia del Gran Almirante del Mar Océano que hoy os he ofrecido.

En la puerta del Museo-Casa de Colón que atesora Las Palmas de Gran Canaria campea este lema:

“Sin la aportación de Canarias, Colón no hubiese podido llevar adelante su mágica empresa”.

Salvando lo hiperbólico, lo cariñosamente hiperbólico que pueda tener la expresión, creo haberos probado su verdad esencial, creo haberos persuadido de que, aunque de apariencia minúscula, de condición tenida hasta ahora por trivial e inoperante, la aportación del orbe canario —su geografía física, sus hombres, sus mujeres y sus cosas— a la gesta del Descubrimiento tuvo la calidad de un activo catalizador que por sutiles caminos y ocultos medios actuó eficazmente en aquella gran obra colectiva que puso a prueba, a victoriosa prueba, la capacidad total de nuestra raza. Es éste uno de los más caros y legítimos orgullos de todo buen canario. Vosotros sabréis disculparnoslo porque en fin de cuentas este nuestro legítimo orgullo sólo demuestra cuáles son los quilates de la estimación, de la admiración y del amor que hacia vosotros, los americanos, siente profundamente el pueblo de aquellas islas atlánticas.

I N D I C E

	<i>Páginas</i>
El papel de Canarias en el Descubrimiento	3
Breve cuadro histórico del Archipiélago Canario	6
Las primeras noticias escritas	7
El enigma racial de los guanches	8
El idioma de los indígenas canarios	9
Los canarios no conocían la navegación	10
La legendaria bravura de los isleños	11
Etapas de la conquista	11
La bella leyenda de Tenesoya	12
<i>La conquista de las islas señoriales.</i>	
Un romance del 400	14
Hernán Peraza y la muerte de Juan Rejón	15
Marco familiar de la Bobadilla	17
La Bobadilla futura señora de Gomera	18
Los amores del Rey Fernando y Beatriz	19
Doña Beatriz en su exilio	20
Una horrenda matanza de canarios	21
Otras sangrientas hazañas de Doña Beatriz	22
La vida de Colón diez años antes	23
Primeras estadías de Colón en las islas	24
Alusiones a los canarios en el diario colombino	25
El piloto desconocido	26
Un romance gomero descubierto por un fraile	28
Colón y Doña Beatriz de Bobadilla	30
Nuestro legítimo orgullo de canarios	32

Este folleto se acabó de
imprimir en los talleres de la
Imprenta de la Universidad de la Habana,
el día quince de Diciembre de mil
novecientos cincuenta y seis.

LA RECUPERACION DE BAHIA POR DON FADRIQUE
DE TOLEDO (1625).

UN CUADRO ESPAÑOL DE LA EPOCA.

*Para José Miguel Alzola,
con un abrazo.*

Enrique Marco

PUBLICACIONES DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA

DISCURSOS

ENRIQUE MARCO DORTA

CATEDRÁTICO DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

La recuperación de Bahía por Don Fadrique de Toledo (1625). Un cuadro español de la época.

Discurso de apertura del Curso Académico
de 1959-60 en la Universidad de Sevilla



SEVILLA

1959

Edición de trescientos ejemplares.

PROPIEDAD DEL AUTOR

Excmo. Señor Rector Magnífico

Excmo. e Ilmos. Señores

Señoras y Señores

En virtud del turno reglamentario entre las distintas facultades ha correspondido este año a la mía la lección inaugural del curso 1959-1960 que hoy comienza. Y dentro de mi Facultad, que es la más vieja de todas, el honor y el deber han recaído sobre mí cuando, a los veintiocho años de haber ingresado en ella como alumno y después de más de tres lustros de profesión en calidad de numerario, ya me voy haciendo viejo dentro de su claustro. Poco amigo de solemnidades por modo de ser, o por temperamento, ni el hecho de llevar la voz de la Universidad en este acto me envanece, ni deja tampoco de causarme preocupación al contrastar el honor que así se me dispensa con la ausencia total de méritos para merecerlo.

Pero si, por voluntad propia, hubiese preferido compartir un sitio junto a mis compañeros de claustro al honor de hablar en nombre de ellos, considero que la responsabilidad de esta primera lección del curso que se inicia, es parte del cumplimiento del diario deber. Y en consecuencia, por disciplina y por espíritu de servicio a la Universidad, aquí estoy dispuesto a cumplir con la obligación que el turno reglamentario me impone.

Cuando en mis ya lejanos tiempos de estudiante asistía a otros actos iguales a éste, nunca pensé en la posibilidad de que, algún día, hubiera de ser mi modesta persona la que ocupara esta cátedra para decir adiós a un año escolar y dar la bienvenida a otro. Los años pasaron inexorablemente, al principio con lentitud y luego con ritmo cada vez más acelerado, según la vida iba aumentando la carga de quehaceres y de preocupaciones. Al servicio de esta Universidad en que me formé, vi cómo pasaba la juventud y llegaba la edad de la madurez. De los maestros

a cuyas aulas asistí, sólo quedan hoy dos en el claustro de mi Facultad. Otros pasaron a distintas Universidades y otros se fueron de este mundo dejándonos el recuerdo de la constante lección de su vida y de su ejemplo. Con emoción sincera, deseando larga y feliz existencia a los que, cerca o lejos de nosotros, continúan en su labor universitaria, y eterno descanso a los que pasaron a una vida mejor, a todos hago presente en esta solemne oportunidad, el vivo testimonio de mi gratitud.

* * *

Al enfrentarme con este deber de pronunciar la lección inaugural del curso, se me planteó el problema de elegir un tema para la misma. Pronto, los posibles caminos a seguir quedaron reducidos a dos: abordar un tema de mi especialidad relacionado con las materias propias de mi cátedra, o aprovechar la ocasión para exponer, bien que desde un punto de vista estrictamente personal, aspectos y problemas de la vida universitaria o de la Universidad española en general. Este último siempre resulta sugestivo para el universitario. Todos tenemos nuestros puntos de vista sobre los problemas que la Universidad tiene planteados. Creo poder afirmar que todos deseamos una Universidad mejor, sin las deficiencias que actualmente presenta.

Personalmente, no siento el menor empacho en afirmar que la actual Universidad española no me gusta. Es indudable que es mejor que la que conocí por primera vez hace poco más de treinta años. Sería pueril negar lo que ha progresado en todos los aspectos. La Universidad de hoy, mejor dotada que la de entonces, ha ganado, sin duda, en altura y en eficiencia. En algunos aspectos, como el de la Protección Escolar, se ha logrado en los últimos años un avance tan gigantesco que no se podía soñar en mis primeros tiempos de estudiante. Los Colegios Mayores acabaron con el falso pintoresquismo de las casas de huéspedes, ofreciendo al escolar, junto a las comodidades materiales, un ambiente y unos programas de extensión cultural que contribuyén, en alto grado, a su formación profesional y humana. Las Facultades cuentan hoy con más abundancia de medios para desarrollar sus funciones docentes. Es posible también que, hablando en términos generales, el nivel medio del profesorado sea en la actualidad más alto que en la época a que antes me refería. Pero, a pesar de esos avances, creo que la Universidad española está necesitada de una reforma total. Me parece totalmente arcaica en su organización. Bien es verdad que, en tiempos recientes, se incorporaron a ella nuevos estudios como los de Ciencias Políticas y Económicas y los de Veterinaria, pero, en mi opinión, es preciso integrar también, como nuevas Facultades, otros estudios que se cursan fuera

del ámbito universitario como los de Ingeniería en sus distintas ramas, los de Arquitectura y todos aquellos cuya necesidad se vaya haciendo sentir como consecuencia de la evolución y del progreso del país. Refiriéndome concretamente a esta de Sevilla, me parece que si la Universidad ha de servir a la región donde está enclavada, el "Alma Mater" hispalense, tal como existe hoy, no acaba de prestar este servicio con la amplitud que fuera de desear. En tanto que el distrito universitario está formado por provincias de economía esencialmente agrícola, la Universidad sigue con sus Facultades tradicionales, sin poder ofrecer unos estudios agronómicos de nivel superior que parecen indicados en ella. Los hijos de los propietarios rurales estudian Derecho, se hacen químicos o, en menor número, acuden a la Facultad de Medicina. Me gustaría saber en cuantos casos la elección del camino a seguir responde a una auténtica vocación. Es muy posible que gran número de los estudiantes del distrito que rebasan las pruebas del Curso Preuniversitario, dejen de elegir otros caminos sencillamente porque la Universidad no se los puede ofrecer.

En fin, mucho se podría hablar sobre todos estos temas y no sería mi voz la más autorizada para hacerlo. Cuando hablo de lo que falta a la Universidad para ser perfecta, lo hago con el más elevado espíritu constructivo y con el ferviente deseo de que esas imperfecciones desaparezcan en plazo no lejano. Prefiero llamar la atención sobre estos temas en los que creo tenemos todas opiniones comunes, a lanzarme por el camino fácil del ditirambo y del elogio hacia esta Universidad nuestra, a la que todos profesamos un cariño entrañable, pero sin que ese amor nos ciegue hasta el punto de no ver sus fallas y sus defectos.

Dejando de lado estos problemas, que, como antes decía, siempre son en extremo sugestivos para el Universitario, me decidí por escoger un tema de mi especialidad para esta lección inaugural del curso académico. La casualidad de haber descubierto, en una colección particular de Sevilla, una magnífica obra pictórica del siglo XVII, que representa la recuperación de la ciudad de Bahía por las armas españolas al mando de don Fadrique de Toledo en 1625, me sugirió la idea de utilizar ese hallazgo como base de esta lección. El tema resultaba extraordinariamente grato para mí, ya que, en tiempo próximo, la pujante Universidad bahiana me tuvo ocupado en tareas de organización y docencia y la ciudad de Bahía, que fue mi hogar durante más de un año, vive presente en mi nostalgia y en mis recuerdos. Pasaré a hablaros, pues, de un episodio de la historia española en América, acaecido cuando España y Portugal estaban unidos en la persona de un mismo monarca: *La recuperación de Bahía por Don Fadrique de Toledo*.

Pero antes de entrar en el tema, siguiendo la costumbre tradicional

voy a dar cuenta de las altas y bajas registradas en el cuadro de profesores de la Universidad durante el curso pasado.

* * *

La Facultad de Filosofía y Letras ha tenido la satisfacción de ver aumentado su claustro con la incorporación de cuatro nuevos catedráticos numerarios: Don Agustín García Calvo, que se encontraba en situación de excedencia, pasó a ocupar la cátedra de Lengua y Literatura Latinas, para la que fue nombrado por orden ministerial de 5 de noviembre de 1958; Don Francisco Morales Padrón, antiguo alumno de la Facultad, ganó por oposición la cátedra de Historia de los Descubrimientos Geográficos y Geografía de América, siendo nombrado por orden ministerial de 18 de diciembre de 1958; también previa oposición y por orden ministerial de 28 de febrero del corriente año, recibió su nombramiento Don José Alcina Franch para la cátedra de Historia de América Prehispánica y Arqueología Americana; y, por último, la orden ministerial de 24 de marzo nombró catedrático de Arqueología, Epigrafía y Numismática a Don Antonio Blanco Freijeiro, también de nuevo ingreso mediante oposición. Mi Facultad se congratula por contar con estos nuevos compañeros, todos con bien ganado prestigio en sus respectivas especialidades, en la seguridad de que desarrollarán en ella una fecunda labor científica.

La Facultad de Ciencias celebra la incorporación a su claustro del nuevo numerario Don Francisco Pino Pérez, catedrático de Química Analítica 1.º y 2.º curso, trasladado desde la Universidad de La Laguna por orden ministerial de 5 de noviembre de 1958. Pero la satisfacción de recibir a un nuevo compañero se ve enturbiada al tener que lamentar la baja del Ilmo. señor Don Patricio Peñalver y Bachiller, Catedrático de Matemáticas, jubilado el día 11 de septiembre último por haber cumplido la edad reglamentaria. La marcha del tiempo, que a veces condena al bien ganado descanso cuando aún se tienen arrostos y facultades para seguir en la labor, nos priva del profesor Peñalver al cabo de cuarenta y siete años de ininterrumpido servicio a esta Universidad, tanto en su cátedra, en la que formó innumerables discípulos, como en los cargos de confianza que desempeñó. Fue decano de su Facultad durante muchos años, cargo al que renunció poco después de dejarla instalada en el nuevo edificio de la Fábrica de Tabacos. El Estado premió sus méritos y servicios con la Encomienda con placa de la Orden de Alfonso X, que le fue concedida en 1955; las Reales Academias de Ciencias de Madrid y Barcelona le cuentan desde hace años en la nómina de sus miembros correspondientes; y la Sevillana de Buenas Letras le nombró numerario.

Pero todas esas distinciones y honores nada significan ante otro premio más cordial y afectivo que él estimará —estoy seguro— más que ninguno: el de la satisfacción del deber cumplido y la seguridad de que, al dejar la vida activa, se lleva el agradecimiento y el respeto de sus muchos discípulos y el afecto de todos.

La Facultad de Medicina también tiene que lamentar la baja de dos catedráticos que, por concurso de traslado, pasaron a la Universidad de Valencia: Don Tomás Sala Sánchez, titular de Pediatría y Puericultura y Don Francisco Gomar Guarnés, de Patología y Clínica Quirúrgicas, nombrados para las mismas cátedras de la Universidad referida por órdenes ministeriales de 14 de diciembre de 1958. Al lamentar la ausencia de tan distinguidos compañeros, celebramos también la incorporación a la Facultad de Medicina de Don Sebastián García Díaz, que, en virtud de concurso de traslado y por orden ministerial de 16 de febrero del corriente año, fue nombrado catedrático de Patología y Clínica Quirúrgicas.

En la Facultad de Medicina de Cádiz, siempre escasa de profesorado numerario, el movimiento de altas y bajas ha sido más intenso, registrándose cuatro de aquéllas y dos de éstas, con lo que el curso se inicia con un saldo infelizmente desfavorable. Don Santiago Vidal Sevilla, catedrático de Fisiología General y Especial, cesó por traslado a la Universidad de Barcelona, en virtud de orden ministerial de 28 de noviembre de 1958; Don Rafael Pérez y Alvarez Osorio, catedrático de Química Orgánica y Bioquímica (Sección de Ciencias), cesó al ser declarado en situación de excedencia activa, por orden ministerial de 14 de octubre de 1958; a Don Francisco Díaz González, catedrático de Patología General, le fue concedida —por orden de 22 de junio último— una excedencia especial por haber sido nombrado Director de la Escuela Nacional de Medicina del Trabajo en Madrid; y Don Rafael Ibáñez González, titular de la cátedra de Higiene y Sanidad y Microbiología y Parasitología, cesó por traslado a la Universidad de Granada, en virtud de orden ministerial de 24 de junio. Las altas en la referida Facultad de Cádiz han sido las siguientes: Don Antonio Piñero Carrión, catedrático de Oftalmología, que en virtud de traslado y procedente de la Universidad de Salamanca, fue nombrado por orden ministerial de 2 de enero del año en curso; y Don Pedro Ferreras Valentín, que ganó por oposición la cátedra de Patología y Clínica Médicas, siendo nombrado por orden ministerial de 24 de marzo.

Durante el curso último, la Universidad tuvo que lamentar la pérdida del Excmo. señor Don Francisco Candil y Calvo, catedrático jubilado, fallecido el 28 de enero del corriente año. Había sido Rector de nuestra Universidad, en la que transcurrió casi totalmente su larga vida académica, como titular de la cátedra de Mercantil en la Facultad de

Derecho. Centenares de alumnos desperdigados por todo el distrito universitario y discípulos que hoy profesan la misma asignatura en otras universidades, habrán sentido el tránsito del maestro, cuya labor en la enseñanza y en la investigación, siempre será recordada. Quede constancia aquí de nuestro dolor por la pérdida del ilustre compañero.

En esta triste tarea de recordar a los que perdimos para siempre, no pueden faltar unas palabras para Don José Vallejo Sánchez, catedrático de Lengua y Literatura Latinas fallecido el día 17 de febrero del año en curso. Aunque alejado de nosotros desde que, hace veinte años, pasó por traslado a la de Madrid, Don José Vallejo, que era sevillano de nacimiento, vivía presente en la amistad y en el recuerdo de los numerosos alumnos que pasaron por su cátedra y de sus antiguos compañeros de claustro. Con su inesperada muerte, perdió la Universidad española un maestro ejemplar y la ciencia un investigador de reconocida autoridad en el campo de la Filología Latina. En nombre de todos los que gozamos del favor de su amistad y de su afecto y tuvimos constancia tanto de su valía científica como de sus virtudes humanas, dedico, en esta ocasión, al maestro y al amigo, un sentido y emocionado recuerdo

**LA RECUPERACION DE BAHIA POR DON FADRIQUE DE TOLEDO
(1625). UN CUADRO ESPAÑOL DE LA EPOCA**

LA CIUDAD DE SALVADOR

Así como el extranjero cuando escucha la palabra España, la asocia inmediatamente a un concepto divulgado de pintoresquismo —toros, música, Andalucía, fiestas populares— quizá también a nosotros el vocablo Brasil nos evoque, en rápida asociación mental, sólo un aspecto de tan dilatado país. Cuando suena en nuestros oídos la palabra Brasil, el pensamiento la asocia a un país tropical con bellas playas, cocoteros, ritmos afroamericanos de bailes y canciones, mezcla de razas y mar azul. Eliminado de esta primera evocación el Brasil meridional de las pampas de Santa Catalina y Río Grande do Sul y el de los “Sertões” o tierras mesetarias situadas al poniente de las cadenas de montañas, la imagen geográfica queda reducida a lo que los descubridores de 1500 llamaron “Tierra de Vera Cruz”. A la zona costera del nordeste desde Río de Janeiro hasta Pernambuco; al Brasil tradicional de los siglos XVI y XVII, antes de que la colonización portuguesa iniciara la magna epopeya de la marcha hacia el interior, que había de traer como consecuencia el descubrimiento de las minas de oro y diamantes, el desarrollo de la ganadería, la exploración de los grandes ríos y el conocimiento total, en suma, de un país casi tan grande como Europa.

Ese Brasil de la costa oriental, desde la bahía de Guanabara hasta el Cabo de San Roque, es, en efecto, el país pintoresco de los trópicos, bien diferente hoy, en ciertos detalles del paisaje, a como lo contemplara Pedro Alvarez Cabral. Los portugueses de 1500 no pudieron escuchar el murmullo del aliso pulsando, como cuerdas de un arpa gigantesca, los troncos de los cocoteros; ni saborearon las bananas, ni los gruesos frutos del árbol del pan, ni la caña de azúcar, ni vieron tantas otras especies vegetales que hoy hacen parte del paisaje tropical brasileño y producen esas frutas que constituyen uno de los encantos del trópico. Las palmeras de coco, sin las cuales no se concibe una playa

americana de tierra caliente, vinieron de las islas del Océano Indico; el árbol del pan llegó de las islas de la Polinesia; el banano y la caña de azúcar —planta ésta que habría de labrar la primera riqueza del Brasil— fueron llevados de la isla de la Madera. Pero, andando el tiempo, todas esas aportaciones de lejanas tierras tomaron carta de naturaleza en el país y contribuyeron a formar la actual fisonomía del Brasil tropical. Y en esta costa del Oriente, a unos catorce grados de latitud por debajo del Ecuador, se abre la amplia Bahía de Todos los Santos, la mayor del Brasil, descubierta por Américo Vespucio el día 1.º de noviembre de 1501.

La bahía, tan extensa como nuestras islas de Menorca e Ibiza juntas, es un pequeño mar interior con las costas muy articuladas y sembrada de islas. Recibe ríos caudalosos, como el Paraguaçu y el Jagua-ripe, accesibles a la navegación en sus cursos bajos, cuyas desembocaduras en antiguos valles invadidos por el mar, forman a modo de rías con escotaduras que penetran profundamente hacia el interior, facilitando el acceso a las fértiles tierras de la costa. Apuntando hacia el sudeste, el cabo de San Antonio marca la entrada a la bahía. Es la antigua Punta del Padrón de los portugueses, así llamada en recuerdo del testimonio que allí dejaron como prueba de la toma de posesión de la tierra. Enfrente se extiende la alargada isla de Itaparica, cubierta de bosques, cuyo nombre indígena —“cercado de piedras”— alude a los peligrosos arrecifes que la rodean. Las márgenes de la gran fosa tectónica de la bahía, cubiertas de tierras feracísimas, forman la comarca natural que los brasileños llaman el “Recóncavo”, donde los cultivos de caña de azúcar dieron vida a numerosos ingenios que labraron su prosperidad. Ese era el lugar que, por sus condiciones naturales, estaba predestinado para ser el asiento de una gran ciudad, metrópoli lusitana en el Nuevo Mundo y capital de los dilatados dominios portugueses del Brasil.

Iniciada, como es sabido, la colonización del Brasil por el sistema semi-feudal de las capitanías hereditarias, la actual Bahía vino a ser el centro de una que se adjudicó a Diego Pereira Coutinho, viejo soldado de las guerras de la India que construyó una torre fortificada y estableció un pequeño núcleo de población junto a la Punta del Padrón, en lo que después se llamó “Vilha Velha”. Acosado por los ataques de los indios, Pereira Coutinho tuvo que abandonar el establecimiento, retirándose a la cercana capitanía de los Ilheos, y al intentar volver tuvo un fin desgraciado, muriendo a manos de los indios antropófagos en la isla de Itaparica, a la entrada de la Bahía.

Fracasado así este intento de colonización, el rey Juan III decidió establecer en el Brasil un gobierno general escogiendo para su sede la Bahía de Todos los Santos y nombró gobernador a Thomé de Souza.

La empresa colonizadora, confiada hasta entonces a la iniciativa particular de los donatarios, pasaba así a ser dirigida directamente por la Corona.

El 17 de diciembre de 1548, Juan III dictaba en su palacio de Almeirim el "regimiento" dirigido a Thomé de Souza, es decir la instrucción a que había de ajustarse el gobernador. En ella le encargaba ante todo, la fundación de "una ciudad grande y fuerte en el lugar conveniente", y "en sitio sano y de buenos aires y que tenga abundancia de aguas y puerto en que bien puedan amarrar los navíos".¹

En marzo de 1549 arribó a Bahía la armada de Thomé de Souza, posesionándose éste de la antigua Vilha Velha, donde se estableció provisionalmente hasta buscar un sitio apropiado para la fundación de la ciudad. Para elegirlo se atendió a las buenas condiciones de salubridad y a las posibilidades de defensa, encarecidas en el "regimiento", y así se escogió la cima de una colina elevada unos ochenta metros sobre el nivel de la playa, con buen surgidero para los navíos, agua en abundancia y un riacho por la parte de poniente que servía de foso natural mejorando las condiciones defensivas. Así surgió la ciudad de Salvador, tan parecida a las urbes medievales portuguesas, en lo alto de un morro de brusca pendiente sobre la playa dominando el fondeadero.

Muy pronto quedó cercada por murallas y baluartes de tapiería. Corrieron estos trabajos a cargo del maestro de obras de la ciudad Luis Dias, primer arquitecto del Brasil portugués, que, con nombramiento real para el cargo, había llegado en la armada.² Bajo su dirección se construyeron la Casa de Ayuntamiento y la de Audiencia, y, junto a la playa, la casa de Hacienda, Aduana y almacén para las mercancías.³ Quedaron así perfiladas las características de Bahía, ciudad edificada en dos niveles con el barrio comercial y marinero en la parte baja, en la estrecha faja comprendida entre el morro y la orilla del mar, y el recinto amurallado en lo alto de la colina, respondiendo así a la principal preocupación que era la defensa contra el gentío de la tierra. Mientras los españoles en América fundaban ciudades con planta de cuadrícula, trazando las calles en ángulos rectos a partir de la Plaza Mayor y dejando previstos futuros ensanches, la ciudad de Salvador surgía de acuerdo con el viejo criterio urbanístico de Portugal. La ciudad baja fue creciendo a lo largo de la

1 Publicó íntegramente este documento: Accioli de Cerqueira e Silva, Ignacio, *Memorias históricas e políticas da Bahia*, anotadas por Braz de Amaral (citado en adelante: Accioli-Amaral), vol. I; Bahía, 1919; pág. 262 y sigs.

2 Fue nombrado por provisión de 14 de enero de 1549. Con Luis Dias pasó a Bahía su sobrino el cantero Diego Pires, nombrado por provisión de la misma fecha con derecho a suceder a aquél en el cargo en caso de fallecimiento. Accioli-Amaral: Ob. cit., vol. I, página 298 y sigs.

3 En carta de 15 de agosto de 1551, Luis Dias daba cuenta al rey de las obras construídas en Bahía. Accioli-Amaral: Ob. cit., vol. I, pág. 300.

ribera hasta invadir, con el tiempo, la península de Itapagipe. La ciudad alta se fue dilatando en forma anárquica, invadiendo los morros vecinos al recinto primitivo, ligándose unos a otros por calles de perfil accidentado que descienden bruscamente a los valles y suben otra vez formando empinadas "ladeiras". El caserío tuvo que apiñarse en las crestas de las colinas y el paisaje urbano resultó en extremo variado y pintoresco. Desde cualquier punto de la ciudad, se ofrece al espectador un panorama de ensueño: el azul del mar de la bahía con la isla de Itaparica como telón de fondo, o las depresiones cubiertas de la siempre verde y exuberante vegetación tropical. El bosque y el mar forman parte de la fisonomía urbana de la ciudad de Salvador.

Los estudios del historiador bahiano Teodoro Sampaio ⁴ nos permiten conocer la amplitud y el perímetro del primitivo recinto amurallado. Desde las antiguas "Portas de São Bento" hasta la actual "Ladeira da Misericórdia", la ciudad de Salvador, en los días de Thomé de Souza, cabía ampliamente dentro de los muros de la Alhambra de Granada. Muy pronto, salvando una quebrada, se extendió hacia el norte, incorporándose al recinto otra colina donde más tarde se construyó la catedral y fundaron su Colegio los Jesuitas. Pocas décadas después de la fundación, la ciudad se extendía, de norte a sur, desde las "Portas de São Bento" a las "Portas do Carmo", quedando fuera de las murallas los conventos de estas advocaciones, en torno a los cuales habían surgido otros tantos barrios de extramuros.

En 1560, como es sabido, se realizó la unión ibérica. España y Portugal quedaban unidos en la persona de un solo monarca —Felipe II— y las posesiones ultramarinas portuguesas dilataron el imperio español. Poco después de esa fecha, pasa al Brasil un hidalgo portugués a quien debemos la primera historia del país escrita en lengua española. Gabriel Soares de Souza, que así se llamaba nuestro historiador, llegó a Bahía en 1569. Tuvo un ingenio de azúcar en el Recôncavo y casas y solares en la ciudad de la que fue corregidor. En solicitud de títulos y licencias para organizar una expedición al interior en busca de minas, vino a España hacia 1586 y, según él mismo nos cuenta, entretuvo sus ocios de pretendiente en Madrid pasando a limpio los apuntes que había tomado durante sus años de "Señor de ingenio" en el Recôncavo bahiano. ⁵

⁴ Sampaio, Theodoro: *Historia da fundação da Cidade do Salvador*. Bahía, 1949; pág. 183 y siguientes.

⁵ Gabriel Soares de Souza: *Derrotero general de la costa del Brasil y Memorial de las grandezas de Bahía*, con Introducción de Claudio Ganns y notas finales de F. A. Warnhagen; Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1958. Es la edición de un manuscrito de la Biblioteca de Palacio de Madrid, con las notas de Warnhagen a su edición crítica de un mss. portugués, publicada en la "Revista do Instituto geográfico e Histórico Brasileiro", tomo XIV, Río de Janeiro, 1851. Descripción de la ciudad, en pág. 109 y sigs.

Gabriel Soares, curioso observador, nos dejó una detallada descripción de la ciudad de Bahía en la época de Felipe II. Nos describe las calles y las plazas; el Hospital “cuya iglesia no es grande, pero sí muy hermosa y adornada”; la catedral de entonces, aún sin acabar, que era “una iglesia de tres naves de honesta grandeza y bien sombreadas con cinco capillas bien hechas y adornadas”; el Colegio de la Compañía de Jesús, obra “de cal y canto, con todas las escaleras, puertas y ventanas de pedrería, con varandas y sobrecodos muy bien forrados” y “una hermosa y alegre yglesia, donde se celebra el culto divino con muy ricos ornamentos”; el arrabal surgido en torno al monasterio del Carmen, con sus huertas pobladas de hermosas arboledas; y el de São Bento, al sur de la ciudad, con el convento de los benedictinos, de “muy santa, honesta y exemplar vida”, a los que instituyó herederos de todos sus bienes por testamento otorgado en 1584.⁶

Por esa época (1586), según nos dice Gabriel Soares, treinta y seis ingenios molían caña en el Recóncavo de Bahía, exportándose anualmente más de ciento veinte mil arrobas de azúcar.⁷ Más de mil doscientas embarcaciones de vela y remo traficaban entre la ciudad y los pueblos e ingenios de la Bahía de Todos los Santos. La ciudad de Salvador, enriquecida por el comercio con Portugal, vivía en la abundancia y en la opulencia. No es extraño, pues, que Gabriel Soares dedique un capítulo de su obra a informarnos “De cómo se tratan los moradores. . . y algunas de sus cualidades”. Sobre una población de más de ochocientos vecinos, no era reducido el número de los que contaban con cuantiosas rentas, “los quales —nos dice Soares —se tratan con mucho fausto de caballos y criados y esclavos con vestidos demasíadamente costosos, especialmente las mujeres, que con ocasión de no ser la tierra fría, sólo visten seda, y hasta la gente de baja esfera hace en ello mucho gasto, porque el más ínfimo patán anda con calzones y chupa de satín y damasco y trahen sus mugeres con basquiñas y jubones de lo mismo, y en habiendo qualquier hazenduela o caudal tienen sus casas muy bien aderezadas y en su mesa servicio de plata y sus mugeres bien ataviadas de joyas de oro”.⁸

Por aquel tiempo, las viejas murallas de tapias construídas por Luis Días habían desaparecido. El fuerte de San Antonio, en la punta del Padrón, defendía la entrada de la Barra, aunque la gran anchura de ésta le restaba eficacia. Poco más de cincuenta piezas de artillería, repartidas en “estancias” o baluartes improvisados, guardaban el recinto de la ciudad y el fondeadero. Gabriel Soares encarece la necesidad de que el

⁶ El testamento se publicó en el *Livro Velho do Tombo do mosterio de São Bento*; Bahía, 1945.

⁷ Soares: Ob. cit., pág. 134.

⁸ Ob. cit., pág. 113.

rey la haga “cercar de muros y fortificar como conviene a su servicio y seguridad de sus moradores, por el riesgo en que está de ser saqueada de quatro corsarios que intenten invadirla, por tener toda la gente esparcida por fuera de la ciudad sin defensa alguna, hasta que la gente de las haciendas viniese a goçorrerla”.⁹

Así, en tan pésimo estado de defensa, permaneció la ciudad durante varias décadas. En 1605 fue presentado al rey un plano y proyecto de fortificación, y unos años después, siendo gobernador don Diego de Menezes (1608-1613), se comenzó a cercar la ciudad, de acuerdo con una traza hecha por el famoso Leonardo Turriano, con la aprobación del ingeniero mayor de España Tiburcio Spanochi.¹⁰ Gaspar de Souza, sucesor de Menezes, continuó las obras y en su tiempo (1614-1616) se hizo de piedra y cal el muro y la Puerta del Carmen,¹¹ entrada al recinto por la parte del norte. El ya citado fuerte de San Antonio de la Barra, el de Agua de Meninos, el de Montserrate en la península de Itapagipe¹² y otros de menor importancia, velaban por la defensa del surgidero de los navíos y de los accesos a la ciudad alta. Ya en tiempos de Felipe II se había dispuesto la construcción de un fuerte sobre un arrecife situado a poca distancia de la playa, de acuerdo también con los planos de Turriano aprobados por Spanochi, pero la ejecución del proyecto quedó diferida. En 1622, mandó el rey que se hiciese el fuerte con arreglo a la traza e informe presentados por el ingeniero Francisco Frías da Mezquita¹³ “arquitecto mayor de S. M. en estas partes del Brasil”. Bajo su dirección se comenzaron las obras en 1623, durante el gobierno de don Diego de Mendonça Furtado.¹⁴

Así estaba la ciudad de Salvador, mal guarnecida y con medianas defensas, cuando en 1624 cruzó la barra de la bahía la escuadra holandesa mandada por el almirante Jakob Wilckens. En Europa, extinguida la tregua de los Doce Años, había vuelto a estallar la guerra entre España y las Provincias Unidas de Holanda. La presencia de bajeles holandeses en aguas brasileñas, no era un hecho sin precedentes. Aún duran-

9 Ob. cit., pág. 114.

10 *Livro que da razão do estado do Brasil* (1612), atribuido al gobernador Diego de Menezes o a su secretario Diego de Campos (apud Accioli-Amaral: Ob. cit., I, pág. 432) en el que se incluye una planta “copia do original que a Sua Magestade se apresentaron no anno de 1605 para se dar execução a fortificação daquela cidade”. El *Livro*, mss., se conserva en el Instituto Geográfico e Histórico Brasileiro de Río de Janeiro. La traza fue publicada en el *Livro Velho de Tombo de São Bento*; Bahía, 1945.

11 Campos, J. da Silva: *Fortificações da Bahia*, Río de Janeiro, Publicações do SPHAN, 1940; pág. 15.

12 Sobre la historia de estos fuertes, Cf. Campos: Ob. citada.

13 Fonseca, Luiza da: *Subsídios para a Historia da Bahia*, en “Anais do Primeiro Congresso de Historia da Bahia”, vol. II (Bahía, 1950), pág. 415.

14 Campos: Ob. cit., pág. 55 y sigs. Silva Nigra, Dom Clemente M. de: *Francisco Frías da Mesquita, Engeheiro-môr do Brasil*, en “Revista do Serviço do Patrimonio Histórico e Artístico Nacional”, núm. 9 (Río, 1940), págs. 12-13.

te los años de la tregua, los buques de las Provincias Unidas rondaban los puertos del Brasil y alguna vez hicieron ricas presas entre los navíos portugueses que volvían al Reino cargados con productos de la tierra. Pero esta vez, el propósito de los invasores iba más allá de la procura de un cuantioso botín. Los veintisiete navíos que la Compañía de las Indias había confiado al almirante Wilckens y la numerosa fuerza de desembarco mandada por el general Van Dort, venían con propósito de conquista. El plan era radicarse en la tierra y fundar una colonia permanente; y no era escaso el apoyo que los holandeses esperaban encontrar en una numerosa población hebrea que vivía en Salvador un tanto cohibida por miedo al Santo Oficio.

El espionaje español tuvo noticia del apresto de la armada y antes de que ésta zarpase del puerto de Texel, la corte de Madrid mandó aviso al gobernador de Bahía. Hizo éste las prevenciones de rigor y se preparó para la defensa, pero su valeroso comportamiento no sirvió de ejemplo. Tanto los cronistas portugueses como los españoles están de acuerdo en que la resistencia fue mínima. Los defensores abandonaron la ciudad ante el ataque de los holandeses y el gobernador Mendonça Furtado, desamparado por todos, fue hecho prisionero en las Casas Reales.¹⁵

LA "JORNADA DEL BRASIL"

En el mes de julio del mismo año llegó a Madrid la triste noticia de la conquista de Bahía por los holandeses. La reacción de la Corte no se hizo esperar. Sin pérdida de tiempo, el joven rey Felipe IV dispuso que se reuniese una poderosa armada en Cádiz y en Lisboa y encargó al Conde-Duque de Olivares las medidas necesarias para su pronta organización. Una "carta regia", dirigida a las autoridades de Portugal, solicitó ayuda para una empresa que tanto afectaba al país vecino por ser el Brasil conquista suya. Nobles e hidalgos acudieron a levantar ban-

15 La invasión holandesa tuvo su cronista: el soldado alemán Johann Gregor Aldenburghk, cuya relación se publicó en Coburgo (1627) bajo el título de *West-Indianische Reise und Beschreibung der Belag und Eroberung der Stadt San Salvador in der Bahie von Todos os Santos*. Una traducción al latín fue publicada por De Bry (Francfort, 1628), ilustrada con un grabado (panorámica de la ciudad vista desde la bahía) de Matthäus Merian. Un resumen de la primera edición alemana fue incluido por Johann Ludwig Gottfried, en su *Historia Antipodum ou New Welt* (1631), ilustrándolo también con la estampa de M. Merian. Cf. Silva Nigra, Dom Clemente: *O primeiro livro impresso em alemão e latim sobre a Cidade do Salvador*, en "Revista do Instituto Geográfico e Histórico da Bahía", núm. 76 (1950-51), pág. 10 y sigs. Al mismo investigador benedictino debemos una traducción al portugués del texto de la edición de 1631, con notas, publicada bajo el título de *A invasão holandesa na Bahia*, en "Annais do Arquivo Público da Bahía", vol. XXVII (1938), págs. 99-151.

Supongo que la obra de De Bry a que se refiere Silva Nigra será la *Collectione peregrinationum in Indiam Orientalem et Indiam Occidentalem*, que no he podido consultar.

Sobre Matthäus Meriam, cf. su artículo en Tieme-Becker: *Allgemeines Lexikon der Bildenden Künstler*, vol. XXIV.

deras en Lisboa, en tanto que en Cádiz se reunían “muchos capitanes y soldados viejos de Flandes, Italia y otras partes y muchos caballeros, todos muy lucidos.”¹⁶

Aunque requería tiempo la reunión y el apresto de todas las naves necesarias, antes de pasar seis meses estaban las armadas dispuestas para levar anclas. En el estuario del Tajo se concentró la de Portugal, formada por veintidós navíos, al mando del general don Manuel de Menezes; y en la bahía gaditana se reunieron las fuerzas navales españolas más numerosas: la “Armada del Mar Océano”, con once navíos, de la que era general don Fadrique de Toledo; la del Estrecho de Gibraltar, con cinco bajeles, mandada por don Juan Fajardo Guevara; la de Vizcaya, compuesta de cuatro galeones al mando de Martín de Vallecilla; la de las Cuatro Villas del Cantábrico, con cinco bajeles, comandada por don Francisco de Acevedo; y la de Nápoles, formada por dos galeones y dos pataches. La armada hispano-portuguesa reunía cincuenta y dos navíos de guerra, once buques auxiliares de menor porte, más de doce mil hombres entre gente de mar y de guerra y más de un millar de piezas de artillería. El mando de la armada se confió a un ilustre militar y marino de bien ganado prestigio: Don Fadrique de Toledo Osorio, marqués de Villanueva de Valdueza. Nada se descuidó en cuanto al equipo, pertrechos y matalotaje de los bajeles y de sus tripulantes: víveres para muchos meses, herramientas para zapadores, artillería de sitio y máquinas de guerra, tres juegos de velas para cada navío, material sanitario, etc. No me resisto a consignar unas cifras que darán idea del aprovisionamiento de los buques. Sólo en los treinta bajeles de la armada española reunida en Cádiz, se cargaron, entre otras, las siguientes provisiones: diez y seis mil arrobas de aceite de Sevilla, cerca de cuarenta mil quintales de bizcocho y ciento veintitrés mil arrobas de vinos de Jerez y de Málaga.

La armada de Portugal zarpó de Lisboa el día 1 de diciembre de 1624. La española, lista para zarpar desde el 4 del mismo mes, tuvo que permanecer en Cádiz detenida por vientos contrarios y malos tiempos, hasta el 14 de enero del año siguiente. Lope de Vega —en cuya azarosa vida no faltaba una experiencia marinera, pues había tomado parte en la expedición de la “Invencible”— imaginó así la partida de los bajeles:

“De la bahía de Cádiz
salieron rompiendo el agua
treinta naves de alto bordo
y la fuerte capitana.

¹⁶ Valencia y Guzmán: Ob. cit. más abajo, pág. 81, a quien sigo en todo lo referente a la organización y apresto de la Armada.

.....
Parte, ~~por~~ fin, la armada ilustre
por las saladas montañas,
abre camino en las ondas
que cierran espumas blancas,
gime el mar al grave peso
que le oprime las espaldas,
y con alegre zaloma,
lienzo tiende, escotas larga;
Ella selva, ellos jardín
pisando campos de plata,
ciudad portátil del viento
fábrica de lienzo y tablas.
Dieron vista a Tenerife
y a Cabo Verde, y la armada
de Portugal descubrieron
que la de Castilla aguarda".¹⁷

Hal.

Las dos armadas se reunieron en la isla de Santiago de Cabo Verde, de donde zarparon el 11 de febrero de 1625, bajo el mando de don Fadrique de Toledo, rumbo a la Bahía de Todos los Santos.

Se inició así la "Jornada del Brasil", en la que españoles y portugueses, ligados por la hermandad de una empresa común, ratificaban la unión de los dos reinos ibéricos en una sola monarquía. Nunca hasta entonces había surcado el Atlántico una armada tan poderosa. El 29 de marzo fondearon los bajeles frente a la ciudad de Salvador y el día 31, lunes de Resurrección, se inició el desembarco por la playa de San Antonio de la Barra, a una legua de la ciudad, en el mismo lugar donde habían desembarcado los holandeses poco menos de un año antes. Un mes más tarde, el 30 de abril, la ciudad de Salvador capituló.

La recuperación de Bahía tuvo amplias repercusiones en la literatura de la época. Por el mes de julio del mismo año de 1625 se recibieron en Madrid las primeras noticias¹⁸ que pronto se divulgaron por toda España mediante gacetas y relaciones impresas en la corte, en Cádiz y en Sevilla.¹⁹ Lope de Vega aprovechó una de ellas²⁰ para llevar al teatro

17 *El Brasil restituído*, Segunda jornada.

18 El 14 de mayo despachó don Fadrique don Pedro de Pórreres y Toledo y don Enrique de Aragón Pimentel, portadores de cartas para el rey dando cuenta del feliz éxito de la jornada. Valencia: Ob. cit., más abajo, pág. 170.

19 Cf. las que citan Fernández Duro, Cesáreo: *Armada Española desde la unión de los reinos de Castilla y de Aragón*, tomo IV (Madrid, 1898). págs. 50, 461-468; y Menéndez y Pelayo, M.: *Obras de Lope de Vega*, tomo XIII (Madrid, 1902), pág. XXVII y sigs.

20 Pienso que pudo ser el *Resumen hecho por Diego Ruiz y traslado de una carta enviada por él a S. M.* ... (Madrid, Imprenta Real, 1625). El censor de la comedia, Pedro de Vargas

los episodios heroicos de la "Jornada del Brasil", antes de que el entusiasmo perdiera actualidad. El 23 de octubre, un día antes de que el victorioso don Fadrique, de vuelta con su armada, pisara de nuevo tierra española en el muelle de Málaga, firmaba en Madrid el "Fénix de los Ingenios" su comedia *El Brasil restituído*²¹ en la que con gran exactitud histórica, movidos diálogos y fáciles versos, dejó una versión épica, henchida de emoción patriótica, de la brillante "Jornada" que españoles y portugueses acababan de vivir al otro lado del Atlántico.

En el mismo año, el jesuita Bartolomé Guerreiro daba a la estampa, en Lisboa, su *Jornada dos vasallos da Corôa de Portugal para se recuperar a Cidade do Salvador*,²² en la que, basándose en la documentación portuguesa, hace historia del hecho de armas recalcando la participación del reino vecino en la empresa.²³ Tres años después se publicaba en Madrid la *Restauración de la ciudad de Salvador y Baía de Todos los Santos en la provincia del Brasil*,²⁴ relación extensa y detallada que escribió, por orden de Felipe IV, don Tomás Tamayo de Vargas, a la vista de cuantos informes recibió la corte y de todos los documentos referentes a la "Jornada". Pero ningún relato aventaja al que escribió, bajo el título de *Compendio historial de la Jornada del Brasil*,²⁵ el salmantino Don Juan de Valencia y Guzmán. De él sólo sabemos, aparte el lugar de su naturaleza, que asistió a la "Jornada" como soldado. La relación de Valencia tiene el valor y el encanto de lo vivido, la emoción del testigo presencial de los sucesos que —tal vez llevado por el afán de la aventura, como tantos otros—, arriesgó su vida en la empresa y vivió las penas y las glorias del viaje y de la guerra. "Hallándome yo en esta jornada —declara el autor— procuré de reducir a relación algunas cosas de las que iban sucediendo en ella, y ofreciéndose tantas vine, como dicen, a hacer tratado particular dellas, más para mi satisfacción que para pensar la pudiese dar a nadie con ello".²⁶ Más tarde, de regreso en España, re-

Machuca, dice que el asunto está "muy ajustado y conforme" a la relación de un testigo presencial del cual se habla en la obra; y en la escena del desembarco (acto II), Lope nombra, por boca de Don Fadrique, a Diego Ruiz de la Correa, teniente del Marqués de Coprani, maestro de campo general del ejército. En la lista de "tercios y capitanes" que da Valencia (ob. cit. más abajo, pág. 110) figura, con dicho cargo, el capitán y sargento mayor Diego Ruiz. Sólo conozco ese *Resumen* a través de una traducción al portugués publicada por Pedro Núñez Area: *Os tres Felipes da Espanha que foram reis do Brasil* (São Paulo, 1957), págs. 133-136.

21 Publicada por Menéndez y Pelayo: Ob. cit., págs. 75-106.

22 Impresa por Matheus Pinheiro en Lisboa, 1625. Utilizo la edición de Luiz Menezes Monteiro da Costa en la "Revista do Instituto Geográfico e Histórico da Bahia", núm. 78 (1953-1954), págs. 1-171.

23 Guerreiro declara en el prólogo que no extendió su relación a la participación de la corona de Castilla, porque le faltaron "as particulares noticias e relações, sem que não pode aver historia verdadeira".

24 Madrid, Vda. de Alonso Martín, 1628.

25 Publicado en *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, tomo 55 (Madrid, 1870), págs. 43-200.

26 *Ibidem*. Dedicatoria del autor.

fundió sus borradores y redactó el *Compendio*, dedicándolo al capitán Don Fernando de Porres y Toledo, sobrino de Don Fadrique, que también tomó parte en la campaña. La dedicatoria está fechada en Salamanca el 28 de octubre de 1626.

Otros historiadores de tiempos de Felipe IV relataron el brillante hecho de armas²⁷ y de nuevo fue llevado el tema al teatro por Juan Antonio Correa en su comedia *Pérdida y restauración de la Bahía de Todos los Santos*.²⁸

Si tantos cronistas relataron los incidentes de la reconquista de Bahía, los relatos tuvieron también, en algún caso, sus ilustradores. No faltan grabados de la época representativos del hecho de armas. Quizá sea el primero de todos, desde el punto de vista cronológico, el que firma en Madrid, en 1625, Alardo de Popma, grabador residente en la corte que es conocido como ilustrador de varias obras importantes impresas por esos años.²⁹ El grabado de Alardo,³⁰ ilustra una relación de apenas una docena de líneas, que contiene la noticia esueta de la victoria, una breve reseña del botín y una lista de oficiales muertos en la empresa (fig. 1). “De todo ello —dice— tendrá su Magestad particular relación en acabando de ajustarse”; y como añade que “vinieron con el auido Don Pedro de Porres y Toledo y don Enrique de Alagón Pimentel, sobrinos del General”, da la impresión de una obra de circunstancias, especie de hoja informativa hecha con el fin de divulgar rápidamente la noticia. Sin duda, algún testigo de la jornada, de los que salieron de Bahía el 14 de mayo con los citados capitanes, portadores de las primeras noticias, debió proporcionar a Alardo de Popma los datos que le permitieron abrir la lámina y redactar el breve texto que ilustra. El grabado representa una vista panorámica de la ciudad, sus alrededores y la bahía con la armada libertadora. La explicación del grabado contiene bastantes errores y la escena representada no guarda la unidad en el tiempo, pues mientras unos navíos están llegando a la ensenada de Itapagipe, y otros aún no han pasado la Barra, las fuerzas españolas han desembarcado ya y aparecen establecidas en los campamentos de San Benito, Palmas y el Carmen. En la panorámica se acusan claramente la disposición de la urbe en dos niveles, con la ciudad baja y la alta; se ve el foso de agua, es decir el “Dique” que formaron los holandeses interrumpiendo

27 Céspedes y Meneses, Gonzalo: *Historia de Felipe IV rey de las Españas*; Barcelona, 1634, fol. 204 y sigs.

28 Incluída en *Comedias escogidas de los mejores ingenios de España, Parte 33*, impresa en Madrid.

29 Cf. Cean Bermúdez, Juan A.: *Diccionario de Bellas Artes*, tomo IV, pág. 107. Viñaza, Conde de la: *Adiciones a Cean Bermúdez*, tomo II, pág. 9. Pérez Pastor, Cristóbal: *Noticias y documentos relativos a la Historia y la Literatura españolas* (Madrid, 1914), págs. 162-166.

30 Biblioteca Nacional, Madrid, Sección de Estampas, n.º 14804.

el curso del riacho de las Tripas y se indica la situación de los fuertes, aunque trocando o equivocando los nombres de algunos. La situación de algunos edificios no responde a la realidad; así, por ejemplo, la torre de García D'Avila, que se encuentra a muchos kilómetros de distancia del lugar donde la colocó el artista. Las confusiones de nombres en otros edificios saltan también a la vista: la ermita que llama "Santa María de la Ayuda", en una eminencia dando frente al mar, no puede ser otra que la de la Victoria y la de "Santa María de Mirabella" sólo se podría identificar con la primitiva de Gracia, situada en las tierras que el donatario Pereira Coutinho había concedido, en 1563, al famoso Diego Alvarez "Caramurú".³¹ Los navíos holandeses aparecen fondeados en la "ribeira das naus". No se me alcanza la posible identificación de la "Isla y Casa de la Melaza", que quizá aluda a algún ingenio de los muchos que había en el Recóncavo. Es curioso —y prueba, quizá, de lo que impresionaría al artista la descripción de un escenario exótico— que se indique en el mapa el "sitio donde los vizcaínos hazen el aceyte de Vallenas". Esta hoja, especie de gaceta con noticias de última hora, se vendía "en la calle de Toledo, en casa de Alardo de Popma, en frente del estudio de la Compañía de Jesús". Imaginemos cómo correría de mano en mano entre los grupos de pretendientes y litigantes que pululaban por la Plaza Mayor y en las gradas de la iglesia de San Felipe.

Otro grabado contemporáneo es el que ilustra la ya citada obra del P. Bartholomé Guerreiro, firmado por "Benedictus Mealius lusitanus"³² que representa la panorámica de la ciudad y sus alrededores con los campamentos de las fuerzas sitiadoras y la armada dispuesta en forma de media luna frente al puerto. Es de suponer que el grabador se sirviera de dibujos hechos en Bahía por algunos de los participantes en la empresa.

A todos estos testimonios de la "Jornada del Brasil" hay que añadir uno de excepcional importancia, que une a la exactitud histórica y a la precisión topográfica, su excelente calidad como obra pictórica de la escuela madrileña del siglo de Oro. Me refiero al lienzo titulado "Sitio y empresa de la ciudad de Salvador..." que perteneció a la Casa Ducal de Osuna³³ y, que hoy forma parte de la selecta colección de

31 Náufrago portugués que desde 1510 ó 1511 vivió en Bahía entre los indígenas, donde dejó descendencia de su matrimonio con la india Catalina Paraguassú. Cf. Silva Nigra, Dom Clemente: *Francisco Pereira Coutinho e o seu documento*, en "Revista do Instituto Histórico da Bahia", vol. 63, (1937), pág. 234 y sigs. Silva, Alberto: *A sesmaria e a residencia de Diego Alvares Caramurú na Bahia*, en *Anais do primeiro Congresso de Historia da Bahia*, vol. I, (Bahía, 1949), pág. 157 y sigs.

32 Es el portugués Bento Mealhas. Cf. Soares, Ernesto: *Historia da Gravura Artística em Portugal*. (Lisboa, 1940), pág. 371.

33 [Sentenach, Narciso]: *Catálogo de los cuadros, esculturas, grabados y otros objetos artísticos de la Colección de la antigua Casa Ducal de Osuna*. Madrid, 1869, n.º 254. El cuadro mide 1,64 por 3,00 metros.



DESCRIPCION DE LA BAIJA DE TODOS LOS SANTOS

y ciudad de Sanlualador en la costa del Brasil; en que se fortificaron los Olandeses: aora restaurada por don Fadrique de Toledo, Capitan General por el Rey nuestro señor don Felipe IIII en veinte y nueue de Abril de mil y seiscentos y veinte y cinco.

- | | | | | | |
|---|------------------------------|---|---|---|--|
| A | La ciudad de Sanlualador. | M | Nauios de los Olandeses. | X | Sitio donde los Vizcainos hazen el azeyte de Vallenas. |
| B | La Baia de Todo los Santos | N | Armada del Rey de España. | Y | Isla Taparique. |
| C | Fuerte de San Antonio. | O | Ermita de San Antonio. | Z | Entrada de la Baia, que tiene de ancho dos leguas y media. |
| D | Fuerte de Tapaiquá. | P | Santa Maria de Mirabella. | 1 | Quartel de don Fadrique, que está en el Carmen. |
| E | Santa Maria de Esperança. | Q | Fuerte de San Benito. | 2 | Quartel del Marques de Cropani. |
| F | Fuerte de San Alberto. | R | Couento de nuestra Señora del Carmen. | 3 | Quartel de don Iuan de Orellana, que está a las palmas. |
| G | Fuerte de aguas dos meninos. | S | Ermita de San Pedro. | | |
| H | Santa Maria de la Ayuda. | T | Fofo de agua que va a salir al fuerte de los meninos. | | |
| I | Bexia, o contimela. | V | Isla y caña de la melaza. | | |
| K | Torre de Garcia Dauila. | | | | |
| L | La costa de Atapoañ. | | | | |

C. R. R. *Conchendo Reflicio Rem.*

P. P. *Patri Patria.*

V. V. V. *Venir, Vidit, Vicit.*

L O Capitulado ha sido tan en fauor de la Magestad, como en ello se verá, haciendo los Olandeses con tanta afrenta. Hallaronse mil y noventa y noventa en nauios y valientes soldados, que es voz, no tienen los Olandeses en los Estados del gençe, y la nuestra se marauillo de verla tal. Las vanleras que se han ganado son diez y seis, sin el estandarte que tenían en la Iglesia mayor. Demas de esto todas las banderas de los nauios, y estandarte de la Capitanía. La artillería que se ha hallado en la ciudad parece son ciento y setenta y nueve piezas, algunas dellas muy buenas de hierro, en guelias como las nuevas, y otras de hierro. De todo ello todo lo fu Maguelad particular relacion en acabando de apuñarle, y así mismo de los nauios, municiones, bastimentos, y demás cosas. Los muertos de nuestra parte sobre la plaza, han sido ciento y veinte y quatro, y los heridos ciento y quarenta y quatro. Los nauios que se han tomado en el puerto, son veinte y uno. Fuera de la artillería que estaba en la ciudad, se han tomado otras cinquenta y seis piezas, que auian quedado en los nauios. Los muertos son, don Pedro Otero, Maestre de Campo, el Capitan don Francisco Maouel del habito de San Juan, el Capitan don Alonso de Gans, el Moigado de Omacre, don fernando de Menefea del habito de Calatrava, Laydante Fregoe, el Capitan don Diego de Santillan, el ingeniero mayor, Juan de Quiuold, del habito de Montesa, don Iuan de Torreblanca Alferce, don Ioseph Manique, don Lucas de Figueroa, don Diego de Elpino, Capitan de Indiferia. Los heridos, don Benito Dalgo, Capitan don Diego Ramirez, Capitan don Diego de Guzman, Capitan don Pedro de Buitrago, don Diego de Malica. Vialeron con el auxio don Pedro de Torres y Toledo, y don Enrique Dala goa y Pimentel, Capitanes, y lubricos del General.

Vendese en la calle de Toledo, en casa de Alardo de Popma, en frente del edificio de la Compañía de Jesús.



FIG. 1.—“Descripción de la Baia de Todos los Santos”. Grabado de Alardo de Popma (Biblioteca Nacional, Madrid)

cuadros que posee, en Sevilla, el Excmo. Señor don Antonio Almunia y de León, Marqués de Almunia (láms. 1-8).

“SITIO Y EMPRESA DE LA CIUDAD DE SALVADOR”

El hecho de armas que Lope llevó a los tablados de los corrales madrileños y la ciudad de Salvador, cuna del Brasil portugués, con su pintoresca topografía, encontraron un pintor que parece plasmar en el lienzo las pinceladas descriptivas del soldado cronista don Juan de Valencia y Guzmán.

La panorámica de la ciudad y la bahía parece haber sido tomada desde el admirable punto de vista que ofrecen las colinas de Brotas, más despejado aún en aquella época ya que entonces no existía el caserío que hoy cubre la línea de las lomas más bajas de Nazareth, Des-terro y Palma. En la parte superior del cuadro, unos ángeles sostienen una cinta con la leyenda: “Sitio y empresa de la ciudad de Salvador en la Baya de Todos Santos por Don Fadrique de Toledo Osorio, Capitán general de la Armada Real y ejército del Mar Océano, y Reyno de Portugal. A XXX de Abril de 1625, reynando Don Phelippo, III”; y en el ángulo inferior izquierdo, dentro de una tarja de líneas barrocas, se encuentran la rosa de los vientos y las leyendas explicativas.³⁴

En primer término aparece un valle —que es el comprendido entre las colinas de Brotas (barrios de Matatú y Pitangueiras) y las del Des-terro, Nazareth y Plama—, cuyo fondo corre un camino que coincide hoy, aproximadamente, con la antigua “Ladeira da Fonte Nova” o Rua Djalma Dutra. En segundo término, hacia el centro del lienzo, vemos el casco urbano con sus murallas y baluartes bordeados por las aguas del Dique. Algo menos de la mitad superior del cuadro, está ocupada por la bahía, donde se ve el extremo de la península de Itapagipe, y cerrando los últimos términos aparece la isla de Itaparica.

Como en otros grabados y dibujos referentes al mismo hecho histórico en el cuadro se representan simultáneamente diversos episodios de la “Jornada”.

La armada hispano-portuguesa acaba de entrar en el puerto. “Entró la armada dentro de la Bahía —escribe Valencia—³⁵ adornada de sus estandartes, flámulas y gallardetes, y la real y almiranta real y Capitana de Portugal con estandartes reales de damasco..., ocupando todo el distrito de la Bahía en forma de media luna, puestos en batalla, que fueron menester todos los navíos que venían en la armada para sitiarla por su

³⁴ Véase al final la transcripción de las mismas.

³⁵ Ob. cit., pág. 144.

anchura y grandeza de siete leguas". Unos bajeles acaban de echar sus anclas a la entrada de la barra, frente al fuerte de Sn Antonio; otros navegan todavía, a impulso de la brisa, más alejados de la ribera; y los que primero entraron en el puerto están dando fondo en la ensenada de Itapagipe. En una exacta y animada estampa marinera, sorprendemós a las tripulaciones en las faenas de la maniobra: los gavieros trepan por la jarcia o cabalgan sobre las vergas aferrando cuidadosamente las velas; otros descienden hacia la cubierta deslizándose por las escotas. Entre tanto, los soldados de los tercios han ocupado sus puestos en pinazas y bateles, y mientras unos desembarcan en la playa de la Barra, al pie del fuerte de San Antonio ³⁶ o en la de "Agua de Meninos", ³⁷ otros bogan hacia tierra llevando en alto picas y alabardas. Fondeados frente a la "Ribeira das naus" con las proas hacia la bahía, se ven doce navíos holandeses de gran porte, tres de los cuales, escorados sobre la banda de estribor, han sufrido ya los certeros disparos de la artillería española (lám. 3).

En la mitad del cuadro contemplamos la ciudad y sus alrededores con los campamentos y los ejércitos que la tienen sitiada. Por el camino de "Vilha Velha" avanzan en formación los tercios hacia los acuartelamientos establecidos en el convento de San Benito y en sus inmediaciones. "Está este puesto de San Benito —escribe Valencia— en una eminencia a tiro de mosquete de la ciudad y a caballero della, cosa perniciosísima para el enemigo y ventajosa para nosotros". ³⁸ La posición fue ocupada por tres tercios al mando del Marqués de Coprani, maestre de campo general de las fuerzas de desembarco. En el cuadro aparecen con detalle los acuartelamientos: el de los soldados napolitanos del Marqués de Torrecuso (lám. 5, letra L); el del Tercio de españoles mandado por el maestre de Campo don Pedro Osorio (ibídem, letra M); y el amplio recinto del monasterio ocupado por soldados portugueses al mando de don Francisco de Almeida (ibídem, letra N). Alrededor de esa posición se ven las trincheras y las baterías (ibídem, núm. 6 y letra P) establecidas por los sitiadores para batir la Puerta de Santa Lucía (lámina 8, núm. 9) que era uno de los puntos vitales del recinto de la ciudad. ³⁹

En el flanco izquierdo, en un lugar que bien puede corresponder

³⁶ "Este día por la tarde (Domingo de Resurrección, 30 de marzo) y lunes siguiente saltó toda la gente en tierra en la playa de San Antonio, una legua de la ciudad", escribe Valencia: ob. cit., pág. 145.

³⁷ El enemigo había desamparado los tres fuertes de la Marina: el de Monte Serrate, en la punta de la península de Itapagipe (lám. 4); el de "Agua de Meninos" (ibídem) y el de San Antonio (lám. 2). Estos dos últimos defendían los desembarcaderos que daban acceso a otros tantos caminos que conducían a la ciudad.

³⁸ Ob. cit., pág. 147.

³⁹ Cuando disponía la construcción de una batería en el sector de San Benito, encontró la muerte el ingeniero mayor Juan de Oviedo (Valencia: ob. cit., pág. 154).

al que hoy ocupa el convento de Santa Teresa (lám. 2, V) se indican las baterías emplazadas para batir las naves del enemigo.⁴⁰

En las inmediaciones del convento benedictino, se ve el “Cuartel de yndios de la tierra” (lám. 5, X)⁴¹ y al borde del camino, frente a una ermita que podría ser la de San Pedro, al resguardo de unos cerros (ibídem, K), está otro campamento ocupado por una “compañía de gente de la tierra”.

En el lado opuesto, a la derecha del cuadro, sobre una eminencia “distante de la Plaza un tiro corto de mosquete” (lám. 7, +) aparece el convento del Carmen, donde se alojó y dispuso su puesto de mando don Fadrique de Toledo, y en sus inmediaciones los cuarteles de los tercios mandados por los maestros de Campo Don Juan de Orellana y Antonio Muñiz Barreto (ibídem, B y C).

“En el cuartel del Carmen —escribe Valencia— se hicieron muchas baterías, la primera de cinco piezas en el costado derecho en un través para echar a pique los navíos del enemigo (lám. 4, D) como se hizo admirablemente...”; “y por orden de su Excelencia se le abrió una delante del convento de el Carmen (ibídem, F) con que se le hizo grande estrago”. “Abriósele otra (ibídem, E) y... fuéronse sacando trincheras contra la ciudad, guarnecidas de mosquetería, de donde no se cesaba de día ni de noche de tirar sin dejar asomar un hombre a las murallas...⁴² Esas líneas de trincheras están también en el cuadro.

En los primeros términos del lienzo (lám. 7, H) aparece el cuartel de las Palmas, emplazado sobre la colina donde hoy se encuentran la iglesia y convento de ese nombre. “Pareciéndole... que el circuito de la ciudad era grande, y que al enemigo se ha de divertir por las más vías que pueda, ordenó su Excelencia al maestro de Campo Don Juan de Orellana se pusiese en medio de los dos cuarteles del Carmen y San Benito, en una eminencia y sitio llamado de las Palmas, donde se fortificó con ochocientos hombres más que se desembarcaron, abrió trincheras haciendo una batería de seis cañones (ibídem, I) todo dispuesto como su de mucha experiencia”.⁴³

Como es natural, el pintor no se olvidó de indicar en el cuadro los fuertes que defendían los accesos a la ciudad y al puerto y las obras defensivas que reforzaron o construyeron los holandeses. A la izquierda del cuadro (lám. 2) junto a la playa donde se efectúa el desembarco,

40 “Don Juan Fajardo puso enterradas en un través a la mar dos piezas gruesas con que tiró a su armada, y les echó a pique algunos navíos”. (Valencia: ob. cit., pág. 154).

41 El 17 de abril “llegaron de socorro en canoas el capitán Salvador Correa de Benavides, con duzientos indios flecheros, de el Río Janero los cuales quedaron en el cuartel de San Benito” (Valencia: ob. cit., pág. 155).

42 Valencia: ob. cit., pág. 154.

43 Valencia: ob. cit., pág. 155.

aparece el fuerte de San Antonio de la Barra, situado en la punta del Padrón, en la entrada de la bahía. Ignoro si, en la época de referencia, tenía esa forma de torre circular, al parecer con un puentecillo de acceso, con que lo representa el pintor, pero debo insistir en la exactitud de éste en otros detalles del cuadro.

En la ciudad baja, a lo largo de la playa, se indican las “estancias en que pusieron artillería” (lám. 8, 4) o sea los baluartes provisionales construídos por los holandeses para defender el fodeadero. Con todo detalle se representa el fuerte de Nuestra Señora del Pópulo, luego llamado de San Marcelo y también conocido por “Forte do Mar” (ibídem, 3) construído poco antes de la invasión holandesa⁴⁴ sobre un arrecife situado a poca distancia de la playa. Su planta dibuja un polígono de nueve lados, formado por un trapecio con un baluarte en el lado mayor que mira hacia el mar.⁴⁵ En la pintura se representa con detalle el puente de madera que le daba acceso.

A la derecha del cuadro (lám. 4, BB) en la playa donde desembarcan las tropas, vemos el “Castillo que dicen Agua de Meninos”, que era una de las “tres o cuatro fortalezas de piedra y cal” que mandó construir el gobernador don Francisco de Souza (1591-1598),⁴⁶ que también se llamó fuerte de Santiago o de San Alberto. El pintor —sobre cuya exactitud en los detalles hay que insistir— lo ha representado con un cuerpo central y dos torreones circulares con aspilleras o sea en forma muy semejante al “fortinho de Santo Alberto” cuya planta y alzado, tal como se encontraba a principios del siglo XIX (1802) dio a conocer Vilhena.⁴⁷

⁴⁴ Ya en tiempos de Felipe II se había dispuesto la construcción del fuerte, según planos del ingeniero Leonardo Turriano aprobados por el ingeniero mayor de España Tiburcio Spanochi (Accioli-Amaral: ob. cit., I, pág. 432). En 1622, mandó el rey que se hiciese el fuerte de acuerdo con la relación y la traza presentadas por el ingeniero Francisco de Frías de Mezquita, (Fonseca Luiza da: *Subsidios para la Historia da Bahía*, en *Annais do primeiro Congresso de Historia da Bahía*, II, Bahía 1950, pág. 415). Frías de Mezquita, “arquitecto mayor de S. M. en estas partes del Brasil”, inició las obras (1623) durante el gobierno de Don Diego de Mendoça Furtado (Campos, J. da Silva: *Fortificações da Baía*, Río de Janeiro, Publicações do SPHAN, 1940; pág. 55 y sigs. y Silva Nigra, Dom Clemente M de: *Francisco Frías de Mesquita, engenheiro-mor do Brasil*, en “Revista do Serviço do Patrimonio Histórico e Artístico Nacional” n.º 9, (1940), págs. 12-13). Valencia Guzmán (ob. cit., pág. 65) nos dice que cuando el citado gobernador recibió aviso de que se preparaba una expedición en Holanda, empezó a hacer un fuerte sobre unas peñas en la marina, donde puso diez piezas de artillería”. Añade más adelante (pág. 74) que los holandeses después de ocupar la ciudad “acabaron el fuerte nuevo”.

La leyenda del cuadro dice: “Fuerte empesado por el Gobernador Diego de Mendoça Urtado de que estaua una parte fuera del agua a que los enemigos leuantaron parapeto”.

El fuerte de San Marcelo, de planta circular tal como está hoy, es obra posterior, terminada en 1728 (Campos: ob. cit., pág. 62).

⁴⁵ Así figura también en la planta de la ciudad incluída en la obra de Barlaei, Gasparis: *Rerum per octennium in Brasilia*; Amsterdam, 1647. Asimismo en la *Planta da restituição da Bahía*, incluída en el *Atlas de João Texeira Albernaz* (1631), conservado en la Mapoteca de Itamarati, en Río de Janeiro.

⁴⁶ Campos: ob. cit., pág. 12.

⁴⁷ Vilhena, Luis do Santos: *Noticias soteropolitanas e brasílicas* publicadas por Braz de Amaral: vol I, (Bahía, 1922), pág. 226.

La coincidencia citada y la exactitud que informa al pintor en la representación de múltiples detalles del cuadro, nos permiten conocer así el aspecto exterior del fuerte de Agua de Meninos, que defendía el acceso a la ciudad por la parte del norte.

En ese lado del ángulo superior derecho del cuadro, con menos detalles por hallarse en segundo término, se ve la punta de la península de Itapagipe y el fuerte de Montserrate (lám. 4), que era entonces una fortaleza pequeña y de poca defensa.⁴⁸

La vista panorámica de la ciudad (lám. 8) nos ofrece una preciosa estampa del casco de intramuros, que permite no sólo identificar calles y plazas sino también conocer la fisonomía de algunos edificios.

La ciudad aparece cercada por la parte de tierra con cortinas y baluartes, desde la puerta de Santa Lucía (núm. 9) hasta hasta la de Monte Calvario (núm. 13) o del Carmen, sirviendo de defensa a la muralla el riachuelo que los holandeses represaron (núms. 13, 27) formando el foso de agua que se llamó “el Dique”. Con el tiempo se fue desecando y en 1685, según un informe del ingeniero João Goutinho, estaba “todo desalagado e a mayor parte delle povoado de hortas”.⁴⁹ Cuando la ciudad desbordó el primitivo recinto extendiéndose a las colinas del otro lado de la quebrada, adquirió ésta el expresivo toponímico de “Rua da Vala”, y en el pasado siglo, fue canalizado y cubierto lo que restaba del antiguo curso de agua, abriéndose la calle que hoy lleva el nombre del Doctor José Joaquín Seabra, bajo cuya administración se hizo la obra. Surgió así la pintoresca vía comercial que, siguiendo la quebrada, ciñe el primitivo núcleo urbano de la ciudad alta y se prolonga hacia el norte hasta enlazar con la antigua “Fonte Nova” — hoy Djalma Dutra — abriendo así acceso a populosos barrios.

Los holandeses mejoraron las defensas de la ciudad, dejándolas tal como aparecen en el cuadro. “Lo primero que hicieron fue una estacada y el foso, con sus diques y cortaduras que cogía desde casi la puerta del Carmen hasta toda la parte que tiene la ciudad por la tierra firme; luego hicieron de tierra y fagina una muralla terraplenada con sus diez caballeros y terraplenes con sus traveses y casamatas, todo lo cual garantizaron con mucha y buena artillería de fierro colado y bronce, y por la parte y vertiente que tiene la ciudad a la marina dos estacadas que no se podían romper menos que con artillería”.⁵⁰

Todas las casas tenían sus “quintales” o jardines interiores, tal

48 Tamayo de Vargas: ob. cit., pág. 102.

49 Fonseca: ob. cit., pág. 427.

50 Valencia: ob. cit., págs. 73-74.

como se ve en el cuadro. Ya en la séptima década del siglo XVI, nos dice Gabriel Soares que “la vista de esta ciudad es muy apacible a lo largo por tener las casas sus quintales llenos de árboles y palmeras que sobresalen a los techos o cercas, y de narangeras que todo el año están llenas de naranjas, que miradas del mar especialmente, hacen armoniosa y apacible vista, por extender mucho la ciudad a lo largo de él”.⁵¹

En la plaza principal —hoy Plaza de Thomé de Souza— el pintor ha indicado las “Casas del Rey (lám. 8, 21), antigua residencia de los gobernadores y la “Cárcel Real” (ibídem, CC) o sea la Casa de Cámara. La fachada de este edificio está sesgada dando así una forma irregular a la plaza. Siguiendo hacia el norte se indica la “Yglesia y Casa de la Misericordia” (ibídem, 20), cuyo cuerpo central terminado en un piñón debe corresponder a la capilla. Calle adelante se encuentra la antigua catedral, “situada con el rostro a la mar de la Bahía, frente del ancladero de los navíos, con un tablero delante de la puerta principal a pique sobre el desembarcadero donde tiene grande vista”.⁵² Tiene una torre rematada por agudo chapitel en el lado del Evangelio (ibídem, 19).

En el extremo norte de la ciudad dando las espaldas al mar, ocupaba entonces una amplia extensión de terreno el Colegio de la Compañía de Jesús, con el claustro del dormitorio (ibídem, 16) y otras edificaciones y dependencias.⁵³ A continuación hasta casi alcanzar las Puertas del Carmen, se extendía la huerta y la “Ollería de los dichos Padres” (ibídem, 17). Delante del Colegio se ve una plaza amplia, el actual Terreiro de Jesús “donde se representan las fiestas de a caballo..., el qual está cercado en quadro de nobles casas”.⁵⁴ También se indican dentro del casco de intramuros el convento de San Francisco (ibídem, 18) y la antigua iglesia de Nuestra Señora “da Ajuda” (ibídem, 22), donde años después (1640) pronunciaría el jesuita P. Vieira su famoso sermón con motivo de la victoria sobre los holandeses en su frustrado intento de apoderarse otra vez de la ciudad.

La ciudad carecía de murallas por el lado del mar, ya que eran innecesarias desde el punto de vista defensivo a causa del brusco desnivel, que en el cuadro aparece cubierto de espesa arboleda. Con la

51 Soares de Souza: ob. cit., pág. 113.

52 Soares: ob. cit., pág. 110.

53 El P. Cardim describió así el Colegio de la Compañía en 1588: “Os padres têm aqui collegio novo quasi acavado; é una quadra formosa con boa capella, livraria, e alguns trinta cubiculos, os mais delles tem as janellas para o mar. O edificio e todo de pedra e cal de ostra, que e tão boa como a pedra de Portugal. Os cubiculos são grandes, os portaes de pedra, de portas d’angelim forradas de cedro; das janellas descobrimos grandes parte de bahia e vemos os cardumes de peixe e balêas andar saltando n’agua, os navios estarem tão perto que quasi ficam a falla. A igreja e capaz, ben cheia de ricos ornamentos...” F. Cardim: *Tratados da Terra e Gente do Brasil*, Coleção Brasileira, serie 5.ª, vol. 162, 2.ª edición; Río de Janeiro, 1939; pág. 255.

54 Ibídem, pág. 109.

exactitud que le caracteriza, el pintor indicó los caminos que comunicaban la ciudad alta y la ciudad baja. A la izquierda, fuera de las murallas, se ve el camino que descendía a la “Ribeira dos Pescadores” —la actual “Preguiça”— tal vez el mismo por donde, según Gabriel Soares⁵⁵ circulaban carros. De las espaldas de las “Casas del Rey” (lám. 8, núm. 21) parte otro camino que corresponde al llamado “Ladeira do Pau da Bandeira”; y por detrás de la Casa de Misericordia (ibídem, 20) se ve la actual “Ladeira” de ese nombre. Al otro lado de la ciudad, fuera de la puerta del Carmen o de Monte Calvario, podemos ver otro camino que va a terminar cerca de una de las fuentes (ibídem, 5) donde se aprovisionaban los navíos. Es la actual “Ladeira de Taboão”.

No podían faltar en el cuadro los “guidastes” (ibídem, DD, DD, DD), especie de rudimentarios funiculares que se utilizaban para subir mercancías desde la ciudad baja a la alta. Los de la izquierda son los “Guidastes da Praça”, que se citan en documentos de 1630; ⁵⁶ más a la derecha vemos otro, a espaldas de las primeras casas de la “Rua da Misericordia”; y detrás del Colegio de la Compañía se encuentra el “Guidaste dos Padres”, cuyo expresivo nombre se conserva en una calle de la ciudad baja, a pesar de los múltiples cambios experimentados en la toponimia callejera al correr de los siglos. El pintor, siempre minucioso, no dejó de representar las grandes ruedas que movían los referidos ingenios.

Veamos, para terminar, otros lugares indicados en el lienzo. Las “Casas de Campo Obispaes” tienen el aspecto de una palacio de tras plantas con techo a dos vertientes (lám. 2, EE). Aldemburgk cita la casa de recreo de los prelados de Bahía, que estaba situada en lo alto de un morro donde hoy se encuentra la iglesia de San Antonio de la Barra. ⁵⁷ La “fuente llamada del fidalgo” (ibídem, 8) no sé si podrá identificarse con la que hoy conserva el nombre de Gabriel Soares.

Si el artista llevó al lienzo con tanta exactitud el escenario del cerco de Bahía, no menor fue su minuciosidad en una serie de detalles, tan concordantes con las relaciones contemporáneas que hacen del cuadro una verdadera crónica gráfica del hecho de armas y de la vida de la ciudad en los momentos azarosos de la lucha por su reconquista. Innumerables figuras animan la escena. En la ciudad, los defensores disparan desde las murallas. Pelotones de soldados parecen dirigirse a relevar la

⁵⁵ Soares: ob. cit., pág. 111.

⁵⁶ *Livro velho do Tombo... de São Bento*, pág. 180.

⁵⁷ *Silva Nigra: A invasão holandesa...*

guarnición de algún baluarte; una compañía está formada en el Terreiro de Jesús; en la Plaza, delante de las Casas Reales, están ajusticiando a un hombre. Ajenas al fragor de la contienda, unas negras —tocadas con el típico “torso”, especie de turbante que todavía usan las bahianas del pueblo— lavan ropa a orillas del Dique (lám. 8); algunas prendas se secan al sol en la ribera, mientras unos esclavos que llegan con canastas a la cabeza, nos dicen que aún durará el trabajo de las lavanderas.

Desde la playa de “Agua de Meninos” avanzan en correcta formación unos tercios. Por un camino lateral (lám. 7) desembocan unos peones, cargados con gruesos haces, que van camino del cuartel del Carmen.⁵⁸ Los pelotones de infantes avanzan precedidos por el tambor y el alférez que lleva la bandera. Más adelante, unos arcabuceros están cruzando un puente de madera que salva el hondo cauce del Río de las Tripas, mientras el grupo de oficiales a caballo que encabeza la formación, va subiendo la ladera para alcanzar el cuartel de Palmas, donde los reciben a tambor batiente.

En los cuarteles se ven tiendas de campaña y barracas de madera formando calles tiradas a cordel. Por la ladera de la “Fonte das Pedras”, camino de los campamentos de San Benito (lám. 6) suben dos negros llevando un tonel colgado de una pértiga; otros dos, con cántaros en la cabeza, parecen llevar agua a los soldados de la compañía de “gente de la tierra” acantonada más arriba. Tres carros de bueyes siguen el mismo camino y un carretero —con la aguijada en la mano izquierda— parece animar a los animales en el esfuerzo para emprender la subida de la empinada ladera.⁵⁹ Camino adelante vemos soldados con las picas al hombro, parejas de esclavos llevando barriles y otros que parecen conducir a un herido en una hamaca (lám. 5). El conjunto de figuras que pueblan la campiña y los campamentos no puede ser más abigarrado; arcabuceros con el mosquete en posición de disparar, apoyado en la horquilla; artilleros disparando las piezas; indios con el arco y las flechas...

Entre los árboles destacan las bananeras, algunas con gruesos racimos de frutos dorados cuyas anchas hojas parece que reciben la fresca caricia de un “ventecijo suave —la virazón, se le llama en Bahía— que sopla desde el mediodía hasta la mitad de la noche”, de que nos habla el salmantino Valencia y Guzmán⁶⁰ cuando se recrea describiendo “la tierra feraz y de hermosas vistas, causadas de la amenidad y verdura de los campos llenos de árboles que en todo el año no se ven desnudos de sus hojas”.

58 “En el Carmen... empezó la infantoría a hacer fagina”... Valencia: ob. cit., pág. 152.

59 Desembarcados los bastimentos, artillería, etc., “se metió en almacenes de tablas que para ello se hicieron, de donde en carros de bueyes se subía con comodidad a los cuarteles lo necesario...” Valencia: ob. cit., pág. 148.

60 Ob. cit., pág. 50.

En la parte baja del lienzo, el pintor ha animado el primer término con escenas de paz y de piedad, sorprendidas en lugares alejados del escenario de la contienda. Así, en el lado izquierdo (lám. 5) vemos un arriero con la caballería cargada con serones llenos de frutas y dos clérigos, uno de los cuales lleva un crucifijo en la mano. Dos cerdos devoran los gruesos frutos que han caído de un frondoso árbol y un indio flechero parece apuntar con su arco a una pacífica oveja. Ante la puerta de una ermita —tal vez la de San Pedro— un soldado, rodilla en tierra, eleva una plegaria. El artista no deja de consignar con su preocupación por la exactitud, el detalle topográfico: la “fuente que llaman de Villa Vieja de que bebe la ciudad”⁶¹ (lám. 5, Y). En el otro lado del cuadro (lám. 7) contemplamos dos escenas piadosas: un religioso franciscano, con los brazos abiertos en cruz, dirige la palabra a un grupo de hombres arrodillados, en tanto que otro fraile parece escuchar la confesión de un penitente; y en el ángulo inferior derecho, a la sombra de un árbol que deja en penumbra la escena, sorprendemos a un grupo dedicado a la triste tarea de dar sepultura a los muertos. Unos soldados se disponen a depositar un cadáver en la fosa, mientras un franciscano lee el oficio de difuntos; otro soldado le quita las botas al compañero de armas que ha caído en la lucha; y otros llegan al improvisado cementerio conduciendo en unas angarillas la última baja causada por las balas enemigas. Como el pintor es tan exacto en todos los detalles cabe preguntarse si, efectivamente, en ese lugar que parece corresponder a la vertiente occidental de las colinas de Brotas, recibirían sepultura algunos de los muertos en las trincheras de Palmas y del Carmen.

Es posible que el cuadro fuese pintado por encargo del propio don Fadrique de Toledo, o por algún otro de los altos jefes militares deseoso de guardar así un recuerdo de la gloriosa “Jornada del Brasil”. Si el autor no estuvo en Bahía tomando parte en ella, debió disponer —además de la documentación literaria— de buenos croquis o bocetos tomados directamente del natural por algún expedicionario.⁶² No se puede explicar de otra manera la minuciosa exactitud que se observa en tantos detalles, la fluidez narrativa que parece trascender la emoción de escenas vividas. Nada tendría de extraño que en la expedición figurase algún artista capaz de haber pintado del natural los bocetos que luego le

61 Es la antigua “fuente del Camino Viejo de la Villa Vieja” o “fuente de la Villa Vieja”, llamada hoy “Fonte dos Coqueiros da Piedade”.

62 No cabe pensar en el ingeniero mayor Juan de Oviedo —arquitecto y escultor famoso por sus obras en Sevilla— ya que murió a los pocos días de iniciado el sitio. En la nómina de jefes y oficiales figura otro ingeniero (Valencia: ob. cit., pág.105), cuyo nombre no se cita.

servieran para elaborar el cuadro, pues ya hemos visto que el mejor cronista de los hechos tomó parte en ellos como simple soldado.⁶³

El cuadro parece haber sido pintado en fecha inmediatamente posterior al hecho de armas. Su atribución a alguno de los pintores de la época resulta difícil, ya que carece de figuras de gran tamaño y de otros elementos que permitan formar idea del estilo del artista. En realidad el problema del autor es secundario. Sea quien fuere, el cuadro tiene importancia por sí, como excelente y exacta crónica gráfica de uno de los hechos de armas del reinado de Felipe IV. Y además, constituye la vista panorámica más importante —por su exactitud, por su entidad y por su valor artístico— que hasta ahora se conoce, de una ciudad americana en un momento trascendental de su historia y de su vida urbana. La ciudad de Bahía, capital del Brasil portugués, cuya historia escribieron tantos cronistas y cuyas bellezas cantaron tantos poetas, tuvo también un pintor: el anónimo autor del cuadro propiedad del marqués de Almunia.

LEYENDAS EXPLICATIVAS DEL CUADRO

- 1 Castillo de S. Antonio y Primer Puerto.
- 2 Puerto donde los enemigos tenían sus naues trauadas unas de otras.
- 3 Fuerte empesado por el Gobernador Diego de Mendonça Urtado de que estaua una parte fuera del agua a que los enemigos leuantaron parapeto.
- 4 estancias en que pusieron artillería.
- 5 fuentes de que se hace aguada para las naus.
- 6 trincheras que hicieron de nueuo.
- 7 trinchera y estacada que tiraron de arriba abajo.
- 8 fuente llamada del fidalgo.
- 9 Puerta de la Ciudad dicha de Santa Lucía en que de más de la fortificación vieja que ellos adereçaron hicieron por de fuera dos baluartes más baxos que guarneceran con artillería.
- 10 baluarte de que tiraron una trinchera y estacada hasta cercar con el agua y por la parte de dentro las trincheras y cortaduras como se ve en el deçeño.
- 11 Plaça baxa en que tenían tres pieças pequeñas para defensa del dique.

⁶³ Ignoro con qué base afirma Núñez Arca (*Os tres Felipes da Espanha que foram reis do Brasil*; São Paulo, 1957, pág. 125) que el pintor madrileño Félix Castelo formó parte de la expedición a Bahía.

- 12 Dique con que represaron el agua con su revés...i de estacada.
- 13 Puerta de la ciudad llamada de Monte Caluario en que hicieron por de fuera los dos baluartes.
- 14 Trincheras que hicieron para defender la estacada.
- 15 Fortificación hecha por los enemigos.
- 16 Colexio de la Compañía de Jesús en que en el dormitorio notado con número 16 pusieron dos piezas de artillería.
- 17 Ollería de los dichos Padres en que tenían tres Piesas.
- 18 monesterio de S. francisco capuchos.
- 19 yglesia mayor catredal.
- 20 yglesia y casas de la misericordia.
- 21 Casas del Rey .
- 22 yglesia de Nuestra Señora de ayes cas (*sic*).
- 23 Casas arruinadas y algunas del todo arasadas por los enemigos.
- 24 Fuente nueva de que bebía la ciudad cubierta con el lago.
- 25 Fuente de S. francisco también cubierta.
- 26 Camino para la marina de solamente se seruían teniendo los otros cerados.
- 27 Diques con que Represaron el agua que estaua en mucha altura.
- + Conuento de N. S. del Carmen muy denificado por los enemigos.
- A Alojamiento del Sr. Don fredrique de Toledo osorio en laanguardia y frente del quartel distante de la Plaza a tiro corto de mosquete.
- B Quartel del mastro de campo Antonio muñiz bareto y su tercio.
- C Quartel de parte del tercio del maestro de campo don ju[an] de orellano.
- D batería para las naus del enemigo.
- E batería para la ciudad con que se le hiço gran daño.
- F batería que se hiço para por lado descubrir la fuerteficación de la ciudad.
- G Casas terraplenadas para hazer espalda a nuestra ynfantería de los golpes de artillería del enemigo y todas las arruinadas del.
- H Quartel de las Palmas en que estuuo el maestro de c[ampo] d. ju[an] de orellano con su tercio de gente portuguesa.
- I batería para la ciudad.
- K Quartel en que estaua una compañía de gente de la tierra.
- L Quartel del maestro de campo marqués de torrecuso con su tercio de italianos.
- M Quartel del maestro de campo d. Pedro Osorio y su tercio.
- N Conuento de S. benito muy dañificado por los enemigos alojamiento del maestro de campo d. francisco de almeyda y su tercio de portugueses.

- O batería de los ytallanos que fuei de mucha efeto.
- P batería con que se hiço mucho daño al enemigo.
- Q Trincheras tiradas por los ytallanos para llegar a la ciudad.
- R trincheras tiradas por los portugueses y castellanos para el mismo efeto.
- S trinchera hecha al principio para cubrir la gente.
- T trinchera hecha al principio.
- V baterías a las naus del enemigo.
- X Quartel de yndios de la tierra.
- Y fuente que llaman de villa viexa de que beue la ciudad.
- Z naus enemigas que muy maltratadas de nuestra artillería las más dellas se echaron a fondo.
- AA Collados que están a la redonda de la ciudad siéndole padrastrós y de la misma altura que el alto della.
- BB Castillo que dicen agua de meninos y segundo puerto que tomaron los nuestros.
- CC Cárcel Real.
- DD grúas que siruen de subir las mercaderías del puerto a la ciudad.
- EE Casas de Campo obispales.

Depósito legal.—SE-107-1959.

LAMINAS

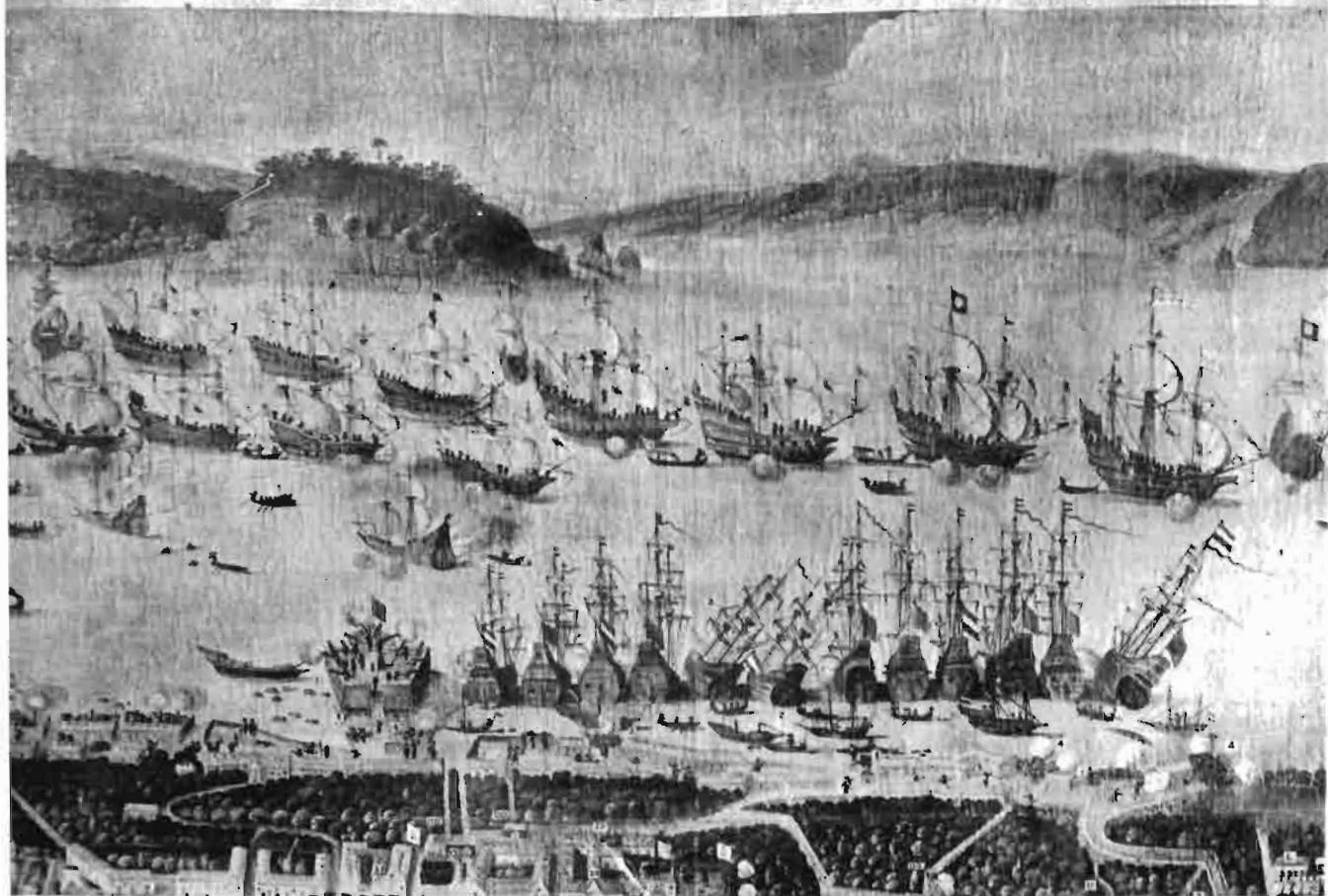


LAMINA 1.—"Sitio y empresa de la Ciudad de Salvador en la Baya de Todos Santos por Don Fadrique de Toledo Osorio...". Cuadro propiedad del Excmo. Sr. Marqués de Almuíña, Sevilla. Pormenores del mismo en las láminas siguientes



LAMINA 2.—Desembarco de las fuerzas en la playa de la Barra

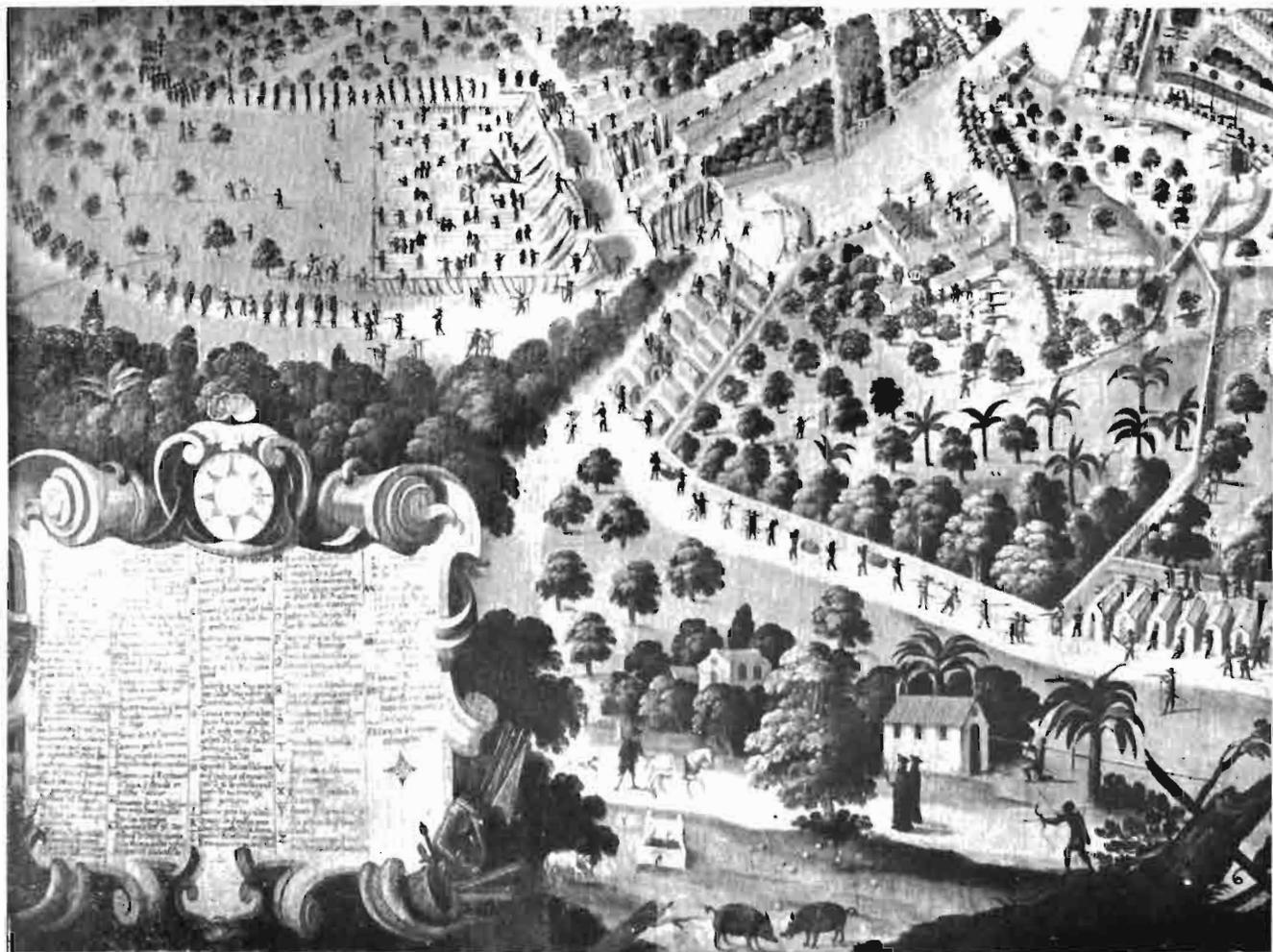
RESA DE LA CIUDAD DEL SALVADOR EN LA BAYA DE TODOS SANTOS POR DON FADRIQUE DE TOLEDO OSORIO, CAPITAN GENERAL Y EXERCITO DEL MAR OCEANO, Y REYNO DE PORTUGAL. A XXX, DE ABRIL, AÑO 1625, REYNANDO DON PHILIPPO IV.



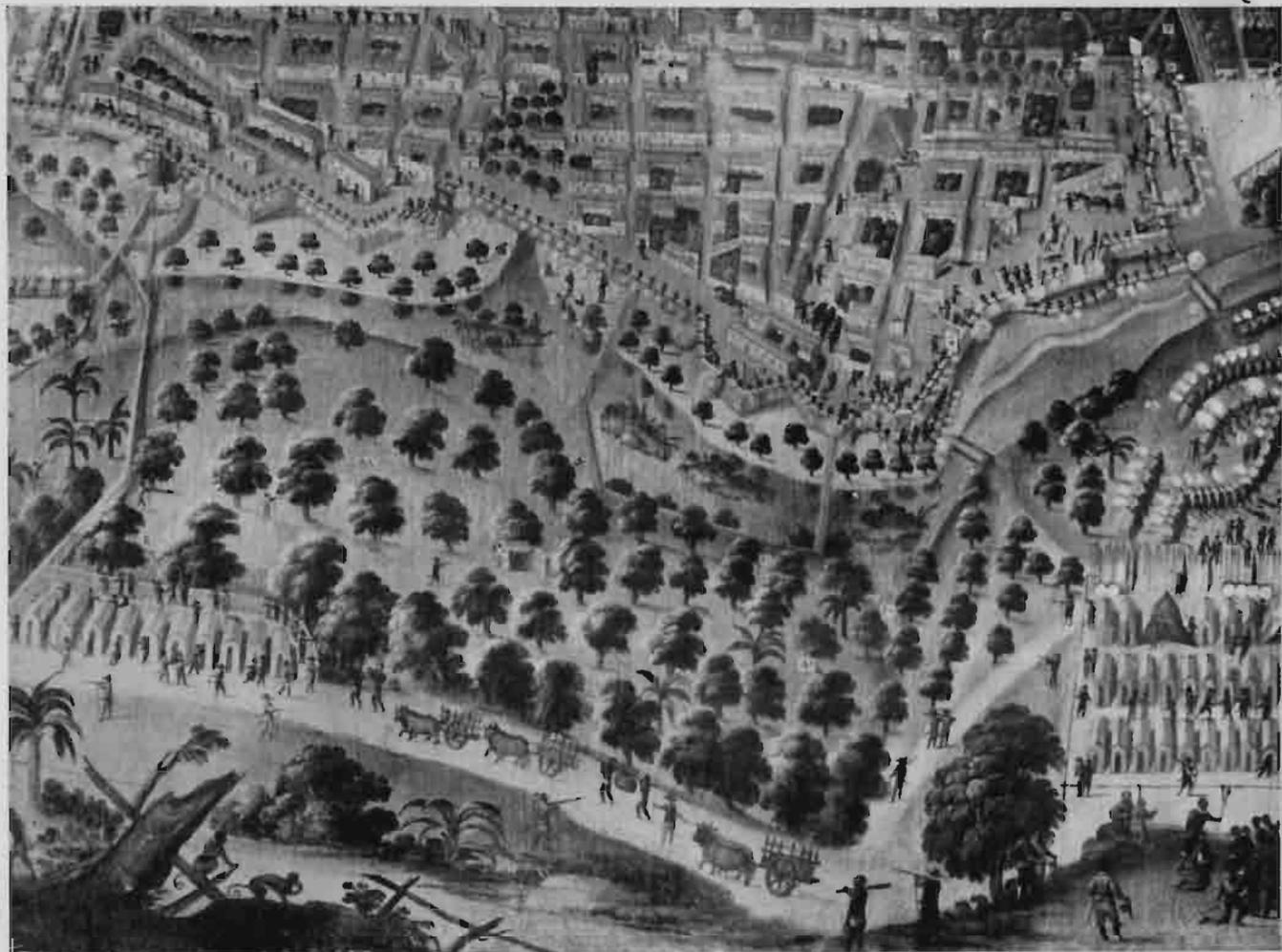
LAMINA 3.—La armada española y los buques holandeses



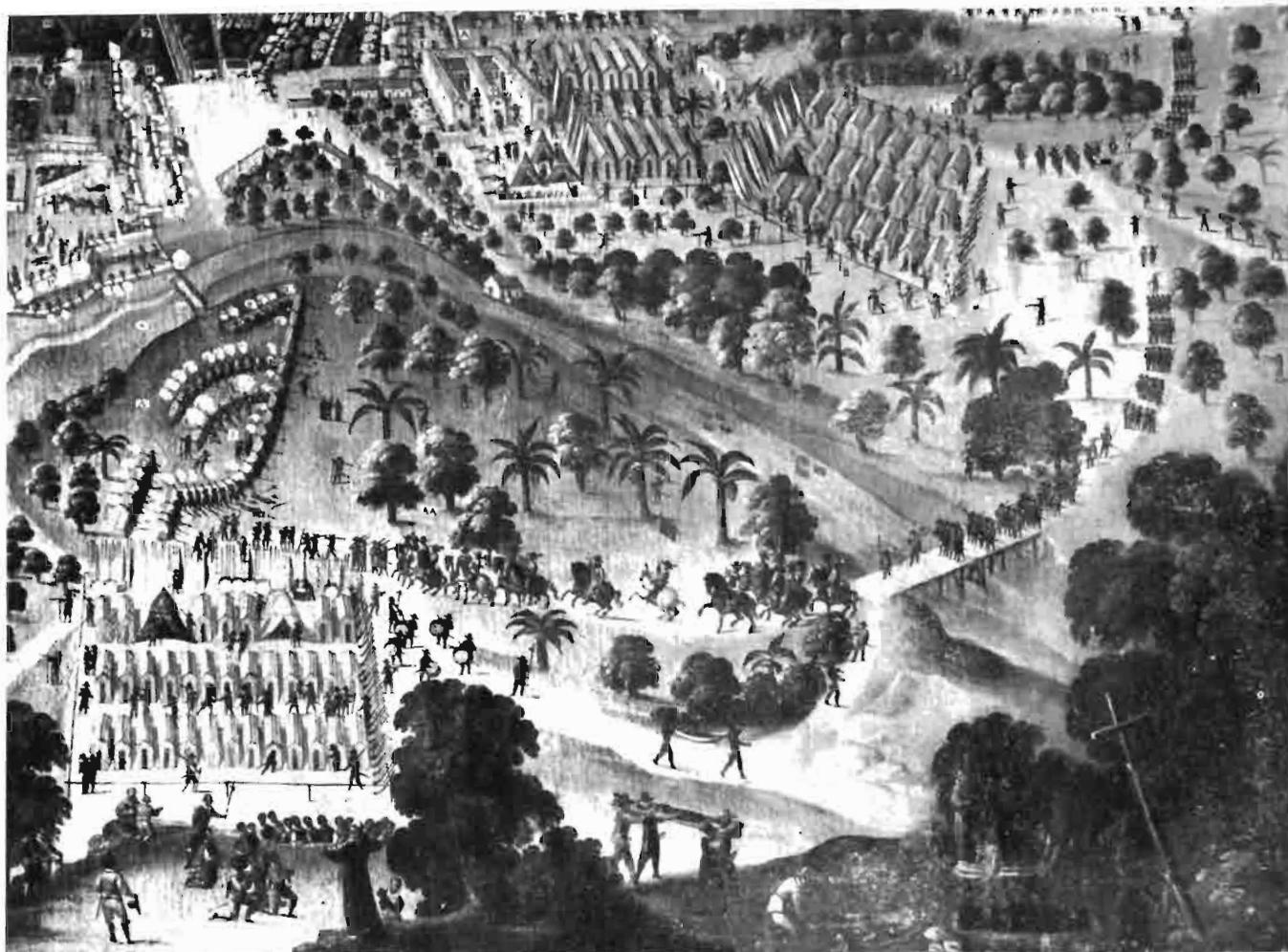
LAMINA 4.—Navíos españoles en la ensenada de Itapagipe



LAMINA 5.—El monasterio de San Benito y sus alrededores



LAMINA 6.—Vista parcial del recinto amurallado y sus alrededores



LAMINA 7.—Campamentos del Carmen y de Palmas



LAMINA 8.—Recinto de la ciudad y puerto

A José Miguel Azala con el afecto
de

Adelmorey Alcega

EL POETA Y SAN MARCOS

ANDRÉS DE LORENZO-CÁCERES

EL POETA
Y SAN MARCOS

Viñeta de Xavier Casais



Isla de Tenerife
MCMXXXII

*A la ternura de mis padres
dedico este cuaderno.*

Cómo escribí este cuaderno

EL cuaderno sobre las rodillas, sentado a la ventana, saludo a mis jóvenes amigas. La ventana cae sobre el parque; frente a ella, un yuca abre dos blancos ramilletes; los jardines limitan su desbordante floración entre sencillos setos verdes; tras las frondas de los árboles, el mar azul reverbera a la luz matinal; y, estas jóvenes amigas mías y bellas playeras, atraviesan la calle, la cesta de pescado a la cabeza y un gracioso “Adiós” en los labios al pasar junto a la ventana en qué voy escribiendo mis crónicas del verano, inspiradas en los ojos hondos y penetrantes de Nemesia; en los pícaros y pequeños de Lucía; en los salvajes y negros de Delia; en los verdes e infantiles de Hermenegilda; y en los extraños ojos de almendra de Pilar, ojos que tienen luces de Asia y parece, según están sumidos en cálido sopor, borrachos de opio.

Como Stendahl, quiero repetir: “He aquí detalles exactos”, y estampar en mi cuaderno que Icod de los Vinos — donde veraneo — tiene en cifras aproximadas diez mil vecinos, dos mil quinientos edificios, está situado en un pintoresco valle que baja desde el Teide al Atlántico, donde tiene un pequeño puerto de mar y una playa, la de San Marcos, a doscientos metros de la población, y que en este hermoso valle se cosechan plátanos, tomates, patatas y vino, y se cría, particularmente, excelente ganado bovino.

Después de haber escrito, suelo tomar el desayuno en una pieza de la casa donde, a esa hora, afluyen los medianeros de la casa portando los frutos de las diversas cosechas. Si traigo a la memoria esta relación debo añadir que tales escenas son aquellas cuyo recuerdo siempre permanecerá indeleble en mi memoria y que la hora en que acontecen es la hora del día que doy por mejor empleada y me siento más feliz. Probar la fruta fresca es un placer sencillo y una curiosidad de sabor antiguo, y es también, una de mis diarias satisfacciones. Unos minutos dentro de la despensa, cuando la fruta ha sido colocada en los tableros, la miel en sus vasijas, los quesos en sus tablas, las hortalizas en sus puestos, son unos minutos en que el espíritu se ensancha al respirar

este zumo agrícola, este baho tibio y perfumado de los frutos de la tierra, tan naturales y queridos ante los frutos transformados por la industria. Sólo en la casa existe una pieza comparable a ésta, y es sin duda alguna, el granero; en él se recogen las semillas, se guardan los cajones con las almendras, higos pasados, granos, nueces ... Y se coleccionan todos los artefactos inútiles, los restos de muebles, el farol sustituido, la silla desvencijada, y una vieja litera tapizada de seda verde con adornos dorados, cuya tapicería gastada en la ventanilla, entre el polvo y la telaraña, ofrece el recuerdo de la tibieza de aquella mano que agitara un pañuelo de encaje al saludo de un sombrero de copa.

Ellas han vendido el pescado y yo cierro mi cuaderno para subir a almorzar e ir, luego, a la playa, de donde ya no regresaré hasta la noche, hacia la hora en que llega el periódico que publicará, con letras exactas y uniformes, las páginas escritas durante las mañanas; páginas trazadas con lápiz y una letra desigual y nerviosa, para las que yo quisiera la limpidez de los blancos ramilletes del yuca, la vivacidad y expresión de los ojos de las bellas playeras, la perenne novedad del mar azul y la ordenación de sus imágenes en el estilo, justamente como se contiene el aroma en las flores del parque que le exhalan.

Graziela

A Edmundo Trujillo

LA isla de Prócida, junto al mar Tirreno, conoció un día lejano los ardores de la juventud de un poeta francés. Alfonso de Lamartine que es quien estuvo a la altura de sus veinte años en Prócida, cerca de Nápoles, escribió la linda novela que lleva, en el título, el nombre de la hija del pescador italiano y en la firma, el del amante de Graziela. Alfonso y Graziela bajo el sol napolitano, en el claro refugio de la isla, colgado sobre el mar, cuando el Romanticismo era la norma literaria y el canon de la vida social, quemaron sus corazones con la misma llama. Graziela trabajaba el coral, era bella y tenía una hermosa trenza. Alfonso escribía versos, era inteligente y poseía un libro que leía en voz alta a la familia de su amada que, unánime, premiaba con abundantes lágrimas el patético relato que contaba los amores de Pablo y Virginia. Alfonso y Graziela tuvieron en aquellos momentos de su vida conmovedores encuentros, como aquel de la casa deshabitada de la isla de Prócida, a raíz de la huida de Nápoles de la novia, cuando se la quería casar con un rico pariente que ejercía el comercio. Entonces Graziela se propuso entrar en Religión, se cortó su bella trenza — la misma bella trenza que un día recibiera, en Francia, el amante poeta junto con la noticia de la muerte de su amada — y corrió a refugiarse en la pequeña isla, donde poco después arribaba Alfonso seguro en sus pensamientos, y la rescataba, en aquellas escenas escritas por su mejor pluma, la pluma movida por el recuerdo de aquellas horas de casta unión, de exaltadas palabras y enfebrecidas razones.

Aquí, en San Marcos, viven otras Grazielas; pero fijémosnos en una, acaso la única que consuma en el corazón la llama de la amada del poeta francés; fijémosnos en ella y digamos, sin rodeos, que es de mediana estatura, de cabellos negros rizados en hermosos bucles, de tez morena, de ademanes muy desenvueltos y graciosos, de ojos, — ¿ cómo acertar en la pintura de estos ojos? —, si dormidos, despiertos; si vivos, serenos; si fijos, ausentes; si dulces, arrebatados. Y esta belleza, hicieron que uno de los dos poetas — dos poetas como en el caso de la novela: el enamorado y el amigo del

enamorado — la bautizara con el nombre de la heroína napolitana. Pero la historia— aun estando en relación sus personajes — no podrá ser repetida, y Graziela de amante del poeta ha venido a ser su musa; una musa querida y respetada que no ha leído un verso de Alfonso de Lamartine, ni sabe nada de poetas, sino de este amigo con quien platica a la tarde, junto al chorro de agua fresca que va llenando su vasija con la misma alegría que la palabra del enamorado va rebosando su corazón.

Entre dos maletas

LA maleta de Sterne contenía, en Montreuil, un pantalón de seda negra y unas camisas, y sin que yo quiera comparar mi maleta a la suya, puedo justamente decir que mi maleta guarda, asimismo, con holgura, un pantalón y unas camisas. Y la cosa sería de notar si el pantalón fuese negro y no blanco, de seda y no de dril, y las camisas fuesen seis y no dos, la una roja y la otra azul, y ambas confeccionadas con cierre metálico de cremallera. Una playa no es, ciertamente, una corte y San Marcos nada tiene que ver con Versalles. No podríamos aquí escribir las palabras conde o condesa seguidas de una muyúscula y tres asteriscos para decir que la discreción nos veda declarar el título de nuestro amigo o de nuestra amante, después que hemos descubierto el de nuestro criado y el del dueño de la posada donde nos hospedamos, sin duda por que lo que pueda ocurrirnos con estas pobres gentes no es interesante para la sociedad, ni para el público que juzgará benevolamente nuestras expansiones con las doncellas humildes si al hablar de las que tuvimos con las grandes damas omitimos su nombre y envolvemos así la aventura en un velo misterioso a la medida de las grandes damas.

Puestas así las cosas en su punto, ni aventuras ni grandes damas ocuparán una línea de este cuaderno, y la agradable y sana sociedad de marinos y playeras, reunida en una linda playa del Norte de la isla de Tenerife, será el único asunto de sus páginas. Yo quisiera hacer la pintura de San Marcos, quisiera decir algo de su hermosa bahía, de sus rocas manchadas de rojo, blanco y ceniza, de sus crepúsculos maravillosos, de su caserío con frondas de ombúes y cadencias marinas, con pájaros sobre el agua y pájaros en las ramas de los árboles, con luces y cielos distintos sobre el verde de las olas y el verde de las plataneras...

En este lugar extraordinario, un poeta concibe, entre juegos, sus crónicas. Como además el poeta es periodista y envía sus trabajos a un periódico de la capital, pone en ellos la máxima sencillez. Y ya que hemos hablado de la maleta de Sterne, bueno sería decir que en él es donde el poeta ha leído esta invitación a la primordial virtud: “¿Por qué dar compostura a lo que no la tiene?”

Nostalgia de una tarde de agosto

A Gutiérrez Albelo

EN alta mar, abandonados los remos, desgobernado el bote, sus tripulantes platican de aventuras. La presencia — corazón rojo, alas azules — de Francisco Drake, cubre los sueños de estos jóvenes que, bajo el halago del tal madrina, escuchan la voz de un querido poeta, en labios de otro querido poeta. Nuestro amigo se yergue en su puesto de remero, apoya las manos en el banco, levanta al cielo la cabeza y deja caer su sonora voz gruesa sobre la música del agua que baña los costados del bote :

“... Y ve el capitán pirata,
cantando alegre en la popa,
Asia a un lado, al otro Europa,
y allá a su frente Stambul...”

La alegre musa va presentando a las ardientes imaginaciones las maravillosas imágenes : la blanca Europa, el Asia amarilla, y allá junto al Bósforo, la voluptuosa Stambul. La figura sombría y atormentada del ahijado Espronceda ha sido también presentada a las ardientes imaginaciones que tras degustar las mieles románticas de las poéticas sugerencias, sienten la nostalgia de las fugaces imágenes. ¿ Qué queda de la tensa emoción sostenida por Francisco Drake si no es su memoria armada con un corazón rojo y unas alas azules ? ¿ Qué resta de la también tensa emoción despertada por los altos versos de José Espronceda si no es su recuerdo protegido por un ardiente penacho y una pluma mojada — románticamente — en sangre ? Los jóvenes amigos caen en la más aguda de las nostalgias. Bogan con tristeza mientras contemplan el espectáculo del atardecer : Allá, en el horizonte, una isla de oro se hunde en un precipicio de púrpura.

La alegre musa que, visiblemente, protege a estos amigos erigiéndose en su mejor

Angel Custodio, les lleva hasta el costado de un pequeño vapor. De nuevo los remos vuelven a ser abandonados y el bote dado al inquieto capricho de las aguas. Los jóvenes amigos gozan de un cuadro maravilloso. Su musa les ha preparado esta sorpresa: Sobre cubierta la tripulación bebe confortadores vasos de aguardiente mientras suena la música de una concertina, que acaso, repite una canción aprendida en algún puerto lejano, en uno de esos puertos donde hay mujeres extrañas, y hombres distintos a nuestros amigos y que son infinitamente más interesantes.

Ya ríe nuestra musa al ver a sus ahijados nuevamente alegres. El querido poeta torna a erguirse sobre su banco de remero, levanta al cielo la mirada y vuelve a recitar los altos versos que pasean, mágicamente, a lo largo de nuestras imaginaciones las encendidas imágenes de la blanca Europa, del Asia amarilla y de la voluptuosa Stambul, junto al Bósforo.

La caza de las pardelas

A TRÁS va quedando, conforme se avanza, la costa salpicada de puntos blancos que se agrupan o se disgregan en la mancha parda de la isla. Tal vez, si requiriéramos el catalejo, veríamos que uno de estos puntos es una casa, una casa de labor — con ringlas de pantanas puestas a curar sobre el tejado, con ramilletes de mazorcas desnudas bajo los porches — en una de cuyas ventanas, una muchacha aspira el aire que llega de América y espera de estas olas inquietas no sosieguen hasta poner, lindamente, en tierra a un hombre que traerá sombrero de paja, ancho cinturón de cuero con gruesa hebilla de oro, y zapatos — entrecortados — de charol y lona blanca.

En el cielo verde pálido se recortan los vuelos de un bando de pardelas a cuya presencia rebosa de júbilo la pequeña embarcación, porque en ella, varias escopetas se disputarán el acierto y la utilidad del tiro. Al cabo de unos minutos, el motor nos coloca cerca del bando y la falúa se encuentra cerrada en un horizonte de centenares de pardelas. Los cazadores disparan seguros y continuos, sin que las repetidas detonaciones alejen a las rápidas aves que acuden en socorro de sus compañeras caídas; bajo este cañoneo incesante las aves se despluman, se alejan heridas, se arrojan fatigosas al agua o se desploman inertes cuando ocurre la última detonación.

Subida a bordo la caza, hecho el recuento de piezas cobradas y el obligado comentario, la falúa regresa seguida de cerca por algunas pardelas que guañan sobre el ensangrentado cargamento. Los cazadores lamentan haber agotado sus cartuchos, y tal vez para consolarse de su falta, unen dos aves heridas que, según lo previsto, se acometen con saña, se pican con denuedo, ante el ardimiento y la sonrisa de los joviales cazadores.

Es ya tarde: A lo largo de la costa las bombillas eléctricas señalan el límite de los pueblos; tal vez, aquella que brilla sola, sea la que ilumine el hogar de la muchacha que aspira el aire en la dirección de América; en el brumoso cielo se levanta la luna, y

el único excursionista que no ha querido disparar, piensa que, bajo este cielo, antes azul y tranquilo, se agitará el vuelo de unas aves heridas o que, traídas y llevadas por el oleaje, flotarán desplumándose a la débil luz de la noche.

Lectura de un poeta de diecinueve años

UN joven de fines de siglo podía retratarse en Canarias, en casa de Pego, fotógrafo de S. A. R. : su figura aparecería, entonces, recortada sobre una terraza, limitada por plantas de iris y de anchas hojas, sobre un fondo brumoso ocupado por una grande fuente de mármol con conchas abiertas en claros chorros, con jarrones rebosados de flores, y el arranque — tres anchos escalones — de blanca escalinata; podía también, sin salir de Canarias, retratarse en casa de Belza, fotógrafo de la Real Casa, que se anunciaba en Santa Cruz de Tenerife — Sol, 24 — y otro sería el fondo de su retrato que, en este caso, lo constituiría una lejanía de montañas, un río próximo atrevesado por un puente, y una vegetación de palmeras delgadísimas, de árboles de ramas péndulas y de flores fluviales sobresaliendo de las tranquilas aguas; si el joven visitaba la Corte, podría entrar en el establecimiento de J. Laurent, fotógrafo de S. M. la Reina — 39, Carrera de San Jerónimo — y su familia gozaría de su figura entre una vegetación tropical: altos y delgados plátanos, árboles de airoso y afiligranado porte, colgantes enredaderas, flores voluptuosas; podía el joven llegar — ¡ oh Fortuna ! — hasta París y de seguro que acudiría a Le Jeune, “photographe breveté de S. A. le Prince Imperial”, que estilizaría su rostro con delicadezas de acuarela; en todos casos, estos fotógrafos de S. A. R., de la Real Casa, de S. M. la Reina o de S. A. le Prince Imperial, sorprenderían a nuestro joven de pie, con el sombrero de copa en una silla o en la mano, con la levita abierta o abrochada en el primer ojal, con una corbata de lazo de largas puntas o de plastrón, y luciendo — o no luciendo — una sortija en el anular de la izquierda, un dije colgante del chaleco de redonda solapa, un monóculo pendiente de una cinta sobre el pecho; pero siempre este joven tendría una expresión triste, un rostro de jugar al dolor, y se adivinará que escucha — o finge escuchar — la melodía que una damisela toca al piano o la canción de una muchacha aficionada a Puccini. Lector,

este joven podría llamarse — hemos supuesto ya tanto — Augusto Mádan, ser natural de Cuba y hallarse en Tenerife, a los diecinueve años, en el trance de publicar su primer libro de versos.

En efecto el libro se edita en la imprenta de J. Benítez y C.^a; en la portada, impresa con dorados caracteres se hace constar que lo publica don Aurelio Padilla, un joven amigo del autor; el mismo don Aurelio — que ha escrito un prólogo — ha regalado un ejemplar de la obra, primorosamente encuadernado, a una joven amiga suya, y este ejemplar es el que ahora leo, bajo la sombra de un ombú, frente al Atlántico, lugar de lectura cuya elección no ha sido gratuita, ya que las poesías que contiene — sesenta y una — se encuentran firmadas en veinte y cuatro puntos: Matanzas, Burdeos, Plymouth, Valladolid, París, Tudela, Sevilla, Cádiz, Madrid, Andújar, Antequera, Habana, Santa Cruz de Tenerife, Viena, Zamora, San Thomas, Jerez de la Frontera, Córdoba, San Juan de Puerto Rico, San Sebastián, Villa de Icod, Huesca, Albacete y Zaragoza; y uno de estos lugares como se ha visto, es la Villa de Icod, desde donde se contempla el mar que ha inspirado varias de las composiciones del libro y que mueve las tranquilas aguas de San Marcos.

Yo quiero suponer que Augusto Mádan, el inquieto hijo del Marqués de Montelo, estando en Icod, visitaría San Marcos, y yo pienso en el contraste de sus diecinueve años, de su nerviosismo, de su inquietud, de su — hagamos en esto hincapié volubilidad que le ha movido a escribir desde los catorce años un número de poesías superior a las quinientas, en una variedad de ciento treinta metros, y este libro firmado en veinte y cuatro países y compuesto en treinta y seis metros, con la constancia, la impasibilidad y la rutina de estos pescadores de San Marcos que no han visto otra tierra que, en los claros días, la lejana silueta de una isla, y que envejecen sin una protesta en la misma, monótona y agotadora soledad.

Alcalá, en la Costa Sur

A las horas de soí, los habitantes de las estrechas casas, insuficientes para contener a la población prolífera, salen a la sombra de los ombúes, a la sombra que proyectan los escasos edificios, a la sombra de un puente ocupado por una cocina, a la sombra de las barcas varadas en la arena gris, a la sombra de un toldo de lona que cobija una mesa en la que, mientras el vino se escancia en las brilladoras copas, la mala de bastos gana una baza sobre el apuesto caballo y la carta cifrada con el haz — verde, rojo y amarillo — que reúne los tres palos entrelazados, sujetos por una volandera cinta azul.

La sombra es buscada, afanosamente, entre tanta sequedad, y los hombres gozan de ella entregando sus cabezas a las solícitas mujeres, jugando a la baraja, o simplemente, durmiendo. Las fatigosas veladas sobre el remo, autorizan a estos pescadores a mostrarse, habitualmente, indolentes junto a los frívolos bañistas de trajes multicolores que, de alegres apariencias, llenan la playa de voces y ruidos un poco tristes de cansados.

Por una vez, la decoración ha sido variada: la mala de bastos descansa en la gabetilla; los hombres, y aun las mujeres, trabajan; el vino se sienta en las barricas... Por una vez, San Marcos se presenta agitado, con el trabajo, en silencio, de sus habitantes. Es la hora del crepúsculo y la tranquilidad del atardecer es interrumpida por estos hombres que se mueven de un sitio para otro, y en silencio, siempre en silencio, carenan sus botes, repasan las calas, remiendan las velas, hacen lentos torcidos, cuidan de los necesarios aparejos — mirafondos, nasas, poteras, rozones, cupuchinas — y de las piezas de las embarcaciones — bancos, pañas, timones, toletes, remos —. Las causas desconsoladoras de este callado trabajar, son las recientes jornadas inútiles, la labor no remunerada en peces, perdida en horas inacabables. Surge, como en casos análogos, el hechizo de Alcalá. La excursión que a sus aguas se prepara, esperan los organizadores, remediará la comprometida economía familiar, y esta esperanza lejana no alegra, sin embargo, la presente tristeza de los excursionistas.

Sobre los varales resbalan las quillas que, pronto, cortan el agua en dos blancas mitades, y, uno tras otro, los botes ganan la bahía que espejea azul al cielo azul, a la mañana azul. Los claros nombres — “Belga“, “Juanita“, “Chichiry“, “San Gregorio“, “María Luisa“ — se van esfumando con la distancia. Los rostros de los sufridos pescadores — Juan, Mateo, Angel, Celestino, Manuel — se borran en la lejanía, ante la expectación de las mujeres que no aciertan a distinguirlos cuando ellos, los hombres, van perdiendo la presencia de estos otros rostros perplejos que se desvanecen en la playa y que son los rostros, cargados de expresión, de Cirila, Nemesia, Carmen, Lucía, Balbina...

Sueño bajo una luna de verano

A Francisco Aguilar

QUÉ blanca, qué fría, qué gozosa navidad la de la nieve, sujeta, como una inocente casulla de Pascua, sobre las montañas degolladas en soledad! ¡ Qué amasijo de lunas maduras, caídas de la noche, discípulas, en el blanco caer, de las flores de azahar, abandonadas en el tobogán del viento. Nuestro Pico de Teide, está florido como un almendro enraizado entre las finas agujas, tristes como campanarios descarnados, de los pinos. Te columbro entre los pliegues de azúcar, entre la barba de mil hilos de agua, despeinada y prendida en la verde cordillera que corta la cumbre blanca. Aquí, tus albas manos, carne de jazmines, desangradas, acariciando la superficie imprecisa de la nieve. Aquí, tu cuello fino, con claridades de salina, rodeado por tu cabellera rubia, un sol de invierno apoyado en un cano río helado. Aquí, tu cuerpo, estremecido, como una planta de acacias, por la brisa. ¡ Qué blanca, qué fría, qué gozosa navidad la de tu cuerpo, con presencias y ausencias simultáneas, en alta y bajar en las mareas del espíritu! Cuando el Pico florece, en el mar maravillado abre un nenúfar prodigioso, el « *Nymphae alba* » de los inmóviles estanques desolados, y todos los marineros están de fiesta. Es por eso, que van en romería, con arcos de retamas blancas a deshojarlas a los pies de su Virgen, mientras los pinos tristes de la falda se descarnan por el frío, pero, ¡ cuidado, amiga mía!, que en ellos anidan los pájaros salvajes de la cumbre, y uno sólo de sus cánticos encendidos te arrebataría de la montaña. ¡ Oh, qué blanca, qué fría, y qué gozosa navidad la de la nieve!

Y tú, espíritu, ¿ dónde? Estremecido sobre la nieve, como una planta de acacias por la brisa, tu cuerpo blanco; y tú, espíritu, ¿ dónde? ¿ Dónde sino en sutil vibración sobre la cima nevada, alba cúpula sobre la muralla gris de unas montañas secas, en cadenas de cumbres y abismos? ¿ Dónde, si no? Copia tu cuerpo las apariencias formales de la nieve, y dibuja, su esencia misma, tu espíritu; tu espíritu puro, inocente, claro, sereno, inmaculado, como es pura, inocente, clara, serena, inmaculada, la nieve. Cuando el amanecer descubre nevadas las cimas, la pájara pinta abandona su verde limón para ir

de flor en flor cantándoles al oído : « ¡ Alta brilla la nieve !, ¡ alta brilla la nieve ! » Y entonces, las flores vuelven sus ojos con ojeras blancas, con ojeras azules, con ojeras rosas, con ojeras amarillas, con ojeras del color de sus corolas, hacia el sol velado, de tan larga y rubia cabellera, mientras la sola esperanza del deshielo refresca sus raíces. Feliz virtud la de la nieve en el deshielo. Gracioso repiñe el suyo, de guijarro en guijarro, de brizna en brizna, como un ama de llaves diminuta y buena. Bella telaraña de agua la suya, en la que el sol va a ser una gota de luz viva, la araña áurea. Este encaje líquido hará posible la floración y reverdecimiento de los caminos eriales, de esos pobres caminos que ponen marcos de soledad a la verdura del paisaje, a la alegría de los terrenos de regadío. Púdica caridad la de la nieve en el deshielo, que va refrescando sequedades, cantando y como en juego, quebrándose en mil y mil claridades y bellezas. ¡ Qué cerca tu espíritu del espíritu de la nieve ! ¡ Qué blanco y claro en la superficie, como generoso y puro en lo hondo !

Luces de otoño

EL otoño arribó a su primer crepúsculo; traía porte y bártulos de pintor; aclaró, primeramente, los tonos: el violeta quedaba en ceniza, los blancos fueron exaltados, los rojos suprimidos; extendió luego, alargándolas, las manchas, borrosas de indolencia y abandono; y una vez conseguida la decadencia del dibujo, la laxitud de las formas y la dulcificación de los colores, perfiló con oro toda la obra, diremos mejor, rebozó de oro todo el crepúsculo, y a modo de gracia, este otoño de patria oriental, de profesión decorador de porcelanas, de edad de veinte años, iluminó la silueta de una isla lejana, acusando la supuesta presencia de la nieve en sus cumbres; había terminado su trabajo a las seis y treinta y cinco del día ventiuono de setiembre.

La aventura no pasó desapercibida; unos amigos recorrían, costeano, la bahía y fueron testigos del cambio de estación; a esa hora la hélice de nuestra canoa abría un grifo de plata en la calma azul del agua, entre luces y contraluces cegadoras, entre el oro del crepúsculo y el oro de los rastrojos de las próximas tierras, entre el blanco de algunas nubes y el blanco del caserío asentado en el valle, bajo la alegría del campanario de San Marcos, entre el ceniza del celaje y el ceniza de la bruma enmarañada entre los pinos, al pié de la ingente montaña de acantilados duros, encendidos y de color malva.

Altas grutas, rocas manchadas de rojo, ceniza o blanco, desolados malpaíses, desiertos cabos, montañas desnudas, pedregosas laderas, cubren el valle de verdes platanales, ofreciéndolo en girones a los ojos del navegante que desearía, en la yerma soledad marina, la constante presencia de la frescura, jugosidad y verdor de la tierra continuamente regada.

Y a la caída del crepúsculo, estimulado por la sucesión de las húmedas manchas de verdura, uno de los amigos relata la sencilla historia de un viajero, que navegaba las aguas que bañan el Norte de la Isla. La historia es sencilla y muy breve :

— Los viajeros venían fatigados por la larga travesía a la vela. Un caballero que viste oscura levita, chaleco claro, ancha corbata sujeta con gruesa esmeralda, apoyado en la

borda, se da aire en el rostro — ensombrecido por un fino bigote y una barba rubia — con el alto sombrero de copa; de pronto, con incontenida alegría reconoce a su isla, la isla de Tenerife, porque se le aparece, en su costa Norte, como una bella fuente; una gran-
de fuente rústica poblada de helechos rizados, de ñameas de grandes hojas, de menudos culantrillos; una fuente colosal que vierte en el océano innumerables chorros que se despeñan en alegre música, en brillante espectáculo de luces y frescura.

Un pozo de agua dulce

A José Peraza de Ayala

A marea baja es perceptible el fenómeno. Ahondando en la arena se descubre, en un no muy profundo hoyo, un pozo de agua dulce. El agua de este pozo, recogida en la palma de la mano, es gozada por el paladar, además de dulce, muy fresca, podemos decir que fría; y estas cualidades — la dulzura y el frescor — con ser tan preciosas, son enriquecidas por una limpidez extraordinaria y una púdica belleza. No sabemos a través de qué capas geológicas llega a la playa esta agua que, en la linde misma de la mar, se conserva potable, pura al borde del pecado, y que en exacta imagen de castidad, presa en las redes salobres, se cierra medrosa a la impureza y permanece impoluta e inabordable.

Al cabo de una vida oscura e ignorada, este agua muere escondida en el océano; ella que podría ser la alegría del surtidor, la riente cascada de una ladera, el tranquilo charco rodeado de verdura, el brillante chorro de una fuente, la suave música de una acequia, la esperada golosina del jardín, el parlador murmullo de un manantial, no es sin embargo, sino la púdica belleza que hace de su casa, monasterio, y no se atreve a salir a la luz, porque la luz acecha a estas aguas virginales para saltarles, de súbito, al corazón, y llenárselo de flores, de pájaros, de umbrias, de luces.

La elocuencia inglesa

NO creo que se viaje en ninguna parte como en la isla de Tenerife. El coche ha ido recogiendo pasaje a lo largo del camino sin tener para nada en cuenta su capacidad. Estrujado entre dos mujeres de campo — con un grande ramo de flores, la una; con una cesta de huevos, la otra — un viajero inglés, con un manojito de adelfas en la mano, va explicando a su compañera, que viaja en el asiento de enfrente, sus interesantes impresiones: « Oh... Ah... Oh... Ah... » Su bella compañera no es más explícita: « Yes... — Sonríe — ... Yes... »

En tanto, hemos dejado atrás el pueblo, el Pico descubierto, la costa del Norte, y, a lo largo de la carretera ensombrecida por frondosos encalipus, seguimos contemplando un nuevo panorama de claras marinas, barrancos pedregosos, verdes plataneras, e hilos de agua entre musgos, discurriendo por las quebradas laderas. Un cazador que viaja con sus perros, en el coche, hace violentos esfuerzos para contenerlos; uno de ellos, ha ido a colocarse junto a la dama inglesa que, al tiempo que acaricia su lomo, pregunta con difícil prosodia: « ¿ Cómo se llama ? » El cazador contesta amablemente: « Purreta ». La inglesa sonríe y añade: « I thank you... Oh, Pugueta ». Y atrae el perro a su falda.

Pero el perro, con un absoluto desconocimiento de la cortesía, husmea la pierna de la dama y, aprovechando una corta parada del coche, descarga sobre ella el peso de su desahogo, mojándola abundantemente. Oh, señores, qué espantosa confusión. La campesina que porta el exagerado ramo se aprieta el estómago con ambas manos a punto de asfixiarse en la estrepitosa risa, y en su descuido, castiga repetidas veces con las más salientes flores el encendido rostro del inglés. A quienes llevamos la corbata regularmente hecha nos está obligado, en estos casos, velar por la pureza de nuestras costumbres, y aunque de buena gana reiríamos con la feliz campesina, es preciso, por el contrario, que miremos ceñudos, mientras nos interesamos por la media de la dama.

Un repique del timbre hace parar el coche, no penséis que ningún pasajero ha llega-

do a su destino, ni siquiera que el azorado cazador vaya a apearse. Se trata de que alguien desea detenerse en una venta abierta al camino, y aprovechando la coyuntura, son varias — y yo entre ellas — las personas que descienden para probar el vino del establecimiento. Con este descanso se oreará la media de la bella inglesa y quedará la anécdota envuelta en un paréntesis.

Los repetidos golpes del timbre, y aun la bocina y el claxon, no son tan desagradables que me impidan, a trueque de oírlos, detenerme al salir de la venta para mirar hacia el mar, y entonces diviso hasta cinco botes, imposibles de reconocer, y detenidos en las aguas de « Juan Moreno ». Son sin duda mis amigos que calamarean donde tantas veces fuí su compañero. Como si pudieran corresponderme, les saludo. Casi iba a arrepentirme de haber desplegado un saludo inútil cuando descubro que, en mi dirección, el caballero inglés oprime el disparador de su máquina fotográfica.

Arte y naturaleza

LA Caleta de Icod, es el título de una pintura que cuelga en una de las paredes de mi habitación. Yo me he fijado, detenidamente, en esta pintura que copia el panorama dilecto de San Marcos. Creo que el cuadro lo realizó mi abuelo, don Andrés; la pintura no es excelente, pero es fiel; se reconoce con facilidad en ella el asunto escogido: La bahía con su ola encrespada en el borde, allí posada con la dulzura y el efecto de la rima en el verso; la playa de arena, limpia y gris; las pocas casas, alguna de aparente holgura; las huertas de la costa, ahora regadas y con plátanos, antes secas y en barbecho; la humilde floración de una tabaiba... Ya en segundo término, las sinuosidades de la costa, los cabos y golfos, las lejanas montañas, los remotos valles, el Roque emergiendo de las aguas... Sin embargo, de lo vivo a lo pintado — con ser lo pintado lo vivo — media cierta distancia. ¿Cómo explicarnos esta sutil diferencia, apreciable aun en las viejas fotografías? Aquellos pintores no pintaban, evidentemente, como los modernos pintores; aquellos fotógrafos no trabajaban, con seguridad, como los fotógrafos actuales. Aquellos pintores y fotógrafos imprimieron un sello inconfundible a sus trabajos. Si hoy un artista realizase un asunto de ayer, sus figuras y su paisaje, serían — aun que otra cosa se propusiese — de hoy: en una palabra, para que el cuadro viviese con su época sería menester que el artista pudiese usarlo, bajo el signo de la moda, la levita y el sombrero de copa de aquel año y que sus ojos no hubieran contemplado las escenas recientes del mundo, ni que su espíritu hubiese conocido la agonía del minuto actual. Yo he tenido en las manos un album de viejas fotografías y lo he examinado cuidadosamente para deducir que si hoy nos vistiéramos con aquellos trajes y acudiésemos luego a casa de un fotógrafo que utilizase los viejos procedimientos — el conocido telón, la rudimentaria máquina — siempre sería fácil comprobar en las expresiones de los rostros, en la manera de colocar la mano, en el modo de sostener la mirada, que aquellos figuras son falsas. He dicho todo esto para declarar con qué melancolía — la nostalgia de las cosas que pasan — he observado la pintura de mi abuelo, y con qué agri dulce tristeza, además, he

pensado en que un posible y futuro nieto mío lea este capítulo que escribo sobre el viejo cuadro y sienta la punzada de lo pasajero, esta misma aguda punzada que yo le trasmito.

Pero aun hay más; existe la diferencia del estilo y la situación. Max Jacob los ha definido: el estilo representa la voluntad, la situación, la emoción y la independencia de la obra con respecto al sujeto; ambas cosas son necesarias a la producción artística, y el estilo — voluntad de expresión — y no la capacidad — facultad de producir — como distinguió Worringer, es quien identifica al artista que, si como en el caso presente, se enfrenta con la Naturaleza, la sojuzga, someténdola a su canon, prestigiándola con su arte. Me gusta observar que el cuadro de mi abuelo reúne el abandono, las brumas y la deformación del Romanticismo, y me satisface observarlo ya que me permite suponer que él pudo obtener una pintura realista y prefirió imponerle su voluntad, signándola con su estilo, el estilo del siglo. Esta es la misión del artista y aquélla la suerte de la Naturaleza ante el Arte, en cuanto que — lo había observado Honorato de Balzac y lo defendió luego Oscar Wilde — la Naturaleza no solamente es inferior al arte sino que le copia, y así el cielo, el mar y la costa pintados por mi abuelo no son ciertamente los naturales, pero yo he visto en San Marcos aquellos cielo, mar y costa, porque antes había contemplado la obra del artista que imponía — como tal artista — sus modelos a estos naturales cielo, mar y costa.

Quiero terminar con una alusión al cuadro tantas veces citado. Allí se representa un pintor que copia el mismo paisaje en que él ha sido incluido al tiempo de copiarlo, por otro pintor — mi abuelo. Junto al pintor, un muchacho sigue la marcha de los pinceles sobre el lienzo, pero el simpático muchacho no verá en el cuadro — aunque el pintor lo ha copiado — el mismo paisaje que él contempla en la Naturaleza. Con los ojos de la cara el propio pintor vé otro panorama que con sus ojos de pintor. Lo que al curioso muchacho le ocurrirá a quienes hayan leído mi cuaderno para ver en él la vida y la decoración de San Marcos, y antes de que desengañados exclamen: « Literatura », yo les rogaría que dijesen « Sensibilidad » y meditasen que la sensibilidad es una mujer, todavía muchacha, que tiene los ojos iluminados de ternura, las manos repletas de finezas y el corazón cuajado de fantasía.

Poemas

La casa sobre poemas

A María Luisa Villalba

1

El sol de la mañana se deshoja en un blanco bando de palomas:

2

El tiempo inseguro se resuelve, al fin, en una lluvia inconstante. Llueve a ratos, y a ratos luce el sol blanco, recién lavado. A veces suceden ambas cosas a la vez, y es de admirar a las flores enjoradas de rocío, diminutos cielos de estrellas diminutas — los cielos rosas, azules, blancos, amarillos; las estrellas hondas, lucientes, diamantinas — agitar su perfume, temblorosas, en la fina telaraña de agua y luz.

3

La tumba del jardinero municipal se cubre de flores. Es una bella historia: El jardinero se había llenado de semillas, al presentir su muerte, los bolsillos de su ropa de paño.

4

El manañal es un seguro ladrón de luces. La bella muchacha se asomó a él y de sus ojos saltó a la corriente una chispa azul que las aguas se llevaron cantando. Fué una impresión momentánea de cuya ceguera pronto curó. Las aguas viven de la luz y su reclamo es la aguda, diamantina vocecita de la luz. Las aguas tienen aprendido este reclamo y como la Luna es casi sorda refuerzan por la noche su llamada. Y la Luna cae halagada e ingénua en el dorado manañal.

5

El surtidor quiebra, durante la noche, trocitos de estrellas y los repica, monedas de oro, sobre el dormido mármol de la fuente.

6

Una grande estrella luce blanca en el cielo azul. Se difata una nube malva y la cubre. Se recoge, luego, la nube, y la estrella torna a fulgir. Pero no ha de ser por mucho tiempo; la terrible nube tapa de nuevo a la infantil estrella; mas ya la estrella consigue asomar tras la pesada nube que, una vez más, obscuréce la blanca estrella, que se desembaraza de la insistente nube, que pronto la vuelve a coger, que al punto la torna a soltar, y tras soltarla, la recoge de nuevo para dejarla, por último, blanca, helada e infantil, en el cielo azul.

7

La fina brisa rizada en el penetrante perfume de la resina.

8

Nada hay más hermoso que el plantío de coles en el que el verde limpio, intenso, de las hojas engasta el rocío que fulge, alegre, a la débil claridad del alba.

9

Todo adquiere tan sutil transparencia, brillo tan peculiar y tan especial luz, que el paisaje anima primores de miniatura y es tan delgado, frágil y ligero que el toque de campana amenaza quebrarle como si su badajo repicase dentro de una porcelana.

10

El sol baja a jugar en el chorro de la fuente.

11

La luz pulsa el agua, la brisa pulsa la arboleda, las estrellas son pulsadas por no sé qué alta mano y mi corazón por la callada noche. Mi corazón es la noche y tú su dulce almendra.

12

Alguien mira al cielo, observa que la luna guarda con las estrellas la misma proporción que la naranja con las flores de azahar y degusta el sabor de la acuosa fruta que le aviva el apetito con el lejano, perfumado y dulce zumo.

13

Un pájaro llega sobre el romero y canta. Nunca pájaro alguno ha cantado, tan bien, sobre el romero. En las notas altas sus gorgeos se clarifican haciendo gruñir al paisaje como si todo él — el caserío y la pradera, el monte y la marina — fuesen de cristal y sus trinos un agudo sol de rayos de diamante.

14

El horizonte encendido y multicolor donde el crepúsculo, con manos de mujer, ha colocado un ramo de frescas flores en un fino vaso de cristal.

Poemas burlados

A Agustín Espinosa

La muerte del poeta

AL ocurrir el naufragio, sus ropas, su equipaje, su cuerpo, fueron encontrados. Únicamente no pudo descubrirse el nombre de la amada, pronunciado al morir. Fué lo único que se llevó consigo el alma del poeta al abandonar su cuerpo a la voracidad de los peces.

La frase cierta

Un viejo asiste diariamente al crepúsculo. Cuando se le preguntó: « Qué hace Ud. », respondió indignado: « ¿ Está Vd. sordo ? » « ¿ Ciego.. ? » corrigió el interlocutor. « No, sordo — insistió el viejo. Yo lo estoy y escucho el crepúsculo ».

Los lugares históricos

- En esta cueva apareció la imagen de San Marcos.
- Muy interesante — respondió el turista. Almorzaremos aquí.
Pero pronto se vió que no llevaban almuerzo.

El artista loco

El marino hizo una detenida explicación de los vientos, de las mareas, de las corrientes. Después dogmatizó : « El bote no es propiamente una casa ». Pero su casa acababa de desmoronarse y fué preciso que rectificara : « Pongamos la casa a flote ». La frase era tan vieja que el bote se hundió, obligando al infortunado marino a corregir : « El peligro es la seguridad ». Pero pronto se vió la seguridad del peligro al explotar la taberna por incendiarse el aguardiente. El marino se volvió al cielo y exclamó : « Que venga Dios y lo vea ». « Oh, respondió una beata, Dios está contemplando la llegada de Monseñor el Nuncio de Su Santidad al Congreso Eucarístico de Dublín ». « Si esto es así, se dolió el marino, yo estoy loco ». Desgraciadamente las cosas no eran así, pero él estaba loco.

Un asunto intrigante

La botella flotante contenía un billete enternecedor : « Alicia : Estamos a la deriva y vamos a morir. Nuestro bote hace agua y nos encontramos extenuados y sin provisiones. Yo me he puesto a hablar en alta voz, con los ojos cerrados, y la mujer con quien hablo se llama Alicia. Sí, Alicia, de 17 años, cabellos rubios, ojos negros, dientes muy blancos. ¿ Sonríes ? ¿ Verdad que sonríes ? ... Estoy lejos y no verás mi muerte. — Juan ». El pescador que había encontrado la botella, olfateando el gollete, sentenció : « Esta botella era de rón ». Y el cabo de Marina que instruía las primeras diligencias exclamó molesto : « Pero no me negará Vd. que el envase es de coñac ». La botella era de ginebra y el billete lo había escrito, en la costa vecina, un borracho.

La pesca del anticuario

El anticuario que ha sacado en su anzuelo una vieja bota de montar se muestra avergonzado, cuando podría sentirse orgulloso de la prenda que, si no es una bota de Napoleón está deshecha e inservible como lo estaría una bota de Napoleón.

El vals de las sardinas

El músico sobre un escollo acompañando el vals de las sardinas en el agua. He aquí un tema bonito si las sardinas pudiesen escuchar, en el fondo, la música y su baile no fuera otra cosa que un efecto de refracción en el agua.

La Providencia en la poesía

A mitad de la copla, saltó una cuerda; fué preciso recomenzar. Al llegar al pasaje interrumpido el músico olvidó, de súbito, la partitura e hizo, como recurso, saltar otra cuerda. Cuando de nuevo al repetir la copla el músico salvó su anterior escollo fué el cantador quien, esperando el fallo, se detuvo en el canto. Entonces se pudo comprobar que la copla estaba acabada en sus tres primeros versos y que el cuarto era un desgraciado pastel para la rima. Se dieron gracias, por todo, a la Providencia.

La voz con zancos

El puerto acababa de ser inaugurado. El poeta de turno declamaba su oda al progreso, la navegación, la industria, el comercio, dentro del pavoroso cuadro del mar poblado de sirenas hipócritas, terribles tritones, mónstruos espantosos, agitado de horribles temporales, tormentas pavorosas, peces malignos. Llamó al mar avaro de tesoros, cárcel de náufragos, espejo de la luna, sábana de plata, palacio de cristal, grillo de la isla, jardín de auroras, potro indomable y otras lindezas más. Cuando dió término a sus 300 versos, metió la composición en un envase y lo arrojó al océano, con tal violencia que hubo de caer tras él. Como no sabía nadar, se arrojó al agua en su salvamento el Alcalde. Tras el Alcalde, un concejal de la oposición; tras el concejal, el Inspector de Policía. Al cuarto de hora, impelidas por las circunstancias, las autoridades todas estaban de remojo, con sus hábitos y uniformes. Pronto los subordinados fueron en auxilio de sus superiores y multitud de personas se encontraron en el océano que de veras comenzaba mostrarse todo lo pavoroso que le llamara el poeta. El público, en un alarde patriótico, se arrojaba por grupos al agua. El poeta, blandiendo el envase, gritó: « Le está entrando agua; no va a poder flotar ». Lo importante era que flotase el enva-

se con la composición, conforme con el programa aprobado de antemano por la autoridad. El poeta lo mantenía, consecuentemente, en alto, ante la admiración de los ilustres náufragos. El poeta dormía con luz y todos los huéspedes de la casa habían acudido a su habitación, donde el poeta oprimía la perilla del timbre que agitaba como una antorcha en su sueño incongruente.

Adán y Eva

« Te ofrezco esta manzana », insistió Eva. « Gracias — replicó Adán — me siento bien en el Paraíso ». « ¿ Cómo? — exclamó un ángel armado de una espada de fuego — ¿ es que no va Vd. a permitir la Historia? ¿ es que se cree Vd. que le pusieron aquí para la eternidad? ¿ Y los patriarcas? ¿ Y el Diluvio? ¿ Y el Egipto? ¿ Y los judíos? ¿ Y la dominación romana? ¿ Y Grecia? ¿ Y la Edad Media? ¿ Y...? Ah, le arrojarán a Vd. del Paraíso : es Vd. una valla para el Progreso ».

Un marchante sin honra

— Vea Vd. esta marina. Qué cielo, qué mar, qué naturalidad, qué dibujo. El comprador no tenía buena vista, pero tenía dinero y su capacidad pericial consistía en el asunto, no en la realización. El marchante no cesaba en su elogio: « Lo cargaremos a su cuenta y se lo remitiremos a su sobrino, en Niza ». El comprador pagó, efectivamente, el cuadro. Iba a marcharse cuando descubrió un navío en la marina. « Oh, que navío », exclamó el marchante. El pobre comprador se pasaba el pañuelo por la frente sudorosa : le parecía ver bogar al navío. Se restregó bien los ojos y balbuciente corrió hacia el cuadro; sus manos temblorosas se dirigen hacia la extraña nave con ánimo de asirla, pero sus manos caen dolorosamente en el vacío : sus manos habían atravesado una ventana.

El rizo

« Mi rizo » — exclamó la playera corriendo a los brazos del marino. — « Mi rizo ». — El marino sacó una bolsita de cuero que llevaba colgando del pecho y extrajo un rabo de cerdo. La playera se echó a llorar. « Oh, un rabo de cerdo ». Embarazosa situación. Un amigo se presenta con un rizo que acababa de cortar al cerdo como rabo.

Tan rara coincidencia se reputó natural con una lectura de « Las afinidades electivas ».

Folletín

El marinero hablaba del temporal, del terrible viento, del furioso mar. Luego se extendió su charla a los terribles efectos; el número de muertos, los heridos salvados, las velas arrebatadas, los palos destrózos, el agua en las bodegas. ¡ Qué espantosa confusión a bordo ! « Socorro ». « Muero ». « Soy herido ». A todo esto revientan las cubiertas. Se hunden los botes de salvamento. « Ay, madre ». « Se ahoga ». « Hijo mío ». El marinero se pasó el pañuelo por la frente. El corro se había quedado mudo. Con cristiana resignación, el marinero terminó, en voz baja. « Gracias a Dios que no nos sorprendió el temporal ».

Tradiciones piadosas

- Llamado por las insistentes súplicas, el Santo acudió al lugar del naufragio.
- Qué suerte para los náufragos.
- No; les fué imposible entenderse : habían perdido ya el conocimiento.

El pintor realista

El pintor copiaba la puesta de sol; de pronto, una mosca se posó en el cuadro. El pintor miró al horizonte : no había allí ninguna mosca; era preciso quitar, pues, la que se había posado en la pintura. Satisfecho, miró al crepúsculo : había desaparecido el disco solar. El pintor se apresuró a hacerlo desaparecer, también, de su paisaje. Una luz malva borraba los brillantes colores del cuarto de hora anterior; el artista, entonces, entonó en la misma coloración malva las encendidas tintas de su obra. Ah ¿ Cómo sufrir tanta desgracia ? La luna, una estrella, innumerables reflejos en el agua, anunciaban el nuevo asunto : La noche. El pintor comenzó, fatigado a pintar la noche, pero como era efectivamente de noche, tuvo que abandonar la pintura.

Índice

	<u>Págs.</u>
Cómo escribí este cuaderno	9
Graziela	11
Entre dos maletas	13
Nostalgia de una tarde de agosto	15
La caza de las pardelas	17
Lectura de un poeta de diecinueve años	19
Alcalá, en la Costa Sur	21
Sueño bajo una luna de verano	23
Luces de otoño	25
Un pozo de agua dulce	27
La elocuencia inglesa	29
Arte y naturaleza	31
POEMAS :	
La casa sobre poemas	35
Poemas burlados	39

la Jirita
Angeles Alzola
En recuerdo de
Gratitud El Autor

PROSAS DE UN ENSAYISTA

ESTAMPAS

de Teruel y SEGORBE

UN OBISPO CANARIO

por Pbro. DIAZ QUEVEDO

Ilustraciones Musicales de Power, Chopin y Litz

Media Hora por RADIO-LAS PALMAS

A MANUEL AZNAR, amigo y escritor, en Madrid



oculta y más tarde nuestro su fastuosa antigüedad: palabras, o mejor, acordes, choques brillantísimos de notas musicales, que en rima argentina, en frases multicolores, son tan espléndidos como una túnica medioeval.

Nuestros edificios intelectuales, aquí en América, sobresalen del terreno. Pero no se pierden en las nubes. Se escalan su propia cima, antes de que la atmósfera se enrarezca. El día, que empezó apacible, ahora se ha puesto triste y está lloviendo. El verde claro de los manzanos en flor contrasta con el gris del cielo. ¡Pero Mayo ha llegado! Ustedes, españoles, con poco territorio que mostrar para la sangre que han perdido, tienen altura y profundidad de recursos intelectuales, tanta en los tiempos pasados como en los presentes.

Que los «perfumes delicados de místicas violetas», lleven a usted un recuerdo en su pequeño país, del verdadero goce que su libro ha proporcionado a quien ha escuchado el vendaval del invierno y ha caminado sobre las nieves de Enero y Febrero por las calzadas de la mantuosa América.

G. W. M.

ANTOLOGÍA UNIVERSAL dedicada a Dickens, Legouvé y Zorrilla, presentada en «Ateneo de Madrid» por RAMIRO DE MAEZTU.

Blanco y Negro, A B C, España y América, Libertad, Informaciones, publican los del autor. El Sol, Debate, Heraldo, Nación, Imparcial, Liberal, dispensan al libro la mejor acogida.

A B C

El Sr. Quevedo, sacerdote que consagra a las Letras toda atención, publica con ponderado juicio, una Antología de poetas mundiales. Interesantes críticas, revelan al escritor de limpia prosa y madurado criterio.

LA LIBERTAD

Llega acaso la más amplia Antología, desde las aedas de la antigüedad. El autor recoge las más bellas páginas de los cantores de la Humanidad, haciendo obra importantísima, útil y recreativo.

ESPAÑA Y AMÉRICA

Creimos que D. Quevedo editaba su Antología con propósito evangélico de multiplicar los panes. Sin eludir ésto, la dirige al Arte de la Lectura: Leer, es interpretar. Ese libro hacía falta en España.

LA VOZ

Salí a luz con oportunidad evidente, cuando Berta Singerman viene a reavivar una ficción há tiempo adormecida.

LA PRENSA (Bs. As.)

Obra de benedictino «El Libro de los Poetas», la más bella Antología Universal que se conoce. No dudamos de la labor del ilustre antologista, llamada a influenciar en los países hispanoamericanos. Este gran virtuoso de la lírica mundial hace obra de artista, de poeta, escritor y crítico destacado.

MILFORD TIMES (Wgton)

Con gran atención he leído el «Pórtico» enriquecido, con su vocabulario y plentifuladas frases, mi pequeño caudal léxico del simplista lenguaje periodística. Un poco más de sorpresa he leído el «Paraninfo» admirando la belleza de su rima como si ayes un ruiseñor en la oscuridad, o las palabras accidentales que sugieren imágenes repentinas como viejo arcón que surge de las sombras y

AYUNTAMIENTO DE LAS PALMAS

AL Pbro. DIAZ QUEVEDO.

La C. Pmte. acordó adquirir su valiosísima obra «El Libro de los Poetas» tan aplaudida por la prensa y la crítica, elogiando su alta personalidad literaria, su amplia cultura y su prestigio como sacerdote y ciudadano.

Y este Alcalde, al recibir su inestimable absequeia, ha recibido una de sus mayores satisfacciones. Porque, son los patriotas de ilustración, los llamados a mitigar lo que se conoce por Vida Pública, con la generosidad y discreción con que Vd. lo ha hecho.

Por ello, mi eterno agradecimiento.

FEDERICO LEON.

3 Octubre, 1925.

PROSAS DE UN ENSAYISTA

ESTAMPAS

de Teruel y SEGORBE

UN OBISPO CANARIO

por Pbro. DIAZ QUEVEDO

RADIADO LA VISPERA DEL ANIVERSARIO DEL MOVIMIENTO.
A PETICION: — DIA DE SANTIAGO, SEGUNDA LECTURA.

OBISPADO DE CANARIAS

Vicaría General, Las Palmas, 21 Agosto, 1940

IMPRIMATUR

Dr. THOMAS VENTURA, Vicarius Generalis

HACE DE PROLOGO

Señores RADIOYENTES:

A modo de Preámbulo, permitidnos un minuto de conversación. Estas "Estampas de Teruel y SEGORBE", en principio, fueron escritas para "FALANGE". Pero, dado el carácter religioso y patriótico del trabajo, los amigos juzgaron: que, para mayor propaganda patria y católica, debía radiarse. Y así nos convencieron. Estaba ya radiado la Víspera del Aniversario del Movimiento y, tuvo una aceptación, tuvo un éxito—por nuestra parte—sumamente inmerecido: Fueron los asuntos, literario y músico, los que se impusieron.

Y lo dimos a las cajas de imprenta. Compuesto el primer artículo, los amigos reaccionan aún en forma más ineludible. Por inseguridad en el día y la hora, o por falta de anuncio, la mayoría de los radioyentes se habían privado de escucharla y, deseaban a todo trance, que se radiara de nuevo. Basados en la teoría de que era una **página escrita** (y no, una improvisación) razonaban: "Toda página escrita, musical o literaria, que tiene aceptación, puede y debe repetirse: como sucede con una ópera, un drama, una sinfonía, una romanza, un discurso académico, unos versos, un disco y hasta una película. ¿Por qué no? Una partitura, o un libreto, no son cosa de una vez, porque no imprimen carácter"...

Y aquí está la Segunda Lectura de "UN OBISPO CANARIO". Si, por gracia de Dios, hoy—como el otro día—en este silencio religioso y artístico de la cabina de la Radio, solos ante el micrófono, y solos ante nuestro público invisible; siguiendo respetuosamente (sin escuelas extranjeras) las huellas de los maestros de la Declamación Española, D. José Zorrilla y D. Rafael Calvo, los dos mejores Lectores de España; si conseguimos dar el mismo relieve, el mismo colorido y emoción, sintonizados anteriormente... entonces nosotros—de antemano—declinamos el homenaje hacia el Obispo muerto. Y también: hacia el Obispo, todo caridad y arte (decir "vasco" es decir "músico") que le ha sucedido: —"anima mussicale—como nos autografió otro vasco—che sa gustare la bellezza del Arte". Ya no se publicará en el periódico. Con otros trabajos de idéntico espíritu, haremos un Folleto. Y si todavía hay páginas, en homenaje a escritores canarios muertos, reproduciremos artículos suyos, consagrados, que leerán con placer los canarios vivientes. Y el rendimiento, lo ingresaremos en el "BANCO DE LOS POBRES" del Sr. Obispo.

¡Oh, poder de Marconi! —¿Se enteran los señores Radioyentes?... Llamamos a las puertas de su caridad. Por el Pan de los Pobres, esperamos de su generosidad. (No son nuestros radioescuchas, como aquel rabino podrido de lepra, aquel célebre calculista judío: —la cabeza, llena de números; el corazón, vacío de caridad). Y entonces, si que ésta sería la mejor "página escrita" que pudiéramos leer: —la página escrita de vuestra misericordia... Y no ceso de admirar a Marconi. ¿Se entera Gran Canaria? ¿Se enteran las Islas hermanas, Lanzarote (con su premio "gordo") y Fuerteventura? ¿Se entera el Archipiélago? ¿Nos escucha, como el otro día, desde su Palacio de la Plaza de Santa Ana, Nuestro Excmo. Obispo, Monseñor Pildain?... Creemos que sí... ¡Pues, "¡Palabra de Sacerdote"!

Españoles, que nos escucháis: Empiezan los "Cantos Canarios", de Power. Hora es ya de ambientarnos con la música y de ponernos en situación, todos: el lector, y los oyentes. Hasta ahora!...

Lcdo. DIAZ QUEVEDO.

Día de SANTIAGO, 1940.

ESTAMPAS

de Teruel y SEGORBE

UN OBISPO CANARIO

por Phbro. DIAZ QUEVEDO



(Empiezan los «Cantos Canarios», de Pover).

Estamos en plena guerra europea, que absorbe la atención de los lectores. Sin embargo; los buenos canarios debemos abrir un paréntesis... Acabamos de visitar SEGORBE. Dias antes, una excursión radial Zaragoza-Belchite; días después, otra excursión radial Zaragoza-Sagunto. Hemos revisto Alhama de Aragón, por admirar sus frutales ubérrimos y contemplar sus fontanas y sus termas, rumbo al Monasterio de Piedra, eternamente sinfónico con música de cascadas y de surtidores.

Retrocedemos a Calatayud, para enlazar con el tren que nos lleva a TERUEL. ¡Suspiramos por la Plaza del Torico! Hemos subido la famosa Escalinata que al primer rellano, sorprende al viajero con la fantasía de un magnífico alto - relieve sobre Sus Amantes y, a nuestras espaldas, se descorre la campiña y la sierra con la sangrienta colina denominada La Muela: hermosa de paisaje serrano, partido en dos por un valle, sobre el que cabalga a horcajadas, el gigantesco Viaducto por donde escapan los rojos. ¿Conocéis Teruel?... Es un grito, un desafío; como un puñal, en forma de abanico, abierto en lo alto. Es otro Toledo: una ciudad sobre una montaña, una península clavada en el cielo. Nieve y ventarros, dos moles in-conquistables antes de la aviación.

Miramos ahora de frente: Sobre nuestras cabezas se desprende... ¡un tido de águilas! Es Teruel, la ciudad cumbre, la ciudad cimera, que nos reta como una amenaza. A derechas, todo un siniestro: la Plaza siniestrada de Obras Públicas, Casa-Gobierno, Banco de España e Hispano Americano! A izquierdas, en

cantil, algo macabro: el esqueleto... de un muerto... ¡con los brazos abiertos!... que todavía vive sobre un mar de ruinas: ¡El Seminario, como el Alcázar, otra obra maestra de los dinamiteros! Pero —a diferencia del Carlos V. del Alcázar— el Corazón de Jesús, en medio del patio, (sublime elocuencia) mudo, impertérito, intacto, e intangible, como un Divino Poema, o como una Oración!... “¡Padre Nuestro, que estás en los Cielos!”...

Y nos adentramos por los porches de la Plaza del Torico. Nos situamos al filo de la encrucijada legendaria de Marsilla e Isabel de Segura: los dos Amantes de Teruel. Y estamos a la perspectiva de la Catedral y de la Torre inclinada de San Martín, minarete mudéjar de Mezquita, rival de la Giralda: Ella y él, la misma herida perpetrada a zarpazos. ¡Todo es espantable! (Como que en Teruel fijó su morada el “Parapeto del Espanto”) ¡Teruel es un diluvio de escombros! Aunque no tanto como Belchite, Teruel es otra escombrera!... En esta escombrera, un cantollanista de Segorbe, nos dió las primeras noticias del martirio, salvaje, e inmoral, de su Obispo D. Miguel Serra, que antes lo fué de Canarias. Y nos dirigimos a Segorbe.

¡Adiós, TERUEL! De tu santa memoria, me llevo en mi pecho ¡la estatua del patio de tu Seminario, la del Invicto CORAZON DE JESUS, como un Divino Poema, o como una Oración!... “¡Padre Nuestro, que estás en los Cielos!”...

LECTOR: Y no como Cristo en Jerusalén. Mañana, entramos en SEGORBE.

(Terminan los «Cantos Canarios».)

UN OBISPO CANARIO

--(2)--

Lector: Entramos en SEGORBE. Hemos visto (Roma o Jerusalén) los Clavos de Cristo y, nos acordamos de las tres cruces del Monte Calvario. ¡Cristo entre dos ladrones! De una de las cruces, ha brotado una Súplica: "Señor. Acordáos de mí, cuando entres en tu reino". De la Cruz Central, brota la Respuesta: "Hoy, estarás conmigo en el Paraíso".

Nos hallamos al pie de la Escalinata, en la estación de Teruel. Vamos en marcha. Dejamos atrás cierto y ventisca y, entramos en la zona templada de Levante. Dos horas de ruta. Bajamos al andén. A coche de mulas, ensortijadas de campanillas y cascabeles, salvamos la pendiente asfaltada, arbolada, que nos arremete en Segorbe, parecido a Teror (¿nos oye Teror?) y su catedral, a Nuestra Señora del Pino. Habíamos visitado en Tarragona al Sr. Serra, todavía canónico, y al despedirse en Las Palmas para Segorbe, nos dijo reiteradamente: "Le esperamos en Segorbe". Se lo prometimos. Y hemos cumplido la palabra, vivo, o muerto...

Encontramos ¡muerto! al Obispo Canario de Segorbe. Pero ¡qué muerte! Y ¡qué post-muerte! Contemplamos, acribillados a obuses, su Palacio; su Catedral; ambos, comunicados como el "Puente de los Suspiros" de Venecia y la Catedral de Toledo. Su Seminario, con su iglesia de cruz latina y su cúpula similar al nuestro; con su huerta asombrada de naranjos, de granados y de nisperos, uno de los mejores de España. Vimos la celda de su Cárcel, donde había dormido sobre un jergón a ras del suelo, como un delincuente vulgar. Visitamos su Cementerio (como el de Tegueste: "citra-tro muros y un ciprés"...) y depositamos sobre su tumba, las flores... de unos responsos... bañados en lágrimas!..

Un día (escucha, lector, una turba de foragidos, que se nombraba "La Desesperada" se apodera de su palacio y arrebatan al Obispo. El Obispo, aterrorizado, les dice: "¡Por Dios! Pero, qué delito he hecho yo? Si estoy acabado de llegar y no he tenido tiempo de hacer, ni bien, ni mal? De-

jadme, al menos, telegrafiar a..." Y por toda respuesta, lo zampan en una camioneta y, a la cárcel. A pocos días, otra camioneta y, a Vall de Uxó. Era el anochecer. Al primer despoblado, primer desenfardo: lo insultan, lo maniatan, lo zarandean, lo aporrecan y... le descerrajan un tiro en la nuca, arrumbándolo al suelo encharcado de sangre!... ¿Acabaron los tártaros? Pero ¡no! Todavía muerto (no sirven eufemismos) pisotean su cadáver, le zamarrean y, le ultrajan... como obispo... y como hombre. ¡Entonces... enarbolaron un trofeo! Y un algarrobo cercano... atestigüó el salvajismo. (¡Con literatura! ¡Pero literalmente!..)

LECTOR: Un solo comentario: (¿Nos está escuchando por la Radio el dignísimo Sr. Gobernador Civil, militar honorable y discretísimo? ¿Y el Excmo. General de esta Plaza, Sr. Rozas, peninsular y canario por adopción? ¿Nos está escuchando desde Tenerife, el muy insigne Gobernador Militar del Archipiélago, el brillantísimo, denodado General, Sr. Serrador: aquel valiente, león, español, del Alto de los Leones de Castilla?) —Pues bien—. Visitamos casi todos los frentes. Y los campos de las tres más grandes batallas: Brunete, Teruel, El Ebro. Y las tres más grandes ciudades liberadas: Madrid, Barcelona, Valencia. Y departimos con viejos y jóvenes, mujeres y niños, labriegos y rentistas, capitalistas y obreros. Y podemos decir: (en Canarias no conocimos la guerra, sino por el periódico: la "leímos", no la presenciamos). Un republicano de cepa, moderado y canario, que vivió Barcelona en el período rojo, ha contado: "La república no estuvo casi nunca en manos de republicanos. ¿Creen ustedes que si triunfan los rojos (salvábamos de la muerte, frailes y monjas) a estas horas, estaríamos vivos para contarlos?... Y podemos añadir: No Mella, ni Margall; però Pi Margall (tres austeros de distinta ideología). Si el republicano histórico (no de la víspera, ni del día siguiente) resucita: y vé, y oye, lo que nosotros vimos y oímos (lo del Obispo es un botón de muestra), se tras-

forma... ¡en fascista, pero cien por cien! Se puede, como Segismundo, ser un "hombre de las fieras"; pero no, una "fiera de los hombres"... Y el veneno del terrorismo; y el veneno del anarquismo, no conocen otro antídoto. Y este fué el caso de Mussolini, de Hitler, de Oliveira Salazar, y —¡sin patrioterías, pero con patriotismo!— y, para orgullo nuestro, de Franco, nuestro glorioso Caudillo! "Gimiendo y llorando en aquel valle de lágrimas", una anciana superviviente nos lo dijo en Belchite: "Después de

DIOS... FRANCO, FRANCO, FRANCO!..."

Vamos a dejar Segorbe, por Sagunto. Ayer, como hoy, (chusma y cochambre): "Crucificalé", "Crucificalé", gritó la chusma al Procurador de Roma. Y Pilato... se lavó las manos... "Crucificalé", "Crucificalé", ha gritado hoy (chusma y cochambre) el sadismo de Moscú. Y Cristo ordena al Obispo: "Hoy, estarás conmigo en el Paraíso!..."

(Suená «Marcha fúnebre», de Chopin).

UN OBISPO CANARIO

---(3)---

¡POBRE OBISPO CANARIO! Era de natural bueno, aunque tarde en darse, como suelen ser los catalanes. Era reposado, metódico y de una sola pieza. Sin revés ni derecho, como era nuestro Roca, insigne Magistral de Sevilla, también catalán: afable, cristiano y cordialísimo. Alguien ha dicho que el pobre Obispo ha pasado a la posteridad con la aureola del Sr. Pozuelo y, es una injusticia. Tendrían sus coincidencias. Pero el Sr. Pozuelo, si no constructivo, era activo, dinámico, férreo, medieval. Y el Sr. Serra era pasivo, enfermo, abúlico, neurótico; pero de una gratitud, de una hombría de bien y una noblotería muy de español.

En Canarias—es cierto—los obispos más populares de estos últimos tiempos, se llamaron: Urquinaona, Cueto, Pérez Muñoz. Pero la impopularidad del Sr. Pozuelo, estribada en el aislamiento, no alcanza ni con mucho al Sr. Serra. Si vivieran Inza Morales, López Martín, Jiménez Quintana, Vega Lorenzo, Rodríguez Alvarez, Hernández González, lumbreras casi todos del clero canario, nos darían la razón. El mismo Pérez Muñoz retratando a Pozuelo y a Cueto, uno tan fuerte, otro tan suave, dijo: "Ni tanto, ni tan poco. De los dos, saldría un gran obispo. Por cierto; en Coria hubo un misántropo, que se creía irreductible, y se dejaba gobernar: "reinaba, pero no gobernaba". Y nosotros, antaño, remembramos las Meninas de Felipe IV; y "Raquel", personaje bíblico muy representativo.

Porque los hombres aislados, (y re-

fundimos palabras de otro obispo canario) no se asoman al mundo, más que por las ventanas de su propia casa. Y: o no lo conocen; o lo conocen recortadamente. No conocen la realidad, porque no la palpan; no miden el terreno con sus propios piés, no se ambientan, no conviven, no pulsán la opinión general y nunca llegan a formar juicio integral de las cosas. Y es que ven sólo por los ojos "ajenos" de tres limitados y no por los "suyos propios". Y así se hacen víctimas de su carácter, como ocurrió al Prefecto Isabelino de Jaca, víctima de un solapado, un soplón o un contrahecho, que no sólo impopularizó al Prefecto, sino—lo que fué aún peor—se comprometió a sí mismo, recayendo sobre él una severa sanción, de carácter especialísimo. Y entonces lamentó el Prefecto: "¡Cosa esporádica! Nunca falta (ni malas palabras, ni buenas obras) el "hombre bueno" de segundas intenciones, que sabe aherrajar, suavemente, y le llena su casa de obsequios con el fin de aprisionarle, obligarle, y sobornarle, sin que nadie se percate. Porque el contrahecho físico, señalado por las manos de la naturaleza, es semejante al contrahecho moral. Y la verdad: En Jaca no hay malhechores; pero sí, secuestradores de la voluntad del Prefecto".

¡ADIOS SEGORBE!... Por dicha del Cielo, hemos celebrado misa sobre el "Santo Sepulcro" del Monte Calvario, a dos pasos de la hendidura de la Cruz de Cristo. Y bien. Tu visión no nos despierta la visión del

Alcázar, ni el Seminario de Teruel, ni la Universitaria, ni la Casa de Velázquez, ni la visión de Belchite. (También las ruinas saben ser bellas, con la belleza oblicua o vertical del Parthenón y el Coliseo; en contra de la horizontal o rasa del Areópago y la Vía Apia). Pero, ¡oh, Segorbe! Pero (¡oh; edad de Cristo!) nos suscita el Gólgota o el Monte Calvario, (atención señores sacerdotes) con tus "Treinta y Tres Cruces de Muerto" de tus TREINTA Y TRES SACERDOTES MARTIRES, sacrificados por Dios y por la Patria!... ¡Santo Mártir Canario! Escucha: Como el Bautista, la "voz"..., la caña agitada por el viento", tú has sido canonizado... por "El que clama en el Desierto"... Y, como Cristo, al aproximarse, lloró sobre Jerusalén; nosotros, al alejarnos, lloramos sobre SEGORBE!...

Media Hora por RADIO-LAS PALMAS

A MANUEL AZNAR, amigo y escritor, en Madrid.

JUICIO de un Pensador

(Sobre este TRIPTICO, hemos recibido juicios tan laudatorios como inmerecidos. Publicamos éste, que los compendia todos.)

Lcdo. Sr. D. Juan DIAZ QUEVEDO

Pinta usted sin pinceles, Amigo Don Juan. Por eso, su pintura es sinfónica:—palabra y color.—Y no pasa V. sin embargo, la raya de lo que Cervántes llamaba «discreción», y la Reina Isabel «buen gusto». Es V. un escritor discreto.—Y para que no falte nada, no le falta la Nota Reflexiva, tan oportuna, tan discreta.

Pero es V. también escritor y lector de gran emoción. Me conmovió usted: yo que tan pocas veces me conmuevo. Me conmovió con toda verdad y con todo arte. La escena de la pasión y muerte del pobre Obispo, de un patetismo extraordinario, fué casi irresistible para mi temperamento; pero irresistible para mi madre y para toda mujer. Donde hay sensibilidad, ese cuadro—de tan fuerte dramatismo—engendra lágrimas, que son los mejores aplausos... Y

COLOFON.—Nos acordamos de dos amigos muertos y de dos canarios. Quisiéramos ser TOMAS o NESTOR (ojos de poeta, o de pintor) para brindar a Manuel Aznar, gran impresionista y mejor amigo, este TRIPTICO de nuestra pasada desventura, para su libro importantísimo "Historia Militar de la Guerra de España". Y si viviera (le estamos contemplando en nuestra foto) Gabriel Miró, otro excelente amigo y más valioso literato, novelador y preciosista, le ofrendaríamos este a modo de boceto, a modo de aguafuerte, o de acuarela, miniada y policromada en Canarias, para su obra exquisita, sublime, casi divina: "Figuras de la Pasión".

(Ejecutan «Rapsodia Húngara n.º 2», de Litz).

difícil elegir, entre las tres, la página más literaria. ¿Fué la primera? ¿La tercera?

¡Lástima, que nuestra Emisora no alcance mayor radio! Debió radiarse a Manuel Aznar, en Madrid. En su espíritu de escritor, de hablista, de cristiano y español, hubiera impresionado grandemente. Debió haber llegado de viva voz a Barcelona, Valencia, Zaragoza, Teruel, al mismo Segorbe... Hubiera destacado aún con mayor relieve, por hallarse más cerca de la tragedia. Muy bien trazado, escrito y pronunciado. Muy bien ambientado y cronometrado.—Además; como hay caras fotogénicas, hay voces microfónicas. Y una es la suya:—llegaba clara, limpia, vocalizada, limbrada y al natural, como si no hablara al través de la mecánica del micrófono. Son las sensaciones que recojo, en Las Palmas como en el exterior.—Aunque no hubiera V. escrito otra cosa, esas cuartillas recómpensan el viaje.

Y nada más. Sino un entendido abrazo al AMIGO, al ESCRITOR y al LECTOR.

X. X.

Lcdo. en FILOSOFIA Y LETRAS

ROSARIO DE ROSAS

Oyendo al Padre Sordo

Estamos en la Catedral, invadida, apretada de muchedumbre hasta donde lo permite su acústica, agrandada hoy con el sabio tornavoz que se ha colocado en el púlpito: Un auditorio prestigioso, inteligente y mariano, que oscila entre dos o tres mil personas.

Desde los tiempos del célebre P. Carrasco, ningún orador sagrado ha llevado tanta gente a la Catedral, en oraciones consecutivas. Deben estar satisfechos los cinco poetas anteriores de la idea o de la obra: la poetisa, sensible, cerebral y femenina, Ignacia de Lara, Luis Doreste, Gíar. Y también el gran Obispo Pildain. Y también el P. Sordo. Sin olvidar el concurso de los Rectores de las Siervas de María y de Santo Domingo.

El P. Sordo, discípulo del gran Cardona—Obispo de Sión—y, como Cardona, hombre de gran madera y temperamento oratorio; de orientación moderna y amplia cultura, social y religiosa; de máxima emoción y expresión literaria y mímica, con buen dominio de la intelerigencia y del corazón, de la palabra y del gesto; alma de poeta y lo que se llama todo un artista de la palabra, ataca, subyuga, electriza, escaloofría y arrastra y sabe hacer el silencio, como lo supieron hacer los grandes adalides del púlpito, de la asamblea y la tribuna. Como hoy lo hacen, pero no citar otros, Ruffen y Janvier; como lo hace—es el secreto de los directores de multitudes—Hitler y,—sobre todo—Mussolini...

Hasta fines del siglo pasado fué la cuestión religiosa el tema casi exclusivo de la predicación. Era el signo de la época y hasta las mujeres estudiaban y sabían de teología. De aquí, la oratoria grandiosa del genio de Bossuet, el Aguila de Meaux; de aquí, Massillon, Bourdaloue, el P. Félix, el propio Monsabré. — De aquí, su influencia en España: los Manterola, Monescillo, Cámara, Arbolí, Sanz Forés, Jardiel. La Religión era el asunto de la paz y de la guerra. Y así, la preocupación religiosa engendró la cuestión religiosa y la guerra religiosa.

Pero más tarde, fué la preocupación social y vino a convertirse en la cuestión social y en la guerra social. De aquí, nació la predicación social y religiosa, llevada primero al ateneo y más tarde al templo. Fueron los tiempos del gran León XIII, cuando es-

cribió su inmortal encíclica "Rerum Novarum". Y esto produjo, en París, a Lacordaire; en Roma, al P. Ventura; en Bruselas, al Padre Van-Tricht... Un día visitábamos la Acrópolis de Atenas y el cicerone, en perfecto italiano, nos dijo señalando unas ruinas: "Aquí fué el Areópago. Aquí predicó S. Pablo "quello del nostro Dío ignoto".—Nos dijimos: S. Pablo se adelantó a su época. El poder de la palabra más grande, después de Cristo, buscaba al pueblo donde se encontraba el pueblo.

En Las Palmas también la oratoria de Bossuet tuvo notables paladines. Y fueron los Urquinaona, Torres Daza, Roca Ponsa, Matamala. De aquí sus mejores discípulos: Rodríguez Bolaños, Vega Lorenzo, Artiles Rodríguez, González Marrero. Hubo otra característica castelariana con Crespo Peñalver. Y de aquí, López Martín, Padrón de la Torre, los señores Feo, Azofra, Marrero, Suárez Miranda, etc.

La última fase de la predicación en España culminó con Cardona-Obispo de Sión, Calpena, González Reyes, el P. Zacarías, el Padre Torres. En la América española, con Monseñor Jara, el gran predicador chileno. En Las Palmas, como discípulos del P. Van Tricht, cada uno con su diferente modalidad, hemos escuchado a Carrasco, Angel Ortega, Rosés, Laburu, Sordo, Obispos Albino y Pildain, Alcorta, Uranga. Ye de ahí, las huellas que se notan en el Magistral de Tenerife y en García Ortega, hijos de esta tierra. (Escribimos con premura y sucintamente.) De todos estos, es sin duda el P. Sordo el discípulo más auténtico de Van Tricht y el que más se parece al Obispo Cardona, su predicador predilecto, sobre todo en las transiciones, en saber terminar a tiempo, ni antes, ni después.

ENVIO: Hermano Redentorista: Un pensamiento escriturario: "La voz de la tórtola se ha dejado oír", y las flores aparecieron en tierra nuestra". La Catedral de Las Palmas con la Virgen del Rosario y Santa Teresita ha sido, en estas noches de rogativa, como un Rosario de Rosas, como una "Rosa plantada sobre el nivel de las aguas", "rebrotaba, la Catedral, en las flores de los rosales"... Tenían que ser cinco poetas los or-

ganizadores de esta sublime, divina poesía: la poesía de Lisieux y la poesía del Gave que embellece a Lourdes!...

Hermano Redentorista: En estos días, la palabra de Franco—hecha pan—ha caído sobre la España irredenta. “Ningún hogar sin lum-

bre; ninguna mesa sin pan”. Tu palabra, hecha Verdad, ha caído sobre los corazones canarios como una lluvia de rosas, las rosas deshojadas de la divina, de la pequeña, y grande, y divina, poetisa de Lisieux.

(De “Acción”, 1938.)

El Milagro de “EL DIVINO IMPACIENTE”

Nos informan que el “Cuadro Atenas” se desplazará en breve por los teatros de Tenerife y La Palma, a fin de dar a conocer en aquellos públicos la obra de Pemán tantas veces divina.

Nos parece muy bien. Y aún mejor, si pudieran saltar a la Península. Los teatros de Cádiz, Sevilla, Burgos, Valladolid, San Sebastián y, en fin, toda la España redimida la acogería con profundo éxito. Estamos seguros. Y además, lo agradecería el Arte, la Religión y la Patria.

Todos los amateurs, todos los castizos, los clásicos amateurs del Arte del Teatro, de los grandes tiempos del arte del Teatro Español resurgirían en este resurgimiento glorioso de nuestra España. Porque España—no quepa duda—volverá a surgir. Y España volverá a ser España en todos los órdenes. También estamos seguros.

No estamos acabados de nacer. Contamos algunos años de experiencia en estas lides artísticas y honradamente podemos sintetizar en tres palabras: que la obra nos ha parecido muy bien decorada, muy bien vestida, y bastante bien representada. Los que conocen las compañías teatrales de provincia saben que todas están formadas a base de una o de dos figuras. Y en el “Cuadro Atenas” no sólo hay figuras, sino lo que más vale, hay prestigioso conjunto. Salvo algunos papeles de quinto orden, las figuras centrales son verdaderos actores.

Alguien que conoce a Miguel Muñoz y Ricardo Calvo, los dos principales intérpretes de la obra de Pemán, nos ha dicho técnicamente: —Puede V. asegurar: Miguel Muñoz discípulo del gran don Pedro Delgado (el mejor recitador del Tenorio) y Ricardo Calvo, familiar inmediato del insuperable Rafael Calvo, han sido dos grandes recitadores, pero nunca fueron tan buenos actores. Por eso, parodiando la célebre frase de un crítico teatral comparando a Calvo con Vico, que decía: “A Calvo, hay que oírlo; a Vico, hay que verlo”, Enrique Borrás dijo: “A Ricardo Calvo, hay que oírlo. Pero hay que cerrar los ojos para no verlo”.—Esto no puede decirse de Suárez León. A Suárez León

hay que oírlo, pero sobre todo, verlo. Con ser tan buen recitador, acaso y sin acaso, está mejor como actor. Así, en las escenas brillantes de India y Japón nos recuerda a Echaide, a Morano, a Mendoza, a Thuillier, a Tallaví, a Perrin, a Borrás. Pula la cuerda de la comedia, del drama o de la tragedia, dentro de sus facultades, como la pulsaron nuestros grandes actores.

Y ahora. La magia del Arte, el prodigio del Arte lo hemos visto repetidas veces. Fué, entre otras, con la soberbia Capilla Sixtina de Roma, no en Roma donde la hemos oído ordinariamente, sino en Madrid en uno de sus más capaces teatros populares. La conocíamos en S. Jerónimo, en San Francisco el Grande, en el Teatro Real frente a los Reyes, frente al Obispo Melo y al gran Cardona, Obispo de Sión. — La música religiosa de Victoria, de Palestrina, de Perossi triunfaba rotundamente ante aquel público, que no sólo era músico sino también religioso. No era extraño, era su marco adecuado. Pero fué en la Zarzuela, ante un público popular, poco músico y poco o nada religioso. Y se obró el prodigio, sin embargo. La música religiosa se adentró por los poros y llegó hasta el alma de aquellas masas y electrizó y triunfó en la más abigarrada de las concurrencias.

Algo de esto hemos querido ver ahora con la representación de “El Divino Impaciente”, en la península y en Canarias, ante un público popular, impreparado, casi neutro para estas grandes manifestaciones del Arte y del Evangelio: —en la península, en pleno Frente Popular; en la península y en Canarias, en pleno triunfo de películas, de boxeo, de revistas, de veaudevilles, de football y de galgos... ¿No es esto un milagro?...

Para todos, nuestra muy sincera enhorabuena como recitadores y como actores. Y un abrazo efusivo para Carlos Monzón, que si no se ha superado, se ha consolidado como un buen escenógrafo. Sus decoraciones no tienen nada que envidiar a las mejores de los mejores teatros. Y lo mismo, la indumentaria. Y el gran atrezzo, rico, propio y preponderante, como de coliseos mundiales.

No vamos a terminar sin subrayar y aplaudir

dir la verdadera escuela española de declamación con que se ha interpretado—y tenía que ser así—esa obra más que española, españolísima, de sabor tan clásico, de ambiente tan del Siglo de Oro, ese poema dramático, que lo hubiera suscrito Lope, Moreto, Tirso, acaso Calderón, tal vez Zorrilla, con un verbo actual, que todo eso es Pemán y la maravilla cumbre de Pemán “El Divino Impaciente”. Además, en la escuela de declamación española lo declamaron Muñoz y

Calvo. Hubiera sido un anacronismo y un craso error haberlo declamado con declamación extranjera, estilo Santos Chocano o al estilo de la Singermann, tan conocidos en la península y tan difundidos por Canarias.

Van nueve representaciones de “El Divino Impaciente”. Caso insólito, tratándose de teatro de verso. Repetimos que el “Cuadro Atenas” hace muy bien en ir a las islas y que haría mejor en saltar a la península. Lo agradecería el Arte, la Religión y la Patria.

El Milagro de “EL DIVINO IMPACIENTE”

UN JUEVES Y DOS POEMAS

No podemos empezar este artículo, sin dar las gracias unánimes a la más unánime de las acogidas con que se ha visto favorecido nuestro ensayo del domingo último por todos los sectores de la opinión. Y lo celebramos hondamente: por el «Cuadro Atenas», por el Ayuntamiento que lo patrocinó y sobre todo—por el glorioso Pemán, por el Arte, la Religión y la Patria, a quien lo dirigimos ayer y a quien hoy le brindamos el éxito.

Pero el hombre es hijo de las circunstancias. Y las circunstancias nos obligan ahora a otro ensayo. Fué nuestro pensamiento y quiso ser nuestro anterior artículo, (artículo temático y de tesis modesta basada sobre un plan dignamente impersonal)—que el Arte, como la Providencia, no obra milagros sin necesidad.

Así—decíamos—el público, místico y religioso, del Teatro Real de Madrid saboreaba, sin necesidad de milagro, la música religiosa de la Capilla Sixtina. Pero fué un milagro del Arte horadar los pechos y llegar hasta el corazón de las masas del teatro popular de la Zarzuela, público abigarrado, poco místico y poco o nada religioso. Y nos pareció otro milagro del Arte el de «El Divino Impaciente» al triunfar en la península en pleno Frente Popular; en la península y Canarias, ante un público desorbitado, descentrado, impreparado para las grandes manifestaciones del Arte y del Evangelio: en pleno triunfo de películas, de boxeos, de revistas, de veaudevilles, de footballs y de galgos...

Clemenceau, (y vamos a rozar aquí un asunto escabroso, pero con alteza de miras, también de un modo digno y completamente impersonal) Clemenceau, el gran parlamentario francés y el gran periodista, debatiendo un día, en una de sus más trascendentales conferencias, el tema siempre actual, de «si la prensa debe ser un reflejo de la opinión, o una encauzadora de la opinión» decía: «En otros tiempos no existía más que una sola prensa: la prensa de ideas. Todo el mundo conserva en la memoria la discusión entre Carrel y Girardin. Carrel no comprendía el periodismo sino para llevar a él las doctrinas y discutir las; en tanto que Girardin lo juzga ba un puro comercio. El cambio de las ideas les lleva a un cambio de balas. Y Girardin puso fin a la contradicción, suprimiendo al contradictor...»

«La teoría de Girardin nos ha llevado así a la prensa de información, prensa mediocre que se ampara de escándalos y hace obra malsana. La verdadera prensa tiene por misión, reaccionar contra las influencias perniciosas. Yo no llamo «prensa» sino aquella que tiene el sentimiento de su dignidad.» Esto decía este gran francés.

Y un gran alemán, Hitler, acaba de proclamar desde el Reichstag «una nueva mentalidad periodística para hacer desaparecer el periodismo de escándalo. Porque todavía—agrega—en muchos países, todo hombre de negocios, todo político intrigante, puede comprar una empresa periodística y hacer que todas las plumas que la integran se pongan al servicio de sus personales intereses. Y no puede ser. Toda actividad, todo interés particular debe supeditarse siempre al interés colectivo, a los intereses supremos de la patria».

Pero es necesario que la opinión pública—pueblo que participa de los errores de sus elementos—sea más o menos bien dirigida, esto es, necesita de un paladín, ha consignado un ensayista. Que los hombres se reúnan, que cambien de ideas, que las discutan, que lleguen al conflicto, mejor: del choque de las ideas saltará la luz. Un pensador ha dicho: «Si los pueblos no son conducidos por los estadistas, serán arrastrados por los charlatanes».

CAMINO DE DAMASCO.—¿Tienen aplicación estas teorías con «El Divino Impaciente»?—Creemos que sí. Hemos asistido el jueves último a su décima representación. El teatro, como dicen en Madrid, era una bombonera, un poema, o mejor, dos poemas: uno, en el escenario; y otro, en la sala. Tocas monjiles de vicentinas y teresianas, y por todas partes, colegiales y colegialas. Cada platea y cada palco parecía una «Canción de Cunas». Era aquello una lección de ascética, de catequesis, de religión y moral, todos unos ejercicios espirituales para el porvenir. Y junto a ello, una lección de Arte y otra lección de Patria. Nos recordaba la obra de vulgarización que hacían los centros culturales madrileños por los teatros de Fuencarral y la Latina. Así se preparan los pueblos.

Porque una cosa, nos ha dicho un amigo, deben saber las juventudes de provincia:—En todas partes, el arte grande está en el centro de las Capitales. En París mismo, el arte ínfimo tiene su público, su

fleuro y su sitio:—en los barrios bajos y en los barrios altos, es decir, en el suburbio, en el arrabal (faubourg); o en los riscos, en Baignolles o en Montmartre. (Tan solo rozamos la materia).

Pensamos de nuevo en el «poema de la sa'u del

Galdós, momentos antes de terminar el poema del escenario. Mientras Javier vislumbra las costas de la China, algunos ¿quién sabe?—vislumbran el «Ca'mino de Damasco».

(De «ACCION», 1938)

EL PADRE ALBINO levanta un mausoleo al PADRE CUETO

En nuestra Catedral, el sábado último. — El P. Albino pronuncia una Oración Fúnebre sobre el P. Cueto, que no nos parece maravillosa, sino... tres veces maravillosa, como sus tres maravillas o Bienaventuranzas del Sermón de la Montaña.

Fué todo un acto religioso, serio y grande, que nos recordaba las mejores iglesias de Madrid, de París o Roma. El P. Albino es ya otro. Le oímos desde antes de ser obispo y en período de formación—¿lo recuerda?— junto a figuras de alto relieve como los PP. Torres y Zacarías y Mella, el gigante... El orador (por algo está sobre una tribuna) debe estar siempre sobre su auditorio. Y aquél día, el público estaba sobre el orador, el gran público que hemos nombrado. De ahí, la falta de dominio. Pero hoy es ya un maestro el P. Albino y domina totalmente al público. La prueba, una hora entera de atención, la misma al final que al principio.

El plan, como en los grandes maestros, como lo hizo Arbolí, Calpena, Roca Ponsa, podía recogerse en un papel de fumar. Tres palabras, porque el arte de condensar es propio de eminencias: —“Las dos vidas del Padre Cueto: su nacimiento a este mundo; su nacimiento a la eternidad. Y todo, enfocado sobre las tres Bienaventuranzas: la de los pobres, los misericordiosos, los que han hambre y sed de justicia”. — Tres veces maravilloso... Lo que dijo el teólogo, el sociólogo, el pensador, el poeta, el artista de la palabra, en otro lugar, hubiera sido subrayado con atronadores aplausos. Dentro de la oratoria, impecable de pensamiento, palabra y obra...

Fué la Oración Fúnebre del P. Cueto, en labios del P. Albino, algo como una pirámide; como un obelisco o como un sarcófago del alto Egipto. Nosotros, que conocíamos esos parajes, viajábamos con la imaginación por las orillas del Nilo (Heliópolis del Cairo); por el Támesis (la gran Cleopatra); por el Tíber (plaza de San Pedro); o por el Cuerno de Oro y los Dardanelós (Santa Sofía), frente al Ponto Euxino.

El Obispo Nivariense, gran arquitecto de la palabra—como nuestro gran Pildain, arquitecto de la emoción—levantó el sábado en la Catedral, un mausoleo monumental al Padre

Cueto, impregnado de estilo clásico y perdurable, sin barroquismos, sin modernismos, sin futurismos y sin cubismos, estilos arquitectónicos arbitrarios, absurdos y pasajeros. Porque lo clásico siempre es actual, como es actual el P. Cueto. Y lo esencial en arte, no es estar en moda, sino en actualidad, perdurar, pervivir, no morir...

Por eso—insistimos con Faure—más que la tumba del Soldado Desconocido de Roma, la clásica, que, anacroniza la vieja Plaza de Venecia y la subida del Capitolio, preferimos otro mausoleo menos aparatoso y babilónico como el peñete totalmente natural, fabricado por las manos de Dios, que guarda los restos de Verdagner en las alturas del Montjuich y cara al Mediterráneo... Rindamos tributo al P. Cueto, nuestro obispo clásico e inmortal. Dijo muy bien González Díaz, calcando a nuestro Calderón mejor que a Shakespeare: “Hay seres vivientes, que son sepulcros; y hay sepulcros, que son seres vivientes”. El sepulcro del P. Cueto está lleno de vida.

La oración Fúnebre del P. Albino (y en esto compartía con nosotros el gran Colacho, nuestro luminoso pintor canario) fué todo un catafalco digno, según él, de figurar en uno de los cementerios de París donde había contemplado lo más portentoso y definitivo; digno—a nuestro juicio—de figurar en el camposanto de Pisa, o mejor, en el Staglieno de Génova al lado de sus mejores facturas y sus mejores inspiraciones. Fué algo divino como los sepulcros de los santos que habíamos visto: como el del Poverello d'Asis, como el de Domingo de Guzmán en Bolonia, como el de Lázaro en Betania, como el de Jesús en el Monte de las Calaveras...

...Sobre este Mausoleo, obra del P. Albino, la noche del sábado (flores sobre flores) González Díaz, el eximio impresionista, siempre elegante, brillante y académico, depositó una corona de laurel engarzada de olivos... y otra, de azucenas, jazmines y nardos todos blancos, como la blancura del hábito y el corazón del gran dominico... Y entonces, la flor del corazón del PADRE CUETO, floreció una vez más en nuestro corazón!...

(De “Falange”, 1939.)

Impresiones Autorizadas

«GABINETE LITERARIO», hoy, Enero, 1940.

Sr. Don Juan DIAZ QUEVEDO

Mi querido Amigo Don Juan:

He leído de «un tirón» la admirable Crónica que V. hace de un sermón magistral del P. Albino, pa-negórico del santo P. Cueto.

Gracias mil por sus amabilidades y mi enhorabuena cordialísima, aunque tardía, (estaba en la Península) por el regalo espiritual y exquisito, que a todos nos ha proporcionado.

Es suyo devoto amigo, que le quiere y admira
LUIS DORESTE

CIUDAD JARDIN, Noviembre, 1939.

Mi estimado Amigo:

Con verdadero placer, he leído su artículo sobre el monumental CAPO LAVORO del Padre Albino, que a mi juicio está exaltado por V. de modo tan maravilloso, que refleja el entusiasmo que causó en vuestro sensible temperamento artístico.

Mis enhorabuena más cumplidas. Y un millón de gracias por haber hecho figurar mi modesta personalidad de pintor en tan hermoso y brillante trabajo.

Su agradecido amigo

NICOLAS MASSIEU MATOS

COLEGIO DE P.P. REDENTORISTAS

Miranda de Ebro (Burgos)

EL ESPINO, 10 de Julio, 1940.

Mi muy admirado Amigo:

¿Da V. por justificado el retraso en acusar recibo de su tarjeta y artículo tan solicitado por mí, a causa del continuo ajeteo de este asendereado misionero?

El artículo sobre la Oración Fúnebre del P. Cueto, lo leí con el paladeo con que se saborean los manjares exquisitos. ¡Bien talla V. las facetas en los polígonos de los diamantes! Su estilo casi personalísimo, podríase decir que es algo maduramente logrado.

Yo encuentro razones que justifican mi demora en escribir mi atisigante correspondencia epistolar. Pero no las encuentro (esas razones justificantes) para excusar a D. Juan Díaz Quevedo, porque permite que el manantial de sus producciones de escribir brote con tantas y tan largas intermitencias.

Y perdone estas descosidas líneas el estilista canario, y reciba en cambio: ci amigo cordial, un saludo y un abrazo

VICENTE M.^a SORDO

Pensamiento de FRAY LESCO

Este es uno de sus mejores artículos, quizás el mejor artículo que usted ha escrito. Por lo menos, el mejor de todos los que he leído de usted, el más inspirado, el de mayor bagaje literario y artístico.

Y sin embargo, el más natural, el de más difícil facilidad. Y el más espontáneo. Ese es el secreto. Precisamente, los mejores artículos fueron los más

espontáneos. Se escribieron siempre, cuando brotaron; cuando salieron espontáneamente de la mente y de la pluma: cuando el tema o asunto llama al escritor; y no cuando el escritor llama al asunto, como ocurre generalmente al periodista o escritor profesional, que por razón de su cargo se ve obligado a llenar galeradas y galeradas, esté o no esté en vena, esté o no inspirado lo mismo de pensamiento que de expresión. Los que hemos escrito para el periódico, sabemos lo que es eso...

SINCERAMENTE

FRAY LESCO

Valores del TURISMO

LA SONRISA de Francia

(TRADUCCION Y COMPOSICION)

Es casi de hoy, el hecho de reconocer al TURISMO su real valor. El valor es éste: «Es el Turismo, una de las más importantes funciones de la actividad humana».—Su reciente desarrollo, la transformación de medios locomotivos, su democratización al alcance de todos, el deseo creciente de trasladarse, de «ver países», son los síntomas actuales de una rápida evolución social.—En Francia, los esfuerzos de las Asociaciones de Turismo, cuyo rol esencial es hacer CONOCER Y AMAR el país, han contribuido grandemente a la expansión de este movimiento.

Pero si se analizan los medios de Turismo y sus causas profundas; si queremos convencernos de que, en su base, se encuentra la idea de «transportes» y la idea de «instalación», venimos a parar indefectiblemente en esta consecuencia:—que el Turismo ha sido de todos los tiempos. Más aún: que desde el origen de la Humanidad—la fatalidad, o la necesidad; la curiosidad, la ambición, o la propia aventura—han hecho, del hombre, un TURISTA.

Turista, el hombre troglodita que, llevando en la mano su hacha de pedernal, buscaba por las cavernas su alimento y seguridad al través de las selvas de nuestra Francia cuaternaria.—Turista, el emigrante heleno, que encallaba su trirreme en las costas de Provenza, para edificar las primeras moradas silíceas.—Turistas de genio, aquellos romanos cuyos caminos enlosados conocieron un período de prosperidad, por largo tiempo sin rival.—Turistas, todos aquellos trashumantes de la Edad Media, caballeros y monjes, peregrinos, y cruzados, que en el curso de una época sin rutas y sin viviendas, recorrían regiones enteras desprovistas de vigilancia y seguridad.—Turistas, los paladines y los trovadores, y los troveros.—Camo también turistas, los que, después de las huestes de Joinville y Froissard, juntaban—desde entonces—lo picante de la anécdota, al interés de los viajes...

¿Conocían ellos estos precusores?—Yo no lo sé. Pero seguramente tenían, como nuestros viajeros de hoy, la preocupación del mejor itinerario, del camino menos escabroso, de la vivienda garantizada y segura. Y yo pienso que esas preocupaciones de bían, casi siempre, salirles al paso, fundados en la admiración por la Naturaleza.—Conviene reconocer

que con la seguridad creciente y gracia al progreso de medios de transporte, el Turismo moderno—tal como nosotros lo conocemos—aparece más tarde. Ya en su época, Châpelle y Bachamon, ricos precursores del «Club de los Cientos», gustaban el placer de la gira gastronómica. Mme. de Sevigné—a más de distinguida descendiente del «Touring Club»—no olvidaba ningún detalle en sus excursiones por Francia. La admiración de la Naturaleza con pareja con las comodidades del viaje. Si ello es una moda para María Antonieta, para Juan Jacobo resulta un dogma. En adelante, a la inquietud por las contingencias materiales, se añade este ideal que es como el culto de la Belleza, sorprendida bajo todos los aspectos en el azar de los viajes. Y, en este concepto, entraña el Turismo, algo así como un Credo, como un Culto, o como una Religión...

Pero yo lo llamaría, además, la Cuna de todas las Artes.—Evocador por excelencia, el Turismo es quien las más de las veces hace surgir en nuestros «amateurs» ese gusto tan personal para pintar una tela; o esta inspiración poética para bosquejar, en estrofas melódicas y en partituras musicales, el más sincero reflejo de toda su admiración ante una Naturaleza idílica de beldad, impresionante de grandeza, lírica de dolor, o sublime de encanto. Así, el «Murmullo de la Selva», el «Claro de Luna», la misma «Danza Macabra» francesa y universal. El hombre, ante la Naturaleza, se convierte en artista.—El Turismo ha nacido ya bajo la forma moderna: saber VER LA BELLEZA es, pues, su dón reservado...

Más tarde se perfecciona, la ruta se mejora; y, al empedrado de los tiempos de Luis XIV, le substituye la grava de Frézaguet; y luego el cemento, el asfalto y los alquitranados actuales. El mesón se transforma y hace plaza al hotel más confortable. A la litera y la carroza, suceden los vehículos más ligeros y mejor equipados. La locomotora suplanta al caballo, después la regocijante bicicleta, después el automóvil. Y por último; el hombre impaciente de estar amarrado al suelo,... se suelta a volar... ¡El avión, o el hombre con alas, ha sido la última palabra del transporte!...

Y cosa muy importante. Viajar, no es un lujo, ni una banal distracción: es una necesidad, lo mismo del espíritu como del cuerpo. El paisaje, como la música, es el gran sedante del espíritu, que redanda en sanidad del cuerpo. Es la experiencia quien habla por nosotros; la experiencia que es madre de la ciencia. El placer contemplativo de la Naturaleza; el olvido de los quehaceres cotidianos; el cambio de trabajo; que en eso consiste el descanso; el cambio de clima, de aire, de alimentación, de vida, tonifica y vivifica el organismo porque equilibra el sistema nervioso y restablece la normalidad en el hombre. No hay neurastenia que resista a este tratamiento. Porque el cuerpo necesita su terapéutica; pero el espíritu, también. Por eso, viajar es la gran medicina lo mismo para los enfermos que para los sanos: previene, y asimismo cura. Pero vale más prevenir que curar, para la salud como para el bolsillo. Tiene relación aquí la sabia expresión de un médico sincero que, antes que profesional, se sentía hombre. Es una expresión, que vale por una sentencia. «El dinero—decía—es mejor gastarlo en el mercado, que nó en la botica». Y eso es lo que pasa con el

Turismo. El Turismo cura, pero antes preserva. Y curar una enfermedad, es bueno; impedirla, mejor.

Decíamos nosotros; ¿Para qué quieren el dinero gran parte de los hombres?—Dos secretos tiene el dinero: saberlo adquirir; y saberlo gastar, que es como saberlo conservar. No es necesario que sobre; lo esencial es que no falte. Sin embargo; hay muchos adinerados, mentalidades SIMPLES de interés COMPUESTO, «nuevos ricos» y viejos ricos, que viven al margen de la sociedad, representando el papel de «El gran Tacaño», o «El Avaro» de Moliere, sacrificando cada día un presente cierto, por un porvenir que nunca llega. Y—¡oh paradoja!—«el avaro, al morir, (ha consignado un escritor) se convierte... en el hombre más generoso del mundo. Porque no quiere nada para él, sino para los demás. Porque trabajó, y no disfrutó. Así, pues, que lo regala todo: la propiedad y el usufructo... al sargento de caballería que se case con su hija o su sobrina. Sólo que lo que regala, la mayoría de las veces, es la vagancia o la execración de muchos de sus herederos, la Manzana de la discordia, o un semillero de pleitos familiares. ¡Vivió como pobre, y murió como rico para legárselo al vecino de enfrente! El caso del pordiosero—caso de sordidez y de estupidez humana—que murió de hambre en medio del arroyo y, al despojarlo de sus andrajos, se le encontró toda una fortuna en los forros del chaleco... Son estos los parásitos de la sociedad, los acaparadores, los que consumen y no producen, la «higuera maldita», lo que en lenguaje de cancillerías se llama un cindeseable».

Pero hablemos otra vez sobre Francia. Mirad un mapa de nuestro país. Admirad el equilibrio de nuestras costas, de nuestras montañas, de nuestras llanuras; la perfecta distribución de nuestros ríos, de nuestros afluentes; la variedad de orientación de nuestros valles y la diferencia tan claramente marcada de nuestros límites marítimos y terrestres. Esa es la imagen de Francia. Refleja la variedad en la unidad, lo pintoresco en los sitios, y la diversidad en los climas.—Pero sólo el viaje permite apreciar todo esto que el pasado ha dejado de recuerdo y de tradición; pues en ningún otro país se ha escrito nunca la Historia en tan fastuosas letras de piedra; y en ninguna otra parte tampoco, nunca el alma del pueblo se ha reflejado como en el nuestro, alma llena de hospitalidad y de gran hombría de bien.—Viajar por Francia, es conocer «LA SONRISA de Francia».

¡Qué otro espejo de mil facetas, que aquel que retrata a la vez las brumas de la Bretaña y el azul encendido del cielo provenzal! ¿Dónde se encontrarán tantos pueblos fundidos en uno solo y guardando, a pesar del lento trabajo de los siglos, su carácter peculiar y sus costumbres? ¿Qué otro país podrá enorgullecerse de tantas maravillas sembradas sobre su suelo: obras las unas de la Naturaleza; las otras, del hombre?

Y ahora... Si Mignon, nos escuchó, yo voy a decirle.—¿Conoces tú el país donde, bajo los cielos más diversos, se desdoblaron los sitios más armoniosos; donde los mares verdes y los mares azules bañan las más pintorescas riberas; donde los Alpes, los Pirineos, las Vosgos y los Cevennes, se disputan el privilegio de la grandeza y de la belleza; el país, que lo mismo siembra de arte, los más gloriosos como los más trágicos perfiles de la Historia; el país,

en fin, de toda inteligencia, de toda cultura, de todo heroísmo?... ¿Conoces tú ese país?...

Ese es el nuestro, nuestra Francia querida. Así obliga que nuestro amor por ella, se eleve a la altura de un Culto... Y que al vernos amarla de tal manera, el mundo le rinda homenaje a su esplendor, a su encanto, a su incomparable belleza.

(De «EL DEFENSOR DE CANARIAS»—1931)

La Góndola de VENECIA

“Todo está dicho”—La Bruyere

(TRADUCCION Y COMPOSICION)

A primera vista ño sería de una arrogancia extrema, intentar escribir algo de nuevo sobre esta Ciudad de las Aguas, sobre esta Venecia ambigua, que literatos y arqueólogos han estudiado piedra por piedra después de cuatro siglos, con entusiasmo delirante?... Pero ¿es que resulta verdaderamente posible añadir algún rasgo inédito, alguna observación original a los relatos de los viajeros, a las impresiones de los Artistas, a los cantos apasionados de los poetas que han venido aquí—sobre la laguna legendaria a mecer sus sueños, a estimular su fantasía, o a calmar su dolor?...

Parece más bien que, un estudio contemporáneo sobre la Ciudad de los Dux, debería empezar por aquella frase desengañada que un día La Bruyère inscribió a la cabeza de sus caracteres: «Todo está dicho»... Así es. Todo parece dicho sobre la originalidad, sobre la pintura, sobre la fantasía y el encanto de esta Ciudad de Mármol: verdadera Sultana que se mira en el espejo vivo de las aguas glaucas de sus canales... ¡Todo parece dicho!

...Y sin embargo (el negro delphin de la góndola) la góndola interrogante es Venecia. Venecia conserva siempre su embrujado misterio, como en otro entonces—en tiempos del Carnaval—las venecianas enmascaradas con sus disfraces de seda negra que cruzaban en las góndolas, escondían cautelosamente bajo el antifaz de encaje, el secreto de su semblante juvenil.

A decir verdad, si hay un empeño decidido por comprender el Arte Veneciano; si se quiere apreciar plenamente la poesía intensa de este cuadro, es de todo punto necesario precisar de antemano el carácter profundo de la Ciudad de los Dux. Y cuando advirtamos que durante cinco siglos y por razones de su posición geográfica, Venecia es el único punto de Europa dónde se encuentran y se campeñan las influencias orientales y occidentales, entonces nos será permitido empezar a entrever el secreto del alma veneciana.

Orgullosamente acampada dentro de la laguna, que se adelanta como un espolón sobre las ondas del Adriático, la ciudad fué—del siglo XII al XVI el solo puerto de tránsito entre los reinos cristianos del Norte y los Estados musulmanes de levante. Su inmensa flota—que ya en el siglo XV contaba con 3.300 navíos, 45 galeras, y 4.500 marinos—le había permitido monopolizar el comercio entre Europa y Asia. Venecia era, pues, una tierra septentrional. Así, el arte gótico que florecía en Francia, en Italia, en

Alemania, era a la vez propagado en el territorio de la República. Pero, dentro de este cuadro prestigioso, la Catedral ojival se tropezará aquí con la Mezquita islámica, cuyos diversos elementos habían sido importados también por los propios marinos, de retorno a su laguna natal. En consecuencia; estas dos concepciones arquitecturales de alma y espíritu tan divergentes, van a fusionarse ahora de una manera imprevista... Hé aquí, el encanto y secreto que encierra Venecia:—¡Venecia!—la monumental—es esta magnífica síntesis plástica que debe efectuarse, sobre las riberas del Adriático, entre el ideal de Cristo y el ideal de Mahomal... El Arte Veneciano es, pues, una concreción: pero soberbia, equilibrada, hasta milagrosa, entre el Arte de Oriente y el Arte de Occidente...

Penetramos en la Basílica de S. Marcos. Y ya nos es dado sentir intensamente, dentro de este vasto monumento recubierto de oros y mosaicos rutilantes, la influencia de Grecia bizantina y del Asia. Antes de pasar el umbral del Santuario, somos completamente deslumbrados por la magia de este frontispicio: verdadero luminar lujosamente decorado, dónde se ponen en juego y se combinan, dentro de una fantasía irreal, los colores más vivos y encendidos, tan estimados de Oriente. En seguida, advinamos que este monumento será una sinfonía: una grandiosa sinfonía visual hecha para el encanto de los ojos, donde los matices de más refulgencia van a cantar frenéticamente en el interior de la iglesia, elevada a la gloria de S. Marcos.—Por todas partes, mármoles y piedras policromas; por todas partes, innumerables cerámicas historiadas... ¡No se puede impedir, delante de esta exuberancia decorativa, venir a pensar en Sta. Sofía de Constantinopla!

El Altar Mayor, donde descansan bajorrelieves del siglo XI, resplandece como un relicario. Nosotros podemos admirar ahora la más bella pieza de orbería oriental que conocemos. Yo quiero referirme a esa incontestable, a esa gigantesca y casi inconcebible URNA de oro, que proviene sin duda alguna de las iglesias de Bizancio. ¡Es realmente dentro de una atmósfera de lujo asiático donde es transportado el que visita S. Marcos; es dentro de un cuadro artístico de «Las Mil y Una Noches» donde se mueve el turista, como en un sueño maravilloso!... San Marcos, todo impregnado de estilo bizantino, debe de ser estudiado en primer lugar cuando se quiere—aunque sea muy poco—comprender el Arte de la Ciudad de los Dux.—Apresurémonos a añadir que si prescindieramos de este monumento de espíritu tan oriental, no tendríamos sino una idea muy vaga del genio veneciano: pues pronto, a la Escuela de Oriente, va a oponerse la Escuela ojival de Occidente, y el estilo gótico no tardará en venir a ingerirse, de extraña manera, sobre las aportaciones clásicas de origen asiático...

Estamos ahora en la Piazzeta de S. Marcos.—A algunos pasos de la Basílica—en el célebre Palacio de los Dux—podemos estudiar fácilmente la mezcla heterogénea de los elementos italianos, árabes y góticos. Y sin haber visto esta maravilla, se podría creer que un conglomerado de estilos dentro del mismo edificio, no debería producir más que un flaco resultado estético. Pero éste es precisamente el milagro del genio veneciano: combinar armoniosamente estas arquitecturas dispares para llegar a obtener un

todo perfecto, un edificio rítmico, de un aspecto noble y majestuoso. Ya en la fachada del Palacio, las ojivas y rosetones góticos van a desflearse en llamadas sobre un muro adornado por figuras geométricas y versículos del Corán, que rematan almenas árabes... Todavía veremos en el interior venir a enfrentarse el Oriente contra el Occidente, superando en atrevimiento artístico a la misma Mitología pagana, que nunca supo mezclarse con las escenas bíblicas. Así en las paredes de la sala, nosotros podemos contemplar las efigies de Cristo, de la Virgen, de S. Marcos, a poca distancia de las figuras de Marte, de Neptuno y de Venus... Venecia—en una palabra—es un «crisol» donde Europa se funde con el Asia.

¿Pero, dónde estamos?...?

Ahora, cuando nuestro gondolero nos haga recorrer de nuevo esta magnífica Avenida del Gran Canal, ya nos será permitido bucear y desentrañar el secreto de estos palacios orgullosos que lamen las aguas verdes.—Aquí, el Palacio Loredan, del siglo XI, de estilo románico pero ya con sabor gótico; allá, el Palacio Foscari, de un bello desarrollo ojival; más lejos, el Palacio Contarini. Y sobre todos y sobre todo, ese famoso C. A. de oro, de cuya tan veneciano, donde la ojiva francesa se desposa con la ventana mudéjar... Por todas partes, arquitecturas extrañas, que se miran en los canales; por todas partes, iglesias cuyas siluetas tienen extraordinaria semejanza con los minaretes de las Mezquitas islámicas...

¿Pero, dónde estamos, por fin? ¿En Asia? ¿En Europa? ¿En Brujas? ¿En Estambul?... Nosotros estamos en Venecia, en esa Venecia maravillosa y milagrosa, de la cual escribía Lord Byron, hace ya una centena de años: «Venecia me ha agrado otro tanto de lo que yo esperaba. Y yo esperaba muchísimo. Es Venecia, una de esas ciudades que yo conocía antes de verlas, y el lugar del mundo del cual yo tuve siempre mi mayor ensueño»...

¡El Carnaval de Venecia pasó!—Pasaron las máscaras ataviadas con sus disfraces de seda negra... Pero la góndola de terciopelo negro dibuja todavía la forma de una Media-Luna...

¡LA GONDOLA DE VENECIA es una interrogación!

(De «El Defensor de Canarias»—1931).

ABANICO Japonés

A RAQUEL SAENZ

Directora de «Vida Femenina», de Montevideo.

(TRADUCCION Y COMPOSICION)

El Japón vuelve a ponerse de moda.—Míremos al Japón. Pero no al Japón de los hombres: ellos traen la guerra; al Japón de la mujer: la paz, la fecondidad, la prosperidad de la tierra nipona.

Nada de «samurais», de guerrilleros, de arqueros, ni flecheros. Nada pues, de caporales aunque algunos diga: «Hijo soy del pobre colono. Pero alguien me cantará endechas como a una flor de cerezo, si combato y muero sobre los campos de batalla»... ¡No!—¡Abajo la guerra! ¡Nada de pólvora! Nada de gases moféticos! ¡Nada de aviones o cóndores de

muerte! ¡Nada de metralla ni bombardal! ¡Nada de espíritu bélico!... ¡No!—¡Abajo la guerra!...

Lleven sobre nuestras cabezas—en vez de baldas—pétalos de flores, flores, muchas flores: la flor del iris, la flor del loto, la flor del nenúfar, la flor de azahar... Lleven hortensias, peonías, tulipanes, camelias, glicinas, azaleas. Lleven rosas, muchas rosas: la rosa bengalí, la rosa de té, la rosa-pom-pom. Y lleven sobre todo crisantemos... ¡Lleven, sobre nuestras cabezas, una tromba de granizo de albos crisantemos; y, en su maroma de escarcha: en el arabesco, plata y escarcha, de sus flecos diamantinos, surgirá nacarado y bruñido; esplenderá, nacarado, y bruñido, y nevado, el «Abanico japonés», como una enseña de paz.

Miremos unos ojos de almendra.—Miremos en los ojos de una Geishya: ¡Y decir «ojos» es decir «alma» o por lo menos, corazón!...

Es ahora la noche.—Estamos en la Rúa de «Kí-mico»... ¡Kí-mico: la mujer de cristal, la artista, la abnegada, la sensitiva, la sublime mujer japonesa!—¡La heroína de Lafcadio Hearne!... Su nombre lo leemos en la linterna de papel chinesco, sobre el dintel de su puerta.

La calle es fantástica. Vista de noche, es una calle fantástica, abigarrada, alucinante, una de las más originales del mundo: estrecha como un corredor, y de frontispicios taladrados por innumerables ventanas, que parecen otras tantas luciérnagas brillando en la oscuridad.—También los cruceros son típicos: dispone cada uno, de una portezuela corrediza de tableros de papel semejantes a vidrios, que dan la sensación de cabinas de turistas de un gran paquete, o de un vagón Pullman de ferrocarril.

Todo en ella es exótico, de un exotismo fascinante, aparatoso y curioso. Las casas tienen varios pisos; mas a la simple vista, no se distingue sino el primer cuerpo. Es lo único que se ve iluminado bajo los aleros; por encima, toda queda en la sombra, particularmente en las noches sin luna. La luz proviene de lámparas colocadas detrás de los paños o tableros de papel, y de unas linternas suspendidas ante cada puerta. Así vemos la calle alejarse entre dos filas de lámparas diminutas, que convergen a lo lejos en una sola línea inmóvil de luz amarilla. Unas tienen forma ovalada; otras son cilíndricas, cuadriláteras, exagonales; pero todas llevan, en caracteres japoneses, el nombre de la casa y de sus moradores.—Esto, de noche... Por el día, la calle es sorda, desmantelada, dormida, como una galería de muebles de una gran Exposición Universal.

En esta Exposición vive «Kí-mico», la gloriosa Kí-mico, la chiquilla de la clase media venida a menos, que un día se hace Geishya por piedad filial y por sentimiento fraterno. Se hace artista, y aprende a cantar; aprende a danzar, a bordar, a charlar, a confeccionar bouquets, a componer pequeños poemas, a servir el té en los kioscos de los jardines enanos... Y triunfa como artista. Y se improvisa la más consumada de todas, la artista predilecta de la aristocracia de Kyoto. Es delicadísima y es discretísima. Ella acepta los presentes y homenajes de todos, pero no prefiere a ninguno.—Es un manojo de sentimientos exquisitos. Exquisita siempre: exquisita para ella, y exquisita para los demás. Exquisítez ante el paisaje exterior de la Naturaleza; y exquisítez ante el paisaje interior de su alma.

«Un bello punto de vista—ha dicho la Geishya—no es una propiedad privada; y no hay nada ni nadie, que impida gozarlos... Si abrimos nuestros corazones a la belleza del cielo, de la tierra, de las cien mil cosas creadas, (es su doctrina) nuestro placer resultará infinito,—infinito—porque llegaremos a ser los dueños de las montañas, de los bosques, de los ríos, de los mares; y sin gastar una sola moneda, podremos disfrutar de estas cosas para el regocijo del alma. ¡Esto no se compra con el oro!... Los placeres que nosotros sacamos del amor de las flores, de la luna, de los ríos, de la contemplación de las colinas, de nuestros cantos que bordona el viento, de nuestra vista que sigue con envidia el vuelo de las pájaros..., son inexpressables, inofensivos, gratuitos, igualitarios entre ricos y pobres. Acaso los ricos, abismados en su lujo e indolencia, no conozcan estos tesoros que el pobre—pero ¡sensibile!—puede disfrutar a toda hora.—Esta es Kimiko, frente al paisaje de la Naturaleza.

Esta otra es Kimiko, frente al paisaje de su alma: Siempre sonríe... Pero es que en el Japón, todo sonríe siempre.—La sonrisa japonesa como la sonrisa de Buda, revela la dicha que nace del control de sí mismo, del dominio ejercido sobre el egoísmo propio. En el Japón, la más bella de las elegancias..., es la de «sufrir sonriendo»—Por eso, la resignación y a veces ¡el heroísmo! se esconden dentro de ciertas sonrisas. Un japonés puede sonreír... hasta en el momento de anunciar la muerte de un ser querido!—Es para él, como la forma suprema de proclamar su desgracia. Después, en la soledad, podrá abandonarse al dolor: En la soledad; ante los demás..., ¡nunca!—Nadie tiene el derecho de contagiar a los demás con su propio infortunio, y menos deberá arrebatarles el don de la alegría de vivir. ¡Eso sería entristecer el espectáculo del universo. La Geishya podrá llorar... Pero deberá esconder sus lágrimas... en el revés de las mangas de su vistoso y floreado kimono...

¡Y Kimiko ha llorado! Ha llorado la penuria de su casa, y ha llorado de amor... Hagamos nuestra su leyenda, que no debe ser leyenda sino historia.—Un día... circula la voz en Tokio de que... Kimiko se marchó con un príncipe: un novio dispuesto por ella a morir, y ya casi muerto de amor... Y uno y otro... deciden de consuno esconder el tesoro de su amor, en un palacio encantado.—Después de muchos esfuerzos, el príncipe obtiene de su familia el permiso de... casarse con la Geishya. Pero ¡ved qué sorpresa! Es la Geishya quien rehusa por tres veces casarse, sin expresar el motivo.

De pronto, Kimiko deja de ser alegre y da ya sus razones. Con dulzura, pero las da con firmeza: «Ya es hora de que te diga, lo que largo tiempo he callado.—Yo viví hasta aquí en el infierno... Ya todo pasó. Pero llevo dentro de mí la huella del fuego maldito, y no hay humano poder que logre ni sepe borrarlo.—Déjame hablarte: que al reconocerme culpable, yo soy mucho más grande que tú!... Jamás seré vuestra esposa. ¿Quiéres saber el por qué...? Cuando yo no esté más contigo, (nos hemos de separar algún día—¡es fatal!) entonces tú juzgarás más altamente de las cosas. Sólo entonces, yo seré para tí más amada; más amada, pero muy de otra manera que ahora: también más razonablemente.

«Entonces tú te acordarás de estas palabras que

brotan de lo más hondo de mi corazón.—Tú elegirás una dulce joven, que será la madre de tus hijos. Yo los veré. Pero yo no podré jamás ser tu esposa. Yo soy solamente—(voy a decirte) «tu locura», una ilusión, un ensueño, una sombra que pasa a través de tu vida!... A la décima luna, Kimiko desapareció. No se sabe cómo; pero desapareció, sin sus trajes, sin sus joyas, sin sus regalos que constitulan una fortuna... y las semanas pasaron, y los meses, y los años pasaron, sin un iadicio, sin una señal, sin una palabra. Se exploraron los ríos, se dragaron los lagos, se escudriñaron los precipicios—se temió una cosa terrible—y ni siquiera una huella, ni un solo rastro siquiera. Nada, nada, nada.—Su propia familia no sabía nada tampoco... ¡El misterio permaneció impenetrable!

...Lo que Kimiko predijo, al fin se cumplió: «El tiempo seca todas las lágrimas. En el Japón además, no muere nadie dos veces de la misma muerte.»—Así pues, el novio de Kimiko recobra su juicio, y los padres le encuentran, como espasa, una amable joven que le regala un hijo... Volvieron a pasar los años. Volvió la dicha también en el palacio encantado, donde la danzarina había reinado un gran día...

Pero hé aquí que una mañana, una religiosa de tránsito viene a implorar la caridad a la puerta de su casa y... el hijo, que oye la llamada budista:

—«Hai—Hail!»—corre al momento a la entrada.—La sirvienta, que llevaba a la mendiga la habitual limosna de arroz, quedó maravillada al verla acariciar al pequeño y susurrarle algo extraño al oído. Entonces el pequeño exclamó a la sirvienta: «Dejad que sea yo el que le dé el arroz por mí mismo». La monja, arrebujada en su amplio sombrero de paja, intercedió por el niño: «Permitid, honorablemente, que sea el niño el que me dé el arroz por sí mismo».—Y... el hijo del príncipe volcó el arroz dentro del tazón de la propia mendiga, la que agradeciéndoselo infinito, le pregunta al niño en voz alta: ¿Quieres repetirte,—¡oh niño!—las palabras que yo te he rogado decirle a tu padre honorable?—Y el pequeño musita: «Padre una persona a quien usted no verá nunca más aquí abajo, le hace saber: que su corazón ha temblado de júbilo, porque hoy ha visto a su hijos...»

El hijo lo refirió al instante a su padre. Y el padre oyó, adivinó, y lloró, sobre la cabeza del hijo... Sólo el padre podía comprender la significación del sacrificio cumplido. Sólo él sabía: que la distancia que hay entre dos soles era menos grande, que la que a él le separaba de la mujer que amó en otro tiempo. Sólo él conocía que era en vano buscar por cualquier villorrio apartado, por cualquier fantástico laberinto de callejuelas amarradas y tortuosas, por cualquier templo humilde conocido únicamente del más pobre entre los pobres, porque ella... se escondería siempre en la obscuridad que precede al alba de la luz infinita... Sólo allí, en la lejanía ignorada,—él lo sabía—el Maestro le habría de sonreír. Sólo en la lejanía ignorada, la voz del Maestro le diría, con una dulzura que no conocieron jamás los labios de amantes humanos: «¡Oh, mi hijo en la doctrina!—Tú has seguido la voz de la perfección.—Tú has creído, y comprendido, la más alta verdad... Por eso vengo yo ahora, a tu encuentro, para darte la bienvenida!...

Al fondo de un bosque de criptoméridas, se ve

una Pagoda nevada.—Una lluvia de crisantemos blancos ha nevado en Tokio... Ciruelos en flor, ramas de blancos almendros, banderolas blancas, capirores blancos, capuchones blancos... ¡Todo un cortejo fúnebre de Rito sintoísta!...

En los ojos de la Geishya ha nevado también.—El «Abanico Japonés» ha cerrado su varillaje de la ca, sobre dos mundos... o dos corazones!

(De la Revista ilustrada «Vida Femenina» 1931.)

La sombra de "DORAMAS"

Es en Las Palmas y a la hora del meridiano, aproximadamente. El modesto fotógrafo ha dejado por un momento su cabaña de trabajo, su bohémico estudio de pintor, y ha salido a la calle a la busca de impresiones nuevas. Tiene ya cansada la retina por la media luz de su cuarto...

Se encuentra en una plazuela vieja y muy conocida, en una antigua plaza quizá la más arcaica de la ciudad, y la que mejor conserva su primitivo sabor histórico. No es bien nombrarla, ni se necesita. Al medio de la misma, todavía se ve empotrado el vetusto pilar solomónico, testigo de tantas travesuras de chicos, la vetusta fuente con sus dos tazones embadurnados de iégamo, donde acudían con sus «tallas» a la cabeza y sus «cañas» en la mano las festivias samaritanas del barrio.

Si el pilar hablara, diría grandes cosas de lucha y de contienda. El mismo que en tiempos remotos pudiera contemplar con aire de orgullo el principio glorioso de nuestra incorporación a Castilla, pudo presenciar en los tiempos modernos, enhiesto y mayestático, aquel eterno campo de agramante y aquella batalla campal, donde las aguadardas por poco más de nada se iban a la greña, convertían sus cañas de tomar agua en lanzas de combate y se hacían añicos, las tallas, sobre sus cabezas.

El fotógrafo se enreda en amena charla con el sacristán de la parroquia frontera, tipo famoso de sacristán legendario y bonachón, decano entre los de su oficio. En élla le salieron los dientes, fué monago, desde los primeros años, y a la sazón sabe tanto de liturgia y rutinas parroquiales, que podría dentro de su iglesia actuar a la vez de acólito, de sacristán y hasta de cura. (Por no decir de obispo).

Sobre un banco de piedra de la plaza se encuentra recostado el sacristán y con él ahora y se empapa el modesto fotógrafo de cosas del tiempo viejo. ¡Sabe tanto de esas cosas el ministro de la Iglesia!... De pronto, un murmullo de ruedas y el trotar de caballerizas anuncian la entrada de un coche en la plaza... Y entra. De una amarilla y elegante jardinera, se destacan las sombras de unos abates. Son cinco. De éllas reconoce al Doctor López Martín, al ex-secretario del obispado de La Plata, y a los señores curas de San Agustín y Santo Domingo. Pero hay otro, desconocido para el fotógrafo, el cual se presenta con traje de viaje y un sombrero extraño, poco más o menos un «medio bollo» de los que llaman en Canarias...

...El fotógrafo se ha trasladado a... y se adentra ahora por una quinta de Cortines. Acaba de saltar, en la estación, del tren en el que hizo viaje

desde Mercedes con su hermano, espíritu irremediadamente democrata y que sería capaz cualquier día de emprender un viaje de circunvalación... a burro... El camino desde la estación a la entrada de la quinta, está punto menos que imposible. Es cosa de cinco minutos; pero hay que salvar esos cinco minutos de lodazal y de puro pantano. Es una laguna continuada, que hay que vadear por cosa de cinco minutos. Por fin llegamos a su término. Un espeso, un alto bardal de arrayán a modo de tapia bordea el camino por la derecha hasta que se encuentran las puertas de la quinta. En las puertas lee: «Quinta Santa Lucia.» En éllas está ya el fotógrafo, pero no sabe si sano y salvo.

Debíamos por la derecha. Ahora la tapia se cierra a ambos lados dejando entrever, de raro en raro, el tronco corpulento de algún árbol. Es un paseo perpendicular al camino, sumamente recto, tupido casi por las capas de los árboles y saturado todo de un ambiente de campo, tónico y confortante. ¡Se oye el canto de los pájaros!... De pronto, el fotógrafo creyó encontrarse en las riberas del Gave. Había divisado a su derecha a Bernardette de Sourbons, con su traje de pirenáica francesa, abatida ante la Inmaculada de la Gruta. Es, sin duda—pensó—el recuerdo de un viaje a Lourdes de alguna de estas piadosas damas propietarias de la quinta... Pero siguió adelante y halló nueva decoración el viajero. Se acercaba a un suntuoso parterre custodiado por enormes, por formidables mastines de bronce que le parecieron de carne: ¡tal le aterraron! Por fin se pasó el temor y vino en adelantarse otros pasos... Entonces evocaba el viajero—no sé por qué extraño conjuro—el continente de aquel abate desconocido que cierto día había visto en una plaza vieja de Las Palmas, figura recia, hercúlea, ejemplar inconfundible de una raza fuerte...

El viajero fotógrafo ha cultivado algún tiempo la amistad del otra antiguo viajero, pero de ningún modo asegura que le conozca bien. Van seis meses de trato y conocimiento. A más que ésto de conocer personas, tarea es muy difícil, ya que no imposible. ¡Son tantas las personas que ni aun a sí mismas se conocen! Aquí, el principio de Sócrates... Por eso el fotógrafo ni intentará hacerle un retrato de busto, y mucho menos tamaño natural y de cuerpo entero, pues no se le esconde que en esto de hacer fotografías, las más veces se corre el peligro de favorecer o desfavorecer la figura, de mejorar o disminuir el arquetipo, imprimiéndole, subjetiva u objetivamente, rasgos que debieran convenirle, pero que de hecho no le convienen; o bien, suprimiéndole inadvertidamente otros que le son propios; y ésto, aún cuando el que retrata, sea un verdadero artista. Porque todo estará en sorprender el momento, el principal, el característico, el más genuino, el único momento del retratado. Y hé aquí que librará la lucha del justo medio, del punto o trabazón que separa y que liga a la vez a la idealidad con la realidad, al ideal con la cosa misma...

El fotógrafo ha pretendido ver en el fotografiado toda la consistencia y reciedumbre del ganache primitivo, toda la seguridad y admirable fortaleza del verdadero ganache en cuerpo y alma. Parando la atención en este hombre, llegará cualquiera a convencerse de que el mundo es de los optimistas. A pesar de su cuerpo fuerte, tiene un alma toda

crystalina. Podría escribirse, al márgen de su libro, el mismo tema que se escribió al principio de otro: «De vidrio para sentir, pero de acero para resistir...» El amigo, el hombre y el sacerdote, forman una sola pieza. Amigo sin doblez, hombre sin dejar de ser sacerdote, y sacerdote sin dejar de ser hombre, entraña en la sociedad una gran acomodación y una alta estima. Su presente no le ha dejado olvidar su pasado; y, como el médico—el hombre sacerdote, que también es médico—sabe acomodarse a todos los lenguajes: lo mismo conversa con el potentado que con el humilde; e igual sabe pisar, cuando quiere, el pavimento de la choza, que la alfombra de plumas. Dueño de un espíritu de adaptación, es de todos y para todos...

Del sacristán bonachón y honrado abolengo; del sacristán decano entre los de su oficio, inquirió el fotógrafo quién venía a ser aquel abate desconocido que, en amarilla jardinera, en traje de viaje, y con un «medio bollo» por sombrero, llegaba a la hora del meridiano, acompañado de otros abates, a la arcaica plaza de Santo Domingo, de Las Palmas. Díjole era: «La sombra de Doramas.»

(De la Revista «CANARIAS», 1914.)

MUCHOS son los llamados...

El amigo escenógrafo ha vestido la escena con un gusto impecable. De lo alto de las bambalinas del teatro ha dejado caer, en sabio desgaire, los pliegues rojos de unos cortinones que dan la sensación de regia cámara de palacio. Hay un estrado en el fondo, deslumbrante y augusto como la sala. A derechas, el retrato del ilustre muerto de Biarritz, alma del homenaje, sobre pequeño escabel y perfectamente enmarcado, con un búcaró y rosas por el suelo. En la izquierda y, enfundada con un tapete color violeta, que destaca del entapizado del suelo que también es rojo, ha dispuesto admirablemente, el pupitre plano de la tribuna. Sobre ella, una lámpara múltiple, con sus pantallitas rojas de papel de China, acusa sus languideces sobre dos vasos de agua... Y este conjunto, bajo la luz de una lucerna diámano del mismo tono. Todo es rojo, sóbrio, y sereno. Aparte las telas por lo que mira a la acústica, ha sido un acierto de decoración.

Llego al teatro con apuro. Tengo un deseo ferviente de escuchar al orador novel. Afortunadamente me ha tocado en suerte una localidad del patio que hace la diagonal con la tribuna. Hacia aquí unos hablará el orador. Son las diez menos siete minutos por el reloj de guerra. En este momento, la cortina del foro se abre en un par y aparece delante la figura paterna y luminosa del Prelado de la Diócesis; detrás, las demás Autoridades de la Plaza con la vistosidad y policromía de sus uniformes de gala. Ocupan el estrado, presidiendo el Obispo. En el alero derecho del escenario se sienta el Cabildo Insular; y en el izquierdo, el Ayuntamiento. Todo el mundo está de frac o uniforme. Los dos maceros de la Ciudad acomódanse en dos banquetas doradas de primer término y a derecha e izquierda de los baidores de embocadura... Así, el cuadro.

...Se han sucedido victoriosamente, otros números del programa y se levanta para hablar, el Alcalde.

Es un joven, acaso el alcalde más joven de España, alto y delgado de estatura, pero con robustez de inteligencia que le contrapesa y sensibilidad artística exquisita que le recomienda de entrada... Es orador. Ha desgranado las primeras notas musicales de su palabra, y ya apodera y sugestión. Su verbo cálido electriza y atrae como el imán. Los primeros aplausos se rompen en la sala. No aparece orador de multitudes ni se cuida de halagar las galerías. Más bien, se nota que hace caso omiso del «profanum vulgus» tan pagado de lo barroco, lo mazorrall, lo amasacotado, lo lugareño y lo cursi.

Es orador. Fuera el discurso por ya publicado, tan sólo me resta versar sobre el orador. Y es orador, digo. Es orador: porque sabe pensar, sentir, porque sabe hablar. Esto es, porque tiene cerebro, corazón, dón de palabra; porque es artista de la palabra y del pensamiento; porque posee la sensibilidad y el alma oratoria. Y, sin alma, no hay orador; porque sin alma no hay vida. Y eso precisamente es la oratoria: la vida del pensamiento, que es la palabra; letra viva, y no letra muerta... «Muchos son los que hablan; mas pocos, los oradores». Sin alma de orador, no hay orador posible. Habrá otra cosa: un escritor, un poeta, un pensador, un polemista, un erudito, un sabio, pero nunca un orador, que debe ser todo eso y mucho más, dentro de una misma pieza. Jamás D. Marcelino Menéndez y Pelayo pudo ser orador, y nadie le escribió mejores discursos. Jamás pudo Campoamor, ni Pereda, ni Galdós ni Benavente, pronunciar un discurso en su vida y, sin embargo, supieron construirlos como nadie.

Porque es así; porque Dios hizo un temple especial para el orador, como lo hizo para todo artista, un temperamento, una savia, una médula, una madera privilegiada y distinta de las demás maderas del hombre... Hemos visto una estatua de Rodin, «El Pensador», y hemos sentido un chispazo extraño. ¿Qué es esto?... Hemos escuchado una rapsodia de Litz, y hemos sufrido una conmoción. ¿Qué ha pasado aquí?... Acabamos de admirar un cuadro de Tiziano o de Rembrandt, y nos oprime como un resorte. ¿Por qué, esto?... Es un gran cantante que nos transporta, o un gran orador que nos subyuga, y sentimos un escalofrío... ¡Es el escalofrío del Arte! Y artista que no lo produce, no será artista en el sentido limpio de la palabra... Y el alcalde tiene, ante todo, eso: que su arte produce escalofríos; que establece contacto; que imprime una corriente; que cierra un circuito entre él y el que le escucha y se hace todo luz. Lo mismo sucede con D. Federico León. Tendrá, como quieren algunos, indepuraciones y corruptelas en su arte exterior,—al fin no es orador de profesión, sino médico,—pero así y todo es un ejemplar, como pocos, de temperamento elocuente y de alta sensibilidad oratoria. Es otro orador. Hay que llamar a las cosas por su nombre.

Pero además el alcalde es un literato cultísimo y domina el léxico admirablemente. En mi sentir, acaso abusara la otra noche de ese mismo dominio. Porque la oratoria—por eso que va dirigida a un público,—exige más espontaneidad y más claridad aún que la literatura, el libro o el periódico,—que va dirigido a un lector. Y sin caer jamás líbrenos Dios! en la vulgaridad y el prosaísmo de la cláusula, hay que huir siempre de la oscuridad y procurar la claridad ante todo, una de las bases más incon-

movibles de la elocuencia. Quizás—y perdone el amigo—so extendiera también, con deslumbramiento propio, en el cuerpo del trabajo, de corte y tono más de conferencia que de discurso. Me lo explica por lo erizado del tema. Pero los experimentistas y tratadistas aconsejan, para tales casos, un prudente eclecticismo o un sabio sincretismo, durante la elocución. No hay que confundir la fría conferencia de una cátedra, con el discurso de una velada necrológica, que debe ser, sobre todo, el discurso oratorio de altas vuelos aratorias. (El lector habrá advertido que escribe en estos momentos, no el crónico enfadado que elogia a borbotón y sin medida, sino el admirador sincero y el crítico amigo que estudia los efectos sobre el público.)

Aún no está formado el orador, sino que está en formación; pero lleva mucha adelantado. Es verdadera artista, porque siente y produce el arte; y posee una alta comprensión y un refinado espíritu que harán de él, dentro de pocos años, un orador completo. Como D. Federico, también es médico y no orador por profesión, sino por vocación. He señalado que acaso sea el alcalde más joven de toda Es-

paña. Tiene, pues, por delante el porvenir... Y no crea el amigo en lo de la oratoria a lo inglesa, ni a la francesa, ni a la italiana. Es cosa de externidad puramente accesorio: porque, substancialmente, el arte es uno y el mismo, y no reconoce límites ni fronteras. Bástele con saber: Que ahora lo principal, que es el alma del artista, y ésa... podrá desentonar, podrá descaminar, pero no la trocará nunca porque es espiritual y es inmortal y, además, unipersonal e inconfundible. Ya lo demás le vendrá «por añadidura», que el alma oratoria es la madre fundamental de la buena declamación y de la mímica.

Va por buen camino el buen amigo. Nada de mulatez—como él nos dijo. Nada de gregario, ni de anadino, ni de plebeyo, sino el arte exquisito, terso, limpio y depurado... Bástele con saber: Que la cuerda de la sensibilidad está en sus manos; que posee el alma oratoria, como la meta para el buen jinete: que ni hay que traspasarla, porque se peca por exceso; ni quedarse atrás, porque se peca por defecto. Muchos, son los que hablan; mas pocos, los oradores. Aquí, lo de la parábola.

(«Diaria de Las Palmas», 1919).

LOS Pájaros Verdes

Pero «¿cree Vd. que puede recitar Tomás, donde recita Ricardo Calvo?»... El auto corre.—«Aquí escribió sus «Cantos» Teófilo Power, nos dice un poeta, recagiendo un brocalazo blanco en la faja de la carretera. Descendemos del bosque de las Mercedes y traemos el alma, repleta de emociones: emoción del bosque y emociones de la amistad. ¡Dios y el hombre con nosotros! Es por las fiestas de Atlante. Tomás y yo hemos ido en camaradería. Róra el auto a las puertas del Hotel y los excursionistas asallamos el patio. Todo aquí es floración. El «Five o'clock». Mesitas blancas por todas partes llenas de sonrisa y de juventud. La Representante de nuestra tierra aparece otra vez en el agasajo cordial de esta isla hermana. Tomás ha recitado o todos los versos. Nos hemos acostado con versos, y nos hemos levantado con versos. Sin embargo, esta tarde no está por recitar. Ha preferido salir con otros poetas. En un rincón amable del patio

que ilumina de cerca una vistosa colección de pájaros verdes de África, nos deja formando Peña.

Un europeo amigo me dice: «Padre, ¿qué le pareció Tomás, la otra noche, en la velada?»—¡Oh, bien! le digo. A mí, Tomás siempre me parece bien. ¡Lo admiro mucho, y lo quiero más, porque es muy hermanado con tan gran poeta y tan fuerte amigo!—Todo eso me parece muy bien,—replica. Pero tengo la bondad de decirme: ¿de dónde han sacado en Las Palmas esa manera tan particular de leer los versos?—¿Particular?—Y tanto, que en ninguna otra provincia de España oír Vd. leer así. Ni aquí, en Tenerife. Por lo visto es cosa exclusiva de los de la isla «redonda». Y no es tanto Tomás. Porque, en el tiempo que lleva en Canarias, he podido oír unos cuantos, y todos me parecen las mismas. Con ligeras variaciones, el que oye a uno, las ha oído todos. Claro que usted no lo notará, porque tiene «hecho» el oído; pero el que viene



de fuera, ¡vaya si la nota! Es una salmodia, una lamentación, una mopea que tiene su dejo de inglesa, o de sur-americana. ¿No ha oído Vd. recitar a los americanos, o a los ingleses? ¡Todos recitan, «cantando!»

«Sobre el té, ¿qué van a fumar Vdes? interrumpe un colega, creo que extranjero.—Pues ya que estamos hablando de Ingleses,—adelanta uno—cigarrillos ingleses, y continuamos en Inglaterra.—Bueno; pues vamos a continuar en Inglaterra, reanudó el amigo. (En tanto, el otro colega nos observa con unos exquisitos dimitrinos.) La otra noche—prosigue—displícite en la Plaza de la Constitución, bajé hasta el muelle. Estaba atracado un Yeoward y me subí a bordo. Mucha luz, mucha animación, mucho turista. En el «Ladies Room» se hacía música. Había concierto, un concierto íntimo inglés, y quise observar y estudiar. Vea V: El uno tocó violín; el otro, piano; una chica, la mandolina; otra, la ocarina; otra, la flauta. El uno hacía juegos de palabras, fugas de vocales, decía cuentos, apuraba letras; otro improvisaba cabriolas, prestidigitación, malabarismo, adivinación del pensamiento. Se saltó, se cantó (a la inglesa, por supuesto.) Se remedó al perro, al gato, la gallina, al pavo, a la oveja, la cabra. Hubo uno que imitó a la perfección ¿qué creará Vd?... ¡El cerdo! hombre... (Ni en el Circo Parish.) Y, por cierto, ¡qué bien gruñía el muy... inglés! Era de lo mejor que hacía... Ahora, en serio. Una actriz viajera sale a recitar. Esquelética, desmañada, bisoña, llena de colorines como un guacamayo, de un brinco se colocó en el centro, y lo primero que hizo fué eclipsar los ojos. Permaneció extática como dos minutos. Todavía no empezaba... ¿Qué cree Vd. que pareció aquéllo?... ¡Una sesión de espiritismo!... (Al centro del patio hay un triple pilón de mármol con peces de colores.) Yo me quedé mirando los peces...

No se ría Vd.—me dijo el amigo. Es la pura verdad. ¡Una función de magia! Recitó como ocho versos, y entonces ya abrió los ojos. Aquello no era mujer: era una iluminada, una hipnotizada con los ojos en blanco, recitando en voz engolada, canturreando, ululando,—¡vamos!—mejiendo miedo con una aparición o como una espiritista llamando a las almas en pena. ¡No he visto nada más estrambótico y extravagante! Decía verso a verso, rengloneando como los chicos de la escuela, y con un martilleo y un machaqueo que atronaba al oído. ¡Por Dios, por Dios! Así se recita en...—Y, a propósito. El otro día, por el «Paseo Largo» y cerca del Instituto, sorprendí a unos estudiantes, paisanos suyos, ululando y mejiendo miedo, canturreando a voz en cuello ¿qué dirá Vd? ¿Unos versos?... ¡La vil prosa de una carta de la Habanal... (Volví a mirar a los peces).

¡Hombre! le digo. Ya esto es el colmo, y va de cuento. ¿Está Vd. entonces por la Declamación antigua, por la de los hiposos y la de los llorones?—Estoy por la Declamación española neta, que ni es antigua ni moderna, ni hiposa ni llorona, sino la más bella del mundo. Todavía prefiero la italiana y la francesa antes que la inglesa y la americana. ¿Pero cree Vd. que el cantar los versos es cosa moderna? Pues poco que cantó Rafael Calvo. ¡Ni Garyarrel... ¿Y, Matilde Díez? ¿Y el mismo Don José Zorrilla?... Sólo que éstos cantaban, donde se debía cantar; pero los ingleses y los americanos cantan siempre, con o sin laud. Las obras poéticas, o las

románticas, las cantaban o las declamaban cuando menos. Pero las obras de sociedad... ¡Qué disparate! Esa es la diferencia entre la cofa y el frac, entre la trusa y la levita. Ahí está la naturalidad; precisa, mente: en trasntir lo que exige cada época, no en confundir los ambientes y hacerlo, todo, lo mismo. Eso es anacrónico. Además; es también cuestión de oreja y de música. No puedo con la música inglesa ni americana. ¡El funeral, en la iglesia!

—¡Por Dios! le replico. Es usted un español a machamartillo: parece un castellano viejo.—Pues no soy viejo sino nuevo, porque soy «gatiño» puro, madrileño de pura cepa.—Bueno; pues escuche Vd, le digo: Ese canturreo que Vd. dice tan americano (¡asómbrese Vd!) no fué importado en Las Palmas de América, sino de Madrid, de su misma tierra.—¡Padre, qué está Vd. diciéndol! Jamás he oído recitar en Madrid, de ese modo.—Pues de Madrid vino. Verá Vd. Hace como quince años estubo, en Madrid, Santos Chocano.—Lo recuerdo.—Y leyó su versos en el Ateneo.—¡Vaya si lo recuerdo!—Pues ahí viene usted la fuente. El poeta recitó sus versos, americanos, en estilo americano. ¿Esto, a Vd. le parece mal?—En una Exposición, no: allí se ven cosas más raras!—¡Hombre! Santos Chocano, deñtro de su escuela dicen que recita bien.—¡Oh, un puro americano! Y tanto, que mis madrileños, chirigoteros de suyo, decían que era: ¡un gran cantador de guajiras!—¡Oh, por Dios! más respeto.—No exagero. Si viera Vd. me decía un amigo, qué balance se daba cuando decía unos versos: «Soy un Virrey que vuelve... etc. ¡Era un aire de Habanera!»

—De todos modos, vuelvo a decirle, esa declamación americana, si no era mejor que la española, era cosa distinta. Y su público madrileño, que se paga tanto de la novedad, y que cree que lo último, es lo mejor, se pagó de élla. Y eso le sucedió a Tomás. Tomás, créalo usted, tiene grandes condiciones de lector y, si en vez de iniciarse con Chocano, se inicia con Zorrilla; hubiera Vd. visto un gran lector español. Cuestión de escuela.—¿Pero cree Vd. que ese sonsonete puede llevarse al teatro, la escuela práctica de la Declamación?—Hombre, según: si al teatro, se lleva ese metro, sí. Porque, créalo Vd. al revés de la nuestra, con la declamación americana, si no se consigue tanto la «cadencia», se consigue mejor la cesura y el «ritmo». ¿No se ha fijado Vd. en el ritmo oculto de los versos de Rubén, el poeta multiforme? No lo encuentra Vd. en final de dición, como sucede en Lope o Tirso; ni a vista de ciego, como lo pone Zorrilla, sino dentro de dición: al principio, al medio o al fin del epíteto, que tiene Vd. que rebuscarlo y que adivinarlo. Un verso nuevo, dentro de esta declamación que también es nueva, estará bien de ritmo; con la declamación española, parecería cojo y no lo era. ¿Nos entiende mos ahora?... Un verso es forma, y la forma nunca está quieta. Además; ha pasado con el verso del porvenir, lo que con la música del porvenir. Wagner revolucionó en la Música, como Schiller revolucionó en el Verso; y el uno escandalizó a los melodistas, y el otro a los retóricos. Porque Wagner no escribió para la multitud sino para los iniciados, y prefirió lo armónico a lo melódico y el contrapunto al poema, o mejor, hizo poema, del contrapunto. Baudelaire, Verlaine, Rubén, D'Annunzio, Tomás, con Schiller a la cabeza, prefirieron el ritmo antes que la cadencia e

hicieron, poema, del ritmo. No serán populares, pero tampoco vulgares.

En resumen,—me dice mi interlocutor—el mismo Rubén Darío elogió a Ricardo Calvo diciendo sus versos.—Bueno.—¿Pero, cree Vd. que puede recitar Tomás, donde recita Ricardo Calvo?—Bueno; y me aporato de lo que pueda Vd. opinar de sus imitadores, «la corrupción de lo mejor, fué siempre pésima.» Pero, por lo que respecta a Tomás, permítame que le diga: que V. no ha oído recitar a Tomás. Ese Tomás que V. oyó la otra noche, ya no es Tomás. Tomás recitó tres veces solamente: cuando leyó su «Britania»; en el saludo de Rueda; y en el banquete

de D. Fernando Inglot. Pero allí,—puedo asegurarle,—fué volcánico, ciclópeo, grandioso, inspirado y desmelenado como un Teide arrojando llamas... ¡Toda vía podía! Después... (En este momento, hubo quien no acertó a disimular una lágrima dolorida.)

¡Cairasco, Iriarte, Viana, Clavijo, Tomás!... ¡Padre Cairascal! ¡Hermano Tomás!... Los PAJAROS VERDES de África han revolado dentro de la jaula. Sobre el patio, cae una lluvia de trinos moriscos que aportan la visión de la Alhambra. Un piano nos habla de Albéniz.

(«Diario de Las Palmas», 1921).

Sobre el ARTE DE LA LECTURA

“UNO SOLO ES EL ARTE”

(Conferencia en “Fomento y Turismo”)

Héme aquí, por segunda vez, sobre el “tinglado de la antigua farsa”!...

EL ROSCIO CON ANDRONICO. — La Declamación, el Arte de Bien Decir de los cómicos, —que no es ni mucho menos cosa exclusiva de ellos, aunque sí son quienes más lo cultivan,—es, a más de útil y necesario para todo aquel que se dedique al Arte de la Palabra... (Al fin y al cabo, Demóstenes no hubiera sido Demóstenes sin Andrónico, como Cicerón no hubiese sido Cicerón sin el Róscio: dos grandes cómicos.) Pues bien; digo que, a más de útil y necesario y, por tanto, arte eminentemente práctica, es también un recreo honesto, educador, aristocrático, magnífico y deleitable, como lo es el tocar el piano, el órgano, el violín, el arpa, la cítara, o cualquier otro instrumento músico... El hombre que posee una facultad, —física, moral o intelectual,—no se pertenece. No tiene, por tanto, derecho a enfrascarse, a encastillarse en su torre de marfil como si nada diera a la sociedad; sino que debe darse, comunicarse, desdoblarse y establecer, con ella, ese comercio superior que se llama “librecambio” o intercambio de las ideas”. Y no hay que hacer caso del perro del hortelano. Para eso precisamente está, en Las Palmas, “Fomento y Turismo”: para apabullar los ladridos del perro del hortelano...

CONCEPTO DE CONFERENCIA.— Señores: “Uno solo es el Arte”. (Y voy a entrar en materia.) No voy a hacer un discurso en el sentido estricto de la palabra, sino sencillamente una explicación de clase, una disertación, una perorata, o para llamarla como es, una “Conferencia”, que es casi lo contrario de un discurso, porque lleva la menor cantidad posible de Retórica y la menor can-

tidad posible de Oratoria: la oratoria profesoral o doctoral, magistral, académica o catedrática, la más sencilla, la más espontánea, la más familiar de todas. Pienso además ser más práctico que no teórico: “El movimiento se demuestra andando”. Por eso es que, tratándose del Arte de la Lectura, en esta ocasión leo y no hablo, porque así ya tenéis de antemano como el Ejercicio Práctico de la Lectura, en prosa. Más tarde leeremos en verso, (que es la teoría toda, puesta en práctica.)

EN FRANCIA Y EN ESPAÑA.—Cuanto yo os pudiera decir, desde el terreno didáctico-especulativo, —os soy franco— lo encontraréis mejor expuesto en tres obras sumamente completas, que son para todos como el Breviarium o el Vademecum del buen lector. En Francia, —si no su cuna, su patria escogida—en “El Arte de la Lectura” de Ernesto Leguuvé, el inmortal académico de la Francesa, lector imprescindible de elegantes recepciones y su más gran patriarca en la élite de París. Y en España, en dos obras novísimas y, por ende, compendiosas y de un gran sentido práctico y aplicativo: la una, de D. Rufino Blanco de texto ya en las Normales; y la otra, de Pádua Díaz, Preceptiva oratoria sumamente gráfica, que toca muy de cerca el Arte de la Lectura. Una y otra son dos estudios concienzudos, plásticos, y que casi agotan la materia, dos obras contundentes, de profundo análisis y de rigurosa observación científica, en que no se ha olvidado un detalle ni un secreto sobre el Arte de Bien Decir en general, y sobre el Arte de la Lectura en particular. Son dos síntesis estúpidas, formidables, maestras, en que se hace ciencia de este arte. Y lo repito: no son más que un Vademecum, un Breviarium de bolsillo, pero plástico, definitivo; y conden-

sado, quintaesenciado en ellos cuanto se ha dicho anteriormente. (Cicerón, más perfecto que Demóstenes, vale menos porque supone a Demóstenes.)

ARTE DE INTERPRETACION.—Y vamos a empezar: “El Arte de la Lectura es un arte de ejecución, un arte de interpretación; y, como para interpretar se necesita de un instrumento, de un instrumento se necesita para leer”. Este instrumento es el órgano de la voz, esto es, la garganta, la laringe, los pulmones; y, como es un arte de interpretación, se puede interpretar: la composición propia, o la composición ajena. De este modo, se puede ser compositor, e intérprete a la vez —Litz o Zorrilla—lo cual no es muy frecuente, al menos con igual acierto; o también, mejor compositor que ejecutor, y de ahí el simple compositor; o por el contrario, mejor ejecutor o intérprete que compositor, y de ahí el instrumentista... Pues lo mismo ocurre con el arte de la Literatura (arte de composición) respecto al arte de la Lectura (arte de interpretación.) Por ejemplo: hay quien sabe escribir muy bien, y no sabe en cambio leer—con arte, se entiende—lo que con arte sabe escribir; y por último, hay quien reúne en sí las dos condiciones, lo que no es muy frecuente al menos con igual acierto. En el primer caso tenemos el simple literato; en el segundo, el simple lector; mas en el tercero, el literato-lector, esto es, el artista dos veces.

TRES NOTAS DE UN TECLADO.—Hablando del órgano de la voz, oíd lo que escribe Legouvé: “El órgano de la voz es, más que órgano, un instrumento, un instrumento como el piano. ¿Y que es lo característico del piano? El teclado. ¿Y de qué se compone el teclado? De varias octavas,—seis u ocho,—divididas en tres clases de notas: bajas, medias, y altas, cuyo sonido depende del tamaño de las cuerdas. Pues bien; la voz, tenor barítono, bajo, en el hombre; soprano, mezo-soprano, contralto, en la mujer, tiene su teclado como el piano. Y a la manera que no se llega a tocar bien el piano sin estudiarlo, tampoco se puede llegar a manejar bien la voz sin el correspondiente aprendizaje”. Hasta aquí, el maestro.—Ahora; en la voz del lector, como del orador, como del cantante, hay también tres registros: de cabeza, de garganta, y de pecho. Y en el cantante, y en el orador, y en el lector, existe el arte de imposter, apoyar o fijar la voz y con él se canta, se declama y se dice. Se canta, generalmente, con el registro de cabeza; se declama, con el registro de pecho; y se dice, simplemente, con el aliento, con la garganta o

con el pecho juntos, o por separado, pues se pueden combinar dos o más registros, como se pueden combinar dos o más registros en un órgano o en un piano. — Hay también quien usa lo que pudiéramos llamar un cuarto registro, que es el grito. Hay quien no habla-hablando, ni habla-declamando; ni si quiera parece que habla-cantando. Hay quien habla-gritando... Pero esto de hablar-gritando o simplemente chillando es sólo un abuso y un vicio del canto y del mismo registro de cabeza. Los malos oradores casi siempre hablan-gritando o hablan-chillando; casi nunca hablan-hablando, como... lo hacen en la vida.

EMOCIÓN Y DOMINIO.—No se puede ejecutar bien al piano una partitura, sin la debida preparación o a primera vista; tampoco se puede leer bien, a primera vista y sin el debido estudio. No se puede tocar bien ni leer bien a primera vista, porque existiría falta de dominio; como no se puede tocar bien ni leer bien, ante escaso auditorio, porque no habría emoción. Para tocar como para leer,—que todo es leer: leer música o leer literatura—, se necesita emotividad, entusiasmo, hallarse en “pose”, como dicen los franceses, en “cuerda” como llama el vulgo, o con el “quid divinum” o el “Deus in nobis” que decían los del Lacio; se necesita entrar en situación, según el argot de bastidores; sentir el “trémolo metafísico”, que decía un poeta; o, sencillamente, estar en inspiración... Y la inspiración es cosa de calor: como la chispa, es cosa de frotamiento...

VOZ CENTRAL O VOZ MEDIA.—Entre las tres voces que hemos anotado, indudablemente la más apropiada para el lector, como para el orador, como para el actor es la de barítono en el hombre, y la de mezo-soprano en la mujer, por ser la llamada voz media, la voz central, que lo mismo permite atacar notas agudas de tenor, que notas graves de bajo y, por tanto, es la que puede recorrer más amplio diapasón. Ya lo dijo Racine: “Sin la voz media, no se alcanza la inmortalidad.” Y es que la voz aguda, cuando no amujerada y afeminada, es siempre desatemplada y estridente y hiere, por tanto, el oído menos delicado, como sucedía nada menos en el gran Castelar cuando empezaba sus discursos. Y la voz grave, por el contrario, se trueca en cavernosa, rimbombante, ululante y llena de ecos y de trapajos. Pero, con cualquiera de las tres,—(esto es Lógica, y es Física, y es Matemáticas) hay que medir el local, hay que graduar la voz según las dimensiones y condiciones acústicas del local en que se emite: que no sea más, pero

ni menos. Por más, como por menos, se perturba la claridad de la frase y se oscurece y empaña la fonética de la palabra.—De un gran togado se cuenta que perdió una vez un buen pleito por haber comenzado su defensa en un tono muy alto, dentro de una sala relativamente corta. La fatiga de la laringe, —dicen— se le comunicó a las sienes; de las sienes le pasó al cerebro. A la tensión del órgano, siguió la tensión de la inteligencia: las ideas se embrollaron y, ofuscado, azarado, desalentado, perdió el pleito. (Histórico).

LECTURA EN LA VIDA PRACTICA.—

Señores: El Arte de la Lectura, o mejor, su disciplina o estudio, ayer casi ignorado en España, se abre hoy paso en todas las naciones por escuelas y universidades. Si queréis apreciar la importancia y la necesidad, en la vida práctica, del Arte de la Lectura, oíd el siguiente episodio o diálogo anecdótico que tuvo lugar en París y que le ocurrió una vez a Legouvé. Es sustancioso y tiene su moraleja: "Tuve yo por amigo—dice a un diputado de mi edad, de buen talento, de vasta instrucción y que veía, en la Diputación, el camino para el Ministerio. Un día, que iba a pronunciar en la Cámara un discurso importante, un discurso-ministro, me rogó que fuese a oírle. Acabada la sesión se vino a mí, ganoso de conocer mi juicio: "¿Qué te ha parecido? me dijo.—Me ha parecido, mi buen amigo, que tú no entrarás esta vez en el Gabinete.—¿Por qué?—Porque no sabes hablar.—¿Cómo, que no sé hablar! repuso un tanto amostazado. Pareceme que mi discurso... —Sí; tu discurso ha sido en parte, excelente; a ratos, hasta delicioso. Pero ¿qué importa todo, si no se te ha oído la mitad?—¿Cómo, que no se me ha oído! Pero si desde un principio he hablado tan alto y tan fuerte?—Cierto, hasta puedes decir que has gritado, como que al cuarto de hora te has puesto ronco.—¿Es verdad!—Hay más. Después de haber hablado "demasiado alto", has hablado demasiado deprisa".—¿Demasiado deprisa! Tal vez un poco, al final, por querer abreviar.—¿Eso es!... Y has hecho cabalmente lo contrario: has alargado. Nada, en el teatro, hace que una escena parezca larga, como recitarla demasiado deprisa. El espectador es instintivo, y adivina, por la precipitación del recitado, que se quiere aligerar lo que de suyo ya es largo. Si no se le previniere, tal vez no lo notaría; al advertírsele, se impacienta.—Tienes razón, exclamó de nuevo mi amigo. He sentido, al final, que el auditorio se me escapaba. Pero, ¿cómo remediar esto?—Muy

sencillo: tomando un profesor de Lectura.—¿Conoces alguno?—Excelente.—¿Cuál? —Samsón.—¿Samsón? ¿El actor?—El mismo. —Yo no puede tomar lecciones de un actor. —¿Por qué?—¡Imagínate un hombre político, un estadista!... Todos los periodiquillos se burlarían de mí, al saberlo.—¿Es verdad! El mundo es tan... estúpido, que te censuraría de... aprender tu oficio..."

SE LEE COMO SE ESCRIBE.—¿Se debe leer como se habla?... (Una cosa es leer; y otra, es hablar.) Se debe leer como se escribe; y raras veces se escribe como se habla. Por eso, leer el verso es tan difícil, porque es puro arte; porque es un arte dentro de otro arte, puesto que el verso ya supone la prosa. Y, para leer bien la prosa, precisa distinguir primero sus diferentes composiciones, (que todas deben leerse de diferente manera), desde el discurso oratorio con todas sus especies; sagrada, académica, política, forense, y, aún éstas, con sus divisiones y subdivisiones (exordio, confirmación, etc.) hasta el artículo o la crónica y la simple gaceta de periódico; y desde la literatura dramática (la más difícil de leer, sobre todo en verso) hasta la novelesca, la histórica, la literatura mística, la apologetica, la didáctica, etc. hasta la propia jaculatoria, y los preludios y coloquios de una simple meditación espiritual, (que todo tiene su registro propio). Nada más extravagante que leer un discurso en tono de meditación, o una meditación en tono de discurso. Como cada nota, en un pentagrama, tiene su sonido y su valor, así cada palabra en toda cláusula u oración gramatical.

SINTESIS O TECNICA.—En fin; leer el verso es tan difícil, porque supone la técnica toda: el arte de mirar, de abarcar, o de enfocar como hace la lente, —primer requisito—, la mayor visual de composición: mirar dos o tres líneas o renglones, de una sola vez; el arte de respirar, o economizar el aire de los pulmones—, segundo requisito; el arte de hablar con el aliento o sin eco; el de hacer silencio; el de transportar o imposter la voz desde sus tres registros: de cabeza, de garganta, y de pecho; el arte de puntuar; el de pronunciar, (que no puede ser en provinciano, sino en castellano;) el de vocalizar y frasear, que es su inmediata derivación; el de leer con verdad, como querían los latinos, cum veritate (que es una cuestión de Gramática—análisis y régimen—) porque nadie sabe leer sino el que sabe entender, según la máxima de Cicerón: "Dicere (seu legere) bene, nemo potest, nisi qui prudenter intelligit". "Nadie puede decir (o leer) bien,

sino el que entiende prudentemente". Decir, esto es, decir... o leer, que da lo mismo para el caso. (El lo escribe hablando del orador, "De Oratore", su inmortal tratado sobre elocuencia.) Supone, además, el arte de leer con belleza o con pulchritud: cum pulchritudine, (que es una cuestión de Retórica, o mejor, de Poética, —matizado, modulado, dinámico, inflexión, colorido, etc.—lo que constituye la Eufonía o la música de la palabra.)

LA ORQUESTA Y EL SOLISTA.—Con este arte, presentan grandes analogías: el arte Oratorio, el Canto, y la Declamación Escénica, que, con la Lectura, hacen las cuatro ramas del mismo árbol o las cuatro especies del mismo género, a saber, el Arte de Bien Decir, y el Arte Mímico, o la Declamación y la Mímica. Ved cómo no es exclusivo de los cómicos! La declamación y la mímica del orador frente a la declamación y la mímica del actor son dos especies, pero un mismo género.—Y bien; sobre las tres primeras especies, el arte de la Lectura ofrece más ancho campo y, por eso, mayor dificultad... No todo actor será buen lector, ni todo lector será buen actor. Porque el actor, —aparte otras consideraciones—, en una obra, lo mismo que el cantante, lo mismo que el orador, no tiene que encarnar más que un solo papel, en tanto que el lector los encarna todos, en una lectura general. Por eso, "el cantante, como el actor y como el orador, —ha dicho Carlos Dickens—, es un solista que toca en una orquesta; mas el lector es toda la orquesta: tiene éste que figurar todas las edades, las situaciones, todos los caracteres, cambiar a cada instante de voz, de fisonomía, de sentimientos". El actor, como el orador, como el cantante, ejecutan la partitura; mas el lector, toda la partitura. (Esto, tratándose de una misma obra, y en lectura general.) Pero cuando, en una misma lectura, se lee no una misma obra, —hablo de la obra dramática—, sino varias obras dramáticas o varios fragmentos de ellas todas diversas, el lector, a la inversa del actor, se hará un transformista, un Arlequín, un Proteo y, como el pianista o como el organista, se verá precisado a cambiar de registro a cada pieza y cada diverso motivo de una misma pieza. No se puede sostener un solo carácter en solo ese acto, sino una multiplicidad de caracteres. ¡Y esto, señores, es lo más difícil!

WAGNER O VERDI.—Pero aún hay más. Aparte las dificultades ya establecidas, es lo más difícil porque es preciso leer los versos, no como se lee la prosa, sino como se leen los versos. Y hay tantas maneras de

leer los versos, como maneras de hacerlos. No se puede leer a Calderón, como se lee a Tirso; ni se puede interpretar a Moreto, como se interpreta a Lope; ni a Lope, como se lee a Zorrilla; ni a Zorrilla, como al Duque de Rivas, como a López de Ayala, como a Campoamor, como a Gabriel y Galán; ni mucho menos como a Eduardo Marquina, como a Juan Ramón Jiménez, como los Machado y como a Villaespesa. ¡Una cosa es interpretar a Wagner; y otra, a Verdi!... Porque es así; porque leer es traducir. Y la traducción, para ser buena, debe "trasuntar" exactamente el genio que interpreta. Por eso; cuando se escribe en español, en espíritu español, y en ambiente español, hay que leer también en español; y si en francés, en francés; y en italiano, si en italiano. De ahí el americanismo, el martilleo sonoro, el canturreo exótico, la monotonía, la languidez, la melosidad, hasta el sonsonete importados de América hace algunos años por Santos Chocano, para interpretar a Rubén, a Nervo, e interpretarse a sí mismo. Porque "Recitar" vale tanto como "Decir", como "Declamar", como "Cantar", porque el poeta dice, declama y hasta canta. Se dice, generalmente, en la comedia de sociedad; se declama en el drama; y se canta en el drama romántico y en todo momento lírico de la comedia, del drama o de la tragedia. Además, no sirve leer al poeta como se lee al prosista; ni leer los versos como se lee la prosa, no. Al poeta hay que leerlo como poeta: y, puesto que en los versos hay ritmo, es menester sentir el ritmo; y, puesto que hay rima, es menester hacer sentir la rima; y, cuando los versos son pintura y música, se debe ser, al leerlos, pintor y músico... Con todo; ni el ritmo ni la rima deben llevarnos nunca al rengloneo. En un hábil término medio, fuerte y suave, un-si es-no es-supremo está su difícil facilidad. Lo que decía un gran artista a otro artista: "No existe el público... Mucho ojo que está allí." ¡Ved si el leer los versos implica, o no, dificultad!

CARRETA DE SALTIMBANQUI.—Sin embargo, tiene sus ventajas. Y es que el Arte de la Lectura, a la contra del arte escénico por ejemplo, se puede llevar a todas partes, lo mismo a la aldea que a la ciudad, al castillo veraniego que al balneario, porque no exige atrezzo, ni indumentaria, ni tramoya alguna. ¡Ni siquiera histriones! Si debajo de un árbol, en pleno campo, hay un lector, un oyente, y un libro aceptable, allí se improvisa un teatro. Y es bueno que esto sea así. Hay obras en todas las galerías, que, o por falta de personal, o por falta de decorado,

no pueden llevarlas en repertorio las modestas compañías de provincia. Examinad el fuste de actores del antiguo teatro clásico y el lujo de detalles del llamado "Teatro Poético", y veréis la verdad de lo que os digo. Es doctrina de críticos autorizados que la desaparición en España del teatro en verso, —si no el más real, el más artístico y poético—, se debe a la desaparición de la escena de figuras descolantes como Matilde Díez, Teodora Lamadrid, Don Julián Romá, Rafael Calvo y Don Pedro Delgado. Opinaba recientemente un crítico, ocupándose de los alumnos del Conservatorio, que el teatro apellidado "Poético" no había dado el resultado apetecido, más que por otra cosa, por falta de actores, o más bien, de recitadores. Y añadía que, si se exceptuaban dos o tres figuras que se habían formado en aquellas escuelas, apenas si había actor en España, con haber algunos tan sensatos y geniales, que supiese recitar siquiera una redondilla.

LA PANTALLA Y EL CUPLE.—Esto, señores desdichadamente es cierto. Pero debemos hacer justicia. No tienen toda la culpa los actores, —recojo el sentir de gran parte del público—, sino los actores, los autores, y el mismo público, esto es, el gusto o el mal gusto de la época, época de estrago, de pantalla y de cuplé, época de revista y alta comedia, de lo que les han dado en llamar la alta comedia: la taza de té y todo frivolidismo. Pero, para ésto, no se necesita ser actor: basta ser elegante y saber vestir frac y pisar alfombra. Ha sido el escudo de los actores sin facultades. Dicen ellos: "es que resulta más difícil llamar la atención, tomando una taza de té, que gritando: "¡Madre!"—Y decimos nosotros: es que no se puede "llamar la atención" tomando una taza de té, sin faltar a la verdad y sin faltar al arte. Lo repetimos: Ha sido la disculpa de los malos actores. Y no es nuevo. Hay que convenir en que desde los tiempos de Tamayo Baus y aún desde antes, desde Moratín, Gil de Zárate y Ventura de la Vega en que se instauró en España, definitivamente, el teatro en prosa hasta nuestros días (pasando por la segunda fase de D. José Echegaray, Benavente, los Quintero y el mismo Muñoz Seca) los actores que, hoy conocemos se han formado casi todos Al fin y al cabo, el teatro en prosa se les ha en ese teatro. No tienen, pues, toda la culpa. cía más fácil, mucho más cómodo, y... hasta más barato, pues las obras salían hechas (casi de manos del autor, y los actores apenas si tenían más trabajo que vestir las y hablarlas, pero... como se viste y se habla en sociedad.

No se necesitaba ser genial, ni siquiera actor de talento. Bastaba con ser... "discreto".

EL VIOLIN DE PAGANINI.—Y a propósito de Matilde Díez, la gran recitadora, oigamos, de "Recuerdos del Tiempo Viejo", de D. José Zorrilla, el siguiente juicio, que es lapidario: "La voz de Matilde—decía el poeta—tenía esta afinidad con el violín de Paganini: que, al romper a hablar, se apoderaba de la atención del público; hería, al mismo tiempo que el aparato auditivo, las fibras del corazón, y el público ya era esclavo de su voz, y le seguía por y hasta donde élla quería llevarle, con una pureza de dicción y de pronunciación que hacía percibir cada sílaba con su valor propio, y hasta la diferencia entre la c y la z y la doble s final y primera de dos palabras: "los sabios". Matilde, —añadía Zorrilla—, no se había dejado contaminar por aquel revolucionario lirismo de la lectura y recitación salmodiada: élla recitaba sencilla, clara y naturalmente saliendo de su boca los períodos y estrofas como esculpidos en láminas invisibles de sonoro cristal; y los versos y las palabras, como perlas arrojadas en un plato de oro. "Me ha dicho un profesor: "Hoy la gran excepción la constituye doña María Guerrero. De élla podría decirse lo mismo que de Matilde Díez. No hace... (¿habéis oído cantar a María Barrientos?) No hace María Barrientos —la insuperable—, ni más bordados, ni más filigranas, ni más arpeggios, ni más trinos con su garganta de pájaro y en sus colosales fermatas, que María Guerrero, con la suya, recitando versos; no cabe más. No es hipérbolo. Sobre todo, en el teatro clásico, —que es su centro—, no cabe más, no se puede más".

VOZ, VOZ, VOZ.—Entre los lectores célebres que ya pertenecen a la Historia podemos señalar, en estos últimos tiempos, en Francia... en Inglaterra... en Italia... en España... etc., etc. En Las Palmas también se lee con arte. He oído leer a hombres de carrera, a poetas, a literatos, hasta a señoritas, con bastante arte. No será esta Ciudad la primera, ni tampoco la última en ese orden. ¿Qué más diré?... No se debe declamar nunca ni leer como lo hace otro; no se debe imitar: la imitación es siempre un arte inferior; no se debe copiar al menos literalmente, porque el prototipo o el ideal por lo mismo que es "ideal" es incopiable, "irrealizable". Pero sí se deben enderezar las facultades por las sendas del arte. Buscad, ante todo, el Arte. Ahora yo os digo: pero buscad el Arte, si tenéis ya la Naturaleza. Porque os sucedería lo que a aquel célebre obstina-

do de que hablaba Gounod que, después de aprender reglas y reglas para cantar, se encontró que no podía hacerlo, porque... aún le faltaban tres cosas: Voz, Voz y Voz, esto es, Naturaleza. Porque el Arte, señores, se ha hecho para perfeccionar la Naturaleza, pero no para crearla.

ENTENDER Y ATENDER.—Señores: El diario de esta localidad, "La Provincia", ocupándose una vez, —indulgentemente—, de uno de mis modestos sermones, hacía resaltar la influencia y participación tan directa, que, aparte el orador, ejerce el público en todo discurso. Y esto señores que aún estoy por saber quien lo escribió, fué, a más de una nota de exquisita discreción, un juicio bien afinado sobre preceptiva del orador. Pero me permitiré añadir: y no es sólo sobre preceptiva del orador, sino sobre preceptiva del lector y aplicable, por tanto, a la Lectura como a la Oratoria. Porque la Oratoria como la Lectura, aunque no lo parecen, no son nunca un monólogo, sino un diálogo, un constante y verdadero diálogo que se establece tácitamente entre el orador o el lector de una parte, y el público que escucha, por otra. El orador debe saber hablar, y el lector debe saber leer. Pero el oyente debe saber escuchar. No todos saben "oír". Hay que saber entender: y no se sabe entender si no se sabe atender. Ved, Sres. que la atención por parte del oyente es también una condición indispensable para la buena lectura. Y tanto, que donde no hay un buen oyente, no puede haber nunca un buen lector, porque el oyente, respecto del lector, es su mejor termómetro. De modo, que el lector, —aunque no parezca—, no lee solo, sino con el público.

EGO GERAM VICE COTIS.—Ahora señores una invitación. Pudiéramos nosotros saborear a los clásicos. Pudiéramos recitar a los clásicos entre vosotros y yo. Lo dicho: "La Lectura es un arte de ejecución como otro cualquiera, (aquí mi retornello). Y lo mismo que el pianista se vale de un instrumento, para ejecutar, que es el piano, nosotros podemos valernos de otro instrumento, para recitar, que es la "voz". Y como el pianista interpreta a Beethoven, a Mozart, a Litz, a Chopin o a Bellini, nosotros pudié-

ramos recitar a Dante, a Lope, a Shakespeare o a Calderón. ¿Qué más dá? Arte por arte. Se puede preparar y desempeñar un programa de Recitado, como se prepara y desempeña un programa de Música: canto o piano... Pero no yo, sino vosotros mejor que yo, podréis hacerlo cumplidamente. Hasta aquí—y sin darnos cuenta—, hemos venido haciendo como el Ejército Práctico de la Lectura, en prosa. Tan sólo para salvar la Conferencia con el otro Ejercicio Práctico de la Lectura, en verso, recitaré unos breves parlamentos a modo de ensayo. No es ésta la mejor ocasión para recitar verso, después de una hora casi de Lectura en prosa. Quiero solamente ver si con éllo despierto la afición entre vosotros: nada más. Lo hago por vosotros y por no truncar la Conferencia. Y también: yo no sé recitar. Lo repito. Lo hago por vosotros, y por no truncar la Conferencia. Yo no sé declamar. Podría decir con Horacio: "Yo no sé hacer versos, sino reglas: yo sólo haré el oficio de la piedra de afilar. Dejádmelo decir en latín: "Ego geram vive cotis". Yo haré las veces de la piedra de afilar" (que élla, aunque de por sí no corta, hace que corte el acero). Yo no aspiro más que a una cosa: a estimularlos, a promoverlos, a iniciarlos en este arte los que todavía no estéis. Que, como secuela o fruto de esta pobre Conferencia mía Sobre el Arte de la Lectura, llevéis desde hoy a vuestros salones el Recitado junto con la Música; y que, frente al busto glorioso de un Mendelssohn, o de un Schumann, o de un Basch, o de un Rossini, coloquéis, con el mismo honor y respeto, el busto laureado del Dante, de Schiller, de Byron, de William Shakespeare, y que sus dos lirás se abracen como una sola. ¡Uno sólo es el Arte!...

EL TINGLADO DE LA FARSA.—Ya me parece que cruje la carreta y asoma la farándula... Taconea el coturno... Trajina el coturno... Sonrió la carátula. El histrion hizo ya el desenfardo de sus lonas y vuelca, desde hoy, su barraca o parapeto en el recodo de la plaza pública... Ya está dispuesto el tinglado... Ya atruena el tambor... Ya comienza la farsa...

He dicho.

JUICIOS de la Prensa

Otra vez «Fomento y Turismo» quiso regalarnos unas horas de dulce espiritualidad y llamó a sus salones a un sacerdote joven, que hace de su apostolado cristiano una feliz y continua plegaria artística, porque todo para él tiene motivos y secretos,

incomprensibles para quienes carecen de gusto depurado. Porque Díaz Quevedo, a más de ser soñador, temperamento de gran corazón y cerebro, es todo eso: artista puro y depurado. El nos cuenta observaciones tan finas, tan sagaces, tan originales,

—en fuerza de ser por todas miradas, pero por pocas vistas,—que pronto nos subyuga con su verbo sonoro y cordial.

Y se levantó el Disertante, que logra en todos sus discursos la incondicionalidad de cuantos auditores tienen la suerte de oírle. Y comenzó diciendo: «Quisiera por segunda vez al tinglado de la antigua farsa», esa farsa, desgraciadamente hoy decaída, y floreciente hasta hace pocos años, cuando eran más intensos los entusiasmos por la Declamación, entre nosotros. Y nos refirió confidencias de sus primeros escauceos por la escena, cosas de sus familiares y de sus amigos, hermanados con él doblemente por el lujo de idénticas aficiones. Y, luego, en pleno dominio del tema, entró como un maestro en la didáctica principalísima de sus ilusiones: la Lectura, el Bien Decir, el Bien Hablar,.... y nos leyó tan bellamente, tan emotivamente, tan ricamente, que no vibraba en el amplio salón otro aleteo que el de las almas sabrecogidas por la voz subyugante y poderosa del sacerdote-poeta.

Sus explicaciones acerca de las diversas artes de La Lectura sostuvieron la atención del numeroso público durante casi una hora larga. Salían tan limpias, tan claras y justas sus palabras, que ni se consiguió nunca más interés, ni por mucho tiempo se ovidarán sus enseñanzas. Nos reveló una cultura nada ordinaria, moderna, bien orientada y mejor escogida. Trajo unos primeros pasajes de otros sacerdotes-poetas (Calderón, Tirso, Lope) que adquirieron

en su voz, más cadencia, más eufonía, más bellezón, si cabe, hechos vida palpitante en los tonos irreprochables de Díaz Quevedo. Las señaras y los caballeros seguían al unísono las dulcidades del conferenciante distinguido; pendían de sus labios, que tantas polícomías sabían desgranar, y era preciso contenerse para no romper aquel formidable encanto con el tremante y vigoroso espasmo que pugnaba por estallar en ovación... Y, cuando terminó la primera parte de la Conferencia,—teoría y práctica de la Lectura, en prosa—era cuando más se deseaba que continuase. El Sr. Díaz Quevedo, como siempre, se adueñó de todos, y todos sentíamos esa vaga desazón de no seguir oyendo ideas, como las suyas, brillantísimas, esculturales, inconfundibles...

Un rato de descanso para el lector, un poco de música de Haydn, y otra vez el regalo sorprendente de la Lectura. Díaz Quevedo subió nuevamente a su marco,—donde él está bien y justo,—la tribuna, que nos hace recordar con él su verdadera y trascendental importancia. La segunda parte de la Conferencia estaba dedicada al ejercicio práctico de la Lectura, en verso. Recitó de «La Vida es Sueño», de «El Zapatero y el Rey», de «El Alcázar de las Perlas» y otras, dándoles el lector realce y matiz extraordinarios y, sobre todo sentimiento y sinceridad extraordinarios. Debemos decirlo. Fué una Conferencia para gran Capital.

(«Diario de Las Palmas».)

EL ARTE de la LECTURA

A Don Juan DIAZ QUEVEDO

Amigo: No es tarde. Su tema está siempre en actualidad. Una desgracia de familia, muy reciente, tan dolorosa hoy como en el primer día, no me permitió asistir a la Conferencia teórico-práctica sobre el Arte de La Lectura, dada por V. en «Fomento y Turismo». Pero, a los pocos días, recibí impreso su opúsculo tan interesante, fuerte y nuevo: bellamente escrito, bellamente pensado y que debió ser también bellamente declamado. Lo leí con atención y con cariño; doblé sentimentalmente su última página; pasé mis ojos, entonces inciertos, por las líneas amables y halagadoras que en honor mío escribía V en su portada, y lo dejé sobre mi mesa entre papeles íntimos y de trabajo. Y entre papeles íntimos está, porque guarda para mí — «su primer maestro en la pluma»—todo un tesoro de afectos...

En ese libro tan breve, tan compendioso, tan artísticamente hecho, ha de ver Vd. algo muy personal y risueño, un rasgo acaso de lo mejor de su vida. Ha de encerrar una parte de las bellas ilusiones que saltan a todo hombre joven al influir según su vocación, en las gentes y en el ambiente que le rodean, pues toda obra hablada o escrita,

llena de los prestigios de la iniciación, pesa por modo indefectible sobre los espíritus de los que caen bajo el círculo de su maravillosa luz. A mi ha llegado, en las páginas de ese pequeño folleto, el mismo deleite que ha de sentir Vd. al contemplar difundido su propio pensar. Si no ha llegado a todos, ¿qué importa? Hay que disculpar y apartar a un lado la banalidad y sequedad de las masas vulgares, insensibles a los puros ensueños.

Para los que le oyeron y le aplaudieron, ese pequeño libro les pondrá presentes la deliciosa fiebre y el ardoroso decir con que fueron declamados, el calor de su verbo, la elegancia de su frase, la palpación de vida y de actualidad que puso usted, pontificalmente, en sus labios. Hablar como V. habla, con palabras sonoras y armoniosas, es comunicarse con el público, cordial y eléctricamente; es laborar con triunfo en materia viva y cálida, y descubrir el propio éxito en el semblante de los que le rodean pendientes de su palabra. Habla Vd. con una virtud poderosa: prende Vd. en los espíritus exquisitos y sensibilizados con la bocina de un bello énfasis, y sus palabras penetran así más hondo y llegan más lejos.

Dolor que se pierda todo ese perfume y

toda esa vibración, cuando lo hablado se encierra en las páginas de un libro: "Una lectura expresa menos que una oración", le ha dicho magistralmente Calpena. Pues un libro, aún menos que una lectura. Un libro es algo frío y algo muerto. Las palabras ya no suenan sus fanfarrias de clarines y no tienen el omnisonante clamor de sus ecos. La palabra, inanimada y durmiente, sin los prestigios de un arte plástico y orquestal, no suena como un canto; no guarda las bizarrías artísticas de los grandes maestros del habla, ni es el instrumento músico con que se ha deleitado y se ha maravillado; no tiene la nerviosidad y la sugestión que escalfaron nuestros cuerpos, porque ha perdido asimismo las pompas radiantes que, a sus decirs, saben imprimir los troveros, grandes señores del ritmo.

Porque ha hecho Vd. de la Lectura, un arte bello. La Lectura, en verdad, es arte; es enunciativa de formas; es transformadora del sonido en verbo palpitante y vivido; es productora de obras, si no libres, originales

y nuevas; es interpretadora de todas las literaturas; es la creatriz de los lauros de los más altos y geniales poetas. Si dejara Vd. de ser artista-escritor, continuaría siendo artista-lector, como el músico que interpreta maravillosamente y no compone, sin embargo, piezas musicales. Y hay más, —a mi entender—, en la Lectura, facultad del hombre que crea producciones: el lector-artista hace suyas, de cierto modo, las obras de los más admirados literatos al enunciar y emplear la palabra- hablada como signo de interpretación de la palabra-escrita. Es tal el encanto, el sentimiento, la pasión que puede el lector suscitar en lo que lee o interpreta, que la obra pasa a ser como suya propia. En cierto modo, crea. Arranca sonidos, modulaciones, timbres peregrinos que ni el autor soñara. Y sí, el alma del oyente, pone el oído atento..., oirá los sonos de todas las líricas, gustará la magia de todas las armonías, y sentirá el latir del corazón de todos los poetas...

ARTURO SARMIENTO.

NO ALCANCÉ un libro

Amigo y sacerdote: Yo no sé si estará usted quejoso de mi silencio. Todas mis amistades se van juntando en la misma queja. Ni en la anchura de las horas de mi vida rural, puedo abrir mi tiempo. Ahora no soy tan culpable. El viaje fatigó a la pequeña; y nuestra parada en Alicante se prolongó algunos días, más de los que todos nos prometíamos. Yo vine solo a Polop para acomodar la casa, y después volví en busca de los míos. Y otra vez a Polop, con una impedimenta enorme. Tantos cuidados, tantas preocupaciones, no me dejaron atender ni al goce del camino...

Ya tenemos más sosiego. La hija mejor. Estamos contentísimos de nuestra paz campesina. ¡Llevábamos nueve años lejos de nuestro paisaje! ¡Imagine cómo lo miramos! Todavía no alcancé un libro, ni escribí una cuartilla; pero he leído su Conferencia.—Es usted, principalmente, orador: sus palabras

no parecen escritas para ser leídas, sino recogidas después de pronunciadas. Hay siempre, en su prosa, un ímpetu y casi una sonoridad que brinca, y revibra, y acciona... ¡Fue una lástima! Ni su arrebatado de orador, ni la misma arquitectura de la Conferencia pudieron consentirle un íntimo tratado del "Diálogo que se establece entre lector y público", y el análisis de la "Atención", para mí los puntos de más capital interés.

Como yo no renuncio a la esperanza de reunirnos en Barcelona antes de su partida, entonces podremos hablar más reposadamente de sus páginas. Y, gracias por la cita que usted hace de mi nombre. Sabe todos le saludan con mucho cariño, y yo le abrazo y le reitero mi más inquebrantable amistad.

GABRIEL MIRO.

POLOP de la Marina. (Alicante.)

Rectificar, SIN EMBARGO

A. Don Juan DIAZ QUEVEDO

Antiguo amigo y compañero:

Vas a saber mi juicio franco y leal acerca de tu Conferencia sobre el Arte de la Lectura, tema tan de mi agrado.

Se conoce—y esto no se me escondía,—que dominas el asunto por completo y que, ese arte de interpretar bien a viva voz las páginas escritas, no tiene secretos para tí. Dominas la materia; dominas la teoría y la práctica de la materia y nada, por tanto, se te escapa en tu síntesis: barajas reglas,

máximas y preceptos; y, como verdadera autoridad que eres, aportas, al acervo común de tratadistas y preceptistas, tu juicio propio. Pero escribiste una síntesis y se hace preciso un análisis. Lo comprendo. A mí me sucedió lo mismo en análogas ocasiones. Hiciste una Conferencia donde se tasa el minuto, atendido el lugar y el concurso de gentes. Hiciste bien. Y debemos rectificar, sin embargo. Es pena que esa labor, de diez y nueve a veinte páginas, quede ahí y no en un libro, más o menos abultado, por entre cuyas páginas se pasee reposadamente el arte. Debes hacer un tomo donde, sin prisas y sin tener que mirar al reloj, puedas desarrollar tu tema maravillosamente enseñando a los demás tus innegables conocimientos del arte del bien leer.

Aunque, a decir verdad, así como el mejor curso sobre la pereza es sencillamente echarse a dormir, el de la enseñanza acerca del bien leer es

escribir para que «nos oigan», para leer nosotros en lugar de que «nos lean». El ideal sería que tú, excelente lector, «leyeses» los capítulos de tu libro. Y como un libro de tal naturaleza sería susceptible de varias «audiciones», ya tienes ahí una serie de conferencias donde con perfección, irías ilustrando a tus discípulos—que serían muchos,— sobre la escondida música que vibra al través de nuestros prosistas y sobre todo al través de nuestros grandes, de nuestros esclarecidos poetas.

Con al esperanza que te decidas a tan alto y bello magisterio, se repite a tus órdenes—como te expresaba en la dedicatoria de uno de mis libros—«tu siempre camarada en Grecia, y amigo en todas las latitudes.»

E. ROMÁN CORTÉS

S. Vicente de la BARQUERA. (Santander).

La Mesa del ZAPATERO

(Crítica Social, digna de "Clarín" o "Fígaro")

Homenaje al DEAN LOPEZ MARTIN

«La Humanidad—decía Maese Pedro—es como la mesa de mi taller, en cuyos utensilios están gráficamente representados los diversos caracteres que en mucho distinguen a la especie humana.

Allá, el escenario es el mundo; su director, Dios. — Aquí, el universo es mi mesa; y el que dirige soy yo. Veamos:

Hay individuos-martillos: Para estos, el placer más grande y la ocupación predilecta (muy conformes por cierto con el oficio y naturaleza de aquel útil, indispensable en mi taller) es golpear, maltratar, vejar... — Individuos-suelas: bajos, arrastrados, apegados a vivir bajo las plantas de otro, aduladores que sorportan el insulto y el desprecio... —

Hay individuos-cuchillos: cortantes y alevosos, como el insulto, por las armas que esgrimen; calumniadores, que infunden pánico y miedo en la Sociedad... — Individuos-lesnas: pérfidos, agudos en sus instintos depravados y corrompidos; con cabos de hombre de bien y trajes de ciudadanos pacíficos, pero que enconan las heridas...

Individuos-cera: pícaros, flexibles a todas las situaciones, a las que se amoldan fácilmente... — Individuos-tachuelas: que, a semejanza de las que tengo aquí, en mi mesa, hiere al que, confiado, le tiende las manos para levantarlos; penetrantes y agudos

de maldad... — Individuos-hilazas: ambiciosos, con pretensiones de grandes; enredadores y prontos a estrechar al incauto que caiga en sus madejas... — Individuos-betún: Esta es especie muy original. Se creen una categoría, presuntuosos, echándoías siempre de grandes y de nobles... Con frecuencia, tienen un «amigo» que les da realce y tono. Este amigo hace el oficio de los cepillos...

No hay duda de que este buen zapatero, o maestro de obra prima (llamémosle así, para no rebajar la honrosa profesión ni herir susceptibilidades) era ingenioso y observador. Y sin embargo, no echó de ver en el «Universo» de su mesa, otros utensilios y trebejos, con los cuales tienen inevitable semejanza muchos de los hijos de Adán y no pocas entre las hijas de Eva. (Tan cierto es que «nada es igual a nada»; como, por el contrario, que «todo se parece a todo».)

En efecto: — Yo descubro, sobre el bufete zapateril, mezclados en pintoresco desorden con los demás objetos, la lima: armada de finísimos dientes y agudas puntas de acero, cuyo oficio es rascar, rozar y roer; las tenazas: uñas férreas y corvas que sirven para asir, apretar y agarrar; la pata de cabra: cuyo destino es lujar o dar lustre a la suela y al tacón; el zapato: que no necesita descripción; y por último, el chanco: zapato, des-

hechado, sucio y roto, rebelde a los remiendos e incapaz de buen arreglo.

Pues bien. A poco que se estudie la humanidad, descábrese, aún por el más corto de vista, el hombre-lima: armado de los agudísimos dientes de la envidia, ocupado constantemente en rozar, morder y roer la honra del prójimo, mermando y hasta destruyendo las más sólidas y bien sentadas reputaciones, unas veces por medio del estrépito y del escándalo; y otras, hipócrita y silenciosamente, como la lima sorda, cubierta de plomo para evitar el ruido.—De todas las especies de hombres-limas, es esta última la más temible, porque contra élla apenas hay defensa. Viene a ser como el “agua mansa” de aquel conocido proverbio: “Del agua mansa me libre Dios, que de la brava me libraré yo”.

Es asimismo notorio y digno de estudio, el hombre-tenaza: agarrado, ruín, tacaño, cicatero que no suelta lo que atrapa; y que, al fin, o saca el clavo, o lo deja sin cabeza. Y lo peor de esta especie es que, mientras agarra con la tenaza, envenena con el aguijón de la cola, a guisa de alacrán.—El hombre-pata: ofrece muchas variedades, bien porque todo lo hace a la pata la llana; bien porque siempre mete la pata por fas o por nefas; o ya también porque, a lo mejor, sale con una pata de gallo, como los antiguos leprosos.

Pero descuella, entre todos, el pata de cabra: variedad que presenta especial parentesco con el demonio, de quien afirman graves autores que tiene la pata hendida, como aquel desdeñable rumiante. El hombre-pata de cabra ejerce en el mundo uno de los oficios más miserables y abyectos. Así como aquel zapateril instrumento sirve para dar brillo a la suela y al tacón (que es lo más bajo del zapato), así también el individuo de esta especie, se entrega al feo vicio de la lisonja, a la rastrera y desagradable adulación. Extiende diploma de sabios a los tontos y expide patentes de honradez a los pillos. Y esto, no sólo porque la adulación suele ser cabra de buena leche, sino por otra razón menos utilitaria aunque más profunda, expresada por los antiguos con esta gráfica y sustanciosa frase: “Asinus asino”, “su sin pulcher”, que pudiera libremente traducirse: “el asno al asno” y “el cerdo al cerdo alaba”, y que tiene bastante analogía con el refrán: “lo que la loba hace, al lobo le place”.

El hombre-zapato, ya sea bota, escarpin o chinela, ofrece gran parecido con estos humildes artefactos. De la misma manera que sirve el calzado para cubrir y defender los

pies, que son las partes más bajas e inferiores del cuerpo; así también el “hombre-zapato”, que no conoce la delicadeza ni la dignidad, se somete a las más bajas humillaciones, se convierte en defensor de las más reprobables conductas y en encubridor de las mayores felonías.

El zapato, podrá ser muy bonito y elegante. Podrá estar ricamente ataviado con lujosas cintas, ricos broches y costosas hebillas. Podrá ostentar finos metales, lindos bordados y espléndida pedrería hasta cautivar la atención de gomosos y dandis... No importa. Siempre resultará un trasto despreciable y asqueroso.—No de otro modo el “hombre-zapato”, podrá acumular honores, títulos, dignidades, condecoraciones, destinos y pergaminos. Podrá el “cepillo” darle todo el “betún” que se quiera. Y la “pata de cabra” lujarle y relujarle hasta ponerlo resplandeciente... Todo es inútil: nada, ni nadie podrá hacerlo caballero. Nunca dejará de ser “zapato”, y no hay que esperar de él sino... zapateos y... zapatetas...

Por último; el “hombre chanco” es el colmo de todas las bajezas y miserias humanas. Es aquel de quien decimos: “no llega a la zuela de mi zapato”.

Y a la verdad el “chanco” fué primero “zapato”; pero ha perdido esta “noble” cualidad para jamás recobrarla. ¡Qué más quisiera él que recobrar su pristina dignidad! —En una palabra, el “hombre-chanco” es un verdadero desperdicio de la humanidad. Está definido sólo por decir que... no hay por dónde cogerle. Es como aquel infeliz adúlador, que vió Dante en el infierno, sumergido en hediondo y nauseabundo foso en donde desembocan todas las letrinas humanas, embadurnada la cabeza con todos los detritus, materias fecales, fétidas, rancias y hediondas: “E mentre ch'io con l'occhio cerco—Vide un col capo sì di... lordo—Che non pareva s'era laico o cherco”...

Por fortuna, no todo en el mundo es zapateril.—Hay también, aunque con bastante escasez, la Mesa del Lapidario y el taller orífice, entre cuyos utensilios se descubren hilos y barras de plata, pepitas, láminas y canutillos de oro, sartales de perlas, topacios orientales, encendidos rubies y purísimos diamantes.

JOSE LOPEZ MARTIN.

1899.—Las Palmas.

EL CRISTO de Luján Pérez

(Estudio de Arte, canario e inspiradísimo).

Homenaje a ROMERO QUEVEDO

Sin el reverdecer perenne de la leyenda que perpetúa, en la Patria, el Cristo de la Vega; ni el renombre artístico, que rodea en el mundo al de Montañez; el de Luján Pérez, que expuesto a la admiración pública pudo enardecer la fantasía de nuestro pueblo romántico y crear la estética de nuestras generaciones rezagadas, ha tenido el triste y nunca bien llorado privilegio de sufrir y penar largamente las añoranzas y nostalgias de la celebridad, en el frío desamparo de las Sala Capitular de la Basílica de Canarias, estrecha prisión de su mérito e incómoda cárcel de su gloria.

Contrista el ánimo esta ingratitud del destino, este nuestro gran pecado de indiferencia y abandono. Vino a nosotros y nosotros no conocimos esta maravilla del arte y este soberano poder del artista. Si la divina gracia del genio dispensó sus halagos y trató, llana y familiarmente, a algún hombre de esta tierra, sin duda alguna fué a Luján Pérez, cuya figura gigantesca sólo ha de contemplarse entre el abismo de sombras espesas y brutales que le circundó, y el abismo de luz infinita, clara y diáfana de sus obras: obras que, si en su valor absoluto, no llegan a lo más encumbrado; en su valor relativo, pesando los medios de que su autor dispuso, no se achican ni ceden la palma ante las de los maestros más excelsos. Este hombre prodigioso es palabra eterna y ejemplo vivo del más amplio, fecundo e indiscutible atributo que puede encarnarse en la humana naturaleza. En la historia de su vida y el estudio de sus esculturas cobra plasticidad la alta precedencia del don de sus inspiraciones, en tan sublime grado concedido, que casi pudiera afirmarse haberle sido otorgado para proclamar la omnimoda independencia del arte, y dar, aunque lejano, trasunto de la idea por cuya virtud concebimos que todo ha podido nacer de la nada, menos la Divina Omnipotencia de quien todo procede.

Por incontestable y avasallador impulso interno; por algo que en su alma debió ser lo que el hambre y la sed en nuestros cuerpos, Luján Pérez no dió paz al cincel en su vida dilatada, más laboriosa que larga. Todo se lo debió a sí. No consta que la cultura extendiera los horizontes de su talento, ni el estudio ensanchara los medios de la ejecución. El tecnicismo de su arte surgió de los senos de su ánimo con el mismo vigor y espontaneidad que, del punto centelleante de la idea, escapa el rayo de luz de la palabra. No tuvo modelos ni preceptores. Si algo determinó su acción, hay que buscarlo en la estatuaría que encontró aquí, sin filiación conocida, sin escuela determinada, amalgama monstruosa, que comenzaba por borrar la forma en el disparate de lo extravagante y concluía por extinguir la expresión en las contracciones de lo inverosímil... Antes de Luján Pérez, en punto a artes plásticas, nada teníamos; después de él, nada hemos hecho. Cuánto de la escultura narran nuestros anales, va del Guini-

guada al Guadalquivir, sin aureolas de maestros ni estelas de discípulos, con su solo nombre resellado con aquella individualidad sobresaliente, que si bien le privó de la fortuna de ser imitador, le recompensó con la gloria de ser inimitable.

El Cristo de Luján Pérez, inestimable joya, es la obra artística de más empuje y brío que atesora el Archipiélago. Si en tal o cual condición técnica puede igualarle, superarle tal vez, otra producción del mismo asunto... en la magnitud y verdad de la concepción; en la energía y delicadeza del pensamiento; en el arrebató y constancia del entusiasmo y calor estéticos, ni reconoce rival, ni pueden mal pararle comparación y paralelos. Vió el genio de Luján lo que sólo al genio es doble ver; escandeció su alma tan voraz incendio, que hasta la identificación se compenetró con la idea; y tan alto batió sus alas, que al invocar la materia, acudió ésta solícita y dócil y en cuanto en lo humano es posible, prestó forma real, perfecta y verdadera a todo el órden teológico que compendia el Misterio de la Redención.

Es el asunto magno, difícil, y digámoslo de una vez, imposible como ninguno. La luminosa niebla del mundo sobrenatural deslumbra hasta cegar los ojos del artista. La sombra de la Divinidad es impenetrable: sujeta, abisma y detiene el pensamiento. Sólo el corazón, con la ciencia de amor, a trechos y débilmente, provoca rompimientos de luz en la enmarañada y oscura senda. El estudio atento y macizo de la naturaleza, a la corta o a la larga, logra esculpir el cadáver del hombre y contar en la muerte, el accidente de la vida. Pero la historia de la crucifixión de Cristo, ni se dibuja, ni se cincela por los medios vulgares del conocimiento, ni con los recursos mezquinos de la finitud. Sirven al arte las enseñanzas de la realidad: por ahí advienen todas las expresiones. Pero si, sobre el Crucifijo no se proyecta el resplandor de Dios, como brotado de su propia esencia; si hasta nosotros no llega esa infinita claridad, la obra realizada nos dará el suplicio, agonía y muerte de un hombre; nunca, jamás, la consumación del martirio de Cristo, que es Dios.

Cuantos cincelos trataron el tema tropezaron siempre en fatales escollos. Unos, por el exceso de expresión, pecaron contra la belleza; otros, por abigarrado prurito estético, faltaron gravemente a la índole del asunto. Luján Pérez sostiene donosamente el equilibrio: es sóbrio, reflexivo y vigoroso. La anatomía de su Cristo, con su pureza de líneas y santidad de formas, secunda de modo admirable su casta y miraculosa intuición. Ni los dolores cruentos del sacrificio horrible; ni las agonías tormentosas de la muerte, permitieron al escultor canario velar ni desfigurar la infinita belleza en aquella Humanidad Sacratísima. Mueve los músculos del Cristo, más que la contracción del martirio de la carne, los deliquios y extenuaciones de un amor infinito, infinitamente sacrificado. Pudo el pueblo judío desconjuntar los huesos

só y rasgar la carne de su Divinidad en arte, en poder y eminentemente cristiano, jamás lo será. Lucha ejercer de verdugo; disimulando las perfecciones resplandecientes de Aquél que es prototipo y ejemplar de todas las perfecciones. Así lo estimó Luján Pérez, así tuvo alicientos para expresarlo. Muy parco fué en llagas de pies y manos; no prodigó el rojo y cobrizo, previsor y piadoso, los huellas de cilicios y disciplinas. Sobre el cuerpo admirablemente ejecutado, que abandona la muerte a celestial reposo, discurre un hilo de escarlata brotando de la herida junto al corazón, que viene a perderse en el sudario. Esta sencillez de expresión es de un efecto prodigioso. La efusión sanguínea tiene vida y extraordinaria fuerza reveladora. Realízase el fin artístico, por el contraste discretamente marcado. Llegase al valor de la sangre, por la sublimidad del cuerpo que la vierte. La herida del costado lo dice todo...

En las costillas y espacios intercostales nótese la labor de pulimento, el trabajo anatómico, correcto y escrupuloso, describiendo huesos y señalando cartilagos: trabajo que se completa a maravilla con la ejecución de los músculos torácicos y pectorales, llevados tan al detalle, que casi precisa las inserciones y permite adivinar la dilaceración de los tejidos. Juzgamos en este fragmento el mérito más extraordinario del Cristo, no ya por lo que a la parte técnica atañe, que es acabadísima, sino por la valentía, serenidad y soberano impulso con que se reducen todas las dificultades, surgiendo la idea fresca, natural, espontánea, beatá y santificadora.

Las extremidades inferiores completan, con las superiores, el grandioso conjunto. Perspectiva, proporciones, disección, si así nos fuera permitido decirlo, del dermato esqueleto y del sistema muscular, indicando con cautela los puntos en que el autor quiso y alcanzó felizmente reforzar la expresión, lógica y ordenadamente, sin violencias ni exageraciones, actitudes severas y gallardísimas, magestad y gracia en las curvas, genialidad y vigor en las rectas: condensación pasmosa de los elementos analíticos, en unidad harmónica y espléndida, revélanse, holgadas y fluidas, en esta parte de la composición.

Nosotros, entendemos, tal vez con aparente inconsecuencia, que mientras en las artes acústicas, se impone a la crítica el procedimiento inductivo, cuadra mejor a las plásticas, el procedimiento sintético. La escultura ha de aquilatarse, en la resultancia general, trabando el primer eslabón del rancio

cinco en la impresión inmediata que aquí, más que en ninguna otra parte, es siempre decisiva. El sentido de la vista mal auxilia a los grandes conjuntos ópticos. El escultor tiene una acción limitada, porque no puede multiplicar los medios de expresión por indefinido número de figuras. Lo que en extensión pierde, lo gana en intensidad. Y las grandes intensidades se deslustran y desmejoran, cuando no se extinguen y desaparecen, por un análisis impertinente que con frecuencia extravía el camino en su retorno a la síntesis.

Como en todas las producciones del genio, en esta de Luján Pérez existe una parte que pudiéramos llamar recopilativa de motivos. Esta parte la constituyen el cráneo y rostro. La gloria incabable, inmortal, por condensar todos esos elementos se debe en este Cristo nuestro, a la espiritualidad exquisita de su cara inefable, al poder mágico de su semblante deífico, al respeto profundo con que la muerte reverente pasa sin tocar aquella frente nobilísima, al declinar humilde y lleno de magestad de aquel cuello sabiamente cincelado, a la lánguida y dulcísima expresión de aquellos ojos cerrados, cuyos párpados cayeron, más que al cesamiento de la vida, el blando sueño de amor. No lo dudamos. Otros habrán logrado sublimar a las cumbres del arte cuanto de estético existe en el cadáver del hombre. Dónde Luján Pérez ha llevado la expresión de la muerte de Cristo, ahí, desengañémonos, han llegado muy pocos.

¡Lástima grande que este Cristo no tenga su leyenda como el Cristo de la Vega, y su renombre como el Cristo de Montañéz! Lástima grande que estas Afortunadas, conocidas por genios insignes que se nombran Cairasco, Iriarte, Galdós, no lo sea también por otro, tal vez de todos el más preciado, que se nombra Luján Pérez. El cultivo de las Bellas Artes en Canarias ha preterido malamente su mejor ejecutoria, ocultando a la noticia de los extraños lo que más realza el propio patrimonio. Mas día llegará en que subiendo la justicia a lo alto del Tabor, transfigure, con resplandor eterno y aureola inmortal, la celebridad oscurecida del escultor canario y entonces generaciones sonrojadas por nuestras ingratitudes, piadosas y devotas ante el Cristo de la Sala Capitular, digan como el Apóstol ante la Divinidad:—«Bueno es que nos estemos aquí».

JOSE ROMERO QUEVEDO

(De «EL MUSEO CANARIO», 1901).

Las Campanas DE LA CATEDRAL

(Muy canario y muy literario)

Homenaje a FRAY LESCO

Son cuatro, como los puntos cardinales. También están orientadas a los cuatro vientos. Ignoro sus nombres —¡qué poca curiosidad!— A falta de ellos, los matricularemos en el cuadrante.

Para mí, pues, las cuatro campanas son

anónimas—¿qué importa?—. Las conozco por la voz desde la infancia, y basta. Antes de aprender a hablar, ya me hablaban ellas y yo las escuchaba. Y las entendía. Me despertaba cada una un sentimiento distinto, individual. Ahora, ya viejo, me hieren el co-

razón como antaño. Ellas no envejecen, son siempre las mismas, y al oírlas, tan puras, tan puntuales, tan fieles, marcando las horas solemnes del día y de la noche, con idéntico timbre, me surge la ilusión de que el tiempo no ha fluído y me sumerjo en niñez.

Oigámoslas, una a una; luego, todas juntas: —LA DEL PONIENTE, es la Señora Mayor, la grave, el bordón de la torre. Le place hablar sola, con lentitud. Ella es la que modula el salmo del alba. Si alguna vez el campanero se duerme y deja de focalarla a las cuatro de la mañana, antes de que el sol saltee el horizonte, el día parece manco. El amanecer pierde la mitad de su poesía. Sus treinta y tres tañidos (los años de la vida de Cristo), admirablemente acompañados, derraman sobre la ciudad una unción religiosa, majestuosamente augural. El templo todavía dormido, difunde a esa hora su más elocuente sursum corda. El día queda consagrado, y la vida empieza a bullir con una nueva esperanza—¡Por Dios, que no se duerma nunca el campanero! También la Señora Mayor oficia su pontifical a las doce y a la hora de las Oraciones, al descender de la noche, y se encarga de poner el punto final en los demás toques rituales.

La campana que mejor simpatiza con la Mayor, es la más pequeña, LA DEL NACIENTE, lengua melancólica suplicante. Era la campana que anunciaba los incendios al vecindario. La primera providencia, cuando ardía una casa, era avisar al campanero de la Catedral. El campanero atalayaba desde la torre las vicisitudes del incendio, y pulsaba la campana melancólica más o menos frenéticamente, según el fuego, o aumentaba, o disminuía. La elocuencia angustiosa de la campana cumplía maravillosamente el deber de alarmar y conmover al vecindario, cuando los incendios eran sinceros y el vecindario era capaz de comoverse sinceramente.

La CAMPANA DEL SUR es voz de juventud, de sano y aterciopelado timbre. No es cantante, como las otras dos, y su oficio parece ser el de alternar con ellas, como intermediaria entre la gravedad de la una y la languidez de la otra.

Queda LA DEL NORTE, ligera como las

brisas, que corta el aire como un cristal. La han condenado a silencio—¿por qué?—. No liga, por lo visto, con las compañeras, y no tiene tampoco temple adecuado para cantar sola. Por las noches, después del toque de Oraciones y al de Laudes (supervivencia de antiguas horas canónicas) la campana solitaria alterna furtivamente con las demás, alterando el acostumbrado acorde.

Se me olvidaba el argentino ESQUILON, señoero en la bóveda de la cúpula, el parlanchín del campanario, el que delecta los toques de Coro. Tiene un papel muy importante en el repique: —En el preludio del repique, su vocecilla es como una invitación a las campanas mayores para que se apresten. Las campanas contestan una a una, pausadamente. Su misión ha terminado. Empieza el repique, pianísimo, y se va desarrollando en crescendo con rápidos arpeggios de las tres campanas fundamentales. Apurado el crescendo, un fugaz silencio paraliza, en seco, el allegro. Y el repique se realiza en seguida, tejiendo una melodía voluptuosa, con andamento maestoso. Vuelta al allegro y... punto final con un solo golpe de la Mayor. El repique es un período musical completo, de sobria elegancia. Saintz-Saenz le fantaseó en el pentagrama dándole con ello una especie de ejecutoria artística.

Cuando la torre del Norte lanza a los vientos los tres repiques rituales en las fiestas mayores, parece que suena en los espíritus la hora de la huelga. En el salón de estudios de mi antiguo colegio, el repique de la Catedral producía automáticamente una huelga de brazos caídos, libros cerrados y espíritus ausentes. En vano se exaltaba la voz del inspector amonestando al trabajo. Era un esfuerzo insincero el suyo contagiado también de la fatalidad retozona y triunfante.

Pensaba prolongar estas impresiones. Pero a esta hora oigo el PRELUDIO del repique de vísperas de la Epifanía, y siento que también se me ausenta el espíritu. Se me escapa a la infancia. No puedo acabar el artículo

FRAY LESCO.

1931.—Las Palmas.

F I N

Tip. "FALANGE"
Venegas, 66.—LAS PALMAS.

Escritora Norteamericana

AL DESPEDIRSE DE LAS PALMAS

desde el "HOTEL ATLANTIC"

AUTOGRAFO.—ESTA MAÑANA HE VISTO EL AMANECER.—DESDE EL
VENTANAL DE MI CÁMARA, QUE DA SOBRE LA TERRAZA, Y LEVANTARSE EL
SOL SOBRE LAS AGUAS COMO UNA MONEDA DE ORO, COMO UN «ÁGUILA
DE ORO» DE MI NORTE AMÉRICA.—AGUAS DE ZAFIRO DEL MAR CANARIO,
SINCERAMENTE AZULES COMO EL OPTIMISMO.

DE PRONTO, EN EL HORIZONTE SE DIBUJA UNA GAVIOTA BLANCA.—SE
ACERCA A LAS PALMAS Y PENETRA EN EL PUERTO... ERA EL «STELLA POLA
RIS», QUE VENÍA A LLEVARME.—DE MIS OJOS, RESBALÓ UNA LÁGRIMA...

NO SUPE QUÉ HACER.—SUBÍ AL BUQUE.—DE LAS FLORES DEL RAMO CON
QUE ME OBSEQUIARON LA NOCHE ANTERIOR, CORTE UNA ROSA... LE DI UN
BESO, EN EL QUE PUSE TODO MI CORAZÓN, Y... LA ARROJÉ AL MAR, PARA
QUE QUEDARA EN CANARIAS...

HASTA NUEVA YORKI—HASTA SIEMPRE!

GENOV. W. MASON

Propagandista de "El Libro de los Poetas".

TRIBUNAL DE LA ROTA

MADRID

11 Oct. 1919

Sr. D. Juan DIAZ QUEVEDO

Querido Juan:

¡Preciosa, hermosa Conferencia la que me dedicas! La he leído con verdadero deleite.

Pero permíteme que te reprenda como antiguo maestro. ¿Cómo te metes a "Lector" tú, que tienes excepcionales condiciones de "Orador"? Lee el que no puede hablar; pero el que puede y sabe hablar, no debe leer. Porque "leer" es hablar con un papel delante, hablar con apuntador. Y, para los buenos oradores como Díaz Quevedo, el apuntador está de más.

Un buen orador, con el papel delante, pierde libertad y mata la inspiración del momento. Aun diciendo lo mismo que tiene escrito, lo dice de otra manera: con más fuego, con más espontaneidad... Un rival de Demóstenes leía en una asamblea un discurso del gran orador. El público se desbordó en aplausos; y el lector, ocultando su rabia, no pudo ahogar en su pecho esta exclamación: "¡Qué sería, si le hubiéscis oído hablar!"

Habla, Juan; habla y no dejes de cultivar la oratoria para la que has nacido. Pero cultiva, con preferencia, la Oratoria Sagrada, porque atravesamos una honda crisis social, y el mundo, la civilización, sólo puede salvarse por la palabra de Cristo, que es Luz y Vida.

Te abraza tu antiguo maestro

LUIS CALPENA



los requerimientos de los fieles. Con puntualidad asombrosa llegaba al templo; a veces, cubierto aún del polvo del camino. Recogíase un punto en la sacristía, leía sus apuntes, y con esa leve preparación bastaba. La obra de elocuencia surgía íntegra, serena, perfecta. Ni un minuto más, ni un minuto menos de lo conveniente. El padre Calpena me dijo no há mucho:

—El predicador ha de pedir al Espíritu Santo, inspiración y, además, un reloj. Porque si abrevia en demasía, los oyentes

tómanlo a falta de aplicación y competencia, y si se dilata táchanle de pesado.

La gracia dicente, el buen arte retórico, la pureza del léxico, la imaginación cálida, matizaban las oraciones del Padre Calpena. Era fecundísimo sin incurrir en bajeza; elegante sin afectación; claro sin vulgaridad; siempre elevado, y magnífico en las ocasiones. Fuente de linfas dulces, frescas y perfumadas... Su único defecto fué la abundancia.

La desaparición de Calpena corresponde a esta sentencia de muerte que sufrimos. Los altos pinos se vienen abajo. Los tomillos se pavonean en el triunfo, por el que convierten los milímetros en metros... Se acerca la hora en que un tartamudo imbécil se hará llamar Demóstenes.

J. ORTEGA MUNILLA.

HOMENAJE

El Padre CALPENA

La muerte del padre Calpena pondrá, en muchos ánimos, dolor. Porque este sacerdote había derrainado el bien y había vivido en la sonrisa inocente de los grandes artistas, sin que jamás le perturbaran odios ni codicias. Nació con el don de la palabra. Era maestro de la elocuencia, antes de ser mozo. A los quince años de edad predicaba, y no ha interrumpido su labor hasta que la dolencia le postró en el martirio. Acaso sea el orador español que ha pronunciado mayor número de discursos. En el año de 1905 dijo 143 sermones.

Viajaba sin descanso para atender a

A B C, en su
óbito, 7-1-21.

HORA DE PROPAGANDA CATOLICA

LIMOSNA

para el

"BANCO DE LOS POBRES"

Para José Miguel Alsola,
afectuosamente

Lluis Andreu Gual

Barcelona

1946

LAS NUBES Y EL TIEMPO

LUIS GARCIA DE VEGUETA

LAS NUBES Y EL TIEMPO

ELEGIA SERENA



BARCELONA

1945

Consta esta edición de un tiraje de veinticinco ejemplares, numerados de I a XXV, con las viñetas iluminadas a mano, y otro de ciento setenta y cinco ejemplares, numerados de I a 175, ambos sobre papel hilo verjurado, vitelas A y B respectivamente.

N.º  *

*A mi madre y hermanos,
este recuerdo querido.*

...Y son las nubes como el espejo del tiempo que discurre sin detenerse jamás en su camino.

FRAY JOSÉ DE SIGÜENZA

S O BRE la isla —selva caliente y espinoso cardón— pasan las nubes. El mirlo, desde el chopo, silba su canción eterna. Las amapolas ríen bermellón en los prados. Pulsan su violín los grillos, y las ranas repiquetean sus castañuelas. Los riachuelos trenzan hilos de cristal al verde brocado del musgo. Trina el millero. La brisa curva a la cebada. Corretea el sol por los montes. Y los álamos —verde y plata, cara y cruz— lanzan al aire alegremente las monedas de sus hojas.

Y sobre la isla, pasan las nubes.



M I padre era bueno. Yo quisiera hablaros de mi padre. Mi padre era sencillo; era modesto; mi padre amaba a los pájaros, a los árboles, a las estrellas; quería a las pequeñas cosas; a los pequeños animales y a los objetos pequeños; mi padre poseía esa difícil ciencia de distinguir el canto del capirote del canto del pájaro pinto; sabía hacer el signo mágico del anti repelú-repelú a los trompos, para que no los tiraran a las azoteas; cono-

LUIS GARCIA DE VEGUETA

ecía los vientos y los tañidos de las campanas; las mareas, las piedras y los peces; podía armar y aparejar una diminuta goleta con la punta de una navaja, y sabía medir la tembladera del rabo de una cometa de papel de seda. Y para colmo, lograba transitar, sin perderse, por la selva dogmática y procesal del Alcubilla.

Vivíamos en la ciudad. En la parte vieja de la ciudad. En nuestro barrio había muchas iglesias y muchos balcones tallados de madera. Nuestra calle se llamaba de los Balcones. Por ella pasaba a veces el coche del señor obispo, camino de su palacio. Primero hubo un obispo bisbiseante; luego otro regordete y rubicundo, que rezumaba salud; por último un obispo entre melifluro y apocalíptico. Durante algunas tardes domingueras, que yo solía pasar con la nariz aplastada contra el cristal de una ventana, curioseando la calle mientras mi madre rezaba o cosía, me gustaba escuchar el estirado pregón de la vendedora de tirijalas y los retumbantes sonos de la campana mayor de la catedral. Si no había peleas de gallos, mi padre se quedaba en casa. Y si las había, estaba fuera sólo un par de horas. Siempre retornaba con un paquete de dulces. Al atardecer, como todos los días, íbamos a visitar a mi abuela, al otro extremo de la ciudad. Nadie dejaba de saludar a mi padre durante el trayecto. La ciudad entera era amiga de mi padre. Todos le conocían y apreciaban. Y mi padre contestaba ceremonioso a los saludos, conservando por unos instantes el sombrero en el aire.

Los días de trabajo, mi padre iba de mi casa a la Audiencia, y de la Audiencia a mi casa. Desde mi atalaya de cristal, yo contemplaba su pausado tránsito por la

LAS NUBES Y EL TIEMPO

calle de San Agustín, hasta perderse en el fondo con nubes y campanarios. Marchaba por la acera de la derecha, con su cartera bajo el brazo. Volvía por la misma acera, siempre con la abultada cartera repleta de papeles bajo



el brazo. En su despacho de nuestra casa, mi padre recibía a las visitas. La gente del campo le solía traer de regalo una cesta de tunos, un par de gallinas o unas rapaduras de miel y gofio. Era inútil que mi padre intentara rehusar estos obsequios. “Tómelo, don Luis —decían—, y dispense la poquedad.” Mi padre trataba con ternura a los buenos labriegos, y ellos le querían de todo corazón. También le tenían respeto, pues sabía de lluvias y cosechas. Y mi padre, en Artenara o Gáldar, en Tamaraceite o Agüimes, tenía siempre a su disposición un mantel y una casa.

Una vez me llevó mi padre a la torre del reloj de la catedral. Yo nunca había subido en un ascensor, y durante la travesía creí que me remontaba al cielo. Mi padre me señaló el horizonte marítimo, y luego los principales monumentos de la ciudad. De aquella visita al reino misterioso de las campanas y las palomas, he conservado una memoria muy vaga, pues yo era muy pequeño y aún

LÚIS GARCIA DE VEGUETA

no había aprendido a deslindar los sueños de las realidades. Pero sí recuerdo que sentí el deseo de volar, de la mano de mi padre, por enmedio de las nubes.



EL tiempo se ha detenido. Las palmeras lloran sus curvos palmones. Ya no juegan a las cuatro esquinas, por las mañanas, el sol y el viento de la amanecida. Ni canta la calandria en los maizales. Tampoco las campánulas azules tañen su aroma. El lagarto está quieto. El agua, en la alberca, finge plata inmóvil. Cesó el minué de la alpispá en torno al grano de avena. Los hongos cierran sus sombrillas. El caracol se ciñe a su voluta. No se cimbrean los lirios, y el aire quieto mantiene en vilo al milano. Paz. Silencio. Y las nubes, bajo los cielos plomizos, van navegando sus eternas singladuras.

¿Por qué, Señor, ha muerto?



LAS NUBES Y EL TIEMPO

ERAMOS cuatro hermanos. Nuestra madre —tan excelente, tan santa— nos llevaba a misa de San Agustín. También venía con nosotros nuestro padre. Era una misa de alba; llegábamos a la iglesia, restregándonos todavía los ojos, sin acabar de despertarnos, con la secreta esperanza de que podríamos continuar nuestro sueño sobre los reclinatorios. Ya en la iglesia, una mirada de nuestro padre, aguda, severa, nos convencía de nuestro error; teníamos que estar derechos como cirios; nuestra madre nos daba algún codazo cuando llegaba el momento de rezar una salve o un padrenuestro. Al salir —era día de fiesta y había excursión al campo— corríamos por el adoquinado de la calle para dilucidar cual de los cuatro hermanos ocupaba el asiento delantero del coche. Mi her-

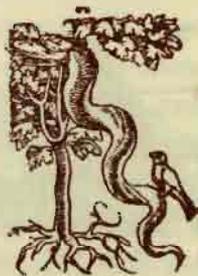


mano mayor estaba acostumbrado a vencer; pero a veces perdía luego la partida, porque mi hermano pequeño lloraba, y tenía que cederle el puesto para tranquilizarle. Mi hermana y yo nos sentábamos en las banquetas supletorias, frente a nuestros padres. Cuando todo estaba preparado emprendíamos la marcha. Solíamos ir a Palma Romero, la finca de nuestra abuela materna. Si no ha-

LUIS GARCIA DE VEGUETA

bía contratiempos, excluídos los inevitables saludos de nuestro padre a un señor de Tafira Baja o a un señor del Monte Lentiscal, llegábamos a nuestro destino antes de la media mañana.

Yo era feliz en el campo. Mi padre me había infundido, sin pretenderlo, su amor por las cosas pequeñas. Y yo quería a los pájaros, a los grillos y a las amapolas. Pero mi ardido amor era más cruel que el sereno amor de mi padre. Porque yo no respetaba la libertad ni la tranquilidad de los seres y las cosas que amaba: cazaba a los pájaros con jiñeras de alambre; metía a los grillos en una caja de fósforos, y estrujaba a las amapolas para ver cómo se extendía su sangre por mis manos. Mi padre me prestaba su navaja. La navaja de mi padre era en mi po-



der un arma peligrosa. Peligrosa para los cañaverales y para los eucaliptos jóvenes. Con las cañas hacía silbatos. Pero mi poca habilidad requería todo un cañaveral para lograr un buen silbato. En los eucaliptos grababa mis iniciales. Y las iniciales de mi padre, y mi madre, y mis hermanos. Como mi caligrafía era insegura, tenía que repetir mil veces las letras, y el tierno eucalipto quedaba con el tronco herido y maltrecho. Mi padre concluía qui-

LAS NUBES Y EL TIEMPO

tándome la navaja. Yo me echaba a llorar, aunque mis lágrimas se borraban cuando mi padre me prometía llevarme a las Tres Piedras, allá lejos en la montaña, o a ver las ranas del barranquillo. Y yo, con lágrimas o con risas, me sentía feliz.

En un escalón de la montaña, rodeada de peñascos y árboles, se erguía la casa de mi abuela materna. Cerca de ella estaba la casa de mi abuela paterna. La casa de mi abuela paterna era grande. Pero la casa de mi abuela materna era un verdadero palacio; se decía que cuando



la construyeron vino gente a verla desde Arucas. Esta casa guarda mis mejores recuerdos de la niñez y la adolescencia. Cuando me asomaba a sus enormes galerías, sobre el jardín con magnolias, arrayanes y un mágico árbol de la canela, me parecía que estaba contemplando un espectáculo maravilloso. Mi padre me hablaba allí de su juventud. Al oírle, yo complementaba sus relatos con visiones de mi fantasía. Me imaginaba a mi padre, joven y galán, que venía a caballo desde su casa de la Vega de Enmedio, para hablar con mi madre, cuando aún eran

LUIS GARCIA DE VEGUETA

novios y el verano se iba haciendo otoño en las hojas doradas de aquellos árboles. Le veía en gallarda apostura, sobre el caballo brioso y espumajante, apretando las espuelas en los ijares de la bestia, y golpeándole el lomo con una varita de fresno. Mi madre, vestida con un traje espumoso, como el que lucen las doncellas de Boticelli, agitaría su mano al verle llegar, y le sonreiría desde el balcón donde nos encontrábamos. Y la cascada, aquella cascada del fondo del jardín, acompañaría con su estruendo cristalino las voces alegres de mis padres, que ahora —cuando mi padre me hablaba— parecían de nuevo resonar en el torrente como un eco del tiempo que se va y no vuelve nunca, nunca.

La comida la efectuábamos en el gran comedor de la casa. A ella asistían nuestros tíos y primos, que tomaban parte también en estas excursiones. En el gran comedor todo era fiesta y alegría. A los pequeños nos sentaban en una mesa aparte: primos, primas y los niños de los invitados. Los mayores comían y reían, y nosotros, los pequeños, nos divertíamos por nuestra cuenta sin dejar de atender al jolgorio de los mayores. A veces, un tío nuestro se sentía cocinero y trataba de aderezar un plato según unos ritos extraños aprendidos en sus correrías por lejanas tierras; pero estos escapes de la cocina isleña resultaban casi siempre un fracaso, y nuestro tío tenía que volver a su papel de simple comensal entre las alborazadas burlas del resto de la familia. Después de la comida, todos nos trasladábamos a la sala de música o al jardín, donde solíamos estar hasta media tarde, en que emprendíamos un paseo por los parajes cercanos. La tarde, como la mañana, transcurría para mí en un rápido instante,

LAS NUBES Y EL TIEMPO

un instante que, sin embargo, era lo suficientemente extenso e intenso para que en él cupiesen todos los anhelos de mi alma infantil. Aquel domingo, cada domingo pasado en el campo, lo volvía luego a vivir en el colegio, frente a las láminas de colores del libro de estudio, que me servían de trampolín para saltar hacia las ideales regiones de los sueños.

El regreso lo hacíamos al anochecer. Siempre me dormía durante el viaje. Nos acomodábamos, ya sin disputas, en nuestros respectivos asientos, y a poco de emprender la marcha, me quedaba profundamente dormido con el suave vaivén del coche. Era inútil que hubiera rogado a mi padre que me despertara. Mi padre respetaba mi sueño —mis sueños— y yo no advertía la llegada a la ciudad. Pero dentro de mi corazón veía árboles y cascadas, palomas y campanarios.



LA noche se estremece y se remansa sobre la isla. Aldebarán palpita su luz verdosa entre el lento desfile de las nubes. Susurra la brisa caliente. Las cañas de Indias —lanzones de plata— hacen la guardia a la luna. El buho, hierático en lo alto de la araucaria, vigila a su alrededor con las redondas pupilas, y las tuneras ofrecen una alcorca nupcial a las abejas en sus corolas anaranjadas. Duerme la liebre. El sapo rojo acecha a su víctima. Junto al

LUIS GARCIA DE VEGUETA

culebreante sendero, se coagula el polvo de luz de las luciérnagas. Don Diego de Noche, con displicencia, galantea perfumes y pétalos. El pájaro pinto se va quedando dormido en la copa de un manzano. Tamborilea el verderón. Y bajo el cielo estrellado, gozosas, tranquilas, pasan las nubes.

¿ Por qué, Señor, ha muerto ? ¿ Por qué ?



EL barrio antiguo, en nuestra ciudad, con sus espadañas y balcones de madera, tenía un aire monástico y nobiliario. Había hornacinas con santos de piedra, y escudos sobre los portalones. A veces pasaban los seminaristas, pálidos mancebos con manto y beca de colegiales. Marchaban en grupo, como un asustadizo bando de palomas, y dejaban tras de sí una estela con aroma de avemarías. En los balcones había muchachas con sombras violetas en los ojos. Las campanas de la catedral destilaban gotas sonoras sobre el pavimento de la plaza de Santa Ana. Mi padre, durante mi niñez, me llevaba a esta plaza para ver la procesión del Encuentro. Era el Miércoles Santo. Recuerdo esta escena entre las brumas del tiempo ido. San Juan y la Virgen, con sus cortejos, se encontra-

LAS NUBES Y EL TIEMPO

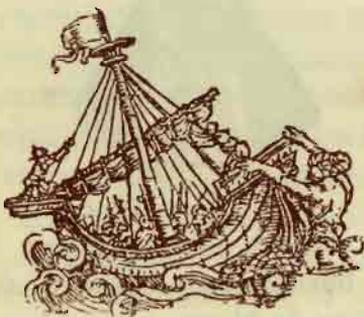
ban —venían por sendas distintas— junto a los palacios del obispo y del regente de la Audiencia. Un grave vozerón de sochantre se alargaba y encogía sobre el contrapunto de una música de órganos lejanos. La Virgen llegaba frente a San Juan y le preguntaba, con mudo anhelo, por el paradero de su hijo. San Juan no sabía responderle. Pero, sí; sí le respondía. Porque yo, en mi interior, escuchaba el callado diálogo de San Juan y la Virgen, y mientras los pasos estaban frente a frente, veía cómo aleteaban los labios de las imágenes y se contaban sus cuitas y dolores. La Virgen lloraba su serena tristeza, y San Juan la consolaba con palabras de resignación ante los mandatos del Altísimo. Cuando la ceremonia concluía, San Juan y la Virgen, entre nubes de incienso, continuaban su peregrinaje, y mi padre y yo seguíamos detrás de ellos confundidos con la muchedumbre.



Nuestra casa estaba junto al mar. Las olas batían frente a ella, la herrumbrosa osamente de un buque naufragado: entrañas de hierro retorcidas en un ansia angustiosa e impotente. Yo solía subir con mi padre a la azotea para avizorar a los barcos en demanda de puerto. Mi padre disfrutaba de una excelente capacidad de vi-

LUIS GARCIA DE VEGUETA

sión, y cuando yo aun nada podía distinguir, me señalaba un puntito sobre el horizonte, que luego se iba convirtiendo poco a poco en un velero o en un vapor de humeante chimenea. La afición de mi padre por el mar tenía hondas raíces. Sus ascendientes habían sido marinos y armadores de barcos de vela. En un curioso relato de un viaje a México en 1888, mi abuelo paterno, capitán por aquella época de un bergantín que hacía la ruta de Indias, figuraba como donante de "unas cajas de vino bueno y un barril de pescado salado". En mi casa había goletas y fragatas en miniatura. No faltaban tampoco conchas de Berbería, faroles marineros y caracolas, esas enormes flores de nácar que tienen como aroma el ruido del mar. Y mi padre me contó en una ocasión cómo un hermano suyo, marino de altura, naufragó con su velero en perdidas costas, y volvió a casa de mis abuelos cuando ya hacía varios meses que se habían celebrado los funerales por su alma.



Mi padre y algunos parientes, con varios amigos de la familia, iban todos los años a otra de las islas

LAS NUBES Y EL TIEMPO

del archipiélago. Esta isla estaba desmantelada por los brisotes, la marecía y los solajeros. También yo les acompañaba algunas veces. La vida se deslizaba allí lentamente, y el espíritu se tonificaba con la gracia salobre del mar. Nos bañábamos en la playa, junto a un viejo fortín, que simulaba una ballena varada en la arena. Además, pescábamos y cazábamos. Mi padre y algún otro miembro de la expedición, más tranquilos y reposados, se dedicaban a contemplar el paisaje. A veces leían revistas antiguas, con una pátina amarillenta en las hojas. Unas cabras les rodeaban, entre los veriles del litoral, con su apariencia de rumiadoras de profundos pensamientos. Aquellas cabras tenían aire eremítico. Estaban acostumbradas a la soledad y a los ayunos. Y cuando ellos tiraban los periódicos, se engullían las hojas con pausada fruición, como si mascullasen los rezos de una religión perdida.

Estas excursiones se sucedieron, con escasas interrupciones, durante muchos años. Mientras tanto, yo iba creciendo, y pasaba de la niñez a la adolescencia, y de la adolescencia a la juventud. El colegio, con sus altas columnas y su luz alimonada, quedaba atrás en mi camino. Pasó el Instituto y el bachillerato. Y la primera novia, con los furtivos besos tras la sombra de las esquinas. Comencé a escribir. Hubo una guerra... Después de la guerra se reanudaron los viajes a la isla de la marecía y los solajeros. De aquellas robinsonianas aventuras había surgido la idea de adquirir una diminuta isla que por entonces se puso a la venta. Mi padre hubiera sido el rey de aquel islote bañado por las espumas atlánticas. Yo, ministro de no sé cuántos. Hubiéramos hecho allí un refu-

LUIS GARCIA DE VEGUETA

gio, un pequeño paraíso sin demasiado contacto con el resto del mundo. El proyecto, por causas difíciles de superar, no pudo llevarse a cabo, y vimos desaparecer la ilusión del nonnato reinado de mi padre. Porque hubiera sido un rey magnífico: un rey a la vez fuerte y amable, sin necesidad de trono ni leyes para sus súbditos. Casi —por la pequeñez de la isla— un rey del mar.



TIEMPOS antiguos, de dorada leyenda. Los dragones vigilan la entrada de la isla, con sus ojos de abalorio y sus lenguas de fuego. Hasta las playas llegan los arroyos de miel y nata con que se alimentan los gigantes hespéricos. Las sirenas y los tritones salen de las cavernas de coral escarlata para jugar entre las espumas. El mar tiene la transparencia de la brisa, y en la hondura de los caletones, los rayos de sol se quiebran en burbujas de oro. Siguiendo la estela del gran peje luna, nadan los gueldes de color cinabrio, con aletas de nervios ambarinos, y las fulas violetas, encendidas de reflejos de plata, y los rascacios encarnados, de grandes fauces y lomo espinoso. La sal cuelga carámbanos de nácar en las algas adormecidas. Las medusas —cristal viviente— despeinan bajo las aguas sus largas guedejas, y sobre la arena de la playa, el rojo asterisco de la estrella de mar abre una pausa

LAS NUBES Y EL TIEMPO

de silencio entre ola y ola. Pero el silencio es fugaz. Porque las risas de las sirenas son alegres. Y alegres son las risas de los tritones. Y el susurro del mar es alegre. Y todo lo invade la alegría. Y sobre las olas, también alegres, pasan las nubes.

¿Por qué, Señor, ha muerto?



Las casas del barrio antiguo de la ciudad solían tener un patio con una palmera en el centro. Una galería con barandal y celosías rodeaba al patio. Entre las columnas pendían unas jardineras de alambre con culantrillos y helechos. Además, en nuestra casa, había una pajarera, con pájaros exóticos, y un caballo de madera para nuestros juegos. Quizá me confunda. Los pájaros no eran exóticos: teníamos pintos y calandrias, cardenales y capirotos. El caballo de madera era posterior, y pertenecía a mis sobrinos. Los años habían pasado, y ya mi padre tenía nietos; los nietos de mi padre eran cinco, todos hijos de mi hermana; se llamaban Juan Andrés, Tino, Ito, Pepe y Talo. Luego nació Isabel, mi ahijada. Juan Andrés, Tino, Ito, Pepe y Talo venían a nuestro patio para jugar con su caballo de madera. Mi padre salía a menudo de su despacho para verlos corretear en

LUIS GARCIA DE VEGUETA

torno a la palmera y a los pájaros. Mi padre los contemplaba con una sonrisa, y luego se sumía de nuevo en el Alcubilla y los papeles judiciales. Mis dos sobrinos mayores eran aficionados al fútbol, y reclutaban partidarios entre sus hermanos por medio de estampas y caramelos. Unos eran marinistas y otros victoristas. Además, a mis sobrinos les interesaban los trompos y las cometas. Ya no se acostumbraba a hacer el signo mágico a los trompos, para evitar que dieran un forzado brinco a los terrados; pero mis sobrinos acudían a mi padre con objeto de que les midiera la tembladera del rabo a las cometas. Junto a nuestra casa, en la Marina, había una buena brisa para los cometonos y los papagayos volantes. También en la Marina, durante mi niñez, lanzaba yo al cielo mis cometas. Y mis cometas eran amarillas, verdes, encarnadas, azules...



Una vez partí de mi tierra. Regresé al cabo de un año, y después de una corta temporada, volví a emprender la marcha. Estos viajes no cesaron desde entonces. Nadie es dueño de su destino. A mí me gustaba la vida sedentaria; era feliz en mi tierra; sentía alejarme de mi isla y de mi ambiente. Pero algo me empujaba hacia los caminos del mundo, y nosotros sólo somos unos vilanos al

LAS NUBES Y EL TIEMPO

aire, unas cometas sin amarras que el viento zarandea entre las nubes. El tiempo transcurría deprisa. Me dolían los años, sin posible recuperación, que pasaba lejos de mis padres, mis hermanos y mis sobrinos. Las primaveras y los otoños se sucedían sin descanso. Y una vez el regreso fué doloroso: algo sutil se había roto en mi corazón. Un trago siniestro se ocultaba en las sombras, que en pleno día, llenaban los rincones de nuestra calle. Las campanas de la catedral sonaban de distinta manera. Ya no transitaba por allí el obispo; ni el bando palomero de los seminaristas. Los balcones tallados de madera aparecían viejos y carcomidos. Si cantó su pregón la vendedora de tirijalas, yo no lo escuché. El camino de la Audiencia, con su fondo de campanarios y nubes, era sólo un triste recuerdo del pasado. Las palomas no volaban, o al menos, yo no levantaba la vista al cielo para verlas volar. Muy cerca se oía el rumor de las olas; mas los veleros ya no desfilaban por el horizonte. Y todo —mi ciudad, mi barrio, mi calle— me dejaba en el fondo del corazón, con la nostalgia, un angustioso regusto de la ceniza del tiempo que se marcha para siempre.



LUIS GARCIA DE VEGUETA

¿POR qué, Señor, ha muerto?

Sobre la isla pasan las nubes. La ley del tiempo es cruel e insoslayable. Mi padre era bueno; era sencillo. La ley del tiempo nada respeta. Transcurren los días, los años y los siglos, y todo perece y se transforma. El pasado no retorna jamás: somos de polvo y al polvo hemos de volver. O quizá, somos de nubes, y hemos de volver a las nubes. Pero también las nubes perecen. Sobre los montes y valles isleños pasan las nubes. Son tenues, diáfanas, vaporosas, apenas unos suaves vellones que decoran el azul del cielo. La vida continúa en la isla. El riachuelo y la amapola, el chopo y la calandria, dejan paso a otro riachuelo y a otra amapola, a otro chopo y a otra calandria. Todo muere, todo se renueva. En vano gritaríamos a las estrellas. Porque también las estrellas mueren. Y los islas. Y los mundos.

Tan sólo queda Dios. Que Él le tenga en su seno.



LUIS GARCIA DE VEGUETA

¿POR qué, Señor, ha muerto?

Sobre la isla pasan las nubes. La ley del tiempo es cruel e insoslayable. Mi padre era bueno; era sencillo. La ley del tiempo nada respeta. Transcurren los días, los años y los siglos, y todo perece y se transforma. El pasado no retorna jamás: somos de polvo y al polvo hemos de volver. O quizá, somos de nubes, y hemos de volver a las nubes. Pero también las nubes perecen. Sobre los montes y valles isleños pasan las nubes. Son tenues, diáfanas, vaporosas, apenas unos suaves vellones que decoran el azul del cielo. La vida continúa en la isla. El riachuelo y la amapola, el chopo y la calandria, dejan paso a otro riachuelo y a otra amapola, a otro chopo y a otra calandria. Todo muere, todo se renueva. En vano gritaríamos a las estrellas. Porque también las estrellas mueren. Y los islas. Y los mundos.

Tan sólo queda Dios. Que Él le tenga en su seno.



Fué impresa esta edición de "Las Nubes y el Tiempo" en los talleres de A. López, de la ciudad de Barcelona, durante la primavera del año del Señor de 1945.

LAUS DEO

STUDIORUM
CANARIENSIVM
INSTITVTVM



REG. SANCTI
FERDINANDI
VNIERSITATIS

SOBRE EL SIGNO DE VIERA

INSTITUTO DE ESTUDIOS CANARIOS
EN LA UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA

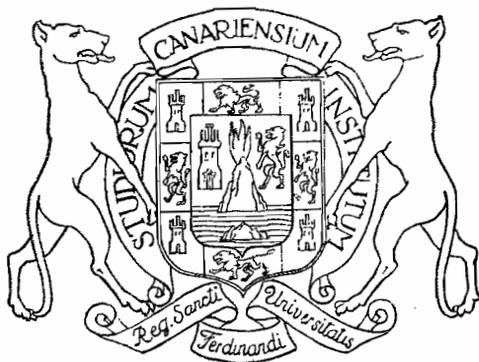
CONFERENCIAS Y LECTURAS

SECCIÓN II: LITERATURA, ARTES PLÁSTICAS
Y MÚSICA

VOLUMEN II (SEC. II: NÚM. 2)

AGUSTÍN ESPINOSA

SOBRE EL SIGNO DE VIERA



LA LAGUNA DE TENERIFE

1935

Copyright by
INSTITUTO DE ESTUDIOS CANARIOS
La Laguna, 1935.

IMPRESA CURBELO - SAN AGUSTIN, 47 - LA LAGUNA

NOTICIA PRELIMINAR

La edición de Sobre el signo de Viera, de don Agustín Espinosa, continúa la labor editora de la sección de Literatura, Artes plásticas y Música, dentro de la serie de Conferencias y Lecturas que publica nuestro Instituto de Estudios Canarios. Ofrecemos hoy el texto de esta conferencia por su innegable interés a pesar del tiempo transcurrido desde su lectura en el Círculo de Bellas Artes de Tenerife, con motivo de los actos celebrados en ocasión del II centenario del nacimiento de Viera y Clavijo, el primero entre los historiadores de Canarias, y el primer físico español que voló un globo cautivo, hecho realizado ante la Corte en los jardines del palacio de Santa Cruz, al que alude la ilustración de la portada de la presente monografía,

Nuestro paisano don Agustín Espinosa, Director en la actualidad del Instituto de Santa Cruz de Tenerife, ha publicado un hermoso libro sobre la isla de Lanzarote: Lancelot 28°-7° (1929); Clavijo y Fajardo, el héroe goethiano, prendido a la vida y literatura del escritor Pedro Caron de Beaumarchais, le debe un excelente Ensayo de una bíbliografía (1923); sobre el pintor canario José Jorge Oramas, desarrolló en Las Palmas de Gran Canaria una conferencia, después recogida en su Media hora jugando a los dados (1933); recolector afortunado de nuestro romancero, ha dado muestras al lector de revistas literarias de su precioso inédito Flor primera de romances canarios.

Su viva fantasía ha volado por los puros aires de la creación poética, -signando su vuelo con los títulos Crimen (1934) y Esfío (en prensa), o se ha detenido en la gracia del inspirado ensayo literario con Asnos (una historia del asno a través de la Literatura), Entre islas anda el juego (juego, podríamos aclarar, con las islas y su poesía), o Góngora y otros ensayos (cuyo mismo rótulo nos releva de cualquier aclaración), originales todos que miran hacia la eternidad de las prensas.

La interpretación de los clásicos canarios por nuestros escritores de las nuevas generaciones será siempre interesante. La de don Agustín Espinosa respecto de don José de Viera y Clavijo se contiene, además, en una prosa muy bella.

La Laguna de Tenerife, Noviembre de 1935.

A ANDRÉS DE LORENZO-CÁCERES

...ERA VER QUE UN CABALLERO DE UN CORAZÓN TAN NOBLE
HUBIESE SIDO ASALTADO EN SU BUENA FE POR LOS DE SU MA-
YOR CONFIANZA.

VIERA Y CLAVIJO

Al aceptar la generosa invitación del Círculo de Bellas Artes, de Tenerife, para que contribuyera, con mi mejor o peor aportación, a las fiestas insulares del centenario de Viera y Clavijo, se me pidió un título que levara las palabras que voy a decir hoy. Yo di, tal vez un poco atropelladamente, éste: «Bajo el signo de Viera», que la prensa regional ha publicado, y yo he leído, con tanto regocijo del *Viera* que lo acaba como pesadumbre del *bajo* que lo inicia. Porque—señores—ese título significaba mirar a Viera de abajo a arriba. Y a Viera—y a todo en el mundo—es preciso mirarlo, para mirarlo bien, de arriba a abajo. Las cosas que se llegan a ver bien, se ven, únicamente, de esta manera. De la otra, nos pesa demasiado la altura a que ellas están sobre nosotros. Se nos escapa, comúnmente, el corazón, y nos quedamos con los perfiles solamente. Hay que estar sobre el tema, y no bajo él, para poder poseer con integridad su secreto. De las estrellas, no llegamos a saber casi nada hasta que el telescopio las colocó bajo su lente, las dominó, trayéndolas muy cerca, hasta la misma tierra sobre la que el telescopio se posaba. Mientras el habitante de la tierra confunde un avión con un pájaro, el aviador, desde la altura de su vuelo, sabe distinguir una amapola de la mancha de sangre del último crimen rural.

Yo siento, señores, que los que hayan venido hoy aquí en busca del *bajo* prometido, se sientan chasqueados por el *sobre* que les voy a servir. Pero el *sobre* tiene un alto vigor semántico, que a todos conmueve, y esto puede ser suficiente para templar furoros de engañado y convertir a mi partido al enemigo menos leal.

De *sobre* nacen sobresaliente y soberración; el sobrehumano que hizo andar de cabeza a Nietzsche, única manera, acaso, de bienandar. Si quien entiende, justifica con ello su intelectual perfeccionamiento, quien sobrentiende va más allá de lo intelectual, afirma, por lo menos, una afinación superior de su intelecto. Bien va quien bien nada, pero mejor quien bien sobrenada. Mejor que ser cogido, es ser sobreco-gido. El *sobre* de sobreco-gido salva, poniéndole en guardia, al que va a ser cogido; se sobreco-ga, pero no llega a dejarse coger.

Siempre, entre refinados, la sobrecena es superior a la misma cena. El sobresueldo, al sueldo. A la paga, la sobrepaga. Más que lo natural, nos atrae lo sobrenatural. Lo que aviva el sentir de LOS NOMBRES DE CRISTO es la llama sobrenatural. Lo que preside el *símbolo de la fe*—su *introducción*—es también de este mismo orden.

Quien se sobrepone, vence siempre al que sólo se pone. Quien sobredá, da más que el que da sólo. Sobrevivir es mucho y vivir acaso no sea nada.

La pelliza es plebeya y vergonzante hasta que se sobrepelliza, hasta que se hace sobrepelliz y decora la liturgia católica en rizos blancos y almidones en flor. Para vengarse, solamente, le ha inventado el pueblo ese sangriento roquete, con que la moteja, cuando se cree insultado por la pellizcatoria evolución.

El nombre se esfuma, pero el sobrenombre pervive.

Vive más que el nombre, porque su *sobre* lo hace vivir más. El Cid y el Gran Capitán han sobrevivido a Ruy Díaz y a Gonzalo de Córdoba. El Rey Galante, a Enrique IV de Francia. El Rey Sol, a Luis XIV. A Juana de Arco, la Doncella de Orleans.

Y no conviene confundir las cosas, si se les pone a las cosas nombres falsos, y el mundo los acepta sin detenerse a repararlos bien. Tal con esa palabra *realismo*, que ha servido para nombrar falsamente a ciertos productos sobrerrealistas del arte y la literatura españoles. ¿Realista nuestra novela picaresca? ¿Realista, Alemán? ¿Realistas, nuestros imagineros? ¿Es que tienen que ver algo con la realidad? ¿Ha existido algún modelo humano del Guzmán? ¿Pudo haber un Cristo como nuestros Cristos, o una Virgen como nuestras Vírgenes? ¿En qué hospital del mundo se ha visto la sangre que brota de las heridas de nuestras imágenes, las llagas que laceran sus carnes, sus sudores violeta, sus lágrimas de cristal? Lo que ha sucedido es que ha habido demasiado miedo de prefijar un *sobre* a ese realismo, que lo estaba pidiendo, con la ternura que todo lo real pide el mágico que lo salve.

Sobre el signo de Viera voy a hablar, pues, yo esta tarde, y no bajo el signo de Viera. Sobre cuál es su tono. Cuál su área. Qué representa. Qué anuncia y qué pronuncia. Cómo se puede ver a Viera y cómo no se le puede ver. Sobre todo lo que diga quiero que se lea siempre el rótulo de intento, que es, a última hora, el real. Un ensayo de definición porque es lo único que yo puedo hacer, y no quiero chasquear, por segunda vez, a nadie.

Que lo que falte hoy pueda ser a lo menos equilibrado por ese titular *sobre*, y que él me salve, con su abundancia, de la escasez de mi gracia y ciencia actuales.

A la historia de la cultura—mejor aún, a su morfología— cabe compararla, en un símil muy plástico, a las esculturas bifrontes o las monedas oficiales de cualquier época o país. Sólo falta, para que la relación sea perfecta, que el bifásico mármol o el redondo metal giren, y nos den una o la otra cara, según los superiores afectos de cada hora, el signo de cada estadio histórico, la fortuna de cada momento, el destino de cada fase en suerte y la peculiar ventura de cada próspero perfil.

Hay en la morfología de la cultura—como en las bifrontes estatuas—dos caras: una en la que el equilibrio, la serenidad, la perfección, la norma y cordura mandan: una cara clásica; otra en la que lo incorde opone su seña a lo grave, regida por lo musical, lo desproporcionado, lo anárquico, lo anormal, lo rebelde: la cara barroca.

Estas dos formas de la cultura—clasicismo, barroquismo—, estas dos opuestas facias, corresponden respectivamente a los conceptos woelfflingianos de lineal y pintoresco, superficial y profundo, cíclico y acíclico, plurilateral y unilateral, estático y dinámico, etc. * Que ya Goethe distinguía **

* Woelffling. *Conceptos fundamentales en la Historia del arte*. Espasa-Calpe. Madrid, 1924.

** Juan Pedro Eckermann. *Conversaciones con Goethe en los últimos años de su vida*. Espasa-Calpe. Madrid, 1920, t. II, pág. 165.

al contraponer a la Noche antigua—clásica—de Walpurgis, la Noche alemana (anárquica, romántica) medieval. De estas dos noches, poetizadas genialmente en el *Fausto*, cada una dentro de su clima propio, ha partido D'Ors—gran goethiano—, para la construcción de su teoría de las *formas que pesan* y de las *formas que vuelan* *, coincidentes aquéllas con la manera clásica, y, con la romántica, éstas **.

Desde mi punto de vista, más biológico que morfológico, el fenómeno de la cultura se ha efectuado con oscilaciones pendulares. Con análogas alternancias a las que rigen el día y la noche, el flujo y reflujo marinos, la vida y la muerte, la vigilia y el sueño, el invierno y su opuesto el estío. Ha sido sólo un continuo regresar, un cambiar de signo (tras +, —; tras —, vuelta al +), matizado por la hora y el momento que, en la cronología, le ha correspondido.

Así, bajo el signo barroco se han producido Oriente y la Edad Media, el seiscientos occidental y el ochocientos euro-peoamericano. Bajo el signo clásico, se produjeron Grecia y Roma, el Renacimiento y—en fin—el siglo XVIII, que es el que nos interesa, preferentemente, hoy.

Todo el Oriente late bajo una señal barroca, que va desde Omar Kayyam a Rabindranath Tagore, pasando por Hafiz y los poetas hispano-árabes de nuestro medievo. (Kali-

* Eugenio d'Ors: *Tres horas en el Museo del Prado (Itinerario estético)*, segunda edición, Caro Raggio, Madrid, págs. 12-17.—Véase también mi ensayo *De Antón Chejov a Eugenio d'Ors*, «La Tarde», Tenerife, número 637, 1928.

** Este pensamiento central de la estética dorsiana aparece repetido en otros de sus ensayos, especialmente en *Poussin y el Greco (Nuevo glosario)*, Madrid, 1922), *Las ideas y las formas*. (Estudios sobre la morfología de la cultura, Núm. 6 de la Biblioteca de Ensayo, Ed. Páez, Madrid), y simbólicamente en *La Bien Plantada*.

dasa hace sonar junto a los sagrados ríos su fragorosa arpa. Se rizan el cabello las pagodas. Danza David bajo canoros cedros. Litaipé prende rosas de pitiminí en los sueños de los fumadores de opio. Pasa—purpura, incienso y oro—la Reina de Saba.) Si hay alguna excepción es la de la arquitectura. Que produce las pirámides egipcias y los babeles babilónicos, frente al dinamismo de los bajorrelieves asirios, inspirados en cacerías reales, sobre un ritmo de leones en fuga y un galopar de caballos fogosos y disparadas flechas y tendidos arcos.

Con Grecia y Roma—con la hora de Occidente—el signo se cambia. La cultura gira hacia el signo clásico. Si la escultura griega parece un avance en dinamismo sobre Oriente, lo que sucede, en realidad, es que se ha llegado al verdadero equilibrio que la escultura oriental no había logrado. No se atreve, por eso, la arquitectura griega, a resolver el problema de la bóveda, que lo inicia Bizancio y se realiza, precisamente, en el gótico. Hasta el barroquismo de Eurípides es una excepción confirmante de regla. Sobre el romanticismo del autor de HÉCUBA, «el poeta que creó la tragedia interior del individuo doliente», me evito, citando a Eduardo Schwartz —FIGURAS DEL MUNDO ANTIGUO—*, a la vez, superiores defensiones y responsabilidades enojosas.

* Eduardo Schwartz: *Figuras del mundo antiguo*. Trad. española de I. R. Pérez Bances. Ed. de «Rev. de Occid.» Madrid, 1925, págs. 41-72. He aquí el romántico retrato que de Eurípides hace Eduardo Schwartz, resucitando el recuerdo del espantoso y descarnado Don Quijote del conocido cuadro romántico inglés: «Meditabundo, con la cabeza inclinada a un lado, los cabellos desordenadamente caídos sobre el rostro, los labios comprimidos, muy hundidos los ojos en las flacas mejillas, limitadas por aquellas arrugas profundas que grava la *insaciable sed* en el rostro del hombre *prematuramente envejecido*».

Otra pendulante oscilación y aparece la Edad Media: el goticismo. Es el primer reflujo a Oriente. La divina alternancia comienza a verificarse. Otra vez lo barroco impone su seña a la cultura del mundo. Gestas y catedrales. El Santo Graal. Cides y Carlomagno. Juglares de Santa María. Goliardos de Nuestro Señor. François Villon. Francesco de Asís. Dramas litúrgicos. Hita. Alfonso X. Chaucer.

Gira y gira, en tanto, la pelota del mundo. El péndulo regresa de nuevo. Señala esta vez su flecha la hora greco-romana. Lo clásico vuelve a imperar en Europa. La medida se sobrepone a lo ingrave. El reposo, al desequilibrio.

Es que—señores—ha llegado el Renacimiento. Su fórmula nace—más que renace—de aspiraciones del momento, y sus relaciones con el Occidente antiguo son más que de imitación, de fervor y de coincidencia *. (Esto es necesario no perderlo de vista, en cuanto a lo que supone, dentro de su signo clásico—neoclásico—, la cultura del siglo XVIII.)

Pero no se detuvo aquí la carrera del mundo, ni el voltear de su pendulante cultura. Florencia confía a nuevos hombres su suerte, segura del genio de sus hijos: Dante, el primogénito; el segundón Leonardo; el inquietante Nicolás; el futuro Galileo. Espera ahora del pintor como esperó ayer del teólogo, como esperará del matemático, mañana. Dice el Arno su vieja música. Blanquean bajo la luna cien palacios. Florencia aguarda la natividad del milagro. Ebria aún de teología, si sublimada de Renacimiento. Resoñando con flores de alba. Entornando a una esperanza de niñez sus ojos. Volviendo su mirar hacia atrás. Retrotrayendo sus ansias.

El Renacimiento europeo ha rebasado ya sus medidas.

* Véase Konrad Burdach. *Réformation, Renaissance, Humanisme*. Berlín, 1918.

Juan Bautista Marino está próximo a aparecer, y ha nacido ya Miguel Ángel. En el jardín de Leonardo hay flores tropicales. Y han aprendido a bailar los ángeles de Mantegna y las madonas de Petrarca. Es en vano que se intente poner freno a sus ánimos. Europa ha gustado ya la aventura que su siglo, jubilosamente, le trae. Ya ha embarcado en su nuevo barco. Ya el viaje le ha apresado.

La palabra barroco suena por primera vez en el mundo. Nadie se acuerda ya de Oriente, porque está demasiado cerca el Renacimiento, pero un lejano Oriente, un signo dinámico, late, otra vez, en la lozana Europa.

Quedan aún por sucederse en la historia de la cultura dos voltadas de péndulo, en que por tercera vez se repite el alternado cuento. Un regreso a lo clásico con el siglo XVIII y una vuelta, con el ochocientos, al barroco. Detengamos nuestro viaje en el XVIII, ya que para él ha sido sólo el viaje y las escalas de su empresa. Detengámonos en el siglo XVIII español, alojador de Viera. En la hora neoclásica de España.

Dentro de su signo clásico, ¿qué valor tiene el siglo XVIII español? ¿Qué le separa del clasicismo del Renacimiento y del otro primigenio clasicismo del grecorromano?

El siglo XVIII español es un fenómeno patológico. Es un siglo enfermizo, que no se atreve a vivir de sus propias fuer-

zas. El Renacimiento aparece, por el contrario, como una consecuencia de vitalidades perfectas. Es una ola de salud que anima a los hombres. Esta salud es tan fuerte, que se desborda luego en el dinamismo del barroco. El siglo XVIII es producto de una debilitación traída por los excesos anteriores. Lo preside una clara decadencia. «En la muerte de Carlos II—dice José Cadalso*—no era ya la España sino el esqueleto de un gigante».

Saavedra Fajardo anuncia ya, en 1640, la causa de esta decadencia. En sus *EMPRESAS POLÍTICAS*, expone el origen—la conquista de América, la expulsión de los judíos, las guerras en Europa—de la rápida descomposición de la grandeza española. ** El Padre Gracián dice en su *CRITICÓN*: «Si España no hubiera tenido los desaguaderos de Flandes, las sangrías de Italia, los sumideros de Francia, las sanguijuelas de Génova, ¿no estarían hoy sus ciudades enladrilladas de oro y muradas de plata?» ***

España se produjo durante el siglo XVII de una manera barroca, no sólo en literatura y arte, sino en sus costumbres, guerra y política. El dinamismo de su hora mejor lo expande más allá de su área natural, y su vida es suficiente para enladrillar un mundo. Este desbordamiento trae luego aquella limitación. Ya decía Cadalso en sus *CARTAS MARRUECAS* que los monarcas de la casa de Austria habían gastado «los tesoros, talentos y sangre de los españoles en cosas ajenas a España».

* *Cartas marruecas*, edición, prólogo y notas de Juan Tamayo Rubio. *Clásicos castellanos*: Vol. 112, pág. 67.

** V. sobre este tema la *Historia de la Literatura española*, de M. Romero Navarro, catedrático de la Universidad de Pensilvania. Ed. D. C. Heath y Compañía, 1928, págs. 419-420.

*** Baltasar Gracián: *El Criticón*, Ed. de Cejador. Madrid, 1913-14, t. I, pág. 245.

ña» *. En el siglo XIX, Larra señala a la contrarreforma, que es un fenómeno genuinamente barroco, contrarrenacentista, como origen de la decadencia.

La España del siglo XVIII precisaba muletas y las pidió a Francia. Muletas políticas, muletas literarias y hasta artísticas y científicas **. El siglo XIX no es una convalecencia. Es que el enfermo ha tirado, un día, las muletas, y se ha echado a andar por sí solo, en un heróico y supremo esfuerzo, como en sus mejores días de ayer. Se ve que está aún enfermo, pero que va a salvarse, por un rebrote de fe.

El clasicismo del siglo XVIII es un clasicismo de segunda mano, por incapacidad de remontarse hasta la fuente original. Es un clasicismo que viene de Europa—Francia, Italia—, de la nueva Europa; es un clasicismo de tono europeizante o europeizador. No se expanden los valores españoles por Europa como en el siglo XVII, sino que si el español sale de España es para traerse a Europa al volver. Se produce de fuera a dentro y no de dentro a fuera. La importación es ahora regente como lo fué antes la exportación. Como Cadalso, como Iriarte, como Moratín, como Luzán, como casi todos en el siglo XVIII, Viera y Clavijo sale de España en busca de Europa, y torna a España con ella. Se hace importador, y justifica así su hora. Se ata a su siglo. Se penetra con la nueva Universalidad. Como casi todos en la España de entonces. Como Cadalso. Como Luzán. Como Moratín. Como Iriarte.

Pero en el siglo XVIII se daban dos aspectos. Por un lado, «el crítico, negativo, demoleedor, del que el principal

* Carta III, pág. 66 de la citada edición de *Clásicos castellanos* de «La Lectura».

** Véase A. Baudiellat: *Philippe V et la Cour de France*. Paris, 1901.

ejemplo era la *Enciclopedia* francesa y sus representantes» *. Por otro, «el clásico-versallesco: palacios y jardines, Viena, serenidad, fragancia, estilo perfecto, representado sobre todo por la música de la escuela clásica. Del primero, que al lado de la parte negativa ofrecía una crítica constructora, científica, hay amplios representantes en España: Feijóo, Masdeu, Sarmiento, los influidos por la *Enciclopedia*» **. Bien conocidos son, en cuanto al segundo, las insuficiencias de los propugnadores del estilo neoclásico. En parte, fue ocupado este vacío con los finos talentos de Moratín y Meléndez Valdés.

En cuál de estas dos direcciones cabría localizar la obra de Viera? ¿En cuál encaja y en cuál desencaja? O ¿cuál es la que más le conviene, si por un acaso pudiera tener concierto con las dos?

Viera y Clavijo tiene, sobre todo, especial encaje en el primer aspecto. Viera está junto a Feijóo, anunciador de su caudal signo, y con la *Enciclopedia*, maestra de su primer deletrear. No hacen falta mayores minucias, ni se precisan

* Angel Valbuena Prat: *Literatura dramática española*. Barcelona. Labor. 1930. pág. 293.

** *Op. cit.*

más severos análisis, para llegar a esta inardua inclusión. Véase su labor periodística: *GACETA DE DAUTE, VIDA LITERARIA*. Su libro de neumónica. *Sus Elogios*. Su *HISTORIA*. Su *DICCIONARIO DE HISTORIA NATURAL*.

Pero la obra de Viera rebasa los límites del aspecto más suyo. No caben en tan estrecha área todos los tonos de su intelectual elaboración.

No es, sin embargo, su obra poética en verso—mediocre, átona, infortunada, extraña a toda poética esencia, vacía de imaginismo, hambrienta de corazón—, la que nos da la pista de su segunda cara; sino su *HISTORIA DE CANARIAS*: que donde están los mejores primores han de buscarse siempre las alas que nos lleven al cielo ignorado, inédito, acaso, para el mismo Viera, a su erudita labor atento y ajeno al sentido de su soterral vocación.

La inicial sugerencia me la ha dado Menéndez y Pelayo, a quien todos debemos algo, y con quien es preciso, para cosas de España, siempre contar.

Menéndez Pelayo no es sospechoso de esquividad hacia Viera. Él ha hecho el mejor elogio de nuestro historiógrafo al utilizar y recomendar su *DICCIONARIO DE HISTORIA NATURAL*, para una mejor inteligencia de la botánica del poema de Viana, y como un apéndice, por Viera hecho, a las *ANTIGÜEDADES*, para los desconocedores de la flora insularia.

Pues hablando del poema de las *ANTIGÜEDADES*, de Viana, a propósito de las fuentes de *LOS GUANCHES DE TENERIFE*, de Lope de Vega *, en la edición de la Real Academia,

* Sobre las Islas Canarias en el teatro de Lope de Vega ha escrito Andrés de Lorenzo-Cáceres un erudito trabajo en el número VI de la revista *El Museo Canario*, que dirige en Madrid el catedrático Millares Carlo.

t. XI, pág. 191, dice Menéndez y Pelayo: «El crédito histórico de este libro (el de Viana) ha tenido, desde antiguo, recios impugnadores entre los historiógrafos canarios, y, a la verdad, basta leerlo para comprender que gran parte de él es mero producto de la fantasía poética. Ya don Juan Núñez de la Peña, que escribía a fines del siglo XVII, dijo, con buen sentido, antes de empezar la relación de la conquista de la isla de Tenerife: «No trato aquí de los amores que dice el Licenciado Viana tuvo el capitán Castillo con la hermosa infanta Dácil, hija del rey de Taoro, a quien halló en el recreo de una cristalina fuente, en la Laguna *; que, sin agraviar a este autor, más parece comedia que historia verdadera: así, lo dejo a un lado, y prosigo mi conquista, sin que el lector se embarace en leer estas historias, cómicas a mi parecer.»

«A pesar de esta sensata advertencia—dice Menéndez y Pelayo **—un siglo después, el más clásico y excelente de los historiadores de Canarias, Viera y Clavijo, olvidado esta vez de la ironía, un tanto volteriana, que suele mostrar en cosas más graves, repite, sin muestras de incredulidad, el cuento de los amores de la infanta Dácil y el capitán Castillo» ***.

¡«A pesar de la sensata advertencia»! ¡Por «la sensata advertencia», precisamente! El corazón de Viera florecía en Canarias y su intelecto en el reino de lo Universal. Bien que se son-

* Véanse los capítulos titulados *Romanticismo y Castillo contra castillos*, de *Las Canarias de Lope*, de Andrés de Lorenzo-Cáceres—Instituto de Estudios Canarios: *Conferencias y Lecturas*, vol. I (Sec. II: N.º 1)—, precioso y lírico comentario a esta maravillosa leyenda.

** *Op. cit.*

*** Véanse sobre este tema mi *Contramito de Dácil y La Infantina de Nivaria*, interpretación históricoliteraria del mito, publicado en «La Prensa», de Tenerife, e incluso en mi libro *Tres mitos canarios* (Hércules, Dácil y Guillén Peraza).

riese el aislado de supersticiones exóticas, mentiras clericales y fabulerías de la ortodoxia oficiante. Pero ¡del mito «dácilo», del perenne signo canario, de la égloga de nuestra Nausicaa regional!

Si alguna vez el corazón de Viera se rellena de júbilo, es contando el claro cuento de Dácil, o relatando el viaje de Hércules, o la muerte de Guillén Peraza, el príncipe que murió en pecado inmortal.

Ante la poesía popular de sus Islas, Viera olvida su prestigio erudito, su severidad de historiógrafo, y hace poética historia, y, con el corazón entre las manos, canta las excelencias de nuestro imberbe folklore.

Canarias lo enciende en la realización poética pura, como Europa lo desfoga en cerebrales labores de Universalidad.

«Yo tengo dos patrias—cuéntase que dijo Marco Aurelio, definiendo su universal corazón—; como Antonino, Roma; como hombre, el mundo.»

También, como el estoico latino, puede decir Viera de sí: «Tuve dos patrias; como hombre, el mundo; como Viera, Canarias.»

Esta ha sido la gran lección de Viera, la de su signo interior. La que aun no hemos aprendido del todo, la que es necesario que a toda hora subrayemos: Canarias. Frontera africana. Atlántica. Ibérica. Universal.

DE ESTA OBRA SE HAN IMPRESO
DOSCIENTOS EJEMPLARES NUMERA-
DOS DEL 9 AL 142, MÁS CINCUENTA
EJEMPLARES EN PAPEL REGISTRO, DE
LA PAPELERA ESPAÑOLA, TAMBIÉN
NUMERADOS, DEL 1 AL 50.

IMPRESIÓN DE CUATROCIENTOS EJEMPLARES NUMERADOS, LOS CINCO PRIMEROS SOBRE PAPEL ESPECIAL.

Nº 292

STUDIORUM
CANARIENSIVM
INSTITVTVM



REG. SANCTI
FERDINANDI
VNIERSITATIS

CONFERENCIAS Y LECTURAS

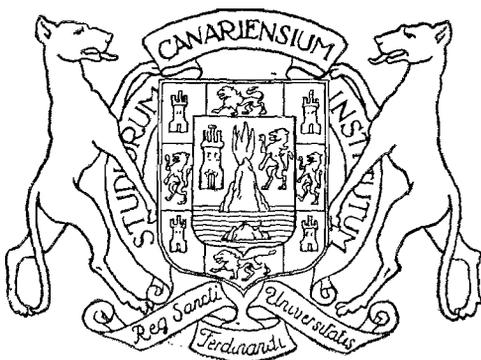
SECCIÓN I: CIENCIAS HISTÓRICAS Y GEOGRÁFICAS

VOLUMEN III (SEC. I: NÚM. 1)

ANDRÉS DE LORENZO-CÁCERES

MALVASIA Y FALSTAFF

LOS VINOS DE CANARIAS



LA LAGUNA DE TENERIFE

1941

Es propiedad
INSTITUTO DE ESTUDIOS CANARIOS
La Laguna, 1941

NOTA Y DEDICATORIA

Las páginas que siguen recogen las palabras que hubimos de pronunciar como Director del Instituto en su sesión extraordinaria celebrada el 21 de febrero último en la Universidad de La Laguna.

Al darlas a la luz, en obediencia del acuerdo de los allí reunidos, hemos juzgado oportuno añadir al texto, destinado en principio a su simple lectura, unas suscintas y breves Notas.

Queremos que el nombre entrañable de Agustín Espinosa, prematuramente perdido para la poesía y el saber canarios, honre en la primera página este pequeño libro devotamente dedicado a su espiritual tragedia.

La Laguna, 29 de Marzo de 1941.



LAGAR TINERFEÑO

FOI. BENÍTEZ

NUESTRA hermosa tierra ha sido cultivada desde siglos. Ha sido modelada. Llevad la fantasía cinco siglos atrás, ¿qué veis? La historia y la memoria os llenan el recuerdo de hermosos bosques. Pinos. Laureles. Barbusanos. Madroños. Mocanes.

Tratad de puntualizar más: Los montes terminan en campos de cebada. Junto a la costa florecen las siemprevivas azules sin aroma. En tal cual rincón se desarrolla un mocán, con sus pequeñas frutecillas. Los barrancos, poblados de tabaibas, cuelgan en sus márgenes las flores de la tacorontía.

Abrid los ojos ahora. Nuestros bosques han huído, trepándose a las cumbres. Han dejado el terreno a maizales, viñedos, trigales, huertos. Otras montañas muestran sus calvas. Las barranqueras apenas si alguna vez cantan el agua.

La isla en sustitución de sus humildes flores tiene un ancho, perfumado, fresco cinturón de rosas.

Ha sido sencillamente cultivada. Labrada. Estilizada.

La historia de su estilización sería bellísima. Es la historia que está como el azul a través de la ventana detrás de nuestros Espinosas, Vianas, Abreus, Peñas. Historia de esta belleza que ha tenido, también, sus protagonistas.

¿Cabe nada más sugestivo que la noticia poética que se levanta como una perdiz entre la maleza manuscrita o impresa que cubre nuestras áridas crónicas?

Nuestros historiadores nos han dejado las listas grandes de la conquista. Mas la mano que calzó el guantelete no debe tapar la mano que plantó la primera rosa.

Otras manos tampoco deben permanecer en el anónimo. La mallorquina que sembró las primeras higueras, la marquesal de Adeje que marroquizó nuestro panorama de nopales, la inglesa de Alfred Diston que cultivó la primera dalia...

En esa historia por hacer de nuestras gracias, saberes, artesanías, elegancias, cultivos, pensamientos, las páginas vinícolas ocupan un gaseoso, desbordado, capítulo.

Trozo traspasado de poética luz que quisiéramos revelar con nuestras palabras. Si ellas fuesen alado puente que nos descolgasen, siquiera con la sensibilidad, dentro de nuestra pasada grandeza, tendríamos por mil veces dichosa la ocasión de pronunciarlas.

La naturaleza canaria se contiene en una de las obras más bellas de la insular literatura. Don José de Viera, que dió tantas caras a la fama preservando su corazón entero para la patria, la reanimó en su *DICCIONARIO DE HISTORIA NATURAL*, cuyas páginas reclamará siempre el canario antólogo.

Viera ha tratado nuestro elemento natural con una gracia y una belleza delicadas. Bajo su poético padrinzago se hallan catalogados pájaros y flores, piedras y animales, y aún objetos tan preciosos como el *ámbar* que perfuma las viejas historias señoriales de Fuerteventura.

Las islas se miran apretadamente en esta joya como las hermanas en el mismo espejo. La predilecta Tenerife, particularmente, tiene allí su fisonomía. Su acento. Su voz.

Nuestra historia ha olvidado demasiado nuestros pequeños asuntos. ¿Quién entre nosotros recuerda actualmente a Megliorini? Nadie sería capaz, entre los numerosos, de robarle al olvido su dramática dedicación a la pequeña cochinilla.

Sin embargo la cochinilla dió carácter a nuestro siglo XIX, como la seda se lo dió al XVIII, la caña de azúcar al XVI, los vinos a este último siglo y al XVII y el plátano se lo ha dado al XX.

No es nuestro ánimo divagar, con todo, sobre la agricultura.

Hemos de referirnos, concretamente, a nuestros vinos. Hacer su elogio. Publicar su historia. Reforzarles poética y literariamente. Cefiir a sus pies de fantasía las alas de la propaganda.

La vid, como es bien sabido, nos llegó del oriente europeo.

Nuestra Malvasía es tan alegre como transparente el cielo egeo que cubre la isla que le dió su nombre. La isla griega de Candia denomina a su vez un pago tinerfeño de viñedos, raíz del marquesado de este título.

Su origen helénico, clásico, es un feliz augurio. Su clima es heróico; clara su estirpe. Su grande tradición la dota desde su fuente de nobleza. Plantadas nuestras islas de viñedos, junto al cultivo inicial de la caña dulce, sus caldos riegan la más universal literatura.

La escena inglesa de Shakespeare se ilumina de súbito con sus luces. Una

lengua de fuego de nuestras islas declama maravillosos versos dentro del hon-do teatro.

Doll Teart-Sheet irrumpe así alegre en la taberna de Eastcheap. Su posádera Mistress Quickly advierte que ha bebido demasiado Canarias, *vino maravillosamente penetrante y que perfuma la sangre*. (LA SEGUNDA PARTE DEL REY ENRIQUE IV).

Sir Toby Belch recomienda al decaído Sir Andrew Aguecheek la copa de Canarias que le falta. La copa que le reanime sobre las tablas de NOCHE DE REYES; O, CÓMO QUERÁIS.

Todavía otra cita shakespeareana extraída de LAS ALEGRES COMADRES de WINDSOR, donde el dueño de la posada de Inn se despide para beber Canarias junto con su honrado caballero Falstaff.

Es precisamente Sir John Falstaff, la gran creación literaria, que recibe de su ingente autor el mote de *Sir Juan Canarias y Azúcar*.

He aquí que la lengua de fuego bautiza un extraordinario personaje. Le da su voz y su gracia. Sir John, que bebe la Malvasía con un terroncito de azúcar, toma para la fama el bien amado nombre de las islas.

Sea bendito este Sir John bebedor empedernido de LA PRIMERA PARTE DEL REY ENRIQUE IV que guarda sobre sí esta extraña cuenta de su cena:

Item. Un capón	2 chelines	2 peniques
Item. Salsa		4 p.
Item. Vino canario, dos galones	5 ch.	8 p.
Item. Anchoas y vino canario después de la cena	2 ch.	6 p.
Item. Pan		1/2 p.

que hace exclamar al Príncipe Enrique: *Es monstruoso. Nada más que medio penique de pan para esa intolerable cantidad de Canarias*.

Nuestras islas dormidas con sueño de oro en la ruta maravillosa de la fecundidad americana sirven de refugio a viejos galeones y navíos; se enardecen de naves corsarias y piratas. Se encienden, en una palabra, de gloriosas armadas.

A bordo de sus embarcaciones suben—buenas las guineas o las espadas—malvasías. Suben también felices sarmientos que junto a los magníficos colonizadores insulares de Indias apoyan los fundamentos canarios del desarrollo del mundo nuevo.

Así el Perú conserva el canario origen de sus vinos. Rememora por la pluma de Ricardo Palma el instante en que Francisco Carabantes llevó de las islas los primeros sarmientos de uva negra que se plantaron en el incaico imperio.

En el pago de Taracaca, en Ica, cita Palma, en sus *TRADICIONES PERUANAS* (Tomo II: *UNA EXCOMUNIÓN FAMOSA*), de Córdova y Urrutia que escribía en 1840, existía a la sazón una viña de uva negra, hija de las plantadas por Carabantes.

El mismo origen tuvieron otras vides sudamericanas, siendo las primeras cepas plantadas en Chile transportadas del Cuzco y oriundas de las Canarias. (Pablo Pacotlet, *VITICULTURA*, Barcelona, 1928, p. 249.)

Nuestra vid sigue en la ruta americana a la caña dulce que los hispano-americanos recibieron de los colonizadores canarios junto con el modo de elaborar el azúcar.

El ancho camino de América, tan estrecho para nuestros vinos más tarde, se engrosaba de elementos canarios para la colonización. Fray Tomás de Berlanga le surca llevando consigo las plantas canarias raíces de los bananeros americanos.

Muchos gallos—entre tantas otras especies animales—cantaron a la luna generosa y profunda de América con canto aprendido bajo las estrellas canarias.

El insular panorama se ofrece en tanto encendido de sus grandes bodegas. Sus campos exhalan el baho tibia y perfumado de sus generosos mostos, mientras la tierra parece doblemente caldeada por el cálido sol y el ardiente líquido.

La isla de Tenerife toda era una magnífica barrica.

Hacia este natural regalo llevaban sus golosos labios príncipes y menestrales, artistas y rústicos. Un dulce pozo de felicidad se derramaba sobre la sed del mundo.

Un áulico ejemplo nos brinda la historia misma de nuestra patria, en el siglo XVIII: El Rey Carlos III.

Las *MEMORIAS* del Conde de Fernán-Núñez, Embajador, escritor, Grande, recogen la sencilla intimidad de las reales cenas de la magestad carolina. El regio comensal cerraba la lista de sus platos con una copa de Malvasía.

Las grandes mesas se iluminan a la par con la bebida generosa. Se queman de su luz canaria. De su atlántico y africano fuego.

Don José de Viera, Ayo del Marqués del Viso, recorre Europa en unión de su pupilo. *L' Abbé Viera*, como el mismo se llamó alguna vez a la francesa, es autor, entre otros, de un dichoso *VIAJE A FRANCIA Y FLANDES* (1777 y 1778).

Este viaje, rico de anécdotas, nos narra la cortesía del Embajador en París, Conde de Aranda, ofreciendo a su canario invitado el vino de su patria. Regando con la insular Malvasía la comida condal de un brillante convite.

El mismo *DIARIO* en sus anotaciones del 15 de Agosto de 1777 señala la

ruta seguida por esta *muy excelente* Malvasía dulce de Canarias: Embarcada en Tenerife, llega a Ruan, remontando el Sena hasta París.

Una gran patria de vinos habría de dar el gran bebedor, gemelo en la medida del Duque de Clarence, de quien la leyenda supone pidió morir ahogado en un barril de Malvasía. Un bebedor que entrara en la historia como genial borracho.

El nombre de Botazo reclama el rótulo de una taberna. Su buena estrella de bebedor sería adecuado lucero sobre las gaseosas cabezas. Talismán de su historia de albañil lagunero que tiene en la Corte el decisivo lance de su vida.

Habiendo visto nuestro albañil a un caballero acometido de muchos, pone su divina inspiración en su defensa. Huidos los agresores, el socorrido caballero demanda el precio de su vida puesta milagrosamente en salvo.

En un pellejo de vino lo cifra el gran bebedor Botazo. El desconocido, que como en los mejores cuentos era el Rey de España (Felipe IV), se lo concede diario por toda su vida.

La misma corte inglesa de Carlos II fué teatro de un incidente histórico, embriagado por nuestro vino: El de la comisión de naturalistas designada para pesar el aire en nuestro Pico de Teide.

El benedictino P. Feijóo le ha hecho sitio en la Carta XVI, N.º 40, del II tomo de sus CARTAS ERUDITAS Y CURIOSAS (Nueva imp., Madrid, 1778, p. 232). Su pluma nos describe la expulsión de la Embajada de dos miembros de la Real Sociedad de Londres, solicitantes de una carta recomendadora para el Gobernador de Canarias.

Nuestro Embajador, creyéndoles mercaderes de *el excelente licor*—elogio de benedictino—de nuestras islas, les pregunta qué cantidad del mismo deseaban adquirir.

Su respuesta de que sólo trataban de pesar el aire les presenta al suspicaz diplomático como dos indudables locos a los que hace poner sin excusas en la calle. Regocijado y picante acude enseguida a Witheal Palace, ante el Rey y los palaciegos, expositor del divertido caso.

Tal fué su infortunio. Su desgraciado chasco. Su Magestad y el Duque de York eran patrocinadores de la científica expedición. El embajador español no halló la explicación que le cubriera de las cortesanas puyas, del europeo ridículo.

El mismo Voltaire, desde París, dió al fuego que le quemaba los punzantes versos que comienzan *Du dernier Roi d'Espagne un grave Ambassadeur*, finalizando *il pourrait les aider dans le savant voyage; il les mit pour des fous, lui seul était peu sage*.

Entresacados al azar entretejen estos hechos el histórico fundamento del canario hechizo. Luces vivas de la diluida aureola del Canarias. Faros de orientación en la gloriosa ruta. Hábitos de los caídos luceros portadores de esa inefable luz del beodo.

Todavía nos cabe relatar en lo político, el brindis del último prefecto francés de la Luisiana. Brindis rendido a España en el momento en que su antigua colonia se acoge bajo la bandera de la Unión Americana.

Aquel brindis del 20 de Diciembre de 1805 se solemniza con españoles vinos. Se levantan las copas en honor de España y de su Rey luminosas de Málaga y de Canarias.

El literario campo no es menos feraz que el histórico coto. La fantasía sobrepuja la realidad vivida. Le presta eternas alas. Entroniza su vuelo remontado en la shakespeariana águila.

La dulce vena de Walter Scott reencienda la inglesa devoción literaria hacia el Canarias, segura luz sobre los prados y colinas inglesas de febian debilidad. Sir Gualterio ha estampado en EL ANTICUARIO el exquisito gusto del británico bebedor.

En sus páginas el anticuario Mr. Olbduck, luego de mostrar sus atigüedades a Mr. Lovel, le presenta una botella de Canarias y un pedazo de pastel sobre un plato de Benvenuto Cellini.

Mr. Olbduck y Mr. Lovel, exaltados en el recuerdo de los antepasados bebedores del canario vino, cegada de su luz la orfebrería de Cellini, brindan por la loveliana prosperidad mercantil en Fairpont.

El propio Scott reitera la cita de nuestro vino en sus obras EL CONDE DE LEICESTER e IVANHOE.

Si nos alargamos hasta la lejana Rusia el novelista Alexis Kuprin en el cuento UN IDILIO, de su COLLAR DE RUBÍES deja a la ramera Zoya Kamarenkova regalar a los huéspedes de la fonda *La Bahía del Dnieper* con un Tenerife excelente.

Turgénef, su paisano, descubre la estrella de la maravillosa cita en su obra literaria.

El general del Zar Don Agustín de Monteverde, natural de Tenerife, solicita de sus lejanos deudos tinerfeños el vino rico con que deslumbrar las mesas rusas. Sus festines demandan la luz que les libre de las nevadas horas. El regalo africano para la corte oriental del continente.

Su tío el general Don Agustín de Bethencourt es íntimo del Zar, genial arquitecto, mundial celebridad. Él, sobrino ilustre, rico, generoso, renuncia en sus tinerfeñas hermanas la paterna herencia con la sola condición de recibir en

cambio dos barricas de Tenerife: una para su casa; otra para el Emperador.

La misma luz purísima del Canarias rasgaría tinieblas más penosas: Las duras tenebrosidades de la veneciana prisión de Los Plomos.

El caballero Casanova, condenado a sufrirlas, relata en sus MEMORIAS su encuentro en ella con un recluso ilustre, dueño de aquella cantida de Malvasía capaz de aliviarle la lóbrega estancia de su infortunio.

Su cita dentro de la misma Italia nos sorprende en Florencia, escenario de LA POSADERA, comedia en tres actos y en prosa de Goldoni, estrenada con ocasión del Carnaval de Venecia de 1753.

Sólo que aquí el burlado Marqués de Forlipopoli la rechaza ridículamente recibéndola de parte del Conde de Alba Florita al que había enviado a pedir una botella de Chipre: *Oh, oh, vorrà mettere il suo vin di Canarie, col mio vino di Cipro?*

La cómica colera del Marqués junto a *la locandiera*, la graciosa Mirandolina—*questa è una impertinenza che mi fa il Conte...*—llena la escena VII del acto II (p. 195 del IV Tomo DELLE COMMEDIE DI CARLO GOLDONI, AVVOCATO VENETO, Venecia, 1761).

Mas los prósperos días de la Malvasía declinaban con todo en el año (1799) de la redacción del DICCIONARIO de Viera. Ingleses y holandeses chocaban distintos licores. Malvasía y Falstaff tenían su epitalamio en la lejana gloria.

El erudito Don José Cadalso, españolísimo, destripador literario de la cursilería de su época, nos ha dejado el exacto diálogo de aquellas horas en su inventiva contra el siglo ilustrado ANALES DE CINCO DÍAS O CARTA DE UN AMIGO A OTRO (OBRAS, Tomo III, Madrid, 1818, pág. 392):

—*Aquí hay madera, dixo Perico. ¿Pues que?, dixe a Juan, ¿es esta comida de carpintero? No es eso, me respondió es convidar con vino de Canarias.*

Sin embargo las grandes alas de la Malvasía continuaban batiendo en el mundo. Las letras no renunciaron a su gran poder de sugestión. La misma literatura de aventuras no omitió una tan maravillosa bebida.

El novelista norteamericano Mayne Reid, al relatar en GUILLERMO EL GRUMETE O LAS RELIQUIAS DEL OCEANO, el naufragio del brick-barca *Pandora*, deja que flote sobre las aguas como una mágica evocación exótica un tonelito de Canarias.

El negro Bola-de-Nieve explica (Cap. XXIII) la presencia del tonelito entre los náufragos. El mismo, viéndole flotar, tras la explosión que consumó la pérdida de la incendiada nave, se había apresurado a recoger *tan preciosa reliquia*.

Los canarios vinos llegan hasta nosotros perfumados de poesía. Los mismos

autores contemporáneos perciben su literario aroma. Su evocadora luz. Ese penetrante rayo que hiere al sensible lector deslumbrándole en su memoria constelada de universales joyas.

Luz percibida por el jesuita José Spillmann en su novela LA FLOR MARAVILLOSA DE WOXINDON (Herder, Friburgo, 3.^a ed., 1922), en cuyo capítulo IX varios personajes se reúnen en *El Ancla* para beber una botella de Canarias a la salud del nuevo Lord Secretario de Estado.

Inefable luz que empuja a la cita de nuestros caldos al prosista francés contemporáneo Valery Larbaud, galo introductor de temas españoles a la fama europea.

Luminoso rastro que responde a un perdido lucero.

La estrella de nuestros vinos caida como un pendiente en el seno de la historia. Lengua de lenguas. Bengala sobre distintos cielos. Surtidor que baña un horizonte de rosas.

Nuestras Malvasías cantan sólo para la fiesta universal de la cultura. Mientras su cálido ruseñor se ha apagado dentro de los más hermosos jardines de la tierra.

Un alba, sin embargo, se apoya detrás de las dormidas sombras.

EL vinícola comercio carece del guión histórico de su grande desarrollo. La carencia de insulares estudios económicos nos obliga a intentar por, la primera vez, su esquema preciso:

Hemos sometido a examen las más diferentes obras de diversos autores. Historias generales como las de Viera. Especiales como las dedicadas a la Inquisición por Henry Ch. Lea y A. Millares.

Junto a ellas hemos anotado los distintos viajes de extranjeros a las islas. Narraciones de Nicols, Beckman, Cook,... entre los ingleses. Viajes de Ledru, Belcastel, Vernau,... entre los franceses.

Las historias de George Glass y de B. de St. Vincent han sido no menos estudiadas que las hispano-canarias. Particularmente el minucioso libro *DIE CANARISCHEN INSELN*, de Francis Coleman Mac-Gregor, nos ha deparado preciosos datos.

Las obritas monitorias de Lee y de Brown nos han suministrado ochocentistas pormenores de nuestro comercio, completados tanto con los manuscritos de Alfred Diston como por el excelente estudio sobre la Exposición de Madrid de 1877.

Otros nombres más, que omitimos hasta que la oportunidad les depara cabida a lo largo de este ensayo, nos han permitido descubrir la mercantil historia hasta ahora oculta, como tras los árboles de un bosque, entre tantas páginas impresas o manuscritas.

Tenerife era casi el objeto de este tráfico. Las restantes islas no dejaron de producir excelentes vinos y ya Nicols (1526?) elogia la calidad de los de la Breña, cosechera de doce mil pipas anuales.

La navegación a Indias es la gran aspiración que desde sus comienzos signa al rico comercio. La traba que se desea suprimir. El insuperable escollo de toda esperanza.

Las cortes de Madrid de 1573 representan a Felipe II el abandono del antiguo cultivo de la caña de azúcar, junto con el florecimiento del comercio de vinos, a la sazón en mercantil dificultad para la navegación ultramarina.

S. M. dió a las Cortes promesa de examinar el asunto.

Hasta mediados del siglo XVII el comercio de nuestros vinos se realizaba, casi exclusivamente, con Inglaterra.

Se embarcaban directamente a las Barbadas y otras islas de las Indias Occidentales. Hasta 1641 en que Carlos II de Inglaterra limitó, en virtud de la Ley de Navegación, su comercio a la metrópoli.

El Fiscal de la Casa de Contratación, don Pedro Gómez del Ribero, arriba a las islas con la comisión de impedir el comercio con las Indias. Los inquisidores canarios, en 15 de Junio de 1654, elevan memorial al Rey exponiéndole los perjuicios de la práctica de tal comisión.

La navegación de nuestros vinos a las Indias se hacía indispensable, suspendido el que solía mantenerse con Cabo Verde, Angola, Guinea y Brasil, joyas de la corona portuguesa, recién seccionada.

Sólo Tenerife navegaba a las Américas diez mil pipas. En esta isla los agentes ingleses únicamente cargaban las malvasías de excelente calidad entre las mejores de Taoro y Daute.

Su comercio, de cumplirse la comisión de Gómez del Ribero, no resistiría una medida semejante.

Una tal disminución llevaría consigo proporcionalmente la de los diezmos. Sus reales tercias valían a S. M. veinte mil ducados. Suspendido el indiano comercio esta suma montaría escasamente siete mil.

Las islas, donde radicaba una población de 1.500 protestantes ingleses y holandeses, estimaban bastante para sus necesidades exportar al Mundo Nuevo 1.500 toneladas anuales.

Sus naves retornarían cargadas de productos americanos, con excepción de oro, plata, perlas, cochinilla y añil.

Más grave para las islas que la Ley de Navegación dictada por Carlos II de Inglaterra, en 1641, fué la creación por el mismo monarca, en 1665, de la llamada Sociedad Canaria de Comercio o Compañía Inglesa de Vinos.

Se pretendía con la creación de este monopolio elevar el precio de las mercancías inglesas en las islas haciendo bajar, simultáneamente, el de sus caldos.

Tal medida produjo como réplica que el Municipio de Tenerife, en 1666, alejase de la isla a los agentes ingleses, prohibiendo a los agricultores tinerfeños entregar sus vinos a la Compañía.

Tenerife pudo presenciar entonces un curioso espectáculo. La gran mascarada de *los clérigos* y el *Derrame del Vino*, al romper los amotinados las cubas de Garachico, principal centro de las Malvasías tinerfeñas.

Sustituído el Capitán General, el Cabildo trazó en 22 de Septiembre de

1667 un nuevo plan de comercio con los ingleses. Se establecía entre sus acuerdos—*sobre todas las cosas la disolución de la Compañía*—una nueva tasa de venta:

Los cosecheros percibirían de cuarenta y cinco a cincuenta y cinco ducados de islas por pipa, cláusula que en unión de las cinco restantes mereció la aprobación real en 27 de Febrero de 1668.

Fracasada en sus propósitos la Compañía inglesa fué necesariamente disuelta.

La exportación anual de Malvasía ascendía a doce mil pipas, de las que diez mil iban a puertos ingleses, remitiéndose las dos mil restantes, de calidad inferior, a Holanda, Hamburgo, Escocia e Irlanda.

Hasta las 2/3 partes de las importaciones de las mercancías manufacturadas eran pagadas en vino, compensándose la balanza comercial a favor de Inglaterra con envíos de orchilla, maderas de Campeche y dinero.

La boda de Carlos II de Inglaterra con Catalina de Braganza hizo que la Reina, gimiendo portugueses favores, obtuviese la prohibición de que sus vasallos transportasen los tinerfeños vinos a las colonias.

Golpe tan feliz para la isla de la Madera, subraya el Arcediano de Fuerteventura, *como infausto para las Canarias*.

Mas las islas seguían atentas al ultramarino comercio. A la venta de sus vinos en las Barbadas. Por Barbadas—nos explica el mismo Viera—entendían, entonces, los canarios todas las colonias e islas inglesas de América.

Si la Reina, necesitada por la guerra con Francia, pide un donativo (1675), el mensajero canario demanda, entre otras gracias, la real intercesión cerca de la corte londinense para el libre comercio con las Barbadas.

Una ulterior concesión del Gobierno español en los años de 1675-1681, para mil toneladas de barcos en el comercio de Indias, despertó de nuevo el espíritu de especulación inglesa.

Hacia estas fechas la pipa de Malvasía, según el cronista Núñez (1676), valía de cincuenta a sesenta ducados, y la de Vidueño veinte y treinta, y en algunos años hasta cuarenta.

Sin embargo durante muchos años anteriores estériles, las islas habían exportado grandes sumas para la adquisición de trigo, alcanzando en 1685 el más alto grado de escasez.

Esto motivó que se entorpeciera el tráfico; el vino bajó a la mitad de su anterior valor, no hallando compradores y las cajas públicas quedaron vacías.

Tal situación se explica, especialmente, por singulares causas.

Se quiso detener la marcha de los agentes ingleses autorizándoles a cele-

brar juntas sin asistencia de la justicia, erigiéndoles casi en tribunal de contratación, y la baja del precio, hasta dejar de ser remunerador, llegó enseguida.

Los ingleses, de otra parte, y sobre todo, buscaban el modo de extraer, clandestinamente, la escasa moneda que llegaba de América.

La Guerra de Sucesión española, en la que las islas tomaron partido por Felipe V, ahondó la crisis por la conclusión, en Lisboa, del tratado de Methuen entre Inglaterra y Portugal (1703).

Tal tratado restableció la entrada en Inglaterra del vino portugués a un arancel más reducido que los de Francia y España, de tal modo, dice MacGregor, a quien seguimos, que los de esta última no tuvieron ninguna venta en Inglaterra durante la guerra.

La paz de Utrecht, 1713, favoreció a las Canarias al restablecer la reina Ana en su antiguo nivel el comercio de vinos con Inglaterra y sus colonias, muy abatido entonces.

Las islas enviaron en 1717, con consentimiento de la corte española, un agente propio a Londres. Mas su misión resultó estorbada porque los ingleses se habían acostumbrado a los vinos de Portugal y la Madera.

El agente designado (25 de Mayo de 1716), Don Cristóbal Cayetano de Ponte, de la orden de Calatrava, salió por el Puerto de la Orotava en Enero de 1717, dando cuenta en Marzo de su arribo.

Llevaba diez pipas de Malvasía excelente para regalos.

Solamente Inglaterra importó anualmente de las islas, escribe el Capitán Daniel Beckman (1718), de quince a dieciséis mil barriles.

Desde la Paz de Utrecht hasta la ruptura de la primera guerra (Silesia), apacible paréntesis sólo interrumpido en islas por el hambre de 1725 y la epidemia a que dió motivo, disminuyeron poco las importaciones inglesas.

La relación anónima que guarda la Biblioteca Nacional sobre nuestras islas, editada por Miguel Sarmiento, nos refiere su miserable situación en los años 1720, 1721 y 1722.

La pérdida de las cosechas en estos años arrastró consigo la ruina del comercio. Los canarios quedaron sumidos en la mayor miseria *haviendo*—dice el autor—*uendido prendas preziosas, y los más, muebles para subsistir.*

Sobre esta miseria el grande huracán desencadenado a partir de las dos de la tarde del domingo día 25 de Octubre de 1722 echó el bramante de la desolación sobre las siete islas.

Tenerife recibía este infernal eolo tras haber sufrido la ruina de sus volcanes de 1704 y 1705, cegadores de Garachico, al que abandonaron sus mercados de vinos trasladándose al Puerto-Orotava y Santa Cruz.

El anónimo cronista nos refiere curiosísimos datos sobre las vinícolas transacciones, estableciendo la cosecha anual común en treinta mil pipas, de las que sólo Tenerife recogía veinte mil, la mitad Malvasía, el resto vino.

Luego de la guerra de Silesia (derrota austriaca de Mollwitz, 1741), la exportación experimentó una disminución expresiva, ascendiendo en el momento más alto sólo a tres mil pipas, según el registro de Aduanas inglés, con un valor medio de £ 41.644.

La guerra marítima entre España e Inglaterra (1761), caecida después de la paz de Aquisgrán (1748) que puso término a la de Sucesión Austriaca, condujo a las islas a la más penosa situación.

Sin embargo sus vinos se buscaban con avidez al comienzo de la Guerra de los Siete Años, especialmente en 1758 en que los barcos ingleses aportaban a las islas para embarcar vinos con destino a sus tropas combatientes contra las colonias francesas.

En 1763 se exportaba a Gran Bretaña e Irlanda orchilla, campeche y dinero, pero sólo poco vino, pues se había perdido casi completamente el gusto por la Malvasía.

Hamburgo, en cambio, recibía de nuestras islas dinero, con pequeñas cantidades de vino. Canarias exportaba a las colonias inglesas de América exclusivamente sus caldos.

El malaventurado George Glass consigna que solamente la isla de Tenerife, en 1764, navegaba quince mil pipas a Norteamérica. Este comercio se realizaba en manos de católicos irlandeses emigrados.

El Capitán Cook, (TROISIEME VOYAGE, trad. M. D***, París 1785, I, pág. 25), explorador de mares, universal viajero, adquiere el 1 de Agosto de 1776 una pipa de Tenerife en doce libras esterlinas.

La media de las tinerfeñas cosechas vinícolas de 1775-1790 llega hasta veintidós mil pipas. (Una nota de B. de St. Vincent, recolector del dato, para el lector francés, le advierte que la pipa equivale, poco más o menos, a 680 pintes de París).

Reynal (HIST. PHIL, T. III, lib. IV), estima de diez a doce mil pipas la exportación de Malvasía del Archipiélago (1780). Labillardière, (VOYAGE A LA RECHERCHE DE LA PÉROUSE), 1792, en treinta mil la cosecha anual de vinos.

Su mejor calidad es valuada en 120 piastras (La *piastre*, desde 1772: 5 francos, 29 céntms.—ANNUAIRE; 5 francos, 27 céntms.—Biornerod). Su calidad mediocre sólo alcanza la mitad menos.

Lord Macartney, en el relato de su embajada a la China, (T. I, pág. 152)

mide las tinerfeñas cosechas en veinticinco mil pipas (1793). M. Anderson (TROISIEME VOYAGE DE COOK, ed. cit. I pág. 39), casi dobla esta cifra: Sus cuarenta mil pipas son acaso exageradas.

Una pipa de cien galones, según Macartney, no se vendía más cara de 10 libras esterlinas. (*Op. cit. I, pág. 121*).

Santa Cruz de Tenerife exportaba los vinos con destino a las Américas (B. de St. Vincent, ESAAIS, An XI, París, p. 285), mientras el Puerto de la Orotava expedía los destinados al Extranjero.

La decadencia del gusto por el Malvasía, como consecuencia de la Guerra de los Siete Años, le hizo dejar su plaza a los vinos de Francia, mientras el tratado de Methuen facilitaba en Inglaterra su sustitución por el Madera.

En esta situación las islas imitaron un tipo de este último, obteniéndolo de sus viñas Vidueñas.

Tal vino mereció satisfactoria acogida, haciendo concebir a los cosecheros canarios las más halagüeñas esperanzas. Inglaterra y los EE. UU., recién reconocidos (1783), les abrieron sus puertas.

Las campañas napoleónicas, manteniendo a Europa en Guerra, redoraron el vinícola comercio. Madoz (DICCIONARIO, art. *Canarias*) señala para el martiano paréntesis, abierto desde 1789 hasta la Paz de París (1814), el precio tope de mil quinientos reales la pipa.

Urey Lisiansky, capitán del *Neva*, de la marina rusa, manifiesta haber pagado en el puerto de Santa Cruz y en Octubre de 1803 *solamente* noventa pesos por una pipa de Tenerife.

El Congreso de Viena, reanudando los rotos lazos europeos, dejaba a nuestros vinos en la temida pendiente. Es la hora en que los del Cabo de Buena Esperanza les suplantán en Inglaterra.

Hora también de la dura competencia de los Jerez y Madera, no menos que de los vinos de Francia y Portugal. Amarga hora sobre las que se cerraban antiguas y estranguladoras manecillas.

La isla de Tenerife (Ledru, VOYAGE, I, París, 1810, pág. 126), en sus abundantes años produce hasta veinte mil pipas, reducidos en los comunes de doce a quince mil; sólo un tercio de esta cantidad se dedica al comercio.

Este vino vendido al Extranjero cambia a menudo de nombre, tomando en América el de Madera. La Malvasía, reducida al consumo de sus cosecheros, se vende de quinientos a seiscientos francos la pipa de París, (unos ochenta céntimos cada *pinte*).

La exportación total de las islas en 1826 la detalla Mac-Gregor (*Op. citada* pág. 190), en 91.992 Q. de Barrilla, 6.938 garrafones de aguardiente,

178 Q. de almendras, 1.149 Q. de orchilla, 12.024 sacos de orchilla, 21 cajas de seda cruda y 9.682 pipas de vino, con un valor de £ 150.000.

La exportación de vino al Extranjero, que se había mantenido en los diez años posteriores a la Paz en unas nueve o diez mil pipas, había disminuído, extraordinariamente, hacia 1831.

Según datos seguros, declara el antiguo cónsul inglés en las islas, sólo desde 1825 hasta 1828 se embarcaron anualmente por el Puerto de la Orotava un promedio de 5.623 pipas, frente a las cuales no se exportaron en 1829 por el mismo puerto más de 2.438.

Mac-Gregor resume a la vista de estos datos que no cabe apreciar la exportación total de todas las islas, en los días que escribía su obra, en una cantidad más alta que la de tres mil pipas.

Los derechos de introducción en el Reino Unido, que se gestionaron rebajar a base de los exiguos impuestos aplicados a los algodones ingleses en islas, aceleraron el infortunado proceso. Los mil quinientos reales que hemos señalado en 1789 son sólo trescientos en 1864 (Madoz).

Los manuscritos inéditos de Alfred Diston nos han permitido recorrer la escala de esta decadencia. He aquí, expresados en pesos, los precios alcanzados en Tenerife, en intervalos de cinco años, hasta casi la infección del *oidium*:

1800. 46	1815. 45	1830. 20	1845. 18
1805. 52	1820. 33	1835. 15	
1810. 54-56	1825. 35	1840. 21	

Hemos de señalar que en 1799 el precio se cifra en 37 pesos, descendiendo a 24 en 1848, último de los años consignados por Diston. Su máxima valoración corresponde al período 1811-13: 74, 84 y 80 pesos respectivamente, y la mínima a los años 1833-35: 13, 13 y 15.

Luego de una momentánea alza en 1836 (22 a 26 pesos) desciende de nuevo hasta 13 y 15 en los años 1837-38, repitiéndose el último precio en 1843, 1844 y 1846.

Hacia 1848 la decadencia era evidente. Victor Pruneda, autor de UN VIAJE A LAS ISLAS CANARIAS, dado a la stampa en este año, relata en sus páginas que la antigua riqueza vitícola había cedido hasta el punto de destinarse las tierras de viñas al cultivo de cereales.

Los vinos habían caído a tan bajo precio que Pégot-Ogier en LES ILES FORTUNÉES OU L'ARCHIPIEL DES CANARIES (II, París, 1869) destaca que sólo una casa extranjera del antiguo comercio subsistía a la sazón en el puerto de la Cruz.

La calidad, sin embargo, permanecía a salvo.

Brown la estima digna de sus mejores tiempos en su guía *MADEIRA AND THE CANARY ISLANDS*, Londres, 1898. Este autor consigna los siguientes precios alcanzados por las exportaciones hacia fines del siglo XIX:

1884.	£	6.740
1885.	»	4.885
1898.	»	25.000

Las variedades vitícolas que Brown recoge son: tintillo, negramolle (tintos); moscatel (tinto y blanco); berdello, Pedro Jiménez, forastero y vigarieja (blancos).

El vino común nuevo se vende en una cantidad que oscila de 150 a 175 pesetas la pipa (1898). Su más alto precio no rebasa el de 250 pesetas.

La pipa del país—nuestra medida de capacidad—equivale a 480 litros: 106 ½ galones. La pipa de exportación (450 litros: 100 galones) logra una más alta valoración.

Tales son los vinos con que las islas concurren a las exposiciones de Madrid (1877) y París (1898). Don Patricio Estévez, en su artículo de *LA ILUSTRACIÓN DE CANARIAS* (N.º 1, págs. 8-10, 1898) informativo del lector canario, detiene su pluma sobre los vinos de la exposición parisina:

La Madera ha obtenido el gran premio de honor y nosotros gracias que hemos obtenido unas cuantas medallas.

Tras nuestra modesta representación en la madrileña exposición, llegaban nuestros vinos a la Universal de París.

Sin un gran aliento en la organización, faltos de una primorosa apariencia, pobres de embotellados, estaban allí los últimos representantes de una de las más altas tradiciones vinícolas del mundo.

LA isla de Tenerife se quemó en la fiesta de sus vinos. La más gozosa alegría la llenó de su luz. La isla era poco más de un gran viñedo.

Este abrasador fuego explica que en ocasiones solemnes la isla se haya visto a sí misma como una ardiente bacante. En Icod de los Vinos se juró la Constitución de 1812 con grandes fiestas: Siete doncellas simbolizaban las siete islas en la gran cabalgata; la representativa de Tenerife iba revestida de pámpanos.

Su sensual imagen decora el gozo tinerfeño. La diosa belleza coronada de pujantes savias. El vino la calaba como una alta temperatura. Bañándola en el goloso almíbar de las maduras uvas.

Otra temperatura templaba a los dulces aborígenes, supuestos restos de una antigua civilización mediterránea. Estos aborígenes nuestros, desconocedores del vino, no eran sin embargo abstemios.

Un pueblo situado bajo el más rubio sol necesitaba comulgar en él. Sentirse transportado en ese rayo de luz que vibra en toda fermentación de frutas jugos. Sumo de tierras, de soles, de aires. Poso de naturales elementos rigedores de la universal distribución de los vinos.

Nuestros guanches encontraron su licor exprimiéndolo de las frutecillas del mocán.

Este desconocimiento del vino, semejante a la inocencia, llena de ingenios arreboles el relato del genovés Nicolás de Recco (1341) contenido en el manuscrito de Bocacio, extractado por Mr. Barker Webb y Mr. Sabin Berthelot.

Un grupo de cuatro indígenas, llevados a bordo, se comportan como cortesanos entre los europeos viajeros. Desnudos, sin otro vestido que unas cortas faldillas de palma teñidas de rojo y amarillo, largas las rubias cabelleras, son la ardiente temperatura canaria sobre la nave.

Toman, curiosos, el pan que desconocen, la carne y el queso. Su rusticidad les empuja a comer los higos a puñadas. Sólo frente a la misteriosa claridad de las servidas copas rehusan beber otra cosa que agua.

El maravilloso néctar era extraño en una patria cuyo corazón habría de hinchar como la lluvia a un copo de algodón.

Otras naves bogarían hasta mirarse en el limpio espejo atlántico. Espejo

del azul más puro, reflejo de su honda profundidad. Naves conquistadoras portadoras de las banderas para inflamar el aire de las pobladas frondas.

El vino aun antes de ser connatural a sus frutos fué protagonista en Tenerife. Los rudos guerreros le tuvieron por talismán de sus preciosas gestas. El también desembarcaba en una tierra que habría de adjudicársele en un todo.

Los hispánicos soldados bebieron a la hora del conquistador esfuerzo el Jerez y el Cazalla, de los que Antonio de Viana, el clásico poeta tinerfeño, pudo decir (1604) en el canto VI de sus ANTIGÜEDADES,

*...que ahora fueran
mejores de Tegueste o de la Rambla.*

Tegueste y la Rambla. Hermosas tierras de viñedos. Solares antiguos de la vinícola estirpe. Clásicas citas de siglos en nuestra historia. Faros de la gran luminaria que abrasó, abrazándola, a Tenerife.

Junto al Infante Don Enrique el Navegante de los madeirenses, portador a la portuguesa isla de la malvasía y a Pedro Jiménez, introductor en el campo andaluz de la cepa de su nombre, guardada en su canuto de licenciado de Flandes, nuestras islas deben honrar la inefable memoria de John-Hill.

Este inglés de Tauton, escribe el factor Thomas Nicols (s. XVI), plantó la primera viña nacida en la isla del Hierro.

Mercurio y no Marte apadrinan así las herreñas parras. Mas seis nombres permanecen ignorados para las restantes islas. Seis nombres de desconocidos héroes que habremos de conmemorar juntos en el dulce recuerdo de Hill.

La conquista de las islas de Fuerteventura y Lanzarote, casi un siglo antes de las restantes, debido a la expedición normanda de Juan de Bethencourt, nos induce a mirar las vides de Francia como posibles troncos de vides majoreras y lanzaroteñas.

El mismo bastardo del célebre Gadifer de la Salle, compañero de Juan de Bethencourt, muerto en circunstancias heroicas, ha dejado su nombre a la Viña de Aníbal, de la majorera isla.

La dulce Tenerife, verde de apretados pámpanos, se decoró con la belleza de sus uvas. Era una grande fuente natural serpenteada de chorros sobre una base de racimos llenos como corazones.

Amamos esta gran pirámide con su punto de nieve sobre el tibio regazo de su seno.

Obelisco sobre un pedestal de rosas. O campanario sobre un baile de espumas.

Gran amarre para naves, puerto del sol en poca tierra, la isla de Tenerife es golfo para el viajero impulso. Dorada rada de propicio comercio.

Los extranjeros la recorren aun antes del despertar de su sueño, dormida su oscura antigua conciencia mediterránea. Portugal rompe una lanza para que España no quiebre su hechizo. Los ojos abiertos, toda Europa gira ante sus hondas pupilas.

La literatura que ha producido este desfile junto a las atlánticas islas es tan sugerente como documental. Relatos de viajes animados de hondas perspectivas. Altos en la ruta del sol, en el recinto mismo del antiguo paraíso.

Thomas Nicols, en su relación incluída en los VIAJES de Purchass, pudo hacia 1526 destacar junto a los tinerfeños vinos de la Rambla los palmeros caldos de la Breña, semejantes a la Malvasía.

Era la isla de la Palma dulce de azúcares, sabrosa de mieles. Junto a sus históricos magníficos ingenios, el P. Abreu Galindo encomia la rara calidad de sus rubios panales.

La vitífera vecindad vuelve esta miel morena. El franciscano historiador señala la inferior calidad de la miel elaborada en la proximidad de los viñedos. Vides y mocanes entintan las apícolas fraguas.

Se nos presenta así el palmero suelo generoso de toda suerte de almibarados goces. Azúcares, mieles, malvasías. Junto a confituras deliciosas entre las de unas islas cuyos dulces cantaron don Luis de Góngora y Mateo Alemán.

Un siglo más tarde Sir Edmond Scory en sus OBSERVACIONES SOBRE EL PICO DE TENERIFE, etc., también publicada por Purchass, distingue los dos insulares géneros de vino: el Vidueño y la Malvasía.

El Vidueño, obtenido de un racimo grande, es un vino flojo; la Malvasía extraída de otro grueso y redondo, parece poder atravesar los mares, sin dañarse ni alterarse, rodeando al mundo de un polo a otro.

Sir Edmond estampa en sus OBSERVACIONES la enealógica topografía. Redora la secular fama de los caldos de Buenavista, Daute, Orotava y Tegueste, junto al de la Rambla, impar entre los impares vinos tinerfeños.

Tal disección topográfica reanima más antiguas palabras. Las históricas, primogénitas, palabras del P. Espinosa en el más viejo impreso dedicado totalmente a las islas. La tinerfeña historia del complutense dominico (1594).

Este chorro abierto sobre nuestros jardincillos atlánticos, perfumados de mosto en el dulce otoño, verdes de pámpanos en la deliciosa primavera, embruja a ingenios y bebedores.

Luz maravillosa que deja secretos oros en los corazones. Ala que se pliega para envolver en su policromía o se extiende impulsadora de liberadores vuelos.

Sir John Falstaff ha hecho este ala querida de muchos.

Los golosos bebedores sienten quē si en Tenerife no existe la mitológica fuente de la salud, en ella, nace en cambio, un dulce manantial de la felicidad humana.

El cronista Núñez (1676) ha levantado en las páginas de su CONQUISTA el mapa de esta maravilla. La carta vitícola de la isla de Tenerife. La situación de nuestras cepas. El reparto de la fecundidad sobre los tinerfeños campos.

(El mismo cronista ha dejado manuscrito un refranero del vino. Paciente recolector de populares saberes de una isla embriagada de sus caldos, perfumada de sensuales aromas y animada de áureos comercios.)

Sobre esta insular área se reparten las diversas parras. Las numerosas variedades vitícolas. Las vides que Viera distingue en su DICCIONARIO (1799), sin que su lista alcance el minucioso detalle de la consignada por Alfred Diston.

Era Alfred Diston un caballero inglés que hizo compatibles sus mercantiles negocios con el apacible estudio de nuestras curiosidades, dejando manuscritos unos inapreciables COSTUMES OF THE CANARY ISLANDS.

Tan bellissimo manuscrito ilustrado con más de cuarenta acuarelas originales, del que llegó a editarse un solo fascículo (Smith, Elder & Co., Londres, 1829), en su capítulo *Conveyance of Grapes to the wineprefs*, incluye el vitícola catálogo.

Están en él menudamente reseñadas las cepas Vidueño, blanco y tinto, Negramolle, Tintillo, Pedro-Ximénez, Forastero, Gual, Baboso, Marmajuelo.

Siguen las Malvasías, blanco y púrpura, los Moscateles, blanco y tinto, a ambos lados del Moscatelito blanco, seguidos de las cepas Mollar tinto, Española, Verdello del Hierro, y Vigarieja.

Las tinerfeñas vides entretejen sus pámpanos en la página más extensa de los COSTUMES. Página escrita cuando ya se había acentuado la decadencia apuntada en el DICCIONARIO DE HISTORIA NATURAL.

Entre listanes, albillos, negramolles, laireles, toronteses... decoro todavía de las universales copas, la Malvasía impar derrama su alta sangre de *vinum creticum*.

Don José de Viera ha hecho la disección de ambas tinerfeñas Malvasías. Ha consignado con la belleza de su prosa las ilustres variedades. Mientras otras, fuera de las islas, toman poéticos nombres de policromo.

Malvasía negra, Malvasía rossa, Malvasía blanca, Malvoisie rouge, hemos nosotros anotado para las distintas variedades cultivadas en Candía, viñedos del Póo, Toscana o Mediodía de Francia.

Entre las canarias Malvasías existía una especie, de uvas negras, de sabor dulce, untuoso, amoscotelado. Vendimiada antes de madurar se obtenía de ella nuestra *Malvasía Verde*.

Tal *Malvasía Verde* era un vino seco, competidor del Maderas y del Jerez. Su utilidad primera consistía en su fácil transporte a lejanas regiones sin deterioro de su calidad.

Mas existía otra Malvasía, la gran Malvasía de Tenerife y la Palma. El gran vino de mesa que ofrecieron estas dos islas: La dulce, licorosa, perfumada Malvasía.

El mismo Viera que así la triadjetiva estampa la receta para su elaboración. El modo de que la dulzura de su azúcar corrija la acrimonia de su tártaro. La feliz ecuación entre lo suave y lo picante.

La Malvasía encendió desde sus comienzos el ancho campo de los canarios viñedos. Anuncio feliz de un afortunado negocio. Bengala abierta sobre el claro cielo de las paradisiacas islas.

La devoción inglesa dió a nuestra Malvasía—*Malmsey*, en su lengua—una nueva dicción de su diccionario: *Sack*, derivándola de la denominación *Canary Sack* conque distinguió nuestros vinos generosos.

Quizá no tenga otro origen la dicción alemana *Seck* conque hoy se designa, utilizando un provincialismo germánico, los vinos de Champaña, dicción antiguamente reservada a nuestros vinos.

Un autor que hizo su comercio, el historiador escocés George Glas, asesinado por los corsarios a bordo de la nave en que regresaba de nuestras islas, ha hecho su biología en *THE HISTORY OF THE DISCOVERY AND CONQUEST OF THE CANARY ISLANDS* (Londres, 1764).

Glas consigna la canaria elaboración de la Malvasía. El corte verde de las uvas para obtener un vino seco de ellas. Vino adornado de curiosas propiedades.

En efecto, de dos a tres años de edad puede ser distinguido difícilmente del Maderas. Mas despues de los cuatro años se torna meloso y azucarado, asemejándose al vino español de Málaga.

La Malvasía de la isla de la Palma, de más débil graduación que la de Tenerife, cumplidos los cuatro años tiene el gusto de una dulce piña sazónada.

(Su difícil preservación para ser exportada, especialmente a frígidos climas, la incita a menudo a avinagrarse.)

Al iniciarse el siglo XIX la isla de Tenerife, que cosechaba más vino sola que todas las restantes islas juntas, cultivaba sobre todo el Vidueño, seco y

fuerte (J. B. G. M. Bory de St. Vincent, ESSAIS SUR LES ISLES FORTUNÉES ET L'ANTIQUE ATLANTIDE, París, Germinal, An. XI, 1801).

La Malvasía a la sazón era del particular uso de los cosecheros, siendo su precio el doble que el del Vidueño, cosechado según el uso de Europa (Mr. André Pierre Ledru, VOYAGE AUX ÎLES TÉNÉRIFFE, LA TRINITÉ, SAINT-THOMAS, SAINTE-CROIX ET PORTO-RICCO, París, dos tomos, 1810).

Su cultivo seguía siendo el tradicional: La uva permanecía en la parra después de su madurez, expuesta al sol. Mr. Ledru la estima azucarada, agradable de beber y de larga conservación.

Mr. Ledru, miembro de la expedición Baudin, investigadora de nuestra Historia Natural, en su viaje desde el 30 de Noviembre de 1796 hasta el 7 de Junio de 1798, nos revela el síntoma de la decadencia de nuestros caldos:

Los canarios vinos al ser vendidos cambian a menudo de nombre tomando en América el de Madera.

Esos vinos no quedaban reducidos con todo a los tipos clásicos de Malvasía y Vidueño. El mismo George Glass había especificado la especial vinificación de cada isla.

Los vinos de Gran Canaria son buenos, pero no alcanzan el cuerpo de los de Tenerife, siendo en consecuencia, menos aptos para la exportación. Muchas pipas eran todavía enviadas anualmente a las Indias Occidentales Españolas.

Los de Tenerife, en cambio, son fuertes, buenos y propios para ser exportados, especialmente a cálidos climas. La gran calidad de la Malvasía sobreestimaba la notable diferencia.

El suelo oriental de la Palma produce buenos vinos, de gusto y aroma distintos de los de Tenerife. Estos vinos de pequeño cuerpo son de un color amarillo.

La lista no queda agotada. El vino de la Gomera posee no menós propias cualidades. Es generalmente flojo, seco y agrio. Por consiguiente inútil para ser exportado.

Mas parte de él a los dos años excede al mejor Madera en paladar y aroma, aunque es de color claro como el agua y débil como cerveza floja. El mismo George Glas adquirió algunas partidas en Londres sin obtener la aceptación del gusto inglés, partidario de los vinos fuertes.

Los comerciantes de vinos canarios de Francia, España y Portugal conocedores de este nacional gusto tienen el cuidado de mezclar *brandy* aun con los vinos más fuertes que envían a Inglaterra.

Entre las obras extranjeras dedicadas a las Canarias descuella la que el

Cónsul de S. M. Británica en Canarias, Francis Coleman Mac-Gregor escribió sobre las islas bajo el título *THAT CANARISCHEN INSELN*, en la edición en honor de Hahn, Hannover, 1831.

Mac-Gregor describe nuestras viñas. La plantación de nuestras vides en el tipo de huertas que hoy denominamos *macetas*. Sobre las faldas de las montañas ceñidas de muros de dos a tres pies de alto de piedras sueltas.

Estos muros, conteniendo la tierra, dan paso por su falta de masa al exceso de lluvias. Como ahora, el volcánico terreno se vence con laboriosas sorribas.

La planta es tratada de diversas maneras: Se surcan los sarmientos o cepas. O se extienden sobre emparrados de latas y cañas. O se tiran a lo largo de parrales. O se les deja, tranquilamente, echar los pámpanos en el suelo.

He aquí el almanaque mac-gregoriano del labrador de viñas canarias:

La poda de las parras—de fines de enero a principios de marzo—se ejecuta dejando un ojo de cada dos o tres, después que el suelo se remueve con la azada;

en abril se limpian las cepas, cortándose la maleza crecida; junio o julio señalan el momento de alzar las parras, evitando a los pámpanos quemarse al contacto del suelo caldeado del ardiente sol;

la canícula recoge los preparativos últimos: el corte las ramas superfluas, el cuidado de los nacientes racimos facilitándoles el solar beneficio, el riego si es posible,—aunque los racimos no regados dan el vino mejor y más fuerte;

la vendimia abarca, finalmente, desde comienzos de septiembre hasta octubre, según los casos.

Surgen en nuestra fantasía, en la otoñal evocación, los antiguos lagares. Las pesadas vigas apuntando al cielo azul de nuestros campos. Mudos, semiderruidos, son los tristes compañeros de los viejos molinos de viento sin velas, las aspas desgarradas.

Amamos estas bucólicas ruinas. Las dos más bellas arquitecturas agrícolas de la isla. Sus más preciosos pregones. Su decoración más tierna. Su más dulce voz.

Mac-Gregor rechaza con puritana asepsia la vitalidad gruesa de nuestros lagares. Sus aves. Perros. Gatos. El pisado, los pies desnudos. Mas, qué gran fiesta. Lavados los prensados racimos se exprime de ellos el *aguapié*.

He aquí el dulce otoño acogedor. El parral campesino. Las redondas castañas. El vino flojo y la guitarra fácil.

Entre los cuadernos manuscritos de Alfred Diston se ven escorzos a

lápiz de escenas de pisado. De lagares. De la danza sobre los racimos. Del gran baile del vino.

Un poeta canario de 1830—Antonio del Castillo—ha descrito con sencillos versos la Vendimia en el barranco de Maldonado, de la isla de la Palma. Versos del campo familiar. Canaria bucólica.

Una nota de este poema señala el 11 de Noviembre, festividad de San Martín de Nemours, como el dulce día de la apertura de las bodegas de la palmera isla.

En nuestra Tenerife las llaves de San Martín de Nemours las guarda San Andrés Apóstol en cuyo día—30 de Noviembre—se prueba el vino nuevo. Esta fecha ha llevado a la fantasía popular la extraordinaria idea de que San Andrés era un santo bebedor.

En una ciudad de tan alta estirpe vinícola como Icod de los Vinos la fiesta de San Andrés expande la alegría de sus *tablas*. Infantiles deslizadores que vuelan las calzadas. Peligrosos patines para el arriesgado gozo.

Los noticiarios cinematográficos han recogido la juvenil belleza de estos deslizadores. Su alta escuela deportiva. Trineos sin nieve, sobre las petreas calzadas renegridas.

Francis C. Mac-Gregor (*Op. cit.* pág. 152) escribe que entre los anglosajones nuestro *Vidonia* tiene su mejor marca en la *London Particular*. Vino semejante al Madera.

Paralelamente nuestra cepa Listán produce un vino ligero muy agradable de sabor, semejante a las cualidades inferiores del vino del Rhin; mientras la negramolle o tintilla da un ligero clarete parecido al del Sur de Francia.

En Alemania se usa de este clarete para mezclar al Burdeos.

Nuestras islas hacia este mismo 1830 (ESTUDIO DE LA EXPOSICIÓN VINÍCOLA NACIONAL DE 1877, Madrid, 1878-79) producían un excelente *Vino de Gloria* extraído de la uva Listán, con otras de las tribus leonesas y 1/5 de alcohol.

Tal vino dulce fué bautizado por algunos extranjeros con el nombre de la clásica Malvasía. En España un vino semejante se fabricaba con la denominación de Vino Mistela.

El mismo don Juan Barrioso, en los últimos peldaños de la escala, se lamentaba en 1877 refiriéndose a la Exposición madrileña: *¡Lástima de ver aquí confundidos ambos productos, el de la rica Malvasía con el Gloria!*

En esta época, sufrido el ataque del oídio los vinos han perdido mucho de su azúcar y de su perfume. La falta de aroma se hace particularmente sensible en el oloroso vino de *La Flor*.

Hacia 1878 un terrible parásito, el *Mildew*, castiga los viñedos agota-

dos por el oídio, devastador hongo de nuestras parras después de 1852.

Hizo su aparición entre nosotros el temido oídio en la isla del Hierro, el mes de agosto de 1852 y en las márgenes del barranco de los Llanillos, *oscureciendo con su asqueroso manto* dice Barrioso, los viñedos de toda la isla en junio de 1853.

Una amplia moratoria se concedió a la isla caída en la mayor miseria. Sus habitantes arruinados contemplaron como los más pobres arrancaban, con débiles fuerzas, raíces de helechos para subsistir, practicando profundas zanjas en el alto monte de los Rasillos.

Sólo unas privilegiadas parras sobrevivieron en el Valle del Golfo.

La isla del Hierro que en 1833 había producido 2.872 pipas de mosto cosecha en 1859 apenas 61 $\frac{1}{4}$: He aquí dos cifras medidoras del insular desastre.

La isla de Gran Canaria, en sus viñedos del Lentiscal, nos ofrece un segundo dato expresivo: Una sola de sus haciendas, productora en los años 1815-1818 de unas mil pipas anuales, reduce su cosecha en 1877 a unas doscientas.

Tenerife, la gran viticultora, no sufre menos en aquel triste momento en que nuestras parras leprosas llevan a la muerte una tradición plurisecular.

Momento es este que nos ha descrito en su tristeza Mr. Gabriel Lacoste de Belcastel en LES ILES CANARIES ET LA VALLÉE D'OROTAVA (París, 1861, p. 13):

—*El artista echa de menos el colorido con que el pámpano revestía los campos; el pueblo, el trabajo con que ocupaba los brazos el antiguo cultivo; y el insular del pequeño Puerto de la Orotava no habla sino con dolor de los tiempos en que veinte buques anclados daban al valle un aire de importancia y de fiesta.*

Un aire de importancia... veinte buques... Melancólico acento; diminuto *dies irae*. La vida sinembargo acecha con su lujuriente reverdecer de musáceas. En su más auténtica réplica del mito del Valle de Oro.

Las grandes bodegas han desaparecido. Los más altos nombres comerciales son sentimental recuerdo. Se siente, sí, un vago y difuso deseo de resurgimiento.

Nuestro *vino del campo* recibe los últimos halagos. Mr. Robert F. Millar, en Gran Canaria, y Messrs. Hamilton and C.º, en Tenerife, hacen su comercio. Un francés, Mr. Paul Michea, lo realiza en ambas, tratando de darle una especial elaboración.

Los sencillos hidalgos reservan para su cortesía *un buen vino de mesa*. El polvo ilustre de las bodegas y el de los archivos vuelan con las horas. El siglo XIX ha venido, desde sus comienzos, hinchando los carrillos para soplarlo.

Hidalgos y labradores extraen de las silenciosas bodegas los restos gloriosos. No son vinos hechos. Son caldos heredados. Partidas de testamentos. Son las viejas barricas que se reparten entre los nietos de los ilustres cosecheros.

Ellos se han dedicado a la cochinilla. El purpúreo insecto les ofrece desde su pequeñez la fortuna. Los grandes patios señoriales, junto a las cuadras que ahuecaban nuestras casonas de un martillar de cascos, sufren la fábrica de los hornos de incineración.

Grandes pequeños señores apenas si saben algo más de los vinos que el divino arte de gustarlos. Junto a ellos las casas comerciales del país arrastran el antiguo comercio, los coches desganchados ocultos de nobles toneles.

Caballos y vinos se irán con el nuevo siglo. La más vieja yegua no sobrevive a la más rancia pipa de Malvasía. El reloj comienza a correr más deprisa. Los mayorazgos (ya en la *mitad reservable* en los padres) se disuelven en las curialescas oficinas.

Tener vinos como tener blasones deja su paso a tener dinero. Los años no se miden hacia atrás, sino hacia adelante. Las últimas muestras apenas si son algo más que los últimos escudos que se caen. Son algo así como las últimas casas solariegas que a la sazón se derriban para hacer huertas o solares.

Así llegan a la Exposición de París, tras haber tenido un lugar oscuro en la Exposición de Madrid de 1877. Llenos de historia, mas sin esta historia patente. Sólo llenos de su gran nombre en su ilustre pobreza.

Mas la quemada grandeza deja alguna viva brasa. Son los dulces rescoldos que encienden seguras luces. Brillantes luceros amadrinados por el alto renombre.

Prendido en esta chispa el erudito canariófilo Mr. Vernau (CINQ ANNÉES DE SÉJOUR... París, 1891, pág. 285) delicado catador de nuestros vinos en su ocaso, suspiró con galo acento su elogio de *gourmet*: *Mais quels vins!*

Eran en efecto, maravillosos todavía estos vinos blancos flojos del viajero que constituían, en su opinión, acaso los mejores vinos de postre de todo el mundo.

Si se llega a probarles no cabe el olvido. Mr. Vernau se entrega con este pensamiento. Le ha bastado sorprenderles en su caída para entregarles su corazón: *Je le répète, ces vins sont des meilleurs qui se récoltent dans le monde entier.*

Excelentes vinos aun para Mr. Mascart, (IMPRESSIONS ET OBSERVATIONS DANS UN VOYAGE A TENERIFE. París [1910], pág. 138), miembro de aquella

magnífica misión científica que estudió el paso sobre nuestra isla del cometa Halley, impugnador de la decadencia de la Malvasía de Tenerife.

Mas qué lejos Sir John Falstaff.

Sobre la ruta de otoño, la carretera de Tacoronte y Santa Ursula, desde la húmeda frondosidad de sus castaños. nos descubre el soleado viñado que lleva sus racimos sobre el mar de seda.

La fragancia de los mostos borra la fragancia de las flores. El lejano horizonte se derrama como una melosa barrica de oros y rubíes.

La dulce tarde se apoya sobre sus alas pesadas de azúcar, aromada de caldos olorosos. Nos gotea su miel y su ceniza. Las primeras estrellas que apuntan vierten el oro de sus picos.

Un ángel recorre las bodegas; se llama Sir John... y se inclina dulcemente sobre los toneles de donde ha volado el hada Malvasía.

N O T A S

CANDÍA, RHIN

EL Abate Prévost consigna en su HISTOIRE GÉNÉRALE DES VOYAGES (Tomo II, París, 1746, pág. 240) que Dampierre, Le Maire y Durret otorgan la supremacía de la Malvasía de Tenerife sobre la de todos los otros países del Mundo.

Los dos últimos de los autores citados, dice Prévost, añaden que era desconocida en Tenerife hasta ser importadas en ella, por los españoles, algunas cepas de Candía.

Tales cepas producían en su época vino mejor, y con mayor abundancia, que en la misma isla griega de origen, no haciendo el transporte y la navegación, estima, sino aumentar su bondad.

Sin embargo el Capitán Daniel Beeckman, autor de A VOYAGE TO AND FROM THE ISLAND BORNEO IN THE EAST INDIES, etc., Londres, 1718, supone haber sido trasplantadas las vides canarias desde el Rhin a nuestro archipiélago.

Su introducción corre a cargo de los españoles que las transportaron bajo el reinado de Carlos V a las islas, donde *en lugar del agrio vino renano produce ese vino dulcemente delicioso al cual nosotros llamamos Canary.*

El viaje de Daniel Beeckman se inserta en los PINKERTON'S VOYAGES AND TRAVELS, Londres, 1812, Vol. XI, págs. 96 y sigs., encontrándose la versión transcrita a la página 99.

La cita de este pasaje del autor del VIAJE A BORNEO se halla, además, en el tomo II de la HISTOIRE GÉNÉRALE DES VOYAGES, de Prévost, pág. 240 de la edición de París de 1746.

SACK, SHAKESPEARE, FALSTAFF

LA dicción *sack* reservada a los vinos de Canarias ha sido anotada en diversos autores. Sin embargo, determinados diccionarios modernos omiten este significado u ofrecen, como arcaísmo, el de vino blanco generoso.

Hasta, contrariamente a todo, Guillermo Macpherson en su versión castellana de las OBRAS DRAMÁTICAS DE GUILLERMO SHAKESPEARE. (*Biblioteca Clásica*, Vols. CXC y CCI, Madrid, 1895 y 1897) traduce *sack* por Jerez.

No es este el significado justo y don Luis Astrana Marín, reanimador contemporáneo de Shakespeare en España, en las versiones de sus obras traduce continúa y exactamente por Canarias la antigua dicción *sack*.

Su abolengo con tal significado, es como se ve ilustre dentro de las letras inglesas. Hasta

unas veinte veces la emplea el gran William Shakespeare en una sola de sus inmortales comedias: LA PRIMERA PARTE DEL REY ENRIQUE IV.

Sack o *canary* designan en el gran autor el mismo vino. Si en THE MERRY WIVES OF WINDSOR (act. III, esc. II) leemos *canary*, en TWELFTH NIGHT; OR, WHAT YOU WILL (act. II, esc. III) anotamos *sack*.

Una misma obra, y en una misma escena, recoge ambas dicciones *sack* y *canaries*: THE SECOND PART OF KING HENRY THE FOURTH (act. II, esc. IV), en las graciosas situaciones de *La Cabeza del Jabalí*.

Esta taberna *La Cabeza del Jabalí* comparte el escenario de nuestro vino en el teatro shakespereano con la posada de *La Liga*, la casa de la Condesa Olivia, en Iliria, el campo libre o el mismo palacio real de Londres.

Cualquier lugar parece adecuado para que un personaje hable del vino canario. Mas *La Cabeza del Jabalí* será siempre un escenario especialmente grato para quienes gusten oír contar del maravilloso néctar.

Su misma posadera, tras asegurar a Doll que su color se ha encendido como una rosa, le dice del mucho Canarias que ha bebido: *maravilloso vino que se cuele y que perfuma la sangre en menos que decir: ¿qué es esto?*

Infeliz posadera que en la misma escena (part. II de ENRIQUE IV, act. II, esc. IV) oye a Falstaff saludar a Pistol: *Aquí Pistol te cargo con una copa de Canarias; desahógate tú sobre mi posadera.*

Sir John Falstaff, nuestro *Sir Juan Canarias*, que tanto divirtió a la Reina Isabel de Inglaterra, mereció bien este nombre con que le apellida Shakespeare por labios de su personaje Pistol.

Su vida estaba rendida al maravilloso néctar.

El mismo Príncipe Enrique se pregunta (Part. I, act. I esc. II) qué tiene que ver Sir John con el tiempo del día, al menos que las horas sean copas de Canarias, añadiendo (act. II esc. IV) que sólo sirve para paladearlo y beberlo.

Hacia el final de la PART. I DE ENRIQUE IV referida, Sir John *esa enorme bomba de Canarias* (act. II, esc. IV), gasta al príncipe una graciosa broma (act. V, esc. IV).

Tras haberse hecho el muerto de puro miedo durante la batalla, fanfarronea de haber dado muerte a Lord Percy, mas cuando el príncipe le reclama su afortunada pistola saca por sí mismo de su funda una botella de Canarias.

Arma predilecta, sin duda, para Sir John que en la carretera de Coventry (act. IV, esc. II) ordena a Bardolf adelantarse a la ciudad y llenarle una botella del vino predilecto.

¿Mas, por fortuna, era menos aficionado Bardolf a esta bebida?

Sabemos por el mismo Príncipe Enrique (act. II, esc. IV) que había sido cogido en el garlito hacia dieciocho años por robar un vaso de Canarias y Sir John se duele (act. III, esc. III) del que le había bebido a él.

Sir John que se restriega los ojos con nuestro vino para fingir el llanto y declamar al estilo del rey Cambises (act. II, esc. IV), teniéndole siempre por su invariable estrella, promete dejarle si su carrera se encumbra (act. V, esc. IV).

Su entrañable Hal ha ofrecido mantener secreta la piadosa mentira de la victoria sobre Percy y Juanito Falstaff, esperanzado y tal vez sin saber lo que se dice, se mira ya menos grueso, pues se purgará y dejará el Canarias.

Así piensa vivir decentemente como conviene a un noble.

Sólo Dios sabe si el gran embustero cumplirá su propósito.

PIRATAS

EL tema de la piratería canaria no ha tenido el historiador ni el poeta que su alto interés reclama. Nuestra literatura ha olvidado en demasía un elemento tan dramático y sugestivo.

Nos han conmovido siempre las fuertes historias legendarias de los Amaro Pargo o los Cabeza de Perro, afortunado el uno, desgraciado el otro, ambos signadores de la más heroica leyenda insular.

Mas la universal piratería asaltando nuestras hermosas islas bajo el sol más luminoso del mundo o a la luz de las más granadas estrellas nos conmueve con la penetrante fuerza de la emoción corsaria.

Piratas y vinos cruzan sus fuegos. Llenan viejas historias de abuelas temerosas de brujas.

Jacques de Soria, corsario normando, escribió en 1570 la patética página del apresamiento de una nao portuguesa, acción en la que perdieron la vida 40 jesuítas a las órdenes del P. Pedro de Azevedo, afanosos de misionar el Brasil.

Ocurrido el hecho, y en el mismo año, el pirata se dirigió a la Gomera. El señor de la isla Don Diego de Ayala le admitió a su trato, sirviéndose como intérprete de Don Miguel de Monteverde.

Tal conducta, sangrantes las guerras religiosas, motivó la intervención del inquisidor Ortíz de Funes. Jacques de Soria vendió una de las naves de su botín en cuatro botas de vino.

Obtenido el precioso artículo, dado al viento de sus impacencias, el pirata soltó la nao por mar. Un barco de gomeros marinos se hizo a la vela dándole alcance tras correr más de 2 ó 3 tres leguas en la mar libre.

Las viejas crónicas se inflaman con la cálida fama de Francis Drake, el afortunado pirata creado caballero por Isabel de Inglaterra sobre su propio navío.

El nombre de Francis el Pirata y el de nuestros vinos corren parejos.

Sus ataques y bloqueo de las islas en 1585 se atribuyeron a su deseo de saquearlas para obtener mil botas de vino con que endulzar su viaje al estrecho de Magallanes y Costas del Perú.

El mismo cronista que emite esta hipótesis comenta que más tarde comprendieron los paisanos de Drake cuánto más fácil no les era hacer el comercio que la guerra para lograr los impares vinos.

La alusión a las gloriosas jornadas de 1595, en cuyo 6 de Octubre el propio Francis atacó Las Palmas con una escuadra de 28 navíos en forma de media luna, es tan patente como justa.

Aquel triunfo católico de los castillos de Santa Catalina y La Luz que *cruzaban* sus fuegos, que hacían la cruz sobre la media luna de las naves piratas—Agustín Espinosa: LA ISLA ARCÁNGEL DE LOPE—llenó versos de LA DRAGONTEA.

La propia Gran Canaria de nuevo fué atacada en 26 de Junio de 1599 por la escuadra del almirante holandés Pedro Van-der-Doez, compuesta de 73 embarcaciones y nueve mil hombres de desembarco.

El canónigo Don Bartolomé Cairasco, el célebre poeta apellidado *El Divino*, fué comisionado en unión del famoso capitán Antonio Lorenzo—tan ligado de otra parte a la represión de la piratería—para parlamentar con el invasor.

Van-der-Doez se había alojado en la propia casa del poeta y en ella dió a conocer a los comisionados las cláusulas del armisticio. La segunda convenía la sumisión de los canarios como vasallos de los estados de Holanda y Zelanda.

La proposición rechazada, reanudado el estado beligerante, pudieron los insulares derrotar a los holandeses que se retiraron el 3 de Julio. Se llevaron como botín la artillería de bronce, las campanas de la catedral, ciento cincuenta pipas de vino y algunos cajones de azúcar.

Este mismo vino que riega muchas de las viejas historias de piratas no es extraño a la relación del ataque de Lanzarote por parte de los navíos del Conde Jorge de Cumberland en 1596.

Lord Cumberland atacó la isla creyendo al Marqués dueño de una renta superior a cien mil libras esterlinas.

El caballero John Berkley, encargado por el Conde de tomar la capital Teguisse, hizo con sus tropas buena provisión de quesos y vinos. Sus soldados vencidos de su propio botín, debilitados por el alcohol, se vieron obligados a evacuar la isla.

Jorge Glas, historiador de las Canarias, ha relatado este suceso. Su desgraciado nombre entenebrece nuestro relato con su trágica muerte a bordo del navío inglés *Conde de Sandwich*.

El *Conde de Sandwich* regresaba de nuestras islas a Londres con una rica carga de vino, seda, cochinilla y gran cantidad de pesos de oro molido y en barras.

El Oficial Glas, que en el año anterior (1764) había publicado su HISTORY OF THE DISCOVERY AND CONQUEST OF THE CANARY ISLANDS, fué bárbaramente muerto por la tripulación sublevada. Su mujer e hija arrojadas al mar; su criado hecho perecer en el naufragio.

La Guerra de Sucesión dió motivo al ataque del almirante inglés Gennings a Tenerife, en 1708. La isla, invitada por el ofensor a pronunciarse por uno de los dos bandos, se declaró por Felipe V.

Tras la batalla los ingleses establecidos en ella se retiraron y con ellos, dice el historiador Viera, el comercio de nuestros vinos tan floreciente hasta aquella época.

Su descenso no encontró dique desde entonces.

VOLTAIRE

Los nombres de Voltaire y de Aranda se aducen en el texto entre las citas literarias de nuestros vinos. Aranda, como es bien sabido, representaba en España las ideas en boga en París.

A estas citas cabe añadir la que inserta Don Marcelino Menéndez y Pelayo en su HISTORIA DE LOS HETERODOXOS ESPAÑOLES, tomo III, pág. 200 (Madrid, 1881).

Se recoge en ella el envío, por parte de Aranda, de una exquisita colección de vinos españoles al escritor francés, quien la celebró *en una poesía ligera y nada edificante que se llama en las ediciones JEAN QUI PLEURE ET QUI RIT*:

...Et je bois les bons vins

Dont monsieur d'Aranda vient de garnir ma table.

El regalo de Aranda, según M. Pelayo, era espléndido: Las muestras de nuestros mejores vinos fueron acompañadas de porcelanas, sedas, paños y otros géneros. Voltaire le escribía desde Ferney:

— Señor Conde, tengo la manufactura de vuestros vinos por la primera de Europa. No sabemos a cual dar la preferencia, al Canarias o al garnacha, al malvasa o al moscatel de Málaga.

Si este vino es de vuestras tierras—añadía Voltaire—deben de caer muy cerca de la tierra prometida.

EL DUQUE DE CLARENCE

JORGE Plantagenet, Duque de Clarence, fué condenado a muerte y hecho decapitar por el Rey Eduardo IV de Inglaterra. La leyenda supone que, habiéndosele dado a elegir la ejecución de su sentencia, pidió morir ahogado en un barril de Malvasía.

Hasta se ha admitido que este barril de Malvasía fuese precisamente de Canarias.

Tal suposición es recogida por autores ingleses y Harold Lee (MADEIRA AND THE CANARY ISLANDS, Londres, 1887, pág. 20) expresa la probabilidad de que esta Malvasía fuese cosechada en una u otra isla.

Sin embargo la sentencia contra Clarence se cumplió en 1478, cuando aún Tenerife y La Palma, las dos grandes cosecheras, y otras islas no habían sido conquistadas.

Suponemos que el origen de este error se derive de los mismos anacronismos de Shakespeare que lleva nuestro Canarias a obras de su teatro consagradas a personajes más antiguos que el propio Clarence. Enrique V (el *Hal*, Príncipe de Gales, a quien sirve Falstaff en ENRIQUE IV) vivió entre 1388 y 1422.

Sin duda a este legendario Jorge de Clarence se refiere don B. Bonnet cuando supone (PRODUCTOS ANTIGUOS..., en *Mirador de Canarias*, n.º 15, 1940) que un lord inglés pidió morir ahogado en un barril de vino de Tenerife.

EPIGRAMA

LAS islas se juzgaron siempre un paraíso. Los más diversos autores acumularon sobre las Afortunadas los dones más preciosos que naturaleza alguna haya jamás disfrutado, colmándolas de excelencias.

Hasta corre impreso un librito con este título de EXCELENCIAS (1679) donde su autor reivindica para su patria los títulos de Hespérides, Gorgonas, Campos Elíseos, Monte Atlas, etc.

Sin duda ello es verdad en gran medida. Es cierto cuanto pueda decirse de una naturaleza semejante.

Mas no sólo la naturaleza es digna de encomio bajo el sol de las islas. Un delicado, vivo, apasionado espíritu anida bajo su luz. El elegante resumen de EL VIAJERO UNIVERSAL por D. P. E. P., Madrid, 1797, T. XI, p. 225, expresa:

Las Canarias han sido siempre famosas por sus vinos, por su Pico, por su meridiano, por sus pájaros, llamados canarios... pero todavía las hacen más célebres los muchos sujetos distinguidos que de ellas han salido.

Justamente escribía el Viajero en un siglo dorado para la cultura de las islas y su afirmación de que en el día podían gloriarse de tener hombres eminentes era rigurosamente exacta.

Otros habían rendido su tributo a la muerte, tras haber enaltecido el buen nombre de su patria, y acaso pocos entre todos tan dignos de encomio como el excelente gramático y latinista don Juan de Iriarte († 1771).

Don José de Viera, en las líneas que consagra en la *Biblioteca de Autores Canarios* del V tomo de sus NOTICIAS a este buen tío del fabulista don Tomás, reproduce su epigrama 368 dedicado a las islas *fértiles como en vinos en ingentos*.

Ut valet hæc vinis, sic valet ingeniis.

Naturaleza y espíritu danzaban un mismo compás.

GÓMEZ DEL RIBERO

DON Pedro Gómez del Ribero, el desafortunado Juez de Indias, sufrió un extraño atentado, en la ciudad de La Laguna, la víspera de San Cristóbal del año 1653. Hacia las diez de la noche, unos desconocidos penetraron en su casa intimándole a entregarles los papeles que había redactado. Tales documentos, cedidos por Gómez del Ribero para salvar la vida, fueron pasto del fuego. La víctima de este suceso embarcó el siguiente día para Canaria, siguiendo de allí viaje a España, no sin que le asistiesen, ofreciéndole las sumas necesarias para su despacho, los caballeros de la ciudad. La resonancia alcanzada por el misterioso lance le hizo figurar entre las cosas notables acaecidas en las islas a las que el cronista Núñez de la Peña dedica capítulo especial. (*Op. cit.* L. III, Cap. IX, f. 496, col. a).

LA SOCIEDAD CANARIA

LA creación de la Sociedad Canaria de Comercio en 1665 por Carlos II se consigna en DIE CANARISCHEN INSELN, de Francis C. Mac-Gregor, quien afirma su disolución en 1657 (*Op. cit.* p. 18).

Sin embargo Núñez de la Peña fija la disolución de la Compañía, a instancia de los propios ingleses que veían en peligro sus arrendamientos, al fin de tres años de constituida. (*Op. cit.* f. 497).

Ello no obstante nuevas compañías debieron ser fundadas, haciéndose referencia sin duda a la atrás citada en THE VOYAGE OF DON MANOEL GONZALES, (LATE MERCHANT) OF THE CITY OF LISBON IN PORTUGAL, TO GREAT BRITAIN, Londres, 1730.

Este relato inserto en los PINKERTON'S VOYAGES ANDS TRAVELS, Vol. II, Londres, 1808, págs. 1-171, en su capítulo IV dedicado a Londres, cita entre las compañías mercantiles londinenses a la Compañía Canaria, suponiéndola constituida en 1664 con autorización para el comercio de las siete islas.

Tal compañía contaba de gobernador, gobernador-delegado y treinta auxiliares o vocales elegidos anualmente en Marzo.

Sus exportaciones consistían en bayetas, casimires, estameñas, paños noruegos y otras manufacturas de lana; medias, sombreros, panas, mercería, efectos de hojalata y quincallería; así como arenques, sardinas, carne salada y grano; lencería, duelas, arcos, &c.

Las importaciones, de regreso de las islas, se hallaba integradas por vinos, palo de Campeche, pieles, indigo, cochinilla (grana) y otros productos originarios de América e Indias Occidentales.

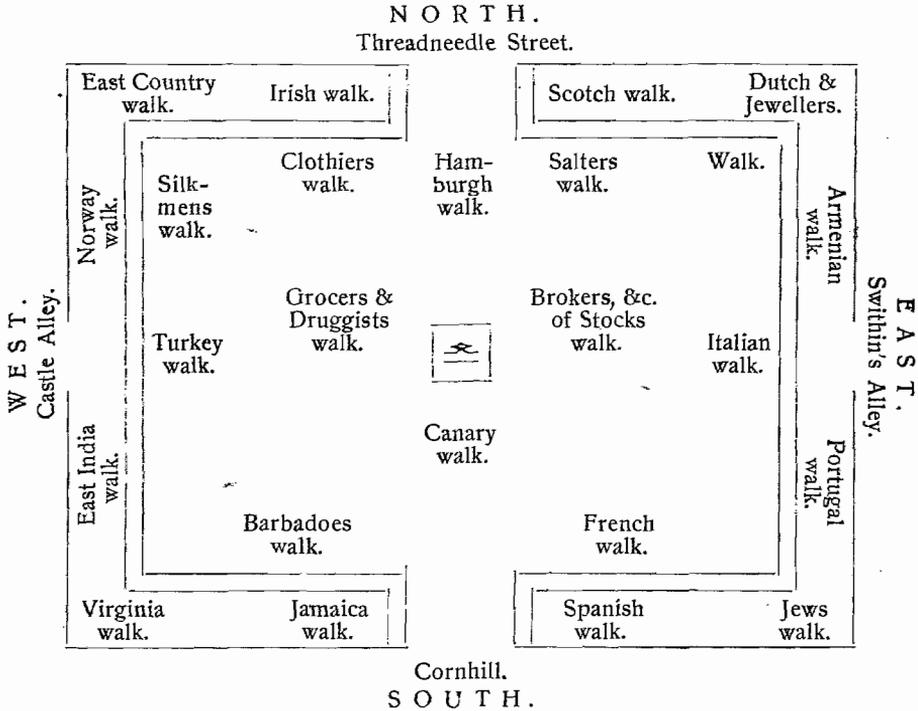
Don Manuel González, al describir Londres se detiene en la calle de Cornhill, la vía del mundo de los negocios, haciendo especial mención de la Royal-Exchange y de los templos de San Pedro y San Miguel.

La Rochal Exchange atrae, sobretodo, su atención, describiendo su gran cuadrilátero, sus nobles galerías de diez pilares en las fachadas de las calles de Cornhill y Threadneedle y las hermosas puertas al centro de ambos frentes.

Una bella torre de doce campanas corona la entrada de Cornhill-Street y su dulce me-

lodia invade un mundo bullicioso que se aglomera en las galerías interiores, decoradas de efigies reales bajo los intercolumnios, y en el patio central, presidido por la estatua de Carlos II con una inscripción latina: *Carolo II, Cæsari Britannico, Patriæ Patri, Regum...*

Los comerciantes del ancho mundo tienen allí su especial sitio, su plaza en la gran urbe mercantil que les asigna este palacio parcelado por naciones. Don Manuel González ha levantado (*Op. cit.* p. 53) el siguiente plano de la Royal Exchange:



Fijémonos que entre el gran pórtico de Cornhill Street y la estatua de Carlos II, tan desafortunado para el comercio de las islas, discuten, transan, cambian impresiones los ocupantes del Canary Walk.

COMERCIO CON INGLESES

DON Miguel Sarmiento ha publicado en el número octavo de *EL MUSEO CANARIO* (1936) un interesante COMPENDIO ANÓNIMO DE HISTORIA DE CANARIAS COMPUESTO EN EL PRIMER CUARTO DEL SIGLO XVIII, que custodia la Biblioteca Nacional.

Aún tratándose de una publicación fácilmente accesible no dudamos insertar a conti-

nuación la parte del mismo que hace relación al comercio de vinos ejercido en las islas por los ingleses. Dice así:

El principal fruto que se saca de Tenerife es el vino de maluasía; éste conducen todas las más de las naciones de el Mundo, en espezial las del Norte, y de éstas los Yngleses, que sacan todos los años el vino de superior calidad; también se lleuan la poca plata y frutos que bienen de Yndias... todo esto se lo lleuan a trueque de sus géneros, trahiéndoles los peores y dándolos a un prezo tan subido que, respeto del ualor que tienen en Cádiz, hai a beses 200 por 100 de diferencia, pues los que en Cádiz uale uno, allá lo obtienen de los Yngleses por tres. El vino se lo pagan en tres plazos: el un tercio por semanas, el otro en ropas, que han de tomar de sus tiendas, y el otro a la buelta de los nauyos; esto lo consiguen con tener en aquella Ysla muchos dependientes a los que embian géneros y, no comerciando otros que ellos, teniendo la posesión de los pocos reales que ahí, obligan al pobre paysano que no posea moneda alguna a que se someta y baya, a cuenta de vinos, a pedir al mercad del Ynglés para cultivar sus viñas; en fin: los Ysleños uienen a quedar, ya que no esclauos de los Yngleses en lo personal, a lo menos en sus asiendas.

Por esto, como por los grandes intereses que el Rey de Ynglaterra tiene en estas Yslas, protege mucho el comercio dellas, pues por cada pipa de vino que entra en Londres, paga al Rey, de entrada 12 £libras esterlinas, y hai años que se embarcan para allá de 8 a 10.000 pipas, y este Soberano saca en sus derechos más que los propietarios de los vinos, junto con los derechos que paga a Nuestro Rey, porque ordinariamente uale cada pipa de maluacia, a bordo de las embarcaciones, de 50 a 60 pezos.

SANTA CRUZ

LA riqueza con que el comercio de vinos revestía a las islas, particularmente a Tenerife, se traducía en una elevación general de precios. Observación es esta que ya encontramos en Dampierre (Vol. III, pág. 8, *apud* Prévost, tomo II, pág. 232).

Los excelentes productos de la tierra ubérrima se presentaban así al comprador extranjero en todo su valor. Son abundantes los elogios rendidos a los diversos frutos del país por residentes y viajeros.

M. de la Harpe, de la Academia Francesa, en su resumen de la gran HISTOIRE GÉNÉRALE DES VOYAGES (T. I, París, 1780, pág. 169) compendia:

Todas las relaciones concuerdan en representarlas como una fuente fecunda de todas clases de comodidades, pero señalan particularmente los ganados, el trigo, la miel, la cera, el azúcar, el queso y las pieles.

Sin embargo, no es extraño encontrar la censura de sus precios, especialmente por los navegantes ajenos al negocio de vinos. Un pueblo rico carece, naturalmente, de la necesidad de vender.

La tacha se detiene, de un modo particular, sobre el puerto de Santa Cruz.

Tal es la opinión expresada por M. d'Eveux de Fleurieu, Alférez de Navío de la Armada de Su Majestad, de la Real Academia de Marina y de la de Ciencias, etc., (marzo de 1769):

Santa Cruz ofrece pocos recursos a las embarcaciones para surtirse en ella, siendo los productos caros y escasos, todos los cuales son transportados al puerto desde el interior de la isla.

El mismo Fleurieu, cuyo viaje tuvo por objeto probar en el mar los relojes marinos inventados por M. Ferdinand Berthoud, consigna (pág. 228) de su *VOYAGE FAIT PAR ORDRE DU ROI EN 1768 ET 1769, A DIFFÉRENTES PARTIES DU MONDE*, etc., Parte Primera, París, Imprenta Real, 1773:

Su principal comercio (de la isla) consiste en vino, aguardiente y cacao al regreso de los navíos de Caracas para el cual tiene la colonia un privilegio particular, lo mismo que para la Habana.

El Teniente William Bligh, comandante del navío *The Bounty*, que visitó nuestra isla en 1788, se lamenta de no haber hallado los víveres solicitados a razonable precio, excepto el vino.

Son interesantes los pormenores que consigna Bligh relacionados con el abastecimiento en el puerto de Santa Cruz en *A VOYAGE TO THE SOUTH SEA, UNDERTAKEN BY COMMAND OF HIS MAJESTY, FOR THE PURPOSE OF CONVEYING THE BREAD-FRUIT TREE TO THE WEST INDIES*, etc., Londres, 1792.

Se expresa en esta relación que la abundancia del mercado era general de Marzo a Noviembre, sobre todo en fruta. Mas a partir de este último mes no es posible obtener nada, salvo unos pocos higos pasados y algunas malas naranjas.

El mismo Bligh observa que numerosas embarcaciones frecuentan la isla procedentes de Santa Eustacia, y de ahí que una gran cantidad de vino de Tenerife fuese transportado a distintos puntos de las Indias Occidentales bajo el nombre de Madera.

La opinión de Bligh sobre la carestía de los víveres, con la sola excepción del vino, es compartida por el Capitán de la Marina de guerra rusa Urey Lisiansky en *A VOYAGE ROUND THE WORLD, IN THE YEARS 1803, 4, 5, & 6, PERFORMED, BY ORDER OF HIS IMPERIAL MAJESTY ALEXANDER THE FIRST, EMPEROR OF RUSSIA, IN THE SHIP NEVA*, etc., Londres, 1814.

Este Capitán, caballero de las órdenes de San Jorge y San Vladimiro, se duele de que el tan discutido más tarde con ocasión de los sucesos de 1808 Capitán General Marqués de Casa-Cagigal le recibiese de una manera que no correspondía a la cortesía de la nobleza española.

Más interesante es sin duda lo relatado por el Capitán ruso sobre lo acontecido a los hombres de su tripulación, ninguno de los cuales había con anterioridad salido del Mar del Norte.

Habiendo pasado las islas el cambio de atmósfera se hizo más perceptible; desde el 30 de Octubre (1803) el aire se volvió tan cerrado y denso que cada cual a bordo se sintió pesoso e indolente.

En tales circunstancias el Capitán estimó adecuado ordenar se mezclase jugo de limón (obtenido de limones cargados en Tenerife) con la bebida servida fuera a la tripulación, cambiando en ocasiones esta bebida por vino de Tenerife.

De todos modos el vino, el agua y la carne eran de excelente calidad.

Así lo expresa el Capitán George Vancouver a la página 34 de la siguiente edición francesa de su viaje (1790-1795) que hemos tenido a la mano: *VOYAGES DE DÉCOUVERTES, A L'OcéAN PACIFIQUE DU NORD, ET AUTEUR DE MONDE*, etc., Tomo I, París, An. VIII (1800).

Vino, fruta y vegetales se encuentran en abundancia en esta isla (Tenerife) se lee todavía (pág. 35) en *IL PILOTA DELL'OCEANO ATLANTICO*, del Capitán mercante C. C., Trieste, 1847.

M. PERON

M. Peron, es autor de una relación inserta bajo el título HISTORICAL RELATION OF A VOYAGE UNDERTAKEN FOR THE DISCOVERY OF SOUTHER LANDS en el volumen XI de los Viajes de Pinkerton (págs. 739 y sigs.).

Se asegura en esta relación (pág. 745) que desposeídas del misterioso manto de la poesía y la leyenda, no resta interés alguno a las islas, salvo el derivado de sus vinos, de su ventajosa posición y de las revoluciones físicas y políticas (?) de que han sido teatro.

Sostiene M. Peron (pág. 747) que las islas recobrarían un alto interés en manos de la Gran Bretaña que, mediante su posesión, se eximiría en parte del oneroso tributo que satisfacía a Portugal, España y Francia por los vinos y aguardientes que extraía de estas naciones.

El antropólogo francés llega, en consecuencia, a suponer en su narración que sin duda el principal móvil del ataque del Almirante Nelson a Tenerife el memorable 25 de Julio de 1797, era obtener la redención de este tributo.

BORY DE ST. VINCENT

BORY de St. Vincent es particularmente conocido entre nosotros por sus ESSAIS SUR LES ISLES FORTUNÉES ET L'ANTIQUE ATLANTIDE, París, Germinal, An. XI (1801).

Su estancia en las islas se debió a la expedición Baudin de la que formaba parte. Esta misión francesa encargada de investigar sobre la Historia Natural de las Canarias aportó distintas obras a nuestra bibliografía.

Hasta dos se citan en el texto: la arriba reseñada del propio St. Vincent y la de Mr. André Pierre Ledru, VOYAGE AUX ÎLES TÉNÉRIFFE, etc., (dos tomos), París, 1810.

Junto a ellas en estas NOTAS se hace mención de la HISTORICAL RELATION OF A VOYAGE, etc., inserta bajo este título en el volumen XI de los Viajes de Pinkerton, cuyo autor M. Peron antropólogo de aquella expedición, tenía a su cargo el estudio del Hombre.

Mas volviendo a M. Bory de Saint Vincent no hemos de omitir su VIAJE A LAS CUATRO PRINCIPALES ISLAS DE LOS MARES DE AFRICA, DURANTE LOS AÑOS NUEVE Y DIEZ DE LA REPÚBLICA (1801 y 1802).

Tal viaje figurá en el NUEVO VIAJERO UNIVERSAL, recopilación de las obras publicadas por los más famosos viajeros del siglo XIX, ordenada y arreglada por Don Nemesio Fernández Cuesta, T. I, Madrid, 1859.

Los pormenores reseñados por B. de St. Vincent son sin duda de gran interés. Sus anotaciones nos revelan, en una y otra parte, el progreso cultural de Tenerife cuyo nivel mantenían a la sazón en elevada altura selectas minorías.

Sólo nos detendremos, sin embargo, en un punto. Aquel en que B. de St. Vincent, que ha penetrado en la casa de M. Saviñón (La Laguna) en busca de su compañero Lavilain, su huésped, se maravilla de su sala de conciertos.

Un clave, atriles permanentes, instrumentos musicales...

Saviñón, gran melómano, tiene un gusto exquisito. B. de St. Vincent, mientras expira el humo de su cigarro, charla... y bebe; porque Saviñón le ha ofrecido urbanamente tabaco y vino blanco.

VIAJEROS

UNO de los temas más sugestivos, y menos explorados a la par, de la literatura canaria es sin duda el de las narraciones de los viajeros que han recorrido las islas desde su más remota antigüedad.

Hemos anotado en el texto muchas de estas páginas en cuanto guardan relación con el tema de nuestros vinos sin que se nos oculte el número de los que habrán pasado desapercibidos a nuestras lecturas.

Estos viajes son siempre pequeñas piezas de recreo literario para el canario lector.

Junto a las sabidas noticias cabe esperar el poético hallazgo. Aquella dedada de sorpresa que vierte el azar en la vida del hombre que se mueve dentro del mundo.

He aquí algunas de estas noticias que entreabren sus alas de fantasía y que son algo así como las más bellas mariposas en la colección rigurosa de un entomólogo:

Sir Edmund Scory, citado en el texto, trae a nuestros ojos la imagen fresca de la laguna de Aguerre, la feliz pintura de aquel dulce lago ceñido de frondas en su melódico anillo de voces de pájaros.

Lope mismo no eludió sugestión semejante en su comedia LOS GUANCHES DE TENERIFE, donde la hermosa laguna, su mejor escenario, se arroba de luces y músicas:

*Tal copia de ánades llueve
y tanto en sus aguas medran
que parece que la empiedran
de copos de blanca nieve.*

Sobre sus aguas volaban avecillas ricas por su pico o su plumaje, bocado tierno de las voraces rapaces que llegaban a su caza. Negros esclavos levantaban los pájaros de la umbría al cielo de su muerte. Allí los halcones, más fuertes y robustos que los de Berbería, les hacían su presa.

Sir Edmund presenciaba el triste pasatiempo, cuando el Comandante General, que le acompañaba, le refirió una anécdota magnífica de uno de estos halcones que había remitido como regalo al Duque de Lerma para sus partidas de caza.

Nostálgica de suaves alisios y de entrañables verduras el ave escapó al puño ducal del cazador, emprendiendo un liberador vuelo de dieciséis horas desde Andalucía a Tenerife, donde se la recogió exánime con las armas de Lerma al cuello.

El Doctor Sprat, más tarde Obispo de Róchester, insertó en la Historia de la Real Sociedad de Londres un relato debido a un médico que con este carácter y el de comerciantes había visitado las islas hacia 1650.

Sprat estampó en la londinense Historia notas que leemos con regocijo. El ilustre escritor declara en ellas la afición por nuestras sabrosas *Clacas* que juzga, sin contradicción, el mejor marisco del Universo.

Junto a esta afición del viajero, un testimonio de nuestros rosales: *Los rosales—dice—allí florecen en Navidades. Nada les falta a las rosas para la vivacidad del colorido ni el tamaño,*

Sobre los *petit-bourgeois* laguneros ha observado que no hay uno que no lleve una larga espada, en la ciudad como de viaje, y que no prefiera más languidecer de hambre, o al menos vivir de potaje y uvas, que hacer el menor movimiento para hacerse la vida más dulce.

Le Maire, cirujano del Hotel-Dieu, de París, arriba el 1 de Mayo de 1682 a Gran Cana-

ria. Llega de paso, como agregado a la Compañía francesa de Africa y el navío en que viaja no recibe contestación al saludo de cinco cañonazos con que saluda a la plaza.

El viajero deduce por su cuenta que sin duda por carecer de provisiones de pólvora.

Una vez en tierra ejerce su profesión con singular éxito. El convento de monjas Bernardas le llama hasta cuatro veces. Hay especialmente en el convento una monja parisina que sirve de intérprete al cirujano que examina un gran número de religiosas.

Le Maire estima que el único mal de las examinadas es la clausura y como hombre comprensivo no deja de recetarles algún remedio contra los vapores, que les alivie sus males restándoles obligaciones.

Las monjas corresponden a la generosidad de Le Maire colmándole de bizcochos y confites. Sobre todo llegan al corazón del cirujano francés ofreciéndole una merienda de frutas de todas clases servidas en porcelana de la China y adornadas con verdadera profusión de rosas, tuberosas, flores de azahar y jazmines.

Le Maire, durante su corta estancia, observó a la mujer de un magistrado poseedor de una riqueza de 500.000 escudos, a quienes los médicos de la isla habían diagnosticado una pulmonía. Tal señora sólo padecía, en opinión suya, los males propios de su sexo.

Sobre este caso el viajero concluye la ignorancia de los facultativos insulares.

Le Maire fué objeto de remuneradoras ofertas para que estableciese su residencia en el país, pero sus compromisos, particularmente con Dancourt, director general de la Compañía, le impidieron aceptarlos, reembarcando seguidamente.

Roberts nos descubre en su Viaje a las islas de Cabo Verde (1721) una mina de oro en las montañas de Anaga. *No falta nada*,—comenta el Abate Prévost—*a las riquezas de Tenerife si es verdad, como el Capitán Roberts nos asegura, que hay una mina de oro en la punta de Nagos.*

Sobre esta mina cuenta Roberts que habiendo sido descubierto un vecino con herramientas de hierro y otros instrumentos delatores de su intención, en unión de cierta cantidad de oro que le fué recogida encima, fué colgado por la justicia pocos días antes de su arribo.

Roberts anota en su VIAJE, además, el encuentro de un árbol de coral, acaso el mayor de cuantos hayan sido descubiertos en el Mundo.

Hemos entresacado tales viajeros por ser otros tantos testimonios de nuestros vinos. Sus citas se insertan en el lugar oportuno, sin que hayamos resistido a la tentación de reunirles como miscelánea en esta nota.

Sus páginas, escritas al pasar, desembarazadas de mayores preocupaciones, encierran maravillosas referencias. Son, sin dudarlo, el rosal de nuestras maravillas.

NICOLS, SCORÝ Y UNA LÁMINA

EL VIAJE de Nicols como las OBSERVACIONES de Scory han sido traducidas por don B. Bonnet (*Revista de Historia*, núms. 39 y 40, julio-diciembre de 1933 y *El Museo Canario*, n.º 8, enero-abril de 1936, respectivamente).

Hemos consultado la HISTOIRE GÉNÉRALE DES VOYAGES de Prévost, no citada por Bonnet en las notas a estas traducciones, en cuyo tomo II se incluyen ambos relatos (páginas 225-248 y 249-253).

Conjuntamente con las demás fuentes reunidas por Prévost se hallan refundidas en el Cap. II del tomo I, págs. 162-243, del resumen de la HISTOIRE DES VOYAGES, de la Harpe, París, 1780.

La ausencia de nuestras bibliotecas de las colecciones donde primeramente fueron insertos, nos ha privado del cotejo con los originales ingleses. Existen, sí, los registros de sendas traducciones de Nicols y Scory.

Tales registros se hallan en el Catálogo de nuestra Biblioteca Provincial (sig. 83-2/17) pero las hojas correspondientes han sido cortadas y separadas del volumen a que se hallaban cosidas.

Una versión francesa de ambos relatos se encuentra en la HISTOIRE DE LA PREMIERE DECOUVERTE ET CONQUESTE DES CANARIES, dada a luz por Galien de Bethencourt, París, 1630.

Bonnet, basándose en las fechas de concesión de los títulos de Conde (1553 o 1554) y Marqués de Lanzarote (1582) a don Agustín de Herrera, citado con el primero en el texto deduce ser posterior la redacción del Nicols al año 1526 que se le viene asignando.

Tal fecha, partiendo de razonamientos diferentes relativos a la sociedad mercantil de que Nicols formaba parte, había sido ya rechazada por Prévost quien la pospone a 1554.

Don B. Bonnet ilustra su versión del Nicols con una lámina que representa una cueva sepulcral de los guanches, facsímil tomado de la ALLGEMEINE HISTOIRE DER REISEN ZU WASSER UND LANDE, Vol. II, pág. 40, Leipzig, 1748.

La pregunta que se hace Bonnet al pie del grabado: *¿Fue ésta la cueva que visitó Thomas Nicols, y que cita en la descripción que publicamos?* quedará siempre sin respuesta, por que, Nicols no determina qué cueva visitara.

En cuanto a la lámina en sí misma, podemos añadir, no es original de la ALLGEMEINE HISTOIRE que la reproduce de la HISTOIRE DES VOYAGES, pág. 261 del tomo II, París, 1746.

Bajo el mismo título de *Cave Sépulcrale des Guanches*, bien que distintamente encuadrada, se reproduce de nuevo en el RESUMEN de la Harpe, tomo I, pág. 211, ilustrativa del cap. II: *Voyages aux Canaries. Description de ces Isles*.

Prévost la había incluido en su HISTOIRE como ilustración a la relación de Sprat, que como hemos visto insertó en la Historia de la Sociedad Regia de Londres el relato de un médico anónimo sobre la isla de Tenerife (s. XVII).

En esta relación se describe la cueva de Güímar con todo detalle y sin duda alguna a ella alude la lámina: Si Nicols visitó o no esta cueva es asunto que dejamos al gusto del lector.

Sólo nos basta aducir que este grabado de la ALLGEMEINE HISTOIRE que se ha juzgado un testimonio histórico, ni es original de ella, ni pasa de ser una mera composición artística hecha por Cochín (hijo), en París.

VIÑEDOS

EL cronista Don Juan Núñez de la Peña que publicó su CONQUISTA Y ANTIGÜEDADES DE LAS ISLAS DE LA GRAN CANARIA, en Madrid, 1676, nos ha dejado en Capítulo I de su Libro Tercero, (fs. 338-344) relación de los distintos lugares de que se componía la isla de Tenerife.

He aquí la distribución de las viñas en los mismos: VALLE DE SALAZAR: *tiene viñas*; TAGANANA: *en este lugar hay muchas viñas de Malvacta, y Vidueños*; TEGUESTE EL VIEJO:

tiene viñas; TEJINA: tiene muchas viñas; LA PUNTA DEL HIDALGO: cogese algun vino; GRANADILLAR: Es vn pedaço de Valle fertil de buenas viñas; FEGUESTE EL NUEVO: en toda la mas parte dél está todo plantado de viñas; VALLE DE GUERRA: está la mas parte dél plantado de viñas; SAN ANTON: Es vn pedaço de Valle plantado de viñas; TACORONTE: Es un grande lugar, todo él de viñas; SAUZAL: tiene muchas viñas; MATANZA: tiene muchas viñas; CENTEJO: Este lugar de Centejo, que por otro nombre se dize de la Victoria... tiene muchas viñas; SANTA URSULA cogense de todos frutos de vinos; VILLA DE LA ORTAVA: está toda cercada de viñas de Malvacia, que es el mejor fruto de la ista; REALEJO DE ARRIBA: tiene muchas viñas de Malvacia; REALEJO DE ABAJO: tiene muchas malvacias que es la riqueza de la ista; SAN JUAN LA RAMBLA: de muchas viñas de Malvacia; ICOD: cogense en su jurisdicción de todos frutos de viño de Malvacia,... GARACHICO: cerca de este lugar ay muchas viñas de Malvacia; EL TANQUE: está en lo alto de Garachico, cerca dél tiene muchas viñas de Malvacias; SAN PEDRO: tiene muchas viñas; SILOS: tiene muchas, viñas; BUENAVISTA: tiene buenas llanadas de viñas de Malvacia; CHASNA: poco vino; GÜIMAR: tiene algunas viñas.

Se omite la mención de las viñas en los lugares de Santa Cruz, El Puerto de la Cruz, Fuente de la Guancha, Santiago, Adeje, Granadilla, Arico, Arafo, Candelaria, Rosario y Esperanza, citadas en el texto.

CULTIVOS

POCOS años antes que Francis C. Mac-Gregor estampase en las páginas de DIE CANARISCHEN INSELN el almanaque del viticultor canario aducido en el texto, el viajero francés M. André-Pierre Ledru había consignado a la pág. 124 del tomo I de su VOYAGE citado, aparecido en París en 1810, el método de cultivo generalmente adoptado.

Un más rancio testimonio de las labores vitícolas nos ofrece A VOYAGE TO SENEGAL THE ISLE OF GOREE, AND THE RIVE GAMBIA; BY M. ADANSON CORRESPONDENT OF THE ROYAL ACADEMY OF SCIENCES, TRANSLATED FROM THE FRENCH, WITH NOTES BY AN ENGLISH GENTLEMAN WHO RESIDED SOME TIME IN THAT COUNTRY, LONDON, 1759.

El Viaje de Adanson se halla inserto (págs. 337 y sigs.) en A GENERAL COLLECTION OF THE BEST ANDMOST INTERESTING VOYAGES AND TRAVELS IN ALL PARTS OF THE WORLD, etc, por John Pinkerton, Vol. XVI, Londres, 1814.

Adanson realizó su viaje al Senegal durante los años 1749-1753, permaneciendo en el primero en Tenerife, donde presencié las labores vitícolas que describe (pág. 603 del volumen de Pinkerton citado) en los alrededores de Santa Cruz.

NÓMINA ÁUREA

EN el voluminoso ESTUDIO SOBRE LA EXPOSICIÓN VINÍCOLA NACIONAL DE 1877, Madrid, 1878-79, se incluye (pág. 917) la siguiente relación de premios otorgados por el Jurado en el madrileño concurso, referentes a la entonces provincia de Cánarias:

Nombres de los expositores	Distritos municipales	Clase de productos	Premio obtenido
Sres. Lebrun y compañía	Santa Cruz de Tenerife	Malvasía nueva	Afinación
		Tenerife seco viejo	Perfección
		Idem nuevo	Idem
D. Guillermo Davidson y compañía	Idem	Malvasía vieja de Orotava	Mención
		Idem	Afinación
		Seco de Orotava de primera	Perfección
Sres. Bruce, Hamilton y compañía	Idem	Idem id. de segunda	Mención
		Canary Sach	Perfección
		Old London	Mención
		Idem superior	Idem
		Second Cuality	Idem
D. ^a Ciriaca González de Fuentes	La Orotava	West India	Idem
		Old particular	Idem
		Generoso Seco	Perfección
D. Antonio M. Lugo y Viña	Idem	Vino común	Mención
		Idem de naranjas	Idem
		Seco de la Gran Florida	Perfección
D. Domingo Massieu y Westerling	Las Palmas	Idem de Lomo, de 1870	Mención
		Dulce de id.	Idem
		Seco de Westerling de 1861	Perfección
D. Antonio Monteverde del Castillo	La Orotava	Malvasía	Idem
		Seco de 1865	Idem
D. Esteban Quintana y Llarena	Las Palmas	Moscatel dulce de 1869	Idem
		Generoso seco de 1860	Idem
		Idem de 1865	Idem
		Seco de pasto de 1873	Mención
D. Vicente Suárez y Naranjo	Idem	Generoso de 1870	Perfección
		Idem Seco de 1869	Mención
Sr. Conde de la Vega-Grande	Idem	Dorado dulce de 1869	Perfección
		Seco de Gallegos, de 1860	Mención
		Tinto del Monte, 1875	Idem
D. Fernando Tolosa	La Orotava	Vino de naranja	Perfección
D. Antonio Alfonso y Feo	San Miguel	Listán blanco, núm. 1	Mención
		Idem, núm. 4	Idem
Sres. Carpenter y compañía	La Orotava	Seco, núm. 1	Idem
		Idem, núm. 2	Idem
		Malvasía	Idem
D. Salvador González Torres	Las Palmas	Idem de pasas	Idem
		Generoso seco de 1859	Idem

D. Rafael Lorenzo y García	Las Palmas	Seco de Gallegos, de 1873	Mención
D. Felipe Marrero	Arafo	Pasto de 1. ^a	Idem
D. Martías Matos y Matos	Las Palmas	Seco del Monte Moscatel dulce de 1875	Idem
			Idem
D. Leonardo A. Montes	Icod	Miraderos de 1872	Idem
D. Juan de Quintana y Llarena	Las Palmas	De pasto de 1875	Idem
D. José de la Rocha y Lugo	Idem	Generoso de 1870	Idem
D. Carlos Peña	Las Arenas	Seco superior, núm. 1 Idem, núm. 5 Idem, núm. 6	Idem
			Idem
			Idem

Se hace constar en el mismo Estudio los nombres de aquellos expositores que presentaron diversos productos clasificados como muestras. Son éstos, además de varios de los arriba citados, los siguientes cosecheros:

Don Eduardo del Campo, de Icod; don José del Castillo-Olivares, de Las Palmas; don Antonio Díaz, de La Florida; don Antonio Domenech, de Las Palmas; don Manuel González, de Las Palmas; don Andrés de Lorenzo-Cáceres, de Icod; don Juan de Torres León-Huerta, de Icod; y don Tomás de Ascanio, de la Orotava.

Completa esta relación la lista de los expositores premiados en otros concursos que a continuación reproducimos, tomándola también del estudio de la exposición madrileña publicado en 1878-79 (pág. 1.169):

Nombres	Pueblos	Clases de Premios	Exposiciones
Castillo-Olivares (D. José del)	Las Palmas	Premiado	Sevilla 1874
Davidson y Comp. (D. Guillermo)	Santa Cruz de	Idem	Viena 1873
	Tenerife	Medalla de oro	París 1878
González de Fuertes (Doña Ciriaca)	Orotava	Idem	Filadelfia 1876
		Mención honorífica	París 1878
L'Brun y compañía (Sres.)	Santa Cruz de	Medalla de oro	Matanzas 1879
	Tenerife	Idem de plata	París 1878
Lorenzo-Cáceres y Ossuna (Don Andrés de)	Villa de Icod	Idem de id.	Matanzas 1872
		Mención honorífica	Provincial 1862
Suárez Naranjo (D. Vicente)	Las Palmas	Medalla de bronce	París 1878
Vega Grande (Sr. Conde de la)	Idem	Premiado	Madrid 1857
		Medalla de plata	París 1878

Se omite en esta relación el nombre de los Sres. Bruce, Hamilton y Cía. que según el artículo de don Patricio Estévanez en *La Ilustración de Canarias*, núm. 1, 1878, obtuvieron Medalla de plata, en París, por su Vino de Tenerife.

A la exposición francesa concurren, además, los Sres. Hamilton y Cía., con Malvasía y otras varias clases de vinos del país; el Sr. Quintana, de Las Palmas, con vino natural generoso y moscatel; el Sr. Tolosa, de la Orotava, con vino de naranja; y el Sr. Hardisson, de Santa Cruz, con vino de Tenerife, premiado con Medalla de Oro.

MESONES Y TABERNAS

TODAVÍA existen entre nosotros típicas tabernas y mesones: La cocina canaria es tan excelente como exquisitos nuestros famosos vinos, y los dulces, cantados ya por Góngora,—LAS FIRMEZAS DE ISABELA, 1610—siguen siendo un postre inapreciable.

Pero, ¿cómo olvidar a los mesones y tabernas pretéritas?

La celeridad de las comunicaciones ha arruinado nuestros viejos paradores y ventas: Altos del ómnibus; relevo de caballos; el yantar generoso y el precio exiguo. Su romántico recuerdo deja un melancólico sabor en la memoria.

No haremos mención de los mesones y tabernas actuales, ni siquiera de los inmediatos en el tiempo, pero nos parecerían incompletas estas Notas, sin una referencia a los de la gran época de nuestros vinos.

Respecto de mesoneros y taberneros regían en los siglos XVI y XVII curiosas y severas ordenanzas, no pudiendo dar de almorzar los días de fiesta por la mañana hasta la salida de misa, ni recoger ladrones en su casa.

Tenían prohibido tener en sus establecimientos tableros de juego, naipes ni dados, ni aún para jugar a juegos permitidos, así como tener en sus casas mujeres que ganasen, o dar de comer a vecinos que estuviesen casados en el pueblo de su residencia.

Se les ordenaba, en fin, tener buenas camas, limpias y en partes honestas, recogidas y abrigadas, con dos colchones de lana, o al menos un colchón y un jergón lleno de paja, pluma o lana, dos sábanas limpias, una manta o colcha *de las buenas mantas que vienen de Castilla* y una o dos almohadas.

La lejanía lo pule todo y nos ofrece esta pulcra estampa del pasado. La sensibilidad nos deja en un pretérito que acaso no existió. ¿Hay hoy, todavía tabernas y mesones?

ACLARACIÓN

Junto a ligeras erratas, que el buen sentido del lector subsanará fácilmente, deseamos corregir la que en la página 30, línea 2 y página 46, línea 16, dice 1801, debiendo decir 1803.

Nos complacemos en rectificar también la noticia, estampada en las Notas, que afirma la separación del manuscrito de la Biblioteca Provincial, afortunadamente completo, de las traducciones de Nicols y Scory, hija de una confusión que lamentamos.

DE ESTA OBRA SE HAN IMPRESO
TRESIENTOS EJEMPLARES NUMERA-
DOS DEL 9 AL 250, MÁS OCHO EJEM-
PLARES EN PAPEL REGISTRO, DE LA
PAPELERA ESPAÑOLA, TAMBIÉN NU-
MERADOS, DEL 1 AL 8.

N^o 38 *

STUDIORUM
CANARIENSIVM
INSTITVTVM



REG. SANCTI
FERDINANDI
VNIERSITATIS

LAS CANARIAS DE LOPE

INSTITUTO DE ESTUDIOS CANARIOS
EN LA UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA

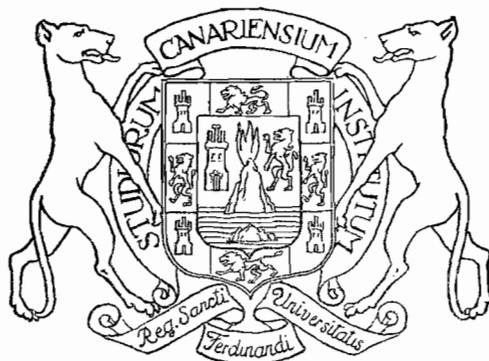
CONFERENCIAS Y LECTURAS

SECCIÓN II: LITERATURA, ARTES PLÁSTICAS
Y MÚSICA

VOLUMEN I (SEC. II: NÚM. 1)

ANDRES DE LORENZO-CACERES

LAS CANARIAS DE LOPE



LA LAGUNA DE TENERIFE

1935

Copyright by
INSTITUTO DE ESTUDIOS CANARIOS
La Laguna, 1935

IMPRESA CURBELO.-SAN AGUSTIN, 47-LA LAGUNA

A D V E R T E N C I A

Con la edición de Las Canarias de Lope, de don Andrés de Lorenzo-Cáceres, su primer Presidente, comienza la Sección de Literatura, Artes plásticas y Música, sus publicaciones dentro del cuadro general de las del Instituto. El texto que hoy ofrecemos a nuestros lectores fué leído por el señor De Lorenzo-Cáceres en la solemne sesión conmemorativa del III Centenario celebrada por la Asociación de Escritores y Artistas, de Madrid, la tarde del 22 de Junio pasado.

Sobre las Canarias en el teatro de Lope de Vega ha escrito don Andrés de Lorenzo-Cáceres en el número VI de la revista El Museo Canario que dirige, en Madrid, nuestro ilustre paisano el catedrático de la Universidad Central y académico de la Historia don Agustín Millares Carlo; en sus páginas podrá el lector interesado encontrar los oportunos elementos de crítica que se han suprimido de la presente Lectura por su carácter primordial y deliberadamente poético y literario.

Las Conferencias y Lecturas, cuya publicación iniciamos, se nutrirán de aquellos textos de análogas condiciones al contenido en su primer volumen; colaborarán las diferentes secciones del Instituto en su redacción, pudiendo el lector agruparlas en serie o por disciplinas: con este objeto una doble numeración catalogará cada volumen dentro de la colección general y respecto de la sección correspondiente.

La Laguna, Agosto de 1935.

A Juan B. Acevedo.

YO, COMO LOS RUISEÑORES, TENGO MÁS VOZ QUE CARNE.

LOPE DE VEGA

BLANCO Y AZUL

Sobre la tumba (que ya es monumento), sobre la muerte (que ya es eternidad) de Lope, cuántas coronas ha depositado España, y el Mundo, en esta ocasión; yo no puedo añadir laureles y palmas, con crecer en mi patria las *Phoenix canariensis*, las hermosas *Phoenix* vegetales con que ceñir la frente del *Fénix de los Ingenios*. A mi sólo me está permitido ofrecer, en su homenaje, un sencillo ramo dividido entre retamas blancas de la cumbre y siemprevivas azules de la costa. De las blancas retamas del Teide, extraen las abejas tinerfeñas una riquísima miel perfumada; las siemprevivas azules de la costa ensanchan al mar en flores, ya en tierra firme, flores tan humildes que carecen de aroma, pero tan constantes que no se marchitan. A las abejas españolas, a los que trabajan volando, a los que en el aire y por el aire de los castillos en el aire de España viven de sus alas, de remontar el vuelo y de extraer su secreto a las flores, de jardín y de huerto, españolas, de dulcificar, en los panales de la poesía, la belleza y el perfume nacionales, dedico las olorosas retamas blancas; y, a los españoles todos, a los que bajo los mismos estandartes mar-

chamos, a paso seguro de sacrificio y batalla, con la Patria, ofrezco las siemprevivas del constante recuerdo de una provincia cuya bandera es blanca y azul como un manojo de retamas y siemprevivas, o como un trozo de cielo o de mar, bandera que ciñe a una isla que es su propio obelisco, que se quema en su propio fuego, que se corona con sus rosas, sus palmas y sus laureles y que es cantada, en todo lo verde de la colosal pirámide, por sus canarios: Un delicioso obelisco romántico abandonado sobre las aguas, tupido de follajes y de pájaros, hilado de arroyos, perfumado de frutos y de flores. (Decía Píndaro, a propósito de su aroma, que antes de arriivar a las islas se gozaba su presencia por un vaho oloroso que las rodeaba.) Delicioso cementerio. He dicho cementerio y no sin meditarlo. Es tal el reposo, la profunda paz, la dilatada caricia, que dan ganas de morir y descansar dentro de la tierra y bajo los árboles de esta roca. ¡Qué dulce sueño si, muerto, se pudiesen escuchar la brisa, las fuentes, los pájaros y las olas! Este obelisco y las que, islas, se agrupan en torno suyo como jardincillos poblados, entre otras especies, de brezos, laureles y pinos, y árboles frutales, y plantas y flores de todas clases, animados por los nerviosos manantiales y las pintadas aves, han sido cantados por Lope. El artista jamás les visitó; fué el suyo un conocimiento poético; veamos de qué estilo y con qué fortuna.

Las letras y el sentimiento nacional: He aquí dos exponentes que corren gemelos en la historia de las naciones. Porque las letras forman a modo de un escuadrón ligero, (más ligero que la caballería, ya que mueve alas, y más rápido que la aviación, ya que sus motores son pensamientos), de un escuadrón ligero, digo, que abre el camino a los ejércitos. Lope sintió a España no sólo como hijo, sino como soldado. Lope es nuestro gran poeta nacional. Los chorros de su

vena poética, despeñándose desde la alta meseta de su literatura, animan las elevadas laderas y los valles españoles; la cúspide y la base de la pirámide: desde las figuras excelsas de nuestra Historia hasta el pueblo que ha ido haciendo esa misma Historia. Y en aquellos valles hasta donde llega el caudal de Lope: la variedad de frutos, de aves, de hombres y de bestezuelas españolas; y en esotros pueblecitos bajo cuyos puentes canta, al pasar, su poesía: los talleres, los artesanos, las industrias y los funcionarios nacionales. Pero cuando el manantial entra en los molinos del Teatro, para grano tan rico, qué harina tan saludable: Todo el oro de nuestro *Siglo de Oro*. Probemos del pan de esta harina cocido en el horno vivo del corazón de España y digamos luego de su sabor.

Con fácil profecía, pues que los hechos habían ya transcurrido, Lope habla, en su comedia sobre *San Diego de Alcalá*, de las posibilidades de conquistar las islas Canarias. Es el interés que todo el pueblo pone en los grandes negocios nacionales: España se ensancha, y con ella, la fe, la lengua y la personalidad españolas.

FRAY JUAN

*Diga padre: los gigantes
Y bárbaros de Canaria,
¿Cómo llevan que les traten
De que dejen a sus dioses,
Y la fe de Cristo ensalcen?*

FRAY DIEGO

*En los de Fuerteventura
Impresión hace el tratarles
Los misterios de la fe;
Los de la Canaria grande*

*Defienden que entren en ella;
 Pero si los conquistase
 el Rey, como en Dios lo espero,
 (Aunque tiempos adelante),
 También la fe tomarían;
 Puesto que es gente intratable,
 Y más los que Guanches llaman,
 Que allá en Tenerife caen.*

Leamos estas líneas pensando en Lope y en el espectador de Lope, en el público que se asoma a su teatro a conocer el desarrollo de los sucesos nacionales.

ÁRBOLES

La monstruosa facilidad de Lope le lleva a tratar el tema de Canarias sin la documentación y sin el aparato erudito precisos. Digamos de paso, que esta actitud de Lope frente a lo desconocido no nos mueve a censura; es, al fin de cuentas, la actitud romántica. Lope hermosea el paisaje tinerfeño con olmos, olivos, manzanos y otras especies arbóreas; Lope hace nacer rosas en los campos canarios y las corta para embellecer a las mujeres indígenas; Lope echa a volar, por los bosques de Tenerife, ruiseñores, oropéndolas y aberranías, entre otros pájaros; Lope hace temblar las yerbecillas canarias bajo las pezuñas veloces de los ciervos; Lope coloca, en las pobres manos aborígenes, perlas y diamantes; Lope, en el acto II de *San*

Diego de Alcalá, mueve los labios de un rey canario en las más estupendas fantansías y bellezas.

TANILDO

*A darte en arras me obligo
 Dos mil plumas de colores
 Que no se han visto mejores
 Cuando se arrebola el cielo,
 O se asoma a ver el suelo
 El sol a sus corredores.
 Daréte otras tantas pieles,
 Que en blanca y hermosura
 Compiten con la blanca
 Que ver en la espuma sueles.
 Diez tocados con joyeles
 De inestimable valor,
 Donde la costa y labor
 Vale más que los diamantes,
 Con ser ellos semejantes
 Con el planeta mayor.
 Una cama te daré
 Labrada en boj de tal modo,
 Que se ve pintado todo
 Cuanto en las islas se ve,
 Y dos vasos que yo sé
 Que son dignos de tu boca,
 Que no es alabanza poca;
 Pero podrás guarnecellos
 De perlas, sólo en ponellos
 A las que la lengua toca.*

No era necesaria la inclusión de tales elementos, extraños a las islas, en las comedias *Los guanches de Tenerife* y *San Diego de Alcalá* pero eran bellos y son naturales; la belleza y la naturalidad en un poeta son dos cualidades esenciales. No existían entonces, pero no eran contrarios al clima ni al suelo tinerfeños, olivos y manzanos. Hoy crecen unos y otros en Tenerife, y el verde oliva de los árboles, la paz, la paz que fué paz en el pico de la paloma por que antes era paz, serenidad y reposo en el árbol, la paz de las verdes ramas de oliva, armoniza la calma azul marino del océano, la tranquilidad azul celeste del cielo y la noble medida de la tierra que no es veloz ni tardía, sino espiga en Agosto y rosa en Mayo.

PÁJAROS

Lope fué un grande poeta de lo maravilloso y la técnica escénica de sus comedias participa de la magia y de lo imprevisto. La primera escena de su comedia famosa *Los Guanches de Tenerife* representa una isla; gira la isla y aparece una nave a cuyo bordo el Adelantado y sus capitanes llegan a Tenerife; nueva rotación de la plataforma donde se figura la nave y estamos en condiciones de representar las primeras escenas del desembarco. Pues bien, un pasaje bellissimo de *Los Guanches de Tenerife* es aquel en que un árbol cargado de pájaros inclina su copa hasta las manos de Manil para que éste pueda coger, escoger,—*No cojo, por escoger*—, un pájaro que ofrecer al Niño que sonríe en brazos de N. S. de Candelaria,

*Ah, pajarillos canarios,
Cuyos sabrosos piquillos
Andan picando ramillos
Por esos árboles varios.
Ah, jilguerillos pintados
Más que vestido español
Que le dais música al sol
Luego que dora los prados.
Ah, calandrias, que cantáis
Al aurora en los barbechos;
Golondrinas que en los techos
De las cabañas moráis;
Ruisseñores, tan corteses
Y discretos en callar,
Pues sólo os oyen hablar
De todo el año tres meses;
Aberranías, doranes,
Que andáis por esos palmitos,
Oropéndolas, mosquitos,
Lechuzas y alcaravanes;
Gorriones prevenidos
Que llaman zorras con alas;
Gaitais llenas de más galas
Que los campos más floridos.
Bajad, bajad que os lleve
De vuestro asiento frondoso
A aquel mi Niño amoroso,
Para la mano de Nieve
De la candela en la mano.*

Un árbol lleno de pájaros se baja a la mano de Manil.

*Oh milagro soberano.
El árbol la copa inclina.*

Bello pasaje. No tenemos que reprochar nada al poeta. Si acaso, nuestras preferencias padecen con la ausencia del más dulce pájaro del Archipiélago. Suponemos que el *verde Abril* escogido sea el canario; amamos mucho a este pajarillo cuyo nombre recuerda la bella patria ausente y cuyo canto—me refiero al canario verde y salvaje—pone en nuestra memoria el espectáculo de hermosos bosque de pinos y brezos acariciados por la canción frígida del agua, o las finas estampas de vides y plátanos de Icod de los Vinos, o de vides y coles de Tacoronte, o de vides y palmeras de Santa Úrsula o de vides y tomates de Bajamar y Punta del Hidalgo. ¡Qué sensualidad en todo, qué sensualidad en reposo, qué bello desnudo clásico! Nos ha llevado el pajarillo, como volando, sobre campos y campos, orillas del mar. Hagámosle posarse de nuevo sobre la copa inclinada, donde le escoge Manil, y echemos de menos en ella la presencia del dulce capirote. Al capirote se le ha llamado el ruiseñor de Canarias, pero Canarias no necesita de ruiseñor alguno. En su cumbre más alta vuela el canario del Teide, la *Fringilla teydea*, gris, casi del tamaño de un mirlo, duro, arrebatado en el canto; un pájaro para aquella soledad y altura que se corresponde entre las flores con la violeta del Teide, una violeta áspera y salvaje. Pájaro y flor viven sobre rocas y no puede exigírseles fragilidad; en aquella altitud sólo es frágil la llama del azufre y el delicado aroma de las retamas blancas; en los bosques, anida el mirlo, ¡gran músico el mirlo!: Su estilo reposado y penetrante, diamantino, sigue las modulaciones del manantial; el

mirlo se hace acompañar del agua como un violín del piano; en montes y jardines, en huertos y sembrados, el canario alegre y dicharachero, con su aire de chico que va a la escuela cantando, los libros a la espalda y andando a saltitos, no por prisa, sino por juego; pero de todos los pájaros, el religioso, el franciscano, el poético capirote que canta al alba y al crepúsculo es tan tierno y solemne, usa de una música tan bien administrada de silencios y puntillos, que su compás, cortesano y litúrgico, invade el paisaje de una armonía tal, de un recogimiento tan hondo, que la Naturaleza se duerme y el silencio brota con esa musicalidad del silencio; cuando se apaga el capirote, ranas y brisas, grillos y frondas, aguas y soledades, cantan la noche estrellada, perfumada y sensitiva. Dios habla a la isla de noche.

NIÑOS

Lope amaba a los niños. Un niño es algo tierno y puro. Lope gusta de la *cera blanda*,—*labra naturaleza en blanda cera*. Un niño es la curiosidad y el futuro: el misterio, en suma. Un poeta amará siempre lo nuevo. La rosa es más bella cuando nace; el amor más profundo es el primero. La delicada elegía de Lope a Carlillos, su hijo, es de una emoción sencilla. Lope nos cuenta sus juegos y sus caricias: el hijo le ha sido arrebatado. Las Canarias son, también, *blanda cera* para el poeta. Lo que él haga con ellas, quedará hecho. El calor de la poe-

sía es muy apropiado para moldearla, y Lope ha ido dejando en la nueva obra sus huellas,—tales las yemas de los dedos de las monjas en los cirios de Pascua. Lope ama la *verde edad*. De todos los adjetivos de Lope, hemos tomado este de *verde*. El verde es el color del poeta: es el gallardete del amor, de la Naturaleza y de la vida. Lope quisiera volverlo todo verde,—*volverla verde, aunque es azul espero*. El amor va desnudo, llevando pendiente del cuello un carcaj de flechas de oro, *con plumas blancas y verdes*. *Ya porque está todo verde*, son los meses de mayo los mejores meses, *ya porque la Diosa es verde*. ¿Verde la Diosa? Nació Venus del mar, verde, como nace verde, de entre las espumas, Tenerife. Aun añadiremos al color predilecto, el blanco. La seguidilla más bella del Fénix es aquella en que se combinan los dos colores:

*Río de Sevilla
¡cuán bien pareces,
con galeras blancas
y ramos verdes!*

Naturaleza, Naturaleza es la musa. Huir del hombre y de la civilización, buscar la vida inocente, la vida vegetativa, la vida sensitiva; en la inteligencia están los grandes dolores. Nuestra simpatía hacia los niños tiene mucho de piedad hacia el triste hombre futuro. Lope, que amaba a los niños, se recrea humanamente en el Niño Jesús que descansa en brazos de su madre la Candelaria; el guanche Manil coge, para él, pájaros; el guanche Siley, corta dulces cañas de azúcar que ofrecerle. Un poeta que se recrea tan profundamente en la Naturaleza, es un poeta que quiere escapar al dolor y al artificio de la vida. Gran consuelo recibimos de su mano en nuestros dolores.

La vocecilla del agua es la más dulce de las voces. Lope—nos lo ha contado Montalbán—regaba su propio huerto; en la dedicatoria de una comedia suya, dice Lope a su hijo: *Un huertecillo cuyas flores me divierten cuidados.*

ROMANTICISMO

Lope era un romántico en el sentido generoso del calificativo. El Romanticismo al reivindicar los valores lopescos le colocó en su exacto lugar. En *Los Guanches de Tenerife*, se pone de manifiesto el romanticismo de Lope al referirse el poeta a los indígenas, y en el asunto. Los españoles admiran la destreza y la fuerza natural de los guanches; los guanches alaban la civilización de los españoles; pero, entre los indígenas, Tinguaro dice a su rey:

*¿... De qué temas
la fuerza de los hombres embaidores
que fingen fuego, truenos y relámpagos,
y no saben luchar, correr, dar saltos.
jugar un árbol, esgrimir un pino
tirar un arco, derribar un toro
asido por los cuernos libremente?*

Juan Jacobo Rousseau suscribiría las palabras de Tinguaro. Díganos, al paso, que en Tenerife no existían toros; es un

lapsus del Fénix que queremos esclarecer porque se repite en un pasaje en el que nos interesa hacer luz.

TINGUARO

*Bien dicen: hazle un grande sacrificio
no perdone en él toros, ovejas,
aves, peces, olores, ni las vidas
de nuestros hijos.*

No se sacrificaban vidas humanas en Tenerife; Lope confundió sus lecturas. En el poema *Antigüedades de las Islas Afortunadas*, de Antonio de Viana, del que Lope tomó el asunto de su comedia, no se señalan. Suponemos a Lope poniéndose a escribir su comedia; antes de comenzar, tomaría en la mano el libro de su amigo Antonio y le daría una lectura por encima. (Lope vive deprisa y no puede detenerse a estudiar el asunto.) La crítica es unánime en reconocer la fuente inmediata de la comedia; el poema del bachiller Antonio sale con un soneto laudatorio de Lope. El poema se publicó en 1604; debió de estar escrito desde 1602, cuando menos. Lope vivía en 1604 en Sevilla; por esa fecha, Viana se encontraba en aquella ciudad. Lope tenía en 1604, unos cuarenta y dos años; Antonio veintiséis. Pasearían acaso juntos, se visitarían; tal vez Antonio hablaría a Lope de su patria, y es quizás, personalmente de Antonio, de quien tomó Lope la idea de llevar la conquista de Canarias al teatro. Se nos ocurre deducir una posible influencia de Lope sobre Viana. Antonio, joven, desconocido, no tenía impresa su obra cuando conoció a Lope, ya famoso. ¿No cabría suponer que Antonio corrigiese algún pasaje por sugestión de Lope, ya directamente o siquiera por la influencia de su conocimiento? La Historia nunca acaba de conocerse. Dácil, como Amarilis, muy

posterior, tiene cabellos rubios, boca de coral, dientes de perlas, ojos de esmeraldas. El gusto renacentista abona perlas, corales y esmeraldas. Entre las piedras preciosas que Lope coloca en sus obras, la esmeralda parece ser la predilecta. La inspiración de Lope figura tomar cuerpo, dureza y brillo en esta piedra. Claro que la Naturaleza no lo es todo; detrás, o dentro, de la Naturaleza debe estar la inteligencia. Amamos la Naturaleza con la inteligencia y con la sensibilidad. Detrás de unos hermosos ojos de esmeralda debe brillar la luz de un espíritu claro.

*No luce la esmeralda si engastada
le falta dentro la dorada hoja,
porque, de aquella luz reverberada,
más puros rayos transparente arroja;
así en mis verdes ojos eclipsada
dentro la luz, que Fabia le despoja,
aunque eran esmeraldas no tenían
el alma de oro conque ver podían.*

Al hablar del romanticismo de Lope en *Los Guanches de Tenerife*, fuera bueno consignar que unos versos suyos, nos llevan de un salto, sobre la Poesía, al siglo XIX español. Ya Menéndez y Pelayo señaló la coincidencia de este pasaje con otro análogo del popular y simpático romántico José de Zorrilla. Castillo había dado a Dácil palabra de matrimonio poniendo por testigo a una peña; cuando Castillo se niega a dar cumplimiento a su compromiso, Dácil invoca el testimonio de la roca: La piedra se abre y la Virgen de Candelaria confirma la demanda de la bella Infanta. Lope habla, pero, entre verso y verso, los conocidos, los casi familiares octosílabos de *A buen juez, mejor testigo*, nos llegan, como el siglo XIX, a

caballo por lo rítmicos, y con crinolinas por lo vaporosos; delicados como las débiles luces del gas, y largos como unas hermosas trenzas.

ESMERALDAS

Hemos hablado de esmeraldas. Ellas aparecen en la obra de Lope junto al agua. Arroyos, fuentes, ríos y hasta mares corren entre sus versos. El agua aparece frecuentemente en Lope como cristal. *Cuelguen por estas peñas sus cristales*, dice Lope de unos arroyuelos. Al ciervo herido de flecha de su égloga *Amarilis* no aprovecha *ni echarse en flores ni beber cristales*. Pero esmeraldas y cristales son justamente, poéticamente, imágenes, como se dice en *El mayor imposible*:

*No son de cristal las fuentes
ni se rien, que es mentira
ni las flores esmeraldas.*

Al cabo, San Isidro, el santo patrón de Madrid, labrador con su esposa Santa María de la Cabeza de las tierras de Iván de Vargas, orillas del Manzanares, santo de la musa popular, labradora y madrileña de Lope, tenía también los ojos de esmeraldas:

*Su jubón blanco de lino,
su capote de dos haldas,*

*con capilla a las espaldas,
que hacía el rostro divino
de rubíes y esmeraldas.*

Lope nos cuenta que en las tierras de Iván de Vargas se cosechaban *rubio trigo y blancas uvas*. Los ángeles bajaban a ayudar al Santo en sus labores sobre esas tierras finas y nobles de los campos madrileños, con su gama de grises, azules y rojos, suprema gravedad en Velázquez y fina gracia en Goya. Sobre esas tierras, en la lejanía, descienden las nubes que en Tenerife se posan sobre el confín marino. Hemos hablado de las tierras de Iván de Vargas porque esa misma quietud y calma suyas son también las que Lope sitúa en Tenerife. El paisaje monumental de rocas, los abruptos barrancos, los malpaíses, los bufaderos del mar en la costa, no son siquiera intuídos por Lope. El fuego, ese fuego rebozado de nieve, la luz deslumbradora, el coro del océano, no tienen la expresión conveniente de la poesía de Lope. La poesía de la isla, que es una gruesa esmeralda delicadamente envuelta en los velos del crepúsculo, no ha pasado del poema de Viana.

CASTILLO CONTRA CASTILLOS

En cambio, doloroso es confesarlo, Lope ha añadido a los héroes del poema caracteres que no quisiéramos ver en ellos. Castillo termina el acto primero con un frase dura, hiriente:

*¡Vive Dios, que solo baste
a sorberme, como huevos
frescos, canastas de Guanches!*

Enseguida caerá el telón. Hasta el comienzo del acto segundo, pasarán unos minutos. ¿Cinco? ¿Diez? ¿Quince minutos? ¡Qué doloroso entreacto! Somos españoles, pero nuestra sangre (parte de nuestra sangre) corría hacia nosotros desde antes de ser española. La angustia de este entreacto es insuperable. Nos gana la impresión de que Lope nos está jugando una mala pasada y nuestro fondo insobornable va a rebelarse, cuando caemos en la cuenta de que nuestra lengua, nuestra fe, nuestra cultura, son las del Capitán Castillo; inteligencia y naturaleza traban duelo. Acabamos por perdonar, habida cuenta los beneficios, a todos los Castillos frases como estas. Ya en el segundo acto, Castillo herido, se queda en la isla cuidado de la princesa Dácil, a quien, en último término, debe la vida,—segunda vez debe la vida. Y vemos a Castillo pasearse, con una piel de oveja, por la escena; ama a Dácil, pero bebe los vientos por España: su ideal es que aquella tierra, en la que ya ha puesto cariño, sea también España. No es por la tierra, si escuchamos a Don Alonso, por lo que los españoles están allí; es por la fé:

*No obliga humano interés,
Obliga piedad cristiana,
Que no habemos menester
Tierra, sobrándole tanta.*

La isla era pobre, como decía su noble rey Bencomo, el rey que repastaba por los prados cabras monteses y ovejas silvestres, toros y vacas, según Lope. No había oro en Tenerife: *Que si en Tenerife hay oro, ¿cuáles Indias son como ella?*, se

pregunta Don Alonso. La Providencia va, enseguida, a dar una réplica a la codicia de los españoles, codicia que no disminuye la grandeza de su misión. Dialogan Castillo y Lope de la Guerra:

CASTILLO

¿Qué es lo que vais a buscar?

LOPE

No menos que un monte de oro.

Monte de oro que se descubre a los conquistadores, castillo contra Castillos, es la imagen de la Virgen de Candelaria, patrona del Archipiélago, y ya en él antes de la arribada de los españoles. Al oro se opone la fe. San Isidro es un santo labrador; la Virgen de Candelaria una virgen marinera que gustaba de pasearse—como nos lo cuenta el cronista Núñez de la Peña—por la playa del pueblo que, en honor suyo, lleva su nombre. Un día nos vino por el mar, y otro nos abandonó, también por el mar. Su altar está hoy bajo las aguas. A la hora del crepúsculo, su capilla enciende, como una vidriera gótica, todo el océano. Ella está allí para velar por los marineros canarios. Es tal la fe de estos marinos, que a mí me parece ver a la Santa Virgen conduciendo los peces a sus redes, acaso poniendo de su mano un pez en el anzuelo vacilante. La salve de los mareantes canarios canta:

*Feliz Atlante dichoso,
nevado, hermoso galán,
altivo canario Teide,
pirámide de cristal:
¡Gózate en tu nácar, concha
de perla tan singular!*

Ha perdido a su perla la concha, pero le queda la huella.
Ella está en todos los canarios como una rúbrica de Dios para
dar fe de sus bodas con el mar.

EL ESCARABAJO Y EL ROSAL

Un escarabajo dirigiéndose a un rosal florido, bajo la leyenda *Odore ene catsvo*, fué el *ex-libris* de Lope. Se simbolizan en él: A los enemigos de la fama del poeta, en el escarabajo; y a la misma fama, fresca, venciendo espacios en alas del propio aroma, rica en bellezas y finuras, en las rosas. No conviene perder de vista al escarabajo para que nos sirva de contraste, de hermoso contraste, a nosotros que amamos la visión de negros basaltos sobre el fondo sonrosado de la aurora de Tenerife. Pero cuidemos de refrescar más, si cabe, la inmarcesible vitalidad de esas rosas de la fama del poeta. Lope llamó al Atlántico en *Peribáñez*, el Mar de España. Están las Canarias bañadas por sus aguas como otras tantas tierras en las que aun vive España. Como canarios y como españoles, pedimos para este mar el nombre de Mar de España. Defendamos ante el mundo este nombre, por España y para España. En Castilla hemos visto nosotros al mar—bella mentira de la memoria—formando horizonte. Como nos sentimos españoles, en plena mar de España pensaremos, a la hora del ocaso, que aquellos castillos son los castillos en el aire de España, que aquellas torres las hemos visto en Segovia, que aquellas murallas las contemplamos en Ávila, que aquellas

puertas las admiramos en Toledo: todo cristal, fuego, luz; lejana ciudad construída de colores diluídos en el aire, con formas robadas al aire,—todo aire, al cabo. Aire que se resuelve en horizonte, al fin imagen: Poesía.

Madrid.

STUDIORUM
CANARIENSIVM
INSTITVTVM



REG. SANCTI
FERDINANDI
VNIERSITATIS

EL INGENIERO
AGUSTÍN DE BÉTHENCOURT
Y MOLINA

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
INSTITUTO DE ESTUDIOS CANARIOS
EN LA UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA

CONFERENCIAS Y LECTURAS

SECCIÓN I: CIENCIAS HISTÓRICAS Y GEOGRÁFICAS

VOLUMEN X (2º DE LA SEC. I)

PUBLICACIÓN COMISIONADA AL INSTITUTO POR EL
EXCMO. CABILDO INSULAR DE TENERIFE

SEBASTIÁN PADRÓN ACOSTA

EL INGENIERO
AGUSTÍN DE BÉTHENCOURT
Y MOLINA



LA LAGUNA DE TENERIFE
1958

J. RÉGULO, EDITOR.—IMPRESA GUTENBERG. LA LAGUNA DE TENERIFE

INTRODUCCIÓN



LA ISLA DE TENERIFE no podía dejar pasar en silencio la fecha en que se cumple el segundo centenario del nacimiento de uno de sus hijos de mayor valía, cuya merecida fama no sólo se extendió por toda su patria, sino que traspasó sus fronteras, y llevó el fruto de su genio hasta la entonces tan lejana Rusia de los zares. El nombre de don Agustín de Béthencourt y Molina figura con justicia a la altura de los más destacados ingenieros de todos los tiempos y de todos los países. Sus inventos y realizaciones revolucionaron por completo las ideas generalmente aceptadas en la época. Béthencourt y Molina es, no cabe dudarlo, una de las más grandes figuras de la ciencia española y universal.

Y el Cabildo de Tenerife, corporación que representa la isla en que nació, ha querido conmemorar este centenario, de una parte, con la apertura de concursos para premiar estudios sobre la obra científica de don Agustín y sobre su vida, como también con la creación de un premio que lleva su nombre, para el mejor trabajo de los alumnos de la Escuela de Ingenieros de Caminos, de la que fue uno de sus fundadores; de la otra, ha encomendado al Instituto de Estudios Canarios la reedición de la biografía que de este personaje publicó don Sebastián Padrón Acosta en «Revista de Historia», de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de La Laguna, en su número correspondiente a enero-junio de 1951.

Si don Agustín de Béthencourt y Molina nació en el Puerto de la Cruz, en esta isla de Tenerife, el 1º de febrero de 1758, en la misma ciudad vio también la luz su biógrafo Padrón Acosta, prematuramente desaparecido de entre nosotros y cuya muerte ha privado a las Canarias de uno de sus más inteligentes investigadores.

Por ello, a la par que rinde tributo a aquel ingeniero insigne, dedica también un emocionado recuerdo a la memoria de don Sebastián Padrón, cuyo valioso trabajo se publica.

Pero su sensible pérdida ha obligado al Instituto a encomendar a otro de sus miembros, el profesor don Alejandro Ciorănescu, la revisión de aquel estudio, para que recoja el fruto de investigaciones posteriores al momento en que su autor lo escribió. El texto y las notas de Padrón Acosta se han respetado celosamente, y aquellas otras debidas al doctor Ciorănescu van señaladas con un guión largo y un asterisco (—).*

También se han añadido ilustraciones que no pudieron aparecer en la edición de «Revista de Historia» y cuya reproducción ahora ha sido posible.

Leopoldo de La Rosa y Olivera

PREÁMBULO



EL PRIMER ESCRITOR canario que publica la biografía de don Agustín de Béthencourt y Molina es don Aurelio Pérez Zamora, que la inserta en un periódico local¹ al año siguiente de cumplirse el primer centenario del nacimiento del ilustre ingeniero. Aunque al pie de ella sólo aparece el nombre *Aurelio*, en otro número del citado diario adviértese que cuánto en éste bajo tal nombre se publique débese a la pluma de don Aurelio Pérez Zamora. La obra de referencia titúlase *Apuntes para la biografía de don Agustín de Béthencourt y Molina*, y está fechada en el Puerto de la Cruz, en febrero de 1859.

Transcurridos veinticuatro años de su publicación, con ligeras modificaciones formales y como obra anónima reproducese en una revista de Santa Cruz.² Se han realizado unos juegos malabares que honran poco al director de la referida publicación, que es don Patricio Estévez.

Existe otra biografía, de autor desconocido.³ Es la tercera versión de la de don Aurelio Pérez Zamora. Añádense algunos datos, aunque pocos; cámbiase la forma literaria de la primitiva, y no se cita al autor de ésta. No sé quién la redactó, ni si fue publicada. Para este fin la escribe su autor, porque en ella afirma: «el retrato que estampamos al frente de este artículo es copia del que sacó su hija en 1814».

¹ «Eco del Comercio», de Santa Cruz de Tenerife, marzo de 1859, folletín.

² «La Ilustración de Canarias», año II, núm. I, pág. 2, núms. II y III, págs. 19-20, de 15 de julio y 10 de agosto de 1883.

³ [ANÓNIMO], *Don Agustín de Béthencourt y Molina, ingeniero hidráulico*, Ms., Real Sociedad Económica de La Laguna.

La misma biografía de Pérez Zamora, pero en la versión de don Patricio, sirve de fuente a don Agustín Millares Carlo, que la cita, para los datos biográficos que acerca de Béthencourt consigna en su *Ensayo de una bio-bibliografía de escritores naturales de las Islas Canarias*.⁴

Dos nuevas biografías, procedentes de la versión de Estévanez, existen: *El célebre inventor Don Agustín de Béthencourt y Molina*⁵ y *Don Agustín de Béthencourt en la Corte de los Zares*.⁶ La primera es de autor desconocido; la segunda, de don Jesús M^a Perdigón. Ambos prescinden de referencias a la obra en que se inspiran.

El ingeniero de caminos don José González Quijano publica en 1945 una biografía de Béthencourt, y cita como una de sus fuentes la versión de don Patricio.⁷

Cuántas notas biográficas se han insertado en libros, folletos, revistas y periódicos isleños desde 1859 acá proceden de la obra de Pérez Zamora a través de Estévanez. Debo exceptuar la que aparece en *La Junta Suprema de Canarias* (pág. 362) de don Buenaventura Bonnet, que tiene como fuente la obra de Pío Baroja que cito más adelante. Ninguno de los biógrafos arriba mencionados hace referencia a Pérez Zamora. Indudablemente tuvo mala fortuna don Aurelio con sus meritisísimos *Apuntes*, tan nutridos de curiosas noticias acerca del ingeniero tinerfeño.

Muchos de los datos recogidos por don Aurelio debieron de serle proporcionados por la misma familia de Béthencourt, principalmente por una hija de éste, residente en París, donde hizo varias permanencias Pérez Zamora, que afirma vio cartas del zar Alejandro, escritas en francés, dirigidas a don Agustín. Debió consultar fuentes francesas, entre ellas Bourgoing, Prony, Haüy, etc., para su biografía. He comprobado los *Apuntes* de Pérez Zamora en la medida que me ha sido posible y debo afirmar: que no es rigurosamente exacto en la transcripción de los títulos de algunas *Memorias*

⁴ AGUSTÍN MILLARES CARLO, *Ensayo de una bio-bibliografía de escritores naturales de las Islas Canarias. (Siglos XVI, XVII y XVIII)*, Madrid, 1932, pág. 123.

⁵ «La Prensa», de Santa Cruz de Tenerife, 6 de junio de 1929.

⁶ «A B C», de Madrid.

⁷ JOSÉ GONZÁLEZ QUIJANO, *Béthencourt*, «Revista de Obras Públicas», número extraordinario, 20 de enero de 1945, Madrid, págs. 3-8.

de Béthencourt; que equivoca la fecha de fundación de la Escuela de Caminos; que no distingue entre la creación del Cuerpo de Ingenieros de Caminos y la fundación de la Escuela de Ingenieros de Caminos; que supone existiendo en 1859 el Gabinete Real de Máquinas del Palacio del Buen Retiro, que fue destruído en 1808; que la real orden de 11 de febrero de 1786, que, relativa a Béthencourt, aduce, no se halla en la «Gaceta de Madrid»; pero en lo esencial es autor de gran veracidad, aunque a veces yerre en la cronología de algunos hechos que narra: muchas de sus aserciones las he comprobado con documentos y obras de diversos autores, que cito en varias notas de este trabajo.⁸

La búsqueda del *Expediente de fundación de la Escuela de Caminos* ha sido infructuosa. En enero de 1949 el señor secretario de ésta afirma que de la Escuela lo remitieron al Ministerio de Obras Públicas, y que de éste pasó a los archivos nacionales. En éstos no se ha podido localizar.

Expreso aquí mi gratitud a mi distinguido amigo don Manuel Cencillo de Pineda, laborioso africanista, autor del interesante libro *El Brigadier Conde de Argelejo y su expedición militar a Fernando Poo en 1778*, por lo mucho que se ha interesado en la búsqueda de la citada real orden en la Hemeroteca Municipal de Madrid y del *Expediente de fundación de la Escuela de Caminos* en los archivos nacionales.

⁸ Aurelio Pérez Zamora nace en el Puerto de la Cruz en 1828. Viaja por Francia y América. Es poeta, novelista, biógrafo y traductor. Fue administrador principal de Correos de Santa Cruz de Tenerife, donde muere en 1918. Obras: *Las Islas Canarias y el Valle de la Orotava desde el punto de vista médico e higiénico*, de Mr. GABRIEL DE BELCASTEL, traducción del francés, Santa Cruz de Tenerife, 1862, Imprenta Isleña; *Sor Milagros o secretos de Cuba*, Santa Cruz de Tenerife, 1897, Imprenta de Félix S. Molowny; *Notas biográficas del Excmo. señor D. Feliciano Pérez Zamora*, Santa Cruz de Tenerife, 1900, Imp. de A. J. Benítez; *Florencia o personajes de otros tiempos*, Santa Cruz de Tenerife, 1902, Imprenta A. J. Benítez.—*La especie de que los datos biográficos utilizados por Aurelio Pérez Zamora proceden de la hija de don Agustín de Béthencourt es bastante dudosa. Las cartas del zar las había visto en posesión de sus descendientes colaterales, en La Orotava, en cuya familia todavía se conserva una de ellas. De las obras de autores franceses mencionadas más arriba, la de Prony parece citada indirectamente; la de Bourgoing lo estaba ya en la nota de Álvarez Rixo; y de la *Física* de Haüy existe un ejemplar, enviado por el mismo autor francés, en la Biblioteca Provincial de La Laguna, hoy de la Universidad.

Intentamos en este trabajo un esbozo de la personalidad de don Agustín de Béthencourt, dando a conocer cuánto material inédito e impreso he reunido acerca de figura tan relevante y utilizando como principal fuente biográfica los tan mal afortunados *Apuntes* de don Aurelio Pérez Zamora. Este ensayo, aunque con distinto título y sin la amplitud y documentación de ahora, fue premiado en los Juegos Florales que se celebraron en el Puerto de la Cruz el 25 de enero de 1947.

BIOGRAFIA



GUSTÍN José Pedro del Carmen Domingo de Candelaria de Béthencourt y Molina nació en el Puerto de la Cruz el 1º de febrero de 1758 y fue bautizado el inmediato día 7 en la iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Peña de Francia por don José Manuel Oramas. Era hijo del teniente coronel de infantería don Agustín de Béthencourt y Castro, caballero profeso de la orden de Calatrava, nacido en Las Palmas de Gran Canaria el 7 de julio de 1720 (hijo éste del coronel don José de Béthencourt y Castro y de doña Ana Jacques de Mesa), y de doña Leonor de Molina y Briones, nacida en Garachico el 20 de febrero de 1732, hija de los cuartos marqueses de Villafuerte, y casados en la villa de La Orotava el día 12 de agosto de 1755, representando al contrayente, pues contrajeron matrimonio por poder, don José de Molina Briones, hermano de doña Leonor. Fue abuelo de don Agustín de Béthencourt y Castro el brigadier de los reales ejércitos don Marcos de Béthencourt y Castro, caballero de la orden de Alcántara. Fue padrino de bautismo de nuestro biografiado su tío materno don Nicolás de Molina Briones.⁹

⁹ Libro VIII de bautismos de la iglesia parroquial de N.ª S.ª de la Peña de Francia del Puerto de la Cruz, folio 6 vto. Libro XVIII de bautismos del Sagrario Catedral de Las Palmas, folio 100. Libro VIII de bautismos de la iglesia de Santa Ana de Garachico, folio 375 vto. Libro VI de matrimonios de N.ª S.ª de la Concepción de La Orotava, folio 2 vto.—*Don Agustín de Béthencourt y Castro falleció en La Orotava el 18 de febrero de 1795, y su viuda el 17 de enero de 1808; cf. LEOPOLDO DE LA ROSA y OLIVERA y SERGIO F. BONNET Y SUÁREZ, en *Nobiliario de Canarias*, III, La Laguna, 1958, págs. 649-651. La partición de los bienes entre los hijos que quedaban con vida se hizo en ausencia de don Agustín de Béthencourt y Molina, que se hallaba entonces establecido en Rusia; con este motivo, el

La familia Béthencourt-Castro fue de las de más raigambre religiosa del Puerto de la Cruz. Don Agustín de Béthencourt y Castro ejerció el cargo de tesorero de la Hermandad de Nuestra Señora del Socorro, en 1759, fundada en el convento de San Pedro Telmo de la referida población; y su esposa doña Leonor de Molina Briones, así como sus hermanas doña María y doña Luisa de Béthencourt y Castro pertenecieron también a la Hermandad de referencia.

Asimismo formó parte de la famosa tertulia del marqués de Villanueva del Prado; y don Lope Antonio de la Guerra y Peñas nos cuenta cómo, en unión de los personajes que la integraban, la noche del 13 de julio de 1765, contempló, desde los balcones de la casa de don Agustín de Béthencourt y Castro, los fuegos, carrozas y libreas que, con motivo de las fiestas del Gran Poder de Dios, había en la plaza de la iglesia del Puerto de la Cruz;¹⁰ y don José de Viera y Clavijo refiere que, acompañado de don Agustín de Béthencourt y Castro y de otros relevantes sujetos de su tiempo, vio, el 3 de junio de 1769, desde una azotea de la citada población, el paso de Venus sobre el disco solar.¹¹

Hermanos de don Agustín de Béthencourt y Molina fueron don José, don Pablo, don Marcos, doña María, doña Catalina, doña María del Pilar y doña Luisa. Doña María del Pilar, que nace en la villa de La Orotava, fue condesa de la Vega Grande de Guadalupe, pues casó en Las Palmas en 1800 con el tercer conde de la Vega Grande de Guadalupe don Fernando del Castillo Ruiz de Vergara y Béthencourt y murió en Gran Canaria en 1850.¹²

Don Agustín comenzó sus estudios de primera enseñanza en

comandante general de las Islas, general La Buria, nombró como procurador del ausente a Juan Pedro Nepomuceno, vecino de La Orotava, en 1º de octubre de 1817 (Documentos conservados en las colecciones del Excmo. Cabildo Insular de Tenerife). Sin embargo, don Agustín abandonó sus derechos a la herencia paterna y materna y cedió dos tercios de la misma a su hermana doña María, y el otro tercio a su otra hermana doña Catalina.

¹⁰ LOPE ANTONIO DE LA GUERRA, *Memorias* «El Museo Canario», números 25-26, 1948, pág. 171.

¹¹ JOSÉ RODRÍGUEZ MOURE, *Juicio crítico del historiador de Canarias D. José de Viera y Clavijo*, Santa Cruz de Tenerife, 1913, pág. 22; JOSÉ DE VIERA Y CLAVIJO, *Memorias*, La Orotava, 1927, pág. 13

¹² ANTONIO RAMOS, *Descripción genealógica de las casas de Mesa y Ponte*, Madrid, 1792, págs. 76-77.—*De los demás hermanos de don Agustín, don Pablo

su pueblo natal y recibió de su padre las primeras lecciones. Dedicóse después al estudio de la matemática, la lengua inglesa y francesa y el dibujo. El 14 de noviembre de 1776 hace una excursión a la famosa cueva de Icod, y entre los que le acompañan está su hermano don José, que firma sus escritos con el nombre de José de Béthencourt y Castro.¹³

Don José nació en el Puerto de la Cruz el día 5 de enero de 1757.¹⁴ Como su padre, fue caballero profeso de la orden de Calatrava, en la que ingresó el 26 de septiembre de 1796. Mr. Le Dru escribe acerca de él este elogio: «Es uno de los hombres más instruidos y amables de la Isla. Amigo de las artes, principalmente de la Arquitectura, ha viajado por Francia, Inglaterra y España; posee una rica biblioteca; habla nuestra lengua con bastante corrección y es miembro de varias sociedades literarias de Europa. He visto en su casa una preciosa colección de cuadros de Rubens, Vandyck, el Españolito y Miranda».¹⁵

de Béthencourt y Molina fue capitán en la guerra del Rosellón, coronel graduado de infantería y sargento mayor de la isla de Gran Canaria, caballero de la orden de San Hermenegildo, y falleció en Las Palmas el 11 de enero de 1834, de edad de 71 años; había casado con doña Josefa Sánchez de Ochando. Don Marcos de Béthencourt fue teniente de fragata y caballero de la orden de Calatrava, y falleció en 1803, sin dejar descendencia. La mayor de las hermanas, Doña María Magdalena de Béthencourt, de quien se volverá a hablar más adelante, permaneció soltera. Doña Catalina de Béthencourt y Castro casó en La Orotava, el 24 de octubre de 1790, con Don Antonio de Monteverde y Rivas, y falleció en la misma villa, el 18 de enero de 1837, de edad de 73 años. En fin Doña Luisa de Béthencourt y Castro casó con el capitán Don José de Montesdeoca y Jaques, y falleció en Las Palmas, el 17 de enero de 1841, de 78 años. Sobre ellos, cf. el citado *Nobiliario de Canarias*, vol. III, págs. 551-53.

¹³ [MIGUEL MAFFIOTTE LA ROCHE], *Historia de las Islas Canarias*, editada por A. Benítez [Santa Cruz de Tenerife], pág. 97.—*Los primogénitos de esta familia usaron siempre el apellido Castro, que les correspondía por disfrute de mayorazgo.

¹⁴ Libro VII de bautismos de la iglesia de Nuestra Señora de la Peña de Francia del Puerto de la Cruz, folio 20.

¹⁵ Mr. LE DRU, *Voyage aux îles de Teneriffe*, Paris, 1810, págs. 92-93.—*Don José de Béthencourt y Castro casó en Santa Cruz de La Palma, el 5 de enero de 1796, con doña Rosa de Lugo Viña y Massieu, hija del capitán don Francisco de Lugo Viña y de doña María de las Nieves Massieu. Don José era miembro de honor de la Academia de San Fernando desde el 5 de agosto de 1792. Falleció en La Orotava, el 27 de abril de 1816, y fue sepultado en la iglesia del convento franciscano de aquella villa. Había otorgado testamento el 20 de abril anterior, por presencia de Domingo González Regalado.

Escribía versos y dejó varias obras en prosa: *Cultivo del moral*; *Memoria sobre la introducción de la patata en Tenerife*; *La imprenta y facilidad de su establecimiento en Canarias*;¹⁶ y *Descripción de la caverna que se halla en la isla de Tenerife a una milla hacia el norte del lugar de Icod*.¹⁷ Don José Pérez Vidal en su trabajo *La Imprenta en Canarias* incluye la obra de Béthencourt y Castro *Apuntes sobre el modo menos costoso de establecer una imprenta en esta isla*.¹⁸

Recientemente, nuestro buen amigo don Antonio Vizcaya Cárpenter, cultor de la investigación sobre tipografía isleña, ha descubierto otra obra de don José de Béthencourt y Castro, autógrafa, acerca del tema de la imprenta en nuestro archipiélago: *Discurso en que se exponen los medios más fáciles, asequibles y menos costosos para plantificar una imprenta en la Isla de Tenerife*.¹⁹

A la adquisición de las obras de arte que poseyó Béthencourt y Castro, y de que trata Le Dru, cooperó su hermano don Agustín. A esta colección de óleos, que en su mayor parte se conserva aún en la villa de La Orotava, refiérese don Aurelio Pérez Zamora, cuando, en febrero de 1859, escribe: «Hoy día existe en poder de un individuo de su familia una colección de hermosos cuadros de

¹⁶ MANUEL DE OSSUNA Y VAN DEN HEEDE, *Cultura social de Canarias en los reinados de Carlos III y Carlos IV*, Santa Cruz de Tenerife, 1914, Imp. de A. J. Benítez, pág. 9.

¹⁷ AGUSTÍN MILLARES CARLO, *Op. cit.*, pág. 669.—*Según parece, alguna que otra copia manuscrita de esta última obrita lleva el nombre de don Agustín de Béthencourt y Molina, quien, en efecto, había hecho aquel viaje con su hermano; pero es cierto que la obra es de don José. También había tomado parte en aquella expedición Cristóbal Afonso, de quien se conserva una descripción en verso del mismo viaje.

¹⁸ JOSÉ PÉREZ VIDAL, *La imprenta en Canarias*, «Revista de Historia», núm. 60, 1942, págs. 237-241; BUENAVENTURA BONNET REVERÓN, *La Junta Suprema de Canarias*, La Laguna, 1948, cap. XV, págs. 362-363.—*Este trabajo fue galardonado con una medalla de plata por la Real Sociedad Económica de Amigos del País de La Laguna, en su sesión del 4 de noviembre de 1780; cf. LOPE ANTONIO DE LA GUERRA, *Memorias*, en «El Museo Canario», XIII, 1952, pág. 161. Una oda de don José de Béthencourt y Castro fue leída en la sesión de la misma Sociedad, el 4 de noviembre de 1782 (*Ibidem*, XIV, 1953, pág. 245). Otra oda, *A la muerte de María* (doña María de Monteverde), se conserva en el manuscrito 83.3.10 de la antigua Biblioteca Provincial, hoy Universitaria de La Laguna.

¹⁹ ANTONIO VIZCAYA CÁRPENTER, *La Imprenta en Las Palmas*, «La Tarde», 29 de mayo de 1951.

incalculable mérito. Esta rica colección, única seguramente en su clase en toda la provincia según los inteligentes, es debida en gran parte a [don Agustín de] Béthencourt [y Molina], quien contribuyó a que se compraran».

Don Agustín perteneció al regimiento de milicias provinciales de La Orotava, en el que ingresó como cadete el 21 de julio de 1777; asciende a subteniente el 6 de marzo de 1778; a teniente, el 13 de mayo de 1778; y el 4 de enero de 1792 es capitán agregado.²⁰

Desde joven ocupa sus ocios en el hilado, tejido y tinte de la seda, que a la sazón se hallaba en su apogeo en Tenerife. En 1778 inventa una máquina epicilíndrica para el hilado de la seda, invento en el que participó su hermana doña María.²¹ El doctor don Juan Goyanes Capdevila, en su opúsculo acerca de las antiguas industrias de la seda en Tenerife, inserta una lámina de esta máquina.²² Doña María Magdalena de Béthencourt y Molina nació en el Puerto de la Cruz el 16 de diciembre de 1760;²³ el 4 de noviembre de 1779 presenta a la Real Sociedad Económica de La Laguna su *Memoria sobre el modo de obtener el color carmesí*; hábil en la confección de tafetanes, felpas y terciopelos, enseña desinteresadamente su arte a jóvenes orotavenses, que después fueron aventajadas maestras.²⁴

El marqués de la Sonora, concedor de la capacidad intelectual y de los anhelos de saber de don Agustín de Béthencourt, lo llama a la Corte para que perfeccione sus estudios, mediando en esto la influencia del docto tinerfeño don Estanislao de Lugo y Molina, director a la sazón de los Reales Estudios de San Isidro,

²⁰ Archivo General de Simancas, *Guerra Moderna*, Legajo 2.686, cuaderno 2.º, folio 14.

²¹ «Boletín de la Real Sociedad Económica de Tenerife», año I, n.º 5, 29 de enero de 1899, pág. 40.

²² J. GOYANES CAPDEVILA, *Las antiguas industrias de la seda en Tenerife*, Santa Cruz de Tenerife, Lit. Romero, 1938, pág. 11.

²³ Libro VIII de bautismos de la parroquia de Nuestra Señora de la Peña de Francia del Puerto de la Cruz, folio 28 vto.

²⁴ MANUEL DE OSSUNA Y VAN DEN HEEDÉ, *Op. cit.*, pág. 10.—*En la sesión de 4 de noviembre de 1781 de la Real Sociedad Económica de Amigos del País, se concedió a doña María de Béthencourt y Molina un premio de cien reales, por sus muestras de tejidos; y habiendo cedido el importe del premio a la Sociedad, se le otorgó con una medalla. Cf. LOPE ANTONIO DE LA GUERRA, *Memorias*, en «El Museo Canario», XIV, 1953, pág. 211.

en los que inicia sus tareas escolares el 9 de enero de 1779. Durante el curso académico de 1779 estudia aritmética, álgebra, geometría y trigonometría y realiza públicos ejercicios de matemáticas el 4 de julio junto con don Carlos Viola Benavente, acto que preside don Vicente Durán Sacristán, catedrático de la disciplina. En el curso de 1780, análisis matemático, teórica de las líneas curvas, cálculo diferencial e integral y mecánica, y el 9 de julio tiene de nuevo ejercicios públicos, acto que preside don Antonio Rosell Viciano. Conságrase después al estudio de la física, y a la par al dibujo en la Academia de Bellas Artes de San Fernando, de la que era director don Pascual Mena, la que le nombra socio honorario en 1783.²⁵

En este año el ministro conde de Floridablanca dispone que vaya a Almadén con objeto de estudiar el estado en que se hallan los trabajos en aquellas minas. Cumple con escrupulosidad su cometido y en julio de 1783 presenta al ministro tres *Memorias* de las que se tratará en el lugar oportuno.²⁶ Es en estos años cuando la Real Sociedad Económica de La Laguna le nombra su apoderado en la Corte, con el fin de que, siendo «persona de inteligencia y a propósito para tal encargo», adquiera los caracteres de imprenta que la Real Sociedad necesita. Béthencourt, en carta de 11 de mayo de 1783, acepta el nombramiento que en diciembre de 1782 se le hizo; prueba su diligencia en cumplir lo que se le encarga; mas en carta de 13 de junio de 1783 anuncia su próxima ausencia

²⁵ —*De los dibujos hechos por él durante el curso de 1780, don Agustín envió algunos a sus padres, en La Orotava. En su carta del 16 de agosto de 1780 habla de las muestras de dibujo que les envía, entre ellas una cabeza de viejo, que es la que reproducimos aquí; otra «que está en papel obscuro, adornada con unas trenzas en el pelo», y otra de cuerpo entero. Según detalles de la misma carta, también debió de seguir los cursos de dibujo de la Academia, durante el año escolar de 1780-81; trabajó con el profesor Maella, y en el verano siguiente concurrió a la exposición pública de la Academia. Pero lo cierto es que don Agustín ya dibujaba y pintaba antes de salir de Tenerife.

²⁶ —*De su viaje a Almadén dejó una descripción, de que sólo se ha conservado un fragmento, que contiene el recorrido de Toledo a Malagón. Este curioso fragmento, que muestra la curiosidad científica y arqueológica del joven don Agustín, y que ofrece, entre otros detalles, una descripción del arruinado ingenio de Juanelo Torriani, que hubiera debido llevar el agua del Tajo a la altura de la ciudad de Toledo, se conserva, con otros escritos de nuestro autor, en posesión de los descendientes de su familia, en La Orotava.

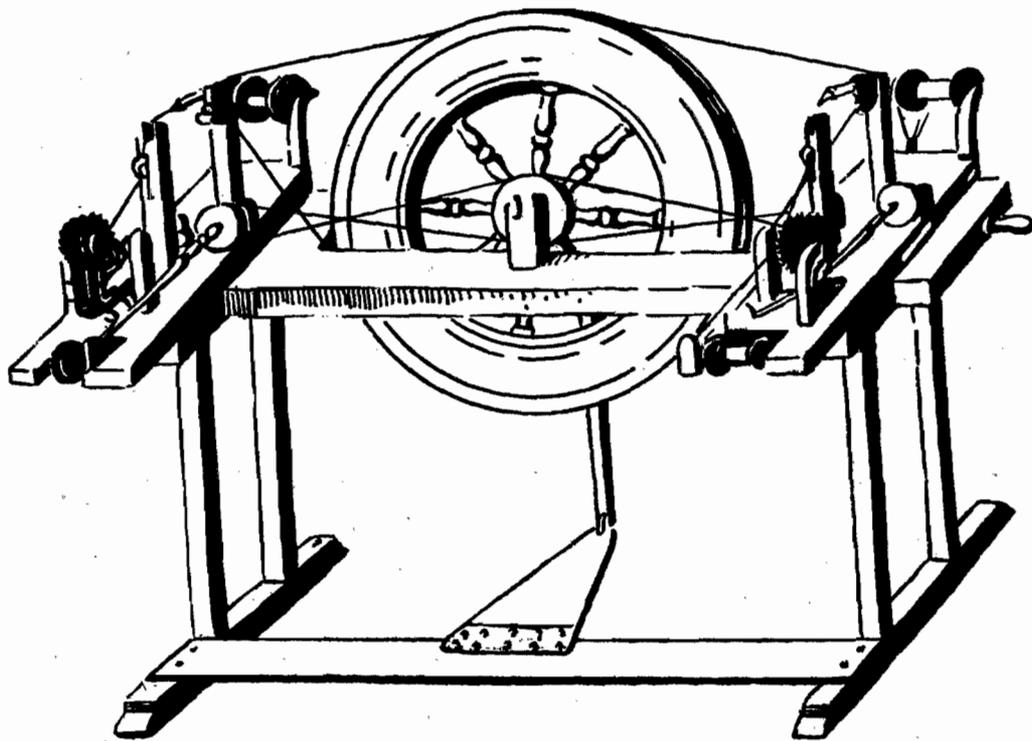


Agustín de Béthencourt
y Molina

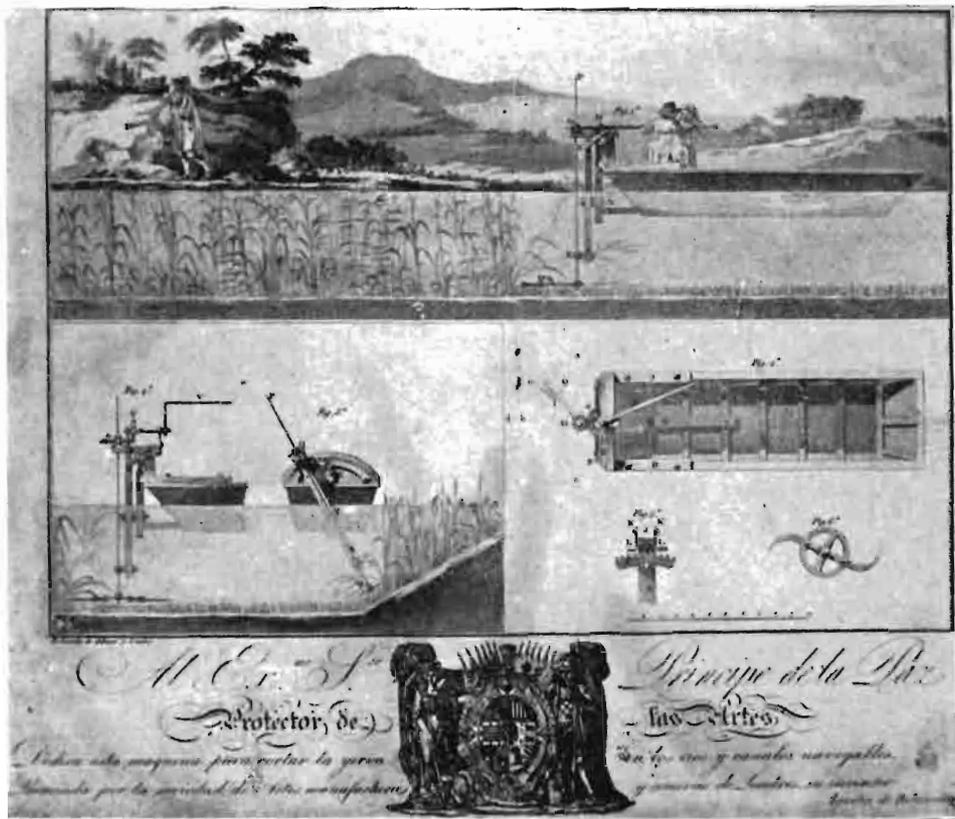
Don Agustín de Béthencourt y Molina
Cuadro existente en el Salón de Actos de la Escuela
de Caminos, Canales y Puertos de Madrid



Don Agustín de Béthencourt y Molina,
por Marcos Baeza
Museo Municipal de Santa Cruz de Tenerife



Máquina epicilíndrica para hilar seda, inventada por don Agustín de Béthencourt y Molina, en Santa Cruz de Tenerife, 1778



Máquina para cortar la hierba en los ríos y canales, inventada por don Agustín de Béthencourt

de la Corte, y en otra de 12 de marzo de 1784 afirma que deja el asunto en manos de don Agustín Ricardo Madan, por tener que marchar para Francia.²⁷

La causa de su ausencia de Madrid obedece a que el ministro, satisfecho de su actuación en las minas de Almadén, resuelve que vaya a París a ampliar sus estudios de física y geología. Con tal fin parte en 1784 para Francia, de donde retorna después a España, y en febrero de 1789 el rey Carlos III, en premio a su laboriosidad, le concede una pensión mensual de 1.500 reales vellón para que en París se dedique al estudio de la hidráulica y mecánica.²⁸

La estancia de Béthencourt en París fue de gran trascendencia para su vida científica, no sólo por los estudios que allí realiza, sino también por el influjo que en él ejerce la personalidad y amistad de Mr. Perronet. Este ilustre ingeniero francés, además de director de la Escuela de Puentes y Calzadas, fundada en París en 1747, era inspector general de Puentes y Calzadas, y el primer ingeniero de la Escuela. Había escrito numerosas *Memorias* científicas; eran obra suya los planos de varios puentes, entre ellos los de la plaza de la Concordia, amén de haber inventado una doble bomba, una draga, un camión automático y otras obras. Perronet no reservó a Béthencourt ninguno de sus conocimientos y fue para él sabio de abierta generosidad, genuino maestro.

La permanencia en Francia no entibia su amor a la patria y al progreso científico e industrial de ésta, pues en diversas ocasiones retorna a España para comunicar a su regio protector sus iniciativas, trabajos y proyectos y los inventos que surgen en Europa.

Deseando cruzarse caballero de la orden de Santiago, el 8 de marzo de 1789, dirige, desde París, a S. M. el rey don Carlos IV el siguiente memorial: «Señor: Don Agustín de Betancourt y Moli-

²⁷ JOSÉ PÉREZ VIDAL, *Op. cit.*, págs. 242-243. El Sr. Pérez Vidal, además de la obra de Béthencourt y Castro, de que se trató ya, inserta la que con sobrada razón atribuye a don Lope Antonio de la Guerra y Peña: *Noticia de las diligencias practicadas para que se traiga de Madrid parte de una imprenta*, en la que se da cuenta de las cartas que entre don Agustín de Béthencourt y don Lope de la Guerra mediaron acerca de la materia a que me he referido antes.

²⁸ —*Esta real orden es del 11 de febrero de 1786; pero, según ya señaló el autor en su introducción, no consta en la «Gaceta de Madrid». La orden pone a don Agustín a disposición del ministro de estado y ordena el pago de su pensión por medio de la embajada de España en París.

na, teniente del Regimiento de Milicias provinciales de La Orotava en la Isla de Tenerife, una de las Canarias, A. L. R. P. de V. M. expone: Que ha más de once años que tiene el honor de servir a V. M. en dichas milicias; de cadete siete meses y quince días; de subteniente dos meses y siete días; y los restantes en su empleo, en cuya atención y hallarse ha más de cinco años empleado por V. M. en la adquisición de Máquinas y conocimientos Hidráulicos en las Cortes Extranjeras, rendidamente Suplica a V. M. se digne concederle merced de Hábito en una de las cuatro órdenes militares, sin eccetuar la de Santiago, y el poder hacer las pruebas por Patria común en Madrid, donde residen muchos sujetos naturales de aquellas Islas que pueden deponer de la calidad y circunstancias del exponente por aver existido en ellas todos sus abuelos y parientes, desde la conquista; como también a causa de lo costoso que le sería el que pasasen Informantes a dicha Isla, pues los Cavalleros cruzados que hay en ella, y que pudieran hacer las pruebas, son parientes del exponente dentro del quarto grado: Gracia que espera de la piedad de V. M. París, 8 de marzo de 1789. Señor: Agustín de Betancourt y Molina».

El memorial remítase al marqués de Branciforte, comandante general de Canarias, para su informe, que es como sigue: «Cónstame ser cierto cuánto el suplicante expone y por sus méritos y circunstancias de su casa lo juzgo acreedor a que V. M. le conceda las gracias de Merced de Ábito que pretende y que puede practicar en Madrid las correspondientes pruebas por Patria común como lo solicita, respecto a ser de las primeras y más distinguidas familias destas Islas por ambas líneas. V. M. resolverá lo que más sea de su Real agrado y servicio. Puerto y Plaza de Santa Cruz de Tenerife, 4 de junio de 1789. El Marqués de Branciforte».

El comandante general de Canarias remite su informe al excelentísimo señor don Jerónimo Cavallero. El 16 de julio de 1789 el rey concede el hábito de la orden de Santiago, pues con tal fecha expresa al marqués de Hinojosa: «En consideración al mérito y servicios de Dn. Agustín de Betancourt y Molina, teniente del Regimiento de Milicias Provinciales de la Orotava en la isla de Tenerife, he venido en concederle merced de Hábito en la Orden de Santiago. Tendráse entendido en mi Consejo de las Órdenes para su cumplimiento. En Palacio, a 16 de julio de 1789». La concesión participase al marqués de Branciforte.

Don Agustín, el 4 de enero de 1792, eleva a Carlos IV la siguiente exposición, fechada en Madrid: «Señor: Dn. Agustín de Betancourt y Molina, capitán agregado del Regimiento de la Orotava en la Isla de Tenerife, una de las Canarias, con el mayor respeto hace presente a V. M. como habiéndose dignado conceder merced de Hábito en la Orden de Calatrava a don Joseph de Betancourt, hermano entero del exponente, con la circunstancia de poder hacer las Pruebas por Patria común en Madrid, por no haber en aquella isla ningún cavallero que pudiera hacerlas, no siendo parientes dentro del cuarto grado, y hallándose el exponente con igual gracia en la Orden de Santiago, A. V. M. Suplica se digne declarar que la merced de Hábito que se ha concedido al exponente es igual a la de su hermano, para que puedan hacerse las pruebas por Patria común. Gracia que espera de la bondad de V. M. Madrid, 4 de enero de 1792».

El monarca en 23 de enero de 1792, exprésase así en comunicación al duque de Híjar: «Dn. Agustín de Betancourt y Molina, capitán agregado del Regimiento de Milicias de la Orotava en la isla de Tenerife, una de las Canarias, me ha hecho presente que acordé a su hermano entero Dn. Joseph de Betancourt la gracia de haber hecho sus Pruebas en Madrid por Patria común para vestir el hábito de Calatrava que obtiene, en cuya atención me ha suplicado la misma en las que tiene que practicar para poner el de Santiago; y considerando que Dn. Agustín se halla en igual caso que su hermano, he tenido a bien concederle que las haga por patria común solamente para lo que tenga que probar fuera de la Península. Tendráse entendido en el Consejo de Órdenes para su cumplimiento. En Palacio, a 23 de enero de 1792».²⁹

Hechas las pruebas en Madrid, en las que declaran don José de Medrando y Caraveo, don Cristóbal Fierro Sotomayor, don José Clavijo Fajardo, don Francisco Fierro Sotomayor, don Domingo Verdugo Alviturria, don José Icaza Botello, don Gonzalo Acisclo Machado y don Francisco Javier Wading,³⁰ fue cruzado caballero de la orden de Santiago en el real convento de Comendadores por el conde Tilly. Titulábase a la sazón capitán de milicias

²⁹ Archivo General de Simancas, *Expedientes personales*, Agustín de Bétancourt y Molina.

³⁰ AGUSTÍN MILLARES CARLO, *Op. cit.*, pág. 128.

provinciales de Garachico. El rey concedióle más tarde el nombramiento de mariscal de campo.⁸¹

Redacción de *Memorias*; viajes a Europa para informarse del progreso científico e industrial con el fin de incorporarlo a España; sus tareas de inspector general de Caminos; la formación del Gabinete de Máquinas del Buen Retiro; la construcción de muchedumbre de obras públicas; la dirección y clases de la Escuela de Caminos: todo esto llena la vida de don Agustín de Béthencourt durante las dos últimas décadas del siglo XVIII y los primeros años del XIX, hasta que en 1807, según unos autores, o en 1808, según otros, auséntase para siempre de España.

Acerca de la fecha de su alejamiento de la patria y de la causa que lo produjo escribe Dionisio Pérez: «Béthencourt, según otros testimonios, se instaló en una casa de la Plazuela del Retiro; allí vivió hasta 1807, en que se ausentó de España, emigrando con el propósito de no volver a su patria, hostigado, mortificado, amenazado por el Príncipe de la Paz, que no había logrado hacer de Béthencourt uno de sus cortesanos aduladores. El ingenjero había llegado a ser Intendente de Carlos IV e Inspector General de Puentes y Caminos. Alguna vez el desdichado y apacible Monarca, abandonando su taller de ebanistería, llamaba a Béthencourt, y le gustaba informarse de los proyectos que planeaba, de las industrias que dirigía. Le oía hablar con asombro de sus investigaciones sobre la fuerza expansiva del vapor de agua, sobre la transmisión eléctrica de la palabra, sobre las obras hidráulicas que podrían hacerse en las serranías españolas y para las que Godoy negaba obstinadamente el dinero de la Hacienda Real. Hacía algo más que negar el dinero que prodigaba a manos llenas a los logreros que lo adulaban y a los agentes que seguían a Napoleón, sugiriéndole la idea de regalar a Godoy el reino de los Algarbes y poner una corona real en su cabeza de villano sin escrúpulos, con lo que despertaron y azuzaron en el corso el apetito de intervenir en los negocios de España. Godoy hizo más que negar al Intendente dinero para sus proyectos. Mientras que la Academia de Ciencias y la Escuela de Puentes y Calzadas de París premiaban los Memorias de Béthencourt y utilizaban sus planos y proyectos para obras hi-

⁸¹ AURELIO PÉREZ ZAMORA, *trabajo citado*.

dráulicas, Godoy desahogaba su envidia y saciaba su odio lanzando contra Béthencourt la jauría de sus cortesanos, que lo difamaban y zaherían declarándolo loco y señalándolo a la Inquisición como hereje, que pretendía enviar la palabra con la rapidez del rayo, de que hablara Lope de Vega, por unos alambres electrificados. Fue la Academia de Ciencias de París la que indicó el nombre de Béthencourt al Zar de Rusia, como el más hábil, sabio y emprendedor ingeniero, que podía satisfacer su deseo de transformar el Imperio». ³² El autor citado sigue a Juan Van Halen, que señala el año 1807 como el de la partida de Béthencourt de España, y la hostilidad de Godoy como causa de la misma. ³³

Aunque Van Halen no es —según Menéndez y Pelayo— escritor de mucha veracidad, aceptamos sus afirmaciones acerca de esta materia. Van Halen fue contemporáneo y amigo de Béthencourt, que lo protegió en Rusia y, de seguro, quien le expuso la fecha y motivos de su salida de España. No tenía por qué mentir en esto el oficial aventurero.

Sin embargo, don Manuel Godoy, hombre de disimulos e intrigas, escribe de Béthencourt lo siguiente, después de incluirlo entre los hombres de ciencia de la España del siglo XVIII: «Las invenciones de este ilustre ingeniero merecieron un distinguido aprecio en muchas capitales de la Europa. Una de ellas, concerniente a la construcción de canales, cuyo principal objeto era facilitar la economía en los gastos de estas obras y buscar en ellas la sencillez, mereció en Francia no tan sólo los aplausos del Instituto,

³² DIONISIO PÉREZ, *Tres españoles representativos en San Petersburg*, «La Tarde», de Santa Cruz de Tenerife, 8 de marzo de 1929. Debe de ser reproducción del artículo que con el título *El ingeniero español que sirvió al Zar de Rusia*, publicó DIONISIO PÉREZ en «La Voz», de Madrid de 18 de febrero de 1929, citado por Millares Carlo. No lo he podido comprobar, por no haber logrado el número referido de «La Voz».—*Es dudoso que don Agustín fuera recomendado al zar por la Academia de Ciencias de París. No sólo no queda rastro de esta recomendación, que parece poco probable en aquellas circunstancias, sino que don Agustín declara, en una de sus cartas, que se fue por su propia elección a Rusia; que recibió proposiciones del zar; que a pesar de ello volvió a París, y que sólo más tarde se decidió a establecerse en Rusia.

³³ *Narrative of don Juan Van Halen's imprisonment in the dungeons of the Inquisition at Madrid, and his escape in 1817 and 1818; to which are added his journey to Russia, his campaign with the army of the Caucasus and his return to Spain in 1821*, London, 1827, tomo II, pág. 54.

sino también que el Tribuno Mr. Pictet la propusiese al Cuerpo legislativo para que fuese adoptada como un medio de ahorro en los caudales destinados a las obras de esta clase. Por el invento de Betancourt, cada esclusa, en lugar de un solo vaso, tenía dos contiguos que se comunicaban por el fondo. El uno estaba destinado para hacer subir y bajar los barcos por los métodos ordinarios; pero el movimiento vertical del agua que debía sostenerlos era producido por la simple inmersión o emersión de un pontón en el vaso contiguo. El pontón tenía un volumen igual al del agua que se necesitaba quitar o poner, y estaba tan ingeniosamente equilibrado, que un hombre solo bastaba para la maniobra de hacer subir o bajar un barco, por muy grande que éste fuese». ³⁴ En lo transcrito, en que Godoy no hace sino repetir las aseveraciones de Mr. Pictet, se alude a *Memoria sobre un nuevo sistema de navegación interior*, presentado por Béthencourt al Instituto Nacional de Francia, que ordenó se imprimiese, como en efecto se ejecutó en 1807, según se verá en el decurso de este ensayo. En cuanto a la conducta que el Príncipe de la Paz observaba con los hombres de ciencia de la España de Carlos IV, escuchemos lo que acerca de ella escribe el conde de Toreno: «Tan pronto protegía a los hombres de saber y respeto, como los humillaba». ³⁵ Además Godoy, redactando sus *Memorias*, no es San Agustín escribiendo sus *Confesiones*.

Don Agustín de Béthencourt y don Manuel Godoy eran dos idiosincracias diametralmente opuestas: Béthencourt, sobrio, sencillo, desnudo de trapacerías, apasionado sólo de la ciencia; Godoy, en cambio, intrigante y sensual, traidor no sólo a su rey sino también a su patria y preocupado únicamente de medros personales y efímeros honores: tenían, pues, que chocar entre sí.

Don Agustín se ausenta de España en 1807 y fija su residencia en París. Habíase casado ya con la dama de nacionalidad inglesa doña Ana Jourdan, en la que hubo cuatro hijos, uno varón y tres hembras. En 1859 sólo vivían don Alfonso de Béthencourt Jourdan,

³⁴ MANUEL GODOY, PRÍNCIPE DE LA PAZ, *Cuenta dada de su vida política, o sean Memorias críticas y apologéticas para la historia del reinado del señor don Carlos IV*, Madrid, 1838, tomo V, pág. 60, nota.

³⁵ CONDE DE TORENO, *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*, Madrid, 1835, tomo III, pág. 85.

residente en Rusia, donde era oficial de la Guardia Imperial; y doña Ana de Béthencourt Jourdan, casada en París con sujeto de gran relieve social. Después, establécese definitivamente en Rusia, en la corte más fastuosa de Europa. «No hay en ninguna parte como en Rusia lujo más sólido ni más positivo. En las paredes, mármol, jaspe y malaquita; dorados los salones y las estatuas. Cuando se celebra algún fastuoso raut, o baile, se llega hasta el alarde de exponer en estuches y vitrinas, custodiadas, las joyas que no pudo ponerse ya encima la dueña de la casa. En las estancias imperiales el áureo barroquismo consigue exhuberancias inusitadas. Los retratos de los antiguos emperadores están en unos como altares. Los lacayos llevan libreas verde y oro, con el águila bicéfala, de abiertas alas, bordada en los trajes. Allí refulgen los diamantes que fueron arrancados al Ural por esclavos que trabajaban desnudos con el fin de que no se pudieran llevar nada».³⁶

El lujo de la corte de los Zares no deslumbra a don Agustín que, cautivo únicamente de la ciencia, sólo ve en Rusia un vasto campo para su capacidad científica y su ansia de trabajo. Sucede, además, que Alejandro I es espíritu constructivo. «Si Napoleón se esforzó en hermostear París, Alejandro I, que había heredado de su abuela la fiebre constructiva, renovaba continuamente la fisonomía de San Petersburgo, acogiendo, gustoso, los más vastos proyectos, inspirando a los arquitectos y examinando con ellos nuevos planos. Los más acabados monumentos arquitectónicos, así en San Petersburgo, como en Moscú, fueron erigidos durante el reinado de Alejandro I».³⁷

Cuando Béthencourt llega a la corte de Rusia cuenta cincuenta años de edad. El zar Alejandro Paulowich lo recibe con alborozo; le señala 25.000 rublos anuales; le confirma en su grado de maris-

³⁶ ANTONIO MARICHALAR, *Riesgo y ventura del Duque de Osuna*, Madrid, 1939, cap. XLI, pág. 149.—*Don Agustín de Béthencourt se había casado con doña Ana Jourdan, inglesa, de religión católica, durante su estancia en París, y sin haber solicitado antes el permiso del rey. Habiéndolo pedido con posterioridad, lo obtuvo en 7 de octubre de 1797, fecha en que se comunicó la aprobación real al comandante general de Canarias (el original se halla en las colecciones del Excmo. Cabildo Insular de Tenerife). El matrimonio debió de verificarse por el año de 1790. Doña Ana Jourdan, ya viuda, pasó a vivir en Francia, con su hija doña Matilde de Béthencourt, casada allí con el conde de Gardane, y falleció en 1853.

³⁷ NIKOLSKY, *Historia del arte ruso*, Madrid, 1930, pág. 562.

cal de campo; con frecuencia lo invita a su mesa; tiene libre entrada en palacio; trabaja con asiduidad en el propio gabinete de Alejandro, que le colma de distinciones y le trata más que como a súbdito como a amigo; le nombra inspector general de las vías de comunicación del imperio y le asciende a teniente general de los ejércitos imperiales; le concede la condecoración de San Alejandro Newsky, la segunda de Rusia; y le regala su retrato guarnecido de brillantes.

Breves cartas dirigidas por el zar a Béthencourt prueban la intimidad de éste con aquél. En 25 de febrero de 1811, le dice: «Yo tengo esta tarde mucho que hacer, General, y no queriendo hacerte esperar, te suplico que vengas mañana a las ocho. Todo tuyo, Alejandro». El 26 de enero de 1824 le escribe: «Todavía me veo obligado, General, a posponer nuestro trabajo para mañana a la tarde, por haber estado todo el día ocupado en despachar correos. Te suplico que aceptes mis excusas. Alejandro».³⁸

Departía una tarde el zar con don Agustín y el príncipe Kailov, que blasonaba de excelente cocinero y se creía capaz de inventar una salsa cada día.

El zar le pregunta a Kailov en tono zumbón:

—¿Cómo va la salsa de hoy?

—Señor —responde el príncipe—, más difícil es inventar una salsa que una máquina.

Alejandro le dice:

—Sí, principalmente cuando el cocinero es Kailov y el inventor Béthencourt.³⁹

El prestigio de que gozaba en Rusia el ingeniero canario pruebanlo testimonios inconcusos. Agustín Mendía asevera: «El general Béthencourt disfrutaba en Rusia de una reputación inmensa. Cuántas veces debí al prestigio de su nombre la acogida que se me hacía en los establecimientos públicos».⁴⁰

Cuando Juan Van Halen se resuelve ir a Rusia, Kraft, secretario de la embajada rusa en España, le dice que llève cartas para los hombres de más influencia en Rusia, que son los hermanos

³⁸ [AUTOR ANÓNIMO] *Don Agustín Béthencourt Molina, ingeniero hidráulico*, citado.

³⁹ *Id. id.*

⁴⁰ AGUSTÍN MENDÍA, *Dos años en Rusia*, Valencia, 1848, pág. 48.

Turguenef, consejeros de Estado, el conde de Romanzof, gran canciller del imperio, y don Agustín de Béthencourt y Molina.⁴¹

En 1821 llega a Rusia don Agustín de Monteverde Béthencourt, nacido en La Orotava, en 1797, sobrino de don Agustín de Béthencourt y Molina, pues era hijo de doña Catalina de Béthencourt y Molina, que nació en el Puerto de la Cruz en 1765, y de don Antonio de Monteverde Rivas. Fue general de los ejércitos rusos⁴² y contrajo en Rusia dos enlaces: con doña Catalina Ferdessen, el primero, y con doña Sofía Spitz, el segundo. Su hijo don Agustín de Monteverde Ferdessen fue teniente del segundo regimiento de la Guardia Imperial y tomó parte en la campaña de Polonia. Don Pedro de Monteverde Ferdessen fue capitán de húsares en Rusia.

No podemos dejar de mencionar a otro sobrino de don Agustín, hijo también de doña Catalina de Béthencourt y de don Antonio Monteverde Rivas, que nació en La Orotava en 1798 y murió en Madrid en 1868: Don Manuel de Monteverde Béthencourt, general de ingenieros, comendador de la Legión de Honor, condecorado con las cruces de San Hermenegildo y Carlos III, y mariscal de campo. Intervino brillantemente en diversos hechos de armas y fundó en Madrid la Escuela de Estado Mayor, de la que fué primer director.⁴³ A don Manuel de Monteverde atribuye erróneamente Millares Carlo, en su *Bio-bibliografía*, la *Relación circunstanciada* de la derrota de Nelson, impresa en Madrid en 1798.

⁴¹ Pío BAROJA, *Juan Van Halen, el oficial aventurero*, Madrid, 1930, part. 4.ª, pág. 206.

⁴² —*Don Agustín de Monteverde Béthencourt fué en Rusia general del cuerpo técnico de ingenieros, gobernador militar de la ciudad de Nicolaiev, en Crimea, durante la guerra de 1853, y encargado con una misión personal del zar al rey de Prusia, en 1866.

⁴³ JOSÉ PERAZA DE AYALA, *Historia de las casas de Machado y Monteverde en las Islas Canarias*, Madrid, 1930, págs. 238-239; ANÓNIMO, *Biografía del Excmo. Sr. D. Manuel de Monteverde y Béthencourt*, Santa Cruz de Tenerife, 1870; RAMÓN GIL ROLDÁN RÍOS, *Don Manuel Monteverde*, «La Ilustración de Canarias», año II, n.º XVIII, 31 de marzo de 1884, págs. 145-147.—*Don Manuel de Monteverde y Béthencourt, que falleció el 30 de agosto de 1868, había sido diputado a Cortes por Tenerife en 1853, y miembro de la Academia de Ciencias Exactas de Madrid, por elección verificada el 31 de enero de 1851. El opúsculo biográfico de 1870, señalado en esta misma nota, es una separata del artículo con el mismo título, publicado en «El Amigo del País», III, 1870, págs. 49-62.

El fragmento de la carta de Viera, reproducido por Millares Carlo, prueba de modo indubitable que la *Relación circunstanciada* es de don José de Monteverde Molina, a quien, como a autor de ésta, dirige el arcediano de Fuerteventura la carta de referencia, expresándole su gratitud por el ejemplar que de la *Relación circunstanciada* le envió.⁴⁴ El teniente coronel don José de Monteverde Molina, a quien Millares Carlo incluye en su *Bio-bibliografía*, nació en Garachico en 1756. Fue regidor del cabildo, castellano vitalicio del castillo de San Cristóbal; tomó parte en la batalla de Nelson; casó, en primeras nupcias, con doña Juana Franco de Castilla, y, en segundas, con doña Teresa Juana de la Guerra y del Hoyo, hija de los marqueses de San Andrés, en La Laguna, en 1811, y las velaciones de este enlace, por gracia especial del Ilmo. señor obispo don Manuel Verdugo Albiturria, se celebraron en 1814 en el oratorio del citado castillo. Don José de Monteverde Molina murió en La Laguna, en 1831, y su segunda esposa, en Santa Cruz, en 1848. Era primo de don Agustín de Béthencourt; hijo del alférez mayor de la isla de La Palma don Miguel de Monteverde y Hoyo-Interián y de doña Beatriz de Molina Briones, hija de los marqueses de Villafuerte.⁴⁵

Don José Joaquín Monteverde Béthencourt, nieto de doña Catalina, nació en la Villa de La Orotava en 1803; fué oficial de la jefatura política de Tenerife, y publicó, en colaboración con don José Valentín Zufiría, natural de Galicia, la primera guía de nuestro archipiélago: *Guía de las Islas Canarias para 1840*, impresa en Las Palmas.⁴⁶

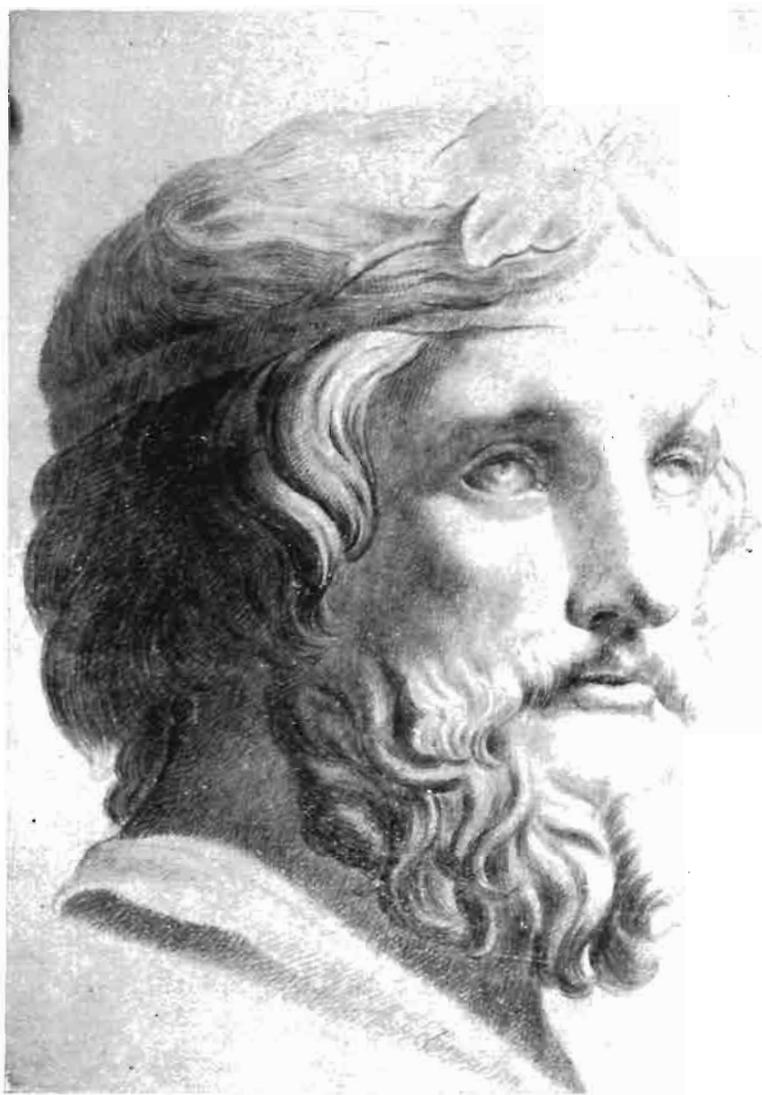
⁴⁴ —*A mayor abundamiento, el ejemplar de la *Relación circunstanciada* que perteneció a Viera y Clavijo, y que se conserva actualmente en la Biblioteca de la Real Sociedad Económica de La Laguna, contiene una carta dedicatoria del autor, con su firma autógrafa.

⁴⁵ Libro X de bautismos de la iglesia de Santa Ana de Garachico, folio 9 vto. Libro X de matrimonios de la parroquia Matriz de Santa Cruz, folio 80 vto. Libro XIV de defunciones de Ntra. Señora de la Concepción de La Laguna, folio 52 vto. Libro XXIV de defunciones de la parroquia Matriz de Santa Cruz, folio 23.

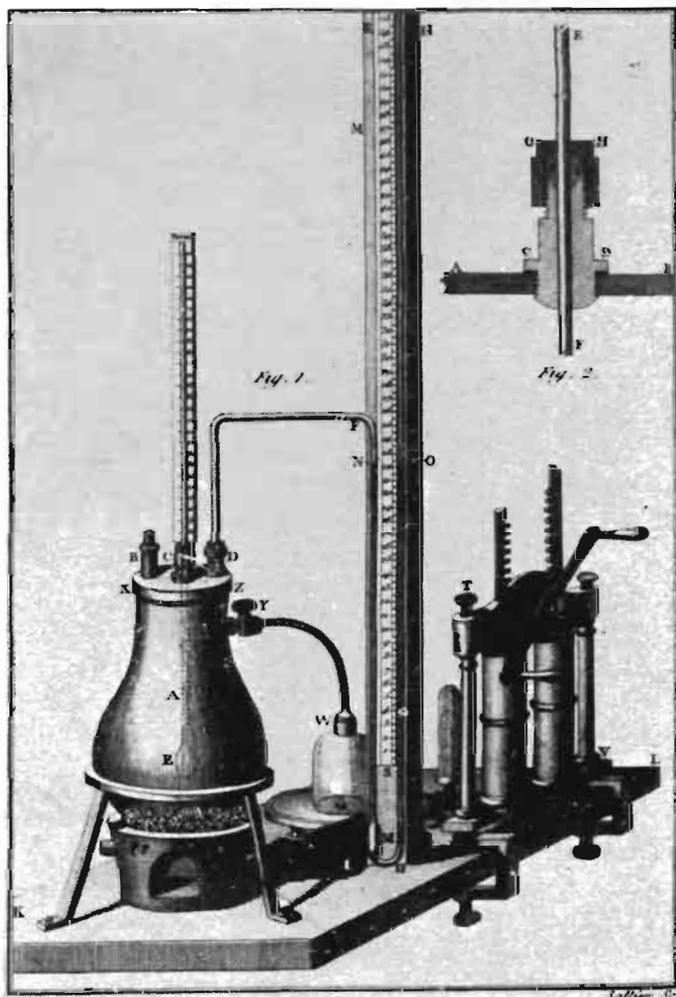
⁴⁶ —*Don José Joaquín de Monteverde fue después redactor del «Boletín Oficial» de la provincia (1840), primer subgobernador del distrito de Tenerife durante la división administrativa de 1852-54, vocal de la Junta Agrícola (1856-60), consejero provincial (1860), gobernador interino de la provincia en enero-marzo de 1864, diputado provincial (1865-66) y director de la Sociedad Económica de Santa Cruz de Tenerife (1865).



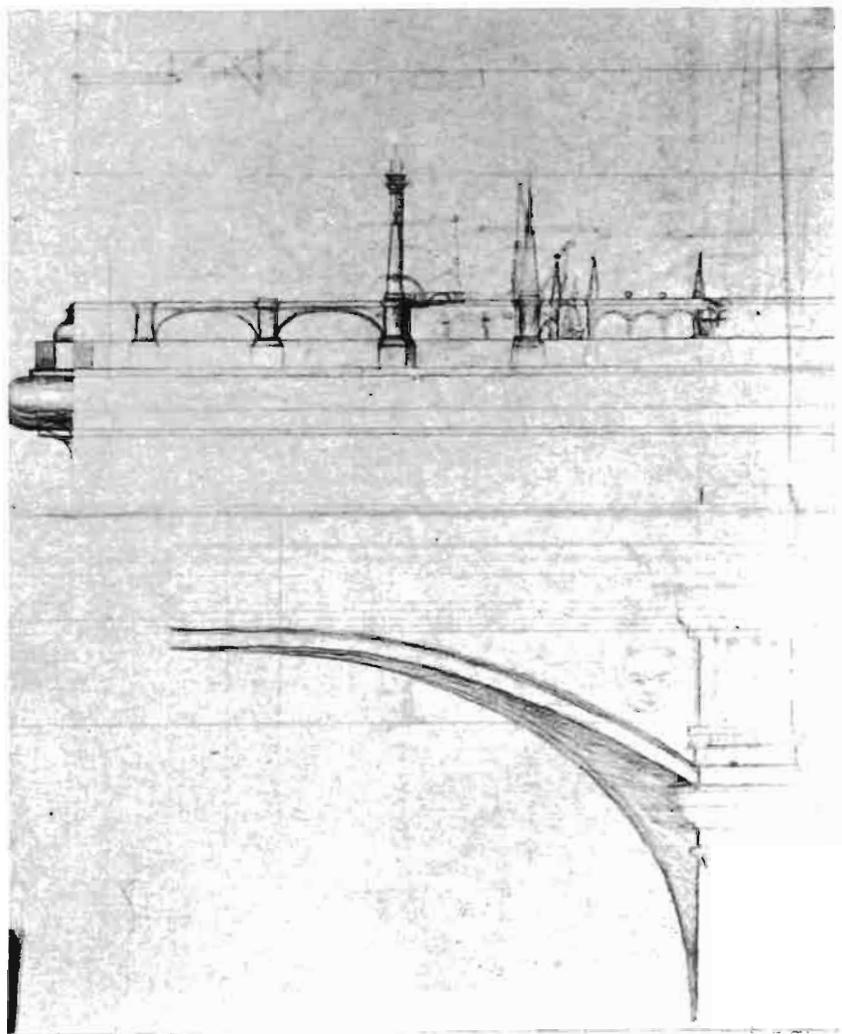
Dibujo académico de don Agustín de Béthencourt (1779)
Colección de la familia Salazar y Béthencourt (La Orotava)



Dibujo académico de Don Agustín de Béthencourt
Colección de la familia Salazar y Béthencourt (La Orotava)



Dibujo de la *Mémoire sur la force expansive de la vapeur de l'eau* de don Agustín de Béthencourt, impresa en París (Fotografía comunicada por don Antonio Ruiz Álvarez)



Proyecto de un puente en San Petersburgo,
por don Agustín de Molina
Colección de la familia Salazar y Béthencourt (La Orotava)

Tornando ahora al prestigio de que don Agustín de Béthencourt y Molina gozaba en la corte de Alejandro I, leamos lo que, pocos años después de haber muerto el ilustre ingeniero, afirma el escritor lanzaroteño don Francisco Guerra Béthencourt (1785-1835): «Don Agustín de Béthencourt [fue] profundo matemático, grande ingeniero y hábil maquinista. Por su fama fué solicitado del Emperador Alejandro y llevado a Rusia, donde murió dos años ha, con el empleo de Director General de Caminos, Puentes y Calzadas de todo el Imperio. Disfrutaba del íntimo favor de aquel monarca y de la más alta reputación en Europa. Por su obra se da en el Conservatorio de París el curso de mecánica aplicada a las artes».⁴⁷

«Doce años pasados en suelo extranjero no habían debilitado en el corazón de Béthencourt y su familia el recuerdo y el amor de la patria. Sus hijas bordaron con sus propias manos la bandera destinada al regimiento español que, conducido a Rusia por Napoleón, fué hecho prisionero en la retirada de Moscú, y que el Zar Alejandro equipó a su costa antes de enviarlo a la Península. Este regimiento se llamó desde entonces Imperial Alejandro».⁴⁸

Después de intensa labor, como luego veremos, murió colmado de honores, en San Petersburgo, el 14 de julio de 1824.

Cuatro retratos de Béthencourt conocemos: el que honra el salón de actos de la Escuela de Caminos Canales y Puertos; el que firmado por el pintor portuense Marcos Baeza (1858-1914) integra la colección iconográfica del Museo Municipal de Santa Cruz de Tenerife; una miniatura del historiador del Puerto de la Cruz don José Agustín Álvarez Rixo (1796-1883) y que poseen los herederos y parientes de éste; y otra de don Antonio Pereyra Pacheco y Ruiz (1790-1858), que ilustra la *Constelación Canaria* de Viera, que se custodia en la Biblioteca Universitaria de La Laguna. No menciono el que, hecho por Robayna, figura en el número de «La Ilustración de Canarias» en que se inserta la biografía arreglada por don Patricio Estévez, porque aquel retrato puede ser

⁴⁷ FRANCISCO GUERRA BÉTHENCOURT, *Contestación apologética*, nota 2.^a en «La Aurora», de Santa Cruz de Tenerife, de 23 de julio de 1848, págs. 371-372. Este trabajo, que reproduce «La Aurora» en 1848, lo había publicado su autor en 1830.

⁴⁸ DIONISIO PÉREZ, trabajo citado.

hasta de un oficial francés del Segundo Imperio; pero nunca de don Agustín de Béthencourt.

El mejor de los cuatro retratos mencionados es el existente en la Escuela de Caminos, Canales y Puertos. Don Agustín viste el uniforme de teniente general de los ejércitos imperiales de Rusia. Es de regular estatura, de ojos pensativos, un tanto calvo, de finas maneras, de expresión melancólica. Cruza su pecho la banda de la real y militar orden de Santiago, cuya roja cruz brilla junto a la placa de la orden de San Alejandro Newsky. El aire de toda su persona revela distinción.

LABOR CIENTÍFICA



A PRIMERA OBRA que se encomienda a Béthencourt es la que atañe a las minas de Almadén. Pérez Zamora, Menéndez Pelayo y Millares Carlo mencionan las tres *Memorias* que respecto a tal materia traza don Agustín. Quien mejor las describe es el último de los tres autores citados: *Primera memoria de las aguas existentes en las Reales aguas de Almadén en el mes de julio de 1783 y sobre las máquinas y demás concernientes a su extracción; Segunda memoria sobre las máquinas que usan en las minas de Almadén en que se expresan sus ventajas y defectos y algunos medios de remediarlos; Tercera memoria sobre todas las operaciones que se hacen dentro del Cerco en que están los hornos de fundición de Almadén*. Los originales de estas *Memorias* custódiense en la sección de manuscritos de la Biblioteca Nacional.⁴⁹ En la primera de ellas se lee: «Excmo. S.^{or} Mandóme V. E. pasar a las minas de Almadén, para que me instruyese de los varios trabajos y operaciones que hay en ellas; y creí de mi obligación aprovechar el tiempo que permaneciese allí; dedicándome a examinar algunos de los ramos más principales de aquellas minas, y los métodos que en ellas se observan. Con este objeto las frecuenté y recorrí varias veces. Examiné, inquirí y apunté lo que juzgué más preciso; y formé planos, perfiles y vistas de lo que me pareció más útil e instructivo. Todo lo iré presentando a V. Ex.^a a proporción que ponga en limpio y orden lo que he trabajado. Mi idea era formar de todas mis observaciones un cuerpo, para evitar

⁴⁹ Biblioteca Nacional, manuscritos números 10.427, 10.428 y 10.429. Vide MILLARES CARLO, *op. cit.*, págs. 125-126; MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO, *La ciencia española*, Buenos Aires, 1947, tomo III, pág. 373; A. PÉREZ ZAMORA, trabajo citado.

las repeticiones y remisiones que serán indispensables, dando mi trabajo por partes; pero aquel pensamiento me hubiera tenido demasiado tiempo sin arbitrio para manifestar a V. E. que he procurado no hacer un viaje inútil y por lo mismo me he determinado a darle otra forma. He hecho los reconocimientos sin mi espíritu de reformador, ni de proyectista, porque no tenía misión para lo primero, ni lo segundo es de mi genio, y si toco algunas cosas que me parecían dignas de remedio, suplico a V. E. las reciba con su acostumbrada benignidad, como efecto de un zelo que sólo aspira el mejor servicio del Rey, y a hacerse digno de la protección de V. E.»

En el reinado de Carlos III, en que escribe estas *Memorias*, fue gran protector suyo el conde de Floridablanca, a quien se dirige Béthencourt en lo que he trasuntado. No hemos tenido la fortuna de consultar a Maffei Rua, que acerca de estas *Memorias* cita Millares Carlo en su concienzuda, erudita y monumental *Bio-bibliografía* ya mencionada.

Con objeto de conocer la composición y funcionamiento de un telar en que se fabricaban medias de punto cruzado, embarc ose en 1788 para Inglaterra, y a pesar de las dificultades que se le opusieron por el secreto en que el invento se guardaba, logró verlo, y a su retorno construyó uno en Madrid y otro en París, iguales al visto en Londres. Presumimos que se trataba del telar mecánico inventado en 1785 por el inglés Edmundo Cartwright.⁵⁰

Béthencourt fue uno de los primeros ensayistas de la telegrafía eléctrica.

«Este ilustre ingeniero —escribe Menéndez y Pelayo— es mucho más célebre por haber colaborado en la grande obra de *Cinemática* de don José Lanz y por haber hecho los primeros ensayos de la telegrafía eléctrica».⁵¹ Acerca de esto expr esase con más detalles Elías Zerolo en obra editada en París: «Es también importante la *Memoria que sobre un nuevo telégrafo* presentó, en unión de Mr. Br egu et, al Instituto Nacional de Francia. Hállase

⁵⁰ ALBERTO LLANO, *Los héroes del progreso (Inventos e inventores)*, 1942, Barcelona, págs. 31-32.—*Según carta de don Agustín a su padre, de fecha de 10 de enero de 1789, había salido de París para Londres el 11 de noviembre anterior. Durante su estancia en la capital inglesa, que fue de unos veinte días, dice que le sirvió de guía e interprete su amigo y compatriota don José de Lugo.

⁵¹ M. MEN ENZES Y PELAYO, *op. cit.*, tomo III, cap. XIII, pág. 373.

en el tomo III de las Memorias de esta sabia corporación».⁵² Los primeros ensayos de don Agustín sobre telegrafía se hicieron entre Madrid y Aranjuez. En homenaje a estas primeras experiencias, en febrero de 1884, a raíz de la inauguración del cable en Santa Cruz de Tenerife, el ingeniero don Lorenzo Lapuyade propuso al Gabinete Instructivo solicitar del Excmo. Ayuntamiento de Santa Cruz que diese el nombre de don Agustín de Béthencourt a la calle «Cruz Verde». Y así se acordó por el Gabinete Instructivo.⁵³

Por disposición del conde de Aranda, que era «uno de los más apasionados admiradores del preclaro ingenio» de Béthencourt, examina éste en el jardín de plantas de París los hornos que Mr. Fars había construido para la extracción del betún del carbón de piedra y escribe una *Memoria* que Menéndez y Pelayo, fuente no citada por don Agustín Millares Carlo, menciona: *Memoria sobre el método de construir y usar los hornos para extraer el betún que tiene el carbón de piedra, quedando éste purificado al mismo tiempo*.⁵⁴

Escribe otra *Memoria sobre el mejor modo de blanquear la seda*. A instancias suyas establecióse en España una fábrica de cajas de carey, con maquinaria y artífices traídos de Francia, desde donde, en otra ocasión, envía los aparatos para demarcar los Pirineos. El gobierno español, por medio del conde de Fernán-Núñez, encarga a Béthencourt los instrumentos que debían llevar las corbetas «Descubierta» y «Atrevida», que, al mando de los capitanes de navío don Alejandro Malaspina y don José Bustamante Guerra, iban a recorrer el mundo en viaje de circunvalación en 1789.⁵⁵

Mr. L'Abbé Haüy en su *Traité élémentaire de physique* afirma

⁵² ELÍAS ZEROLO, *Historia de la máquina de vapor*, París, Garnier, 1889, página 12.

⁵³ «La Ilustración de Canarias», año II, núm. XVI, 29 de febrero de 1884, página 136.

⁵⁴ MENÉNDEZ PELAYO, *op. cit.*, pág. 373.—*Esta memoria fue enviada por el conde de Aranda a la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Asturias en Oviedo, y le valió a su autor el título de socio de mérito de la misma.

⁵⁵ AURELIO PÉREZ ZAMORA, trabajo citado; NOLO Y COLSÓN, *Viaje político-científico alrededor del mundo por las corbetas «Descubierta» y «Atrevida» al mando de los Capitanes de Navío D. Alejandro Malaspina y D. José Bustamante Guerra desde 1789 a 1794*, Madrid, 1885.

acerca de Béthencourt lo que transcribo: «On ne connaissait encore ici rien de plus parfait en ce genre, lorsqu'en 1788 Bétancourt ayant fait un voyage à Londres, y vit une nouvelle machine à vapeur, exécutée par les soins de Watts et de Belton. On se contenta de lui dire que cette machine avait beaucoup d'avantages sur les autres; mais du reste on lui fit mystère du mecanisme, et le secret était bien gardé par la machine elle-même, pour un observateur qui ne faisait guère que passer devant un ensemble de pièces, les unes tout-à-fait interieures, les autres masquées en partie par la disposition du bâtiment. Cependant Bétancourt devina le principe, et, de retour à Paris, il construisit un modèle, où il fit l'application de ce principe par des moyens également simples et ingénieux».⁵⁶

El nombre de don Agustín figura en la historia de la máquina de vapor, por la aportación que hizo a la inventada por Watts. Son del citado ingeniero Lapuyade estas afirmaciones: «Si Blasco de Garay honró a su patria y a su nombre con la última inventiva de su genio, no menos honró a España y a sí propio Agustín de Béthencourt, natural del Puerto de la Cruz, el cual, hallándose al servicio del Gobierno español a principios del presente siglo, hizo una serie de experimentos del agua de vapor a diferentes temperaturas y una máquina de vapor de doble efecto, con una nueva disposición de las válvulas, es decir, perfeccionó el invento de Watts, en las máquinas de vapor».⁵⁷ Elías Zerolo asevera: «Creada y aplicada la máquina de vapor actual, de la que hablaremos más adelante, poco han contribuido los españoles a su perfeccionamiento. De trabajos de verdadero mérito sólo conocemos los de don Agustín de Béthencourt».⁵⁸

⁵⁶ MR. L'ABBÉ HAÜY, *Traité élémentaire de physique*, Paris, 1821, tomo I, cap. IV, págs. 277-279.

⁵⁷ LORENZO LAPUYADE, *Una gloria olvidada: Las máquinas de vapor perfeccionadas por un canario*, «Revista de Canarias», 23 de enero de 1879, pág. 203.

⁵⁸ ELÍAS ZEROLO, *op. cit.*, cap. II, págs. 11 y 12.—*En la carta que de París, escribía a su hermano, el 6 de marzo de 1789, don Agustín hablaba de su «bomba de fuego» o máquina de vapor. Reconoce que su viaje a Londres contribuyó mucho para modificar sus concepciones, de modo que «de las piezas que estaban hechas, apenas han servido la cuarta parte de ellas». Dice que los científicos franceses que la han visto se quedaron tan contentos con su proyecto, que decidieron construirla «en grandé, con todas las innovaciones que he practicado».

Concretemos aún más acerca de esta materia, ya que se trata de uno de sus trabajos más importantes. En 1790 presentó a la Academia de Ciencias de París su *Mémoire sur la force expansive de la vapeur de l'eau*. La Academia nombra una comisión de hombres de ciencia para que informen acerca de ella. La comisión la integran personas de tanto prestigio como Juan Carlos Borda, inventor de la regla para el cálculo de la dilatación originada por el cambio de temperatura; Gaspar Morge, físico francés, fundador de la Escuela Politécnica de París, donde explica hidráulica; y Bernabé Brisson, catedrático de la Escuela de Ingenieros de la capital francesa. La Academia recibe el informe, fechado en 24 de septiembre de 1790, y en él los comisionados afirman: «En la máquina de don Agustín de Betancourt el émbolo debiendo obrar en el balancín tanto al tiempo de subir como de bajar, no podía suspenderse a éste por medio de una cadena flexible; debía, pues, fijarse por medio de un vástago, vara rígida y capaz de comunicar el movimiento ascensional, pero el punto en que esta vara debía fijarse al balancín debía necesariamente moverse en línea vertical; y no podía fijarse a él porque todos los puntos describen arcos de círculo alrededor del eje de rotación. Mr. Watts resolvió esta dificultad por medio de un paralelogramo de hierro fijo al balancín y movable alrededor de los vértices de sus cuatro ángulos. Tres de ellos deben al moverse describir arcos de círculo; sucede que dando las dimensiones que prescribe don Agustín de Betancourt en esta *Memoria*, el cuarto ángulo se mueve en línea vertical y en éste es en el que está fijo el vástago del émbolo». Borda, Monge y Brisson cierran así su informe: «La *Memoria* nos parece digna de la aprobación de la Academia y creemos que debe publicarse entre las Memorias de los sabios extranjeros».⁵⁹

El prebendado don Antonio Pereyra Pacheco y Ruiz, fuente no mencionada por Millares Carlo, trae ficha bibliográfica de un ejemplar de esta *Memoria*, impresa en París en 1790:⁶⁰ *Mémoire sur la force expansive de la vapeur de l'eau, lu à l'Académie Royale des*

⁵⁹ JOSÉ CLAVIJO FAJARDO, *Mercurio histórico y político. Extractos de los Registros de la Academia de Ciencias de París, febrero de 1791*, Madrid.

⁶⁰ ANTONIO PEREYRA PACHECO Y RUIZ, *Continuación de los escritores canarios, o apéndice a la Biblioteca citada por Viera en el tomo 4, folio 514 y siguientes*, Ms., Biblioteca Municipal de Santa Cruz de Tenerife, fol. 3.

Sciences par Mr. Bétancourt. A Paris, Chez Laurent, libraire, rue de la Harpe. Escribe una memoria sobre un modelo de draga, estando en París, en 1791, la que, por medio del bailío don Francisco Antonio Valdés remite a la junta de generales de la Armada, que la aprobó con plácemes. Posiblemente era reproducción de la draga mecánica que inventó el inglés Savery para limpiar el cauce del Támesis y que don Agustín habría visto en uno de sus viajes a Londres, puesto que la primera draga de vapor fue construída en 1796 por Boulton y Watts con arreglo a los planos del ingeniero Grimshaw.⁶¹ Aurelio Pérez Zamora menciona una máquina inventada por Bétancourt para cortar la hierba en los ríos y canales navegables, que se adoptó como modelo por la Sociedad de Arte, Manufacturas y Comercio de Londres. Parece que la esclusa construída por Bétancourt se utilizó en el canal de Aragón. Posiblemente un viaje que realiza a Lyon tuvo por objeto ver el telar automático de dibujos inventado por José M^a Jacquard y que en 1799 habíase ya introducido en las fábricas de la población citada.⁶²

Funda el Real Gabinete de Máquinas del Palacio del Buen Retiro en salas que para tal fin le cedió el rey y del que fue director con honores de intendente de provincia. Componíase de 270 máquinas con 358 planos dibujados por Bétancourt; ha-

⁶¹ REULEAUD, *Los grandes inventos*, traducción de Enrique Urios y Gras, Madrid, 1891, tomo VII, pág. 597.—*En realidad, este invento debe de ser bastante anterior, si esta draga es, como lo suponemos, «una máquina para desaguar los terrenos pantanosos, movida por el viento, que ha gustado mucho y ha sido aprobada por todos los hidráulicos que la han visto», y de que habla en una carta dirigida a sus padres, del 10 de enero de 1789. Por el mismo tiempo había construído también «un telar para tejer cintas anchas de raso liso, en el cual una sola persona podrá hacer al día cosa de cien varas» (Carta del 6 de marzo de 1789).

⁶² ALBERTO LLANO, *op. cit.*, pág. 83.—*La biografía de don Agustín, conservada en manuscrito en posesión de su familia en La Orotava, y que parece haber servido de base al mencionado estudio de Pérez Zamora, dice que don Agustín había hecho la descripción del canal de Aragón; y que por real orden de 29 de marzo de 1786 se le ordenó pasase a aquel canal, para poner en obra la máquina que había propuesto para desaguar el malecón de aquella presa. No resulta de estas expresiones si el proyecto llegó a realizarse. Tampoco está claro si se trata de la esclusa inventada por don Agustín, como lo piensa el autor, o de la draga de su fabricación; pero, en vista de las fechas, la segunda posibilidad es la más probable.

bía, además, allí 100 *Memorias* escritas por don Agustín, con 92 gráficos.

La iniciativa de la fundación débese al conde de Fernán-Núñez, quien afirma: «Don Agustín de Betancourt, caballero canario que con su hermano han estado empleados y pensionados en la Corte varios años para la hidráulica y maquinaria, han trabajado con el mayor esmero y distinguióse, muy particularmente el primero, por su habilidad y talento, mereciendo premios y la mayor aceptación en la Academia y entre los hombres científicos. Ha enviado una de las más perfectas de cuantas máquinas pueden imaginarse en toda clase, y conociendo yo por experiencia que las más veces, después de hacer gastar mucho al rey, estos envíos se almacenan, propuse se estableciese un gabinete de mecánica, de que Betancourt sería director; que en él hubiese catálogo de las máquinas para uso, que se vendiese al público, y en el que se expresaría lo que costaría el dibujo o un modelo de cada máquina. De este modo, cualquiera podría hallar allí la que le conviniese, para los adelantamientos de sus posesiones, etc., y teniendo siempre en París y en Londres un sujeto que continuase dando cuenta de lo nuevo que saliese, podría con poco hacerse un establecimiento muy útil al reino».⁶³

Lo transcrito danosa a conocer, además, aspectos nuevos de la vida de don José de Béthencourt y Molina, a quien alude el mencionado autor, y del que ya he tratado anteriormente.

En nuestros días se han dado a conocer fragmentos de una carta del embajador Fernán-Núñez al conde de Floridablanca, que

⁶³ CONDE DE FERNÁN-NÚÑEZ, *Vida de Carlos III*, Madrid, 1944, 2ª parte, capítulo IV, pág. 385.—*Don Agustín de Béthencourt había sido nombrado director del Real Gabinete de Máquinas, en diciembre de 1788, mientras se hallaba de viaje a Inglaterra. Salió de París, para hacerse cargo del Gabinete, el 28 de agosto de 1791. Pasó primero a Lyon, donde estudió las fábricas de seda; después a Barcelona, con objeto de estudiar la posible aplicación de su máquina para limpiar el puerto; después inspeccionó las carreteras de la región valenciana, antes de volver a Madrid.

Por carta fechada en Madrid, el 24 de febrero de 1793, el duque de Alcudia le comunicaba que «satisfecho el Rey de los buenos servicios de Vs. y queriendo remunerar su particular industria y actividad en la adquisición de los modelos, planos y memorias que ha recogido en diversas partes de Europa, para formar el Real Gabinete de Máquinas, establecido en Madrid bajo la dirección de Vs., no menos que su exacto desempeño en las comisiones del Real Servicio que se le han encar-

aluden al Gabinete de Máquinas del Buen Retiro. Está fechada en 1787; «He ido a visitar el taller y los modelos de máquinas que están a cargo de don Agustín de Betancourt, secundado a su ruego por Tomás Verg y Juan de la Fuente. El acuerdo y la economía con los cuales trabajan les hacen tanto honor como a la persona que les ha confiado tan importante misión: S. M. no gastará ciertamente con ellos, de que no saquen provecho con usura».⁶⁴

Nuestro ilustre Viera, que siempre dice algo de interés en cuanto escribe, dedica a esta época de don Agustín la séptima octava real de su poema, escrito en 1800, *Constelación canaria*, que trasuntamos:

*De otro Real Gabinete primer astro
donde máquinas mil su ingenio ostenta,
Don Agustín de Béthencourt y Castro
nuevo Arquímedes ya se nos presenta:
Él adivina, infiere, sigue el rastro
a cuanto en Londres o en París se inventa,
y haciendo a su Minerva sacrificios.
artes ilustra, perfecciona oficios.*⁶⁵

gado, ha venido en conceder a Vs. el aumento de 20.000 reales de vellón al año, sobre los 24.000 reales de sueldo que ya goza como Director del referido Gabinete».

Al comunicar esta noticia a sus padres, el 27 del mismo mes, don Agustín no olvidaba de señalar que «en el mismo día y hora nombraron a Estanislao [de Lugo] por director de los Reales Estudios de esta Corte, con 57.000 reales anuales, y la Cruz de Carlos Tercero, y a don José Clavijo, segundo director del Gabinete de Historia Natural, le aumentaron 8.000 reales vellón de su sueldo; de modo que al mismo tiempo se concedieron las gracias a tres paisanos, tres amigos y tres directores».

⁶⁴ PEDRO GONZÁLEZ QUIJANO, trabajo citado, pág. 5. No he podido consultar la serie de cartas que de Fernán Núñez publicó a fines de la pasada centuria A. Morel-Fatio, de una de las cuales debe de ser el fragmento reproducido.

⁶⁵ JOSÉ DE VIERA Y CLAVIJO, *El nuevo Can mayor o constelación canaria del firmamento español en el reinado del Sr. D. Carlos IV*, en *Juicio crítico*, de Rodríguez Moure, ya citado, págs. 128-129. El título con que aparece en Moure este poema no es exactamente el que consigna Viera en sus ya mencionadas *Memorias*, en las que se lee: «En este mismo año 1800 compuso un poema en octavas titulado: *El Can mayor*, o constelación canaria de trece estrellas isleñas que han brillado en el firmamento español en el reinado de Carlos IV». Cf. J. VIERA Y CLAVIJO, *Memorias citadas*, pág. 73.

Cuando retornó a España de uno de sus viajes al extranjero halló en el mayor desorden su alojamiento del Buen Retiro, y como el rey le interrogase si se hallaba bien en el local que le había destinado, repuso Béthencourt:

—Señor, parece que ya no contaban conmigo. La buena intención de Vuestra Majestad ha sido burlada. Ya no sé dónde alojarme, porque han ocupado las salas del Buen Retiro.

El rey señaló a don Agustín nuevo alojamiento y le dijo:

—Tendré buen cuidado de que te respeten éste.

El hecho reseñado prueba que por allí anduvo el duende avieso de don Manuel Godoy, y a la par da la razón a Juan Van Halen y a Dionisio Pérez acerca de la hostilidad del Príncipe de la Paz contra el ilustre ingeniero canario, que, según sus propias afirmaciones de 8 de marzo de 1789, estuvo «más de cinco años empleado por S. M. en la adquisición de máquinas y conocimientos hidráulicos en las Cortes extranjeras».

En la *Guía de forasteros de Madrid*, de 1803, figura Béthencourt como inspector general de Caminos y director del Real Gabinete de Máquinas del Buen Retiro.⁶⁶

El ingeniero de caminos don Carlos Orduña afirma que el Gabinete de Máquinas duró hasta el 2 de mayo de 1808, en que fue destruido por la metralla francesa, y que entre las sensibles pérdidas experimentadas estaba la de la mayor parte de los magníficos modelos del Museo de Máquinas.⁶⁷

Fruto de la laboriosidad de Béthencourt fue otra nueva obra: *Memoria para fundir y barrenar la artillería de hierro*.⁶⁸

La existencia en París de la Escuela de Puentes y Calzadas, a la que tantas veces concurre don Agustín por su afán de saber y por la amistad que le une a Mr. Perronet, le hizo concebir la idea de fundar en España la Escuela de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos.

Don Eduardo Echegaray, fuente no citada por Millares Carlo, escribe: «Convencido el Estado después de medio siglo de aprendizaje, de la necesidad de hacer grandes reformas en el servicio

⁶⁶ Pío BAROJA, *op. cit.*, part. 4^a, cap. III, nota 3^a; pág. 206.

⁶⁷ CARLOS ORDUÑA, *Memorias de la Escuela de Caminos*, Madrid, 1925, cap. I, pág. 16.

⁶⁸ A. PEREYRA PACHECO Y RUIZ, *op. cit.*, fol. 3.

de obras públicas, creó, en 1799, la Inspección General de esta clase de obras, cuya jefatura dió primero al conde de Guzmán, y después al ilustre ingeniero Betancourt, que formó por último una Escuela de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos. Al acabar el siglo XVIII acaba al mismo tiempo el primer período de las obras públicas en España, el que podemos llamar de aprendizaje, y al empezar el XIX todo indica que éstas iban a entrar en una época de verdadero progreso. En efecto, reconcentrada su dirección en unas solas manos, creados facultativos idóneos, establecidos peones camineros en las carreteras, a uno por legua, y buscados recursos especiales para la construcción de los caminos, todo parecía marchar por la senda del progreso. Tanto fué así, que durante los primeros ocho años de este siglo, al terminar el año 1807, había ya en España 706 leguas de carreteras, 200 de ellas habilitadas, que corresponden a 46 por año». ⁶⁹

El autor mencionado afirma más adelante: ⁷⁰ «Cuando todo pareció sonreír a las obras públicas en España, cruzó por la mente de Napoleón I la idea de uncir nuestra patria a su carro de triunfo; sus ejércitos no tardaron en entrar en ella y se empezó aquella terrible lucha entre los españoles y el coloso del siglo XIX, que duró seis años. Inútil es decirnos que durante este tiempo las obras públicas quedaron abandonadas; uno y otro día sus puentes volaban a impulsos de la pólvora y el resto de sus construcciones desaparecía bajo las ruedas de los cañones y el paso de los ejércitos. La Escuela de Caminos, Canales y Puertos desapareció, porque los profesores y los alumnos, dejando el lápiz y el compás, corrieron a tomar la espada, y los peones camineros, abandonando los útiles del trabajo, empuñaron el fusil y se lanzaron por esos cerros de Dios a matar franceses. La Escuela no se volvió a abrir; sus restos fueron dispersados; Betancourt abandonó su patria y se puso al servicio del Emperador de Rusia; la Inspección de Caminos desapareció y sus componentes fueron a parar unos a la dirección de Correos y otros a protectorías especiales: todo indicaba un inmen-

⁶⁹ EDUARDO ECHEGARAY *El arte del ingeniero y el cultivo de las matemáticas en España*, en *La España del siglo XIX, colección de conferencias históricas pronunciadas en el Ateneo de Madrid en el curso de 1885-1886*, Madrid, 1886, tomo II, pág. 197.

⁷⁰ *Id. id.*, págs. 197-198.

so retroceso». Por fin, y después de cuarenta años de retraso, «lució para las obras públicas de España una época de bienandanza, aquella que habría brillado en tiempos de Betancourt, si no lo hubieran impedido dos largas guerras y un lamentable reinado».⁷¹

Con más precisión trata esta materia el secretario y profesor de la Escuela de Caminos don Carlos Orduña: «Se creó, reinando Carlos IV, la Inspección General de Caminos, nombrando para este cargo al conde de Guzmán. La Real Orden fue firmada en Aranjuez el 12 de junio de 1799, fecha memorable para el Cuerpo de Ingenieros de Caminos, pues es la fecha de su primera creación».

En el capítulo 9º se dice: «Que para conseguir que se planteen bien los proyectos relativos al trazado y alineación de caminos y canales y las obras de mampostería, puentes y demás relativo a la Comisión, parece indispensable que el ramo de caminos y canales se componga de tres Comisarios de la Inspección, ocho facultativos sobresalientes en calidad de ayudantes, de cuatro Facultativos de los caminos de Sitios Reales e Imperiales, de un Facultativo en calidad de Celador para cada diez leguas de las comprendidas en las seis carreteras principales del Reino y de un Peón caminero en cada legua, cuyos empleados, a saber: los de primera, segunda y tercera clase, deberán proponerse por la Junta al señor super-intendente, para su aprobación, en personas facultativas, que tengan las calidades que requieren y exigen cada una de estas clases, con especialidad los Comisarios, que deberán ser sujetos instruídos en Matemáticas, exercitados en Geometría práctica y uso de instrumentos, particularmente en los ramos de arquitectura civil e hidráulica, además del mucho ingenio y buenas qualidades que les hagan dignos de optar al empleo de Inspector, y todos los demás empleados se nombrarán por la Junta, en los mismos términos que se executa en el día». Tal es el origen del Cuerpo de Ingenieros de Caminos. El número de individuos que lo constituyeron fue, como acaba de verse, de quince, y entre ellos figuraba en sitio preeminente don Agustín de Béthencourt, en quien recayó, poco tiempo después de la creación del Cuerpo, el cargo de inspector general. A él se debe, principalmente, la organización del

⁷¹ EDUARDO ECHEGARAY, *op. cit.*, pág. 201.

servicio, y es el fundador glorioso de la Escuela del Cuerpo. Por su apellido francés y por haber hecho sus estudios en Francia, se le ha supuesto aquella nacionalidad por algunos extranjeros; pero era español, nacido en las Islas Canarias. De gran reputación como ingeniero, fue llamado para secundar al conde de Guzmán al crearse la Inspección, y en la consulta que dirigió al Excmo. señor don Pedro Ceballos, que se tituló *Noticias del estado actual de los caminos y canales de España, causa de sus atrasos y defectos y medios de remediarlos en adelante*, en donde se hace una crítica detallada de los trazados y de las obras ejecutadas en las carreteras, principalmente en los puentes —dada «la total ignorancia de los arquitectos en este género de obras, por no tener la menor idea de los principios de hidráulica»—, proponía la creación de una Escuela, en la que recibieran instrucción los jóvenes que habían de dirigir las obras públicas del Estado, «por que —decía—, ¿qué proyectos ni qué aciertos se podrán esperar de la clase de estudios que han hecho la mayor parte de los sujetos que se han ocupado en las obras públicas, ni qué medios se han puesto para facilitar la instrucción de las personas en quienes se depositan los intereses, la seguridad, la confianza y gran parte de la prosperidad de la Nación? No ha habido en España dónde aprender, no sólo como se clava una estaca para fundar un puente, pero ni aun cómo se construye un muro. En la Academia de San Fernando de Madrid, y en las demás que se titulan de Bellas Artes, no se enseña más que el ornato de la arquitectura, dándoles a los alumnos la patente para dirigir toda clase de edificios, puentes, caminos y canales».

»En noviembre de 1802 comenzaron los estudios en la Escuela, que se instaló en el Palacio del Buen Retiro, y duró hasta el aciago Dos de Mayo, en que fué destruída por la metralla francesa».⁷²

Menéndez y Pelayo afirma: «Lanz y Béthencourt son los creadores de la *Cinemática*, y su obra mereció elogios de Monge, sirviendo de texto por muchos años en la Escuela Politécnica de París».⁷³ Cita la segunda y tercera ediciones, de 1819 y 1840, de la obra a que alude, y expresa que desconoce la fecha de la primera edición. Don Antonio Pereyra Pacheco y Ruiz describe un ejemplar de esta primera edición: *École Impériale Polytechnique*.

⁷² CARLOS ORDUÑA, *op. cit.*, págs. 14-17.

⁷³ M. MENÉNDEZ Y PLAYO, *op. cit.*, tomo III, cap. XI, pág. 353.

DESCRIPTION
DE
LA SALLE D'EXERCICE
DE MOSCOU,

PAR M^r. DE BÉTHENCOURT,

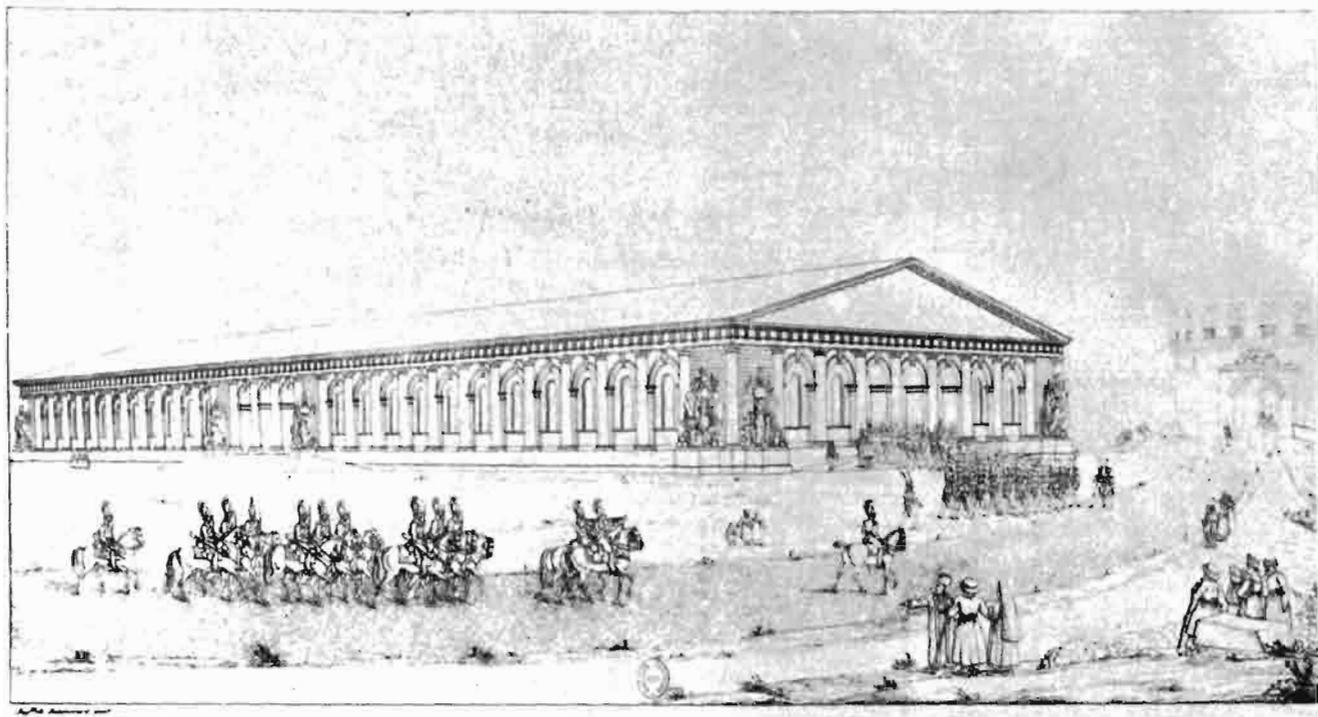
*Lieutenant - Général au Service de S. M. Impériale, Directeur - Général des
Voies de Communication, Chevalier de l'Ordre de St. Alexandre, de Santiago
d'Espagne, Membre correspondant de l'Académie royale des Sciences de
Paris, etc. etc.*

ST.-PETERSBOURG,

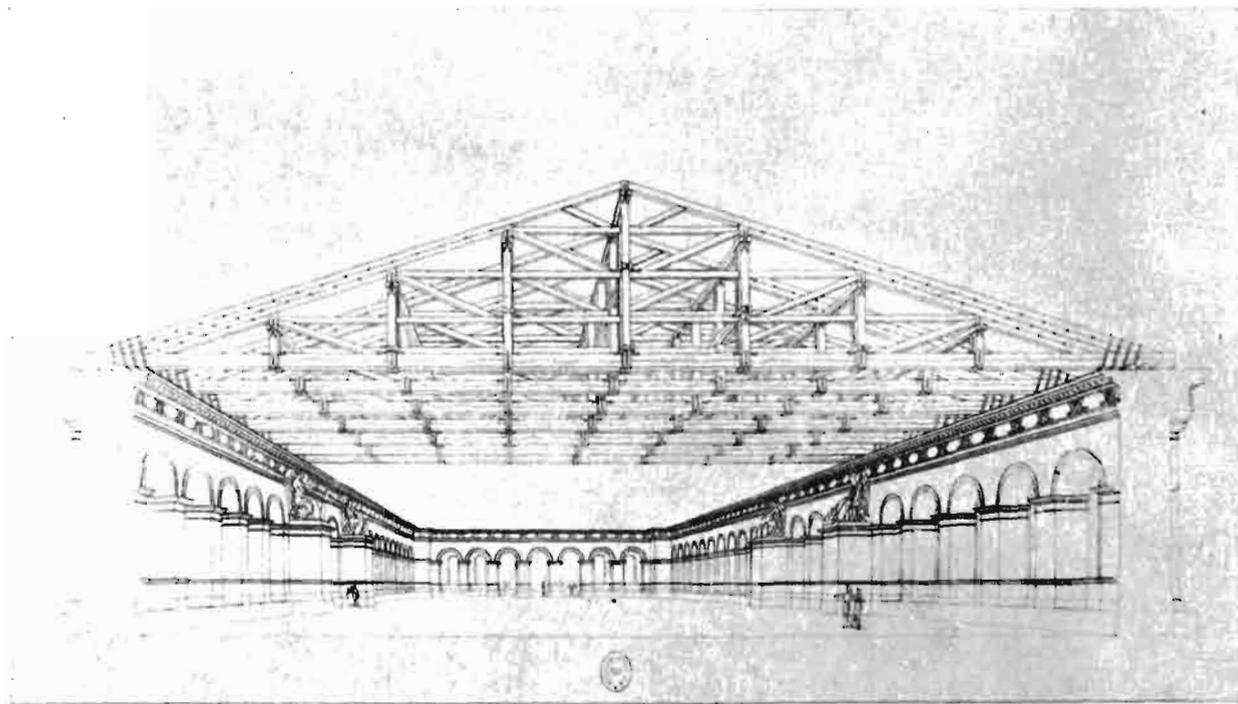
DE L'IMPRIMERIE DE P. P. ALEXANDRE PLUCHART.

1819.

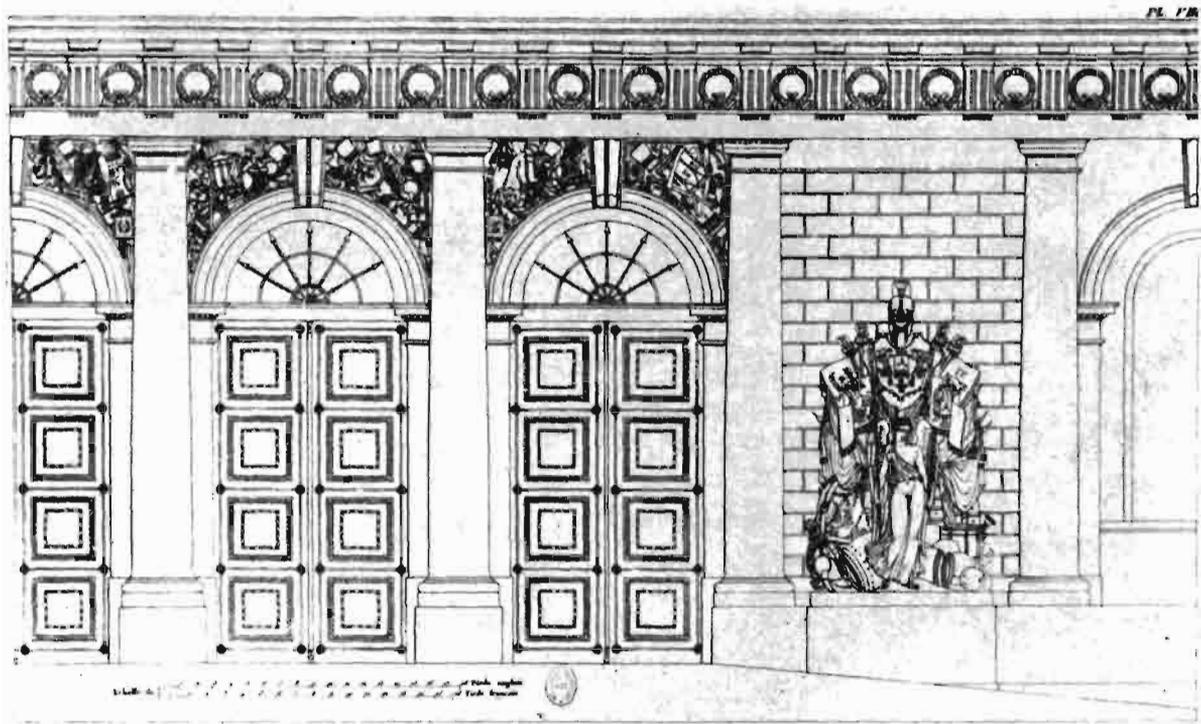
Portada de la obra que describe el Picadero de Moscú,
por don Agustín de Béthencourt (1819)



Vista de conjunto del Picadero de Moscú (1819)



Estudio de la armadura del techo del Picadero de Moscú (1819)



Detalle ornamental del Picadero de Moscú
(Cuatro fotografías comunicadas por don Antonio Ruiz Álvarez)

Programme du Cours élémentaire des machines, pour l'an 1808, par M. Hachelle. Essai sur la composition des machines, par M. M. Lanz et Béthencourt. A Paris, L'imprimerie imperiale 1808. Cet ouvrage se trouve à Paris, chez Bernard, libraire de l'École Polytechnique.

Además de mencionar otras obras de Béthencourt, escribe acerca de éste: «Célebre en la Europa por sus conocimientos en la Química y las Matemáticas, inventor feliz de diferentes máquinas e ilustrador de artes y oficios».⁷⁴

Mr. Prony, uno de los científicos franceses de más prestigio de su época, en obra editada en París, recomienda el modelo de una máquina de doble efecto con nueva disposición de las válvulas, inventada por don Agustín de Béthencourt.⁷⁵

Notable fue la *Memoria sobre un nuevo sistema de navegación interior*, presentada a la Academia de Ciencias de París en 1807, denominada a la sazón Instituto Nacional de Francia, y que elogiaron Prony, Bossut y Monge, comisionados para informar acerca de ella. Millares Carlo la describe en su obra citada: *Mémoire sur un nouveau système de navigation intérieure, présenté à l'Institut National de France, par M. de Bêtancourt, Chevalier de l'Ordre de St. Iago, Inspecteur Général des Canaux et grandes routes du royaume d'Espagne.*

En 1819 es ya miembro correspondiente de la Academia de Ciencias de París; este año publica su obra, que Pereyra Pacheco reseña: *Description de la Salle d'exercice de Moscou par M. de Bêtancour, Lieutenant général au service de S. M. Impériale, Directeur général des voies de Communication, Chevalier de l'Ordre de St. Alexandre, de Santiago d'Espagne, Membre correspondant de l'Académie Royale des Sciences de Paris.*

Grande fue su labor en Rusia. Interviene activamente en la reconstrucción de Moscú, incendiado en 1812; funda en San Petersburgo la Escuela de Ciencias Exactas y la Escuela de Ingenieros Hidráulicos y reorganiza la Academia Imperial de Bellas Artes; establece en San Petersburgo una fundición de cañones; construye la Casa de la Moneda en Varsovia; levanta numerosos puentes, entre ellos el de San Isaac sobre el Néva, y publica en 1820 sus *Plans du pont des bateaux sur le Grande Neva*; idea una draga para

⁷⁴ A. PEREYRA PACHECO Y RUIZ, *op. cit.* fol. 2.

⁷⁵ MR. PRONY, *Architecture hydraulique*, tomo I, pág. 574.

limpiar el puerto de Cronstad; erige el picadero de Moscú,⁷⁶ del que se han publicado dos láminas en «Revista de Obras Públicas», de Madrid.⁷⁷

Pío Baroja le atribuye la erección de la iglesia de San Isaac.⁷⁸ Ignoramos en qué consistió la intervención de Béthencourt en este templo. Sus planos fueron obra de Montferrant, y la construcción duró cuarenta años.⁷⁹ El gran proyecto de don Agustín era la creación del Canal Alejandrino para unir las aguas del Báltico con las del Mar Caspio y Mar Negro, proyecto que si se realizara —decía Béthencourt— inmortalizaría al zar Alejandro.⁸⁰

La feria más famosa de Rusia —y una de las más célebres del mundo— era la de Makarief.⁸¹ Un voraz incendio destruyó los edificios de ésta. Se reconstruyeron en 1817 bajo la dirección de Béthencourt y de los tres oficiales españoles Bauzá, Espejo y Viada, que trazaron los planos. La obra costó 10 millones de rublos.⁸² Entre una iglesia y un edificio del gobierno —escribe Baroja— se levantan veinte galerías sostenidas por columnas de hierro que forman un inmenso paralelógramo.⁸³

La construcción del emplazamiento y edificios de la famosa feria dio mucha fama a Béthencourt. Se halla en la confluencia de

⁷⁶ A. PÉREZ ZAMORA, trabajo citado; PÍO BAROJA, *op. cit.*, pág. 206, nota 3ª; BUENAVENTURA BONNET Y REVERÓN, *op. cit.*, nota 8ª, pág. 362; JUAN DE LA PUERTA CANSECO, *Descripción geográfica de las Islas Canarias*, Santa Cruz de Tenerife, 1897, pág. 24; DACIO V. DARIAS Y PADRÓN, *Breves nociones sobre la historia general de las Islas Canarias*, La Laguna, 1932, Apéndice núm. 1, pág. 223; *Id.*, *Sucinta relación de hijos ilustres de Canarias y de indígenas notables*, adición a *Historia de la Conquista de Gran Canaria*, de Pedro Gómez Escudero, Gáldar, 1936, pág. 107.

⁷⁷ «Revista de Obras Públicas» citada, págs. 4-5.—*En 1814, don Agustín había reanudado las relaciones epistolares con sus hermanos, aprovechando el viaje que, para vender en Rusia los vinos canarios, acababa de hacer a San Petersburgo el tinerfeño Laureano Arauz. Al regreso de éste, le confió una carta y «el plan que yo he dibujado a la pluma del último [puente] que acabo de ejecutar en esta ciudad». Suponemos que será el que publicamos y que hemos encontrado en los papeles que aún se conservan en posesión de los descendientes de los Béthencourt y Molina, en La Orotava.

⁷⁸ PÍO BAROJA, *op. cit.*, pág. 206, nota 3ª.

⁷⁹ JAIME RUIZ MANENT, *Geografía Universal*, Barcelona, 1931, tomo II, pág. 517.

⁸⁰ A. PÉREZ ZAMORA, trabajo citado.

⁸¹ REULEAUD, *op. cit.*, tomo VIII, pág. 17.

⁸² PÍO BAROJA, *op. cit.*, part. IV, pág. 19.—*Espejo era yerno de don Agustín.

⁸³ *Id.*, *id.*

los ríos Volga y Oka, contiene edificios para 3.000 tiendas espaciales, delante de las cuales se prolonga una galería de 3.200 columnas de hierro fundido.⁸⁴ Los productos para esta feria llegaban, remontando el Volga, en barcos de vapor. Éstos fueron contruidos por don Agustín de Béthencourt.⁸⁵

Además de Pereyra Pacheco, José Agustín Álvarez Rixo trazó un breve apunte sobre Béthencourt, inédito entre sus valiosos manuscritos y del que me ha dado copia mi buen amigo don Antonio Ruiz Álvarez, que en la prensa local ha publicado interesantísimas páginas de la historia del Puerto de la Cruz. El mayor interés de la nota de Álvarez Rixo es la fuente francesa que aduce para el conocimiento de Béthencourt. Nuestro paisano escribe al fin de su apunte: «Falleció este sabio oficial en dicha ciudad [San Petersburgo], colmado de honores, el 14 de julio de 1824, a los 66 años, 5 meses, 13 días de edad. Dejó un hijo, oficial de la Guardia Imperial Rusa, y 2 hijas. Y quien quiera formar cabal idea del gran merecimiento que desde el año 1793 adornaba a este Caballero, lea el Resumen del *Tableau de l'Espagne Moderne*, por Mr. Bourgoing, T. III, p. 309, edic. de París de 1799».

En 1888, don Gumersindo Vicuña Lezcano, catedrático de la Facultad de Ciencias de Madrid, publicó en «Revista de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales» su trabajo *Lanz y Béthencourt y su obra*, que Menéndez y Pelayo califica de interesante.⁸⁶ Trata también, aunque sucintamente, de Béthencourt, y acaso con datos facilitados por Pereyra Pacheco, Francis Coleman Mac-Gregor en *Die Canarischen Inseln nach ihrem gegenwaertigen Zustande, und mit besonderer Beziehung auf Topographie und Statistik, Gewerbeleiss, Handel und Sitten von vormaligen Koeniglich Grossbritanischen Consul auf genannten Inseln*, Hannover, 1831, pág. 138.

⁸⁴ A. PÉREZ ZAMORA, trabajo citado.

⁸⁵ *Diccionario Enciclopédico de la Lengua Española*, 1896, tomo I, páginas 363-364. Entre sus redactores figura José Plácido Sansón, santacrucero; su nombre aparece en la portada, junto a los de otros colaboradores.—*En una carta enviada desde San Petersburgo a su hermana doña María de Béthencourt, el 10 de junio de 1820, declara don Agustín: «Bajo mi dirección están todos los caminos y canales del Imperio, la navegación de todos los ríos, todos los edificios de la ciudad de Petersburgo, tres colegios para la instrucción de los ingenieros, etc. En este año tengo a mi disposición, para emplear en obras, más de sesenta millones de reales».

⁸⁶ M. MENÉNDEZ Y PELAYO, *op. cit.*, pág. 353, nota.

PERVIVENCIA DE SU NOMBRE



A FAMA de don Agustín de Béthencourt y Molina como trabajador infatigable de la ciencia perdura todavía. Los historiadores evocan su nombre. Pío Zabala, catedrático de la universidad de Madrid, al estudiar el movimiento científico del siglo XVIII, escribe: «La saludable reacción en pro de los estudios experimentales se tradujo en el siglo XVIII en un notorio aumento de especialistas en el cultivo de las ciencias naturales, físicas y exactas. En efecto, destacáronse como ilustres naturalistas: La Gasca, Rojas Clemente, José Rodríguez, Cavanilles, Mutis Sessi, Cornide, Parga y Puga, Gunlernat y Clavijo;⁸⁷ brillaron como químicos y físicos eminentes: Luis de Luzurriaga, *Béthencourt*, Lanz y los hermanos Elhuyar Munarriz».⁸⁸ Luis Ulloa Cisneros afirma: «Para las aplicaciones de las ciencias matemáticas no deben callarse los nombres de Lanz y *Béthencourt*, autores de un *Ensayo sobre la composición de las máquinas*; *Clavijo*,⁸⁹

⁸⁷ Refiérese el autor a José Clavijo Fajardo, que nació en Teguiise (Lanzarote) en 1726, autor de *El Pensador*, *El Mercurio histórico y político*, *Vocabulario de Historia natural, con sus acepciones en castellano, latín y francés*, y del *Catálogo científico del Gabinete de Historia Natural*, de Madrid, del que fue secretario y, según Juan F. Iela Utrillo (*Historia de la civilización española en sus relaciones con la universal*, 1928, Madrid, pág. 403), cofundador. Tradujo la *Historia Natural* de Buffon, en 24 volúmenes, 1785, traducción que Menéndez Pelayo califica de clásica y magistral. Véase MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO, *Historia de las ideas estéticas en España*, Santander, 1940, tomo III, cap. III, págs. 277-279; ID., *La ciencia española*, edic. citada, tomo III, pág. 396; ÁNGEL VALBUENA PRAT, *Historia de la literatura española*, Barcelona, 1946, tomo II, cap. LIII, págs. 436-437.

⁸⁸ Pío ZABALA LERA, *Historia universal*, Barcelona, 1933, tomo IV, pág. 430.

⁸⁹ Alude Ulloa a otro paisano nuestro, Rafael Clavijo, que nació en Teguiise en 1757, ingeniero naval de gran renombre, caballero de la orden de Alcántara,

inventor del sistema de bombas de vapor para el desagüe en 1796; ni de Fernández Solano, López Arroyo y aun otros que construyeron diversas máquinas». ⁹⁰

El artículo más importante que en nuestros días se ha publicado acerca de Béthencourt débese a la pluma del ingeniero de caminos don Pedro González Quijano, inserto en la citada «Revista de Obras Públicas». De él son estas aseveraciones: «Para los ingenieros de Caminos la memoria de don Agustín de Béthencourt es imperecedera: su retrato figura en la sala de actos de la Escuela a la derecha de su protector el rey Carlos IV, que tiene a su izquierda a uno de sus más distinguidos discípulos; don Juan Subercasse, primer director de la nueva escuela, instalada definitivamente al empezar el reinado de doña Isabel II. Y no es solamente esa efigie lo que nos queda: aún recuerdo que en mi ya remota época de estudiante, setenta años después de su muerte, aún resonaba su nombre en nuestras enseñanzas, ya en la atrevida armadura de madera del picadero de Moscú, que nos explicaba todavía el profesor de Construcción don José Rebolledo, ya en la esclusa de su invención, que venía expuesta todavía con todo detalle en la obra de Guillernain, entonces de texto: *Navigación intérieure. Rivières et Canaux*. Hoy la técnica adelanta a pasos agigantados, y es poco lo que podría aprovecharse de las realizaciones prácticas tan notables en otra época; pero hay algo que no pasa, y son los grandes ejemplos, que ahí quedan para enseñanza de las generaciones futuras. La materia perece; el espíritu es inmortal. Que el espíritu que animó a Betancourt siga animando a la actual y a las futuras generaciones de Ingenieros». ⁹¹

Así fue la vida y obra de don Agustín de Béthencourt y Molina, incansable trabajador de la ciencia, que ocupa puesto de honor entre los hijos ilustres de Canarias, y a quien España, Francia y Rusia deben los frutos de su laboriosidad.

incluso por Viera en su *Constelación Canaria* y citado por Guillermo Coxe en su obra *España bajo los Borbones*, Madrid, 1847, tomo IV, página 517. No murió en Cartagena como afirman sus biógrafos, sino en Santa Cruz de Tenerife, el 13 de junio de 1813, según reza su partida de defunción registrada en el folio 92 del libro XVI de defunciones de la parroquia matriz de Santa Cruz.

⁹⁰ LUIS ULLOA CISNEROS, *Historia de España*, IV, Barcelona, 1943, pág. 163.

⁹¹ JOSÉ GONZÁLEZ QUIJANO, «Revista de Obras Públicas» mencionada, pág. 8.

DEPÓSITO LEGAL: TF-4-1958

A mi estimado amigo
José Miguel Segala, con
afecto, y poro que con-
pruebe que a pesar de la
literatura de los considera-
dos sin conservar cierto sen-
sibilidad. —
31-8-51
Afectado

TEMA CON VARIACION
SOBRE EL ARTE

A. HURTADO DE MENDOZA

*Queda hecho el Depósito que marca
la Ley.*

EJEMPLAR № 000120

Con isócrona periodicidad se vienen produciendo en nuestro limitado ambiente artístico insular determinadas manifestaciones pictóricas bajo el signo o denominador común de Arte puro, abstracto, integral, absoluto, suprarreal y... Dada la floración de estas manifestaciones pseudo-artísticas y de tan connotada morbilidad con respecto a la vida del verdadero Arte pictórico, se hace preciso un comentario sobre sus orígenes, fines y consecuencias. En estudio crítico sobre el *Arte y la vida social*, escribe su autor: *No es bueno para el hombre permanecer aislado. Los actuales innovadores del arte no se satisfacen con lo que sus antecesores han creado. No hay en esto ningún mal; todo lo contrario; la aspiración hacia lo nuevo es a menudo fuente de progreso. Pero no todo el que lo busca encuentra algo verdaderamente nuevo. Para encontrar lo bueno hay que saberlo buscar. El que estima que fuera de su «yo» no hay nada nuevo, no hallará en sus investigaciones nada nuevo, sino absurdos.* Esta observación es muy importante para las consecuencias que de ella vamos a derivar.

El artista es antes y por sobre todo un ser de carne y hueso, que vive, se desarrolla y muere en un determinado ambiente histórico-social, el cual, a su vez, se encuentra, como sus antecesores, cargado de problemas, inquietudes, luchas,

anhelos, avances, retrocesos, ideas geniales y mezquinas, angustias económicas, sentimientos bélicos, raciales, políticos, artísticos, etc., etc. Algunas fases histórico-sociales han sido más plácidas que otras; pero todas han estado y están conmovidas por sus problemas vitales, esenciales, fundamentales. Algunas, como la nuestra, con caracteres mundiales, se encuentra excesivamente recargada de tonos angustiosos. En definitiva: no ha existido ningún período histórico-social verdaderamente plácido y sin problemas, porque la pequeñez de las inquietudes de fases precedentes, comparadas con las nuestras, no quiere decir que aquéllas no las tuvieran.

Si por artista admitimos el ser dotado de sensibilidad superior a la de los seres anónimos y que constituyen la masa indiferenciada, ¿cómo puede explicarse el fenómeno de que, precisamente, estos seres permanezcan al margen, por encima o por debajo, de todas las diversas inquietudes biológicas que caracterizan el medio ambiente histórico-social que les ha sido dado vivir? ¿Cómo es posible admitir su producción artística sin contacto alguno ni base en la realidad circundante? Todos los genios de las Artes—en su más amplia acepción—crearon obras imperecederas, no en aras de un abstraccionismo patológico, sino precisamente volcando su genialidad creadora sobre la realidad ambiental. Si Cervantes nos parece cada día más grande, no es precisamente por el derroche de bellezas léxicas de que hace gala en su obra cumbre, aparte de ser este un hecho indiscutido, sino porque a base de un visionario y su contrapartida, Sancho, apegado a ras de tierra, supo reflejar todo un período histórico-social por cuyo escenario desfilan todos los problemas de su época, todas las inquietudes de sus días, vistos y recreados por su genio inmortal. El tiempo no ha podido hacer su obra corrosiva en la de este verdadero artista, sino, por el contrario, revalorizarla cada vez más y llevarla en nuestros días a los estrados de inmortal por artística, didáctica y real.

Lo mismo podemos decir de la obra de un Goya, por ejemplo, en la que palpita toda la realidad de su época prendida en el genio creador y único de sus pinceles. ¿Qué espíritu sensible puede permanecer indiferente ante su «*Dos de Mayo*»? En aquellas cuatro pinceladas está palpitante, de manera tan genial, un trozo de nuestra Historia que, necesariamente, todo español, al contemplarla, siente latir rápidamente su corazón y agolparse la sangre de sus venas en su rostro.

Ejemplos de verdaderos artistas, como los anteriores, pudiéramos citarlos hasta el infinito; pero con los dos citados damos por anotados todos los demás de su género en atención a la brevedad.

¿Por qué determinados seres que se autointitulan artistas reaccionan negativamente frente a todo el conglomerado de su ambiente histórico?

Sin duda, por un principio de anormalidad psicológica e impotencia creadora, en el verdadero y extensivo sentido de la acepción de la palabra. Situados ante su ambiente histórico-social, son incapaces de enfocar sus problemas, sus angustias, sus luchas, de todo orden. Temen tomar partido en el bando de los pros o de los contras y entonces huyen aterrorizados y se encaupsulan en su «yo» individualista, produciendo unas obras que, por carencia de vitalidad real, caen en la indiferencia del público, y no son capaces de perdurar y revalorizarse a través de la acción corrosiva del tiempo. A este respecto escribió Flaubert: *Los libros virtuosos son falsos y aburridos* y, naturalmente, lo son porque carecen de vitalidad ambiente, histórica, real, humana, y lo mismo que advirtió Flaubert de tales libros, pudiéramos decir de estas manifestaciones pictóricas que no tienen más telos que «la investigación de lo inútil».

Nuestros días, ciertamente, tienen un signo de acentuada inquietud y constante quiebra de instituciones y esto con extensión mundial.

Ante semejante panorama crudo y pesimista ciertos artistas son incapaces de afrontarlo y reflejarlo en sus creaciones y ante tal impotencia, retroceden y aparentando no querer saber nada ni entender nada que con él se refiera, se lanzan a la ejecución de unas obras que, en definitiva, tienen el mismo valor que un palillo de dientes para quien lleva una semana sin probar bocado. Al contrario de los grandes artistas del Renacimiento, estos a que nos referimos piensan poco y mal y esto les ocurre porque tienen la creencia de que sus ideas son algo que existen independientemente del mundo real, olvidando que la provisión de ideas de todo ser humano se determina y enriquece por sus relaciones con el mundo de la realidad. Apoyados en la creencia de que fuera de su idealismo subjetivo, es decir: de su «yo», no existe nada más, traducen al exterior esta posición en unas obras artísticas de absoluta inanidad; pero ricas en exponentes reveladores de personalidades anómalas y, por ello, anti-sociales.

Constituyen e integran las bandas de pseudo-intelectuales pedantes que coquetean con todos los «ismos» por lo que ello tiene de atrayente y espectacular. *Gustan—como observa Emilio Mira López—de oirse llamar les enfants terribles para en definitiva satisfacer mejor su narcisismo. No sienten en lo más mínimo la causa que aparentan defender y basta que llegada la hora sufran un zarpazo para que salgan aullando y renegando de sus anteriores convicciones. Existe, sin embargo,—añade Mira López—un fácil medio para reconocerlos: investigar como viven en la intimidad y como reaccionan al halago y a la crítica.*

Si esta es su base psicológica constitucional, en cuanto a su bagaje cultural podemos citar las observaciones de Holl en su estudio: «*La jeune peinture contemporaine*», págs., 14-15, París, 1912: *Comprobamos con esto la falta de cultura general que caracteriza a la mayor parte de los jóvenes artistas. Tratán-*

dolos frecuentemente os convenceréis en seguida de que son, en general, muy ignorantes, indiferentes ante los antagonismos de ideas y las situaciones dramáticas actuales. Actúan lamentablemente al margen de toda agitación intelectual o social, limitándose a los conflictos de técnica, absorbidos por completo por la apariencia material de la pintura más que por la significación general y por su influencia.

Si fueran artistas de positivo talento podrían acrecentar en grado sumo la fuerza creadora de sus obras de arte si fueran capaces de compenetrarse con las corrientes ideológicas contemporáneas. Pero, precisamente, su incapacidad psicobiológica para tal cometido, es la que les empuja a refugiarse en sus abstracciones irrelevantes. Las grandes ideas del pensamiento contemporáneo resbalan sobre su temperamento pseudo-artístico y no llegan ni a hacerles cosquillas en la epidermis. Tampoco son capaces de comprender el mérito indudable del modernismo artístico contemporáneo y a su amparo, con interpretaciones subjetivas y de exaltado barroquismo, quieren dar por muestras de saludable modernidad artística, creaciones que, en definitiva, no pasan de ser expresiones de temperamentos esquizoideos.

El concepto de la belleza de una obra artística no es estático y absoluto, sino que, lógicamente, cambia de una fase histórica a otra, y aún de una persona a otra; pero esta exacerbación subjetiva no quiere decir en modo alguno que, sin embargo, a través del tiempo y del espacio no se haya elaborado un concepto más o menos objetivo para poder afirmar qué es lo que está bien y es obra de arte o aproximación a ella y qué es lo que no pasa de ser una inanidad introyectada, negativa, vuelta de espaldas a la vida con todos sus mil variados matices.

El Arte debe contribuir al desarrollo de la conciencia humana, al mejoramiento de la capacidad cultural de los seres

indiferenciados. El Arte no puede ser estúpidamente un fin en sí mismo, enquistado en un subjetivismo intrascendente. *El Arte por el Arte* es una idea tan vacua como el *dinero por el dinero*, o la *ciencia por la ciencia*. A este respecto ha escrito un crítico de arte: *Todos los asuntos deben servir en provecho del hombre, si no quieren ser una vana y ociosa ocupación: la riqueza existe para que la goce el hombre; la ciencia para ser el guía del hombre; el arte también debe servir para algún provecho esencial y no debe ser un placer estéril. El arte propaga en la multitud una cantidad enorme de conocimientos y, lo que es aún más importante, divulga los conceptos elaborados por la ciencia.*

La teoría del Arte por el Arte surge allí donde los artistas que la abrazan como tabla de salvación se encuentran en absoluta incapacidad de mirar de frente al ambiente histórico-social de sus días. Es sencillamente una especie de refugio donde se acogen para hacer creer que están por encima de la realidad vital de su espacio ambiental y ello resulta, no sólo ñoño e infantil, sino contradictorio, porque en buen razonamiento lógico no puede admitirse que quienes, precisamente, se autointitulan seres supersensibles, permanezcan acorchados e insensibles ante la multiforme realidad que se desarrolla alrededor de sus vidas y relaciones sociales.

La poesía, el arte en general, sólo tiene sentido considerado socialmente. Empleo aquí la palabra social como contraria de individual; es decir, indicando relación entre varios individuos y no la consideración de uno solo aislado. Y no es que deba ser así, es así. Todo lo que quede en un individuo, sin pasar de alguna forma a otro, será ilusión, locura, fantasía, pero no arte. Así, pues, podemos considerar el fenómeno del arte como una relación de tres términos: artista, obra de arte y espectador: ¿Cuál es el papel del artista en esta relación? Un papel de intermedio. El artista traduce, transmite una cierta realidad al especta-

dor. En la obra de arte hay a la vez algo común y algo extraño al espectador, está su experiencia y la negación de ella. Si faltara uno de estos dos caracteres antagónicos el espectador ignoraría la obra de arte... Esta era la concepción razonable y centrada en la realidad de nuestro inolvidable **Cirilo Benítez Ayala**, basada en una formación cultural profunda y sistematizada, sobre lo que debe ser la verdadera conducta artística en su más amplio sentido creador.

Esta era una inteligente concepción de la teoría del arte utilitario, es decir: de la tendencia a conceder a las obras artísticas el significado de juicios críticos sobre las diversas manifestaciones de la vida y el encendido entusiasmo viril y creador que la acompaña de participar en las inquietudes del ambiente histórico-social en que la obra se produzca, teoría que crece y se arraiga allí donde entre artista creador y público espectador se establece una amplia onda de afectividad y emoción admirativa, con resultados esencialmente culturales, actuando el verdadero artista de propagador y difundidor de los principios culturales y sociales de la fase histórica en que le haya sido dado realizar su obra.

¿Cómo se eleva el nivel cultural y emotivo de los pueblos? ¿A base de concepciones artísticas que para el público espectador tienen menos interés que los insectos que colecciona un entomólogo en su gabinete de estudio? No: creando obras verdaderamente artísticas, con una base en la realidad ambiente, donde la inteligencia de sus autores tenga la más amplia, libre y hasta atrevida exteriorización sin asfixiarse en cauces de atimia psicótica.

Vivimos un Siglo trágico y, sin duda, crucial en el devenir histórico-social de la Humanidad: pero las conquistas de la Ciencia y del Arte no son ya infantiles y el grado de la cultura y capacitación media es cada vez más estimable. En esta gra-

duación de capacidad cultural y, por tanto, crítica, no es posible admitir determinadas manifestaciones negativistas y decadentes como obras de significado artístico y muchísimo menos de contenido modernista, porque tales exacerbaciones de personalidades defectuales nada tienen que ver con las grandes concepciones intelectuales, científicas, sociales y artísticas de nuestros días. Al pretendido socaire de un modernismo *in extremis*, se pretende pasar el alijo de una mercancía que, por lo averiada y su bobedad intrínseca, ninguna avispada entidad de seguros se atrevería a acoger en cualquiera de los apartados de sus atrayentes pólizas.

Como manifestaciones de admiración íntimo familiar, estas exacerbaciones negativistas, con pretensiones artísticas, de indudado contenido psicótico, están en su justo término; pero de esto, que es humano y, por ello, disculpable, hasta pretender alzaprímarlas unos centímetros más, va mucha diferencia, que el buen criterio artístico y emotivo rechaza de plano.

Por otra parte creemos que la vida actual plantea una serie de problemas y angustias que debieran registrar más adecuadamente esos pseudoartistas y avergonzarse de estar produciendo públicamente una sensación tan acentuada de indiferencia y atimia social. Su conducta artística es igual que en lo social produciría un ser que mientras un tanque pasara, por ejemplo, por encima de una plaza llena de niños, por razones bélicas, sin embargo, en una esquina de esta plaza aquél permaneciera tranquilamente sentado junto a una mesa tomando una cerveza con gambas sin poner la menor atención al drama que estaba desarrollándose ante sus propias narices.

CAUCE NATURAL

AGUSTIN MILLARES SALL

Porque te olvidas de que el sol existe
Porque haces daño a la canción y al hombre
Porque tu vista el llanto no resiste
Porque no ves que la razón embiste
Como un toro de luz el falso nombre
Que se le da a la vida y la hace triste

Porque lastimas desde que aborreces
Porque matando el tiempo languideces

Porque el misterio tras de tí se cierra
Porque no has sido ni serás fecundo
Ignorando las cosas de la tierra
Porque te crees algo de otro mundo

Porque tu oído no oye la esperanza
Y no eres ojo que descubre estrellas
Porque tu sangre con el mar no avanza
Porque como montaña no descuellas

Porque en el suelo fértil no floreces
Porque la Paz te llama y no apareces

Porque vives de espaldas al momento
Porque no sabes el valor del día
Y quieres crear sin claridad ni viento
Porque no tienes pena ni alegría

Porque ni un canto a tu país ofreres
Te invito a razonar algunas veces

Porque eres hoy la negación del Arte
Maltratando la letra y la pintura
Porque en tu horror pretendes recrearte
Porque admiras y elogias la locura

Porque ante el mal no sientes ni padeces
Porque al margen de todo permaneces
No me cansa decirte muchas veces:

Tú que has nacido para dar aliento
Tú que has nacido cuando queda poco
Para que el sol nos ilumine a todos
Y el hombre pueda realizar sus sueños
Tú que has nacido cuando el puño ha roto
Los muros que se alzaron contra el tiempo

Tú que te agitas pretendiendo el vuelo
Y puedes ser útil de un momento a otro.

Tú que has nacido para ser el pájaro
Y servir de guía
Tú que has nacido para ver el día
En que el amor presida los espacios
Tú que has nacido para amar la vida
Y para ser amado.

Tú que has nacido para unir las cosas:
Para juntar las manos desunidas
Y las palabras rotas
Para fundir una canción en otra
Las divorciadas brisas
Las diferentes razas y las bocas
Que devoradas por la sed se oxidan

Debes saber que el mundo hoy te reclama
Que hoy los brazos se mueven como el trigo
Que el pez continuamente rompe el agua
Que el corazón se nutre de sus ríos
Que el alba que acaricia los caminos
Tiene el mismo color de la manzana

Debes saber que hoy manda un nuevo siglo
Que la canción invade el universo
Que hoy por hablar nos habla hasta el silencio
Que hoy hasta el ser que prefirió el olvido
Pone el grito
En el cielo

Que hoy además acechan mil peligros
Y que se encuentra en juego
—Yo puedo hablarte porque tengo un hijo—
El porvenir del niño

Has de saber que hoy debe la palabra
Clausurar para siempre el edificio
Que no tiene ventanas
Hacer correr el vino
Volcar la catarata
De la luz sobre todos los sentidos
Y enardecer el viento y las campanas

Debes saber que tú no serás nada
Lejos del hombre y de la primavera
Lejos del norte y del solar que canta
Donde se puso la primera piedra
Donde se ha abierto la primera página
De una existencia nueva.

Vuelve tus ojos a lo verdadero
Deja de blasfemar

No te dediques

A falsear los sueños
Canta la realidad de un mundo libre
Libre de monstruos que asesinan cisnes
Y de presagios de insaciables dedos
Canta el martillo de los carpinteros
Canta el empeño de los albañiles
Canta el proyecto de los arquitectos
Canta los bosques

Canta los jardines

Canta el navío y los ferrocarriles
Canta el laboratorio y el colegio
Canta el trabajo que ha de echar raíces

Pinta el minuto que vivir nos toca
La hiel que pasa por tu propia calle
Pinta la angustia y la alegría rota
De las pobres madres
Pinta también la luminosa sangre
Que contribuye a aproximar la aurora
Expresa los deseos que hay de paz
Haz que proyecte luz la poesía
Explica a donde va la humanidad
Canta, en fin, lo que debe ser la vida
Con naturalidad
Tu vida misma
La cosa más sencilla:

LA VERDAD.

PLANAS DE POESIA

XVII

Tirada de 200 ejemplares, numerados.

**CUIDAN Y ORIENTAN
ESTAS PLANAS
AGUSTIN MILLARES SALL
JOSE MARIA MILLARES SALL
y
RAFAEL ROCA SUAREZ**

**SE IMPRIMIO EL 18 DE AGOSTO DE
1951, EN LA IMPRENTA ORTEGA,
EN LAS PALMAS
DE GRAN CANARIA.**

PLANAS DE POESIA, siempre atenta al más hondo sentir popular, tiene el decidido propósito de hacer la segunda edición de CRÓNICAS DE LA CIUDAD Y DE LA NOCHE, de Alonso Quesada, escritas por Don Felipe Centeno o Don Gil Arribato como antaño fué el verdadero nombre del cronista, con prólogo de Don Juan MILLARES CARLÓ e ilustraciones del dibujante EDUARDO MILLARES SALL.

Siguiendo al pie de la letra el legado de Don Alonso Quesada: «Este libro no se regala a ningún amigo. Los amigos están obligados a comprar los libros de uno. Advierte, pues, el autor de este libro a todos sus amigos, que ha de enviárselo a su casa para que lo compre de grado o de compromiso, ya que es costumbre hacerlo así en la insula de nuestros mayores. Poco lector hay, mas ninguno que se tome el trabajo de pasar por las librerías. Y así el libro ha de entrarse en las casas como la mujer de las fregaduras.»...